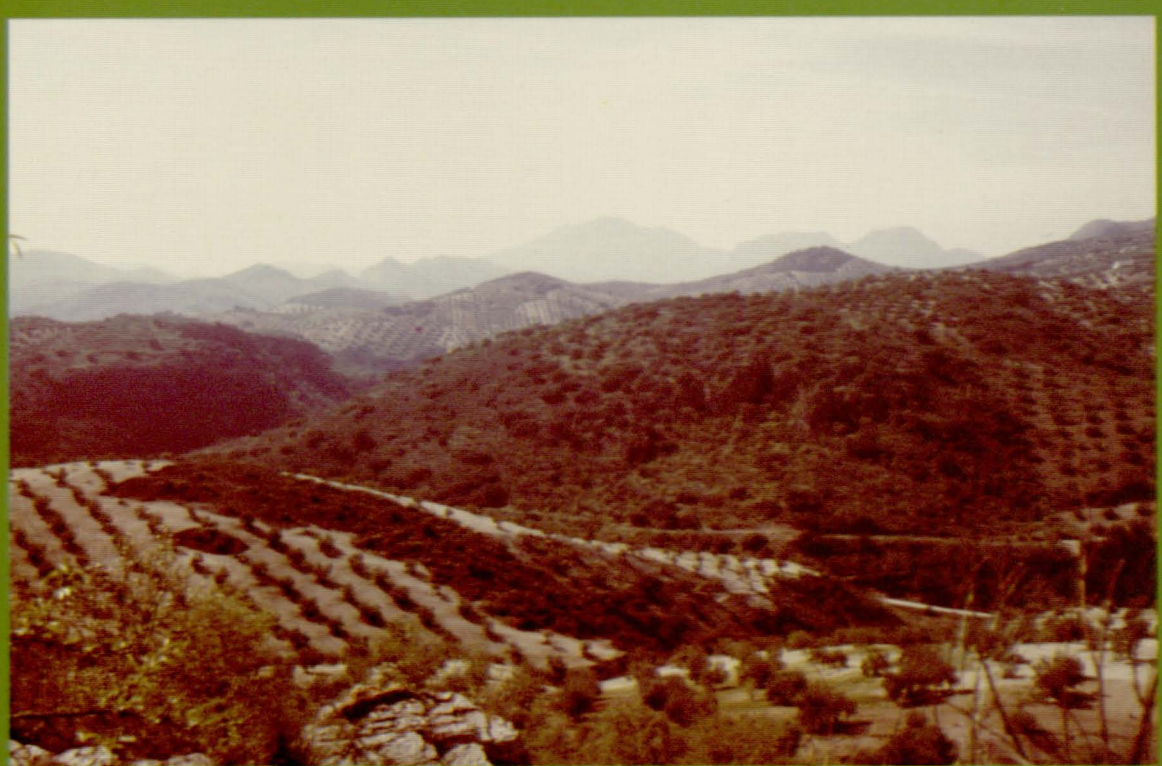
Desiderio VAQUERIZO GIL Fernando QUESADA SANZ
Juan F. MURILLO REDONDO

PROTOHISTORIA Y ROMANIZACIÓN EN LA SUBBÉTICA CORDOBESA

UNA APROXIMACIÓN AL DESARROLLO DE LA CULTURA IBÉRICA EN EL SUR DE LA ACTUAL PROVINCIA DE CÓRDOBA



ARQUEOLOGÍA
MONOGRAFÍAS

Coordinación de la edición:
Dirección General de Bienes Culturales
Servicio de Investigación y Difusión del Patrimonio Histórico
C/. Leviés, 17
41071 Sevilla

Primera edición: 500 ejemplares

Edita:
Junta de Andalucía. Consejería de Cultura
Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba

© de la presente edición:
Junta de Andalucía. Consejería de Cultura
Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales. E.P.G.
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba

© de los textos y fotografías:
Los autores

I.S.B.N.: 84-8266-203-1

Depósito Legal: SE-2164-2001

Impresión: Gráficas Gilmo, S.L.

ARQUEOLOGÍA

MONOGRAFÍAS

PROTOHISTORIA Y ROMANIZACIÓN EN LA SUBBÉTICA CORDOBESA

UNA APROXIMACIÓN AL DESARROLLO DE LA CULTURA IBÉRICA EN EL SUR DE LA ACTUAL PROVINCIA DE CÓRDOBA

por

Desiderio VAQUERIZO GIL
Universidad de Córdoba

Fernando QUESADA SANZ
Universidad Autónoma de Madrid

Juan F. MURILLO REDONDO
Gerencia Municipal de Urbanismo. Ayuntamiento de Córdoba

JUNTA DE ANDALUCIA
Consejería de Cultura

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD Ð CÓRDOBA

Coordinación de la edición:
Dirección General de Bienes Culturales
Servicio de Investigación y Difusión del Patrimonio Histórico
C/. Levíes, 17
41071 Sevilla

Primera edición: 500 ejemplares

Edita: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. E.P.G.
Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales.
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.

© de la presente edición:
Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. E.P.G.
Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales.
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.

© de los textos y fotografías:
Los autores.

I.S.B.N.: 84-8266-203-1

Depósito Legal: SE-2.164-2001.

Impresión: Gráficas Gilmo, S.L.

Al que fue nuestro Equipo de Trabajo, sostenedor y co-partícipe de los resultados que aquí presentamos.
Con nuestro agradecimiento[1].

1. *No es ocasión ahora -supuesto el alto número de personas que nutrieron nuestro equipo a lo largo de los casi diez años que duró el Proyecto base de esta monografía- de detallar los nombres de todas y cada una de ellas. Algunos han abandonado ya el complicadísimo camino que conduce a la profesión última de Arqueólogo, por lo que su experiencia con nosotros ha pasado a ser sólo un recuerdo de juventud -queremos creer que agradable-, pero la mayoría son ya arqueólogos en activo, que desempeñan sus funciones en la Universidad, Ayuntamientos, Administración o simplemente como profesionales libres. Nombres como los de José R. Carrillo, Silvia Carmona, Rafael Hidalgo, Eduardo Ferrer, José A. Garriguet, Alberto León, Maudilio Moreno, Alberto Montejo, Ana Zamorano, Dolores Luna o Manolo Delgado -por sólo citar a algunos-, tienen ya suficiente peso por sí mismos como para no necesitar recordar sus respectivos procesos formativos. Y otros como el de Rafael Moral Aguilera (+) quedará siempre como referente de vocación medular, aun cuando la muerte se encargara de tronchar una carrera que se anunciaba mucho más que prometedora. Pero no así nuestra amistad.*
Quede desde aquí constancia de agradecimiento para todos, por haber sido parte sustancial de un proceso de gran trascendencia, aunque no por todos haya sabido ser valorado, ni rentabilizado, en la misma manera.

INDICE

INTRODUCCIÓN 11

LA GÉNESIS DE UN PROYECTO DE INVESTIGACIÓN 15
EL MARCO GEOGRÁFICO 17
- La Subbética Cordobesa en el conjunto provincial. Rasgos diferenciadores. 17
- Los suelos. Distribución y características: 18
- Climatología 19
- Vegetación 20
- Recursos estratégicos 20
  · Agua.
  · Metales.
  · Sustancias colorantes
  · Sal
  · Otros recursos
- Vías de comunicación 22

LA PROSPECCIÓN 25

EL CERRO DE LAS CABEZAS (FUENTE TOJAR, CORDOBA). CAMPAÑA DE 1991. 29
- Introducción 29
- El entorno físico y ecológico del Cerro de las Cabezas 29
- Planteamientos generales y metodología 31
  · Planteamientos generales.
  · Metodología.
  · Medidas de protección adoptadas.
- Reconstrucción histórica- arqueológica de los sectores excavados 35
  · Sector NE.
    Corte NE/1.
      Definición de UU.EE.
        Estratos.
        Estructuras.
        Interfacies.
      Relaciones contextuales e interpretación de la secuencia estratigráfica.
    Cortes 2 y 3.
    Cortes 4 y 4E.
  · Sector SE.
    Corte 1.
    Cortes 2 a 5.
    Corte 6.
    Corte 7.
- Estudio del material cerámico del corte NE/1 47
  · Cuestiones previas.
  · Cerámica fabricada a mano.
  · Cerámica fabricada a torno.
    Características técnicas.

Análisis tipológico.
A) Cerámica fina de mesa.
· Formas abiertas.
1."Platos" (11000).
2. "Cuencos" (12000).
3. "Fuentes" (21000).
· Formas cerradas.
1. "Ollitas" (32000)
2. "Caliciformes" (33000).
3. "Urnas" (41000).
4. "Ollas" (43000).
B) Cerámica basta de cocina.
C) Cerámica de almacenamiento.
1. "Lebrillos" (51000).
2. "Pithoi" (52000).
3. Anforas (53000).
D) Formas especiales.
1. Tapaderas (61000).
2. Soportes (71000).
Decoración.
· Cerámica "común" romana.
· Cerámica fina de importación.
Cerámica de barniz negro.
Cerámica de paredes finas.
Terra sigillata.
- Conclusiones 78

EL CERRO DE LA CRUZ (ALMEDINILLA, CORDOBA). 83
- El Cerro de la Cruz. Localización Geográfica 83
- El Cerro de la Cruz. Su delimitación como yacimiento 85
- El Cerro de la Cruz. Las campañas de excavación 89
· La campaña de 1985.
· La campaña de 1987.
· La campaña de 1989.
- El Cerro de la Cruz. Análisis urbanístico. 93
A. Materiales empleados en la construcción 95
. La roca natural.
. Tierra cribada.
. Piedra.
. Adobe.
. Tapial.
. Madera.
. Cal y arena
. Cerámica machacada.
. Ocres, cal y otros colorantes.
B. Técnicas constructivas 99
C. Las unidades de hábitat 104
Modalidad A.
· Unidad de tipo I
· Unidad de tipo II
Modalidad B.
· Unidad de tipo III.
· Unidad de tipo IV.
D. Las calles 119
Rampas.

· Espacio AE (Sector Norte).
· Espacio S.
· Espacio H.
Posibles accesos radiales.
· Espacio Y.
· Espacio AH.
E. Elementos de análisis microespacial: almacenes, telares, cisternas y molinos. 122
Almacenes.
Depósitos de ánforas.
Pesas de telar.
Adobes.
Telares.
Cisternas.
. H-5/ALJ.W..
. Sector Central. Estancia O.
. Sector Central. Estancia Q.
Molinos.
. Sector Central. Estancia O.
. Sector Norte. Estancia AB.
F. Las actividades económicas. 134

LOS MATERIALES DEL CERRO DE LA CRUZ. 139
La Cerámica del Cerro de la Cruz. 139
- Consideraciones generales. 139
· Conservación de los materiales.
· Objetivos principales del estudio.
- Tipología de la ceramica ibérica del Cerro de la Cruz. 156
· Criterios de clasificación.
Esquema arborescente abierto.
Flexibilidad en la estructuración.
Multiplicación de tipos y variantes.
Fragmentos y formas completas.
Variables numéricas.
¿Hacia una tipología general de la Cerámica Ibérica?
· Sistema de clasificación.
Niveles de abstracción: de "Clase" a "Subvariante".
El sistema de dígitos.
- Clasificación de pastas cerámicas. 162
· Pastas finas claras oxidadas.
· Pastas finas grises reducidas o irregulares.
· Pastas bastas oxidadas/mixtas.
· Pastas bastas reducidas.
· Medievales.
- Descripción y análisis de los tipos. 166
· Clase 10000: Formas abiertas pequeñas.
Grupo 11000: "Platos".
Tipo 11100: Platos de borde vuelto.
Tipo 11200: Platos de borde horizontal.
Tipo 11400: Borde horizontal, Galbo escalonado.
Grupo 12000: "Cuencos".
Tipo 12100.
Tipo 12200.
Tipo 12300.
Variante 12310:
Variante 12320:

Variante 12330:
Variante 12340:
Tipo 12400.
Variantes 12410 y 12420:
Variante 12430:
Tipo 12500.
Variante 12510:
Variante 12520:
Variante 12530:
Variante 12540:
Variante 12550:
Tipo 12600.
Tipo 12700.
Variante 12710:
Variantes 12720, 12730 y 12740:
Tipo 12800.

· Clase 20000: Formas abiertas grandes.
Grupo 21000: "Fuentes".
Tipo 21100.
Tipo 21200.
Variante 21210:
Variante 21220:
Variante 21230:

· Clase 30000: "Formas cerradas pequeñas".
Grupo 31000: "Copas".
Tipo 31100.
Grupo 32000: "Ollitas".
Tipo 32100.
Grupo 33000: "Vasitos hondos".
Tipo 33100: "Caliciformes".
Tipo 33200: "Cubiletes".
Grupo 34000: "Ungüentarios
Tipo 34100.

· Clase 40000: "Formas cerradas medianas".
Grupo 41000: "Vasos de cuello corto acampanado".
Tipo 41100.
Tipo 41200.
Grupo 42000: "Vasos de cuello alto acampanado".
Tipo 42200.
Grupo 43000 "Ollas".
Tipo 43100.
Tipos 43200 y 43300.
Tipo 43400.
Grupo 44000: "Vasos con galbo de tendencia cilíndrica".
Tipo 44100: "kalathoi".
Tipo 44200.
Tipo 44300: "Situlas".
Tipo 44500.
Grupo 45000: "Jarras".
Tipo 45100.
Tipo 45200.
Tipo 45300.

· Clase 50000: "Formas cerradas grandes".
Grupo 51000. "Lebrillos".
Tipo 51100.

Grupo 52000:"Grandes tinajas".
Tipo 52100.
Grupo 53000: "Anforas".
Tipo 53100.
Tipo 53200.
Tipo 53300.
Tipo 53400.
Grupo 54000: "Toneles".
Tipo 54100.
· Clase 60000: "Tapaderas".
Grupo 61000: "No perforadas".
Tipo 61100.
Tipo 61200.
Grupo 62000: "Perforadas".
Tipo 62100.
· Clase 70000: "Formas especiales".
Grupo 71000: "Soportes".
Tipo 71110.
Grupo 72000: "Tuberías".
Tipo 72100.
Tipo 72200.
Grupo 73000: "Embudos".
Tipo 73100.
Grupo 74000: "Anforitas".
Tipo 74100.
Grupo 75000: "Askoi".
Tipo 75100.
- Las decoraciones sobre cerámica 204
· Cerámica de Barniz Rojo.
· Decoración pintada.
· Decoración sobre 'formas abiertas'.
· Decoración sobre 'formas cerradas'.
· Decoración estampillada.
· Incisiones y líneas espatuladas.
· Grafitos.
- Cerámica importada 209
· Cerámica de Barniz Negro.
· Anfora grecoitalica.
· Cerámica gris de tipo 'de la costa catalana' o 'ampuritano'.
· Cerámica de cocina probablemente itálica.
· Morteros.
· Anforas púnicas.
- Cerámica de poblado y cerámica de la necrópolis 215

Otros materiales del Cerro de la Cruz 216
A. Barro.
Pesas de telar.
Departamento P.
Departamento O.
Departamento _/E.
Departamento _/W.
Fusayolas.
Tapón de barro.

B. Metal.
Hierro.
Instrumentos.
Armas.
Clavos.
Indeterminados.
Bronce.
Monedas.
- Otros hallazgos. 227
Terracota.
Hueso. Asta.
Conchas.
Pasta.
Piedra.
Pesos/fusayolas (?).
Manos de mortero (?).
Alisadores/bruñidores (?).

Estudio microespacial del Cerro de la Cruz 229
· El Sector Central.
· El Sector Norte.
· Recapitulación.

SÍNTESIS FINAL 291
- Calcolítico y Edad del Bronce . 291
- Bronce Final-Orientalizante. 292
- Ibérico Antiguo y Pleno. Una etapa mal definida . 296
- El Ibérico Tardío. El final de la Cultura Ibérica y los inicios de la presencia romana. 296
- La etapa romana . 299
I: República e Imperio.
II: Bajo Imperio.

BIBLIOGRAFÍA. 305

INTRODUCCIÓN[2].

Durante los últimos años, y en lo que a la Península Ibérica se refiere, un grupo cada vez más extendido de investigadores jóvenes ha venido insistiendo en la importancia de los aspectos teóricos de la Arqueología (para un resumen suficientemente clarificador, VICENT GARCIA, 1983), destacando muchos de ellos cómo una de las mayores amenazas a que se enfrenta la Arqueología española en estos momentos es la coexistencia de un arsenal técnico bastante fuerte y desarrollado -técnicas de excavación considerablemente perfeccionadas, sistemas informatizados de registro y acceso a los datos, métodos isótopos de datación, análisis polínicos, antracológicos, de paleoambiente y paleodieta, etc.- con una notable debilidad del marco teórico en que se sustenta nuestra disciplina (RUIZ, MOLINOS, HORNOS, 1986:47; MARTINEZ NAVARRETE, 1989:71), sin el cual la masa de información trabajosamente obtenida y registrada puede resultar en el fondo inútil (QUESADA, VAQUERIZO, 1990, 7 ss.). De acuerdo con ello, para estos arqueólogos resulta imprescindible generar un marco teórico explícito y definido -aunque no sea el sustentado por ellos mismos- antes que lanzarse al trabajo de campo sin una buena base teórica y un proyecto de trabajo perfectamente definido que permita integrar de forma progresiva los datos obtenidos en un cuerpo doctrinal de carácter globalizador.

Pues bien, entre 1985 y 1994 como límites temporales extremos, con subvención de la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía[3], y bajo la dirección de los que esto suscriben, desarrollamos desde la Universidad de Córdoba -en colaboración con la Universidad Autónoma de Madrid-, un Proyecto

2. Este trabajo fue entregado a la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, como Memoria Provisional de los resultados obtenidos por nuestro Proyecto de Investigación **Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa. Las cuencas de los ríos Almedinilla, Zagrilla y Salado (Depresión Priego-Alcaudete)**, co-dirigido por los tres firmantes de esta monografía, en abril del año 1994.
Lógicamente, desde aquella fecha al momento en que se nos solicita su reelaboración para ser publicada por el mismo Organismo -principios de 1998-, y por supuesto al de su nueva entrega -finales del mismo año-, el conocimiento de la Cultura Ibérica ha avanzado sustancialmente. Sin embargo, no así en la zona central andaluza -en la que se inscribe con pleno derecho la actual provincia de Córdoba-, donde la ausencia de excavaciones o la falta de sistematización y la consiguiente no publicación de trabajos antiguos mantiene el conocimiento sobre las etapas que aquí abordamos prácticamente estancado.
Por tales razones, a la hora de plantearnos la edición de aquella Memoria Provisional, y ante la casi utopía que podría resultar su oportuno *aggiornamento*, hemos decidido tomar el camino menos comprometido, o al menos el que nos ha parecido menos arriesgado ante el peligro flagrante que suponía la no plena consecución del objetivo originariamente trazado. Quiere esto decir que el trabajo que ahora ofrecemos dista no mucho del entregado en 1994; sometido, eso sí, a una rigurosísima reorganización y, sobre todo, a una criba conceptual y de contenidos que en nuestra opinión le ha permitido ganar en coherencia, al tiempo que lo deja más accesible al lector medio, cada vez más interesado por los temas que afectan a la Arqueología andaluza.
Cabe, pues, la ausencia de títulos notabilísimos publicados en fecha posterior a la de entrega original del trabajo; del mismo modo, será posible advertir la no referencia a cuestiones objeto de nuevos análisis y controversias o a eventos que han marcado hitos de gran importancia en el avance imparable que la arqueología ibérica ha experimentado en los últimos años. Impútesenos si se quiere como limitación más o menos importante, pero no se olvide igualmente que tales avances poco o nada afectan al estado general de la cuestión que nuestro Proyecto consiguió dibujar para esta zona central de Andalucía muy a comienzos de los años 90. Por desgracia, desde entonces la investigación seria se ha visto en esta región grandemente cortapisada, y tal circunstancia, que ofreciendo algunos aspectos positivos responde en verdad a otros enormemente negativos, por una vez ha favorecido el que un trabajo sobre arqueología -que con tanta rapidez suelen quedar obsoletos- mantenga toda su validez y frescura. De ahí el porqué de nuestra decisión última, que esperamos se sepa entender, si es que no disculpar.

3. En concreto, el proyecto a que ahora nos referiremos se desarrolló entre 1985 y 1991 -si bien no entregaríamos la Memoria Provisional hasta abril de 1994-, en su mayor parte con subven-ción exclusiva de la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y abarcando las siguientes actuaciones:
* Prospección Arqueológica Superficial de la Subbética cordobesa. Año: 1985-86. Subvención: 250.000 ptas.
* Excavación Arqueológica Sistemática de Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Campaña: 1985. Subvención: 1.250-.000 ptas.
* Excavación Arqueológica Sistemática del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Campaña: 1987. Subvención: 2.000.000 ptas.
* Estudio de materiales arqueológicos procedentes de Almedinilla conservados en el Musée des Antiquités Nationales de Francia. Fecha: Marzo de 1987. Convocatoria: Ayuda para Estancias Breves de Investigadores Españoles en Centros Nacionales y Extranjeros, (B.O.J.A. n. 56, del 12 de Junio de 1986). Cuantía: 70.000 ptas.
* Excavación Sistemática del yacimiento ibérico del Cerro de la Cruz. Campaña 1989. Subvención: 2.000.000 ptas.
* Prospección Arqueológica Superficial de las cuencas de los ríos Almedinilla y San Juan. Fecha: 5 a 20 de Octubre, 1989. Subvención: 250.000 ptas.
* Estudio de materiales Cerro de la Cruz. Campaña 1990. Subvención: 800.000 ptas.
* Prospección Arqueológica Superficial de las cuencas de las cuencas de los ríos Zagrilla y Salado. Fecha: Agosto-septiembre, 1990. Subvención: 300.000 ptas.
* Excavación arqueológica con sondeo estrati-gráfico en el Cerro de las Cabezas. Campaña 1991. Subvención: 1.500.000 ptas.
* Estudio de materiales Cerro de la Cruz. Campaña 1991. Permiso concedido, aunque sin subvención.
* Elaboración de la Memoria provisional de los resultados obtenidos por la globalidad del Proyecto de Investigación entre los años 1985 y 1992. Fecha: 1993-1994. Subvención: 750.000 ptas.

de Investigación Arqueológica que, con el título: **Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa. Las cuencas de los ríos Almedinilla, Zagrilla y Salado (Depresión Priego-Alcaudete)**, ha pretendido una aproximación a la dinámica poblacional que desde la práctica arqueológica es posible reconstruir en esta zona andaluza con entidad geográfica propia (ORTEGA ALBA,1974).

Y este Proyecto, que experimentó durante sus últimos años un crecimiento de carácter casi orgánico, quiso precisamente enlazar en sus objetivos, concepto y metodología con los planteamientos entonces más actuales aplicados en la arqueología andaluza (RUIZ RODRIGUEZ, MOLINOS, HORNOS, 1986). Comenzó como un Proyecto de Investigación prácticamente personal (VAQUERIZO, 1985, 1986, 1987, 1988 y 1990b), en el marco de una Universidad pequeña y de escasos recursos, para irse transformando con el paso de los años en una forma interdisciplinar de acometer el trabajo arqueológico, basada en el apoyo de un amplio equipo de investigación y en el marco de un Departamento universitario que ha crecido, ha integrado a nuevos investigadores y, sobre todo, cuenta ya hoy con la colaboración de otras muchas instituciones de todo tipo.

Un Proyecto que fue dotándose progresivamente de un planteamiento teórico propio (QUESADA, VAQUERIZO, 1990) y que, desde una posición que nos atreveríamos a calificar de ecléctica, ha tratado de conjugar los parámetros de las nuevas tendencias arqueológicas en boga con muy distintos posicionamientos personales, buscando en definitiva una forma integral de acometer los estudios arqueológicos, como hemos reconocido más arriba nutrida de las más recientes corrientes teóricas aplicadas a la investigación arqueológica en Andalucía (RUIZ RODRIGUEZ, MOLINOS, HORNOS, 1986) y de parámetros epistemológicos (BINFORD, 1988; HODDER y ORTON, 1976; HODDER, 1988, etc.) que sólo en los últimos años han generado trabajos específicos en castellano, génesis y estímulo de nuevos planteamientos en la arqueología española (MARTINEZ NAVARRETE, 1989; FERNANDEZ MARTINEZ, 1989).

De esta manera, cabe destacar por ejemplo el nuevo valor concedido a la prospección arqueológica superficial del terreno como medio para plantear hipótesis de trabajo (VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991) y su contrastación mediante intervenciones con sondeos estratigráficos que sólo en algunos casos hubieran debido convertirse en sistemáticas.

Un Proyecto que tuvo entre sus objetivos-guía los siguientes:

* Estudio -en la comarca previamente elegida- de la distribución del poblamiento y ordenación del territorio en un proceso diacrónico, desde la Edad del Bronce hasta los años finales del Imperio Romano, poniendo especial énfasis en los siguientes aspectos:
- Modos de explotación del territorio.
- Control político territorial.
- Relaciones de dependencia entre asentamientos.
- Economía y modos de producción.
- Vías de comunicación y rutas comerciales.
- Mundo funerario.

Hoy en día, para ser valorado correctamente, todo yacimiento debe ser interpretado en relación con el paleoambiente que lo rodeó, en el marco de su territorio geográfico o político, en función de sus sistemas de relaciones políticas, económicas o sociales y, a pesar de todo, no descartar una aproximación a sus condicionantes ideológicos, en una visión estructuralista que, a pesar de sus indudables riesgos, se está revelando indudablemente fecunda.

* Obtención de algunas estratigrafías -siempre en yacimientos seleccionados de acuerdo con los resultados generados por las prospecciones arqueológicas superficiales pertinentes- destinadas a consolidar nuestro conocimiento general del proceso diacrónico de ocupación y control del territorio en el área objeto de estudio. Destaca desde este punto de vista la información obtenida acerca del Bronce Final, Periodo Orientalizante, comienzos y final de la Cultura Ibérica -especialmente desde el punto de vista de su integración en la cultura romana-, fases sobre las que, a pesar de lo que pudiera parecer, nuestro desconocimiento en esta zona era prácticamente total.

* Documentación tipológica de los materiales arqueológicos correspondientes a cada una de las etapas culturales objeto de estudio.

Entre las más importantes novedades ocurridas en el campo de la arqueología teórica de los últimos años destaca la fuerte irrupción de las técnicas de cuantificación (por ej. ORTON, 1988), que se van haciendo, día a día, más sofisticadas. En este sentido, la cuantificación no es un conjunto aséptico de técnicas, y del concepto de "Tipología" y "Clasificación" que se utilice (derivado en último extremo de los planteamientos teóricos personales, sean éstos explícitos o no) se derivan incuestionablemente enfoques muy diversos (CONTRERAS, 1984). Y, de la misma manera, se exige disponer de criterios claros sobre los problemas arqueológicos que se quiere abordar antes de comen-

zar a utilizar la estadística (QUESADA, 1989b; GIMENO, GONZALEZ, QUESADA, 1988; RICHARDS, RYAN, 1985).

* Análisis microespacial de las estructuras exhumadas, indispensable de acuerdo con los nuevos planteamientos de la Arqueología para la determinación funcional de los espacios.

* Documentación *in extenso* -algo de lo que la arqueología andaluza sigue especialmente necesitada- del urbanismo y técnicas constructivas de época ibérica, en nuestro caso a través de la excavación sistemática del poblado ubicado en el Cerro de la Cruz (Almedinilla) (VAQUERIZO, 1990b; VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991).

* Conservación, restauración y exhibición pública de los yacimientos excavados en extensión, así como de los principales materiales recuperados.
En los últimos años viene adquiriendo importancia la conciencia de que con excavar y publicar un yacimiento no termina la labor del equipo. Todas las cuestiones relacionadas con el inventario, restauración, conservación, exhibición y rentabilización del Patrimonio Arqueológico -concebido como Patrimonio de todos- son de interés primordial para las distintas administraciones públicas (PRICE, 1984), que naturalmente tienden a primar los trabajos que contemplen el conjunto de estos aspectos (RUIZ, MOLINOS, HORNOS, 1986a: 49-56).

En la misma línea, compartimos la idea de que debe aplicarse un énfasis especial a la conservación y divulgación del Patrimonio, fomentando aquellos aspectos que puedan resultar de interés turístico, en su doble vertiente de interés cultural y de avance económico de zonas tradicionalmente marginales[4].

* Divulgación de resultados.
Unos objetivos que, de haber llegado a cumplirse, podrían haber convertido a un área geográfica inicialmente casi inexplorada desde el punto de vista arqueológico, en un elemento de referencia necesario para el correcto análisis de la Protohistoria y Romanización de Andalucía.

* * * * * * * *

Finalmente, no queremos dejar pasar la ocasión de dar las gracias a tantas personas e instituciones que nos han apoyado, desde los años en que comenzábamos nuestra andadura profesional hasta el mismo día de la fecha. Relacionarlas sería demasiado prolijo, y correríamos el riesgo terrible de olvidar a alguna de ellas. Por eso, nada mejor que expresar nuestro agradecimiento de forma globalizada[5]; vaya para todos nuestro respeto y la constatación pública de que sin su apoyo -incluso sin sus zancadillas- este trabajo no hubiera sido posible.

4. De hecho, así parece estar haciéndose en el caso de Almedinilla, a través de iniciativas del Ayuntamiento local avaladas por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía que, sin embargo, nosotros no suscribimos desde 1989.
No es ocasión de comentar aquí -por lamentable- el proceso administrativo que condujo a esta situación, pero sí creemos importante dejar constancia de nuestra falta absoluta de responsabilidad en las diversas intervenciones que desde entonces se hayan podido practicar en el Cerro de la Cruz o la villa romana de El Ruedo, para cuya planificación científica y posterior realización nunca se ha contactado con nosotros.

5. Con todo, creemos de justicia destacar el papel desempeñado por la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba en la edición de esta obra.
Quede, pues, constancia de nuestro agradecimiento.

LA GÉNESIS DE UN PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

Con independencia de los planteamientos ideológicos personales de cada investigador -que incluso pueden no coincidir entre los diversos miembros que componen un equipo, con lo que se eniquece el debate interno y la formulación de la metodología-, es un hecho que para acometer un proyecto de carácter totalizador junto con la base teórica se debe contar con un cuerpo de información factual sobre la que trabajar. Se trata de plantear la investigación reconociendo la posición de partida, las ventajas y deficiencias de la información disponible y las necesidades materiales de la recogida de datos, partiendo siempre de un esqueleto cronológico y tipológico sólido, realizado con criterios actuales (LULL, 1983; CONTRERAS, 1984).

En este sentido, el Proyecto de Investigación del que surge la monografía que ahora presentamos hunde sus raíces en el trabajo realizado por uno de nosotros como Tesis Doctoral (VAQUERIZO, 1988a), en cuyo marco, y de acuerdo con un criterio de recuperación que aún hoy sigue primando nuestro trabajo, se reinterpretaban una serie de excavaciones antiguas practicadas en Almedinilla contrastándolas con una nueva intervención, de carácter bastante limitado en el yacimiento ibérico que conocemos como Cerro de la Cruz. A partir de aquí, y como consecuencia de los prometedores resultados de esta última, se planteó ya el acometer una Proyecto de Investigación a mayor escala que, no obstante, siguió enfocado en un principio a la excavación en extensión del poblado documentado en el Cerro de la Cruz y al análisis exhaustivo de su entorno inmediato, buscando con ello profundizar en los temas relacionados directamente con un núcleo ibérico de baja época, aspecto que no cubrían otros proyectos en curso en Andalucía (RUIZ RODRIGUEZ, 1978 y 1987; RUIZ RODRIGUEZ, MOLINOS, 1984a y b, 1989; RUIZ RODRIGUEZ, MOLINOS, HORNOS, CHOCLAN, 1987; CHAPA, PEREIRA, 1986; CHAPA, RUIZ, PEREIRA, 1985).

Así las cosas, la propia dinámica de los acontecimientos (cambios en circunstancias académicas, necesidades de la investigación, incorporación de nuevos investigadores a los equipos de trabajo, progresiva especialización de estos últimos, etc.) llevó a que en 1989 nuestro Proyecto adoptara la que habría de ser su última configuración ampliando la zona de estudio al conjunto de la Depresión Priego-Alcaudete (unidad geográfica con entidad propia que viene exigiendo, lógicamente, actuaciones también a nivel macro), así como el marco cronológico, hasta abarcar todo el I milenio. Es evidente, por consiguiente, que el Proyecto que ahora nos ocupa -y del que esta Memoria supone tan sólo un límite convencional, impuesto por las exigencias propias de la Administración- se distancia mucho en alcance, medios y objetivos de aquella modesta excavación inicial en el Cerro de la Cruz.

Lejos de presentar un aspecto monolítico y cerrado, planteamos un Proyecto **vivo**, cuya historia discurre además -según indicamos más arriba- perfectamente emparejada con la evolución del Seminario de Arqueología de la Universidad de Córdoba. Creció, pues, de acuerdo con los medios y el equipo disponible, y lejos de presentarse como una unidad completa, prevista y perfectamente planificada desde su elaboración (circunstancia que muy rara vez se da), quiere reconocer que necesitó ir adaptándose a las circunstancias -por fortuna, en constante mejora- hasta lograr su complejo planteamiento final.

A partir de 1989 el Proyecto se dotó de su propio planteamiento teórico (QUESADA, VAQUERIZO, 1990), pero poco después sería suspendido de forma unilateral desde la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, privándole así de la que, sin duda, habría sido su etapa más fructífera. Por lo que ni la iniciativa debe entenderse como culminada, ni mucho menos sus objetivos completamente cumplidos.

EL MARCO GEOGRÁFICO.

LA SUBBÉTICA CORDOBESA EN EL CONJUNTO PROVINCIAL. RASGOS DIFERENCIADORES.

Las Cordilleras Subbéticas constituyen una de las tres grandes unidades geomorfológicas que se pueden distinguir a nivel provincial. Desde los geógrafos árabes a la Corografía de Casas Deza (RAMIREZ DE LAS CASAS DEZA, 1840), el reino o provincia de Córdoba se venía dividiendo en Sierra Morena y Campiña. Sin embargo, con base fundamentalmente en los criterios geológico y del relieve, Córdoba se divide en realidad en tres grandes áreas que corresponden a la Sierra Morena, la Campiña y las Sierras Subbéticas, formadas, respectivamente, por terrenos paleozoicos, terciarios-cuaternarios y mesozoicos. El contacto entre la Campiña y las Subbéticas es impreciso; no obstante, el límite puede fijarse de manera aproximada en una línea sinuosa que desde Baena enlaza con Puente Genil, pasando por Doña Mencía y Sur de Moriles. Es, de alguna forma, una tierra de transición, un confín equidistante de los polos tradicionales de atracción humana de Andalucía (ORTEGA ALBA, 1974: 19).

Son tierras que, desde un punto de vista amplio, pertenecen al mundo mediterráneo, tanto en lo físico como en lo humano y económico, con varios rasgos comunes concretos: su hetereogeneidad en lo físico, con relieve accidentado, litología y suelos de distribución laberíntica y clima irregular. Se trata de terrenos mesozoicos y terciarios, formados a raíz de los recientes movimientos alpinos, durante los cuales la orogenia fue tan enérgica que ha convertido esta zona en una de las más complicadas tectónicamente de toda la Península Ibérica. El paisaje es, por tanto, alpino, con preponderancia del modelado kárstico y formas típicas de lapiaz, áreas en panel, sumideros, embudos, simas, dolinas, gargantas angostas y cuevas con formaciones litoquímicas (CABANAS PAREJA, 1980); a la vez, el predominio de la erosión sobre la sedimentación origina un relieve descarnado, incapaz de sustentar suelos aptos para la agricultura, e incluso para una cobertera vegetal (ORTEGA ALBA, 1974).

Es una comarca que sirve de interfluvio entre las cuencas de los ríos Guadajoz y Genil, pero en la que, a pesar de la complejidad y diversidad de unidades topográficas que se desprenden del análisis inicial del relieve, debidas a la multiplicidad de los afloramientos, al caos orogénico del plegamiento propiciado por un Trias basal movedizo y plástico, y a la erosión postorogénica, es posible distinguir (ORTEGA ALBA, 1974) tres grandes unidades: un espolón montañoso que atraviesa el centro de la comarca y dos piedemontes, el oriental y el occidental. En el marco del primero, y a los efectos que a nosotros ahora interesan destaca con personalidad propia la llamada Depresión Priego-Alcaudete. Una unidad que constituye la cabecera hidrográfica de los confluentes del Guadajoz: el Salado y el San Juan, del que a su vez es tributario el Almedinilla, y que muestra una composición digitada en tres valles principales -del río Zagrilla, del Salado y del Almedinilla- separados por tres interfluvios, que representan la base geográfica de nuestro estudio.

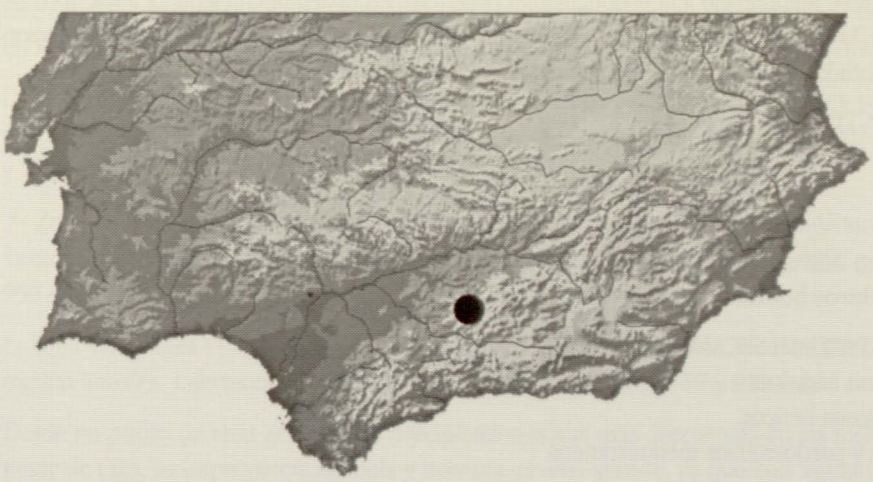


Figura 1A). Localización de la Subbética cordobesa.

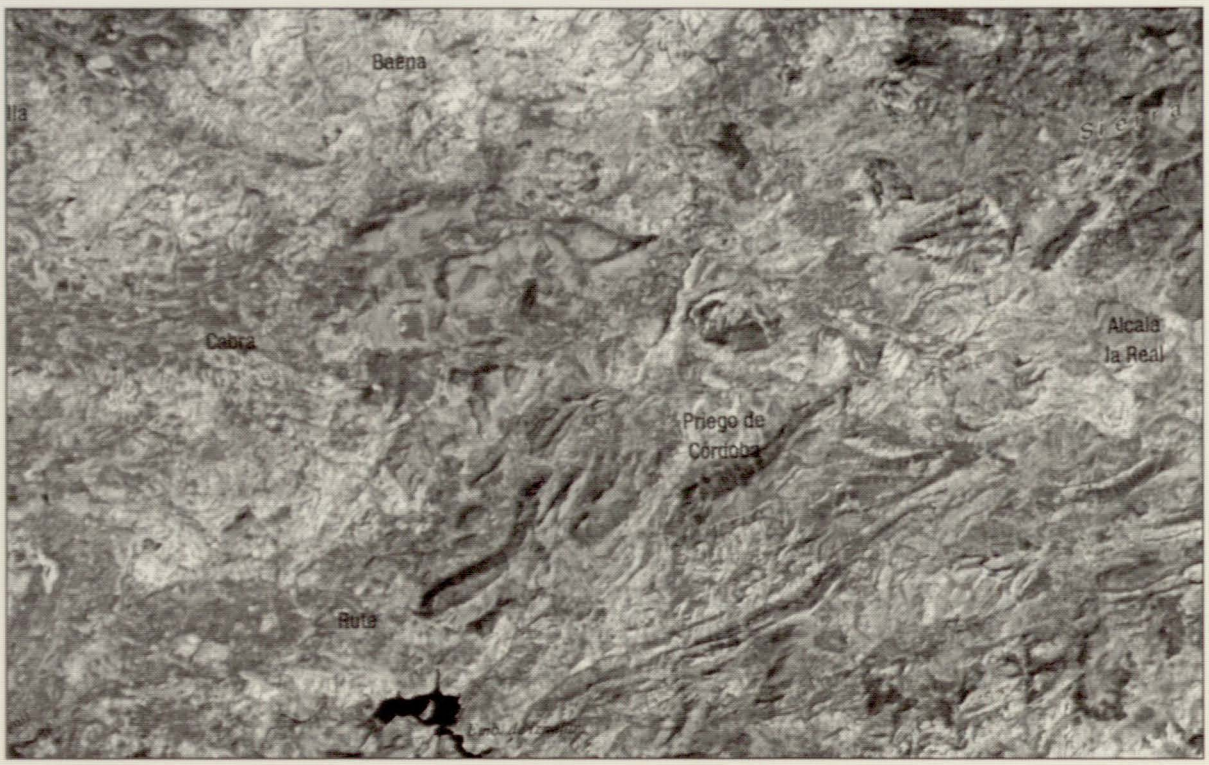


Figura 1B) Subbética cordobesa. Vista desde satélite.

LOS SUELOS. DISTRIBUCIÓN Y CARACTERÍSTICAS:

En la comarca cordobesa de la Subbética existe una gran variedad de suelos. Una síntesis de los mismos es magníficamente realizada por Ortega Alba (1974), **el Estudio Agrobiológico de la Provincia de Córdoba** (CEBAC, 1971) y por el **Mapa de Cultivos y Aprovechamientos de la Provincia de Córdoba** (MINISTERIO DE AGRICULTURA, 1986).

A través de todos ellos observamos que en el Subbético la principal característica de los suelos es la enorme heterogeneidad de su distribución, debida a la variedad de los afloramientos. Y este componente edáfico es para nosotros de gran importancia porque constituye el factor primordial de cara a dilucidar la potencialidad agrícola del territorio. Por esta razón, hemos procedido a analizar los tipos de aprovechamientos agrícolas, ganaderos y forestales que de un modo potencial (CEBAC, 1971) y real (MINISTERIO DE AGRICULTURA, 1986) permiten los distintos tipos de suelos; y a partir de los catorce tipos principales de éstos y de su confrontación con las variables recursos acuíferos, pendiente, erosión (ROSA-MOREIRA, 1987) y nutrientes orgánicos (CEBAC, 1971), hemos realizado un agrupamiento en seis categorías básicas, atendiendo a la productividad potencial, en orden decreciente, y a los tipos de aprovechamientos agrícolas (MURILLO, 1990; VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991: 129 ss.) -lo que nos proporciona una clara idea de las posibilidades agrícolas de la comarca objeto de estudio-:

*- LABOR ALTA PRODUCTIVIDAD: REGADIO.
Suelos: 3. Vegas.
Nula pendiente.
Mínima erosión.
Aceptable contenido en nutrientes orgánicos.
Aprovechamientos: cultivos hortofrutícolas; cereal.

*- LABOR ALTA PRODUCTIVIDAD: SECANO.
Suelos: 6. Tierras negras andaluzas.
7. Suelos margosos béticos.
13. Suelos rojos y pardorrojizos mediterráneos.
Escasa pendiente.
Indice de erosión variable, de mínimo a medio.

Alto contenido de nutrientes orgánicos naturales.
Aprovechamiento: cultivo de cereales.

*- LABOR MEDIA PRODUCTIVIDAD: SECANO.
Suelos: 4. Rendsinas, Xerorendsinas y Regosuelos.
8. Suelos margoyesosos y Regosuelos.
Pendiente escasa o media.
Indice de erosión variable, de mínimo a medio.
Presenta ciertas deficiencias en nutrientes orgánicos.
Aprovechamientos: cultivo de cereales, olivar, viñedo.

*- PASTOS.
Suelos: 5. Tierras pardas calizas y Rendsinas.
9. Tierras pardas meridionales sobre pizarras.
14. Suelos lavados con pseudogley y Suelos pardos.
Pendiente variable, de escasa a alta.
Incidencia del factor pedregosidad.
Nivel medio de nutrientes orgánicos.
Aprovechamientos: dehesas y pastizales.

*- MONTE BAJO.
Suelos: 1. Litosuelos y Rankers.
2. Litosuelos y Protorrendsinas.
3. Tierras pardas meridionales sobre areniscas.
Pendiente media-alta.
Aprovechamientos: pastoreo y actividades cinegéticas.

*- MONTE ALTO.
Suelos: 10. Tierras pardas meridionales y Rankers.
12. Suelos rojos, Tierras pardas meridionales y Rankers.
Pendiente media-alta.
Aprovechamientos: explotación forestal y actividades cinegéticas.

CLIMATOLOGÍA

El clima de la provincia de Córdoba puede conceptuarse en conjunto como Subcontinental semihúmedo, con inviernos templado-fríos y veranos secos y calurosos. Ahora bien, la variedad topográfica, con las áreas montañosas situadas al N y al S del territorio, confiere a las distintas comarcas caracteres climáticos que se apartan bastante del término general. Es decir, puede afirmarse que se observa una marcada influencia de la topografía sobre el clima y, en este sentido, es posible distinguir también tres comarcas, como ocurre desde el punto de vista geológico: el Valle, en la zona media; la Campiña, y las zonas de montaña en los límites extremos Norte y Sur.

De acuerdo con la **Clasificación de Papadakis** y el **Indice de Turc**, la comarca subbética cordobesa participa de dos de las seis zonas climáticas que se distinguen en el conjunto provincial (MINISTERIO DE AGRICULTURA, 1986 y 1989):

*- Zona IV: Se centra en la porción oriental de la comarca (Depresión Priego-Alcaudete). Su clima es Mediterráneo Subtropical, con una temperatura media anual de valores inferiores a los 16-19ºC y una precipitaciones entre 550 y 950 mm.

*- Zona VI. Integra el Sur y Oeste de las Subbéticas. Gozan de clima Mediterráneo Continental, con temperaturas medias anuales inferiores a los 16-17ºC y precipitaciones entre 550 y 950 mm.

Desde un punto de vista general, las precipitaciones son más frecuentes en las montañas que en las zonas bajas. A pesar de esto, su importancia agrícola y humana es muy grande, ya que esas aguas se filtran a través de las calizas y las grietas kársticas y dan lugar a numerosos manantiales y fuentes que, en buena medida, siguen condicionando los núcleos de hábitat.

VEGETACIÓN

En las Subbéticas Cordobesas la recreación de la vegetación potencial clímax es mucho más fácil que en la Campiña, ya que por su topografía se conservan algunas localizaciones con vegetación natural, siendo frecuentes, incluso en la toponimia, los acebuchales, carrascales, quejigales, retamales, etc.

Sobre los suelos calizos del Subbético se desarrolla un tipo de encinar caracterizado por su asociación a coscoja y peonías en las áreas de solana, y a quejigo en las más húmedas. También encontramos un bosque del tipo Aestilignosa, de hoja caduca. Se distribuye en cotas superiores a los 700 m. y de precipitaciones abundantes, en cotas bajas con elevada humedad o en laderas de umbría. En el primer caso encontramos al roble melojo y, en el segundo, álamos, alisos, sauces y fresnos, que en las riberas de algunos ríos forman un bosque en galería.

La erosión antrópica no ha hecho sino aumentar desde los tiempos en que el hombre descubrió la agricultura, centrándose principalmente en las vegas, navas y tierras llanas, en las que la labor ha ido profundizando progresivamente en los suelos. A pesar de ello, se conservan aún hoy algunas manchas de inculto, compuesto sobre todo por eriales y matorral, con algunas reliquias de monte alto-encinar y, a la vez, son importantes otros cultivos, entre los que destacan el cereal, las hortalizas, los frutales y, en los últimos años, el olivar.

Actualmente, en el sector oriental de la comarca, Almedinilla y Fuente Tójar presentan porcentajes de olivo semejantes y aun superiores a los del sector occidental y, de hecho, si dicho cultivo no ha avanzado más ha sido porque muchos espacios no son roturables o lo son muy difícilmente por causa de las pendientes y, particularmente, por la irregularidad del horizonte superficial de los litosuelos, que a veces es sólo de escasos centímetros.

RECURSOS ESTRATÉGICOS

Junto al que será el recurso básico para las etapas que interesan a nuestro Proyecto, esto es, la tierra, debemos considerar otra variada gama de recursos cuyo aprovisionamiento debió ser prioritario para las comunidades humanas en estudio.

Agua

La unidad geográfica que hemos caracterizado como Depresión Priego-Alcaudete presenta, según indicamos más arriba, una composición digitada en tres valles principales (Valle del río Zagrilla o de Carcabuey, Valle medio del Salado o Vega de Priego y Valle del río Almedinilla), separados por tres interfluvios serranos. Es una red hidrográfica bastante similar a la abierta desde la retirada definitiva de los mares del Mioceno; no obstante, es preciso no olvidar que los cursos actuales, cuyo encajamiento arranca del Cuaternario reciente, deben ser algo distintos en detalle.

En líneas generales, todos los ríos andaluces presentan un régimen subtropical mediterráneo, cuyo medio de alimentación es pluvial (MASACHS SAAVEDRA, 1942: 866 ss. y 1948, 319 ss.). Su curva muestra una fuerte apófisis pluvial a fines de invierno que suele rebasar el coeficiente 2, y otra apófisis en diciembre, de origen similar, que oscila entre 1'25 y 1'50, así como un estiaje de enero y otro de agosto muy profundo y dilatado. Son ríos influidos por factores climáticos (distribución temporal de las lluvias, altas temperaturas que provocan una intensa evaporación, etc.); factores geográficos (en el caso de los ríos subbéticos su origen se debe básicamente a la fuerte concentración de lluvias recibida por las montañas en las que nacen); factores geológicos y litológicos (permeabilidad de las rocas calizas y abundancia de formas kársticas, que posibilitan la creación de grandes reservas de agua); factores bióticos (despoblación forestal, que no facilita la retención de agua de lluvia) y, por fin, factores humanos (cultivos que necesitan grandes cantidades de agua, utilización de manantiales kársticos para abastecimiento de aguas potables, etc.).

En definitiva, la red hidrográfica subbética superficial aporta un volumen hídrico condicionado por una buen número de causas. Ello constituye un importante obstáculo en el empleo de estas aguas, tanto para la irrigación como para el consumo humano, siempre y cuando no se realicen obras hidráulicas de regulación-almacenamiento y decantación de las que, por el momento, ningún dato avala su existencia para el periodo cronológico que nos ocupa. Por otra parte, es preciso tener en cuenta el carácter salado de varios de los cursos de agua existentes en la zona, entre los cuales destaca lógicamente el río Salado, circunstancia que condiciona de manera importante su utilización de cara al consumo humano y animal.

Sin embargo, se observa al tiempo una alta frecuencia de manantiales, algunos de ellos de gran entidad como los situados en el contacto de las calizas del Subbético con las margas y margocalizas del Prebético: Fuente del Río de Cabra, Fuente Alhama, Fuente de Marbella, Fuente de Zagrilla y Fuente de las Palomas.

De otro lado, a partir de la época ibérica cobra una papel cada vez más destacado el almacenamiento de las aguas de lluvia, lo que propicia una disminución del condicionamiento que el abastecimiento de la misma había supuesto hasta entonces en la elección del asentamiento, pasando a permitir la ocupación de sitios en los que prima de manera fundamental el factor estratégico. Grandes cisternas como las documentadas en el Cerro de la Cruz (Almedinilla), en el Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar), o en la propia Villa de El Ruedo, son buena prueba de cuanto decimos.

Metales

El análisis del **Mapa Metalogenético de España** (SIERRA *et alii*, 1975) y de la cartografía de explotaciones mineras contenidas en el **Libro Blanco de la Minería Andaluza** permite comprobar la absoluta carencia de recursos mineros en el espacio comarcal estricto que estudiamos, razón por la que el aprovisionamiento de los mismos debió efectuarse probablemente a partir de un comercio interzonal a media distancia, en dirección a los cotos mineros de la Sierra de Córdoba (dotada de reservas de cobre, estaño, plata, plomo), del Noreste de Jaén (plata, plomo) y de Sierra Nevada (hierro), sin excluir la posibilidad de su inserción en circuitos de distribución de materias primas con un origen más lejano (*cfr.* MURILLO, 1990).

En el mismo **Mapa Metalogenético de España** comprobamos que en las proximidades del Cerro de la Cruz, más o menos a la altura del nacimiento del río Guadajoz -controlado perfectamente desde el asentamiento ubicado en La Almanzora (VAQUERIZO, 1987; VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991)-, se indica la existencia de ocho yacimientos de hierro (Números 77, 78, 79, 80, 81, 82, 84 y 85). De la misma manera, se constatan un par de yacimientos junto al Cerro del Minguillar (Baena); tres más en torno a la zona de Albendín, a ambas orillas del río Guadajoz, en las proximidades del Cerro de los Molinillos; varios en torno al área de La Bobadilla, y una mayor aglomeración, con casi 20 yacimientos, en torno a Fuerte del Rey, entre esta localidad y Torredonjimeno.

Todos estos yacimientos aparecen catalogados como "pequeños e improductivos", calificación que, de acuerdo con las fuentes consultadas en la Subdirección General de Recursos Minerales, responde al Plan Nacional de Investigación Minera realizado en 1969-1970 y que no ofrece demasiada credibilidad, dado que dicha recopilación se limitó a recoger las denuncias ya existentes en la Dirección General de Minas, en muchos casos declaradas como yacimientos de hierro con objeto de evadir impuestos.

En lo que respecta a su productividad, resulta prácticamente imposible saber -por todas las razones antedichas- si estos yacimientos han sido explotados sin conocer su grado de desmonte superficial, lo que exigiría la visita de un especialista. Hasta casi la Edad Media el hierro se explotaba en las minas de ocre sin tener en cuenta su escasa rentabilidad, y éste puede ser uno de esos casos, sin que conozcamos más datos que nos pudieran permitir cualquier otro tipo de conjetura (VAQUERIZO, 1990a, 59-60).

Sustancias colorantes

El uso de sustancias colorantes en la Pre- y Protohistoria tuvo una importancia muy próxima a la que tiene en nuestros días, rebasando incluso el mundo de los vivos para alcanzar, en determinados momentos, el mundo funerario, con su empleo en rituales que por el momento resultan de difícil interpretación.

En el marco del área geográfica que analizamos contamos con varios depósitos de óxido de hierro, ubicados al N de la localidad de Fuente Tójar. Explotados hasta fechas recientes, tanto a cielo abierto como mediante sistemas de pozos y galerías, proporcionan una magnífica almagra, muy valorada al menos desde el Neolítico. El afloramiento superficial en diversos puntos de estos depósitos de óxido de hierro permite su fácil explotación.

Sal

En la provincia de Córdoba, los depósitos de sal se localizan de modo casi exclusivo en los terrenos triásicos de la Campiña, donde encontramos salinas de pequeño tamaño cuya explotación suele realizarse mediante pozo (LOPEZ ONTIVEROS, 1973). En la Subbética, el principal punto de aprovisionamiento de sal se localiza al SE de Priego de Córdoba, en las cercanías de los asentamientos de época protohistórica y romana de Cerro del Puerto, Zurriones y Cortijo de la Salina (VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991, 132-133). Junto a ellos, debemos considerar otras salinas de menor entidad situadas junto al poblado calcolítico de Los Castillejos de Priego y al N del Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar (MURILLO, 1990, Fig. 7).

Otros recursos

Los depósitos de arcillas revisten un interés primordial para la fabricación de recipientes cerámicos, así como de materiales de construcción (tapial, adobes, ladrillos, tejas, ...). De su distribución en el conjunto provincial no se desprende una especial concentración; a pesar de ello, no podemos descartar la existencia de algún centro de producción especializado que comercializara sus vasijas en el ámbito local o comarcal -como se ha comprobado para una época ya tardía en el caso de la Villa de El Ruedo (Almedinilla).

También los puntos de abastecimiento de sílex se encuentran lo suficientemente repartidos como para que todos los asentamientos hubieran podido contar con uno a varios lugares de aprovisionamiento en el marco de sus respectivos TPR. Lo mismo cabe decir de la piedra para la construcción, muy empleada en una zona de las características geológicas de la Subbética y en algún caso de procedencia alóctona, tal como hemos podido documentar en el Cerro de la Cruz.

Finalmente, y en lo que respecta al aprovechamiento de los recursos cinegéticos, debemos partir de un paisaje sustancialmente diferente del actual, con un monte bajo generalizado y grandes extensiones de monte alto, de manera similar a como se describe en el **Libro de la Montería** de Alfonso X (LOPEZ ONTIVEROS, VALLE, GARCIA, 1988), donde además de ciervo, jabalí o conejo, se cita la existencia de numerosos cazaderos de oso.

VÍAS DE COMUNICACIÓN

Supone en principio casi un ritual entre arqueólogos insistir en que el yacimiento que uno mismo excava, o la zona que uno prospecta, se ubica sobre una importante vía de comunicación o en una zona nuclear por su importancia en minerales, ganadería o agricultura. Sin embargo, la comarca que centra nuestro proyecto de investigación difícilmente puede considerarse un área nuclear, dado que se aparta mucho de los grandes ejes de comunicación que representan el Guadalquivir y el Segura, e incluso de algunos secundarios, como el Guadiana Menor o el Genil. Del mismo modo, no es una zona especialmente fértil, y se aleja mucho de la capacidad productora de mineral de regiones como Sierra Morena, Huelva o Cartagena. En este sentido, si jugó algún papel importante debió ser en las comunicaciones entre la costa granadino-malagueña y el Alto Guadalquivir. Por supuesto que cuenta con vías de comunicación, pero de carácter secundario, fundamentalmente comarcales y locales. Y, aún así, los yacimientos protohistóricos y romanos de esta zona han proporcionado desde antiguo abundantes materiales de gran calidad -en buena parte importados-, reflejando en algunos casos entidades de auténtico carácter urbano.

Habitualmente, las posibles rutas de comunicación se consideran confirmadas cuando determinados materiales arqueológicos así lo prueban mediante su difusión. Es lo que ocurre por ejemplo con la cerámica griega, en función de la cual (TRIAS, 1967, 39) se ha destacado sobre todo la ruta que desde Villaricos, por Baza, conduciría hasta la zona minera de Cástulo. Esta vía seguiría en un principio el curso del Almanzora y después remontaría a través de la red fluvial del Guadiana Menor, jalonada por yacimientos tan importantes como Toya o Castellones de Ceal. El Guadalquivir, por su parte, debió constituir una importante vía de penetración hacia la Baja Andalucía, pero lo cierto es que en el territorio comprendido a la izquierda de su curso, concretamente los materiales de importación griega destacan por su casi total ausencia (VAQUERIZO, 1990a: 57, nota 7).

En los últimos años, las posibles comunicaciones de esta zona en época antigua están siendo objeto de un detenido análisis basado en la prospección directa del terreno por parte de ciertos autores (RUIZ, MOLINOS, 1984b, 189-190) que, en algún caso, han llegado a plantear la importancia del paso desde la zona de Martos hacia la actual provincia de Granada por la ruta del Guadajoz, a través de Alcaudete y Alcalá la Real, y de la ruta del río Marbella, que desde Baena se abre a Antequera y la costa malagueña (RUIZ, MOLINOS, 1984a, 425).

Por fin, algunos investigadores (BLANCO, 1959, 89 ss.) han insistido en la importancia de estas rutas de cara al resurgimiento y subsistencia de poblados tan característicos de la zona bastetana como Castellones de Ceal. Esta pudo ser, sin lugar a dudas, una de las razones de la instalación de un hábitat de nuevo cuño en el Cerro de la Cruz; sin embargo, como bien se ha señalado para el caso anterior (CHAPA, FERNANDEZ-MIRANDA, PEREIRA, RUIZ, 1984, 223 ss.), no hay que menospreciar las posibilidades naturales del ecosistema y la existencia de otras razones en la aparición de nuevos núcleos de población.

Desde nuestro punto de vista, es preciso incidir en las vías romanas conocidas y, en este sentido, destacar la que desde *Corduba* se dirigía a *Malaca* por *Anticaria*. En ella desembocarían numerosos caminos secundarios, cuya exis-

tencia queda explicada desde el momento en que núcleos de población próximos exigen siempre sendas de acceso y enlace más o menos desarrollados. Uno de estos caminos, que enlazaba al menos *Corduba* con *Ategua* y ésta con *Ucubi*, se prolongaría (RODRIGUEZ NEILA, 1985, 121) como mínimo hasta *Ulia*, donde enlazaría con la vía antes señalada y, posteriormente, seguría por las mansiones de *Soricaria, Ipsca* e *Iponoba* en dirección a *Iliberris*.

Por otra parte, R. Thouvenot, basándose en los Itinerarios del geógrafo árabe Edrisi, nos habla de una vía que, desde Málaga, conduciría a Córdoba por Archidona, Iznájar, Priego, Cabra y Baena, por una parte, y por Alcaudete y Martos hacia Jaén, por otra (THOUVENOT, 1973, 483).

Toda esta red habría sido razonablemente concebida; en primer lugar, adaptándola a las grandes vías naturales; en segundo, con el deseo de procurar a las zonas de importante riqueza un fácil acceso a los principales ríos y, sobre todo a las costas (VAQUERIZO GIL, 1990a: 57-58). Quizá la circunstancia que destaca de forma más inmediata es la posición marginal de la Subbética Cordobesa en relación con las más importantes vías de comunicación que vertebraban Andalucía Central; aún así, la comarca se mantendría en contacto con el que en época romana parece haber sido el trazado de la vía *Corduba-Iliberris*, que seguramente pasó muy cerca del yacimiento de La Almanzora (*¿Sosontigi?*), desde donde un ramal secundario bien pudo desviarse hasta el Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar; *¿Iliturgicola?*), ambos *municipia* romanos que, a su vez mantendrían su propia red de caminos secundarios, *publica itinera*, destinados a facilitar tanto su interconexión como el acceso a su *territorium* (*Vid.* al respecto MELCHOR, 1995, 54 ss.).

Por el Este quedaba al margen de la llamada "Vereda de Granada", que por *Ategua*, Castro, Cortijo de Izcar *(Ipsca)*, Baena *(Iponuba)* y Luque, llevaba desde Córdoba hasta la Laguna del Conde, donde se bifurcaba en dos ramales: uno en dirección a Alcaudete (*¿Sosontigi?*) y Martos *(Tucci)*, y otro hacia Alcalá la Real y Granada *(Iliberris)* (MELCHOR, 1995, 133 ss.). Otro tanto sucedía con la via *Corduba-Anticaria-Malaca* que, a través de Montemayor *(Ulia)*, Montilla, Aguilar *(Ipagrum)* y Monturque, unía Córdoba y la Campiña occidental con la costa malagueña, tras cruzar el Genil a la altura del Hacho de Benamejí (MELCHOR, 1995, 105 ss.).

Por el Noreste también quedaba en situación periférica respecto al llamado Camino de Metedores que, pasando por el Cerro del Minguillar *(Iponuba)* y Cabra *(Igabrum)*, conectaba la campiña oriental cordobesa con esta última vía (MELCHOR, 1995, 144 ss.) y que pudo servir de salida desde la zona de *Castulo* (Linares) al litoral malagueño. Por último, el Genil ha sido considerado con frecuencia vía de comunicación entre las Campiñas cordobesa y sevillana y la Vega de Granada (MELCHOR, 1995, 178); sin embargo, la difícil topografía de su tramo comprendido entre Loja y Rute pueden haber reducido su importancia frente a rutas alternativas.

Así pues, ninguna de estas más o menos importantes rutas de comunicación atraviesa directamente la Subbética cordobesa, aunque sí pasan lo suficientemente cerca -en particular, los dos ramales de la Vereda de Granada- como para que parte de los productos por ellas canalizados hubieran podido ser "captados" hacia el interior de la misma, al tiempo que garantizarían la salida de personas, productos y mercancías propias.

Entre los elementos arqueológicos que pueden dibujar esta ruta se enumeran la urna de tipo Cruz del Negro recuperada en el Cerro del Castillo de Carcabuey (VAQUERIZO, 1983-84; MURILLO, RUIZ LARA, 1990), o la espada publicada por Harrison también procedente de la misma localidad (HARRISON, 1974 -75). Más definitoria aún parece la presencia de puntas de flecha de doble filo y arpón de procedencia oriental, fechadas fundamentalmente en el siglo VII, que aparecen a millares en Benamejí y también se dan en Carcabuey, Fuente Tójar y Baena (QUESADA, 1989; MURILLO, RUIZ LARA, 1990).

LA PROSPECCIÓN.

De los propios enunciados teóricos que, según indicamos más arriba, rigen hoy los más modernos derroteros de la investigación arqueológica española, se deduce que el desarrollo de cierto número de prospecciones de superficie con criterios metodológicos actualizados (un brevísimo resumen en este sentido puede consultarse en FERNANDEZ MARTINEZ, 1989: 50 ss. o RUIZ ZAPATERO, 1988) debe entenderse como parte esencial de un proyecto de investigación arqueológica de amplio alcance.

Ya en 1985-86, uno de nosotros (D.V.), como complemento a la elaboración de su Tesis Doctoral, llevó a cabo una primera campaña de prospección arqueológica superficial de la comarca subbética, cuando todavía nuestro proyecto de trabajo no había sido definido en los términos actuales, y casi a título individual. Este primer análisis pretendía, sin embargo, un acercamiento preliminar a los más importantes yacimientos de la zona, conocidos desde antiguo por la bibliografía o por referencias verbales, evidentes por su entidad física o situados en localizaciones paradigmáticas de acuerdo con los criterios conocidos para las etapas culturales estudiadas. Los resultados (1987) mostraron la importancia de algunos yacimientos clave: Cerro de las Cabezas, Camino del Tarajal y La Almanzora en la

Figura 3. La Almanzora. Restos de estructuras en superficie.

zona Norte, controlando el tránsito a la Campiña; Cerro del Castillo de Carcabuey y Las Lagunillas al Oeste y al Sur, sobre las vías de paso hacia el Genil; Cueva de La Murcielaguina en Las Angosturas, único paso entre Priego y Fuente Tójar y posible cueva-santuario ibérica (VAQUERIZO, 1985b).

A lo largo de 1988, y en una fase de exclusivo trabajo de gabinete, recopilamos toda la información disponible sobre prospecciones efectuadas en el Sureste de la actual provincia de Córdoba, con objeto de integrar los resultados de nuestro Proyecto en un contexto mayor. Las primeras hipótesis fueron publicadas casi inmediatamente (MURILLO *et alii*, 1989), destacando entre los datos obtenidos la comprobación de la densidad que el poblamiento protohistó-

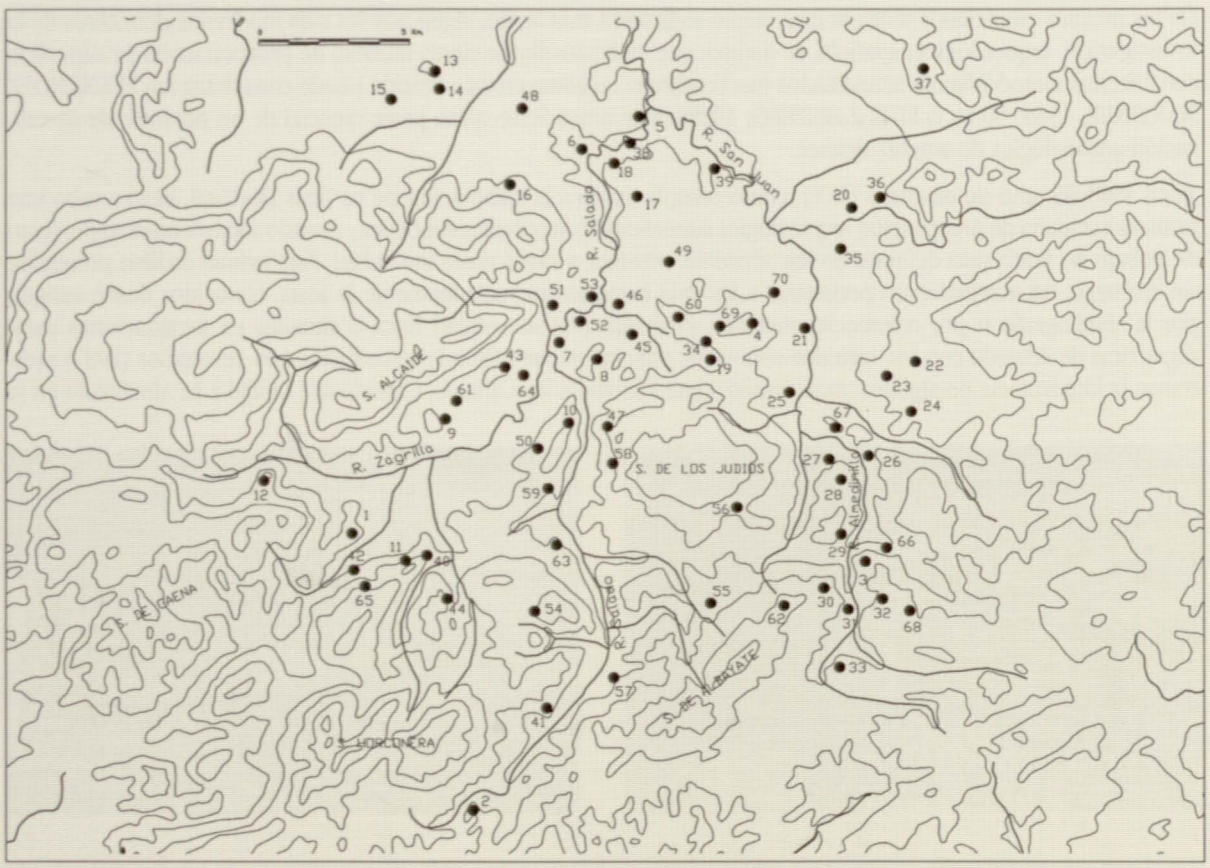


Figura 2. Mapa general de localización de yacimientos.

1.-Cerro del Castillo (Carcabuey); 2.-Cerro del Puerto (Priego de Córdoba); 3.-Cerro de la Cruz (Almedinilla); 4.-Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar); 5.-La Almanzora; 6.-El Salobral; 7.-Camino del Tarajal (Priego); 8.-Torre Alta (Priego); 9.-Villar de Zagrilla (Priego); 10.-Sierra leones (Priego); 11.-El Canuto (Priego); 12-Los Castillejos de Carcabuey; 13.-Cerro de las Cabezas de Luque; 14.-San Antón (Luque); 15.-Los Cautivos (Luque); 16.-Fuente Pilar (Luque); 17.-El Morchón (Priego); 18.-Los Castillejos de Priego); 19.-Fuente Tójar I; 20.- Cortijo Ramón (Alcaudete); 21.-Cortijo de Caicena (Fuente Tójar); 22.-Loma del la Cruz (Alcalá la Real); 23.-Prado del Mármol (Alcalá la Real); 24.-Molino de Núñez (Alcalá la Real); 25.-Cota 519 (Priego); 26.-Los Ríos (Almedinilla); 27.-Cota 601 (Almedinilla); 28.-Cortijo del Albarillo (Almedinilla); 29.-El Ruedo (Almedinilla); 30.-Los Castillejos de Almedinilla; 31.-La Esperilla (Almedinilla); 32.-Km. 4 (Almedinilla); 34.-Fuente Tójar II; 35.-Confluencia San Juan-Almedinilla; 36.-Noreste de Cortijo Ramón (Alcaudete); 37.-Cerro de la Celada (Alcaudete); 38.-Coritijo de las Vegas (Priego); 39.-Cortijo de las Polillas (Priego); 40.-Sierra de Jaula (Priego); Cortijo de la Salina (Priego); 42.-Fuente Dura (Carcabuey); 43.-Cerro de El Esparragal (Priego); 44.-Las Lomillas (Priego); 45.-Caños Corrientes (Priego); 46.-Huerta del Letrado (Priego); 47.-Huerta Anguita (Priego); 48.-Laguna del Conde (Luque); 49.-Los Llanos de Zamoranos (Priego); 50.-Arroyo Tiraderos (Priego); 51.-Fuente Alhama (Luque); 52.-Molino de la Vega de los Morales (Priego); 53.Collados I (Luque); 54.-Villa Luisa Ocaña (Priego); 55.-Cortijo del Castellar (Priego); 56.-El Espartarillo (Priego); 57.-Los Zurriones (Priego); 58.-Azores (Priego); 59.-Cortijo del Herrador (Priego); 60.-La Mesa (Fuente Tójar); 61.-Cerrillejo de las Colmenas (Priego); 62.-El Castillarejo (Almedinilla); 63.-Priego de Córdoba; 64.-El Tarajal (Priego); 65.-Huerta Cascante (Carcabuey); 66.-Cerro Alcalá (Almedinilla); 67.-El Castillarejo (Priego); 68.-Barranco del Lobo (Almedinilla); 67.-El Castillarejo (Priego); 68.-Barranco del Lobo (Almedinilla); 69.-Las Cabezuelas (Fuente Tójar); 70.-La Loma (Fuente Tójar); 71.-Cortijo Ultimo; 72.-Cota 650 (Priego); 73.-El Arrimadizo (Priego); 74.-El Piruelo (Priego).

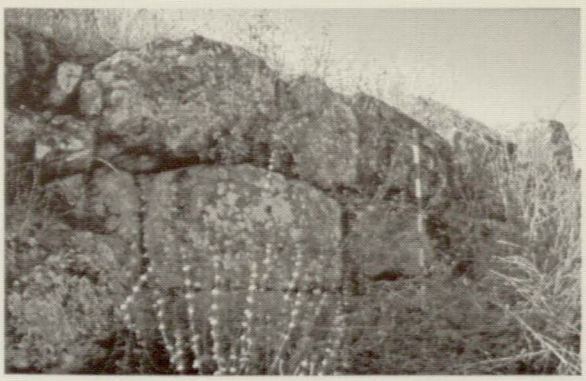
rico presenta en la Campiña (sobre todo al Norte del Guadajoz y hacia el Guadalquivir), a la vez que el aparente vacío existente desde el área de la Sierra de Cabra hacia el Sur.

En aras de uno de los objetivos base de nuestro Proyecto: el estudio de la distribución del poblamiento y de la ordenación del territorio -atendiendo fundamentalmente a los modos de explotación económica de éste y al control político del mismo- en un proceso diacrónico, desde el Bronce Final hasta la plena Romanización, y en una comarca con clara personalidad geográfica, como es la Depresión Priego-Alcaudete, en pleno corazón de la Subbética, centro natural de Andalucía, era precisa, por tanto, una intensa labor de campo que, en una primera fase de aproximación, planificamos en dos etapas centradas en dos áreas diferenciadas: las cuencas de los ríos Almedinilla y San Juan, para la primera (1989), y las cuencas de los ríos Zagrilla y Salado, para la segunda (1990). Si se recuerda la propia estructura geográfica de la Depresión Priego-Alcaudete, con una composición digitada en varios valles fluviales, creemos que se entenderá perfectamente el porqué de esta decisión ...

Se trató, pues, de una primera fase de prospección arqueológica con carácter selectivo (VAQUERIZO, 1986 y 1987), a la que seguirían tres fases más:

- Prospección aleatoria.
- Prospecciones sistemáticas (VAQUERIZO, QUESADA, 1989; VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991).
- Prospección de carácter intensivo (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991, 175 ss.). Hasta ahora, ha sido aplicada tan sólo al yacimiento ibérico ubicado en el Cerro de la Cruz (Almedinilla), siendo uno de los mejores métodos posible para realizar ensayos teóricos acerca de la distribución en superficie de un asentamiento, sin necesidad de excavarlo.

1



2

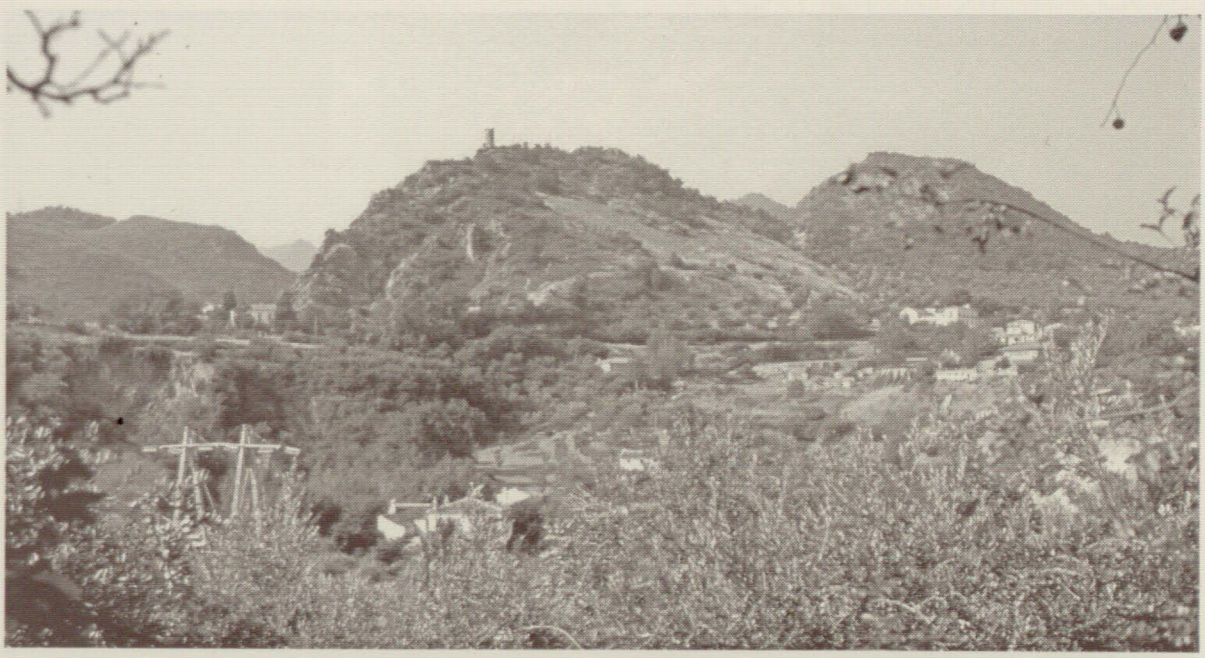
3

Figura 4. Restos arqueológicos en superficie de algunos de los yacimientos prospectados: 1. El Morchón (Priego); 2. Fuente Pilar (Luque); .3. Los Castillejos (Priego).

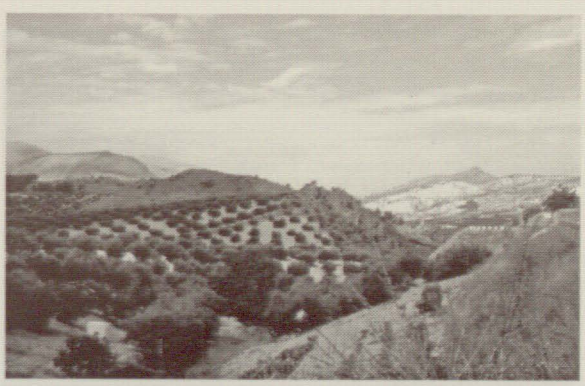
La metodología seguida en cada una de estas prospecciones, ya perfectamente planificadas y sometidas a las más rigurosas exigencias de los últimos parámetros epistemológicos, ha sido detallada por nosotros en un trabajo anterior (VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991a), por lo que no es ocasión de abundar ahora en ella. En cuanto a los resultados obtenidos, los comentaremos de forma sucinta en el capítulo final de esta monografía, supuesto que se integran, con entidad propia, entre los más importantes avances conseguidos por nuestra labor investigadora.

Como importante complemento de estas fases de prospección, un subequipo de trabajo se encargó de la catalogación y estudio, cuando menos preliminar, de las principales colecciones, públicas y privadas, que cuentan con materiales arqueológicos procedentes de yacimientos encuadrados en el marco geográfico de la Subbética Cordobesa; una labor que siempre proporciona abundante información, más o menos contextualizada según los casos, sobre yacimientos ya prospectados o en vías de prospección, y en ocasiones sobre otros hoy prácticamente destruidos. Los resultados han sido por lo general más que satisfactorios.

Además de esta labor, y de acuerdo con una filosofía de trabajo que subyace en el origen último de nuestro Proyecto de Investigación, hemos procurado no descuidar la recuperación, e interpretación de acuerdo con los más actuales parámetros de la investigación arqueológica, de las colecciones procedentes de excavaciones antiguas practicadas en yacimientos ubicados en el área subbética. A este respecto, conviene recordar que la valoración de los trabajos realizados por Maraver -1867- en Almedinilla (VAQUERIZO, 1990a) fue el origen de este proyecto. Buscamos obtener así una visión lo más contrastada posible del poblamiento antiguo, y de su evolución diacrónica en la Subbética Cordobesa, sin menospreciar de cara a la interpretación global dato alguno por insignificante o carente de interés que *a priori* nos pueda parecer.



1



2

3

Figura 5. Restos en superficie de algunos de los yacimientos prospectados. 1. El Canuto de Priego; 2-3. Caños Corrientes (Priego).

EL CERRO DE LAS CABEZAS (FUENTE TÓJAR, CÓRDOBA). CAMPAÑA DE 1991.

INTRODUCCIÓN.

Tras alcanzar una visión general de las pautas de poblamiento en la Comarca, así como una aproximación a la última etapa del mundo ibérico e hispanorromano a través de las excavaciones practicadas en el Cerro de la Cruz y en El Ruedo -*vid. infra*-, decidimos acometer varios sondeos estratigráficos en uno de los principales asentamientos del área en estudio, persiguiendo los siguientes objetivos:

A. Obtención de una secuencia estratigráfica lo más completa posible de cara a enmarcar a nivel tipológico y cronológico los materiales obtenidos como resultado de las prospecciones arqueológicas efectuadas en la zona, para así reforzar o replantear nuestra interpretación diacrónica.

B. Búsqueda preferente de niveles correspondientes al Bronce Final precolonial, Período Orientalizante y primeros siglos de la Cultura Ibérica, etapas todas ellas documentadas a través de la prospección arqueológica superficial del yacimiento. Constituyen de alguna manera el caballo de batalla en nuestros estudios sobre la zona, tanto por su ausencia prácticamente generalizada -con excepción del Cerro del Castillo de Carcabuey y La Almanzora de Luque, ambos futuros *municipia* romanos-, como por su marcada indefinición cultural y material.

C. Documentación de los sistemas defensivos utilizados en el yacimiento a lo largo del tiempo. Durante los trabajos previos de prospección pudimos documentar varias líneas de fortificación que, en tramos de diferente longitud y técnica constructiva, rodean el despoblado casi en su totalidad. En función de ello, elegimos para su excavación un punto en el que aparentemente se nos ofrecía una doble muralla, la exterior en talud, muy recrecida por un bancal moderno, y la interior de aparejo pseudoisódomo con aspecto de *opus vitatum*.

D. Aproximación a la planificación urbanística y, por ende, a la trama urbana del *municipium* de *Iliturgicola*, buscando documentar la secuencia ocupacional romana del yacimiento y contrastar nuestros resultados con los obtenidos durante el proceso de limpieza dirigido por R. Hidalgo y J.R. Carrillo -ambos miembros de nuestro equipo- en el área SW del yacimiento (CARRILLO, HIDALGO, 1989 y 1991a). Ya entonces, pudo comprobarse la utilización prácticamente exclusiva de sistemas de cimentación rupestre y, en este sentido, cualquier información al respecto podía revestir un indudable interés.

EL ENTORNO FÍSICO Y ECOLÓGICO DEL CERRO DE LAS CABEZAS

El Cerro de las Cabezas se emplaza sobre una gran mesa que, con sus 756 m. de altura, domina un amplio campo visual, limitado al W. por Sierra Alcaide, al S. por la Sierra de los Judios, y al E. por Sierra Ahillos. Situado en el centro de la Depresión Priego-Alcaudete, entre los valles de los ríos Salado y San Juan, goza de una privilegiada posición en el contacto entre las serranías Subbéticas y la Alta Campiña. Su naturaleza geológica viene definida por la presencia de calizas y areniscas miocénicas de facies tortoniense, sobre las que se ha formado un suelo de tipo protorrendsina poco desarrollado y con un alto índice de pedregosidad (ORTEGA ALBA, 1975; CEBAC, 1971). Este último factor, aparte de proporcionar una fácil materia prima para la construcción, constituye una de las principales limitaciones para la explotación agrícola, generando una secular labor de limpieza que tiene su plasmación en los gigantescos majanos que pueblan la superficie del Cerro.

Dentro de sus líneas generales de gran cerro amesetado o mesa, el Cerro de las Cabezas presenta varias peculiaridades topográficas. Así, su zona más elevada se sitúa en el extremo meridional, constituyendo una especie de crestón

1

2

Figura 6. Cerro de Las Cabezas. 1. Vista de conjunto del ***oppidum****. 2. Levantamiento fotogramétrico en el que es posible apreciar la línea de muralla así como la localización de los sectores intervenidos.*

calizo delineado por un profundo cortado en su reborde S., que es aprovechado para la construcción de las fortificaciones de este sector, en tanto que hacia el N. desciende en suave ladera hasta alcanzar un nuevo cortado, también aprovechado para alzar la muralla. Hacia el NE., desciende hasta una vaguada formada por el nacimiento de un arroyo y que individualiza un pequeño espolón.

Todos estos factores sirvieron de indudable atracción para el asentamiento humano, que está documentado al menos desde el Calcolítico, aunque no parece convertirse en estable hasta el Bronce Final-Orientalizante. A ellos debemos añadir las posibilidades ofrecidas por un entorno con tierras aptas para cultivo agrícola, especialmente el de cereales. Este es el caso de las situadas 1 km. al S., entre Fuente Tójar y Castil de Campos, suelos pardos que se cuentan entre los más fértiles de toda La Subbética. Otros suelos rojos mediterráneos ubicados al N. del yacimiento son también especialmente aptos para el cultivo de cereales, en tanto que las estribaciones septentrionales de Sierra Judíos aportan pastos cercanos (CEBAC, 1971). Otros recursos que debemos reseñar para el entorno del Cerro de las Cabezas son los cinegéticos, reducidos en la actualidad a la caza menor, pero que hasta al menos la Edad Media incluía especies de gran talla como el ciervo, el jabalí e incluso el oso (LOPEZ ONTIVEROS, VALLE, GARCIA, 1988). Por fin existentes, y probablemente explotados, debieron ser también las pequeñas salinas junto al río San Juan, así como los depósitos de ocre situados al N. del Cerro de las Cabezas.

PLANTEAMIENTOS GENERALES Y METODOLOGÍA.

Planteamientos generales.

La realización de una serie de sondeos extratigráficos en el Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar tenía como principales objetivos (de máxima a mínima prioridad) las siguientes:

· Obtención de una secuencia estratigráfica lo más amplia posible. De acuerdo con los resultados de las prospecciones superficiales realizadas en el yacimiento durante la Campaña de Prospección de 1989, el horizonte cronológico-cultural del yacimiento abarcaba desde el Orientalizante hasta época tardorromana.

· Datación de las fortificaciones que, en tramos de diferente longitud y técnica constructiva, fueron documentados en el curso de dichos trabajos preliminares (Fig.7).

· Aproximación al trazado urbano del *municipium* de *Iliturgicola*, completando los resultados ya obtenidos en 1989 con motivo de unos trabajos de limpieza de estructuras dirigidos por J. R. Carrillo y R. Hidalgo. (CARRILLO-HIDALGO, 1991).

La selección de las zonas de excavación y la disposición de los Cortes partió del análisis topográfico del yacimiento, contándose a tal fin con la planimetría a escala 1:1.000 realizada mediante fotogrametría durante la Campaña de 1989. De este modo se pudieron individualizar varias áreas que, *a priori*, se mostraban más aptas para la ocupación humana. Sobre ellas se realizó un estudio probabilístico tendente a evaluar las posibilidades estratigráficas en función de variables como pendiente, erosión, acción antrópica (bancales, cultivos, desmontes...), etc. Por último, se procedió a la prospección superficial intensiva con el fin de aproximarnos a la distribución de materiales en cada una de las áreas en cuestión.

1 *2*

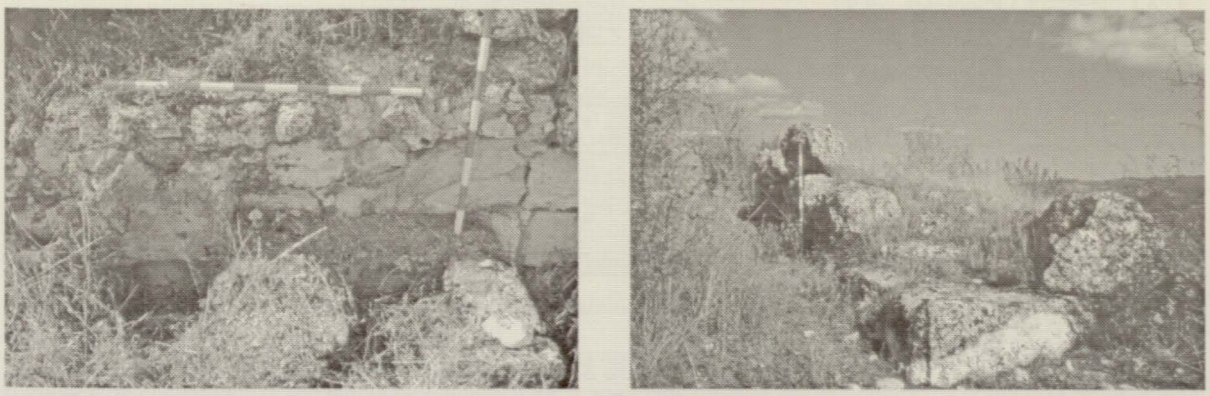


Figura 7. Cerro de Las Cabezas. Estructuras defensivas (1. muralla; 2. Torre) documentadas en superficie.

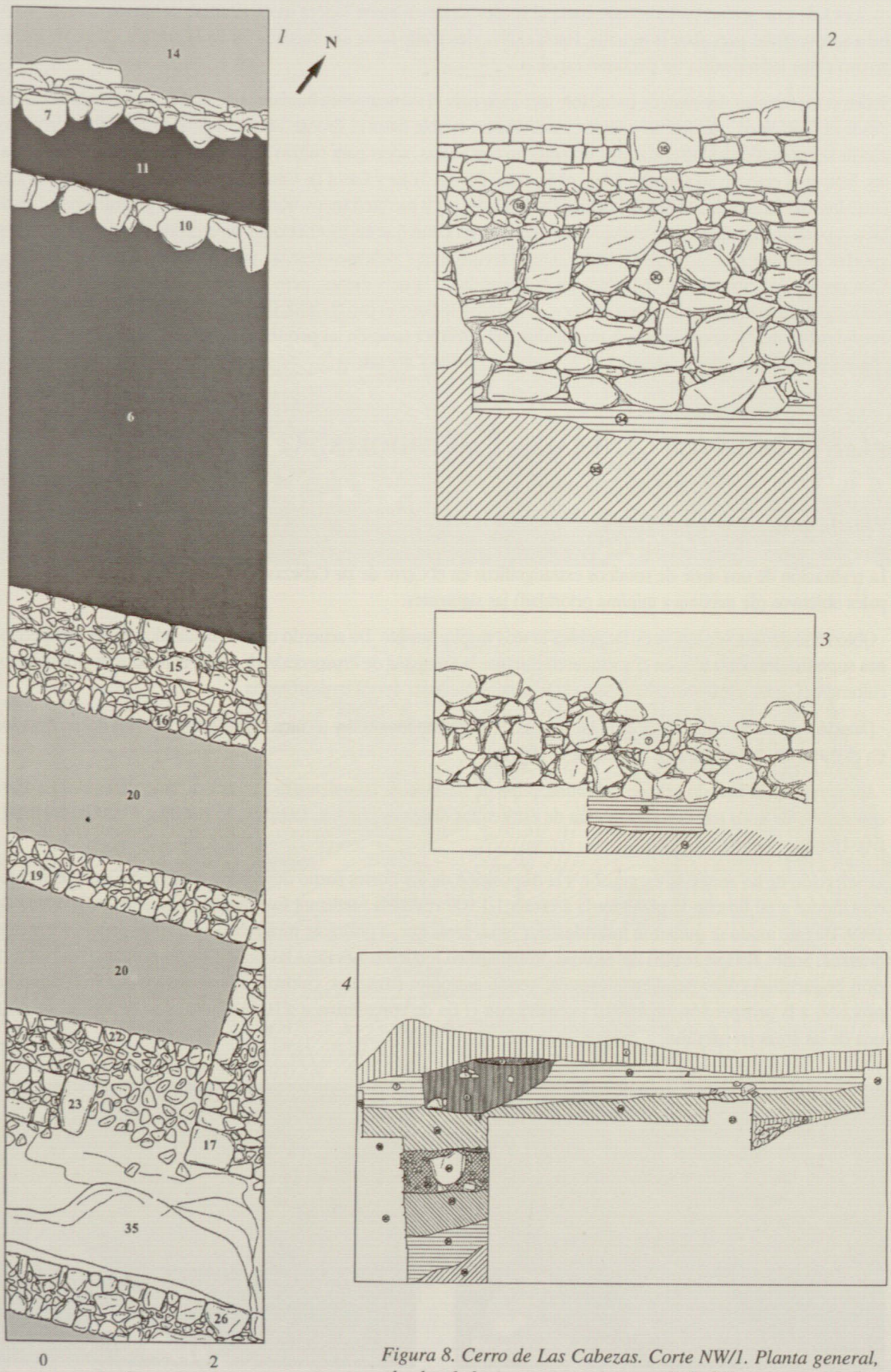
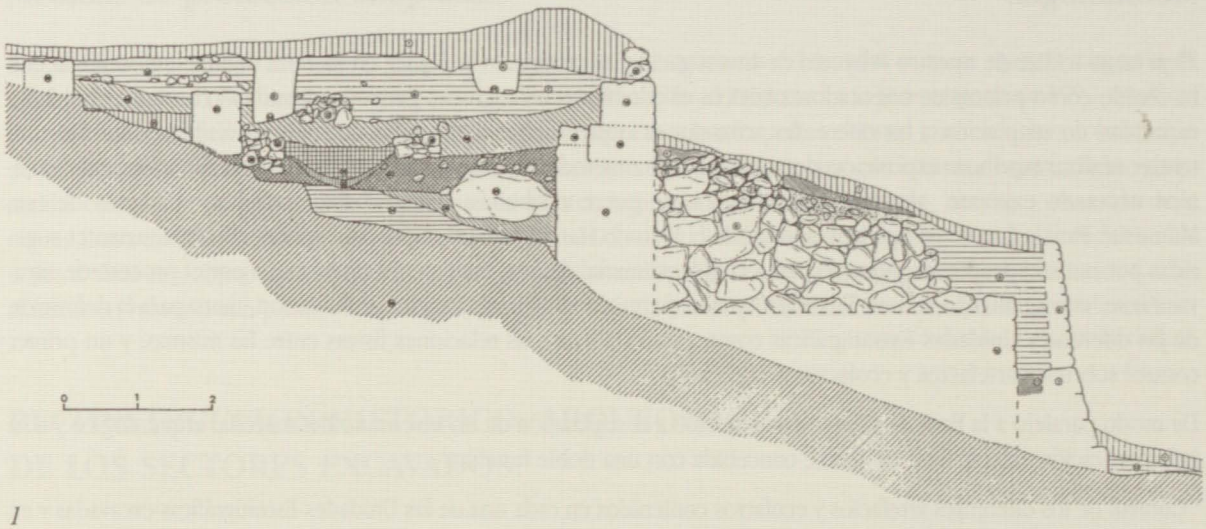
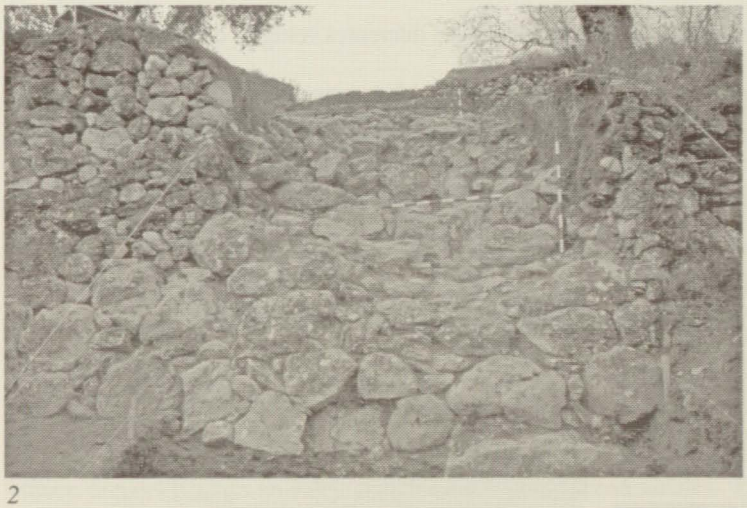


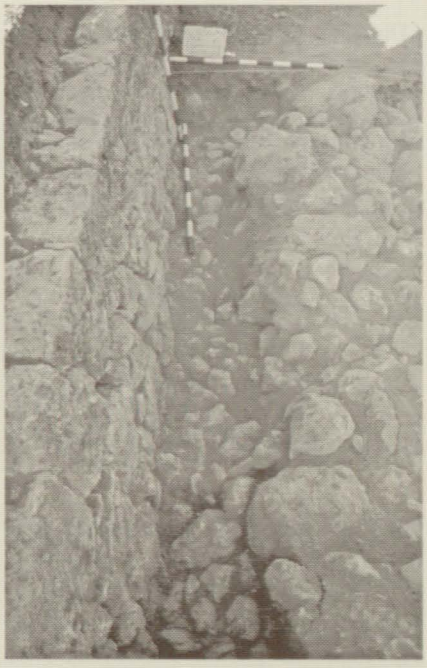
Figura 8. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Planta general, alzados de los paramentos interno (U.E. 30) y externo (7) de la muralla y sección longitudinal intramuros.



1



2



3

Figura 9. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Sección longitudinal, parámetro exterior y detalle del relleno interno de la muralla del s. VI.

Con todos estos datos, y tras dividir el yacimiento en cuatro cuadrantes a partir del vértice geodésico (cota 752) existente en el mismo, se seleccionó un espolón amesetado localizado en el CUADRANTE NE. como el más apto para la obtención de una secuencia estratigráfica en función de la consideración de las variables arriba señaladas. Los Cortes planteados buscaban los siguientes objetivos:

· CORTE 1.: Datación de lo que, en principio, parecía un doble lienzo de muralla (con aparejos muy diferentes), detectado en la vertiente N. del yacimiento. Fue planificado como una amplia trinchera de 17 x 3 m., cubriendo la muralla y un espacio al exterior y al interior, con una orientación de 360 grados centesimales. Tenía como objetivo la datación y análisis de la estructura , así como el de la posible estratigrafía existente intramuros (Figs. 8, 9 y 10).

· CORTES 2, 3, 4: Encaminados a la obtención de secuencias estratigráficas en una zona más elevada, y, supuestamente central del asentamiento, a juzgar por la topografía y por los resultados de la prospección.

De modo paralelo, planteamos en el CUADRANTE SE una nueva serie de Sondeos (Cortes 1 a 7), con el objetivo fundamental de comprobar la secuencia estratigráfica en la zona más elevada del yacimiento, a la vez que obtener una primera visión del urbanismo de la ciudad en época imperial romana (Figs. 11, 12, 13, 14 y 15).

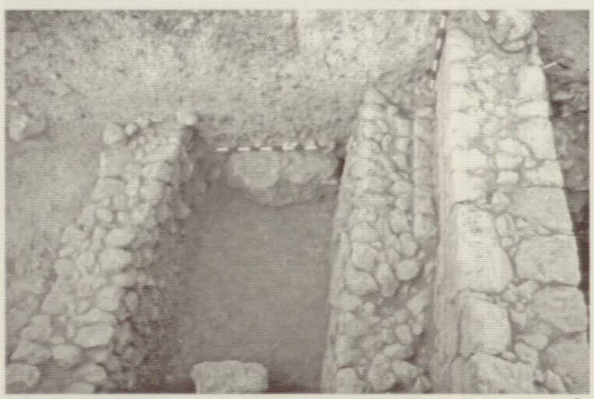
Metodología.

El ya largo rodaje de nuestro Proyecto de Investigación ha permitido la puesta en marcha de una metodología que ha tenido como principios orientadores básicos el combinar las máximas garantías científicas con la flexibilidad y capacidad de adaptación a las diferentes actuaciones arqueológicas acometidas durante los últimos años. Sin pretender realizar aquí una exposición detenida de dicha metodología, que por lo demás estaría fuera de lugar, creemos necesario exponer algunas puntualizaciones que contribuirán a aclarar los sucesivos apartados de esta Memoria. Para la fase de campo hemos seguido el Método Harris de excavación, con algunas mínimas variantes sugeridas por nuestra propia experiencia. La recogida primaria de información proporcionada por el proceso de excavación se ha centralizado en una ficha-tipo, que ha permitido una inmediata informatización, tanto para la definición de las diferentes Unidades Extratigráficas como para establecer las relaciones físicas entre las mismas, y un primer control sobre los artefactos y ecofactos recuperados.

De modo paralelo a la Fase de Campo, se procedió a la realización de un inventario del material arqueológico y a su informatización en una base de datos, concebida con una doble función:

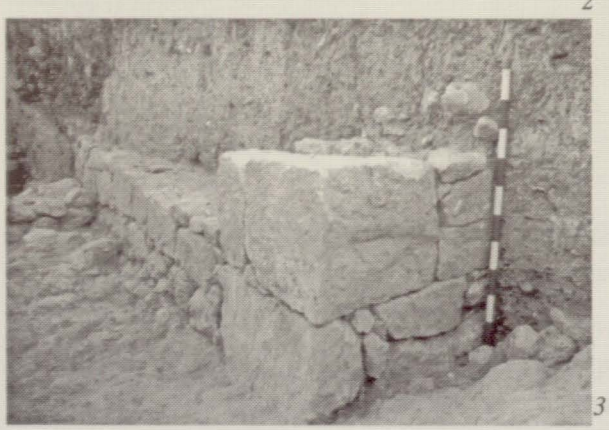
· Control de los diferentes artefactos y ecofactos contenidos en cada una de las Unidades Estratigráficas excavadas y en proceso de excavación, lo que nos aporta inestimables datos sobre la posición cronológico-cultural de cada una de ellas.

· Disponer de un primer análisis, tanto cuantitativo como cualitativo, de los diferentes vestigios de la cultura material.

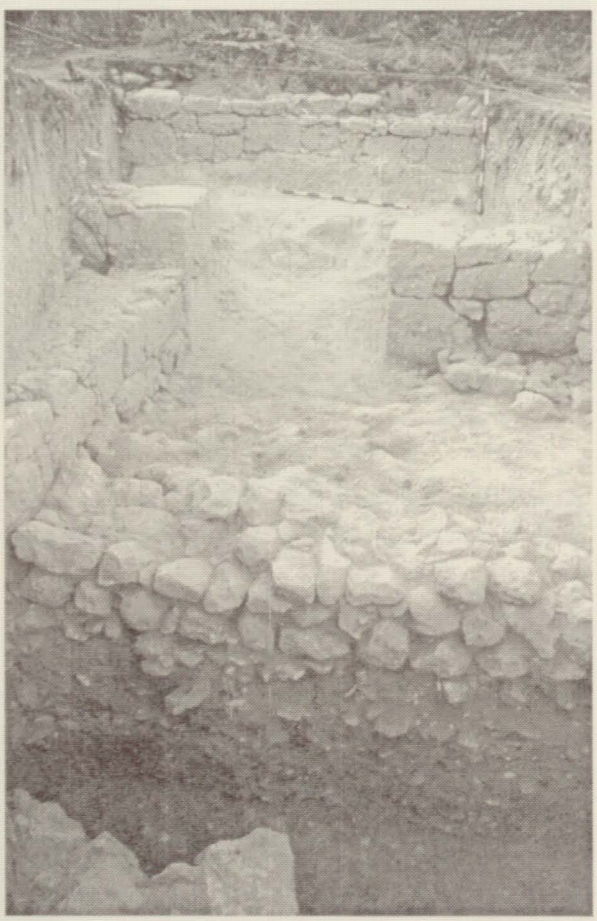


1

2



3



4

Figura 10. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Detalles de las estructuras excavadas.
1. UU.EE. 15, 16 y 19.
2. UU.EE. 17, 19 y 23.
3. Detalle de la U.E. 17.
4. Al fondo Muro U.E. 26; en primer plano Muro U.E. 19.

Medidas de protección adoptadas.

Ante la falta de medidas alternativas para la protección de las estructuras exhumadas durante nuestra campaña de 1991, y de acuerdo con nuestros propios planteamientos al solicitar el Proyecto en la convocatoria de 1990, tras finalizar la excavación hemos adoptado como medida de protección más adecuada a nuestro juicio la nueva colmatación de los espacios. Para ello, supuesto el carácter escasamente deleznable de las estructuras documentadas -construidas con piedra exclusivamente o incluso excavadas en la propia roca madre del cerro-, nos hemos servido de la misma tierra extraída durante nuestra excavación, precedida de la distribución de algunas monedas emitidas en los últimos años con objeto de fechar el momento de la colmatación. De la misma manera, hemos señalado los Cortes abiertos en relación con puntos fijos, no excluyendo que en un futuro pueda hacerse necesaria su nueva apertura.

RECONSTRUCCION HISTORICO- ARQUEOLOGICA DE LOS SECTORES EXCAVADOS.

Sector NE.

Corte NE/1

Como hemos expuesto más arriba, este Corte perseguía como principal objetivo el estudio y datación de un sector de la muralla septentrional del Cerro de las Cabezas y la obtención de la secuencia estratigráfica formada al interior de la misma. La elección del punto concreto de ubicación del Sondeo vino motivada por la coincidencia de los siguientes factores:

· Disposición de espacios suficientemente amplios y libres de cultivos (almendros y olivos, fundamentalmente), dado que los permisos concedidos por los distintos propietarios exigían la inmunidad de cualquier tipo de ellos.

· Conservación en superficie de un doble muro de considerable entidad que, aunque de aparejo diferente, podía hacernos pensar en una muralla de núcleo central *(emplecton)*.

Una vez seleccionada la localización precisa del Corte, se trazó una zanja de 17 m. de longitud por 3 m. de anchura, con una orientación en su eje mayor de 360 grados centesimales. El lienzo de Muro más meridional de los dos visibles en superficie marcó la subdivisión en dos del Corte: el 1-A, localizado al S., y el 1-B, al N. (Fig. 8), de modo que el primero se ha circunscrito al área intramuros, en tanto que el segundo nos ha permitido aproximarnos a la estructura de la muralla mediante la excavación del núcleo central (no completada, dado que no llegamos a la roca) y del paramento externo, con la zona extramuros adyacente. Todas las cotas de este Corte fueron tomadas a partir de un "Punto 0" situado a 712 m. s.n.m.

	1-A	1-B
ESTRATOS	22	10
ESTRUCTURAS	11	4
INTERFACIES	16	3

Tabla 1

Definición de UU.EE.

De acuerdo con la metodología explicitada en el apartado 4.2., se han distinguido un total de 49 UU.EE. para 1-A, y de 17 para 1-B, con el siguiente desglose a partir de la tipología contextual distinguida:

A cada una de estas UU.EE. le corresponde una ficha que permite tanto su definición como establecer las relaciones estratigráficas entre las mismas. Aquí, nos limitaremos a presentar aquéllos campos estrictamente imprescindibles.

Estratos.

Por lo que respecta a los Estratos o Unidades Sedimentarias de la terminología harrisiana, podemos señalar cómo el sedimento es arcilloso en el 41,15% de los casos, y terroso en el 51,85%. La matriz de dicho sedimento es de grano grueso en el 32% de los Estratos y de grano fino en el 68%. El índice de pedregosidad es siempre inferior al 10%, salvo para las UU.EE. 13 y 28 de 1-A y 2 y 6 de 1-B, en los que se aproxima al 80%. Son numerosos los Estratos que carecen de piedras entre sus constituyentes inorgánicos. Cuando las presentan, el tamaño de las mismas es pequeño en el 50% de los casos, mediano en el 33,33%, y grande en el 16,66%.

La consistencia del sedimento es alta en el 32,14% de los Estratos, media en el 25%, y baja en 62,86% restante. Por último, la gama de colores predominante es la grisácea, presente en el 36,66% de los sedimentos, seguida por la de los ocres y anaranjados, con el 33,34%, y la de los marrones, con el 30%. Todas estas características nos permiten distinguir tres grandes tipos de Unidades Sedimentarias:

· En primer lugar, aquéllas con un elevado índice de pedregosidad, sedimento terroso fino y de baja consistencia, que cabría interpretar como resultado de un relleno intencional (es el caso de la U.E. 6 de 1-B, que forma el núcleo de la muralla, o del 28 de 1-A, que serviría de relleno al posible umbral constituido por el Muro de la U.E. 22), o como derivado del derrumbe de una estructura de piedra (*v.gr.* U.E. 13 de 1-A).

· En segundo lugar, aquéllas definidas por un sedimento arcilloso de matriz por lo general fina, consistencia alta y colores dentro de la gama de los ocres anaranjados, cuya génesis parece estar en la destrucción (debida bien al abandono y erosión, bien a la acción antrópica) y sedimentación (natural o artificial mediante procesos de nivelación) de los alzados de muros de tapial y/o adobe.

· Por último, encontramos un conjunto de unidades sedimentarias con características algo más heterogéneas, pero que podemos sintetizar en un sedimento terroso, de matriz por lo general gruesa, con una consistencia media o baja, y que suele incorporar algunos bloques de piedra caliza de pequeño o mediano tamaño. En algunos casos incluyen partículas de carbón vegetal, y el número de artefactos y ecofactos que presentan suele ser más elevado que en los dos grupos anteriores. Su génesis es más compleja, y sólo podrá ser establecida con alguna precisión tras el análisis de laboratorio de las muestras recogidas. No obstante, podemos adelantar la presencia de algún posible paleosuelo (U.E. 34 de 1-A y 13 de 1-B), de suelos agrícolas actuales (U.E. 1), y de restos de estratos relacionados con el hábitat humano (niveles de ocupación).

Estructuras.

Las Unidades Estratigráficas tipo Estructura presentes pueden clasificarse en tres grupos, de acuerdo con su funcionalidad y técnica de fabricación.

En primer lugar, contamos con lo que podríamos denominar zócalos de muros cuyo alzado sería completado mediante adobe y/o tapial. A esta categoría corresponderían las UU.EE. 3 (?), 15, 17, 18, 19, 23, 26 y 36 de 1-A. Sus características son las siguientes:

- Se construyen sobre una superficie previamente horizontalizada, sin apertura de zanjas de cimentación. Esta superficie puede ser la roca caliza natural retallada y regularizada, como es el caso de la U.E. 26 (Fig. 9), o una unidad sedimentaria. Un caso peculiar es el del Muro U.E. 36, dispuesto en parte sobre el paramento interior de la muralla (U.E. 18), y en parte sobre una plataforma de pequeñas piedras (U.E. 5 de 1-B) que le sirve de cimentación al nivelar el relleno de piedras que constituye el núcleo de aquélla (U.E. 6 de 1-B). Similar es el caso del Muro U.E. 15, si bien éste constituye una refección del ya citado U.E. 36.

- Están constituidos por varias hiladas de piedras de diferentes tamaños. Las alturas conservadas oscilan entre los 86 (U.E. 23) y los 30 cm. (U.E. 19).

- Todos estos zócalos se caracterizan por la disposición de una doble fila de piedras, cada una de las cuales configura un paramento, rellenándose el espacio existente entre ambos con pequeñas piedras y con tierra. La anchura oscila entre los 70 y los 58 cm.

- Como material constructivo se emplea tanto la piedra caliza local, como una arenisca de color ocre amarillento. La primera está asociada a un tipo de aparejo consistente en mampuestos muy irregulares, de mediano tamaño, mal desbastados y trabados con barro, o en sillarejos sumariamente desbastados y de tendencia paralelepipédica. Las dimensiones máximas de estos mampuestos oscilan entre los 54 y los 14 cm. La arenisca, en cambio, se destina a bloques prismáticos de mayor tamaño que podríamos calificar como auténticos sillares, y que son empleados en las

UU.EE. 26, 23, 17 y 15, combinados con sillarejos de piedra caliza y con algún mampuesto. Aparecen colocados en seco, sin ningún tipo de argamasa, aunque con algunos ripios que facilitan el engarce.

- La parte superior de estos zócalos presenta una notable horizontalidad, conseguida mediante pequeñas lajas de piedra, destinadas a servir de asiento al alzado del Muro. Este sería por lo general de tapial, aunque sobre la U.E. 17 se ha documentado parte de un alzado de grandes adobes de color anaranjado unidos por lechadas de arcilla de color amarillento. La poca altura y el mal estado de conservación impide una idea más aproximada de los mismos.

El segundo tipo de Estructura (UU.EE. 18 y 22) presenta unas características similares a las vistas para las anteriores, diferenciándose de éstas por presentar un único paramento de varias hiladas de mampuestos que sirve de contención a un relleno de piedras y tierra adosado a muros preexistentes, y por carecer de alzado de adobe o tapial. No parece tratarse en consecuencia de un Muro, sino más bien de algún tipo de banquetas corridas, de unos 60 cm. de anchura. Su funcionalidad podría ser la de simple banco corrido para la U.E. 18, en tanto que para el 22 a ésta habría que añadir, en la zona comprendida en el vano o puerta de la U.E. 23 (Fig. 8),la de umbral o escalón de acceso a la estancia, destinado a salvar el desnivel existente entre el espacio de circulación localizado al S. de la U.E. 23 y la habitación delimitada por las UU.EE. 23, 17 y 15.

Un tercer tipo de Estructura, quizás la más espectacular de las documentadas en este Corte 1, la constituye la muralla. Nuestro conocimiento actual del sistema defensivo del Cerro de las Cabezas es muy restringido, ya que de hecho se limita, casi exclusivamente, a los datos obtenidos en este Corte 1, por cuanto los resultados del Corte 4 *(vid infra)* son por el momento mucho menos concluyentes. A causa de ello nos limitaremos aquí a exponer las características constructivas del fragmento de muralla excavado.

En la construcción de este sector de la muralla septentrional del Cerro de las Cabezas ha sido posible distinguir dos fases: La primera viene determinada por dos lienzos (UU.EE. 30 de 1-A y 10 de 1-B) construidos con bloques de piedra caliza de gran tamaño (de hasta 90 x 50 cm.). La poca perfección en la labra de estos bloques queda demostrada por los numerosos ripios destinados a permitir el ensamblaje entre los mismos (Fig. 9). La separación de ambos lienzos es, en su base, de algo más de 6 m., rellenándose el espacio así delimitado con tierra y con grandes piedras calizas muy similares a las empleadas en los paramentos, dispuestas de un modo relativamente uniforme, en capas más o menos horizontales indicativas de que el núcleo de la muralla (U.E. 6 de 1-B) fue rellenándose de un modo paralelo a la erección de los paramentos.

El empleo para el relleno de piedras de gran tamaño dispuestas de un modo hasta cierto punto cuidado, podría responder a la necesidad de conferirle la máxima estabilidad, dada la fuerte pendiente de la superficie originaria sobre la que se asentó la muralla (Fig. 9).

En un segundo momento, se procede a levantar un nuevo lienzo exterior (U.E. 7 de 1-B), paralelo al precedente, con una separación respecto a él de 1,20 m. e idénticas características constructivas, aunque con un acentuado talud (Fig. 9). El espacio resultante entre ambos se rellena con tierra y con piedras (U.E. 11 de 1-B).

Este segundo paramento exterior se dispone, sin ningún tipo de fosa de cimentación, sobre una superficie regularizada formada por la propia roca caliza natural (U.E. 14 de 1-B) y por una tierra de color marrón que incluye numeroso cascajo calizo (U.E. 13 de 1-B), similar a la que define al U.E. 34 de 1-A, sobre el que apoya el paramento interior de la muralla.

Interfacies.

Durante la excavación del Corte 1 hemos podido documentar tres tipos de interfacies, todas ellas resultado de la destrucción de Unidades Estratigráficas preexistentes (HARRIS, 1989:92):

· Interfacies verticales, definidas por la superficie resultante de la excavación de zanjas. Se incluyen en esta categoría las Interfacies 11, 12, 14 y 33 de 1-A.

· Interfacies horizontales, derivadas del arrasamiento (por causas naturales o antrópicas) de Estructuras murarias. En este tipo se integran las interfacies 15', 17', 18', 19', 22', 23', 26', 30', 36' y 37' del Corte 1-A, y las 7', 8' y 10' de 1-B.

Entre estas últimas Interfacies podemos incluir las 39 y 40 de 1-A, superficies en sí logradas tras el recorte y nivelación de la roca caliza natural, en el primer caso con el fin de cimentar el Muro de la U.E. 26, y en el segundo con el de crear una plataforma para el espacio de circulación situado al S. del Muro de la U.E. 23.

Relaciones contextuales e interpretación de la secuencia estratigráfica.

Las relaciones contextuales definidas para las diferentes Unidades Sedimentarias e Interfacies en el Corte 1 del Cuadrante NE. del Cerro de las Cabezas quedan reflejadas en la Matriz que presentamos, y a partir de la cual hemos podido diferenciar un total de catorce Fases estratigráficas, agrupadas en cinco Períodos. (Tabla 2)

PERIODO A. El primero de estos Períodos es geológico y viene configurado por una primera Fase (UU.EE. 35 de 1-A y 14 de 1-B) encuadrable en el Mioceno, momento en el que se forman las calizas de facies tortoniense que constituyen la roca natural del Cerro de las Cabezas. Sobre estas calizas se formó un suelo de tipo protorrendsina con un horizonte C de espesor muy variable, parte del cual se ha conservado soterrado bajo la secuencia estratigráfica, definiendo las UU.EE. 34 de 1-A y 13 de 1-B (Fase II).

PERIODO B. El Período B viene determinado por la erección de la muralla. Una primera Fase (III) de la misma supone la construcción de los paramentos 30 de 1-A y 10 de 1-B, a los que se añade el relleno interior representado por la U.E. 6 de 1-B. En un momento posterior (Fase IV), se procede a construir un nuevo paramento que se adosa por el Norte (U.E. 7 de 1-B) y que sirve de refuerzo a la fortificación precedente, rellenándose el espacio entre ambas con la U.E. 11 de 1-B. De modo paralelo, y al interior de la muralla, se ha ido formando la U.E. 29, que nos proporciona la fecha *ante quem* para la construcción de la misma *(vid infra)*. El momento final de este Período B viene representado por la U.E. 24, que interpretamos como perteneciente al arrasamiento parcial de la muralla.

PERIODO C. Al comienzo del Período C, sobre la Interfacies de destrucción 30' y sobre la Unidad Sedimentaria 6 (núcleo de la muralla) se acondiciona una superficie (U.E. 5 de 1-B) que sirve de plataforma de cimentación para el Muro de la U.E. 36. El Muro U.E. 2 de 1-B resulta de difícil interpretación, aunque podría responder a una reparación en el relleno del núcleo de la muralla (sobre la U.E. 6). Las UU.EE. 3 y 4 podrían, por tanto, corresponder a esta reparación, sellando el núcleo de la muralla, o bien al derrumbe de estructuras de tapial levantadas sobre la misma, interpretación ésta que nos parece más factible para la U.E. 12.

A partir de la Fase siguiente (VI) sólo contamos con secuencia estratigráfica al interior de la muralla. La U.E. 20 se forma tras la reparación de ésta que representa la Fase V; documentamos su superficie notablemente horizontalizada (nivelación intencional) para servir de base a las Estructuras del Período D.

PERIODO D. En éste hemos distinguido cuatro Fases. La VII supone la construcción de los muros UU.EE. 15 y 26, ambos con orientación E-W. El primero constituye una refección del 36, con un ligero retranqueo en el paramento S., en tanto que el segundo es de nueva construcción, elevándose sobre la roca caliza natural recortada y nivelada (Interfacies U.E. 38). Coetáneamente se procede a la construcción de los muros 23 y 17, el primero con orientación E-W y el segundo N-S, uniéndose ambos en ángulo recto para formar una habitación cuadrangular.

La unión por el N. entre el Muro 17 y el 15/36 no ha podido ser comprobada, dado que su intersección quedaba fuera del Corte excavado. No obstante, ésta parece muy probable. En el Muro de la U.E. 23 se comprobó la existencia de un vano de 1,20 m. de anchura, abierto en el eje del paramento occidental del Muro U.E. 17. La coetaneidad entre todas estas estructuras queda corroborada por las relaciones contextuales entre sí y respecto a la U.E. 20, así como por su integración orgánica para definir un espacio, y por la identidad de la técnica edilicia. La interpretación que hacemos de todas estas Estructuras es la siguiente:

· La U.E. 15, refección de la U.E. 36, constituye un Muro de cierre por el N. (sobre una muralla que en estos momentos parece haber perdido parte de su función original) para la habitación que delimitan los muros 23 y 17. Al exterior, por el Norte, este Muro ha sido documentado en una longitud próxima a los 40 m., pues hoy día sirve de base para el Muro de aterrazamiento de un bancal (U.E. 37). En consecuencia, la funcionalidad de esta Estructura debió ser la de Muro maestro, al que tal vez se adosaron una línea de estancias por el sur.

· El Muro U.E. 26 es más difícil de interpretar dado su estado de arrasamiento y que no ha podido ser excavado el espacio existente al S. del mismo. No obstante, el hecho de que en el ángulo SE. del Corte su paramento meridional integre la roca caliza nativa y el que ésta aflore por encima de la cota de él conservada, así como su altura respecto al espacio comprendido entre él y el Muro 23, invalidan una posible función delimitadora de una unidad de habitación, y nos llevan a considerarlo parte del Muro de contención de una terraza situada al S. del Corte 1, hoy día totalmente arrasada por la erosión y la acción antrópica.

· Entre estos dos muros maestros se situarían dos unidades estructurales. En primer lugar, una estancia cuadrangular formada por los Muros UU.EE. 23 y 17 que, como ya hemos dicho, debía quedar cerrada al N. por el Muro U.E. 15/36. El Muro de cierre occidental se situaría fuera del área excavada.

Al S. del Muro U.E. 23, y entre éste y el U.E. 26, con una anchura de 1,40 m., se localiza un espacio que cabe interpretar como un área de circulación exterior a la estancia situada al N.; a ella se accedería desde aquél a través del vano abierto en el Muro U.E. 23. Este espacio de circulación, callejón más que calle propiamente dicha, se consigue mediante la retalla de la roca caliza (Interfacies 39) y el relleno de las irregularidades de la misma con un sedimento arcilloso muy duro (U.E. 31), hasta conseguir una superficie plana y muy regular que se sitúa a unos 50 cm. por encima de la superficie de la U.E. 20, el cual servía de base a los Muros U.E. 23 y U.E. 17. Aunque no se ha localizado ningún pavimento relacionado con este espacio de habitación, la superficie original del mismo debía encontrarse por debajo del nivel de la calle, pues de encontrarse a la misma altura, éste sobrepasaría la cota máxima del zócalo de piedra del Muro U.E. 17, con lo que su función principal, aislar el alzado de adobe del suelo, carecería de sentido. Igualmente se oponen a esta posibilidad las estructuras que incluimos en la siguiente Fase. En consecuencia, solo es factible admitir un carácter semisubterráneo para esta estancia respecto al espacio de circulación, salvándose la diferencia de cota entre ambos mediante algún elemento (rampa, escalones) construidos con un material del que no ha quedado huella en el registro arqueológico.

La Fase VIII representa un reacondicionamiento del espacio delimitado por los muros UU.EE. 23, 17 y 15 mediante la construcción de las Estructuras UU.EE. 18, 19 y 22. La distancia cronológica entre ambos momentos es imposible de determinar por el momento, aunque creemos que debió ser muy escasa, cuando no casi coetánea. Esto es así porque si bien el aparejo usado para las construcciones de ambas Fases es diferente, todas ellas apoyan sobre el Estrato U.E. 20, sin que exista constancia de la formación de Unidad Sedimentaria alguna entre sendos momentos edilicios, ni de refecciones en las Estructuras de la Fase VII. Sin embargo, la compartimentación en sentido E-W que introduce el Muro U.E. 19 parece ir en contra de la planificación inicial del conjunto, rompiendo el eje de acceso que representa el vano existente en la U.E. 23 y dividiendo el espacio inicial en dos habitaciones rectangulares muy estrechas y que contarían además con bancos corridos (UU.EE. 18 y 22) adosados al Muro U.E. 15/36 y al U.E. 23.

La Fase IX parece estar estrechamente vinculada a la anterior, representando un acondicionamiento de sus estructuras mediante la disposición de un pavimento (U.E. 21) de tierra apisonada que sólo se ha conservado en áreas muy localizadas y la excavación de una fosa ovalada (U.E. 33) de 1,40 m. de longitud conservada (se embute en el Perfil W. del Corte) por 1,46 m. de ancho, practicada en la U.E. 20 y revestida con una capa de arcilla endurecida y calcinada de varios cm. de grosor (U.E. 32). La funcionalidad de esta fosa es difícil de establecer, aunque la aparición, rellenándola, de carbón vegetal y de cenizas mezclados con fragmentos de adobe (U.E. 25) podría ponerse en relación con algún tipo de Estructura vinculada con el fuego, tal vez un horno o un gran hogar (?).

Dicha Estructura, interpretada en conexión con el Muro 19 de la Fase VIII, plantea problemas a la hora de establecer una visión global, de los que el más importante, es quizás, resolver la cuestión del acceso a la habitación delimitada al N. de dicho muro.

La última Fase (X) de este Período D viene definida por una serie de Unidades Sedimentarias que tienen su génesis en la destrucción de las Estructuras anteriores. Así, la U.E. 27 se corresponde con el derrumbe de parte de una cubierta de *tegulae;* la U.E. 25 con la ruina de una estructura de adobes situada sobre la fosa de la U.E. 33; la U.E. 13 con la de una estructura de mampuestos, y las UU.EE. 16, 10, 9, 8 y 7 con el derrumbe de muros de tapial.

El Período E representa el final del proceso de formación de la secuencia estratigráfica del Corte 1, subdividiéndose en cuatro Fases. La XI supone la excavación de tres zanjas (Interfacies UU.EE. 11, 12 y 14) que afectan a las Unidades Sedimentarias de la Fase X, y que deben ser interpretadas probablemente como trincheras de la Guerra Civil.

En un momento posterior (Fase XII),se produce la colmatación de dichas zanjas (UU.EE. 4, 5 y 6).

La Fase XIII vuelve a estar representada en el Corte 1-A (U.E. 37) y 1-B (UU.EE. 8 y 9) y viene definida por la construcción de muros para bancales destinados a almendros y olivos.

Finalmente, la U.E. 1 (Fase XIV) constituye el nivel superficial, de aprovechamiento agrícola actual.

De esta manera, podríamos resumir los resultados provisionales de nuestra intervención en este Sector del Cerro de las Cabezas durante la campaña de 1991 en la siguiente Tabla.

PERÍODO	FASE	CRONOLOGÍA
E	XIV	Contemporánea (2ª mitad s. XX)
	XIII	Contemporánea (2ª mitad s. XX)
	XII	Contemporánea (Guerra Civil)
	XI	Contemporánea (Guerra Civil)
D	X	Romana imperial (último 1/3 s. I d.C.)
	IX	Romana imperial
	VIII	Romana imperial
	VII	Romana imperial
C	VI	"Iberorromano" (primera ½ s. I d.C.)
	V	"Iberorromano" (tránsito s. I a.C. / s. I d.C.)
B	IV	Orientalizante (mediados s. VI a.C.)
	III	Orientalizante
A	II	Geológico (Cuaternario)
	I	Geológico (Terciario)

Tabla 2.

Cortes 2 y 3.

No reúnen interés arqueológico alguno de cara a la interpretación histórica del yacimiento, por haber proporcionado un único nivel de tierra removida dispuesta directamente sobre la roca.

Cortes 4 y 4E.

En este sector del yacimiento, la excavación nos ha permitido delimitar 5 Períodos, constituidos a su vez por varias Fases, que pueden englobar a una o varias UU.EE.:

· **PERIODO A**: Fase I: Geológica. Calizas tortonienses. Fase II: Formación del paleosuelo. Protorrendsinas.

· **PERIODO B**: Fase III: Período Orientalizante. S. VI a.C.

· **PERIODO C**: Fase IV: Etapa comprendida entre el Período Orientalizante y la baja época de la Cultura Ibérica (Aproximadamente, entre los siglos VI y II a.C.).

· **PERIODO D**: Fase V: Período iberorromano.

· **PERIODO E**: Fase VI: Relleno moderno no removido por los arados. Fase VII: Etapa de ocupación con motivo de la Guerra Civil Española de 1936-1939. Fase VIII: Nivel de tierra superficial, removido de manera repetida por el arado.

La zona del yacimiento en que se localizan los Cortes 1 a 4 (NE), constituye un espolón aterrazado aparentemente ideal para su ocupación por parte del hombre. No obstante, con excepción del punto donde se localiza el Corte 1, el resto del Sector no parece conservar huellas de asentamiento alguno. En los Cortes 2 y 3 aflora la roca casi en superficie -al igual que en muchos otros puntos del espolón- y sólo en los Cortes 4 y 4E nos ha sido posible detectar una cierta acumulación de sedimentos arqueológicos cuyo proceso deposicional en principio se nos escapa, si bien es posible pensar como causa básica en el arrastre o tal vez el arrojo continuado De esta manera, hemos podido documentar algunos restos de época orientalizante -posiblemente mediados del siglo VI- (U.E. 8), depuestos directamente sobre la roca y tal vez arrojados en este punto a la manera de un basurero; parte de la cara interior de una muralla (U.E. 7), cuya cronología exacta se nos escapa, si bien es posible adscribirla,de acuerdo con una primera hipótesis, al mismo momento que el nivel anterior -su mal estado de conservación no permite realizar por el momento demasiadas precisiones respecto a su edilicia-; un potente nivel con gran cantidad de cerámica ibérica (U.E. 6) -además de elementos datantes tales como algunos fragmentos informes de campanienses; unas pinzas de bronce y un as romano-republicano del tipo Jano-proa-, que progresivamente comienza a adoptar la morfología típica de la cerámica común romana; algunos restos de época imperial llegados sin duda por arrastre, y, finalmente, una ocupación de la zona durante el transcurso de nuestra guerra civil que ha dejado abundantes restos colmatando el sistema de trincheras excavado por toda la fachada oriental y nororiental del Cerro.

En definitiva, nos encontramos con un amplio sector del yacimiento donde no nos ha quedado huella alguna de estructuras constructivas, hecho que no parece casual ni necesariamente debido a la acción exclusiva de los arados. Se plantea, pues, como interpretación más razonable el suponer al yacimiento una ocupación de carácter zonal

según las épocas cuya dinámica no podemos precisar por el momento pero que sí resulta posible intuir con claridad, por lo que dependerá de futuras intervenciones definir con exactitud las razones del asentamiento en una u otra zona de acuerdo con el momento histórico.

Sector SE.

Corte 1.

En este sector, totalmente diferente al resto del área en cuanto al proceso deposicional que documenta, hemos podido distinguir los siguientes Períodos:

PERIODO A: Fase I: Geológica. Calizas tortonienses.

PERIODO B: Fase II: Período Orientalizante. Fase III: Costrucción del Muro U.E. 6. Fase IV : Relleno de la estructura de casetones dibujada por el Muro U.E. 6. Fase V: Colmatación de la obra anterior.

PERIODO C: Fase VI: Nivel de superficie, removido por los arados.

Nos hallamos en este Corte ante una gran obra de cimentación que se prolonga en C-4 y C-5 hasta apoyar en la falla de la roca natural y que pudo tener como objetivo prioritario el regularizar la superficie de ésta, prolongando la zona utilizable por el Sur. Para ello, se dispuso un potente relleno de tosco y piedras, alternados y formando casetones delimitados por grandes muros dispuestos en dirección SE-NW (U.E. 6) , que apoya sobre un nivel orientalizante y que fue regularizado con la tierra, piedras y tosco sobrantes de cara a acondicionar el área para su uso (U.E. 2).

Por la proximidad al hipotético Foro de la ciudad romana, podría pensarse que esta obra debió ser concebida y realizada en la misma época, con objeto de ampliar el espacio público. No obstante, salvo en los niveles de superficie, a lo largo de toda la estratigrafía no aparece ningún material romano y, por el contrario, el relleno se dispuso sobre material orientalizante (U.E. 11), siendo sellado por un contexto de composición similar. Por tanto y a falta de evidencia en contra, se trataría de un trabajo acometido durante el Período Ibérico Antiguo, tal vez en relación con las obras de acondicionamiento de la muralla de esta misma época, casi inmediata por el Sur. A estos argumentos estratigráficos hemos de añadir que la edilicia documentada en la cara W del Muro 6 ofrece una semejanza total con la que podemos observar en la muralla del siglo VI excavada en NE/ C-1. Todo parece, pues, indicar que nos hallamos ante un acondicionamiento del terreno remontable a la misma época de construcción de la citada muralla y muy posiblemente concebido y realizado en función de la misma.

Cortes 2 a 5 (Figs. 12, 13 y 14).

En este Sector, contiguo al Corte 1 por el Norte, cuya problemática afecta también parcialmente a los Cortes 6 y 7, en los que se produce la falla de la roca sobre la que apoya el gran relleno de tosco que constituía la U.E. 9 de C-1, cabe distinguir los siguientes Períodos y Fases:

PERIODO A: Fase I: Geológica. Calizas tortonienses.

PERIODO B: Fase II: Etapa romana, posiblemente flavia, durante la cual tiene lugar la construcción y acondicionamiento de las estructuras excavadas en la roca. Fase III: Disposición del suelo de la galería porticada (U.E. 10), en un momento seguramente contemporáneo o inmediatamente posterior al anterior.

PERIODO C: Fase IV: Abandono, destrucción y colmatación de las estructuras construidas durante el Período anterior. Probablemente, a partir de un momento indeterminado del siglo III d.C.

PERIODO D: Fase V: Nivel superficial, de arrastre, removido de forma periódica por los arados.

En esta zona central del cuadrante SE -Cortes 2 a 5-, que al mismo tiempo constituye el punto más elevado del Cerro de las Cabezas, resulta por ahora imposible definir el momento de la remodelación urbanística y adaptación del lugar para su ocupación, ya que al asentarse directamente sobre la roca natural no nos han dejado vestigio alguno que permita fijar la fecha inicial de su instalación.

Contamos tan sólo con información referente al proceso de abandono de la estructura -un espacio con enlosado de carácter monumental (U.E. 9) , rodeado por una galería porticada con suelo de *opus signinum*, todo ello excavado o dispuesto sobre la propia roca natural constitutiva del cerro. En este sentido, y si bien en todo el área no se localiza material posterior al siglo II d.C., la recuperación en el Sondeo SW de C-3, U.E. 5, de tres fragmentos de Africana C, posiblemente identificables con una Forma Lamboglia 35 o Hayes 44, remontable al siglo III d.C. (más bien a su segunda mitad), nos esta fijando un *terminus ante quem non* para la destrucción del edificio, supuesto además que

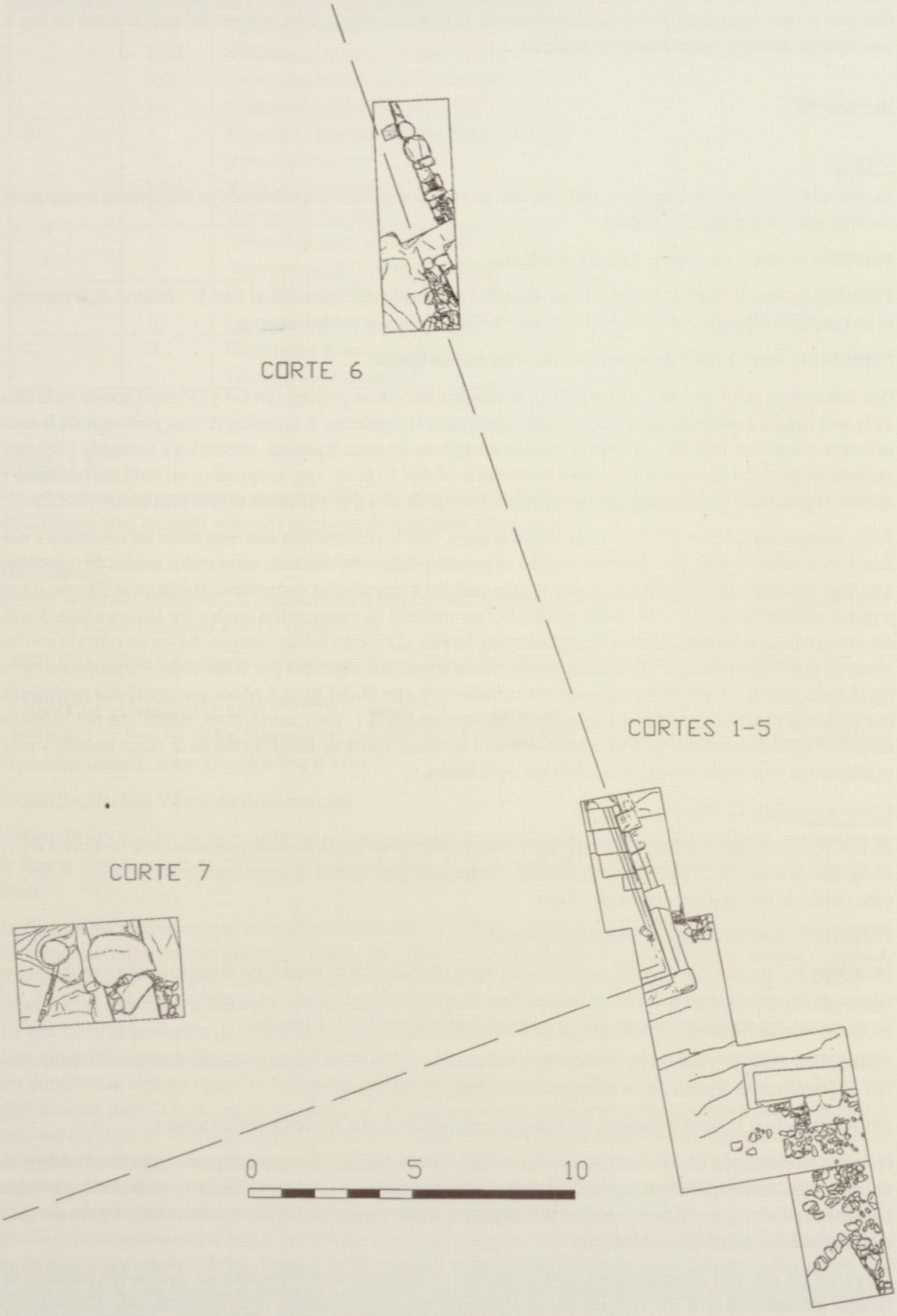
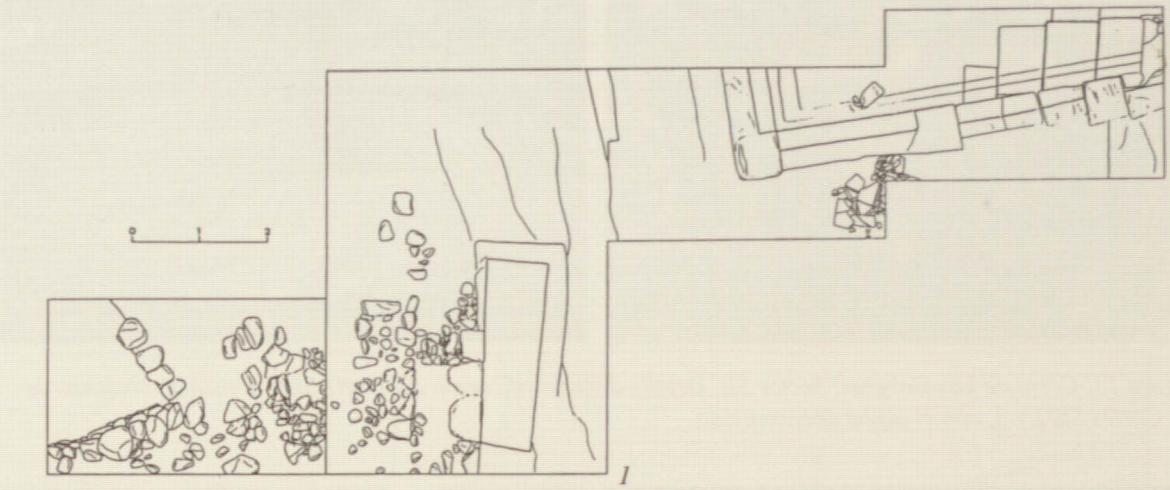


Figura 11. Cerro de Las Cabezas. Sector SE. Planta general.



1

2

Figura 12. Cerro de Las Cabezas.Sector SE. Planta general y vista de conjunto de los Cortes SE/1 a 5.

estas cerámicas fueron recuperadas sobre el pavimento de *signinum* (UU.EE. 10 de C-2 y 7 de C-3) de la galería porticada y bajo el derrumbe de tejas, por lo que difícilmente podrían haber llegado por arrastre.

En cuanto a la fecha de construcción, tal vez los materiales contenidos en el *signinum* antes mencionado nos permita fijarla, pero por el momento hemos de considerarla como indeterminada, si bien nos atrevemos a señalar como primera hipótesis de trabajo la segunda mitad del siglo I d.C.

Corte 6 (Fig. 15).

Tanto este Corte como el C-7 de este mismo Sector fueron abiertos con el objetivo básico de localizar los límites Norte y Oeste, respectivamente, del supuesto "Foro", plaza pública, o quizá tan sólo patio enlosado, documentado en la zona central del Sector SE. Sin embargo, en ninguno de ellos los resultados obtenidos nos permiten hablar con claridad de la continuidad de aquélla estructura y sólo en el Corte que nos ocupa fueron exhumados restos arquitectónicos que tal vez puedan hacer pensar en la disposición escalonada de diversos espacios, sean públicos o no.

La excavación en este punto, con un área afectada de 6 por 3 m. -eje mayor dispuesto en sentido S-N-, nos ha documentado los siguientes Períodos y Fases:

PERIODO A: Fase I: Geológica. Roca caliza tortoniense. Fase II: Geológica. Descomposición de la roca en un cascajo calizo que sirve de base a las estructuras arquitectónicas.

PERIODO B: Fase III: Cimentación, alzado y acondicionamiento de las estructuras arquitectónicas, en un momento aún indeterminado del siglo I d.C. que podría situarse provisionalmente en época flavia. Destaca, además de un gran muro construido en *opus africanum* que posiblemente deba ser interpretado como un simple zócalo (U.E. 5), un escalonamiento de carácter monumental que se orienta en sentido N-S (U.E. 7) y que tal vez haya que relacionar con la estructura porticada situada más al Sur.

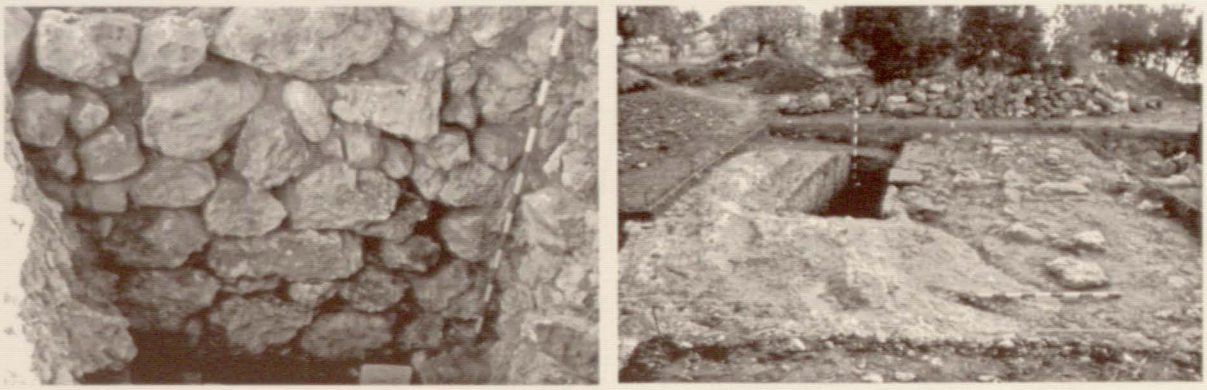


Figura 13. Cerro de Las Cabezas. Sector SE. Detalle de la fortificación del Corte SE/1 y vista de conjunto de los Cortes SE/2 y 3, con el aljibe documentado.

Figura 14. Cerro de Las Cabezas. Sector SE. Vista general de los Cortes SE/4 y 5 y detalles del espacio pavimentado y porticado.

Fase IV: Destrucción y colmatación de las estructuras. Primer momento que responde posiblemente al hundimiento, *in situ* del edificio localizado en el área excavada. Restos de incendio no generalizados (U.E. 9).

Fase V: Destrucción y colmatación de las estructuras. Acumulación de restos constructivos, básicamente *tegulae*, imbrices y adobes quemados, procedentes posiblemente de la caída de una estructura inmediata por el sur pero no exhumada por nosotros y que debió haber ardido con anterioridad (UU.EE. 4, 6 y 8). Igualmente, pueden responder al derrumbe de los propios muros, de alzados en adobe, caídos tras el hundimiento de los techos, al que respondería la fase anterior.

Fase VI: Destrucción y colmatación de las estructuras. Restos constructivos acumulados por la caída de las estructuras y llegados por arrastre (U.E. 3). El momento inicial del abandono y posterior destrucción de las estructuras localizadas en este sector no ha podido ser determinado con exactitud por el momento. Aparentemente, los materiales se centran entre la segunda mitad del siglo I y el siglo II d.C., pero si suponemos para esta zona un proceso de ocu-

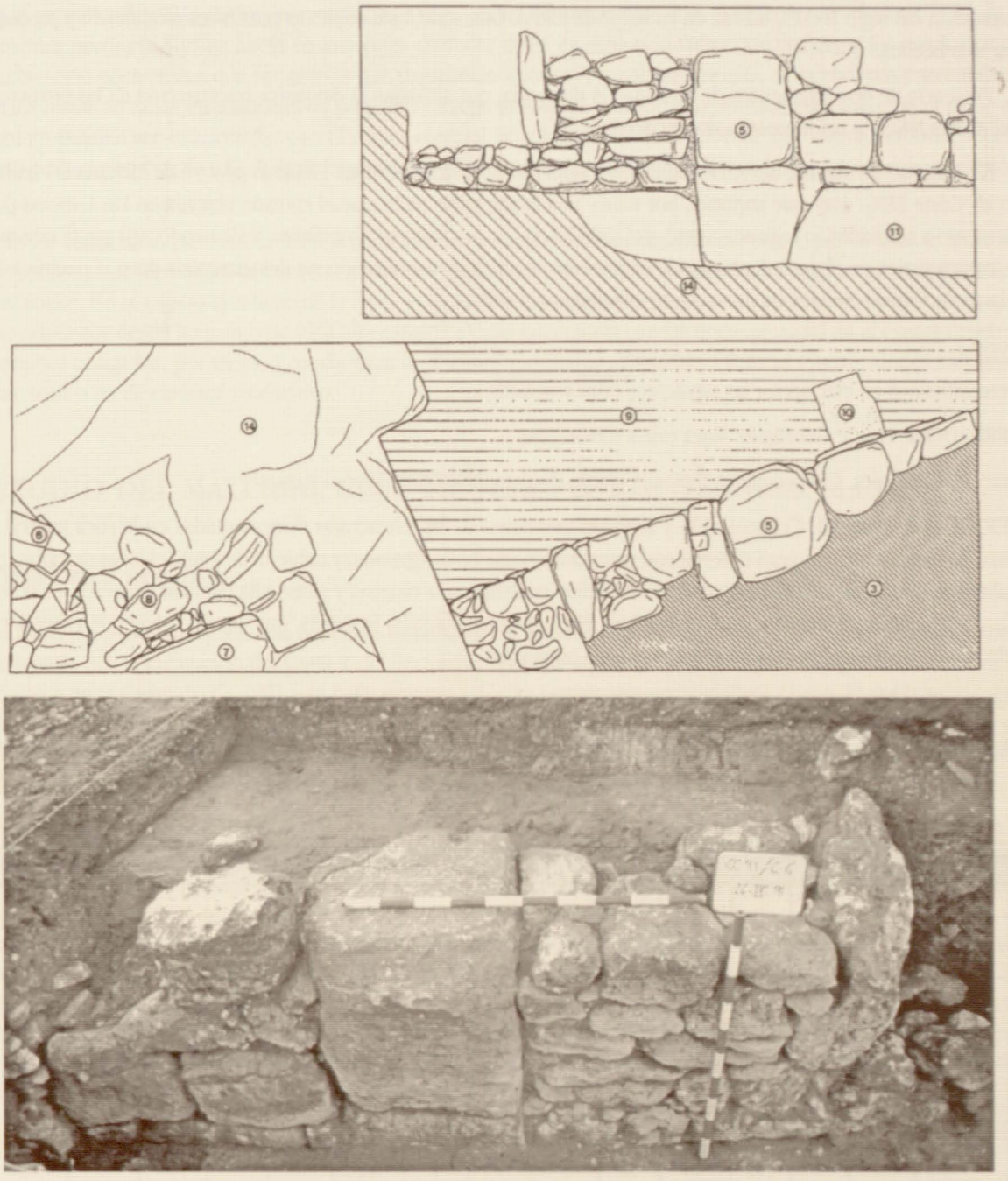


Figura 15. Cerro de Las Cabezas. Sector SE. Planta general del Corte SE/6, alzado del Muro U.E. 5 (paramento W) y detalle de la misma estructura desde el E.

pación similar al documentado en los Cortes centrales del Sector SE, hemos de aceptar como hipótesis inicial una fecha aún por precisar del siglo III d.C.

PERIODO C: Fase VII: Nivel de arrastre superficial (UU.EE. 1 y 2), removido de forma periódica por los arados.

En este sector parece, a juzgar por los resultados de nuestra excavación, que nos encontramos ante el simple derrumbe de una estructura indeterminada -al que corresponderían las UU.EE. 10, 9 y 8-, tal vez facilitado por un incendio parcial que ha dejado abundante muestras de carbón y cenizas, aunque no una capa uniforme. Esa Estructura debió estar construida con un zócalo de *opus africanum* con alzado de adobe y/o tapial y cubierta de *tegulae* e imbrices, todo lo cual ha quedado perfectamente reflejado en la estratigrafía. Con posterioridad, y en un momento difícil de fijar pero no demasiado lejano en el tiempo, sobre este derrumbe se acumularían por arrastre los de otras estructuras inmediatas, provocando la colmatación total del Sector. No obstante, los *ítems* cronológicos -cifrados casi exclusivamente en la *terra sigillata* hispanica, a excepción de dos monedas de bronce recuperadas en la base de la U.E. 9, aún sin limpiar- coinciden a lo largo de toda la estratigrafía, que puede situarse perfectamente en un momento inde-

terminado del siglo II d.C., tal vez en su segunda mitad. Con todo, este contexto general es modificado y precisado por dos hechos:

1. Presencia de dos fragmentos de Africana C3 decorada, que situarían la definitiva amortización de las estructuras del Corte NE/3 en un momento impreciso del s. IV.

2. A una datación similar, del s. IV apunta un fragmento de la forma Hayes 59/Lamboglia 51 de Africana D1 hallado en el Corte SE/6. Hay que suponer, por tanto, una fuerte crisis de la ciudad romana ubicada en Las Cabezas posiblemente a mediados -o segunda mitad- del siglo III d.C.; a partir de este momento, y siguiendo una pauta que parece característica en el yacimiento desde su primera ocupación, la población no desaparecería pero sí pasaría a instalarse de forma selectiva en puntos muy concretos del cerro.

Corte 7.

Determinamos en este sector las siguientes fases y períodos:

PERIODO A: Fase I: Geológica. Roca caliza tortoniense.

Fase II: Geológica. Cascajo calizo formado por la descomposición de la roca natural.

PERIODO B: Fase III: Construcción y acondicionamiento de las estructuras documentadas en la roca natural. Se trata, en síntesis, de una gran cisterna con revestimiento de *opus signinum* y cubierta de grandes losas de caliza, parcialmente hundidas; una cubeta con pico vertedor inmediata a la cisterna y como ella también excavada en la roca, y un pequeño canal construido con ímbrices dispuestos en posición invertida, que sin duda hay que entender en relación de servidumbre con las dos estructuras anteriores.

Fase IV: Abandono, destrucción parcial y colmatación de las estructuras documentadas.

PERIODO C: Fase V: Nivel superficial, de acumulación por arrastre, removido de forma periódica por los arados.

Período	Fase	UE	NTF	NFS	N/D	Dec.	Alm.	Coc.	Com.	E.R.	Gris	Mano	Pint.	Romana
B	4	24	15	5	4	1	-	-	3	-	1	-	-	-
		29	362	165	101	64	-	2	20	-	39	61	43	-
			377	170	105	65	-	2	23	-	40	61	44	-
C	6	20	481	74	47	27	-	3	30	4	2	12	23	-
			481	74	47	27	-	3	30	4	2	12	23	-
D	7	15	2	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
	8	18	17	1	1	0	-	-	1	-	-	-	-	-
		19	42	7	5	2	-	-	5	-	-	-	2	-
		22	23	5	2	3	-	-	1	-	-	1	3	-
		28	19	6	9	0	-	1	4	-	-	1	-	-
			103	19	14	5	-	1	11	-	-	2	5	-
	9	21	11	1	1	-	-	-	1	-	-	-	-	-
		32	113	26	18	8	1	-	15	-	1	-	8	1
			124	27	19	8	1	-	16	-	1	-	8	1
	10	7	446	72	59	13	2	-	46	-	3	1	13	7
		9	3	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
		10	127	38	29	9	2	3	16	-	3	5	9	-
		13	73	15	12	3	-	1	9	-	-	2	3	-
		16	102	15	10	5	-	-	5	-	-	5	5	-
		25	26	4	3	1	-	-	2	-	-	1	1	-
			777	144	113	31	4	4	78	-	6	14	31	7
			1004	190	149	44	5	5	105	-	7	16	44	8
E	12	4	15	1	1	-	-	-	-	-	-	-	-	1
		5	134	10	9	1	-	-	7	-	-	-	1	2
		6	114	8	6	2	-	-	6	-	-	-	2	-
			263	19	16	3	-	-	13	-	-	-	3	3
	14	1	816	112	89	23	2	4	74	1	1	4	22	4
			1079	131	105	26	2	4	87	1	1	4	25	7

Tabla 3

Según ya indicamos más arriba, intervinimos en este punto del yacimiento con el objetivo de localizar y seguir la estructura porticada documentada en los cortes centrales de SE en dirección Oeste. Sin embargo, los resultados de la excavación poco tienen que ver con las que constituían nuestras previsiones, ya que, de hecho, nos encontramos con los restos de varias instalaciones de presunto carácter industrial, relacionadas directamente con el agua y que en absoluto pueden ser relacionadas con el espacio central ya referido -con excepción de que éste fuera interpretado como patio o peristilo de una domus, hipótesis que en el estado actual de la excavación nos parece más que discutible-.

Todas las estructuras exhumadas fueron excavadas en la roca caliza constitutiva del cerro, por lo que se hallaban prácticamente en superficie, de manera que los materiales proporcionados poco pueden aportar de cara a precisar cronologías. No se excavó el relleno de la cisterna (U.E. 9) por premuras de tiempo; de esta forma, nos resulta imposible relacionar desde un punto de vista cronológico a estas estructuras con las documentadas en el espacio central, viéndonos obligados, por tanto, a condicionar la resolución de estos problemas a futuras intervenciones arqueológicas, sean o no de carácter sistemático.

ESTUDIO DEL MATERIAL CERÁMICO DEL CORTE NE/1 (FIGS. 16 A 28).

Cuestiones previas.

Para la presente Memoria Científica del Cerro de las Cabezas hemos estudiado la totalidad del material cerámico proporcionado por la excavación del Corte 1 del Sector NE, que constituye el conjunto más homogéneo de cuantos se excavaron en la Campaña de 1991 y se halla siempre referido a contextos estratigráficos claros. El análisis del material cerámico de este Corte NE/1 nos permitirá contar con pautas para los restantes Cortes excavados en el Cerro de las Cabezas, estableciendo correlaciones cronológicas entre los mismos. A la inversa, en determinados casos, hemos utilizado materiales de los restantes Cortes para apoyar o complementar nuestro discurso sobre este Corte NE/1.

Hemos inventariado y analizado un total de 3.517 fragmentos cerámicos, desglosados del modo que se indica en la Tabla 3. Este material cerámico se caracteriza por su notable fragmentación y por una deposición parcialmente secundaria, por cuanto en contados casos se asocia a suelos de ocupación o a pavimentos. Esto puede suponer, en algún caso, la incorporación a contextos más recientes de cerámicas más antiguas, como, por ejemplo, las contenidas en la tierra empleada para los muros de tapial. Son éstas cuestiones que debemos tener en cuenta a la hora de enfrentarnos con el análisis de contextos de este tipo. La fragmentación dificulta igualmente el análisis tipológico de las cerámicas, no permitiendo los trozos recuperados la total reconstrucción del perfil de los vasos a los que pertenecían, sino sólo sectores restringidos de los mismos. Consecuentemente, en lugar de intentar configurar una "tipología", hemos optado por clasificar nuestro material de acuerdo con otras, de carácter local o regional, establecidas sobre conjuntos más homogéneos o representativos.

En el sector del Corte excavado intramuros (1-A), han proporcionado material arqueológico un total de 20 Unidades Estratigráficas. La densidad de material cerámico en las mismas se establece del siguiente modo:

FASE	U.E.	Vol. m^3	Nº Frags./m^3
4	24	0.75	20.00
	29	1.20	314.16
6	20	7.20	66.80
9	21	0.09	122.22
	32	0.96	117.70
10	7+9+10	10.90	52.84
	13	0.60	121.66
	16	4.90	20.81
	25	1.03	25.24
12	4	0.52	28.84
	5	0.30	446.66
	6	1.40	81.42
14	1	5.52	147.82

Tabla 4.

Cerámica fabricada a mano.

Está representada en una pequeña proporción dentro del volumen total de este Corte 1, con la única excepción de la U.E. 29 de la Fase 4, donde supone el 16.18% del total de material cerámico. A partir de este momento, el descenso es brutal, de modo que en la Fase 6 sólo representa el 2.49%, para estar presente únicamente de modo testimonial en las siguientes (Tabla 5), y siempre con fragmentos de segunda deposición. Igualmente significativo es el hecho de que, salvo en las Fases 4 y 6, todos los fragmentos corresponden a cerámicas no cuidadas. Para la Fase 4, las cerámicas cuidadas representan un 36.11% del total de cerámica fabricada a mano, en tanto que en la 6 únicamente representan el 8.33%. Constituyen estos unos datos que deberemos tener muy en cuenta, por comparación con otros contextos tartésicos o protoibéricos, a la hora de concretar la cronología de la Fase 4 del Cerro de las Cabezas.

FASE	% (Total)	Mano	Cuidada	No Cuidada	Decorada
3	0.00	0	0	0	0
4	16.18	75	26	46	3
5	1.61	3	0	3	0
6	2.49	12	1	9	2
7	0.00	0	0	0	0
8	1.94	3	0	3	0
9	1.61	2	0	2	0
10	1.80	14	0	14	0
12	0.00	0	0	0	0
13	0.00	0	0	0	0
14	0.40	6	0	5	1

Tabla 5. Porcentajes de cerámica fabricada a mano en las distintas fases.

Este patente dominio de las cerámicas de superficies no cuidadas sobre las de superficies cuidadas es característico, en el conjunto de la Cuenca Media del Guadalquivir, de momentos muy avanzados dentro de la etapa orientalizante de la cultura tartésica (MURILLO, 1991:495 ss.). Así, en el "fondo de cabaña" 8 de Vega de Santa Lucía (Palma del Río), se advierte un dominio de las superficies cuidadas sobre las no cuidadas a lo largo de las cuatro Fases distinguidas por el excavador, todas ellas del Bronce Final precolonial. En el poblado de La Saetilla, también en Palma del Río, las superficies cuidadas dominan sobre las no cuidadas a lo largo de toda la secuencia estratigráfica (MURILLO, 1991), si bien los porcentajes de las superficies cuidadas son superiores para los Niveles 11 a 7, del Bronce Final precolonial, en tanto que en los niveles 6 a 1 (del Orientalizante), se reducen, llegando incluso a dominar las superficies no cuidadas en los niveles 5 y 3. En el Corte R-1 de El Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1987), se observa una tendencia similar. Así, los Estratos Ia y Ib, considerados por el excavador como del Bronce Medio-Tardío, muestran un cierto equilibrio entre superficies no cuidadas y cuidadas, situación que se mantendrá en el Estrato II, de inicios del Bronce Final, para romperse en los Estratos IIIa y IVa, todos ellos del Bronce Final Precolonial, en favor de las superficies cuidadas. Por último, en los Estratos IVb a VI se advierte una nueva inversión, esta vez favorable a las superficies no cuidadas, coincidente con el Orientalizante.

Idéntico comportamiento es el mostrado por el Cerro de las Cabezas de Santiponce. En el Nivel I, del Bronce Final precolonial, dominan las cerámicas de superficies cuidadas. En el Nivel II, donde aparecen las primeras cerámicas fabricadas a torno, los porcentajes tienden a ser similares, para decantarse claramente a favor de las no cuidadas a partir del Nivel III (DOMINGUEZ *et alii*, 1988).

De lo hasta aquí expresado, cabría deducir un momento avanzado dentro de la secuencia orientalizante para el conjunto de cerámicas fabricadas a mano de la U.E. 29 del Corte NE/1 del Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar. A ello apuntan tanto el dominio de las cerámicas de superficies no cuidadas como la baja representación de la cerámica fabricada a mano (16%) frente a la fabricada a torno, que en otros contextos de la Cuenca Media del Guadalquivir nos situaría a comienzos del s. VI (MURILLO, 1990: *v. gr.* pp. 426 ss.). También el análisis tipológico corrobora esta cronología. Así, en la U.E. 29 (Fase 4), única en la que el volumen de material permite hacer un análisis, aunque somero, encontramos cómo las formas diagnosticables están representadas por los siguientes tipos:

Tipo (Murillo, 1991)	Nº ejemplares	%
A2 (cuenco hemisférico)	3	42.85
A3 (vaso globular)	2	28.57
B1 (cazuela carenada)	1	14.28
B3 (olla con reborde)	1	14.28

Tabla 6.

Como podemos apreciar, se advierte un claro dominio de las formas simples (A2 y A3) sobre las compuestas (B1 y B3), que apenas llegan a sumar la tercera parte del total. Esto contrasta con lo observado para el conjunto de yacimientos "tartésicos" de la Cuenca Media del Guadalquivir (*cfr.* MURILLO, 1991:521), donde la tendencia es inversa y las formas simples sólo representan el 17% del total. Si analizamos el comportamiento de estas formas a lo largo de la dilatada etapa tartésica (Bronce Final y Orientalizante), advertimos cómo su representación en el total del conjunto de cerámicas fabricadas a mano parece incrementarse. Así, en tanto que en el "fondo de cabaña" 8 del yacimiento de Vega de Santa Lucía, en Palma del Río, las formas simples suman el 10.40% del total, en el cercano asentamiento de La Saetilla representan, en la fase orientalizante local, el 13%, y en el yacimiento de Llanete de los Moros, en Montoro, el 27.10%.

En un ámbito mucho más próximo al Cerro de las Cabezas, puede ser especialmente ilustrativa la comparación de este Estrato 29 del Corte 1 con el conjunto de materiales procedentes de la prospección del cercano Cerro del Castillo de Carcabuey (MURILLO-RUIZ, 1990; MURILLO, 1991:Tabla 2.1-2.5) Aquí, las formas simples representan el 41.93% del total de piezas diagnosticables de cerámica fabricada a mano, porcentaje que se aproxima más al 71% de la U.E. 29 que el visto para otros contextos de la Cuenca Media del Guadalquivir.

La cerámica decorada, por su parte, está presente sólo en las Fases 4, donde supone el 4% del total de cerámica fabricada a mano, y 6 y 14, en las que, curiosamente, representa el 16.66%, si bien esta última es poco fiable, al estar formada por materiales de diversa cronología integrados en un Estrato en el que también están presentes cerámicas romanas. Por lo que respecta a la U.E. 30 de la Fase 6, la presencia de un fragmento con decoración de "digitaciones" y de dos fragmentos con decoración "peinada", la interpretamos como una intrusión, derivada de una segunda deposición de materiales originarios de una U.E. más antigua.

FASE	Incisa	Impresa	Peinada
4	2	1	0
6	0	1	2
14	1	0	0

Tabla 7.

Las características técnicas de todos estos fragmentos con decoración es coincidente: superficie exterior no cuidada, con un tratamiento tosco, superficie interior también tosca o alisada, fuego de cocción generalmente reductor o mixto, sólo excepcionalmente oxidante, y desgrasantes poco depurados, muy gruesos o gruesos. Por lo que respecta a la tipología de los vasos, cuando ésta se ha podido determinar, consisten en recipientes del tipo B3.1 de MURILLO (1991:555 ss.), "ollas" con cuerpo elipsoide alargado u ovoide, reborde corto y base plana o, más excepcionalmente, anular. Estas cerámicas con decoración incisa, impresa o plástica aplicada, están también presentes en las UU.EE. 3, y 6 del Corte NE/4 (Figs. 63 y 66), aunque formando parte de contextos poco fiables.

Este tipo de cerámicas decoradas ha sido objeto de una reciente síntesis para el conjunto de la provincia de Córdoba (MURILLO, 1991:585 ss.). De acuerdo con la misma, forman un conjunto bastante homogéneo de técnicas decorativas que presentan como nota común el estar ejecutadas sobre recipientes del Tipo B3 con sus superficies no cuidadas, por lo general con un tratamiento tosco que puede incluir el escobillado. En ocasiones, estas superficies muestran las huellas producidas por las púas de un peine, a veces formando ciertos diseños geométricos. Cada una de las técnicas puede aparecer por sí sola, aunque lo usual es que aparezcan combinadas sobre un mismo vaso. La decoración suele disponerse en la mitad superior del vaso, en torno a la inflexión que forma el galbo al unirse con el reborde, articulándose en un esquema decorativo en friso, aunque en determinados casos, la combinación de cordones, incisiones e impresiones genera un diseño muy barroco que rememora ciertas composiciones del Neolítico andaluz.

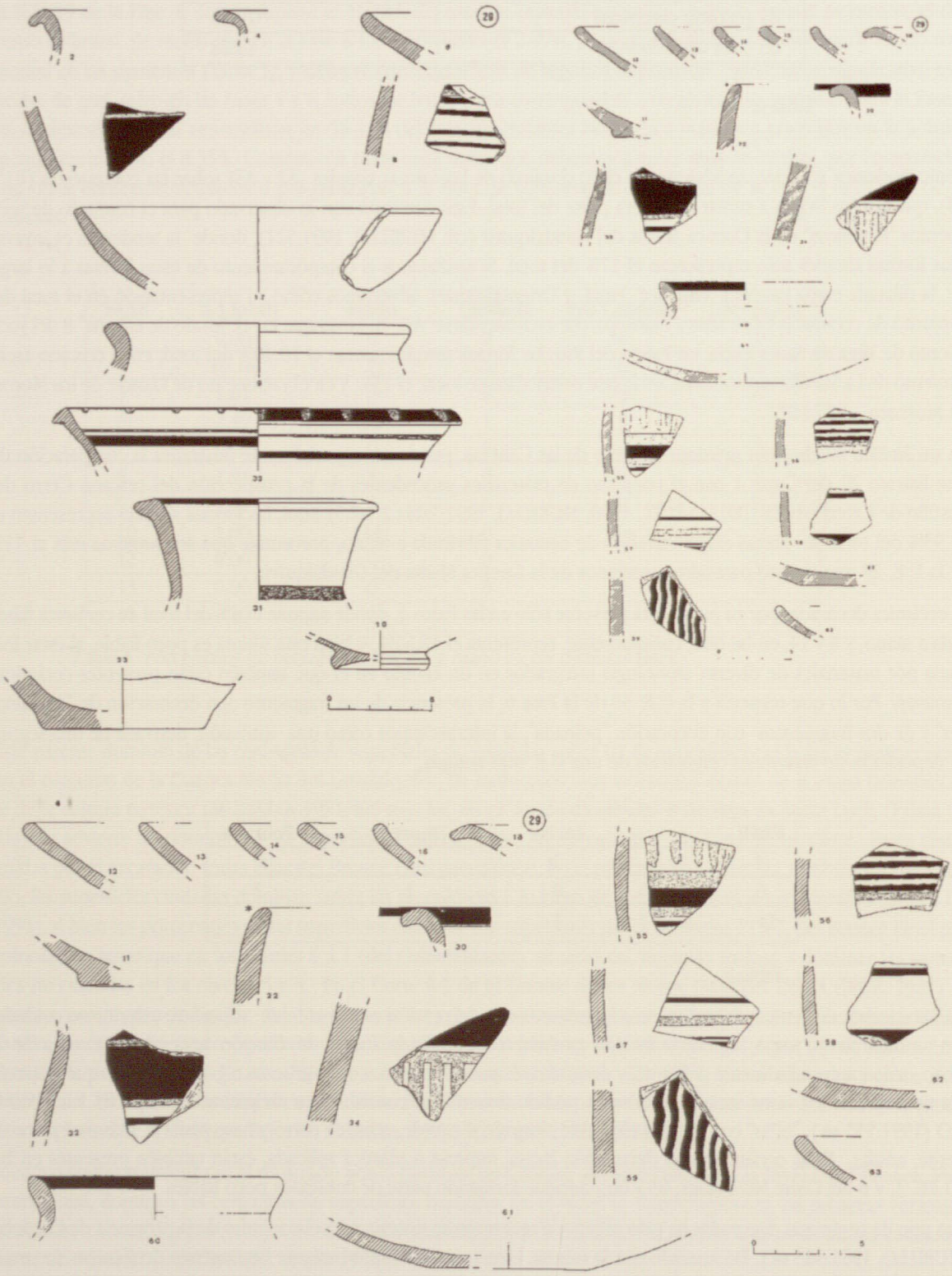


Figura 16. Cerro de las Cabezas. Corte NW/I. Material cerámico de la U.E. 29.

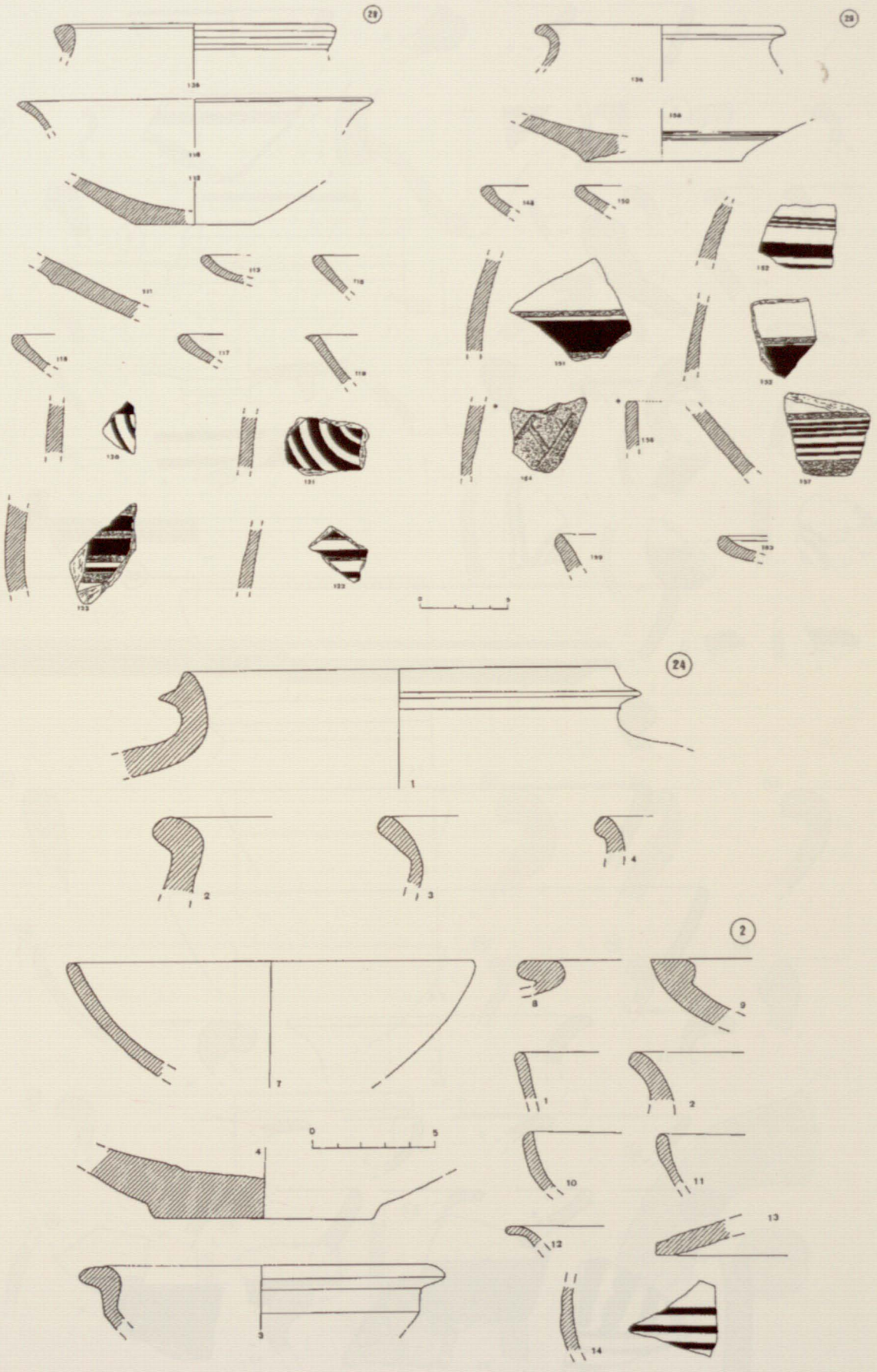


Figura 17. Cerro de las Cabezas. Corte NW/I. Material cerámico de las UU.EE. 29, 24 y 2.

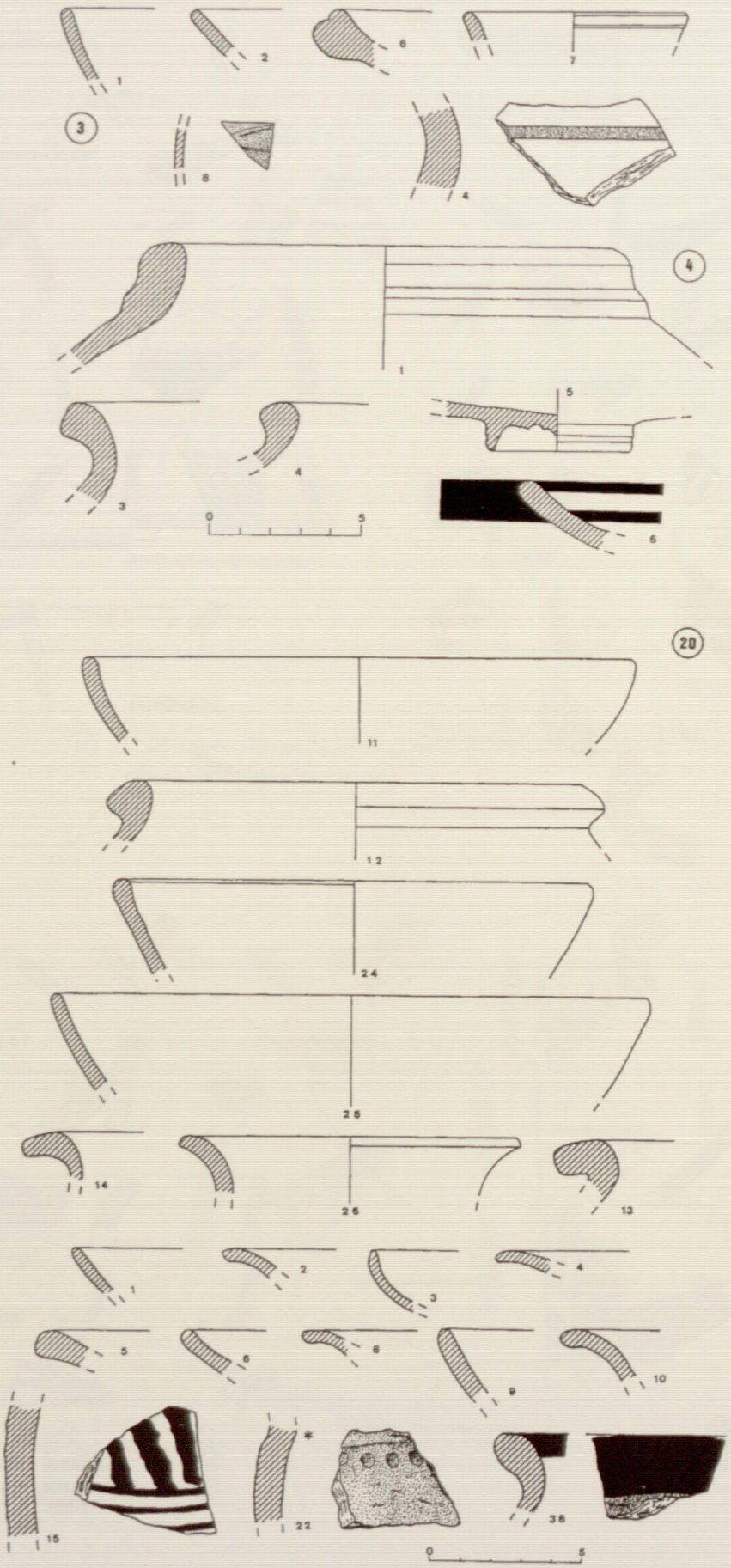


Figura 18. Cerro de las Cabezas. Corte NW/1. Material cerámico de las UU.EE. 3, 4 y 20.

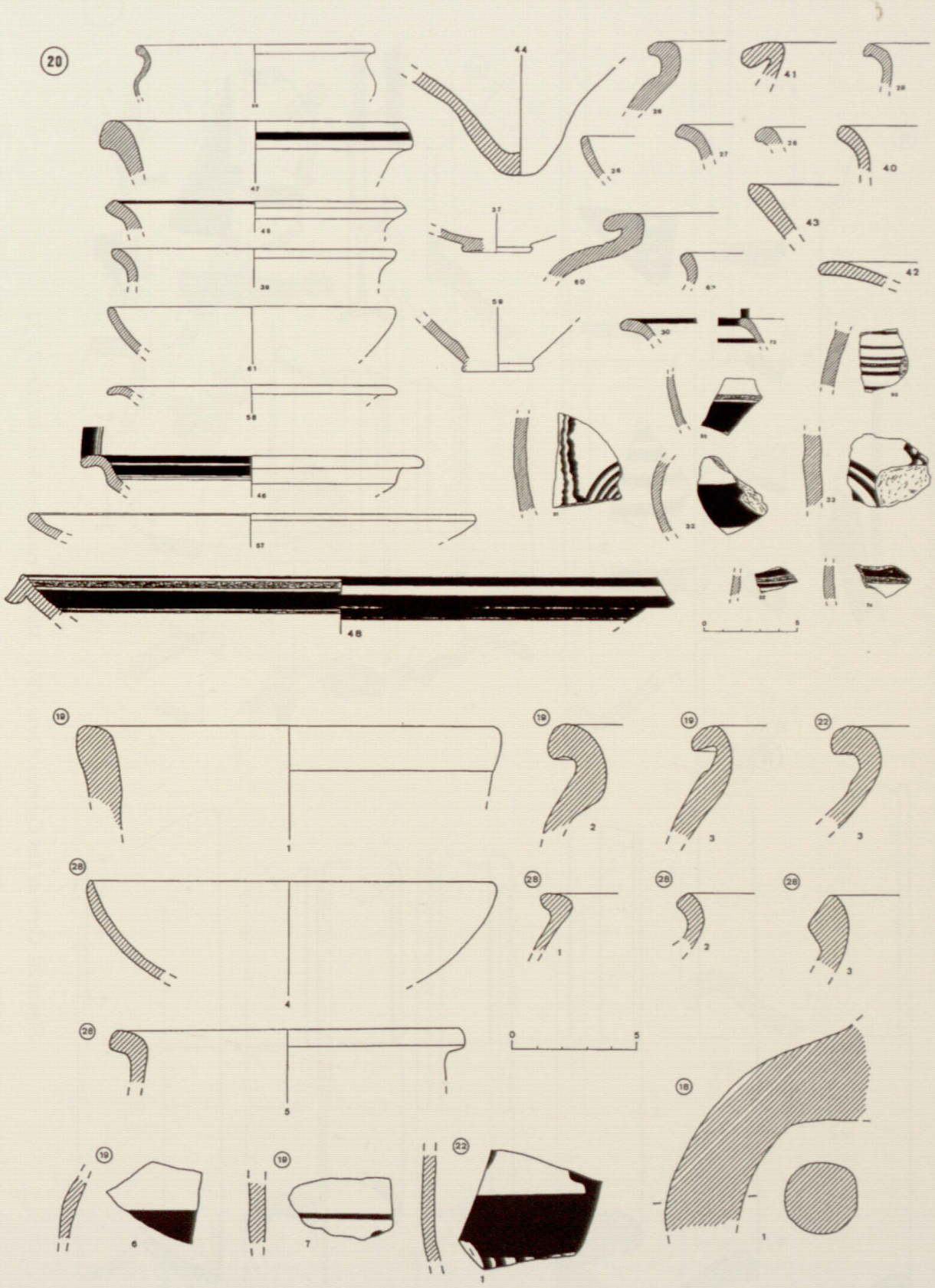


Figura 19. Cerro de las Cabezas. Corte NW/1. Material cerámico UU.EE. 18, 19, 20, 22 y 28.

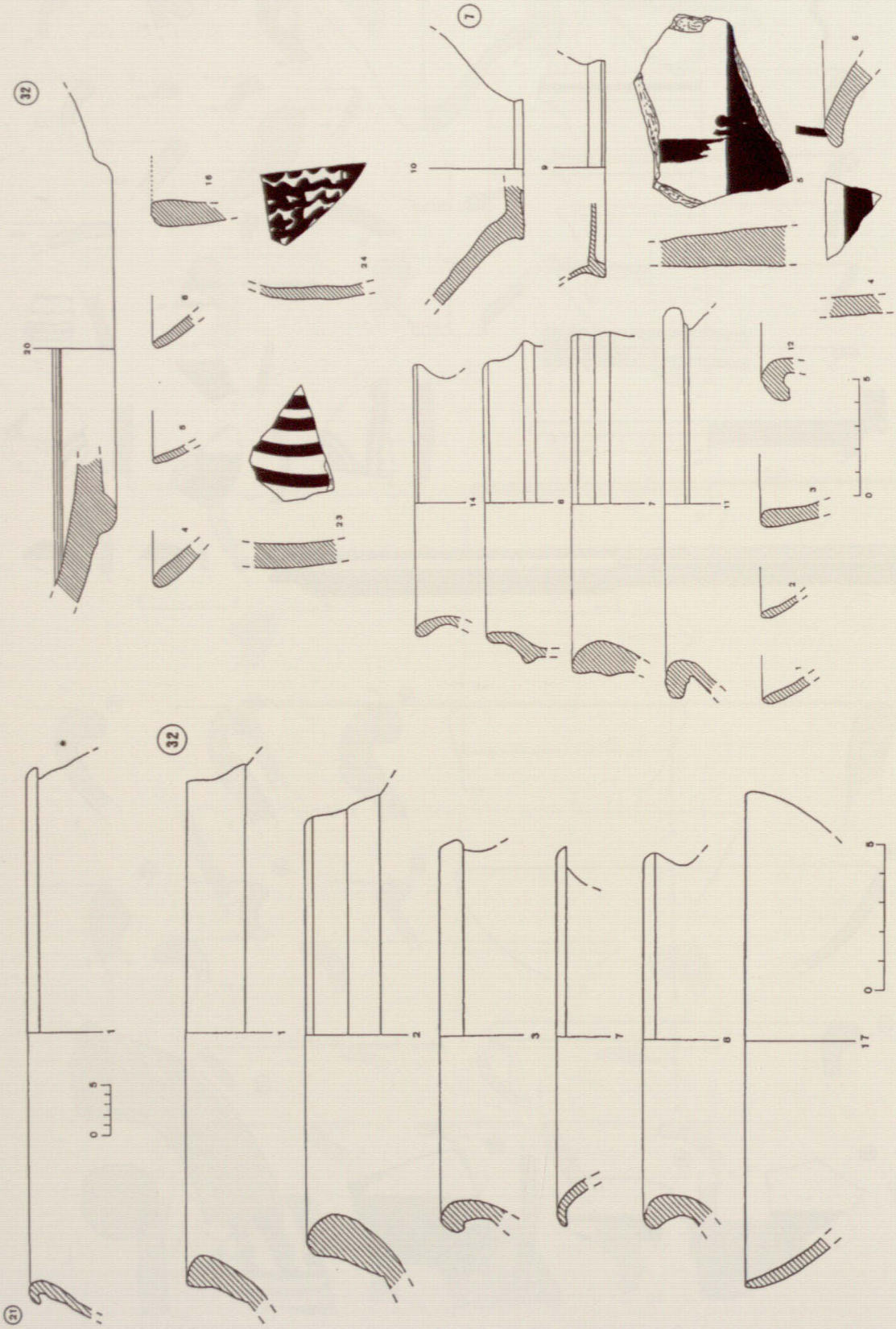


Figura 20. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Material cerámico de las UU.EE. 7 y 32.

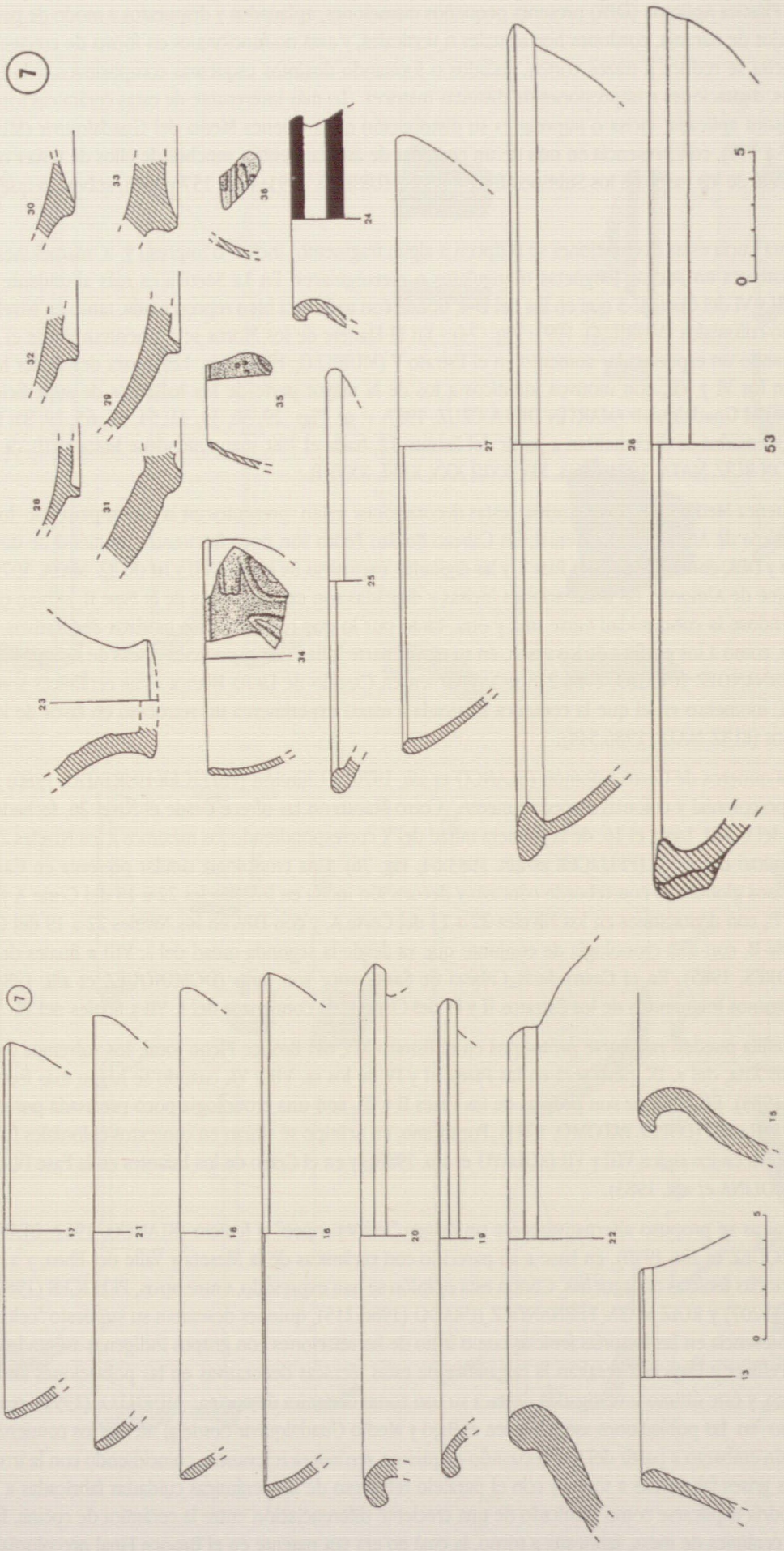


Figura 21. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Material cerámico de la U.E. 7.

La Decoración Plástica Aplicada (DPA) presenta pequeños mamelones, aplanados y dispuestos a modo de pastillas o en forma de gajos de naranja, cordones horizontales o verticales, y asas no-funcionales en forma de creciente o de "omega". La incisa se reduce a trazos cortos, aislados o formando distintos esquemas compositivos, y la impresa muestra uñadas, digitaciones e impresiones de distintas matrices. Lo más interesante de estas cerámicas toscas con decoración plástica aplicada, incisa o impresa es su distribución en la Cuenca Media del Guadalquivir (MURILLO, 1991: Figs. 177 a 179), con presencia en más de un centenar de asentamientos, muchos de ellos de tercer orden, y coincidente con la de los vasos de los Subtipos B3.1 y B3.2 (MURILLO, 1991: Figs. 157 y 158), sobre los que suelen aparecer.

En Vega de Santa Lucía estas decoraciones se reducen a algún fragmento inciso o impreso y a mamelones ornamentales consistentes en anchas lengüetas triangulares o rectangulares. En La Saetilla es más abundante en los Niveles del s. VII y VI del Corte C-3 que en los del D-4, donde con todo está bien representada, tanto en Niveles precoloniales como coloniales (MURILLO, 1991: Fig. 74). En El Llanete de los Moros se encuentran desde el Estrato III, experimentando un espectacular aumento en el Estrato V (MURILLO, 1991: Fig. 126), para descender hasta su desaparición en los VI y VII, con motivos idénticos a los de la mayor parte de los hallazgos de superficie de la Campiña y Valle del Guadalquivir (MARTIN DE LA CRUZ, 1987: *v. gr.* Figs. 29, 30, 35, 41, 54, 56, 65, 79, 81, 84). En Colina de los Quemados se documentan a partir del Estrato 12, hacia el 700, manteniéndose hasta el 10, de finales del s. VI (LUZON-RUIZ MATA, 1973:Láms. XIV, XVIII XXV, XXVI, XXVIII).

Fuera de la Cuenca Media del Guadalquivir, estas decoraciones están presentes en la mayor parte de los asentamientos tartésicos de Andalucía occidental. En Cabezo de San Pedro son poco frecuentes, pudiéndose distinguir entre las incisas y DPA, constatables en la Fase I, y las digitadas, exclusivas de las Fases II y III (RUIZ MATA, 1979:145). En San Bartolomé de Almonte, las decoraciones incisas y digitadas son características de la Fase II, si bien están ya en la I, advirtiéndose la continuidad entre una y otra, tanto por lo que respecta a los motivos decorativos, por lo general simples, como a los perfiles de los vasos, en su mayor parte "ollas" de superficies toscas de nuestro Tipo B3 (RUIZ MATA-FERNANDEZ JURADO, 1986:213 ss.). También en Castillo de Doña Blanca estas cerámicas son exponente del s. VII, momento en el que la cerámica fabricada a mano experimenta un retroceso en favor de los productos torneados (RUIZ MATA, 1986:544).

En los poblados mineros de Cerro Salomón (BLANCO *et alii*, 1970) y Chinflón (PELLICER-HURTADO, 1980) aluden a un contexto precolonial y colonial respectivamente. Cerro Macareno las ofrece desde el Nivel 26, fechado en la segunda mitad del s. VIII, hasta el 16, de la primera mitad del V, correspondiendo los máximos a los Niveles 23 y 22, de la segunda mitad del s. VII (PELLICER *et alii*, 1983:64; Fig. 76). Una cronología similar presenta en Carmona, donde vemos vasos globulares con reborde cóncavo y decoración incisa en los Niveles 22 a 18 del Corte A y en los 8 y 7 del Corte B, con digitaciones en los Niveles 22 a 13 del Corte A, y con DPA en los Niveles 22 a 19 del Corte A y 9 a 6 del Corte B, con una cronología de conjunto que va desde la segunda mitad del s. VIII a finales del s. VII (PELLICER-AMORES, 1985). En el Cerro de la Cabeza de Santiponce son raras (DOMINGUEZ *et alii*, 1988:167), limitándose a algunos fragmentos de los Estratos II y IV del Corte I, de comienzos del s. VII y finales del VI.

En Mesa de Setefilla pueden rastrearse prototipos en el Estrato XIV, del Bronce Pleno local; los volvemos a encontrar en el Estrato XIIa, del s. IX, pero será en las Fases III y IV, de los ss. VII y VI, cuando se hagan más frecuentes (AUBET *et alii*, 1983). En Alhonoz son propias de las Fases II y III, con una cronología poco precisada por el excavador de los ss. VIII a VII (LOPEZ PALOMO, 1981). Por último, en Acinipo se sitúan en contextos coloniales fechados por los excavadores en los siglos VIII y VII (AGUAYO *et alii*, 1988), y en el Cerro de los Infantes en la Fase IV, de finales del s. VIII (MOLINA *et alii*, 1983).

Para estas cerámicas se propuso alternativamente un origen "indoeuropeo" o fenicio (BLANCO, 1962; BLANCO *et alii*, 1969; BLAZQUEZ *et alii*, 1970), en base a su parecido con cerámicas de la Meseta y Valle del Ebro, y a su presencia en las factorías fenicias malagueñas. Contra esta opinión se han expresado, entre otros, PELLICER (1980:314), ESCACENA (1980:207) y RUIZ MATA- FERNANDEZ JURADO (1986:215), quienes descartan su supuesto "celtismo" e interpretan su presencia en las factorías fenicias como fruto de las relaciones con grupos indígenas asentados en las proximidades. Pellicer y Escacena resaltan la raigambre de estas técnicas decorativas en las poblaciones andaluzas desde el neolítico, y éste último investigador destaca su uso como cerámica de cocina. MURILLO (1991) resalta su origen autóctono en las poblaciones asentadas en el Bajo y Medio Guadalquivir desde al menos los comienzos del I milenio. Será sin embargo a partir del s. VII cuando adquieren verdadera relevancia, coincidiendo con la irrupción de las cerámicas grises fabricadas a torno y con el paralelo retroceso de las cerámicas cuidadas fabricadas a mano. Este proceso podría explicarse como resultado de una creciente diferenciación entre la cerámica de cocina, fabricada a mano, y la cerámica de mesa, fabricada a torno, la cual no era tan patente en el Bronce Final precolonial.

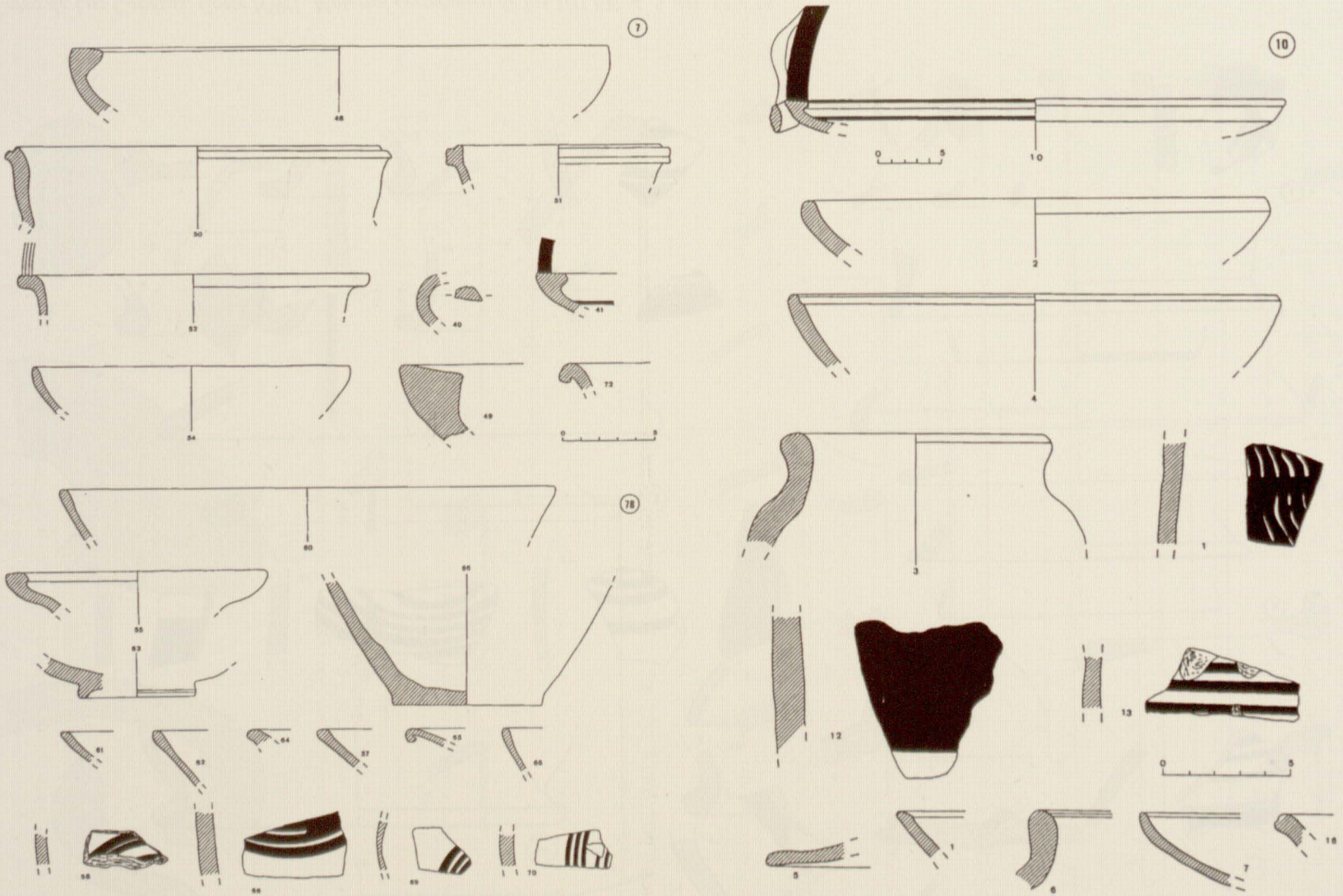


Figura 22. Cerro de Las Cabezas. Materiales cerámicos Corte NW/I.

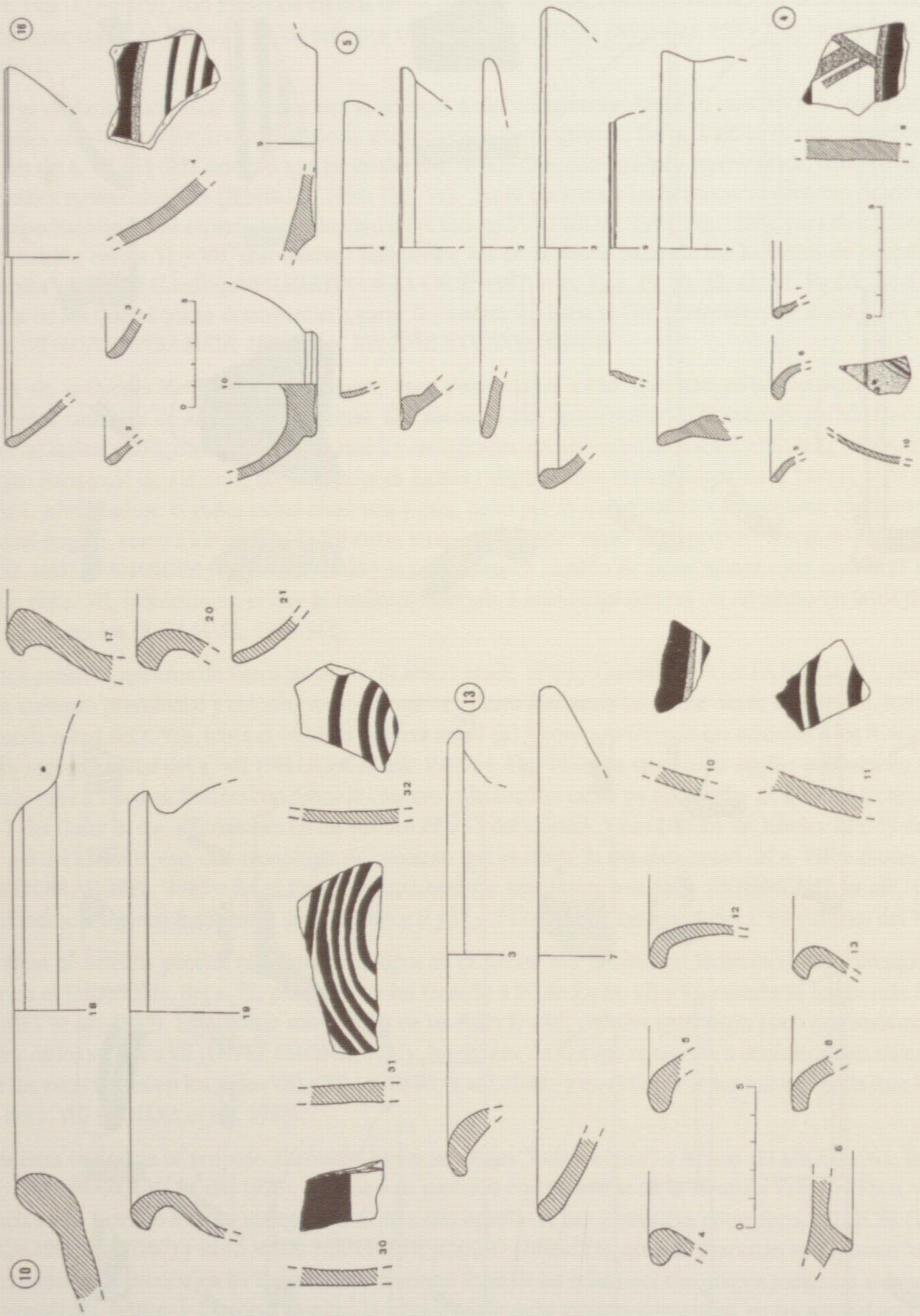


Figura 23. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/I. Material cerámico de las UU.EE. 4, 5, 10, 13 y 16.

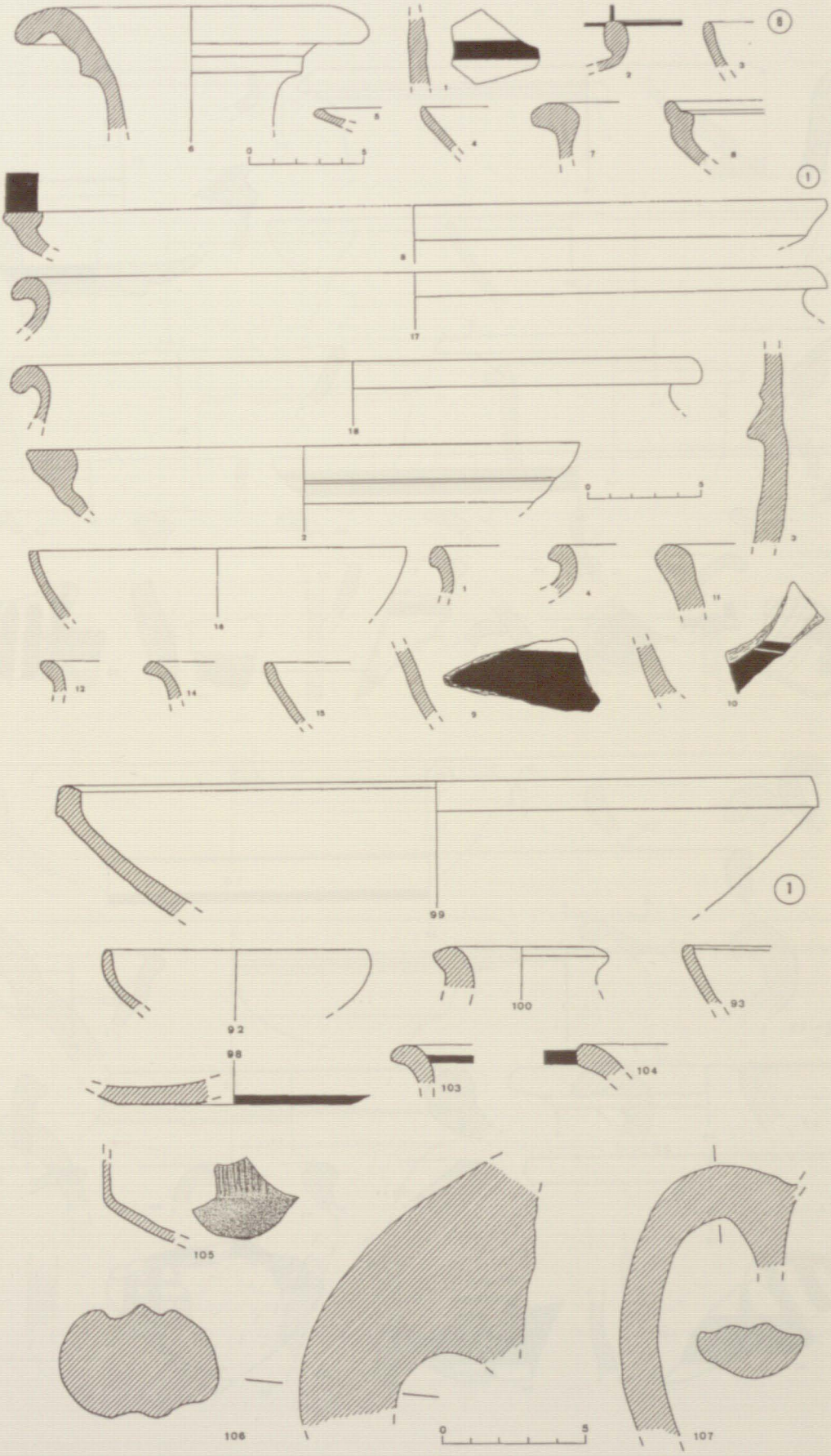


Figura 24. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/I. Material cermámico de las UU.EE. 1 y 6.

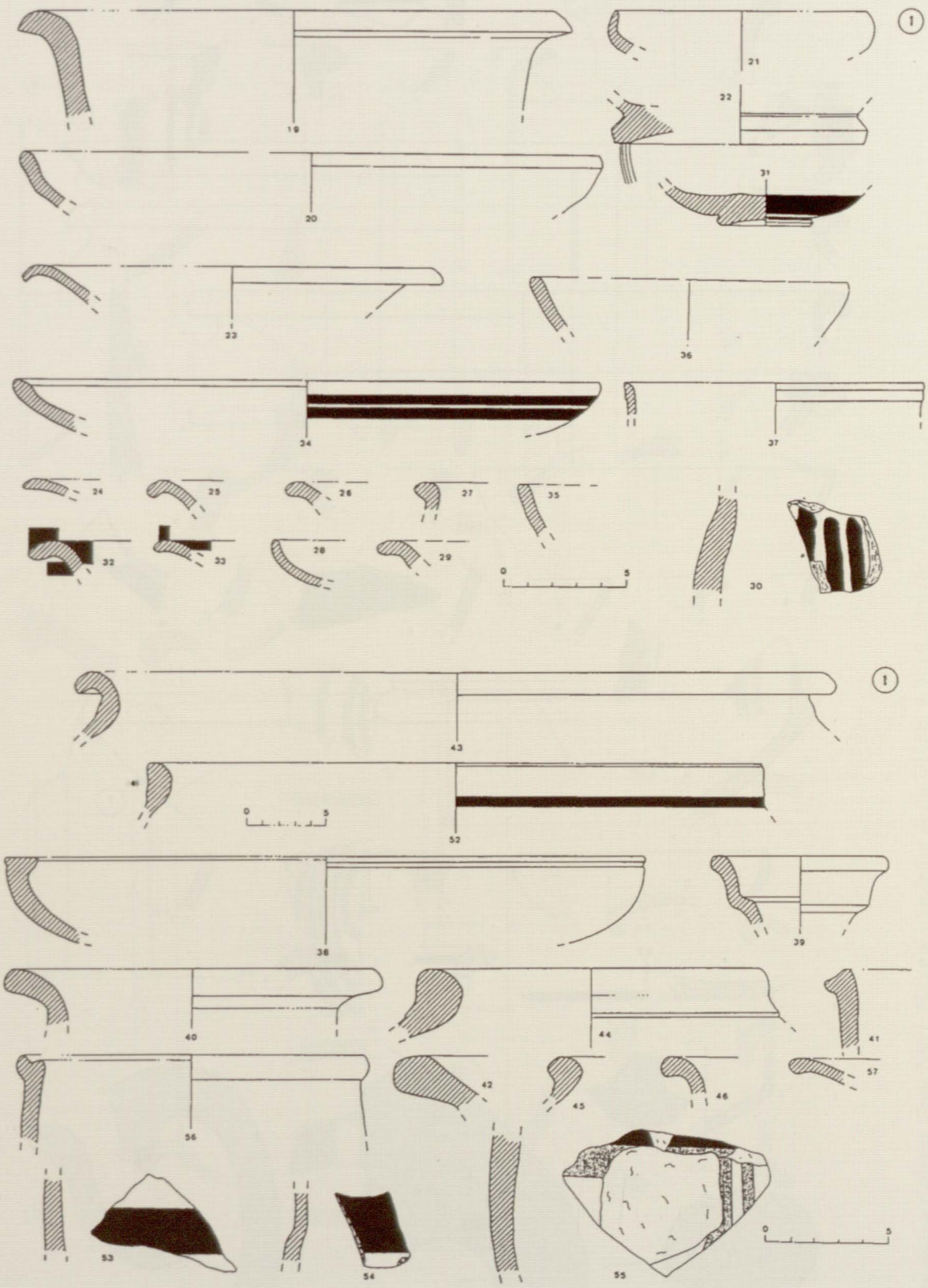


Figura 25-A. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Material cerámico de las UU.EE. 1 y 18.

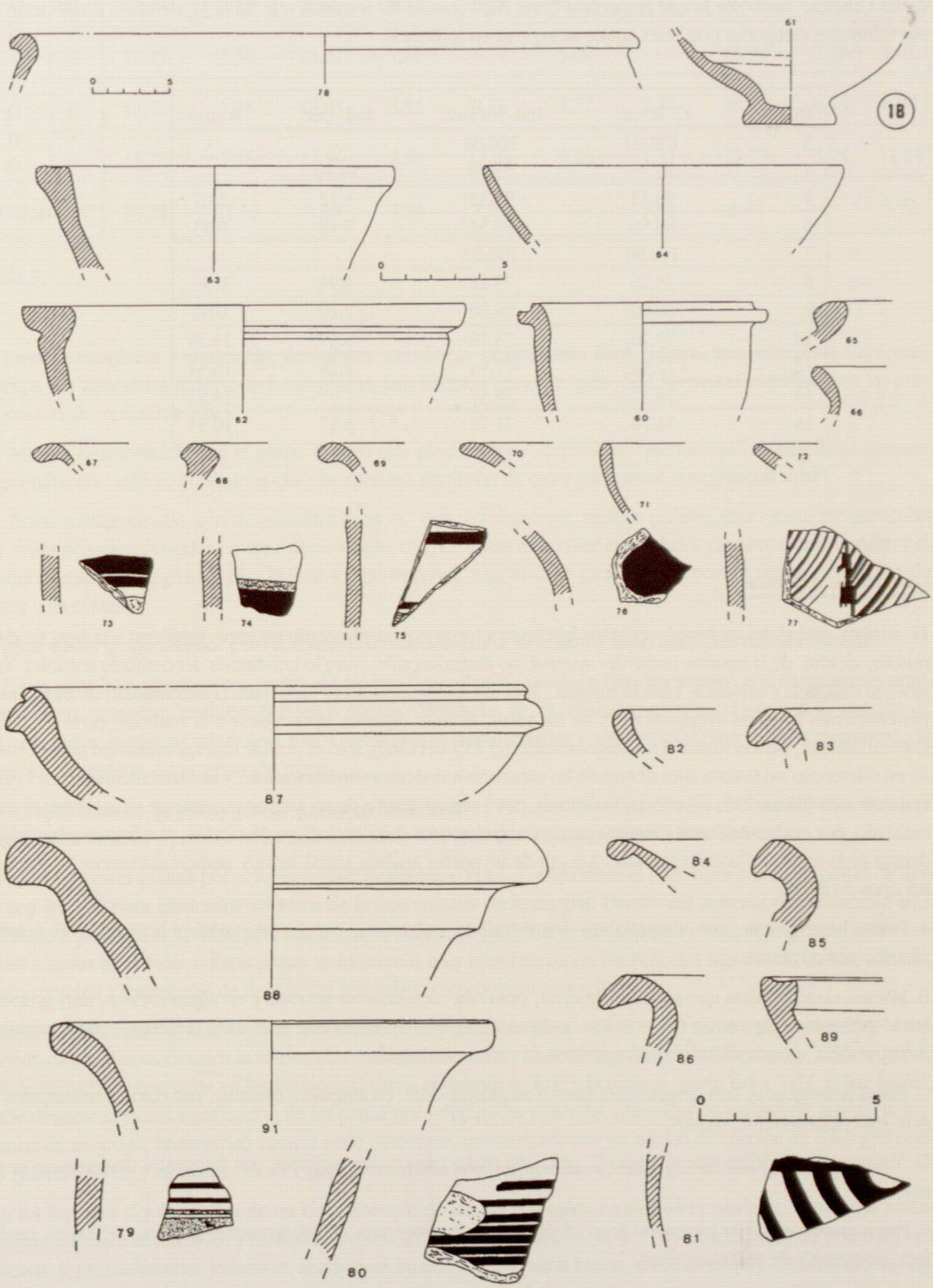


Figura 25-B. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Material cerámico de las UU.EE. 1 y 18.

Cerámica fabricada a torno.

Representa el mayor volumen dentro del material cerámico recuperado a lo largo de la campaña de 1991 en el Cerro de las Cabezas, tanto por lo que respecta al Corte NE/1 como a los restantes (*cfr.* Tabla 3), siendo la distribución de sus diferentes categorías por Fases la que se expresa en la Tabla 8:

FASE	C. Torno	Ind. No Dec.	Ind. Dec.	Romana
3	100.00	100.00	-	-
4	55.70	55.70	24.40	-
5	90.32	90.32	3.22	1.07
6	88.56	88.56	7.48	0.83
7	100.00	100.00	-	-
8	73.26	73.26	4.94	0.99
9	88.80	88.80	7.20	0.80
10	73.78	73.78	5.37	13.29
12	77.94	77.94	2.28	16.34
13	78.37	78.37	-	18.91
14	71.76	71.76	3.37	10.91

Tabla 8.

Características técnicas.

El análisis global del material cerámico fabricado a torno nos ha planteado un grave problema a la hora de diferenciar, dentro de la enorme masa de material no diagnosticable, entre lo que hemos denominado cerámica "ibérica" no decorada y cerámica "común romana". Esta diferenciación sólo es fiable para el subconjunto de fragmentos pertenecientes a partes diagnosticables de los vasos, al aislar aquellos tipos ajenos a la tradición cerámica local. Contrariamente, para el material no diagnosticable (el 81% del total), sólo es posible una aproximación parcial, basada en diferencias no sustanciales dentro de las características técnicas de fabricación, y fundamentalmente en lo que respecta a las pastas. Este criterio es, insistimos, poco seguro dentro de un análisis meramente visual como el aquí realizado, por cuanto hallamos idénticas pastas en típicos vasos ibéricos, incluso decorados, y en formas adscribibles dentro de la cerámica "común romana". A partir de un primer análisis, visual, hemos podido diferenciar los siguientes tipos de pastas:

A. Pastas homogéneas, con desgrasantes finos (calizos, micáceos), cocidas en atmósfera oxidante, con colores amarillentos o cremas.

B. Mismas características que el grupo anterior, pero con desgrasantes gruesos y, en algunos casos, muy gruesos. Suele presentarse, aparte de en cerámicas "indígenas", algunas de ellas decoradas, en la cerámica "común romana", incorporando en este último caso fragmentos de cerámica triturada.

C. Pastas homogéneas, con desgrasantes finos o medios, cocidas en atmósfera oxidante, con colores anaranjados o, más excepcionalmente, rojizos.

D. Mismas características que el grupo C, pero con pastas menos homogéneas, con frecuentes desgrasantes gruesos.

E. Pastas granulosas, por lo general poco depuradas y homogéneas, con desgrasantes gruesos, cocidas en atmósfera oxidantes y de tonos castaños.

		PASTAS									
"IBÉRICA"		A	B	C	D	E	F	G	H	I	J
PERÍODO	B	12.90	9.67	3.22	3.22	3.22	45.12	6.45	6.45	-	9.67
	C	12.25	3.38	28.81	1.69	6.77	5.08	-	16.94	3.38	1.69
	D	12.50	5.55	18.05	5.55	9.72	2.77	2.77	29.16	6.94	6.94
	E	15.78	5.26	22.36	2.63	11.84	5.26	1.31	19.73	3.94	11.84
"ROMANA"		39.21	21.56	9.80	7.84	7.84	-	5.88	3.92	-	3.92

Tabla 9.

F. Pastas homogéneas y compactas, de fractura rectilínea, desgrasantes finos (calizos, más raramente micáceos) cocidas en atmósferas reductoras homogéneas, con diversos tonos de gris. Son las pastas empleadas en las producciones de cerámicas grises.

G. Mismas características que el grupo F, pero con pastas menos depuradas, que incluyen desgrasantes gruesos (generalmente calizos; en algunos casos se aprecian partículas de color gris oscuro o negruzco).

H. Pastas semidepuradas, con desgrasantes finos o, más comúnmente, medios (calizos, más raramente partículas de color negruzco), cocidas en atmósferas mixtas, con el exterior de color anaranjado, castaño, crema o rojizo y el interior grisáceo o negruzco. Para la Fase 4 cabe discernir una variante caracterizada por un nervio de cocción de color gris ceniza.

I. Igual que el grupo anterior pero con nervio de cocción gris o negruzco y superficies anaranjadas o rojizas.

J. Pastas poco homogéneas y compactas, de aspecto "bizcochado", en algún caso "escamoso", con desgrasantes gruesos (suelen presentar también pequeños puntos, resultado de la desintegración en el proceso de cocción de determinadas sustancias minerales), tonos castaños o rojizos al exterior y negruzcos al interior (más raramente a la inversa), obtenidos en una cocción mixta.

El comportamiento de estos tipos de pastas en los diferentes Períodos diferenciados en el Corte NE/1 es el que se presenta en la Tabla 9, donde se ha individualizado a la cerámica "común romana" de la "ibérica":

Si comenzamos el análisis por el Período B (c. mediados s. VI a.C.), advertimos el claro dominio de las pastas de tipo F, con las que están fabricados los vasos de la denominada cerámica gris. Dentro del material diagnosticable aquí incluido representa el 45.16%, porcentaje que se reduce al 15.23% si consideramos el total de fragmentos de cerámica a torno de la Fase 4. Estas pastas se mostrarán muy minoritarias en los Períodos siguientes, donde, además, corresponden a fragmentos de deposición secundaria en contextos más recientes.

Los vasos fabricados con atmósfera de cocción oxidante y pastas de los tipos A, B, C y D suman casi un tercio del total, siendo característicos de estos momentos las tonalidades cremas y amarillentas y las pastas depuradas, a diferencia de las anaranjadas mayoritarias en los Períodos C (hacia el cambio de Era) y D (último cuarto del s. I d.C.). Por último, cabe destacar la escasa significación de las pastas poco depuradas y oscuras, obtenidas en atmósferas mixtas, la presencia de un grupo, homogéneo aunque poco numeroso, caracterizado por un núcleo de cocción de color gris ceniza (pastas tipo H), y de varios vasos de pastas reductoras poco depuradas, de color gris oscuro (grupo G).

En los Períodos C y D se advierte un claro dominio de los vasos cocidos en atmósfera oxidante, con tonos amarillentos, cremas o anaranjados y pastas más o menos depuradas (grupos A, B, C y D). Las pastas finas grises (F) son escasas y, probablemente, intrusivas; igualmente escasas son las pastas bastas reductoras (G). Finalmente, es significativa la representación de las pastas del grupo H, que para el período D representan casi un 30%.

Por lo que respecta a la cerámica "común romana", cabe destacar la ya comentada identidad de las pastas empleadas para su fabricación con las de la cerámica "común ibérica". Tan sólo parece advertirse una predilección por las pastas oxidantes del grupo A y B (en este último caso, características de los denominados "morteros"), y la escasa representación de pastas obtenidas en atmósferas de cocción reductoras o mixtas.

Análisis tipológico.

El repertorio tipológico cerámico obtenido a partir de los sondeos realizados en el Cerro de las Cabezas presenta numerosas limitaciones -a las que ya hemos hecho alusión de forma repetida- que impiden una comprensión de los conjuntos cerámicos de las diferentes etapas documentadas similar al propiciado por las peculiares circunstancias que determinaron la formación del registro arqueológico del Cerro de la Cruz. Consecuentemente, nuestro principal objetivo se limitará a la realización de un análisis tipológico que nos permita el correcto encuadre de ese material, pero sin pretender en ningún momento que el mismo pueda erigirse en modelo para la comprensión de las producciones cerámicas "ibéricas" a nivel comarcal.

Es esta la razón por la que hemos renunciado aestablecer una "tipología" para el yacimiento, conscientes de que el material no lo permitía y de que la multiplicación de tipologías sólo conduce a la confusión. Consecuentemente, hemos utilizado como base, dentro de unos criterios amplios y no restrictivos, la tipología que más abajo presentamos para el Cerro de la Cruz, lo que nos permite tener una visión globalizadora a nivel comarcal y seguir las líneas evolutivas de estas producciones. Por desgracia, los enormes hiatus existentes, tanto dentro de la secuencia por el momento documentada en el Cerro de las Cabezas como en la que podríamos establecer combinando la de diferentes yacimientos (como el Cerro de la Cruz y el Cerro de las Cabezas) aún suponen una grave limitación a este necesario objetivo.

Para el Corte NE-1, una primera agrupación en grandes familias tipológico-funcionales proporciona los datos que se condensan en la Tabla 10:

		C. FINA	C. COCINA	ALMACEN.	OTROS
F A S E	4	86.66	6.66	6.66	-
	5	87.50	-	6.25	6.25
	6	86.48	10.81	2.70	-
	8	80.00	-	20.00	-
	9	80.00	-	20.00	-
	10	82.69	5.76	9.61	1.92
	12	90.00	-	-	10.00
	14	74.62	5.97	17.91	1.49

Tabla 10

A) Cerámica fina de mesa.

Es la mayoritaria en todas las Fases distinguidas en el Corte NE-1, así como en el resto de los contextos excavados en los diferentes sectores del Cerro de las Cabezas. Dentro de ella es posible establecer, a partir de sus características técnicas de fabricación, dos grandes apartados.

Pastas reductoras. Estos vasos, fabricados con pastas del grupo F, son muy minoritarios en relación con los de pastas oxidantes, excepto en la Fase 4 del Corte NE/1 del Orientalizante Final, en la que configuran un conjunto homogéneo. También están bien representados en la Fase 3 del Corte NE/4. Consisten exclusivamente en platos o cuencos de mediano tamaño y con poca variabilidad tipológica, que pueden encuadrarse dentro de las distintas variantes del Tipo Caro 20 (CARO, 1989) de cerámica gris:

Tipo	17b	19	20a	20b	20c	20d	20e	20f	20i
Nº Frag.	1	1	25	6	2	1	1	1	2
%	2.5	2.5	62	15	5	2.5	2.5	2.5	5

Tabla 11

Pastas oxidantes. La variedad tipológica es aquí muy superior a la registrada para la cerámica gris, si bien podemos circunscribirla a dos grandes grupos: formas abiertas y formas cerradas. Las pastas empleadas para su fabricación pertenecen a los tipos A, B, C y D, y especialmente al A y C, caracterizándose por un buen acabado.

		FASE								
GRUPO		4	5	6	8	9	10	12	14	
	11000	-	1	8	-	1	3	-	13	26
	12000	2	9	11	1	4	23	6	19	73
	21000	-	-	-	-	-	4	-	1	5
	32000	-	-	3	-	-	1	-	-	4
	33000	-	-	1	-	-	-	-	-	1
	41000	4	-	10	-	-	2	-	-	16
	43000	7	4	4	7	2	12	2	17	55
	45000	-	-	-	-	-	-	-	1	1
	51000	1	-	-	-	1	1	1	7	11
	52000	-	-	-	-	-	-	-	1	1
	53000	1	1	1	2	2	4	1	4	16
	61000	-	1	-	-	-	1	-	-	2
	71000	-	-	-	-	-	-	-	-	1
		15	16	38	10	10	51	10	64	

Tabla 12

Formas abiertas.

Suman cerca del 50% del total de vasos representados en el Corte NE/1, siendo su comportamiento en las diferentes fases el que se muestra en la Tabla 12. Para la Fase 4, destaca la ausencia de platos y la escasa presencia de cuencos, lo que está en relación directa con la abundante fabricación de estos mismos tipos con pastas reductoras, formando la denominada cerámica gris. Contrariamente, a partir de la Fase 5 y, especialmente, 6, se dispara la presencia de estos recipientes abiertos, con diámetros comprendidos entre los 124 y los 274 mm., en ocasiones con decoración pintada.

1. "**Platos**" (11000). Dentro del grupo tipológico 11000 hemos podido diferenciar los tipos 11100, 11200 y 11400, así como la variante 11210. La distribución por fases de estos platos muestra una especial concentración, tanto cuantitativa como cualitativa, en la Fase 6, de la primera mitad del s. I d.C., demostrando la continuidad de estos vasos, característicos del repertorio cerámico "ibérico" a inicios de época imperial romana, al menos por lo que a la Subbética se refiere. Su disminución en la Fase 10, de época flavia, podría estar indicando el inicio de la definitiva desaparición de estos recipientes. En la Fase 6, el 50% de los platos aparecen decorados, en tanto que en la 10 este porcentaje se reduce al 33%.

2. "**Cuencos**" (12000). Al disponer sólo de la parte del borde, hemos optado por no diferenciar tipos dentro de este grupo 12000, por cuanto los criterios tipológicos empleados para el material del Cerro de la Cruz operan sobre partes más significativas del perfil del vaso. Los cuencos constituyen la forma abierta más frecuente dentro de la vajilla fina oxidante de los contextos excavados en el Cerro de las Cabezas, advirtiéndose una continuidad de los mismos a lo largo de todo el s. I d.C. (son especialmente abundantes en la Fase 10). Contrariamente a lo visto para los platos, los ejemplares decorados apenas sobrepasan el 5%, limitándose además a las Fases 4 y 5.

3. "**Fuentes**" (21000). Este grupo está integrado por un conjunto de cinco piezas de las que cuatro corresponden a UU.EE. de la Fase 10. Consisten en grandes recipientes cuyos diámetros alcanzan los 360 mm., con bordes de tendencia engrosada y, frecuentemente, decorados. Sus paralelos en contextos ibéricos tardíos, como el Cerro de la Cruz *(vid infra)*, son claros, manteniéndose su fabricación en la Subbética al menos hasta época flavia.

Formas cerradas.

Suponen el 36.3% del total, si bien la representación de los diferentes grupos tipológicos es mínima a excepción de las "ollas" (43000). Sus características son muy similares a las vistas para las formas abiertas, si bien aquí, y especialmente en el grupo 43000, se aprecia un mayor uso de pastas menos depuradas (B y D). También para la fabricación de "ollas" se emplean pastas H e I, con fuego alterno (oxidante al exterior y reductor al interior) o con nervio de cocción.

1. "**Ollitas**" (32000). Tipo poco frecuente, su representación está limitada a tres ejemplares de la Fase 6 y a 1 de la Fase 10. El 75% de los mismos presenta decoración pintada.

2. "**Caliciformes**" (33000). Aún más raro que el anterior, su presencia en los contextos excavados del Cerro de las Cabezas se reduce a un ejemplar de la Fase 6 (tipo 33100).

3. "**Urnas**" (41000). Esta típica forma de la cerámica "ibérica" está presente en las Fases 4, 6 y 10. En la primera, de mediados del s. VI, nos encontramos con un lote de vasos con cuello troncocónico y decoración geométrica bícroma. Se trata de vasos con cuerpo elipsoide alargado o de tendencia ovoide, con reborde o cuello troncocónico cóncavo y asas de doble o triple nervio, encuadrables dentro del tipo II.2.B.b.2 de BELEN-PEREIRA (1985:323 ss.). Estos vasos son muy abundantes en toda la Cuenca Media del Guadalquivir, donde representan el 25% de la cerámica pintada entre los ss. VII y VI (MURILLO, 1991:619), con una amplia distribución en los asentamiento de primer orden *(oppida)* del Valle del Guadlaquivir y de la Campiña. Con frecuencia, estos vasos son el soporte de las decoraciones figurativas tartésicas (*cfr.* MURILLO, 1989c). Con una decoración ya exclusivamente monócroma y de bandas y unos perfiles muy evolucionados, estos vasos parecen perdurar hasta el s. III a.C., como es el caso de un ejemplar de La Tiñosa (BELEN-PEREIRA, 1985:324). Los diez ejemplares de la Fase 6 se adaptan más a las "urnas" características de la cerámica ibérica "clásica". No obstante, en estos momentos de la primera mitad del s. I d.C., el repertorio se ha reducido enormemente respecto al de, por ejemplo, el Cerro de la Cruz, estando representados sólo los tipos 41100 y 41200, y las varientes 41110, 41120, 41230, 41270 y 41280. Igualmente significativo es el hecho de que sólo el 10% de las "urnas" de esta Fase estén decoradas. En la Fase 10, de época flavia, este tipo ha desaparecido casi por completo.

4. "**Ollas**" (43000). Con el 25.94% del total de tipos diferenciados, las "ollas" muestran también la mayor diversidad, como se pone de manifiesto en la Tabla 13. De los cuatro tipos y diecisiete variantes presentes, el tipo 43100, gran "olla" globular con asas, es exclusivo de la Fase 4, con las variantes 43110 (borde redondeado) y 43130 (borde almendrado). Su presencia en el Cerro de la Cruz *(cfr. infra)* demuestra su fabricación en baja época ibérica, en la segunda mitad del s. II a.C.; en cuanto a su ausencia de los contextos del s. I d.C. del Cerro de las Cabezas, tal vez debamos atribuirla a su reemplazo por los nuevos tipos que hemos englobado en la cerámica "común romana".

		FASES							
			4	5	6	8	9	10	12	14
43000			-	-	-	-	-	-	-	2
	43100		-	-	-	-	-	-	-	-
		43110	1	-	-	-	-	-	-	-
		43130	1	-	-	-	-	-	-	-
	43200		-	2	-	1	1	4	1	-
		43210	-	-	-	1	-	1	-	-
		43220	-	1	-	-	1	-	-	2
		43230	-	-	-	-	-	-	-	2
		43240	-	-	-	1	-	-	-	2
		43250	1	-	-	-	-	-	-	-
		43260	1	-	-	-	-	-	-	1
		43270	3	-	-	-	-	-	-	2
		43280	-	1	-	-	-	-	-	2
		43290	-	-	-	-	-	-	1	-
	43300		-	-	-	-	-	-	-	-
		43310	-	-	1	-	-	-	-	-
		43320	-	-	1	3	-	3	-	3
		43330	-	-	-	-	-	1	-	-
		43370	-	-	1	1	-	1	-	-
	43400		-	-	1	-	-	-	-	-
		43410	-	-	-	-	-	2	-	-
		43420	-	-	-	-	-	-	-	1

Tabla 13

Los restantes tipos y variantes, frecuentes en los contextos altoimperiales del Cerro de las Cabezas, demuestran la vitalidad de las producciones "indígenas" en la Subbética, que mantienen un repertorio tipológico tradicional y mayoritario respecto a los nuevos tipos de la cerámica "común romana". En relación con el conjunto de "ollas" aquí analizado, debemos hacer una última observación, relativa al tratamiento cuidado de sus superficies y a la ausencia de signos de haber sufrido la acción del fuego, lo que nos ha movido a su inclusión en esta categoria, diferenciándolas del conjunto que presentamos dentro de la "cerámica basta de cocina", si bien los tipos presentes en una y otra son idénticos.

B. Cerámica basta de cocina.

Está realizada con pastas de los tipos G, I, J, poco depuradas y con desgrasantes gruesos; las superficies presentan un tratamiento tosco, y varios ejemplares muestran el exterior manchado de hollín. Esta versión supone sólo el 20% del total del ejemplares del grupo 43000, y la variedad es mucho más restringida: 43210, 43220, 43230, 43260, 43270, 43280 y 43320.

C. Cerámica de almacenamiento.

1. "**Lebrillos**" (51000). Estos grandes recipientes que suponen el 5.18% del total de tipos diferenciados, están representados por un ejemplar en la Fase 4 (variante 51120) y por diez en las Fases 9, 10, 12 y 14 (variantes 51110 y 51140). Sólo en un caso, uno de estos ejemplares aparece decorado, mediante una banda aplicada en el borde. Estos recipientes son relativamente frecuentes en el Cerro de la Cruz *(vid infra)*.

2. **"Pithoi"** (52000). Sólo un fragmento perteneciente a uno de estos grandes contenedores ha sido localizado en los contextos excavados en el Cerro de las Cabezas (Fase 14). Al igual que en el Cerro de la Cruz, este vaso aparece decorado.

3. **Anforas** (53000). Constituyen el tipo más corriente de contenedor en el Cerro de las Cabezas (57.14%). Fabricadas con pastas de los tipos B, D, (menos frecuentes E, I), se clasifican dentro de lo que se denominan ánforas "iberopúnicas". El ejemplar más antiguo procede de la U.E. 24 del Corte NE/1 (Fase 4), teniendo sus mejores paralelos en el nº 1064 del Nivel 18 de Cerro Macareno (PELLICER, 1978), de la segunda mitad del s. VI, y en la clase III, nº 14 del estrato I-BI del Cerro de la Cabeza de Santiponce (DOMINGUEZ *et alii*, 1985), fechado en el s. V. Ejemplares relacionados con este tipo aparecen en contextos de las Fases 6 y 10, lo que podría apuntar a la continuidad en la fabricación de estas ánforas en el s. I d.C., salvo que los consideremos como elementos intrusivos correspondientes a una segunda deposición. Lo cierto es que, en el Cerro de la Cruz, ánforas muy similares a las que nos ocupan están en uso a mediados del s. II a.C.

D. Formas especiales.

1. **Tapaderas** (61000). Dos únicos ejemplares, procedentes de las Fases 5 y 10 del Corte NE-1.

2. **Soportes** (71000). Un único ejemplar, de la Fase 14.

Decoración.

En conjunto, la cerámica "ibérica" decorada del Cerro de las Cabezas se caracteriza por su escasa representación (Tabla 8) y por su homogeneidad, en parte debida a la excesiva fragmentación, que dificulta sobremanera la percepción de los esquemas decorativos. Por lo que respecta a la frecuencia dentro del total de cerámica fabricada a torno, podemos indicar que sólo en la Fase 4, del Corte NE/1, fechable hacia mediados del s. VI, es relativamente frecuente, representando la cuarta parte del total, en tanto que en las restantes, ya de época altoimperial (Fases 7 a 10), presenta unos porcentajes que no sobrepasan el 7.20% (Fase 9).

A. **Engobe rojo**. Este tipo de decoración es muy raro, limitándose a cuatro ejemplares de la Fase 6 y a uno de la 14. En los dos únicos casos en que se ha podido determinar la forma, se trata de platos de los tipos 11100 y 11200. Las características del engobe corresponden a las producciones más tardías dentro de la serie ibérica.

	FASES							
	4	5	6	8	9	10	12	14
Bícroma	65.9	-	34.7	-	12.5	16.1	33.3	29.0
Monócroma	34.1	100.0	65.3	100.0	87.5	83.9	66.7	71.0

Tabla 14

B. **Decoración pintada**. Constituye la técnica decorativa por antonomasia dentro de la cerámica "ibérica". En el Cerro de las Cabezas, es posible discernir una neta diferenciación entre la Fase 4, de mediados del s. VI, con un neto dominio de la decoración bícroma (65.90%) sobre la monócroma (34.10%), y las restantes, en las que es ésta la mayoritaria (Tabla 14). Durante el Orientalizante final, casi el 50% de los fragmentos muestran un engobe, de color crema o amarillento, como base para la decoración, engobe que suele desaparecer en los ejemplares del s. I d.C., en los que la decoración se aplica directamente sobre la superficie del vaso.

Por lo que respecta al soporte de la decoración, no se advierte una especialización formal, de modo que encontramos los mismos tipos y variantes que habíamos visto para la cerámica no decorada. Se aprecia, eso sí, una notable reducción en la tipología, lógica dada la ya señalada baja representación de la cerámica decorada dentro de los conjuntos del s. I d.C. (*cfr.* Tabla 15)

		FASE							
		4	5	6	8	9	10	12	14
TIPO	11000	-	-	-	-	-	-	-	1
	11100	-	-	-	-	-	-	-	1
	11200	-	-	1	-	-	1	-	2
	11400	-	-	1	-	-	-	-	-
	12000	1	2	-	-	-	-	-	1
	21000	-	-	-	-	-	2	-	1
	32100	-	-	2	-	-	1	-	-
	41000	1	-	-	-	-	-	-	-
	41100	-	-	1	-	-	-	-	-
	43200	-	-	-	-	-	-	1	-
	43230	-	-	-	-	-	-	-	1
	43270	1	-	-	-	-	-	-	-
	52000	-	-	-	-	-	-	-	1

Tabla 15

La monotonía se hace igualmente extensiva a los motivos decorativos, mayoritariamente consistentes en simples franjas o bandas de pintura roja. En la Fase 4, los motivos decorativos compuestos por la asociación de dos o más motivos simples están presentes sobre el 52.27% de los ejemplares, en tanto que en la 10 sólo lo están sobre el 26% Por lo que respecta a los motivos individuales, los más frecuentes son los "filetes" (menos de 5 mm. de anchura), las bandas (anchura entre 5 y 20 mm.) y las franjas (anchura superior a 20 mm.), seguidos por las "aguas" o "metopas", en tanto que los círculos o semicírculos concéntricos son más escasos (Tabla 16).

		FASE			
		4	6	10	14
MOTIVO	Filete	31	9	1	4
	Banda	6	6	10	16
	Franja	2	2	6	6
	Cír. Concéntr.	-	3	3	
	Sem. Concéntr.	2	-	3	2
	Sec. c. c.	-	-	-	2
	Aguas, etc.	3	3	2	3

Tabla 16.

Cerámica "común romana".

Como ya hemos indicado (*cfr.* Tabla 8), representa un porcentaje insignificante dentro de la masa global de cerámica fabricada a torno hasta la Fase 10 (último tercio del s. I d.C.), en la que pasa a representar un 13.29% del total. Sus características técnicas de fabricación son similares a las de la cerámica "ibérica", no siendo posible, en el estado actual de nuestra investigación, considerarla salida de unos centros productores distintos a los de aquélla. La variedad tipológica es relativamente restringida, constituyendo tipos muy singularizados que sólo con criterios muy generales pueden adecuarse a la tipología establecida por VEGAS (1973). Es este hecho, ya observado por otros investigadores (*cfr.* CAMPOS, 1986), el que hace difícil el análisis de estas producciones, que se diferencian de la tradición cerámica "autóctona" pero que parecen conservar un elevado grado de variabilidad, muy posiblemente debido a su fabricación en numerosos centros comarcales o, incluso, locales, y con una comercialización en un entorno restringido. Los tipos presentes en los diferentes cortes excavados en el Cerro de las Cabezas son los siguientes (Tabla 17):

		NE/1			SE/2	SE/3	SE/6
TIPO (VEGAS, 1973)		10	12	14	-	-	-
	1	-	-	2	1	-	-
	1 A	-	-	1	1	1	-
	3	1	-	-	-	-	1
	4	2	1	5	-	-	2
	7	1	-	2	1	-	2
	8	-	-	1	-	-	-
	9	-	-	-	-	-	1
	10	-	-	2	-	-	-
	13	1	-	1	-	-	-
	14	-	-	2	-	1	-
	14 A	-	1	1	-	1	-
	21	-	-	1	-	-	-
	22	-	-	-	1	-	-
	37	1	-	-	-	-	1

Tabla 17.

Los ejemplares destinados a las labores propias de la cocina están representados por ollas de los tipos Vegas 1 (olla con borde vuelto hacia afuera), 1A (con ranura en el borde) y 3 (con borde vuelto hacia adentro), todas ellas en unos porcentajes similares. En el Mediterráneo occidental aparecen desde época republicana, continuando su fabricación a lo largo del s. I d.C., como demuestran los ejemplares del tipo 1 fabricados en Sutri en la década del 60-70 (VEGAS, 1973:11). El tipo 1A se fecha en el s. I d.C. en *Tarraco*, en *Pollentia* y en Munigua, si bien son más frecuentes en contextos bajoimperiales, perdurando en los ss. V y VI. Lo mismo cabe decir del tipo 3. Las características de estas ollas son muy heterogéneas, demostrando su extensa fabricación en talleres locales y su escasa comercialización.

El segundo grupo de formas está integrado por los tipos Vegas 4 (cuenco con borde horizontal), 7 (mortero), 8 (cuenco con borde vuelto hacia afuera), 9 (cuenco carenado), 10 (cuenco con visera), 13 (plato con borde engrosado), 14 (plato con borde bífido) y 14A (plato con borde escalonado).

Todas ellas son formas abiertas, aunque con funciones diferentes; así, en tanto que el cuenco Vegas 4 y los platos Vegas 13, 14 y 14A desempeñaría funciones culinarias similares a las de las cazuelas, estando destinados a la cocción de alimentos, los cuencos Vegas 8 y 9, de paredes alisadas, no parecen haber estado destinados a la preparación de alimentos en el fuego, debiéndose utilizar para la preparación de los mismos con anterioridad o con posterioridad al paso por el hogar. Finalmente, los tipos Vegas 7 y 10 estaban destinados a triturar alimentos. En el Cerro de las Cabezas están bien representados los tipos Vegas 4 y 7, en tanto que los tipos Vegas 8 y 9 tienen una presencia meramente testimonial (*cfr.* Tabla 17).

Por lo que respecta a la cronología, el tipo 4 es característico de los dos últimos siglos anteriores al cambio de Era, si bien continúan siendo frecuentes en el s. I d.C., como lo demuestran los hallazgos de Pompeya, *Gabii, Sutri* y *Pollentia* (VEGAS, 1973:22). Por lo que respecta a los morteros, aunque están presentes en contextos tardorrepublicanos, su generalización data del s. I d.C. (VEGAS, 1973:32 ss.), sin que por el momento sea posible afinar en su cronología (cfr. BELTRAN, 1990:216). El tipo 8 se fecha en la segunda mitad del s. I d.C. en *Pollentia* y Munigua (VEGAS, 1973:35), en tanto que los tipos 9 y 10 fueron fechados por VEGAS (1973:37) en los ss. III a V, cronología demasiado reciente para los ejemplares de Fuente Tójar. Por último, los tipos 13, 14 y 14A muestran una cronología tardorrepublicana y altoimperial, estando presentes en numerosos contextos de la segunda mitad del s. I d.C. (VEGAS, 1973:39 ss.). Los tipos 21 y 22 constituyen imitaciones de vasos de cerámica fina de mesa, en tanto que los 37, 38, 43, 44 y 45 consisten en jarras con una cronología centrada en el s. I d.C. (tipos 37 y 38) y desde el I al III (tipos 43, 44 y 45).

Cerámica fina de importación.

Supone un pequeño porcentaje dentro del total de material cerámico proporcionado por la excavación, tanto del Corte NE/1 (cfr. Tabla 2) como de los restantes de los sectores NE y SE. Aquí hemos circunscrito el concepto de "cerámica de importación" a aquéllas producciones finas destinadas al servicio de mesa que claramente no han sido fabricadas en el Cerro de las Cabezas. Evidentemente, hay determinadas clases de cerámicas comunes, de almacenamiento e, incluso, de cocina que han podido no ser fabricadas en el propio asentamiento. Sin embargo, en tanto no contemos con análisis más profundos de sus pastas y con estudios amplios de distribución tipológica que permitan reconstruir posibles centros de fabricación y líneas de comercialización, hemos preferido incluir toda esta masa de material cerámico como producciones locales o de un entorno muy inmediato. La composición de estas cerámicas finas importadas en el Cerro de las Cabezas es como sigue:

	NE/1	NE/2	NE/3	NE/4	SE/2	SE/3	SE/5	SE/6	SE/7	
B. Negro	3	0	1	4	0	0	0	0	1	9
P. Finas	18	0	1	24	1	1	3	15	4	67
Sigillata	37	2	10	16	9	6	11	64	13	168
	58	2	12	44	10	7	14	79	18	

Tabla 18.

Cerámica de barniz negro.

La presencia de cerámica de barniz negro en el Corte NE/1 es reducidísima, limitándose a tres fragmentos de las Fases 5 (U.E. 3-1B) 9 (U.E. 32) y 13 (U.E. 9-1B). En los dos primeros casos se trata de Campaniense A, y en el tercero de B. Sólo el fragmento de la Fase 5 (Fig. 20, nº 7) es diagnosticable, perteneciendo al borde o, más probablemente, al pie de un vaso cuya tipología no se puede precisar dado lo reducido del fragmento. Tampoco en los restantes Cortes excavados es frecuente la cerámica campaniense; al contrario, lo común es su ausencia, como acontece en el Sector SE, donde sólo está representada, y mínimamente, en el Corte 7. A nivel global, de los nueve fragmentos de cerámica campaniense hallados en contextos estratigráficos, ocho proceden del sector NE y sólo 1 del SE. Siete corresponde a Campaniense A, y dos a Campaniense B.

Por lo que respecta a la cerámica ática de barniz negro, su ausencia no puede sorprendernos dada la no detección, en todos los Cortes excavados, de UU.EE. encuadrables en el Ibérico Pleno. Esta anómala situación *(cfr. infra)* contracta con la presencia de cerámicas áticas de barniz negro y de figuras rojas en la vecina necrópolis de Los Torviscales (MARCOS-VICENT, 1983) y entre el material procedente de las prospecciones superficiales del propio Cerro de las Cabezas.

Cerámica de paredes finas.

Su presencia es superior a la vista para la cerámica de engobe negro, representando el 27.57% del total de la cerámica romana de importación en el conjunto de los Cortes excavados, porcentaje que se eleva hasta el 31% para el caso del Corte NE/1. Su distribución, por Fases, en este último es como sigue:

Fase			
5	10	12	14
1	7	4	6

Tabla 19.

Los ejemplares más significativos dentro de este lote de cerámicas son los siguientes:

Período	Fase	U.E.	Lámina	Observaciones	Tipo
C	5	3	20,8	Barbotina	-
D	10	7	31,34	Barbotina (hojas de hiedra)	Mayet XXXVII
D	10	7	31,35	Barbotina ("perlas")	Mayet XXXVII
D	10	7	31,36	Barbotina	-
D	10	7	-	Barbotina	-
D	10	7	-	Espatulado sobre engobe Sup. Ext.	-
E	12	4	39,1	-	Mayet XXXVI
E	12	5	39,9	-	Mayet XXXVII
E	12	5	39,10	Barbotina (¿hojas de hiedra?)	-
E	14	1	42,37	-	Mayet XXXVIII
E	14	1	45,105	Franja de incisiones verticales	-
E	14	1	-	"Cáscara de huevo"	-

Tabla 20.

En conjunto, advertimos cómo las cerámicas de paredes finas presentes en este Corte NE/1 forman un grupo bastante homogéneo. Sus características técnicas son las típicas de estas producciones: superficies alisadas en todos los casos, tanto al exterior como al interior, pastas muy depuradas, con desgrasantes muy finos, y fuego de cocción predominantemente oxidante, si bien también está representado el reductor y, en un caso, el nervio de cocción. Las decoraciones observadas son mayoritariamente aplicadas en relieve mediante la técnica de la barbotina, con motivos vegetales de hojas de hiedra o con agrupaciones de pequeños puntos ("perlas"). En un caso hallamos decoración de apretados y finos trazos verticales incisos, que forman una franja, y en otro una particular decoración espatulada que levanta el engobe rojizo aplicado sobre la superficie exterior creando un peculiar cromatismo de "bandas" grises sobre el mismo.

En cuanto a las formas presentes, domina la MAYET 37, con tres ejemplares, en tanto que la MAYET 36 y la MAYET 38 están representadas por un único ejemplar. Todas ellas son características de lo que MAYET, (1975:147-159) consideró como producciones de la Bética, iniciadas a partir de la época de Claudio, en coincidencia con el florecimiento de talleres provinciales de este tipo de cerámicas. El final de la producción de estos vasos parece claro a comienzos del s. II (MAYET, 1975; BELTRAN, 1990). Como veremos, la asociación de estas cerámicas de paredes finas con la *terra sigillata* hispánica nos permitirá fijar la cronología de varios contextos de este Corte NE/1.

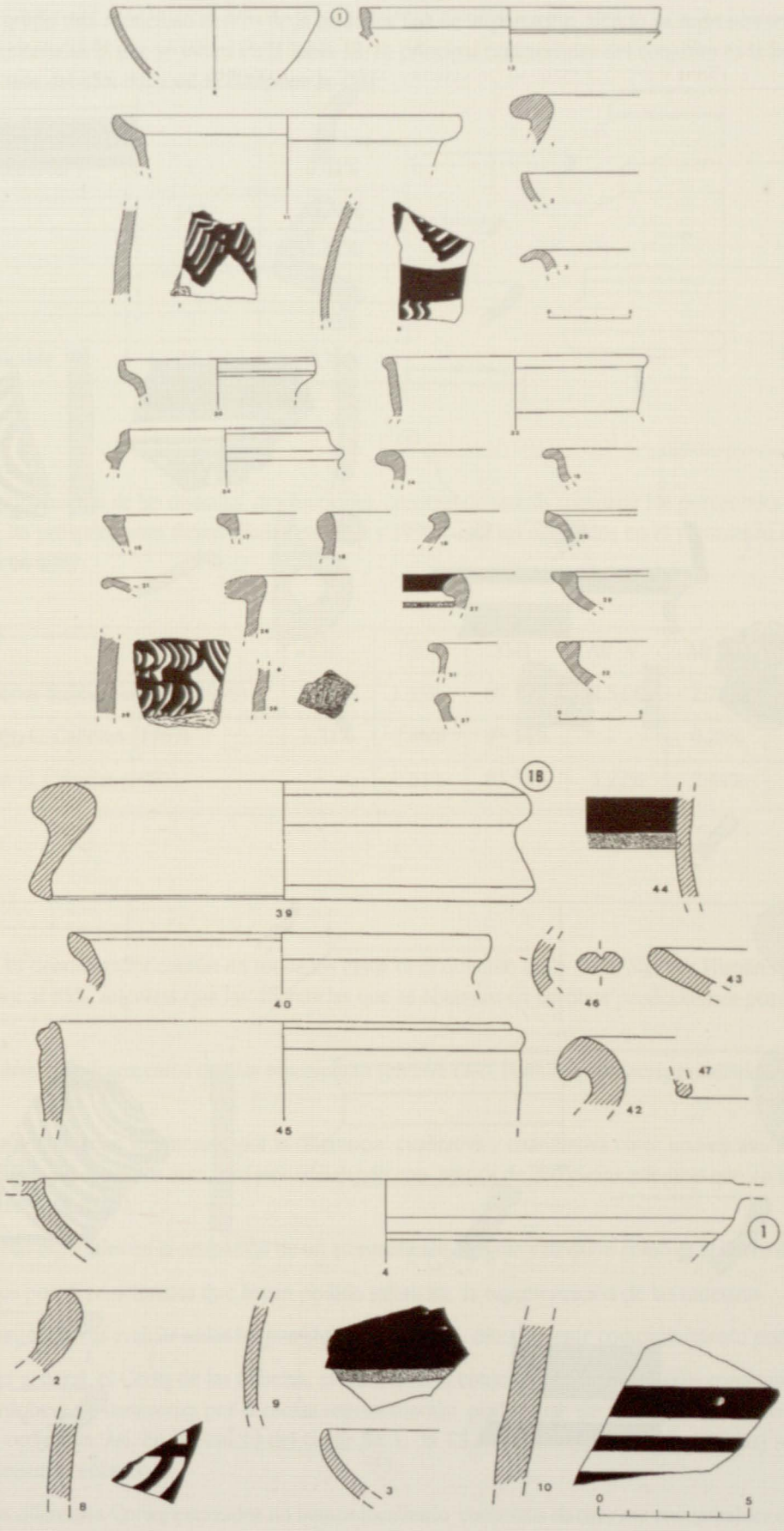


Figura 26 . Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Material cerámico de las UU.EE. 1 y 1B.

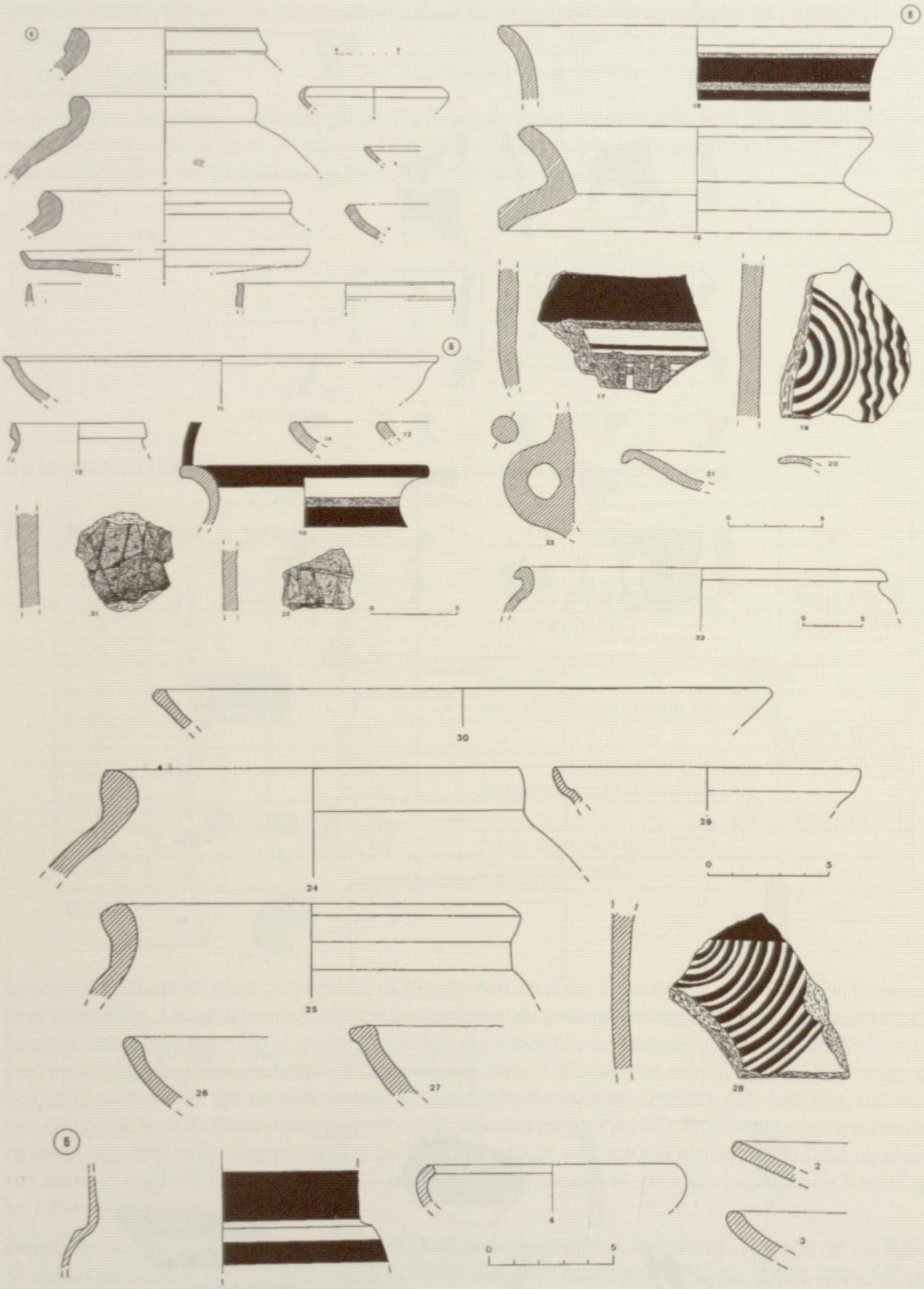


Figura 27. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/I. Material cerámico de la U.E. 6.

Terra sigillata.

Constituye el grupo más numeroso dentro de la cerámica fina de importación, siendo su representación en los distintos Cortes excavados la que se indica en la Tabla 18. La principal característica del conjunto es la homogeneidad, de modo que más del 85% del total lo compone la TSH:

TSG (marmorata)	1	0.61%
TSH	142	85.58%
Africana A	2	1.22%
Africana C	4	2.44%
Africana D	3	1.83%
No identificable	16	9.76%

Tabla 21.

Sobre el comportamiento de las distintas producciones, creemos de interés comparar los porcentajes con los de los resultados de las prospecciones desarrolladas en 1989 y 1990 y con los obtenidos en el yacimiento en la prospección realizada en 1989:

	TSI	TSG	TSH	Afr. A	Afr. C	Afr. D
Prospecciones Subbética (1989-1990)	0.76 %	1.33%	87.13%	2.54%	2.70%	4.23%
Prospección C. Cabezas (1989)	1.71%	2.28%	95.14%	-	0.28%	0.57%
Excavación C. Cabezas (1991)	-	0.61%	85.58%	1.22%	2.44%	1.83%

Tabla 22.

Como vemos, el denominador común en todos los casos es el dominio de la *Terra Sigillata* Hispánica, con un porcentaje superior al 85%, mientras que las diferencias que se observan en las otras producciones pueden explicarse por:

A. El escaso número de fragmentos que las representan (en este caso, la muestra no sería estadísticamente significativa).

B. En estrecha relación con lo anterior, por la diferencia cualitativa y cuantitativa entre una excavación sistemática y una prospección. En el primer caso, estamos trabajando con menos de 200 piezas mientras que en la prospección se han manejado casi 2.500.

C. Por diferencias espaciales en la ocupación de un asentamiento de gran extensión como es el Cerro de las Cabezas.

D. Por procesos postdeposicionales que hayan podido influir en la representación de las muestras.

En nuestra opinión, y tras evaluar todas las posibles explicaciones, este diferente comportamiento podría deberse a:

1. Con carácter general, el Cerro de las Cabezas, al igual que el conjunto de asentamientos contemporáneos de la Subbética cordobesa, se caracteriza por la escasa representación porcentual de las sigillatas dentro del total de producciones cerámicas. Así, en la Fase 10 del Corte NE/1, la T.S.H. (única especie documentada) sólo supone el 1.54%, del conjunto cerámico.

2. Como en los diferentes Cortes excavados no hemos localizado contextos claramente encuadrables en época julio-claudia, resulta imposible evaluar la incidencia de las producciones itálicas y gálicas en el Cerro de las Cabezas. Como máximo podemos decir que, a partir del material procedente de la prospección superficial de 1989, tanto la T.S.I. como la T.S.H. se presentan en una proporción aproximadamente doble a la registrada en el conjunto de

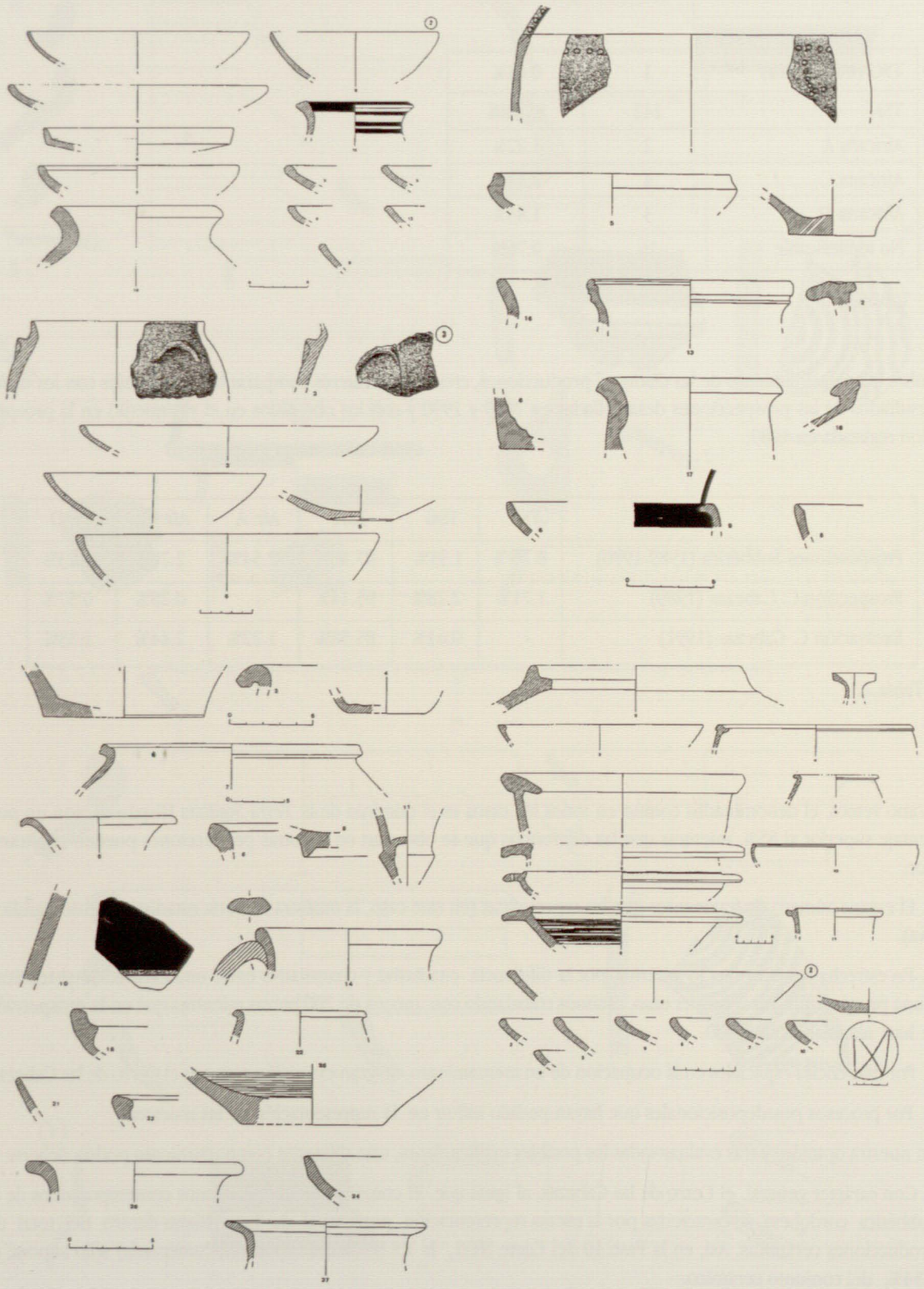


Figura 28. Cerro de Las Cabezas. Corte NW/1. Material cerámico de las UU.EE. 2 y 3.

T.S.I. como la T.S.H. se presentan en una proporción aproximadamente doble a la registrada en el conjunto de yacimientos prospectados entre 1989 y 1990. La razón de esto creemos que es clara:

A. Práctica inexistencia de asentamientos rurales encuadrables en la primera mitad del s. I (CARRILLO, 1992:234-235), o no comercialización, en esta red de poblamiento de cerámicas de importación.

B. En consecuencia, ya sea por una ausencia real de asentamientos rurales, ya por falta de poder adquisitivo de los ocupantes de los mismos, tanto la T.S.I. como la T.S.G. se concentrará en los núcleos urbanos de la comarca (Cerro de La Almanzora = *Sosontigi* y Cerro de Las Cabezas = *Illiturgicola*), desde los que se redistribuirá, a pequeña escala, a los poblados o aldeas situados en su área de influencia (VAQUERIZO-MURILLO-QUESADA, 1991:143).

3. Por lo que respecta a la cerámica africana, la diversidad cronológica de sus producciones obliga a una diferenciación:

3.1. Tanto la Africana A como la Africana C muestran unos porcentajes muy similares a los vistos para el conjunto de la Subbética. Las diferencias con respecto a los resultados de la Prospección de 1989 deben considerarse aleatorias.

3.2. En cambio, resulta más llamativo el bajo porcentaje de Africana D con respecto a los resultados globales de las prospecciones. Este comportamiento responde a dos razones principales:

A. El análisis de la cerámica de importación pone de relieve la profunda crisis del *municipium* de *Iliturgicola* a partir de un momento impreciso del s. IV, hasta alcanzar una magnitud que pudo desembocar en el total abandono del mismo, posibilidad a la que apunta la ausencia de documentación relativa al s. V.

B. Por otro lado, esto se inscribe en un fenómeno generalizado en todo el contexto comarcal del yacimiento, como es la transformación de las pautas de ocupación del territorio, con una crisis y paulatino despoblamiento de los núcleos urbanos *(Sosontigi, Iliturgicola, Ipolcobulcola)* y de la mayor parte de los poblados, el abandono de muchas *villae* (fenómeno ya observable desde el s. III), y el paralelo desarrollo y fijación de población (CARMONA BERENGUER, 1990) en aquéllas que consiguen sobrevivir (VAQUERIZO-MURILLO-QUESADA, 1991:145; CARRILLO, 1991:240), convertidas en residencias de un grupo de potentados que parecen los únicos capaces de acceder a esta cerámica de importación.

En cuanto a la tipología formal se refiere, son únicamente ocho los fragmentos que han podido ser adscritos a una forma determinada (4.76 % del total):

Grupo	Forma	Nº Ejempl.	% Formas	% Grupo
TSH	24/25	3	37.5	2.1
	27	1	12.5	0.7
	35/36	2	25.0	1.4
	37 A (dec.)	1	12.5	0.7
Africana D	Hayes 59	1	12.5	33.3

Tabla 23.

La procedencia contextual de estos fragmentos es la siguiente:

CORTE NE/1. U.E. 1 (1B): TSH: Forma 37A decorada.

CORTE SE/3. U.E. 5: TSH: 1 Frag. Forma 24/25, posiblemente de taller riojano. Africana C: 2 frags. Estos dos fragmentos plantean graves problemas en cuanto a su adscripción tipológica ya que ha sido imposible encontrar una forma similar. Ahora bien, las características del barniz -semibrillante y de color anaranjado- y, sobre todo, las de la pasta -muy granulosa- , nos inclinan a pensar, con un alto grado de certeza, que se trata de dos fragmentos de Africana C3, posiblemente pertenecientes a platos decorados con relieve aplicado. Esta adscripción tipológica supone un valioso elemento para la datación de este importante contexto -derrumbe de las posibles estructuras públicas del area SE- ya que la cronología asignada a la producción C3 se extiende entre los primeros años del s. IV y mediados del V mientras que los vasos de C3 con decoración de relieve aplicado se datan, *grosso modo*, en el s.IV (Atlante: 59 Y 156-157). Por todo ello, nos inclinamos a fechar el derrumbe y, por consiguiente, el abandono de esas estructuras, en un momento impreciso del s. IV.

CORTE SE/6. U.E. 1: TSH: Forma 35/36, más bien Forma 35. U.E. 2: Africana D1: Forma HAYES 59/LAMBOGLIA 51. Cronología: 320-400/420, según Hayes. Atestiguada en contextos del siglo IV en Piazza Armerina y Ventimiglia, en contextos de finales del siglo IV/ comienzos del s.V en Ostia y en contextos de los ss.IV-V en Cartago (Atlante: 82-83). U.E. 6: TSH: posible Forma 35/36; TSH: Forma 24/25. U.E. 9: TSH: FORMA 24/25; FORMA 27. Hemos de señalar que todos los fragmentos de TSH de estos contextos pertenecen al taller de Andújar y sus pastas son las características de la primera mitad del s.II. Como conclusiones generales al estudio de las sigillatas del Cerro de las Cabezas podemos indicar lo siguiente:

1. Los contextos en los que parecen asociadas la TSH y las paredes finas, que permiten datar las cosntrucciones de la zona NE y la planificación urbanística del yacimiento, según los datos analizados en las prospecciones y teniendo presente las características físicas de las producciones hispánicas, pueden datarse en el tercer cuarto del s. I d.C., es decir, *grosso modo*, a finales de la época julio-claudia e inicios de la flavia.

2. Se advierten unas diferencias espaciales significativas ya que en el área NE no aparecen fragmentos adscribibles a producciones africanas mientras que si bien los fragmentos de TSH están repartidos equitativamente (64 frags. = 45.07% en el área NE y 78 frags .= 54.93% en el área SE), las paredes finas se concentran en el área NE (45 frags.=64.28% en el área NE y 25 frags.=35.71% en el área SE).

3. La fecha de abandono -derrumbe- de las estructuras del Corte 3 del área SE puede situarse en el s.IV d.C.

CONCLUSIONES.

Lo limitado de los trabajos por el momento efectuados en el Cerro de las Cabezas obliga a que las conclusiones disponibles se circunscriban a determinados aspectos de la secuencia estratigráfica del *oppidum*, así como a la dinámica histórica general del mismo.

La primera ocupación hasta ahora detectada en excavación coincide con la construcción de la muralla (Fases III y IV) excavada en el Corte NE/1 y, posiblemente, con los restos de la estructura documentada en el Corte NE/4. Como ya ha quedado dicho más arriba, la muralla del Corte NE/1 apoya sobre una superficie constituida bien por la roca caliza, bien por la Unidad Sedimentaria 34/13 (Fase II), que hemos identificado como los restos de un paleosuelo de tipo protorrendsina.

Estas Fases anteriores a la muralla se han mostrado totalmente estériles desde el punto de vista arqueológico, con la excepción de un fragmento atípico de cerámica a torno hallado en la U.E. 13. De esta manera, la clave para la cronología de este sector de la muralla viene dada por la U.E. 29, formado al interior de la misma tras su erección. Dicha U.E. ha proporcionado un conjunto de material cerámico en el que las producciones fabricadas a mano representan un 30% del total, con ejemplares de superficies toscas y decoración incisa, impresa o plástica aplicada; constituyen el 70% restante cerámicas fabricadas a torno, de entre las que las decoradas suponen a su vez una tercera parte, con las típicas decoraciones bícromas y monocromas de bandas y círculos concéntricos, así como una notable representación de cerámicas grises (15,23% del total de cerámicas a torno).

A falta de items capaces de proporcionarnos una cronología más precisa, debemos servirnos de la correlación de este contexto cerámico con otros similares de entornos próximos para fijar su cronología, valorando la no presencia de determinadas producciones que consideramos significativas. En primer lugar, la ausencia de las típicas cazuelas bruñidas, presentes por lo demás en el propio Cerro de las Cabezas y en yacimientos próximos como Las Lagunillas

(Priego) o el Cerro del Castillo de Carcabuey (MURILLO-RUIZ, 1990), nos conduciría a un momento avanzado dentro del Orientalizante, lejano ya a los contextos de las primeras etapas del mismo, en las que estas producciones aún están presentes (MURILLO, 1991).

En idéntico sentido apunta el neto dominio de las cerámicas a torno respecto a las fabricadas a mano, con porcentajes que en la vecina Campiña y en el Valle Medio del Guadalquivir nos conducirían a un siglo VI avanzado. Las formas cerámicas con base plana, cuerpo de tendencia globular y reborde poco desarrollado, superficies no cuidadas y decoración incisa, impresa o plástica aplicada, tienen, en el mismo ámbito geográfico, una cronología centrada entre mediados del s. VII y mediados del VI, coincidiendo con el Orientalizante Pleno y Final de la Cuenca Media del Guadalquivir.

Lo mismo cabe decir de las cerámicas fabricadas a torno y decoradas con círculos concéntricos, en algún caso sobre un engobe de base, así como de las cerámicas grises, entre las que se cuentan algunos ejemplares de gran calidad.

En consecuencia, y tras el análisis del material cerámico recuperado en la U.E. 29, nos inclinamos a fijarle una cronología centrada en torno a la mitad del s. VI, de modo que este sector de la muralla quedaría fechado en un momento *ante quem*, siempre y cuando, claro está, consideremos una génesis normal para esta Unidad Sedimentaria, y no como resultado de un proceso de acarreo intencional de tierras. Las características de esta U.E. nos inclinan a rechazar tal posibilidad, impresión reforzada por la U.E. 24, que se le superpone y que hemos interpretado como fruto de la destrucción parcial del lienzo interior de la muralla tras un momento de uso de la misma y de sedimentación intramuros representada por el Estrato U.E. 29.

La cronología que propugnamos para este sector de la muralla septentrional del Cerro de las Cabezas puede ponerse en relación con la admitida para otras fortificaciones similares, tanto de Córdoba como del resto de Andalucía. En este sentido, los paralelos más cercanos que podemos argumentar los encontramos en el yacimiento cordobés de Torreparedones.

La complejidad del sistema defensivo de este asentamiento, que rodea un espacio amesetado superior a las 10 Ha. es notable. Constituye su base una típica muralla en talud reforzada a intervalos regulares por torres. En algunos puntos, y en especial en el flanco S., la altura de la fortificación supera los 6 m. De acuerdo con los datos proporcionados por la excavación de 1987 (CUNLIFFE-FERNANDEZ CASTRO, 1990), nos encontraríamos ante una muralla de "casetones", con un paramento exterior en ligero talud y otro interior que limitan un espacio central de 7 m. de anchura, compartimentado a su vez por otros muros perpendiculares a los anteriores y relleno con piedras pequeñas y tierra.

Al igual que en el Cerro de las Cabezas, estos paramentos se realizaron a base de bloques sin escuadrar y de lajas de piedra caliza, dispuestos en seco y en hiladas irregulares. Por otra parte, este Sector debió contar, ya desde el momento de su construcción, con bastiones rectangulares que en una segunda fase se reforzaron notablemente. Todas estas estructuras se alzan directamente sobre una simple nivelación del terreno, sin que se practicara ningún tipo de cimentación.

Su construcción viene fechada por las cerámicas del Nivel 21, al que los excavadores asignan una cronología de mediados del s. VI, y que muestran un contexto muy similar al de la U.E. 29 del Cerro de las Cabezas.

También en la provincia de Córdoba, destaca a nuestros propósitos el yacimiento de Ategua, donde BLANCO (1983) comprobó la presencia de una estructura defensiva de 2 m. de anchura, construida con grandes piedras sin escuadrar trabadas con barro. Según el excavador, apoyaba directamente sobre una delgada capa de tierra, sin zanja de cimentación. De aceptarse esta interpretación, la cronología de la muralla, situada al SW. del asentamiento, vendría determinada por la asignada al Estrato 8, que cubre las primeras hiladas de la misma. Entre el material arqueológico de este Estrato no aparecen cerámicas fabricadas a torno, lo que apuntaría a un momento del Bronce Final Precolonial para la construcción de la misma.

Sin negar en ningún momento la validez de esta interpretación, debemos señalar la existencia de ciertos indicios que podrían apuntar a una explicación alternativa. Así, a partir de la observación por el propio excavador de que la muralla se asentaba sobre una delgada capa de tierra arcillosa anaranjada, (BLANCO, 1983:126), idéntica a la del Estrato 8, cabría la posibilidad de considerar a ambos Estratos como integrantes de un único depósito formado con anterioridad a la construcción de la muralla, que en este sector se habría alzado sobre una zanja de fundación que habría cortado al Estrato 8, cuyo sedimento se habría vertido con posterioridad para rellenar el espacio resultante entre la muralla y las paredes de la zanja.

De aceptarse esta alternativa, serían los Estratos 7 y 6 los que pasarían a proporcionarían una fecha *ante quem* para la muralla: inicios del s. VII, en un contexto donde están ya presentes las primeras cerámicas fabricadas a torno.

Fuera de Córdoba, los paralelos más próximos para la muralla del Cerro de las Cabezas los encontramos en Tejada La Vieja (FERNANDEZ JURADO, 1987:95 ss.) y, en menor medida, en Puente Tablas (RUIZ,MOLINOS, 1989:407). La primera, muestra una estructura principal con paramento exterior en ligero talud a la que con posterioridad se le

adosan como refuerzo un segundo lienzo y diversos bastiones cuadrangulares, trapezoidales y circulares. El inicio de la edificación se fecha a finales del s. VIII, en un contexto dominado por las cerámicas fabricadas a mano, pero en el que ya hacen acto de presencia las primeras producciones a torno.

Por su parte, la muralla de Puente Tablas ofrece también rasgos similares a los advertidos en Fuente Tójar: estructura de mampostería con paramento a plomada al que se le adosa un segundo paramento en talud y bastiones o torres de refuerzo, levantadas sobre la roca natural excepto en la ladera meridional y oriental, en las que apoya sobre estratos del Bronce Final. Su cronología fundacional se sitúa en la primera mitad del s. VII, con una remodelación fechada en 580 a.C. (RUIZ *et alii*, 1991).

Consecuentemente, la fortificación excavada en el Cerro de las Cabezas se encuadra en un contexto histórico coincidente con el desarrollo y transformación de las sociedades "tartésicas" como consecuencia del contacto colonial fenicio.

Poco es lo que podemos discernir sobre el elemento de substrato a partir del cual se genera este proceso histórico, pues carecemos de contextos estratificados pertenecientes a estas etapas previas. No obstante, un conjunto de materiales descontextualizados procedentes tanto de hallazgos casuales como de nuestras propias prospecciones, nos pueden ayudar a la reconstrucción de los momentos previos a la erección de la muralla.

En La Mesa, amplio cerro amesetado situado a poco más de 2.000 m. al Oeste de Las Cabezas, se constata una ocupación que abarca, cuanto menos, desde el Neolítico Final hasta el Bronce Pleno *(cfr.* MURILLO, 1990). En un momento impreciso de la segunda mitad del II milenio debió producirse el abandono del viejo hábitat de La Mesa y su sustitución por el de Las Cabezas. Aquí, en efecto, las prospecciones superficiales demuestran la existencia de una ocupación que, a juzgar por los items presentes (Murillo, 1994) cabe situar en un momento temprano del Bronce Final, posiblemente anterior al documentado, dentro de la misma comarca, en el Cerro del Castillo de Carcabuey (MURILLO-RUIZ, 1990).

Tras la construcción de la muralla y la ocupación orientalizante, nos encontramos con un hiatus en el Corte 1 que abarca prácticamente toda la segunda mitad del I milenio a.C. Esta falta de niveles de ocupación correspondientes al Ibérico Pleno, documentada en todos los Cortes excavados durante la Campaña de 1991 plantea graves interrogantes, máxime cuando la necrópolis de Los Villarones-Los Torviscales (MARCOS-VICENT, 1983; VAQUERIZO, 1986), perteneciente sin ningún género de dudas a este asentamiento, se encuadra en esta etapa, así como numerosos materiales recogidos en la prospección superficial del yacimiento (VAQUERIZO-MURILLO-QUESADA, 1991). Será preciso, pues, aguardar a la realización de nuevas excavaciones para dar una respuesta satisfactoria a esta cuestión, que por el momento puede interpretarse de dos modos:

i. Durante el Ibérico Antiguo y Pleno se produce una reducción de la superficie ocupada del asentamiento, que queda relegado a una zona no sondeada durante la Campaña de 1991.

ii. La intensa actividad edilicia desarrollada durante época imperial romana supone la destrucción de las estructuras correspondientes al asentamiento ibérico, arrasando los niveles con ellas relacionados para edificar sobre los del Orientalizante (como es el caso de este Corte 1), o bien sobre la propia roca caliza (Cortes excavados en el Cuadrante SE.).

Sea como fuere, lo cierto es que la siguiente etapa constructiva (Fase V del Período C) supone una clara ruptura respecto a lo visto con anterioridad, perdiendo la muralla buena parte de su significado original, como lo prueba la construcción del Muro 36. Este viene fechado por la U.E. 20, que se le apoya y que sirve de base a las construcciones del Período D. El contexto material de este Estrato responde casi en su totalidad a época prerromana, aunque contamos con varios fragmentos de cerámica común romana y algunos de *tegulae.*

Sobre la muralla, la reparación del núcleo de la misma, que definen las UU.EE. 2 y 3 de 1-B, ofrece una cronología poco precisa dadas las remociones sufridas, de modo que la presencia de un fragmento de Paredes Finas y de dos de Sigillata Hispánica no es concluyente. En consecuencia, cabría incluir el conjunto de este Período C en un dilatado segmento temporal que incluiría tanto el Ibérico Tardío (el único fragmento de cerámica campaniense localizado en todo el Corte pertenece a la U.E. 3) como el inicio de la propia época Imperial.

Mayores son las garantías cronológicas que poseemos para el Período D, cuyas construcciones quedan fechadas con precisión gracias a la asociación -en cantidades significativas, aunque la mayor parte del material cerámico continúa siendo prerromano- de cerámicas de Paredes Finas y de Sigillata Hispánica, lo cual nos lleva a finales del s. I d.C.

La técnica edilicia experimenta una notable transformación, de la que se obtiene una clara visión si comparamos el aparejo del Muro de la U.E. 36 con el de la U.E. 15, que supone una refección de aquél. Aunque la interpretación definitiva de las estructuras de este Período no será posible hasta que se practiquen nuevas excavaciones en este Sector, todo apunta a considerarlas como fruto de una remodelación de la trama urbanística del poblado, en un momento -finales del s. I d.C.- que coincide con la promoción a *municipium de Iliturgicola*, en consonancia con la revitalización de la vida urbana provincial que supone la época flavia.

En este sentido, puede ser muy significativa la comparación del Cerro de las Cabezas con el Cerro del Minguillar, la antigua *Iponoba*. Si bien aún no contamos con la publicación definitiva de los resultados obtenidos en este yacimiento de Baena, sí disponemos de algunos avances (MUÑOZ AMILIBIA, 1977 y 1987) que permiten contemplar su desarrollo en consonancia con lo que estamos vislumbrando para el Cerro de las Cabezas.

La primera coincidencia que deseamos reseñar es la pervivencia de las pautas culturales autóctonas hasta momentos muy avanzados respecto a las fechas iniciales de la presencia romana en Andalucía *(cfr.* KEAY, 1997), o lo que es lo mismo, el tardío e incompleto proceso de romanización (MUÑOZ AMILIBIA, 1987:68), y la larga perduración de lo que podríamos denominar como Ibérico Tardío, fenómeno contemplado por nosotros mismos para el conjunto de la Subbética (VAQUERIZO-MURILLO-QUESADA, 1991:139 ss.) y del que puede resultar paradigmático el Cerro de la Cruz de Almedinilla (VAQUERIZO-QUESADA-MURILLO, 1991:191).

Frente a esta situación, la época Flavia supone un interesante punto de inflexión (*cfr.. v. gr.* ABASCAL-ESPINOSA, 1989) que queda plasmado en la concesión del estatuto jurídico municipal a la mayor parte de las antiguas comunidades indígenas con una vida urbana consolidada a lo largo de varios siglos, y de las que tanto *Iponoba* como *Iliturgicola* son buenos ejemplos.

Y así llegamos a la segunda coincidencia que queríamos resaltar para dos ciudades próximas como las que aquí nos ocupan: la importante actividad edilicia que acompaña a esta promoción. En el Cerro de las Cabezas resulta evidente a tenor de los sondeos efectuados en los Cuadrantes NE. y SE., en tanto que en El Minguillar la intuimos a partir de un hecho que consideramos tan significativo como la ampliación de la ciudad más allá del recinto amurallado (MUÑOZ AMILIBIA, 1987:64), en línea con la reestructuración y transformación funcional que en la misma época flavia se constata en otros muchos asentamientos de la Campiña Alta de Jaén (RUIZ RODRÍGUEZ *et alii*, 1992).

Por otra parte, la estructura de habitación publicada del Cerro del Minguillar (MUÑOZ AMILIBIA, 1987:65) muestra importantes paralelos con la contemporánea del Corte 1 del Cerro de las Cabezas (planta, aparejo, dimensiones de los muros, ubicación de los vanos, disposición de las estancias a distintos niveles que se salvan mediante umbrales...), y ambas a su vez suponen una cierta continuidad respecto a la arquitectura doméstica prerromana (plantas, adaptación a la topografía, construcción sin zanjas de cimentación, zócalos de piedra y alzados de adobe o tapial), aunque esto no debe sobrevalorarse dado el carácter ecléctico de la arquitectura romana, en especial por lo que respecta a la doméstica, y la constatación de un factor fundamental, por lo que tiene de innovador, como es el empleo de *tegulae* para las cubiertas.

Una última cuestión relacionada con lo que venimos tratando es la planteada por el espacio pavimentado y delimitado por un pórtico parcialmente excavado en la parte superior del Cerro de las Cabezas. Su carácter público y descubierto, a modo de plaza, nos parece evidente, presentando claras concomitancias con estructuras similares exhumadas en Cerro Maquiz (ARTEAGA, 1989), *Celti* (KEAY *et alii*, 1993), *Singilia Barba* (SERRANO *et alii*, 1991) o Gil de Olid (RUIZ RODRÍGUEZ *et alii*, 1992).

EL CERRO DE LA CRUZ (ALMEDINILLA, CORDOBA).

EL CERRO DE LA CRUZ. LOCALIZACIÓN GEOGRÁFICA.

El hoy denominado "Cerro de la Cruz" se ubica en el término municipal de Almedinilla, Córdoba (M.T.N. E: 1/50.000, Hoja 990: Alcalá la Real; Coordenadas: 37º 26' 17" N; 0º 24' 17" W), en el área geográfica de la Subbética Cordobesa -que se continúa como unidad geográfica en territorio actual jiennense y granadino-, casi en el límite actual de Córdoba con las provincias de Jaén y Granada, y se caracteriza por ocupar uno de los típicos anticlinales calizos que configuran la orografía de esta zona, especialmente rica desde el punto de vista arqueológico y bien diferenciada en este sentido del mundo de la Prebética y la Campiña, donde, pese a la no proliferación de excavaciones, es posible intuir unas líneas culturales diferentes (MURILLO *et alii*, 1989).

Constituye la cima de un espolón calizo de forma aproximadamente triangular, en el que las vertientes Norte y Oeste presentan una pendiente abrupta en extremo, que dificulta mucho y en algunos puntos hace casi imposible el acceso, mientras las laderas meridional y oriental resultan mucho más accesibles y dan lugar a collados poco profundos. Esta dualidad se aprecia con bastante claridad en su perfil topográfico, que deja ver una fuerte caída sobre el río Almedinilla, frente a la suavidad de acceso por el Este (Fig. 30). Es en realidad una ubicación prototípica para un poblado ibérico (LILLO CARPIO, 1981, 12 ss.), a la vez que cumple un buen número de las condiciones que se presuponen para este tipo de yacimientos:

*Facilidad de defensa derivada de las pendientes naturales, contando al tiempo con un acceso relativamente practicable a ser posible por un sólo punto (a este respecto, por el Norte ofrece una ladera muy abrupta -pendiente inferior al 65%, asequible a individuos a pie (GONZALEZ-TABLAS, ARIAS, BENITO, 1986, 125-126)-, mientras la Sur, precisamente donde se ubica el poblado, se puede calificar de accesible -pendiente inferior al 33%, practicable por caballerías con jinetes (GONZALEZ-TABLAS, ARIAS, BENITO, 1986, 125-126-)

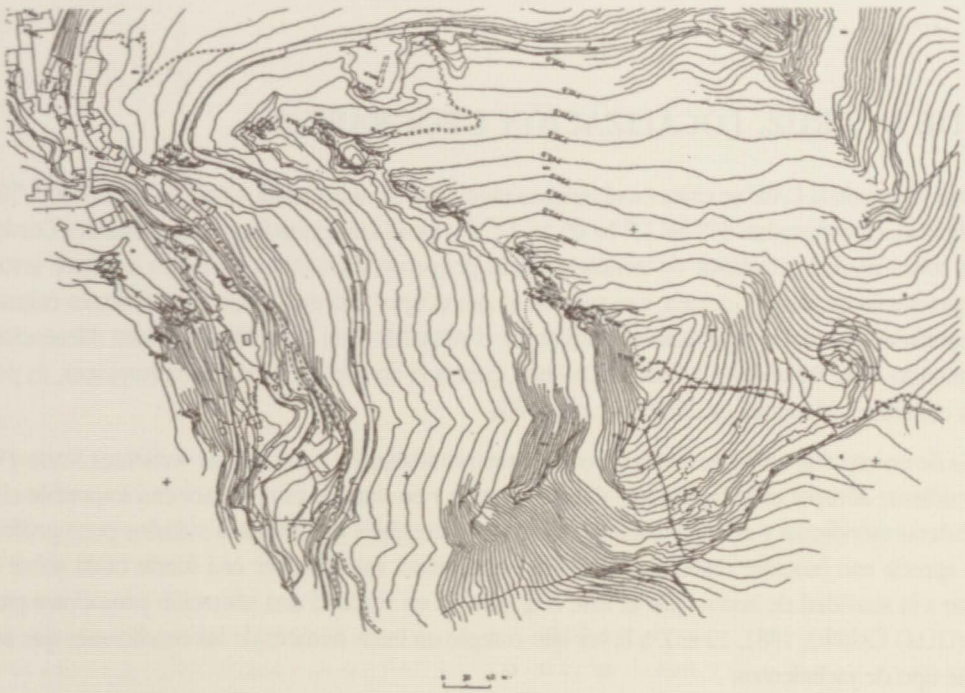
*Amplia visibilidad y control sobre el territorio circundante, hecho que viene facilitado por su considerable altura (952 m.) y su localización privilegiada, desde el punto de vista geográfico, en el marco de la Depresión Priego-Alcaudete.

*Aprovisionamiento de agua asegurado y fácil en las proximidades. Ya en el capítulo correspondiente, al hablar de la red hidráulica de la zona, pudimos comprobar que el curso del río Almedinilla -en este punto estrechamente encajonado en el desfiladero que conforman el Cerro de la Cruz y la Sierra de Albayate-, si bien experimenta períodos de máximos y mínimos, se mantiene durante todo el año, asegurando un fácil abastecimiento de agua -e incluso de pesca en su momento- a las gentes que viven en sus proximidades. No obstante, y por si este recurso pudiera haber fallado, es preciso contar con la enorme cantidad de manantiales o fuentes naturales existentes en la zona, favorecidas por el relieve de tipo kárstico y capaces de abastecer a importantes núcleos de población sin experimentar mermas significativas.

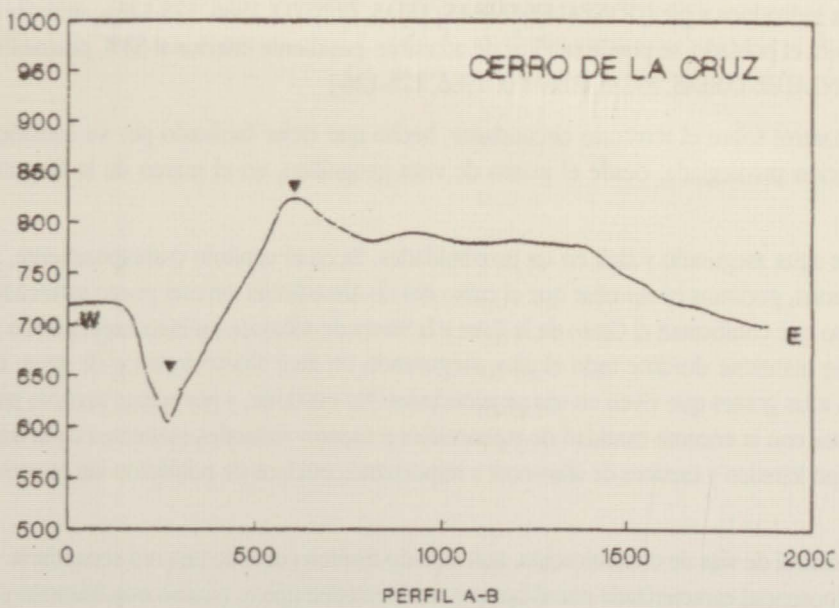
*Tierras cultivables y control de vías de comunicación, aun cuando formen parte de una red secundaria. En este sentido, a una vegetación potencial caracterizada por el bosque mediterráneo típico, mucho más húmedo y fértil que el actual, tanto a nivel agrícola como ganadero o cinegético, es preciso añadir la feraz vega que se extiende a uno y otro lado del río y que ha condicionado el hábitat incluso hasta nuestros días, destacando sobre todo por su riqueza en frutales y hortalizas.

En lo que atañe a las vías de comunicación, es un aspecto que discutimos ya en su momento: en los itinerarios antiguos no existen datos fidedignos que hagan pasar por este punto ruta importante alguna; aún así, no nos cabe duda

de que la zona, merced especialmente a su propia localización geográfica, ocupó un puesto importante en las comunicaciones entre las costas malagueñas y el interior -además de aquella red de caminos que debió estructurar los contactos entre poblaciones vecinas-. Prueba de ello sería la simple elección de la vega del río en las proximidades del Cerro de la Cruz para la ubicación, en un momento mucho más tardío, de la Villa de El Ruedo, que, de acuerdo con la más estricta ortodoxia aplicada para la construcción de este tipo de instalaciones, debía contar en sus proximidades con alguna vía relativamente importante que le asegurara las comunicaciones y la salida para sus productos agrícolas.



1



2

Figura 30. Cerro de La Cruz.
1.- Levantamiento fotogramétrico, en el que aparece acotada la zona ocupada por el hábitat ibérico.
2.- Perfil topofráfico.

EL CERRO DE LA CRUZ. SU DELIMITACIÓN COMO YACIMIENTO.

De acuerdo con una valoración estrictamente subjetiva, basada en un cálculo visual, el yacimiento ibérico ubicado en el Cerro de la Cruz parece ocupar una extensión evaluable en unos 30/40.000 m^2 y, al menos en superficie, no conserva restos de murallas ni estructuras defensivas o de hábitat que se puedan remontar a época ibérica. Se halla cubierto en su mayor parte de quercinias y retamas, si bien el olivar ha avanzado bastante por su ladera Sur y, en general, se dispone siguiendo las líneas de pendiente, por lo que constituye un típico poblado en ladera.

Su visibilidad es bastante amplia en todas direcciones, pero en especial hacia el Norte (dirección en la que se divisa, entre otros, el gran yacimiento de Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar), el Oeste (se domina buena parte de la vega de Priego -incluyendo el nícleo de población actual. y se observa sin dificultad en días claros el Cerro del Castillo de Carcabuey) y el Sur (Valle del Almedinilla y pasos naturales hacia la Vega de Granada a través de las sierras).

No obstante, y como bien hemos insinuado más arriba, este tipo de poblados plantean a menudo el arduo problema de determinar su extensión; de hecho, en el caso que nos ocupa, si bien no hay duda en relación con los límites Norte y Oeste, la suavidad de las vertientes Sur y Este, unida al inevitable arrastre de materiales de las zonas altas a las bajas y a la aparente ausencia de fortificaciones, hace difícil fijar unos límites precisos en estos puntos.

En lo que se refiere al lado oriental, el poblado finaliza sin duda en el espolón situado más al Este, a partir del cual la pendiente se hace excesivamente acusada y las arroyadas en caso de lluvia tremendamente destructivas. En este espolón hemos documentado además algunos fragmentos de cerámica a mano que podrían estar indicando una ocupación preibérica, aún por definir en su verdadera entidad.

Mucho más problemática resulta la delimitación del yacimiento por el Sur. Nuestras excavaciones de 1985 vinieron a demostrar la que hasta entonces definida como muralla (FORTEA, BERNIER, 1970), determinada por un fuerte aterrazamiento en la ladera del cerro, se corresponde en realidad con un abancalamiento moderno, si bien la cosiderable limitación del tramo excavado (3 m.), nos impide rechazar de forma tajante el hecho de que en cualquier otro punto esta terraza pueda apoyar o corresponderse con la base o los restos de la muralla ibérica. Por otra parte, un sondeo que realizamos al Sur de la misma con motivo de la campaña de 1989 sólo proporcionó restos muy arrasados de la cimentación de un gran muro con piedras de hasta 1 m. de longitud, calzado directamente sobre terreno virgen. Otro corte abierto algunos metros más al Sur ya no documentó estructura alguna; sólo materiales de arrastre, por lo que es posible que nos encontremos realmente en los límites meridionales del poblado.

Pese a todas estas consideraciones, durante la campaña de 1989 decidimos realizar además una prospección intensiva y minuciosamente controlada de esta ladera, con objeto de documentar con precisión la dispersión de materiales de superficie hasta el cambio de vertiente que se detecta al sur del yacimiento, coincidiendo con el curso de un arroyo estacional y en las proximidades de la ya agotada necrópolis de Los Collados, así como su posible relación con ciertos restos arquitectónicos monumentales que, de acuerdo con informaciones reogidas en la localidad, aparecen en las proximidades de un punto de agua situado junto a la vaguada.

El terreno prospectado (Fig. 31) abarca un área rectangular de unas 2'8 Has. y está cubierto en toda su superficie por cultivo de olivar, con lo que la remoción de tierras es homogénea. Planteamos la prospección basada en diez vectores con dirección aproximada N-S, que cubrieron toda la ladera del Cerro desde la verja de cerramiento hasta el cambio de pendiente, incluyendo un pequeño tramo de contrapendiente. La separación entre vectores fue de 15 m. y se recogió todo el material exclusivamente en la línea de marcha. Todos los miembros del equipo tenían una experiencia de prospección similar (salvo el caso del vector 10) y el material se recogió en una sola tarde, con el sol poco intenso y caminando encorvados. Cada 20 m. se cerraban las bolsas, en la idea de documentar con la máxima exactitud los cambios en el comportamiento del material a distancias progresivamente alejadas del núcleo central del yacimiento.

Recogimos un total de 9.156 fragmentos cerámicos, lo que nos puede proporcionar una rápida idea sobre la densidad de restos en superficie. El comportamiento coherente entre los distintos vectores (los picos e inflexiones no aparecen en vectores aislados, sino que aparecen siempre en relación con los contiguos -a excepción quizá del vector 10-), indica la ausencia de una distorsión importante que podría haber venido definida por muestra y prospectores distintos.

De acuerdo con este patrón general de resultados, contamos con datos para realizar una primera lectura: en la zona central de la ladera -ya en la parte baja del cerro de suave pendiente- aparece una gran concentración de material (hasta 480 fragmentos cerámicos, recogidos por un sólo prospector en una línea de 20 m.) que se mantiene a lo

largo de unos 60 m. A partir de este punto, en todos los vectores y en una extensión de terreno similar, observamos una disminución del material que, no obstante, sigue siendo especialmente frecuente en los vectores 6 y 9. En la zona de vaguada aumenta de nuevo la cantidad de cerámica, si bien es en los vectores 8 y 9 donde lo hace con más intensidad, precisamente cerca de la fuente moderna y en el área donde, de acuerdo con nuestras referencias, se documentan restos de estructuras al azar. Finalmente, en el último tramo, ya en la otra vertiente -al Norte de la necrópolis de Los Collados- y caminando cuesta arriba, el número de fragmentos disminuye de manera readical hasta casi desaparecer.

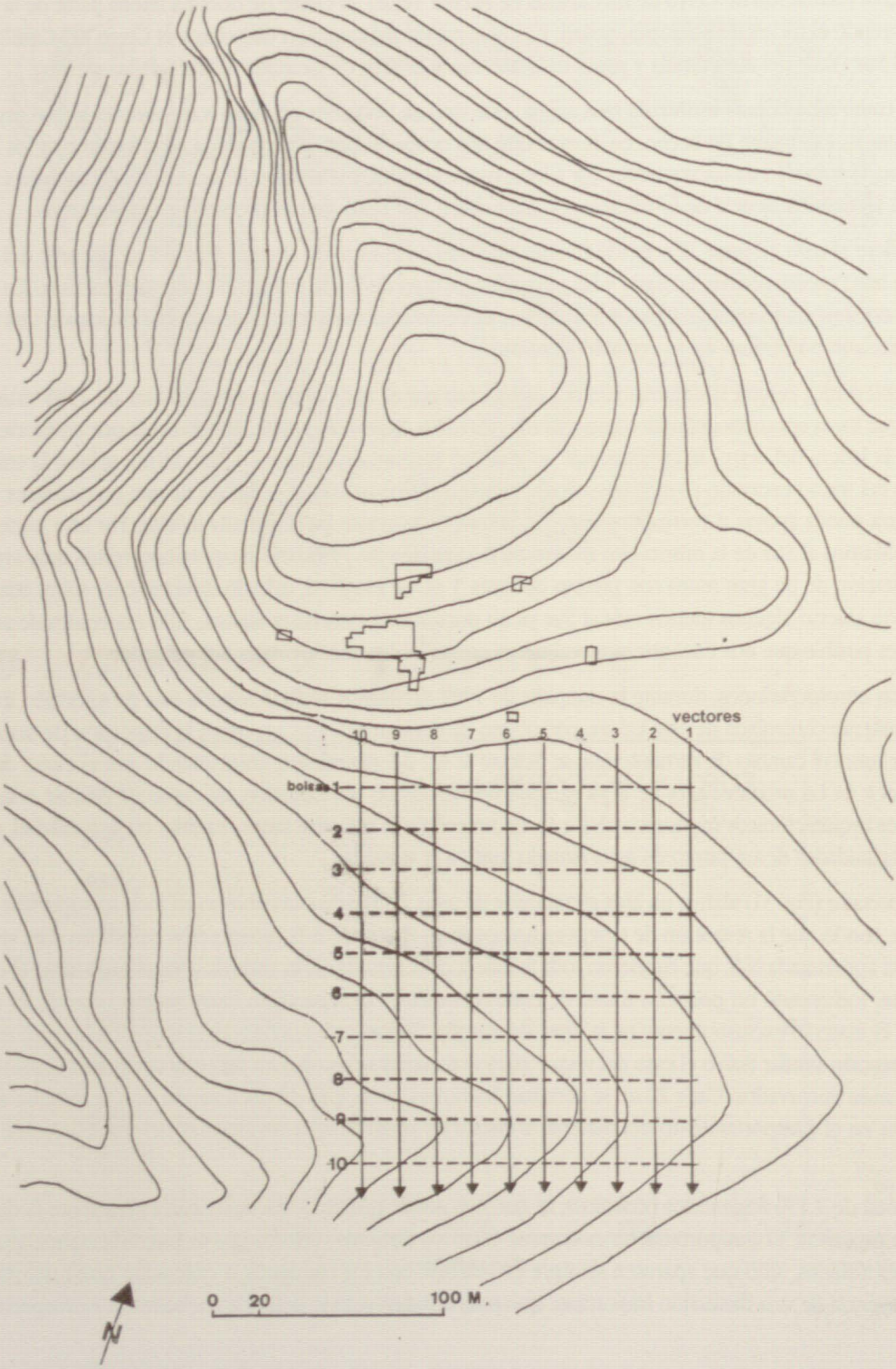


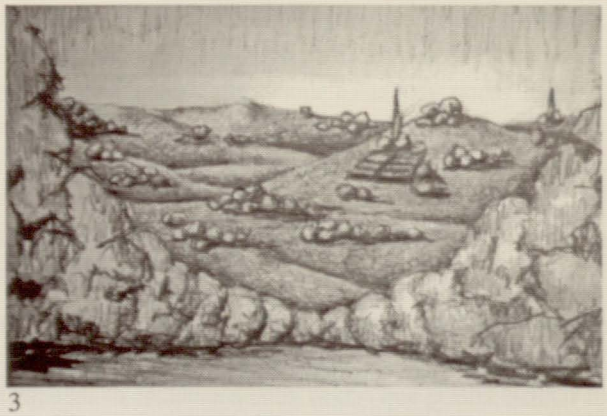
Figura 31. Cerro de La Cruz.
Localización de la zona objeto de prospección intensiva.

Si introducimos en el análisis anterior la consideración del grado de erosión observado en la cerámica, comprobamos que es precisamente en la zona primera de mayor concentración de cerámica a que antes hemos aludido (primeros 60 m. en los vectores 6-9) donde los fragmentos colectados aparecen menos rodados, aumentando su porcentaje de erosión ladera abajo y, de manera especial, en la contrapendiente. Sólo en las líneas que marcan los vectores 7-9 (donde se recoge mucho más material) parece que éste se halla menos erosionado. En un estudio similar referido al tamaño de los fragmentos entran muchas variables, que incluyen el tamaño y tipo del vaso original, así como la acción del arado; sin embargo, sus resultados no difieren muchos de los que acabamos de comentar en relación con el grado de erosión.

En lo que a la cronología de los materiales recogidos se refiere, en su mayor parte se trata de cerámica a torno "ibérica", en principio relacionable con tipos de cronología baja similares a los hallados en la excavación del poblado, con una baja proporción de fragmentos pintados. La cerámica a mano resulta muy escasa y atípica, lo mismo que la medieval. Hallamos 6 fragmentos de cerámica campaniense A, todos ellos muy pequeños y rodados; tres se documentan en la zona de máxima concentración del material y otros tres junto a la vaguada, el segundo punto donde

1

2



3

Figura 32. Cerro de La Cruz.
1.- Localización geográfica, junto al curso del río Caricena-Almedinilla.
2.- Ladera Sureste, donde se ubica el asentamiento, desde Los Collados.
3.- Recreación ideal del poblado desde la misma perspectiva (Dibujo: E. Artacho)

recogemos un mayor volumen del mismo. Del mismo modo, hemos podido retirar otros seis fragmentos de *Terra Sigillata Hispanica*, todos galbos de pequeño tamaño, no siempre rodados, que documentan así, por primera vez, una presencia romana altoimperial en esta zona, presencia que podría venir confirmada por algunos restos de *tegulae* también recogidos en la zona y, sobre todo, por algunos de los materiales que nos ha legado Maraver como fruto de sus excavaciones.

En este sentido, lo más interesante no es tanto el número de los fragmentos -proporcionalmente mínimo-, sino su misma presencia y, en particular, su área de dispersión. Hasta el momento, no hemos documentado nunca *terra sigillata* en el cerro propiamente dicho -al interior del bancal que hemos descrito más arriba-, ni en los más de 600 m^2 intervenidos por nosotros, y, sin embargo, en una zona reducida al sur de la última terraza aparecen superficialmente 6 fragmentos, que se agrupan por tanto en el sector de mayor concentración proporcional del material cerámico.

Por último, la cerámica vidriada -algún fragmento medieval, la mayoría moderna- aparece dispersa en las áreas de más densidad de materiales; se observa su ausencia en el sector donde hemos hallado la *sigillata* y, por fin,se constata de nuevo de nuevo en la parte baja. Todos los fragmentos son pequeños y rodados.

De acuerdo con toda esta información, podemos extraer una primera hipótesis de trabajo, que deberá ser eventualmente contrastada por otros medios. El poblado ibérico de baja época ubicado en el Cerro de la Cruz podría ocupar una extensión estimada en torno a las 3/4 Has., con un urbanismo bastante denso, sin apenas espacios entre las edificaciones, a juzgar por los resultados de nuestra intervención -que presentaremos inmediatamente- y por las estructuras visibles en muchas de las excavaciones clandestinas que han afectado a las terrazas centrales del yacimiento.

Queda como zona problemática el área meridional donde, de acuerdo con los resultados de la prospección, cabe suponer la existencia de dos pequeños asentamientos. El primero de ellos localizado junto al gran muro de aterrazamiento, con una extensión aproximada de 0'5 Has. o menor y un material abundantísimo, compuesto por fragmentos grandes y poco rodados. A tenor de la presencia en este punto de las cerámicas romanas descritas más arriba - *terra sigillata, tegulae* -, pensamos que en algún momento de los siglos I-II d.C este lugar recibe además un pequeño asentamiento rural romano, junto al antiguo poblado ibérico pero en zona baja, donde las ruinas o los escombros aún visibles no obstaculizarían el desarrollo normal de la vida cotidiana.

El segundo de los puntos ocupados se localizaría junto a la vaguada y el punto de agua, donde el volumen de cerámica se hace mucho mayor y se documenta también cerámica campaniense. Aquí pudo existir alguna edificación -que no parece ocupar más de 1.000 m^2-, relacionada o no directamente con el poblado o el agua, sobre la que por el momento nada podemos añadir; su documentación constituye uno de los objetivos básicos de cara a las nuevas campañas de trabajo que hubiéramos querido realizar en el Cerro de la Cruz.

Por último, la práctica ausencia de materiales en la contrapendiente situada frente al poblado parece confirmar que no existe asentamiento alguno en este punto; tan sólo tenemos referencia de la necrópolis de Los Collados, localizada algo más arriba, y tan esquilmada que no consideramos extraña la falta casi absoluta de cerámicas en superficie.

EL CERRO DE LA CRUZ. LAS CAMPAÑAS DE EXCAVACIÓN.

La campaña de 1985.

Ante la no existencia de excavaciones arqueológicas practicadas de forma sistemática en el Cerro de la Cruz, así como de cualquier otra referencia estratigráfica que pudiera servirnos de base para correlacionar el lapso cronológico de utilización de las necrópolis ibéricas documentadas con las fases de habitación del poblado, nuestro planteamiento para la campaña de 1985 se centró básicamente en la consecución de un objetivo primordial: intentar obtener una secuencia estratigráfica completa y coherente que nos facilitara la interpretación del conjunto total de materiales.

De esta manera, tras una prospección minuciosa del área arqueológica excavable elegimos para nuestra intervención dos terrazas aparentemente naturales y contiguas que, además de una columna estratigráfica, pudieran proporcionarnos un marco comparativo de las estructuras o materiales exhumados en una y otra.

Como ya hemos indicado, el yacimiento ha sido brutalmente saqueado en los últimos años, utilizando para ello una pala excavadora mecánica. Estas acciones habían dejado al descubierto ya para entonces varias estructuras de adobe de extraordinaria entidad en dos de las terrazas centrales del poblado. Ante este hecho, y dada la falta de restos superficiales que pudieran asegurarnos el éxito de los trabajos, elegimos este punto para un sondeo estratigráfico que, con el tiempo, daría lugar a una intervención en área, configurando lo que a efectos metodológicos denominamos "Sector Central".

No obstante, presumiendo que en esta zona los resultados podrían verse considerablemente mediatizados a causa de los destrozos ocasionados por la acción del bulldozer, abrimos de manera simultánea un corte de 5x5 m. en una terraza inferior sin huellas de saqueo o intervención clandestina que posteriormente quedaría integrada en el mismo Sector que los Cortes anteriores.

Desde un primer momento, la excavación fue planteada de acuerdo con el sistema convencional de cuadrículas, de 5x5 m., orientadas -26º 30' respecto al Norte magnético. También desde el principio, hasta la realización de la fotogrametría final, los levantamientos topográficos y estudios cartográficos han corrido a cargo de un equipo de la E.T.S.I.A.M. de Córdoba, dirigido por M. SANCHEZ DE LA ORDEN y A. GARCIA-FERRER.

En total, durante esta primera campaña excavamos unos 70 m^2, pero en la terraza Norte, una vez dibujadas y fotografiadas la totalidad de las estructuras exhumadas, el carácter extremadamente perecedero de los materiales constructivos, así como la inestabilidad y la falta de presupuesto necesario para la consolidación, nos llevó a cubrirlas de nuevo, buscando evitar de esta manera su inmediato deterioro, natural o por causas antrópicas.

La campaña de 1987.

Pese a la gran aportación que suponían los primeros resultados obtenidos en la excavación del Cerro -objeto de una primera monografía que supone una simple aproximación a la problemática planteada por el yacimiento (VAQUERIZO, 1990b)-, el conocimiento de que disponíamos sobre la estructura del poblado seguía siendo excesivamente parcial y, por este motivo, decidimos plantear su excavación en extensión. Nos guiaron como argumentos básicos en la consecución de este objetivo la falta de estudios similares en la región andaluza -donde hasta hace pocos años los trabajos arqueológicos se han centrado casi exclusivamente en la obtención de secuencias estratigráficas, mediante la apertura de áreas muy localizadas- y la necesidad de conocer en profundidad un poblado que, hasta el momento, era renombrado tan sólo por la excepcional riqueza de su necrópolis. Por otra parte, sabíamos ya -al menos, parcialmente- de su funcionamiento estratigráfico y esto nos permitía plantearnos ahora su conocimiento en extensión, buscando la interpretación urbanística de su planta y funcional de sus espacios.

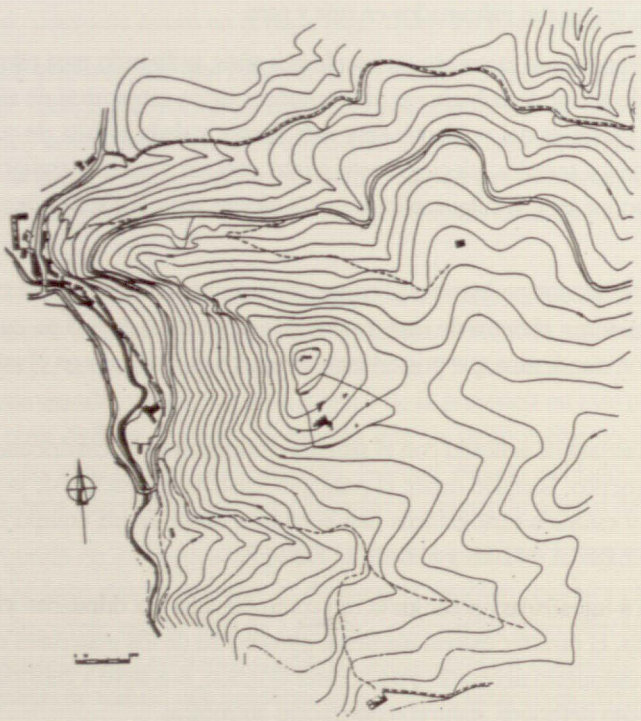
De acuerdo, pues, con estos planteamientos, la campaña de 1987 fue orientada de cara a la excavación de la mayor superficie posible del poblado y, para ello, elegimos de nuevo las dos terrazas intervenidas en 1985, con el fin de aprovechar los datos disponibles y la ventaja aparente que suponía su escalonamiento, hecho que podría facilitar la documentación de algún espacio público o de los sistemas de acceso utilizados.

Comenzamos por integrar la zona elegida en la cuadrícula general, marcando un Sector de 30x30 m. que incluía los dos Cortes abiertos en 1985. Posteriormente, lo dividimos en cuadrículas de 5x5 m. y fijamos las cotas reales en relación con un Punto 0 general localizado en la cota real 800'45 m.s.n.m. Fijamos dichas cotas parciales en los ángulos

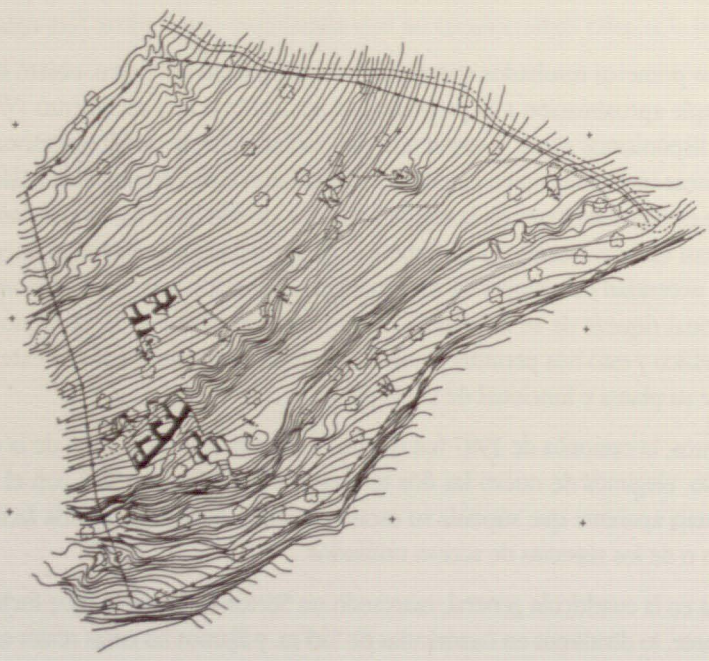
de cada una de las cuadrículas, labor de gran importancia para nuestro trabajo posterior, debido al enorme desnivel que presenta la ladera del cerro.

Tanto en esta campaña como en la anterior la excavación fue practicada en horizontal, mediante capas artificiales y atacando de forma individualizada los estratos naturales. Siempre que cualquier variación en el Corte así lo exigía, levantamos un plano horizontal, facilitando de esta manera el estudio final de conjunto mediante su superposición. Las cotas fueron tomadas de acuerdo con las coordenadas x, y, z, reflejándolas en la planimetría en relación con el Punto 0 general.

En total, excavamos unos 200 m², estructurados en dos grandes zanjas de 15x5 m. en sentido N-S, unidas por otro Corte de 10x5 m.



1



2

Figura 33. Cerro de La Cruz.
1.- Planimetría general del Cerro.
2.- Localización de las áreas excavadas.

La campaña de 1989.

Pretendimos con esta campaña -continuando así un criterio que ya aplicamos para la intervención de 1987- avanzar más allá del corte o sondeo estratigráfico, excavando en áreas lo suficientemente amplias como para plantear estudios contrastados sobre aspectos urbanísticos y distribución de los espacios en un poblado ibérico de baja época que, además, por las circunstancias concretas de su destrucción, nos permitió recuperar algunas dotaciones domésticas completas, con la importancia que ello entraña para los estudios de carácter microespacial.

Constituye, en cualquier caso, un objetivo de particular interés por el vacío que en relación con este tipo de asentamientos existe en Andalucía, de manera que el conocimiento en profundidad del urbanismo y problemática estructural de un poblado como el que nos ocupa, ubicado en una zona con entidad geográfica propia como es la Subbética, tan diferente del mundo de la Campiña y límite entre las tierras bajas regadas por el Guadalquivir y las altiplanicies jiennenses y granadinas, desborda la propia problemática comarcal para afectar a toda la región.

Tras los resultados obtenidos en la campaña de 1987 habían quedado planteados una serie de problemas arqueológicos que abarcaban dos categorías: por un lado, los referentes al conjunto global del yacimiento (confirmación de la cronología de baja época; localización de posibles asentamientos más antiguos; determinación de la superficie del poblado; organización urbanística del mismo e interpretación funcional de los espacios, etc.), básicos para una interpretación general; por otro, interrogantes concretos relacionados con áreas o estructuras específicas (excavación de algunos espacios que habían sufrido importantes alteraciones antrópicas tras su parcial exhumación en 1987; resolución de problemas planteados por la propia disposición urbanística del poblado; delimitación estructural de calles o espacios públicos; etc.).

De acuerdo con todas estas consideraciones, en la campaña de 1989 planteamos nuestra intervención de la manera siguiente:

* El área excavada entre 1985 y 1987 pasa a denominarse "Sector Central", realizando en él las siguientes actuaciones:

- Excavación de G15, con objeto de finalizar la documentación de la estancia p.
- Intervención en la estancia ñ (G15), exhumada por completo e integrada con las estructuras constatadas durante la campaña de 1985, que a efectos de poder ser fotografiadas en conjunto, así como filmadas en video, son vaciadas de nuevo.
- Limpieza y documentación de G13, área de unos 25 m² destruida por la actuación incontrolada de un excavador clandestino.
- Excavación de E13-E14, buscando finalizar el seguimiento del Muro 25, cerrar por el sur todas las habitaciones al Norte de dicho muro (o, q) y confirmar o desmentir la existencia de un callejón paralelo al mismo por su cara meridional.

* 25 m. al NE del Sector Central abrimos el que denominamos "Sector Norte", de superficie sensiblemente menos pendiente que aquél. No pudimos plantear la excavación de sector alguno más al N por hallarse el terreno completamente alterado por sistemas de trincheras excavadas durante la Guerra Civil.

* El límite meridional del Sector Central aparece señalado por una terraza que marca un desnivel de 6/8 m. hasta la siguiente, casi completamente destruida pero donde, de acuerdo con informaciones recabadas entre los propios clandestinos, se han recuperado materiales de extraordinaria entidad, así como estructuras arquitectónicas en excepcional estado de conservación. Por ello, y para ayudar a determinar límites y cronología del poblado, planteamos abrir un nuevo área, "Sector Sur", donde abrimos un par de cortes en una de las escasas zonas no arrasadas por la pala mecánica.

* Finalmente, decidimos practicar dos nuevas catas de sondeo a 50 y 100 m., respectivamente, del Sector Central, con el mismo objetivo que en el caso anterior. Esta nueva zona de intervención recibió la denominación de "Sector Este".

En conjunto, durante la campaña de 1989 -durante la cual pasamos a utilizar como método único de excavación el "Sistema Harris", basado en la definición de unidades estratigráficas (HARRIS, 1979; PRIETO VAZQUEZ, 1987)- intervinimos sobre una extensión de 336'5 m², elevando el total del área excavada a 600 m².

Supuesta la extensión que ello supondría, renunciamos en este trabajo a la descripción exhaustiva de contextos y unidades estratigráficas (Ver a este respecto, VAQUERIZO, 1990b; VAQUERIZO, QUESADA, 1989b), a las que sólo se aludirá cuando la argumentación pertinente así lo requiera. Baste por el momento indicar que el poblado ofrece en general una única fase de ocupación, que finaliza con su destrucción violenta, por incendio, en un momento que trataremos de definir a través del estudio de sus materiales en torno al último tercio del siglo II a.C.. Dicho fase se estructura habitualmente en tres estratos arqueológicos que se corresponden con el del último momento de ocupación, el del desmoronamiento de las edificaciones y un nivel superficial que en determinadas zonas ha sido el más afectado por la ocupación medieval del Cerro.

En este esquema llama poderosamente la atención el enorme volumen de materiales arqueológicos -con frecuencia enteros y en un altísimo número, muy similar al que documenta el nivel de ocupación- que aparecen mezclados con el estrato de desmoronamiento de las estructuras. Tal circunstancia podría hacernos pensar en la utilización de materiales cerámicos como parte de los aparejos de tapial de las segundas plantas; sin embargo, el hecho de que muchas de las piezas no sean cerámicas, unido a que en la mayor parte de los casos los alzados son de adobe, nos lleva a interpretar tal hecho, con L. Abad y F. Sala, como resultado de la caída simultánea de paredes y materiales, dispuestos éstos posiblemente en estanterías o anaqueles apoyados en aquéllas (ABAD, SALA, 1993, 235) -aspecto que ha sido propuesto para otros muchos yacimientos, como es el caso de Los Castellares (Herrera de los Navarros, Aragón) (BURILLO, SUS, 1986, 218 ss.)-, situadas a veces incluso en los pisos altos.

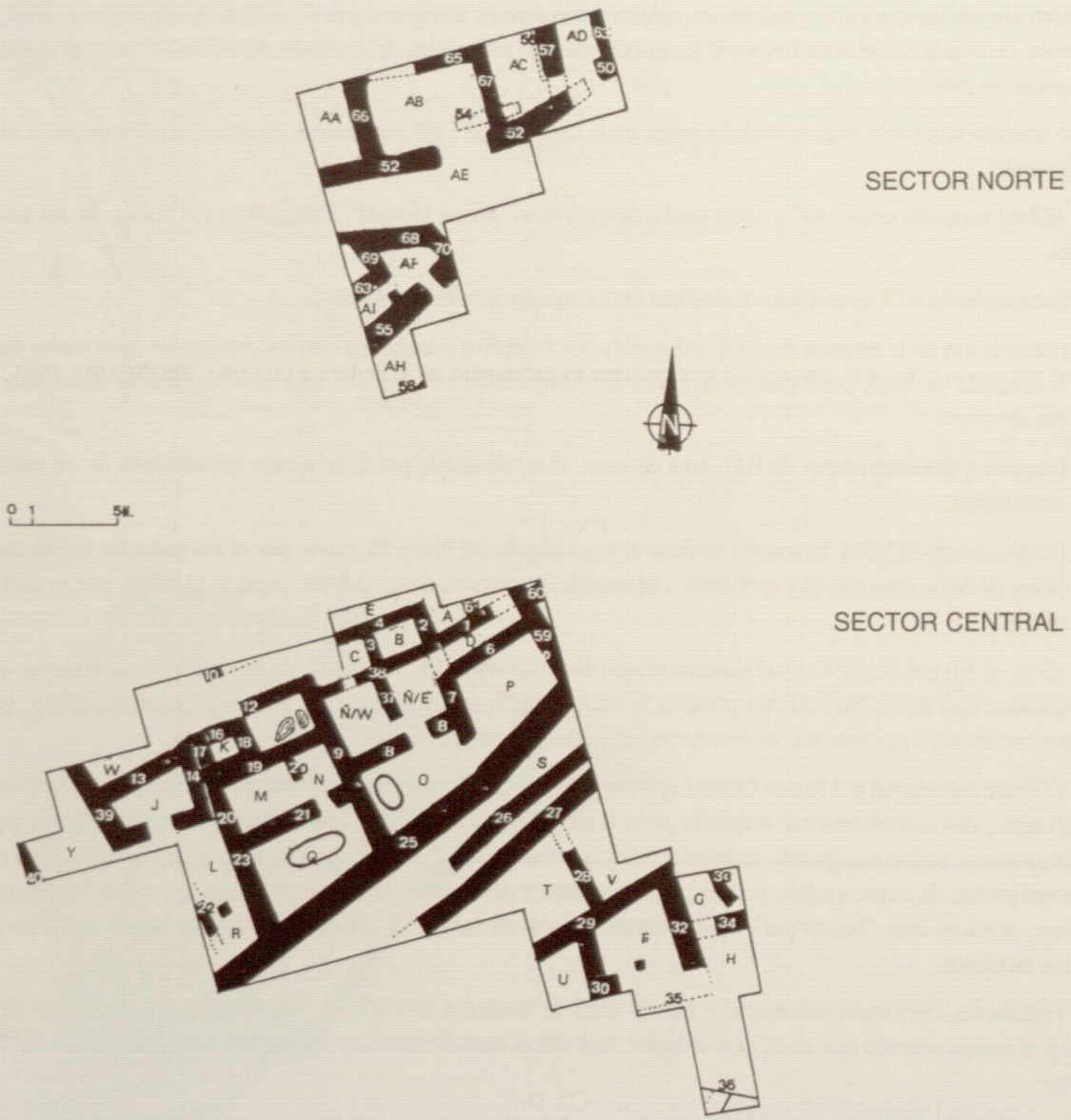


Figura 34. Cerro de La Cruz. Denominación de Espacios en Sectores Central y Norte.

EL CERRO DE LA CRUZ. ANÁLISIS URBANÍSTICO.

El conocimiento general sobre el urbanismo de época ibérica, sistematizado hace ya tiempo por A. García y Bellido (GARCIA Y BELLIDO, 1945), ha avanzado muy poco en los más de cuarenta años que nos separan de la fecha de su publicación, sobre todo en lo que se refiere al área andaluza, donde, como ya hemos señalado más arriba, las corrientes de investigación arqueológica se han venido centrando hasta hace muy pocos años en otros períodos culturales y las excavaciones en la búsqueda de secuencias estratigráficas.

Por supuesto, han sido publicados estudios posteriores que han tratado del mismo tema (NONELL, 1970; BALIL, 1972; MALUQUER, 1976; GUSI, OLARIA, 1984), pero, en realidad, sus aportaciones han sido escasas y en la mayoría de los casos se han limitado a efectuar un mero repaso de las distintas áreas y yacimientos, de forma que el urbanismo ibérico en su más amplia expresión continúa siéndonos, en esencia, desconocido; aun cuando recientes esfuerzos de síntesis, siquiera con ánimo de divulgación, contribuyen a clarificar cuando menos el panorama (ABAD, 1991).

Destacan en este sentido los esfuerzos realizados desde las reuniones sobre **Arqueología Espacial** celebradas en Teruel con cierta periodicidad, muy especialmente aquélla dedicada a la aplicación del análisis microespacial (AAVV, 1986), que incluye algunos trabajos de gran interés a los efectos que ahora nos ocupan (BURILLO, SUS, 1986; FERNANDEZ MARTINEZ, HORNERO, 1986; LLORENS, PONS, TOLEDO, 1986); la monografía sobre fortificaciones de época ibérica abordadas desde el punto de vista de su probemática urbanística (AAVV, 1991), y, de manera muy particular, algunas publicaciones muy recientes que centran su atención con exclusividad en el análisis exhaustivo de un sólo yacimiento, casi siempre varios siglos más antiguos al de la zona del Cerro de la Cruz intervenida hasta la fecha (LLORENS, PONS, 1987; PONS, LLORENS, 1991; FERNANDEZ GOMEZ, 1991; SANMARTI, SANTACANA, 1992; GOMEZ BELLARD *et alii*, 1993; BLANQUEZ, OLMOS, 1993; ABAD, SALA, 1993).

En algunos de ellos, caso del Alt de Benimaquia (GOMEZ BELLARD *et alii*, 1993) o La Quéjola (BLANQUEZ, OLMOS, 1993), comienza a atestiguarse la importancia del vino almacenado al parecer para comercialización, algo que podría estar dando sentido a los grandes depósitos de ánforas recuperados en el Cerro de la Cruz, y su relación con una cultura aristocrática en el marco del siglo VI a.C. cuyas peculiaridades habrá, lógicamente, que matizar mucho más. De la misma forma, se habla también de hornos para la fabricación de cerveza en El Amarejo, si bien para una cronología mucho más baja, similar a la que presenta el yacimiento de Almedinilla (ALFARO, BRONCANO, 1993, 135), y comienzan a documentarse estructuras relacionadas con la fabricación de pan o la fundición (ABAD, 1991, 20 ss.) que, poco a poco, nos dibujan con precisión creciente el panorama doméstico y artesanal de los pueblos ibéricos.

Otros yacimientos, como El Oral (Alicante) (ABAD, SALA, 1993); Puig Castellet (Castellón) (PONS, LLORENS, 1991) o Alorda Park (Barcelona) (SANMARTI, SANTACANA, 1992), cuentan por fin con estudios de carácter urbanístico tanto a nivel medio como microespacial que, lógicamente, están contribuyendo de forma muy considerable al conocimiento en profundidad de la arquitectura ibérica levantina.

Son, sin embargo, yacimientos que con las únicas excepciones de Puente Tablas (RUIZ, MOLINOS, 1993); Castillo de Doña Blanca, o Tejada la Vieja (FERNANDEZ JURADO, 1987b), todos ellos a excepción del primero con una problemática bastante diferente de la que ahora nos ocupa, se localizan en tierras no andaluzas, básicamente en Levante y Cataluña, por lo que nuestro conocimiento sobre el urbanismo ibérico en regiones ibéricas como Bastetania o Turdetania, que ocuparon las áreas centrales de lo que hoy es Andalucía, continúa siéndonos en esencia desconocido. De ahí, entre otras razones, la importancia que en sí misma encierra la excavación en área del Cerro de la Cruz.

De hecho, pese a todas las limitaciones expuestas, estamos en condiciones de afirmar que nos hallamos ante un modelo urbanístico típico del Mediterráneo (BRAEMER, 1982; ABAD, SALA, 1993, 193 ss.), que ha adoptado ya el tipo de vivienda rectangular, cuya generalización en la Península Ibérica al menos en lo que al Sur se refiere tiene lugar a lo largo del siglo VII a.C., seguramente tomada de los modelos coloniales y que, en cuanto a técnicas constructivas, hunde sus raíces en períodos mucho más antiguos de la historia peninsular, como se puede observar en yacimientos tales como Acinipo (AGUAYO *et alii*, 1986, 33 ss.); Cerro de la Mora (CARRASCO, PASTOR, PACHON, 1982, 156 ss.); Alhonoz (LOPEZ PALOMO, 1981, 33 ss.); Tejada la Vieja (BLANCO, ROTHENBERG, 1981, 262 ss.; FERNANDEZ JURADO, 1987b); Cerro Salomón (BLANCO, LUZON, RUIZ MATA, 1970, 10 ss.); Colina de los Quemados (LUZON, RUIZ MATA, 1973, 9 ss.); El Carambolo (CARRIAZO, 1969, 320 ss.); Cerro de la Virgen (SCHÜLE, PELLICER, 1964, 6 ss); Montemolín (CHAVES, BANDERA, 1991) o Cerro del Real (PELLICER, SCHÜLE, 1962, 5 ss.; SCHÜLE, PELLICER, 1964, 387 ss.; PELLICER, SCHULE, 1966), por ejemplo.

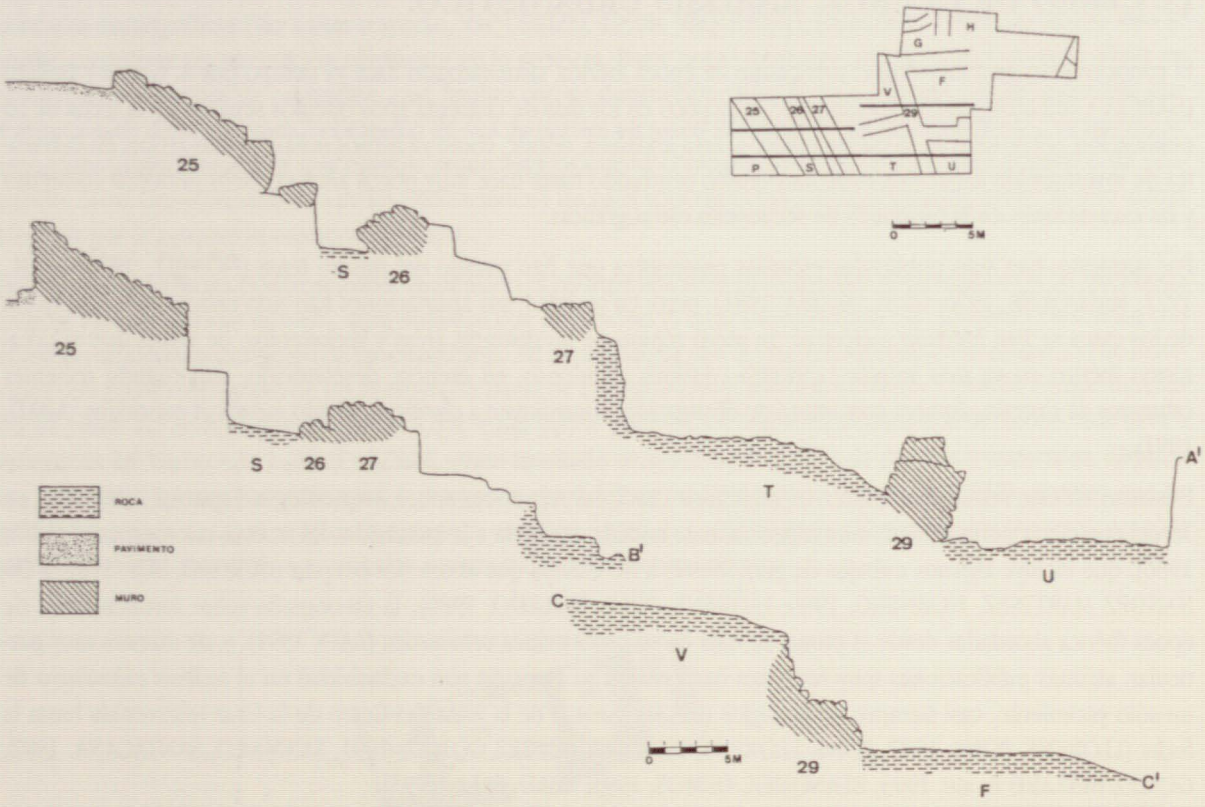


Figura 35. Cerro de La Cruz. Sector Central. Secciones N-S.

Todo medio urbano responde a muy diversas series de condicionantes, entre los cuales destacan los culturales: en especial, el peso de la tradición o la recepción de nuevas influencias; los ambientales: tipo de clima y medio físico, disponibilidad de medios constructivos, características del lugar elegido, etc., y los socioeconómicos: asentamiento de carácter militar, estructura social, disponibilidad de medios económicos que permitan la importación de materiales no autóctonos, jerarquía del poblado en el marco territorial, etc. Todo ello determina distintos modelos urbanísticos que en el área ibérica se vienen clasificando en: poblados de vía central, en ladera escalonada, de planta radialcónica, de espacio central, "rupestres" o excavados en la roca y sin trazado urbano específico (GUSI, OLARIA, 1984).

En el caso que nos ocupa, nos hallamos ante un típico ejemplo de adaptación a la topografía del terreno (Fig. 35), que da como resultado una disposición urbanística en terrazas escalonadas, de manera que las calles que luego describiremos se disponen de forma más o menos concéntrica, comunicadas entre sí mediante rampas perpendiculares de acceso que, en algún caso, hemos documentado también.

Por otra parte, contamos con estructuras de doble planta, que no resultan muy habituales en el área ibérica, pero que se pueden señalar en diversos poblados como Cerro Lucena (Enguera, Valencia) (APARICIO, 1974, 15 ss.); Puig de Benicarló (Castellón) (GUSI, OLARIA, 1984); Moleta del Remei (Alcanar, Tarragona) (PALLARES, GRACIA, MUNILLA, 1986); Penya del Moro (Barcelona) (BALLBE *et alii*, 1986); El Castellar (La Llacuna, Barcelona) (RAFEL, MESTRES, 1983, 655 ss.) o San Antonio de Calaceite (CABRE AGUILO, 198384, 9 ss.).

Como vemos, en todos los casos se trata de ejemplos documentados en el área levantina, hecho que, sin duda, encuentra su explicación en el mayor avance de la investigación arqueológica y, sobre todo, de las excavaciones en área, en esta zona. Así parece demostrarlo el hecho de que conforme se abren yacimientos de este tipo en Andalucía tales características se van extendiendo a otras zonas, caso de la provincia de Jaén, donde la doble planta ha sido ya documentada en yacimientos como la Plaza de Armas de Puente Tablas, o que estructuras de dos pisos son señaladas también en establecimientos coloniales, como es el caso de Toscanos (SCHÜBART, MAAS-LINDEMANN, 1984, 61).

Un paralelo bastante cercano a los esquemas organizativos del hábitat que documentamos en el Sector Central del Cerro de la Cruz los hallamos en el área de la Meseta, concretamente en el yacimiento de Cerro Redondo (Fuente el Saz del Jarama, Madrid) (BLASCO, ALONSO, 1985), donde se ha recuperado una estructura de dos plantas dividida en su parte inferior al menos en seis pequeños compartimentos de formas cuadrangulares o rectangulares que, aunque son interpretados como algún sistema indeterminado de almacenaje, aparecieron vacíos. Las técnicas constructivas se basan en el adobe y el tapial sobre zócalos de piedra y su cronologá general se sitúa entre fines del siglo V y mediados del siglo IV a. C.

Precisamente, en relación con estas últimas no creemos necesario sino incidir en el hecho de que las técnicas observadas en el Cerro de la Cruz (Figs. 36 y 37) responden en líneas generales a las ya conocidas en la arquitectura ibérica: así, el empleo del adobe, tapial y piedra como principales materiales para el alzado de los muros; la excavación parcial de estructuras en la roca de base y la utilización de gravas, arena o morteros especiales para lograr su horizontalidad; la disposición de cubiertas elaboradas mediante materiales lígneos de diferente grosor y textura, revestidos después por barros impermeabilizantes; el empleo de bloques de piedra más o menos rectangulares o cilíndricos para apoyo de los pies derechos utilizados como soportes de las techumbres; la construcción en el interior de las viviendas de bancos corridos y la aparición de gran diversidad de sistemas pavimentales, etc.

A. Materiales empleados en la construcción.

Como resulta habitual en la mayor parte de los poblados de época ibérica excavados hasta el momento, los materiales empleados vienen determinados por los propios recursos naturales del entorno, del que se toma todo lo necesario para la arquitectura y que, a la vez, condiciona las técnicas empleadas, determinando en buena parte el sistema de organización estructural de los espacios elegidos.

Estos materiales, en el caso del Cerro de la Cruz, son los siguientes:

· **La roca natural**. Si bien no debe ser interpretada como material constructivo propiamente dicho, sí podemos considerarla entre los elementos definitorios de la arquitectura, que se sirve de ella en todos los casos como base y que, en ocasiones, consigue mediante su tallado o excavación los diversos espacios necesarios para la estructuración de aquélla.

· **Tierra cribada**. La tierra en sí misma constituye la esencia de la arquitectura ibérica al ser, como veremos, el componente sustancial de sus principales esquemas constitutivos: el tapial y el adobe. Ahora bien, la tierra como tal, liberada de elementos más o menos intrusivos, es decir cribada, fue utilizada también de forma sistemática en la construcción, en concreto como elemento uniformizador de las irregularidades de la roca cuando ésta no fue objeto de talla de manera similar a como ocurre por ejemplo en El Oral, donde la superficie del poblado fue tratada también así con carácter previo a la construcción (ABAD, SALA, 1993, 163), o para los pavimentos de tierra batida, que constituyen el sistema más generalizado para los suelos documentado hasta la fecha en el poblado.

· **Piedra**. Limitada en todos los casos a las variedades autóctonas de la zona (lo que no significa necesariamente del entorno más inmediato de Almedinilla): calizas, areniscas y esquistos pizarrosos, su uso se reservó para los zócalos, de mayor o menor altura, base de apoyo y recurso aislante de los alzados superiores; para la construcción de pavimentos; caso del documentado en el Dpto. C; para el revestimiento de las cisternas, hecho que se observa de forma paradigmática en la cisterna ¿o silo? localizada en H15; como cascajo para la regularización de las oquedades de la roca en la base de la calle AE (Sector Norte); como base para pies derechos de madera o adobe, caso documentado por ejemplo en el Dpto. F y quizás en el AB, etc.

· **Adobe**. Fabricados posiblemente a pie de obra, presentan una composición muy diversa que depende sin duda de los tipos de margas locales empleados para su elaboración. Utilizan como aglutinantes materias orgánicas: paja, cuya impronta se observa en multitud de fragmentos, o piedra machacada, que les confieren una gran dureza, y no responden a un canon modular fijo, pudiéndose señalar cuatro tipos fundamentales:

  - Adobes fabricados con tierra amalgamada mediante gran cantidad de piedra machacada y posteriormente secos al sol. En el caso del Muro 1, donde ofrecen una dureza que nos hace dudar en lo referente a su carencia o no de cocción, ofrecen un módulo medio de 44 x 28'5 x 11 cm, si bien no responden a una norma constante. Su presencia en el yacimiento resulta porcentualmente bastante escasa.

1

2

Figura 36-a. Cerro de La Cruz. Detalles de las estructuras excavadas en el Sector Central. Estancias delimitadas al sur por el Muro 25 y la calle S.

- Adobes de tierra y paja, que se desmenuzan con gran facilidad, aunque también debieron ser secados al sol. Su módulo medio, tampoco fijo ni mucho menos, resulta bastante inferior, oscilando en torno a los 36 cm. de longitud por 32 cm. de anchura por 8/9 cm. de espesor. Constituyen el tipo predominante en el yacimiento.
- En el Nivel A del Dpto. A recuperamos dos adobes de 26 x 19 x 12'5 cm., elaborados con margas rojizas muy abundantes en materia orgánica y con barro amarillento de unión en cinco de sus caras. Ofrecen el mismo aspec-

1

2

Figura 36-b. Cerro de La Cruz. Detalles de las estructuras excavadas en el Sector Central. Espacios A,B, C y D, dispuestos de forma secundaria a las Estancias P y Ñ.

to del tapial, y, como él, presentaban un altísimo grado de humedad en el momento de su excavación, descomponiéndose con gran facilidad. Todo parece indicar que no fueron secados al sol, sino confeccionados directamente mediante la compartimentación de capas de tapial, siguiendo un sistema similar al documentado en el Muro 3.

- Adosados al Muro 2 por su lado E constatamos cuatro adobes triangulares de 44 cm. de base por 22 de lado y 10 de anchura, amasados de forma parecida a la utilizada para los que componen nuestra segunda categoría y,

como ellos, secados al sol. No obstante, ofrecen un mayor grado de dureza. Se hallaban dispuestos con el vértice hacia abajo y desconocemos su funcionalidad, si bien es preciso no descartar su utilización como parte de algún sistema de pavimentación.

Según parece demostrado, el uso del adobe en la Península Ibérica se remonta cuando menos al Bronce Final y, si bien su generalización se detecta con posterioridad a las colonizaciones, su empleo aparece atestiguado con anterioridad a las mismas, bien como elemento de desarrollo autóctono, bien como resultado de algunos contactos mediterráneos anteriores. Como tal material constructivo, ha sido objeto de un recientísimo estudio que revisa en profundidad sus posibles contactos mediterráneos, para concluir la individualidad de la arquitectura ibérica, en la que los módulos de los adobes rectangulares, y no cuadrados como el modelo predominante en ámbito griego, se aproximan más al tipo púnico, pero al mismo tiempo responden a características propias, entre las cuales destaca su carencia de uniformidad morfométrica en sentido estricto (ABAD, SALA, 1993, 195 ss).

· **Tapial**. Elaborado con las margas triásicas típicas de la comarca subbética, lo que le suele dar un característico color rojo intenso con algunos matices verdosos y grisáceos, utiliza habitualmente como aglutinante algún tipo de materia orgánica como paja y por lo general fue elaborado a pie mismo de la estructura en construcción, hecho que se viene repitiendo hasta nuestros días. Se alterna en ocasiones con barro muy puro de color amarillento verdoso que fue utilizado como factor de cohesión.

· **Madera**. Si tenemos en cuenta la vegetación potencial de la zona, constituída en esencia por un bosque mediterráneo típico, es lógico que la madera utilizada pertenezca básicamente a encinas, chopos, pino e incluso olivo, reforzada por matorrales del tipo brezo, quejigo o retama. Estos elementos lígneos servirían sobre todo para las cubiertas y techumbres; para encofrados, entibados y refuerzos internos o externos de muros; estanterías, muebles o revestimientos, y, por supuesto, como pies derechos para soportar techos o cualquier otro elemento de cubrición, de manera directa sobre la roca o bien apoyando en basas de piedra preparadas al efecto como la que hemos podido documentar en la Estancia F. En este sentido, el análisis realizado por D. Alberto CAPEROS y Dña. M. T. LOPEZ DE ROMA, del Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias del Ministerio de Cultura, en virtud del Convenio suscrito con la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura (instituciones y personas a las que deseamos mostrar nuestro agradecimiento), de varias muestras de madera carbonizada recogidas en los Sectores Central y Norte durante las campañas de 1987 y 1989, testimonia el uso en el yacimiento de las siguientes especies vegetales:

* Roble -*Quercus sp.*- (Muestras Nº 1, 2, 4, 7 y 8): Madera de gran calidad, muy apreciada hoy para trabajos de carpintería y ebanistería.

* Chopo -*Populus sp.* - (Muestras Nº 2 y 4): Es el chopo un árbol de ambientes húmedos, que se desarrolla preferentemente a orillas de los ríos, de crecimiento rápido y aplicaciones múltiples.

* Fresno -*Fraxinus excelsior, L* - (Muestra Nº 4): Arbol de 30 a 40 m. de altura, propio también de ambientes frescos y húmedos y de numerosas aplicaciones, entre las cuales destacan su uso para madera o para la fabricación de mangos excelentes de herramientas.

* Encina o coscoja -*Quercus ilex, L.* o *Quercus coccifera, L.*- (Muestra Nº 6): Por sus características estructurales idénticas estas dos especies no pueden ser identificadas con base en su anatomía; a pesar de ello, ambas son las dominantes en el bosque mediterráneo, de gran poder calorífico, y en el caso de la encina de fruto dulce y madera con enormes posibilidades de utilización, en especial para *"postes, herramientas, aperos de labranza, ruedas de carro ...y ... construcciones hidráulicas por su gran resistencia a la putrefacción"* (CAPEROS, LOPEZ DE ROMA, 1993, 89).

* Pino silvestre o pino negral -*Pinus sylvestris, L.* o *Pinus nigra, Arn*- (muestra Nº 8): Al igual que en el caso anterior, estas dos especies no pueden ser diferenciadas anatómicamente; ambos son árboles grandes, que pueden alcanzar los 30/40 m. de altura y que, de manera particular el pino silvestre, proporcionan madera de gran utilidad para carpintería y ebanistería, dotada además de una gran poder calorífico. Esta es la especie proporcionalmente más abundante en las muestras analizadas.

· **Cal y arena**. Mezcladas, constituyen una argamasa muy dura, ideal para pavimentos (caso del Dpto.G), bancos corridos (también Dpto. G), nivelación de superficies (como se ve en el caso de la estancia F, totalmente excavada en la roca) y revocos (modalidad en la que se utilizan especialmente como revestimientos de carácter hidráulico, documentándose en la mayor parte de las cisternas localizadas hasta el momento en el interior del poblado, excavadas o no por nosotros).

· **Cerámica machacada**. El uso de este elemento como técnica constructiva lo hemos podido documentar de forma paradigmática en la Calle AE (Fig. 37b, 2), donde sobre un relleno de cascajo calizo que salva las irregularidades más marcadas de la roca de base se dispone una capa de cerámica machacada mezclada con tierra apisonada que permite acondicionar, y horizontalizar, con bastante eficacia el nivel de la calle. Por otra parte, fragmentos de cerámica se observan, siguiendo una técnica que aún hoy es fácil apreciar en las construcciones de este tipo, para reparar, regularizar o simplemente impermeabilizar las superficies exteriores de algunos muros o estructuras batidos de manera particular por el viento o el agua.

i. Ocres, cal y otros colorantes. Aunque por el momento ningún dato nos permite suponer la existencia de interiores con decoración pintada, sí sabemos que en algún caso fueron revocados y después enlucidos de manera repetida, con ocres o simplemente cal, logrando un ejalbegado que nos ha llegado en perfecto estado de conservación en los muros que delimitan la estancia O (Fig. 37-a). La cal es enormemente importante para la arquitectura ibérica y, de hecho, en todos los estudios recientes es destacada como uno de los componentes básicos en sus técnicas constructivas, tano para argamasas como para revocos, pavimentos o saneamientos. Ultimamente se ha señalado incluso la existencia en el interior de determinados poblados de hornos de cal fechados en los siglos IV y III a. C. (SANMARTI, SANTACANA, 1992, 46; Figs. 3738 y 2629, respectivamente) que documentan la importancia de este elemento en la actividad cotidiana ibérica.

B. Técnicas constructivas.

En general, como ya hemos insinuado más arriba, las técnicas constructivas empleadas en una zona o poblado concreto vienen condicionadas tanto por los materiales de que se dispone como por las características físicas del lugar elegido para la ubicación del hábitat, además de otros importantes factores entre los que destacan la tradición, los recursos económicos e incluso la funcionalidad. Razones por las que las técnicas básicas utilizadas en el Cerro de la Cruz se reducen al alzado de muros de adobe o tapial sobre zócalos de piedra, que en algún caso se elevan lo suficiente como para servir de refuerzo a otras estructuras de aquel tipo y soportar los empujes de un alzado superior, favorecido por la propia topografía del cerro y la disposición del poblado en terrazas escalonadas.

Ahora bien, antes de meternos de lleno en la exposición, y como una de las grandes novedades aportadas en los últimos años por la investigación española sobre arquitectura ibérica, creemos imprescindible comentar que, en lo que a la concepción urbanística se refiere, se vienen aplicando diversos modelos teóricos (BURILLO, SUS, 1986; LLORENS, PONS, TOLEDO, 1986, etc) que, sin embargo pretenden como objetivo único la definición de un posible módulo para la arquitectura ibérica. Lógicamente, no creemos necesario detenernos a analizar en detalle cada uno de ellos, a los que aludiremos cuando la ocasión lo requiera.

En cualquier caso, y como ejemplo más reciente, queremos destacar el modelo propuesto en El Oral (San Fulgencio, Alicante), donde con base en las mediciones efectuadas en las manzanas y casas objeto de excavación completa, se han obtenido cuatro posibles módulos sobre los que parece estructurarse toda la arquitectura del poblado: un pie de 36'35 cm.; un codo pequeño de 45'43 cm.; un codo grande de 54'52 cm. y un paso de 90'87 cm., medidas todas ellas muy similares a las señaladas por Jodin para el urbanismo prerromano del Norte de Africa (ABAD, SALA, 1993, 161 ss.).

Ya ha quedado claro que en el Cerro de la Cruz no disponemos por el momento de la suficiente superficie liberada como para permitirnos hablar de manzanas o disposición urbanística de carácter modular. Aún así, consideramos de necesidad absoluta contrastar con lo que ya tenemos los resultados obtenidos en otros yacimientos como El Oral y, en este sentido, procuraremos a lo largo de todo nuestro estudio remitirnos a esas novedades ya señaladas con objeto de aportar a la investigación nuevos argumentos que puedan conducir al establecimiento de leyes generales.

Sin olvidar, lógicamente, las diferencias cronológicas: El Oral remonta a finales del siglo VI/comienzos del siglo V a.C., atestiguando los primeros balbuceos de la Cultura Ibérica en la zona, en directa relación con el Hierro Antiguo valenciano, mientras las áreas excavadas en el Cerro de la Cruz centran su vida en el siglo II a.C.; ni mucho menos las diversidades regionales, que entroncan en uno y otro caso con tradiciones autóctonas diferentes y, sobre todo, con recepción de corrientes de influencia muy distintas, en calidad y en grado de intensidad, a pesar de que el planteamiento urbanístico documentado en El Oral no sea ni fenicio, ni griego, ni etrusco, ni púnico, sino *"sencillamente ibérico"* (ABAD, SALA, 1993, 193).

Discúlpesenos la anacronía por la ausencia prácticamente absoluta de yacimientos similares al Cerro de la Cruz, con una cronología de baja época, excavados en toda Andalucía, hecho que nos obligará a prescindir en buena parte de

los argumentos cronológicos a la hora de establecer paralelos que por otra parte pretenden ser exclusivamente orientativos, sin que en ningún caso consideremos las posibles relaciones como determinantes.

Comenzamos, pues, por los zócalos, indicando que se repiten en todos los sectores excavados. Su altura oscila entre los 1015 cm. y los 180 cm. y, por lo común, se sirven de piedras irregulares dispuestas prácticamente en seco que, no obstante, son colocadas buscando siempre su cara más plana. Se obtiene así el resultado de un mampuesto más o menos regular que en algunos casos aparece especialmente logrado; es lo que ocurre por ejemplo en el Muro 32, donde, además, se utilizan pequeños ripios para calzar las piedras mayores.

Estos zócalos, que presentan por tanto un aspecto muy variado -destaca por su excepcionalidad el usado en el Muro 65, donde se han utilizado bloques rectangulares, más o menos escuadrados y colocados en vertical, entre los que se disponen paramentos de mampostería, a la manera del *opus africanum* romano-, hasta el punto de que en ocasiones resultan casi inexistentes, como ocurre con los Muros 3 o 20, mientras alcanzan su máxima expresión en Muros como el 4, 12, 13, 19, 25, 29, 55 o 68, todos ellos grandes estructuras delimitadoras de las distintas líneas de aterrazamiento y, a la vez, refuerzos que contribuyen a proporcionar mayor solidez a los alzados de adobe y tapial, obligados a soportar en ocasiones el peso de una cubierta de doblado y, seguramente, de un segundo piso.

Como norma, las piedras se disponen bien trabadas con barro y en algún caso en que el alzado pareció ceder fue apuntalado mediante un bloque de arenisca (Dpto. B, Muro 4) o la construcción de una especie de rebanco a la manera de contrafuertes (Espacio S, Muro 25). Por otra parte, predomina en la conformación de los zócalos el empleo de un doble paramento careado al interior y al exterior, de bastante buena factura, cuyo espacio intermedio se rellena de tierra y piedras de pequeño tamaño. Es una técnica de uso general (ABAD, 1991, 10 ss.) y bien documentada, que se observa, por sólo citar un par de casos recientemente excavados, en el Alt de Benimaquia, cuya cronología se remonta no obstante a fines del siglo VI comienzos del siglo V a.C. (GOMEZ BELLARD *et alii*, 1993, 22), y en El Oral, también de cronología similar (ABAD, SALA, 1993, 164), si bien no faltan en otros de baja época como El Amarejo (BRONCANO, BLANQUEZ, 1985, 33 ss.).

La anchura normal de estos muros, que habitualmente intestan entre sí, asegurando de esta manera la máxima estabilidad, oscila entre los 40 cm del Muro 21A; los 75/80 del Muro 2; los 110 del Muro 32 y los más de 150 del Muro 25, por lo que si tenemos en cuenta la posible existencia y consiguiente aplicación de un pie modular en torno a los 37 cm. ya definido en El Oral (San Fulgencio, Alicante) -*vid. supra*-, podríamos pensar en módulos de uno, dos, tres y cuatro pies, respectivamente. Es el caso del yacimiento citado, donde se ha comprobado que la anchura de los muros estrechos, utilizados para separaciones o divisiones interiores, corresponde aproximadamente a un pie, mien-

Figura 37-a. Cerro de La Cruz.
Muro 8, que delimita por el N la Estancia O. Conservaba, perfectamente apreciables, restos del enjalbegado que lo cubrió.

1

2

Figura 37-b. Cerro de La Cruz. 1.- Sector Central, Muro 6, en el se observan los mechinales correspondientes a la cubierta de doblado. 2.- Sector Norte; Calle AE, con pavimento de cerámica machacada.

tras los muros gruesos que suelen configurar las estructuras exteriores se agrupan en torno al codo grande, 54'2 cm., y la muralla presenta un grosor en torno a los cinco codos mayores o, más bien, a los 6/7 pies, medidas que ofrecen una considerable similitud con las que Fantar señala para Kerkouan en el Norte de Africa (ABAD, SALA, 1993, 162).

En el Cerro de la Cruz, sin embargo, si bien los muros que compartimentan interiormente los distintos espacios, caso de los Nº 20 o 37, suelen también adosarse a los maestros en vez de intestar y presentar el grosor más bajo de cuantos hemos documentado en los diversos sectores excavados, no parece cumplirse de manera rigurosa la norma de aumentar el espesor en los que delimitan las supuestas viviendas exteriormente. Sí creemos, en cualquier caso, que debe concedérsele un valor especial al muro 25, cuyos 150 cm. lo convierten a nuestro juicio bien en un gran paramento de aterrazamiento, bien en una muralla interior, delimitadora tal vez de una especie de acrópolis.

En cuanto al tamaño del aparejo pétreo utilizado es muy variable, de forma que no podemos indicar norma fija debido precisamente a su irregularidad. Así por ejemplo, en el Muro 4 se usan piedras que varían entre 8 y 60 cm, y otro tanto ocurre en el resto de las estructuras, destacando por su monumentalidad el aparejo utilizado en el Muro 25 o los sillares empleados a la manera de tirantas en el Muro 65. Pese a todo, lo normal es la mampostería, con bloques de piedra cuyos tamaños suelen variar como media entre los 20 y los 40 cm.

En lo que se refiere a los alzados de adobe, por regla general se disponen de manera directa sobre los zócalos de piedra, sirviéndose de barro más o menos puro para asegurar su trabazón y siempre a soga, por lo que los muros más anchos se conforman mediante dos hiladas. Habitualmente, estas estructuras, que destacan por su excepcional estado de conservación, han perdido los revocos, enlucidos, o enjalbegados que los cubrieron; no obstante, el aspecto que ofrecen en la Estancia O y adyacentes da buena prueba de cuál debió ser su estado original : este ejalbegado, repuesto de manera repetida -hecho que nos ha permitido observar la superposición de hasta 3 y 4 capas fue aplicado sin duda con un fin aséptico, a la vez que decorativo y funcional-, no presenta huella alguna de decoración pintada y cubre completamente los muros, incluidos los zócalos de piedra (Fig. 37-a).

Cuando hemos podido recuperar adobes más o menos completos sus módulos resultan extraordinariamente variados, utilizándose piezas de tamaño diverso incluso en la misma estructura que, como en el caso de la estancia B, puede presentar distintos aparejos o técnicas en cada uno de sus lados. En cualquier caso, y con excepción de los escasos ejemplares triangulares, al parecer utilizados como pavimento en la Estancia C, son todos rectangulares y en su mayor parte secos al sol (sólo en el caso del muro 1, que cierra el Dpto. A por el Sur, la dureza extraordinaria de los adobes utilizados nos hace pensar en que hubieran podido pasar por el horno, dado que la potencia del incendio que acaba con el poblado hubiera cocido a todos por igual y esto no ocurrió así). Se fabrican con barros locales y suelen presentar en su composición restos de materias vegetales o de piedra machacada muy menuda mezcladas.

Por sólo incluir algunos ejemplos, mencionamos los siguientes, ya citados cuando hablamos del adobe como material de construcción:

- Sector Central. Dpto. A. Nivel A: 26 x 19 x 12'5 cm.; Sector Central, Muro 16: 36 x 24 x 9 cm.; Sector Central, Muro 17: 35 x 32 x 8 cm.; Sector Central, Dpto. O: x 21'5 x 7'5 cm.; Sector Central, Dpto. R: x 34'5 x 8'5 cm., y x 34 x 7'5 cm.; Sector Central. Dpto. Q: x 24 x 8'5 cm., y 41 (?) x 31 x 10 cm.; Sector Central, Dpto. Ñ: 41 x 34 x 10 cm.; Sector Central, Dpto. C: 44 x 22 x 20 cm., y 44 x 35 x 20 cm. (adobes triangulares, utilizados como pavimento); Sector Central. Dpto. A. Muro 1: 44 x 28'5 x 11 cm.

Vemos, pues, que las medidas de los adobes registrados no son homogéneas ni siquiera en aquéllos utilizados en el mismo paramento, presentando variaciones de detalle lógicas en este tipo de aparejo, elaborado a caja con un material bastante deleznable. Con todo, no creemos factible la aplicación estricta de una medida modular, aun cuando los valores predominantes oscilan en torno a los 36 (¿un pie?) y los 44 cm. (¿un codo pequeño?) para la longitud y 8 cm. (¿1/4 de pie?) para el grosor; más o menos como ocurre en yacimientos como El Oral, donde la mayor parte de los adobes recuperados completos oscilan entre 30/40 cm. de longitud, 20/30 cm. de anchura y 61 cm. de altura (ABAD, SALA, 1993, 166 ss.; Graf. 29; Nota 4).

Nos queda aún, por consiguiente, un larguísimo camino que recorrer, sólo susceptible de ser cumplimentado por medio de nuevas excavaciones que, de acuerdo con estos nuevos criterios, permitan contrastar datos, estableciendo hipótesis de trabajo que tal vez acaben por convertirse en leyes generales. Sin olvidar, lógicamente, la hetereogeneidad de lo ibérico tanto en el tiempo como en el espacio y que para los casos que estamos manejando, El Oral y Cerro de la Cruz, sus cronologías los separan al menos tres siglos.

En cuanto a la técnica del tapial, sabemos que se dispone también directamente sobre los zócalos, casi inexistente en algunos casos; en el Muro 3, que hemos podido documentar con precisión, fue alzado mediante encofrado, y en su interior se alternan capas de tapial de unos 10 cm. de grosor con tendeles de barro muy puro de entre 3 y 5 cm, lo que contribuye a dar mayor solidez al conjunto. Tanto el interior como el exterior sería revocado más tarde mediante un revestimiento de unos 2 cm. del mismo barro utilizado para los tendeles y, sobre él, se dispondría un finísimo enlucido de cal muy pura.

Por otra parte, es muy frecuente que el alzado de tapial se realizara mediante hiladas de barro de color, textura y calidades diferentes, casi siempre alternantes. Caso prototípico es el del Muro 32, cuyo alzado, caído de antiguo sobre el pavimento del Dpto. F y perfectamente reflejado en la estratigrafía, ofrece una alternancia en capas de tapial que probablemente están indicando distinta calidad técnica, de forma que las de tono verdoso podrían ser consideradas como el equivalente de los tendeles detectados en el Muro 2. Estas hiladas, rojas y verdes, presentan unos 10 cm. de

anchura; en los primeros casos alternan de una en una, pasando a hacerlo de dos en dos a partir de la octava; su perfecta conservación nos ha permitido calcular para esta habitación una altura total en torno a los 3 m., sin que ningún dato nos permita plantear siquiera en este punto la existencia de dobles plantas.

Como norma general, las estructuras se apoyan de manera directa sobre la roca de base, en ningún caso acondicionada al efecto, salvo por medio de una capa de tierra ocre muy depurada que, con distinto espesor de acuerdo con las propias irregularidades de la superficie del cerro, se utilizó para uniformizar su superficie. En algúna ocasión (*Vid.* por ejemplo el Dpto. C), sobre la roca y esa capa de tierra se dispuso además un pavimento de losas de esquisto pizarroso que ofrecen su cara más plana hacia el exterior, generando una superficie no demasiado uniforme pero sí perfectamente practicable. Estas losas varían en lo que se refiere a sus tamaños -oscilan entre 10/12 cm. y 30/40 cm, y a veces aparecen acuñadas mediante pequeños ripios que contribuyen a su horizontalidad.

En otros puntos, sin embargo, la roca fue vaciada hasta generar el espacio habitacional en sí mismo, caso de la Estancia F, que luego veremos en detalle, o de los Muros 25, 27, 28, 29, 52 o 68, que no hacen sino revestir los cortes practicados en la superficie del cerro para el acondicionamiento de las diferentes terrazas de ocupación. Por regla general, cuando la roca es vaciada hasta dar lugar al propio pavimento es acondicionada por medio de una ligera capa de cal y arena que ha podido ser detectada perfectamente en la Estructura indicada más arriba o en el Dpto. G, por ejemplo.

En el resto de los casos, los pavimentos (*vid.* ABAD, 1991, 20 ss.) suelen ser de tierra batida, periódicamente reparados, en ocasiones cocidos por la acción del incendio que acabó con la vida del poblado y, según parece, con bastante frecuencia cubiertos por esteras de esparto trenzado que harían el espacio mucho más acogedor, a la vez que lo aislarían de humedades o filtraciones. Esta última circunstancia ha podido ser detectada con toda seguridad en las Estancias O (Sector Central) y AB (Sector Norte), donde la violencia del fuego fue bastante acusada, carbonizando muchos de estos elementos que, de esta manera, han podido llegar a nosotros más o menos fragmentados.

Debemos individualizar los pavimentos de la calle AE, que presenta un complejísimo esquema descrito más abajo, y el del Dpto. B, donde recuperamos varios adobes triangulares dispuestos de forma yuxtapuesta, que con el vértice hacia abajo conforman mediante una de sus caras una superficie perfectamente horizontalizada, y que tal vez deban ser interpretados como un pavimento, de manera similar similar a los que se señalan para otros yacimientos como El Oral (ABAD, SALA, 1993, 177 ss.) o El Amarejo (BRONCANO, BLANQUEZ, 1985, 33 ss.), si bien en ninguno de estos casos los adobes adoptan la morfología que detectamos en el Cerro de la Cruz ni se disponen cual *opus reticulatum*.

Finalmente, por el momento no hemos documentado prueba alguna que nos permita suponer la existencia de decoración, plástica o pintada, en los pavimentos del cerro de la Cruz.

En lo que afecta a la utilización de elementos lígneos, ya comentada más arriba, resulta lógico suponer que la madera fue utilizada de manera preferente para las cubiertas de doblado -bien documentadas en algunos puntos precisamente a través de las improntas conservadas tras la desaparición de las vigas-, puertas, tal vez ventanas, muebles, útiles de cocina, etc. Pruebas de su utilización las tenemos también en los cuatro apoyos para pies derechos reflejados sobre el pavimento del Dpto. P, sobre la cara N del Muro 25; en la recuperación frecuente de manera muy especial en los Sectores Central y Norte de grandes fragmentos de madera calcinada que nos han permitido realizar toda una serie de análisis cuyos resultados se comentan más arriba y en los abundantes restos de barro con improntas de pequeñas ramas constatados en toda la excavación, lo que nos hace suponer que las techumbres utilizarían un sistema similar al de las cubiertas de doblado.

El uso de troncos completos, posiblemente de chopo, pino, fresno, álamo o encina -muy apreciados cuando reúnen las dos condiciones de longitud y rectitud- ha sido documentado por ejemplo para el entibado de muros; así, entre los Muros 1 y 6, que conservan a una altura similar a la que documenta la cubierta de doblado observada en la Estancia A, dos mechinales de 15/20 cm. de diámetro máximo, revestido de un barro similar al empleado para la unión de los adobes (Fig. 37-b,1). Igualmente, como pies derechos para soporte de techumbres o pórticos, en ocasiones ayudados de pies derechos, como se documenta en la estancia F y tal vez en la AB.

No conocemos con exactitud el tipo de cubierta empleado en estas estructuras; no obstante, aspectos tales como el ligero desplazamiento del bloque calizo que debió servir de base el pie derecho en F hacia el Sur, así como la considerable altura del Muro N de la misma, nos permite plantear la hipótesis de que la techumbre pudiera haberse dispuesto a una sola vertiente, orientada hacia la ladera, lo que explicaría la necesidad de controlar los empujes de manera especial en este Sector. Esta interpretación responde igualmente a la dirección lógica de las escorrentías en

un lugar de tanta pendiente como es el Cerro de la Cruz; aún así, no pasa de ser una mera hipótesis de trabajo que confiamos poder ir perfilando con mayor exactitud conforma avance nuestro conocimiento del poblado.

En otro orden de cosas, debemos destacar la ausencia absoluta de cualquier elemento que pueda ser identificado claramente como un hogar; con excepción tal vez de un paquete de cenizas exhumadas en los primeros niveles excavados en la Estancia A -hogar que, de haber existido, no fue acompañado de estructura alguna, de forma que parece responder a un momento en el que el poblado se hallaba ya abandonado y parcialmente destruído- o de la plataforma de tapial que centra el Dpto. A, si bien sobre ella no apareció resto alguno de fuego más o menos permanente.

Sí podemos destacar, no obstante, la documentación en el Sector Norte /Dpto. AD/. Muro 57 de lo que interpretamos como un posible sistema de calefacción o caldeado del ambiente, a la manera del que ha sido atestiguado en El Amarejo (BRONCANO; BLANQUEZ, 1985, 33 ss.; Dpto. 1; Figs. 46; ALFARO, BRONCANO, 1993, 133s.): se trata de una línea de adobes dispuesta unos 20 cm. al interior de la estancia, a la manera de un revestimiento uniforme del muro, que probablemente busca la creación de una cámara de aire por la que discurriría el aire caliente procedente del hogar caldeando así el ambiente. La no aparición de hogares claramente tipificados, así como la no documentación del sistema completo nos aconseja ser extremadamente cautos al respecto; en cualquier caso, ahí queda el dato, comprobado como vemos en otros yacimientos de cronología similar y de primera importancia para entender el ambiente helenístico que prima en la concepción urbanística del Cerro de la Cruz.

En definitiva, por el momento, no contamos con datos que nos permitan siquiera defender con absoluta firmeza que las estructuras exhumadas pertenezcan a unidades de habitación en sentido estricto. La enorme cantidad de contenedores cerámicos, estructuras de transformación (molinos, telares) o de almacenamiento (cisternas), útiles agrícolas (picos, azadas, ruedas de carro), etc. recuperados en el interior de las estancias excavadas, así como la practica ausencia en ellas de hogares tal vez disimulados por la potencia del incencio que acabó con el poblado, nos hacen dudar de la interpretación de las estructuras documentadas en los Sectores central y Norte como zonas de hábitat. No obstante, tampoco contamos con argumentos concluyentes en sentido contrario; de hecho, creemos que estructuras como la Estancia F, al sur del Sector Central, no admiten otro tipo de interpretación, y, en este sentido, si es que realmente nos hallamos ante un urbanismo de doble planta generalizada, tal vez debamos suponer la existencia de las áreas de dormitorio y descanso en las plantas altas, mientras que el trabajo se habría concentrado en las bajas y las zonas de almacenaje en éstas o semisótanos dispuestos al efecto, tal como el que constatamos en la Estancia J.

De acuerdo con esta primera interpretación, nos hallamos en conjunto ante un poblado de una considerable complejidad urbanística, que habría sufrido una importante remodelación en torno a principios del siglo II a.C. y que documenta una calidad de vida muy semejante a la de las zonas rurales actuales. Todo nos habla en él de un ambiente vital de raigambre mediterránea y, en este sentido, la ausencia de materiales romanos -con excepción de cerámicas campanienses y alguna moneda de época republicana- nos obliga a conectarlo con una koiné helenística cuya cabeza visible por estas fechas en el Occidente del Mediterráneo no es otra que Cartago.

C. Las unidades de hábitat.

Las estructuras documentadas hasta el momento en el Cerro de la Cruz no responden a un modelo de planta único, sino que se compartimentan en una o varias estancias siempre con tendencia rectangular, de dimensiones igualmente variables, que se comunican entre sí por medio de puertas y ventanas y que abren desde el espacio principal a una de las calles trazadas siguiendo las curvas de nivel, a la manera de rampas que distribuían la circulación por el poblado de una forma racional y cómoda, eliminando buena parte de la pronunciada pendiente que caracteriza esta ladera sur del cerro. En todos los casos las viviendas o estructuras documentadas están orientadas al Sur, ligeramente Suroeste, lo que favorecería el uso de las habitaciones delanteras para vivienda o trabajo, mientras se reservan las traseras, mucho más umbrías y protegidas, para almacenes y despensas, al igual que ha sido señalado para otros lugares como Los Castellares de Herrera de los Navarros (BURILLO, SUS, 1986, 225).

Por otra parte y también de forma similar a como parece ocurrir en poblados como El Oral, donde con base en la modulación a la que ya hemos aludido de manera repetida se plantea la existencia de al menos 7 tipos de unidades estructurales (ABAD, SALA, 1993, 162 ss.), en el Cerro de la Cruz podemos sugerir la disposición del poblado en unidades que se distribuirían con base en la repetición de módulos bien determinados; algo que podría aplicarse por ejemplo, de manera paradigmática, a las que individualizaremos como Unidades I y II, que reproducen esquemas bastante similares.

Tal planteamiento nos permite suponer para cada una de ellas una funcionalidad que vendría determinada desde su propia concepción urbanística: estancia principal (AB, O, P, Q, F ...), en torno a los 18/20 m²; estancias secundarias (AA, AC, AD ...), de unos 10 m²; estancias de servicio (AF, AI, M, N, Ñ ...), con superficie variable entre los 3 y los 7 m², etc. Sin embargo, no creemos estar todavía en condiciones de obtener medias en cuanto al predominio de unas estancias sobre otras de forma similar a como se ha hecho en El Oral (ABAD, SALA, 1993, 164 ss.), por cuanto en el Cerro de la Cruz desconocemos todavía la superficie exacta de las mayor parte de ellas.

Pese a todo, y aun cuando son escasos los ejemplos de que disponemos, en el yacimiento de Almedinilla las habitaciones principales suelen rondar (Q, O, F) y en bastantes casos superar apreciablemente (P, T, AB) los 20 m², a diferencia de lo que ocurre en El Oral, donde las estancias en las que se desarrolló la vida cotidiana suelen oscilar entre los 10 y 16 m², mientras las secundarias presentan por lo general entre 5 y 8 m² (ABAD, SALA, 1993, 166). No parece funcionar por otra parte el modelo de modulación que se ha planteado para otros yacimientos, caso de Puig Castellet (LLoret de MarLa Selva) (LLORENS, PONS, TOLEDO, 1986, 249 ss.), ya que si bien en ocasiones la relación entre longitud y anchura de los diversos espacios es precisamente 1'5, este valor no resulta ni con mucho predominante.

Por otra parte, a pesar de que en el caso de las calles su anchura prácticamente uniforme -en torno a los 3 m., que equivaldrían a unos 8 pies, de acuerdo con el módulo señalado para El Oral- nos estaría haciendo pensar en la existencia de un criterio claramente definido, si es que no un módulo, en el Cerro de la Cruz la disposición y tamaño de las estructuras viene condicionada de manera determinante, por las características topográficas del asentamiento, dispuesto en terrazas escalonadas que sólo permiten una cierta disponibilidad de espacio, lo que ha motivado que la mayoría de ellas adopten forma trepezoidal. Aunque no negamos, como es lógico, la reciprocidad del argumento, en el sentido de que se habilitarían aquellos espacios mínimos que permitieran disponer un modelo básico de estructura, aparentemente bien tipificada (Fig. 38).

Sea como fuere, las que individualizamos como Unidades I y II -sin que entremos en la problemática de si pertenecen o no a ellas los pequeños compartimentos anejos por el Norte (en nuestra opinión, semisótanos o subestructuras que habría que relacionar más bien con las unidades situadas más arriba)- parecen responder a un módulo uniforme de unos 11 m. tomados al exterior de los muros (¿30 pies?) de largo por unos 7 de ancho interior (¿19 pies?), lo que representa una superficie aproximada de 77 m² (56 m² al interior), que se divide más o menos a su mitad, reservando la parte trasera para dos nuevas estancias de forma prácticamente simétrica en la Unidad II y algo desiguales en el caso de la I.

En El Oral la superficie de las casas varía entre 128'25 m² la mayor -3K- y 2'20 m² la menor -2A- (ABAD, SALA, 1993, 164 ss.); en Los Castellares de Herrera de los Navarros tanto la Casa 1 como la 2 oscilan en torno a los 50 m² de superficie interior, valor que, como veremos, se aproxima bastante al de la casa media del Cerro de la Cruz (BURILLO, SUS, 1986, 218 ss.); en Alorda Park, finalmente y por sólo poner tres ejemplos de excavaciones recientes en las que han sido concienzudamente planteados estudios de interpretación arquitecónica, se distinguen dos tipos de casa: una con planta de tendencia cuadrangular, compleja, que oscila entre 60 y 70 m²; la otra, predominante, de tendencia rectangular y menos compartimentada, con una superficie bastante uniforme en torno a los 20 m², que se adscriben a grupos sociales diferenciados, tal vez de acuerdo con una organización de carácter gentilicio (SANMARTI, SANTACANA, 1992, 40 ss. y 56 ss.).

Observamos, pues, para la arquitectura doméstica de época ibérica una amplia diversidad seguramente relacionada con la función asignada a cada espacio, o tal vez con su interpretación sociocultural, aunque para establecer matices más fundados tendríamos que recurrir a valorar adecuadamente los criterios de espacio -regiones distantes- y tiempo -cronologías no coincidentes-.

Sin embargo, la uniformidad en el reparto de la superficie ocupada que detectamos en el Cerro de la Cruz -y que podría haber quedado reflejada en unidades similares a la I o la II, yuxtapuestas a lo largo de las diversas terrazas en que se estructura el poblado- se rompe si, como creemos, la Estancia P debe ser considerada como una subdependencia más de la Unidad II, dado que tal circunstancia estaría favoreciendo a esta última en casi 25 m² más. Todo ello sin tener en cuenta además que la posible Unidad localizada al Oeste de la I y al interior de la Calle Y, si bien se alarga seguramente para equilibrar su pérdida de metros en anchura, no supera los 65 m²; los pequeños espacios antes citados (A, B, C, K, etc.) y los compartimentos indudablemente secundarios como D, cuya relación con la Unidad II nos parece más que probable, o que al Sur del gran Muro 25 las cosas parecen ocurrir de otra manera, aspecto para el que no creemos suficiente explicación la adaptación a la superficie escalonada del cerro -habría que pensar, más

bien, en un cambio razonado de criterio (¿tal vez relacionado directamente con una distinta funcionalidad, o simplemente de acuerdo con un orden social o familiar que por el momento no alcanzamos a ver...?)-.

Chocamos de nuevo, como es fácil apreciar, con la parcialidad de los resultados obtenidos hasta la fecha en el Cerro de la Cruz, donde podemos intuir determinadas realidades pero por el momento no podemos definir con precisión ninguna de ellas. Hablamos, lógicamente, de la distribución en manzanas, la organización estructural del interior de las casas, la funcionalidad exacta de cada una de sus dependencias, la distribución de calles y espacios públicos, la posible existencia de unidades o estancias de uso comunal, etc. etc.

Son objetivos a cumplir en nuevas campañas, pero que nos permiten ya defender una planificación urbanística perfectamente pensada previa a la construcción del poblado -construido todo él en un mismo momento (si juzgamos porque se comparten muros maestros, así como por la similitud en la distribución de las distintas casas, cuyos zócalos de base parecen formar parte de una red única, construída con anterioridad)-, al menos en cada uno de los sectores excavados y que no queremos impidan un primer intento de aproximación a esta problemática del Cerro de la Cruz, donde a manera de hipótesis creemos reconocer al menos las siguientes Unidades de hábitat:

Modalidad A.

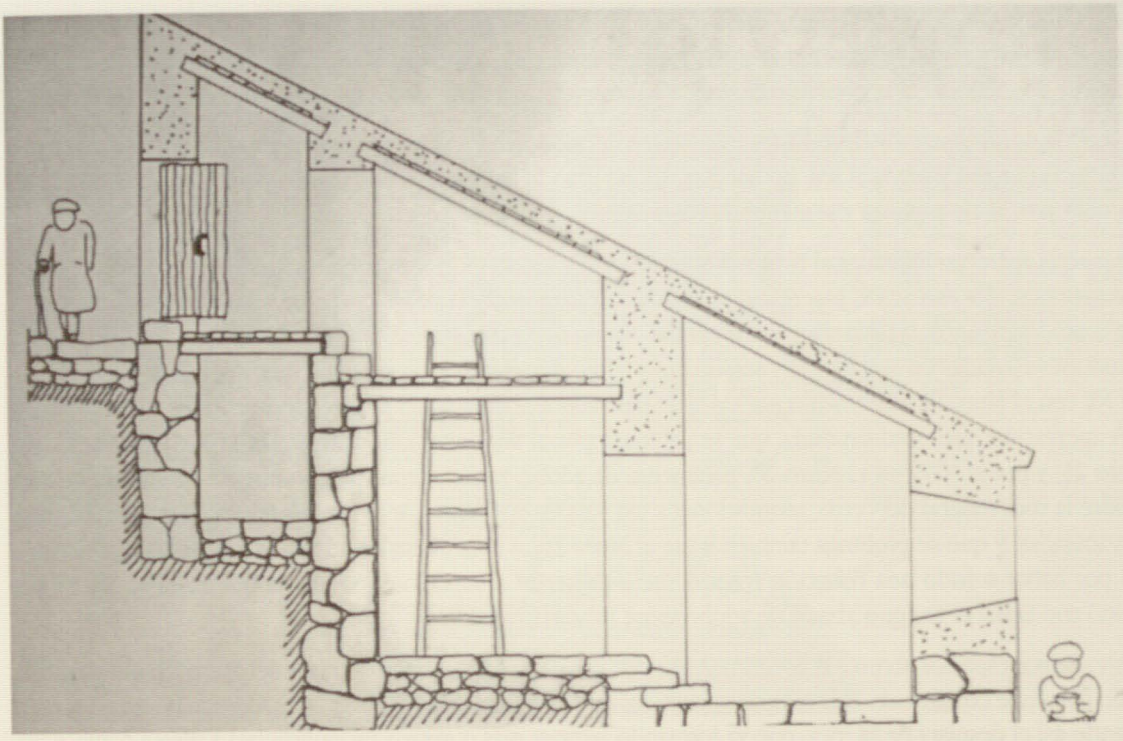
*** Unidad de tipo I** (M, N y Q): Constituye en sí misma, con seguridad, una sola estructura -no existe ningún argumento que permita integrar en la misma los dos pequeños departamentos que se sitúan al N de ella, a los que probablemente se accedió desde una planta superior, tal vez mediante un sistema de trampillas-; de las cuales M y N, separadas entre sí por un estrecho murete construído con una sola hilada de adobes (Muro 20), de unos 40 cm. de anchura máxima , debieron servir como zona de descanso y Q como zona de almacenaje, a juzgar por las ánforas y contenedores acumulados en ella y la gran cisterna cubierta, posiblemente para agua, que fue excavada en el subsuelo de la habitación, ocupando su eje central en sentido E-W. No obstante, la aparición de contenedores cerámicos en todas las estancias -en el caso de N, al menos 4 que debieron ocupar casi todo el espacio disponible- nos lleva más a inclinarnos por su interpretación como estructuras de carácter multifuncional, si es que , como insinuamos más arriba, no se trata exclusivamente de lugares de trabajo localizados en las plantas bajas, mientras los de descanso pudieron ocupaban, al menos en ocasiones, las primeras plantas (Fig. 38).

En el ángulo SE de M, en el nivel de destrucción de la estructura y apoyadas en el Muro 20, recuperamos una gran orza de borde labiado y vuelto, cuello estrangulado, galbo globular con doble asa de orejeta y base convexa, con ónfalo, y la mitad inferior de un ánfora de pivote, que se hallaban dispuestas sobre un pavimento de tierra batida, acondicionado, como es habitual en el yacimiento, sobre una capa de tierra uniformizadora de la superficie rocosa y que en este caso se sirvió de un relleno de piedra para salvar las irregularidades. Entre los materiales obtenidos destacan igualmente un amuleto de hueso, un "cubilete" de "paredes finas" y una cuenta de collar con incrustaciones de pasta vítrea en espiral, de tipología claramente púnica.

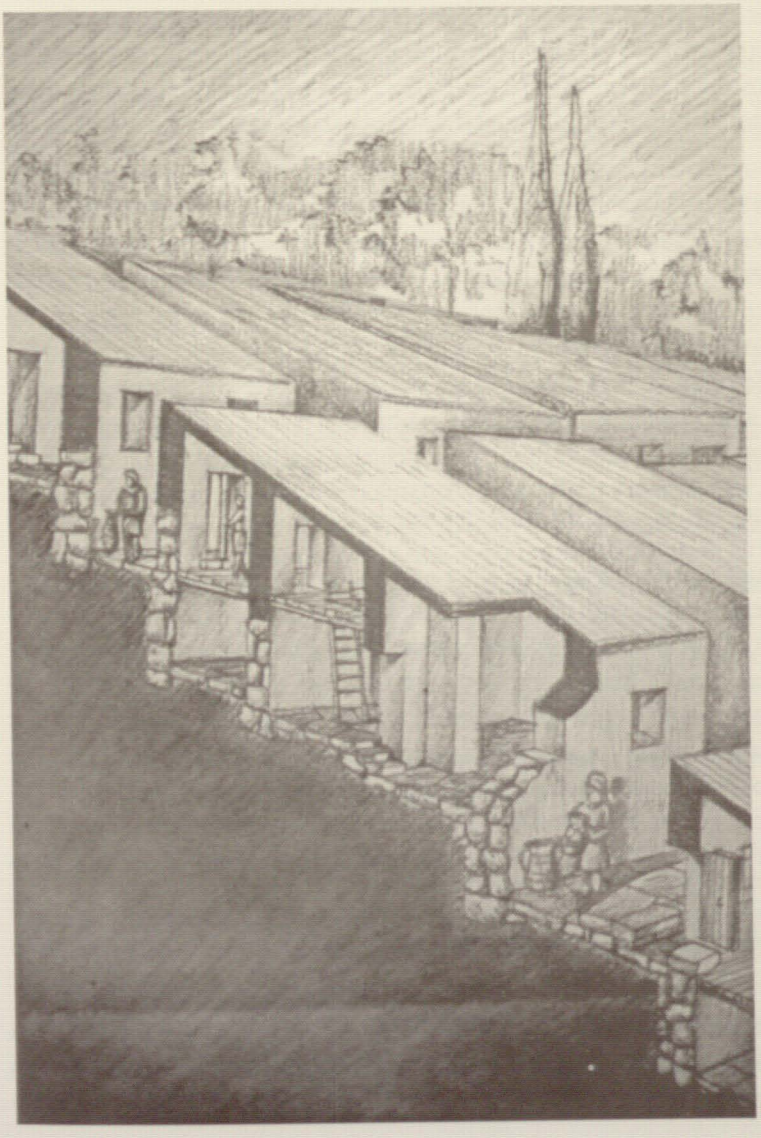
Esta habitación parece que estuvo comunicada en un primer momento con la Estancia L, situada inmediatamente al W y dotada de un semisótano que pudimos excavar repleto de ánforas de almacenaje, a través de un vano abierto en el Muro 23, de adobe, colmatado en una fase posterior mediante piedra mezclada con barro y algunos adobes. Un fenómeno bien documentado en otros yacimientos como El Oral, donde varias puertas fueron tapiadas parcial o totalmente (ABAD, SALA, 1993, 170).

Además, M da paso a través de una puerta bastante amplia que delimitan los Muros 21 y 21a y cuyo umbral se construyó mediante una simple hilada de piedras irregulares, más o menos careadas, apoyadas directamente sobre la roca natural, a otro pequeño compartimento, N. En su interior, de las mismas características estructurales ya descritas para M, recuperamos dos ánforas de galbo cilíndrico y pivote, una de ellas tumbada y la otra boca abajo, y dos más apoyadas en el ángulo formado por los Muros 9 y 21, hecho que nos induce a suponer la compartimentación de este espacio en función de su utilización específica como bodega o almacén.

Como es habitual en todo el poblado, y en el resto del mundo ibérico, si hemos de juzgar por lo que ocurre en otros yacimientos como El Oral (ABAD, SALA, 1993, 169 ss.), y con la única excepción del vano que comunica Ñ con O, en la Unidad II, las puertas se suelen conformar como simples interrupciones en los muros y aparecer descentradas en relación a los ejes de éstos. Es el caso de las dos que intercomunican las diversas estancias que componen la Unidad I: la que se abre entre los muros 20 y 21, con aproximadamente 1'10 m. de luz (¿3 pies?), y la que comunica M y N con Q en el muro 21, con unos unos 75 cm. de luz (¿2 pies?); por tanto, algo más pequeñas que las del Oral, cuya luz se agrupa predominantemente en torno a los 33'5 pies, si bien la mayor parte de los vanos presentan anchuras



1



2

Figuras 38. Cerro de La Cruz. Recuperación ideal del tipo más complejo de hábitat documentado en el Sector Central (Dibujos: E. Artacho)

desiguales (ABAD, SALA, 1993, 171). Estas puertas, indudablemente elaboradas en madera, giraban sobre ejes también de madera -o tal vez de hierro- que encajaban en gozneras de barro, bien ajustadas en huecos previamente vaciados en el suelo, de las cuales hemos podido recuperar algunos ejemplares completos en el entorno de las estructuras.

En toda la zona documentamos abundantes fragmentos de adobes, en su mayor parte de módulos diversos pero en general de gran tamaño y secos al sol, no cocidos. En un gran fragmento, ya citado, obtenemos las medidas de 10 cm. de grosor por 31 de anchura y al menos 41 de longitud.

Ambas estancias aparecen limitadas al N por el Muro 19, gran zócalo de mampostería -con alzado de tapial o adobe prácticamente perdido- careada al exterior, que en buena parte reviste la propia roca, de casi dos metros de altura, que sirve como límite entre la terraza superior y la del propio departamento; tendría como misión primordial soportar las presiones ejercidas en sentido NS y servir como punto de arranque a los paramentos inferiores. Forma ángulo por el NE con el Muro 9, conformado por un alzado de adobe sobre zócalo de piedra, parcialmente roto por una zanja de cimentación, medieval sin duda, que se prolonga por el Sur delimitando las Estancias N y Q, hasta apoyar en el Muro 25, y por el NW con el Muro 20, paramento de adobe, más o menos descompuesto, que apoya directamente sobre la roca natural del cerro, acondicionada tan sólo en sus puntos más irregulares con una hilada de piedras no trabajadas, y que se prolonga también hasta el Muro 25, si bien en su mitad Sur lo individualizamos como Muro 23 por haber sufrido una refacción coincidente o posterior al tapiado de la puerta que comunicaba M y L, recreciendo con tapial el antiguo alzado de adobe sobre hilada de piedra.

Finalmente, ambos espacios abren a la Estancia Q, situada inmediatamente al Sur, a través del Muro 21, que presenta una alzado de adobe conservado más o menos en un metro de altura sobre un zócalo de piedra más alto en su cara sur (salvando así el desnivel de la roca, que va formando terrazas más o menos pronunciadas) y ofrece como novedades más destacadas la conservación de una ventana, de unos 50 cm. de luz, y la puerta ya citada, que deja el zócalo de mampuesto como umbral (Fig. 39a). El módulo de los adobes, incluso en el mismo muro, resulta variable y su composición, color y textura diferentes por completo a los documentados en los otros paramentos que conforman la estructura, no coincidentes a su vez, todo lo cual nos lleva a suponer una gran aleatoriedad en la elaboración de este elemento constructivo, que en algunos casos sería amasado a pie de obra y en otras sería comprado o transportado desde otros puntos, de acuerdo posiblemente con las propias disponibilidades económicas, de tiempo o incluso humanas.

No creemos que el hecho de que todos los muros presenten una fábrica distinta deba ser atribuido, por ejemplo, a la confluencia de cuadrillas de obreros diversas, dado que esta característica suele repetirse en todas las estructuras del poblado (*Vid.* a este respecto la que describiremos a continuación), sino más bien a reparaciones -este tipo de aparejo precisa de labores de mantenimiento casi continuas-, refacciones (en el sentido de redistribuciones en la propia concepción del espacio de hábitat) o, simplemente, eventualidades surgidas durante el proceso de construcción de la vivienda, que llevarían al amasado diferencial de lotes de adobes o a su traslado desde puntos de elaboración que no siempre tuvieron por qué ubicarse a pie de obra. En este sentido, no hay que olvidar el almacenamiento de adobes de gran tamaño, conservados en apilamiento perfecto, que documentamos en la Estancia Ab del Sector Norte, sin duda reservados a reparaciones, ampliaciones o refacciones bastante previsibles que, en cualquier caso, nos hubieran transmitido un aparejo diferente al observado en el resto de los muros de la vivienda.

El Departamento Q constituye, por tanto, una estructura paralela a MN y más o menos de las mismas dimensiones que éstos unidos -6 x 4 m. (unos 19 x 11 pies, si aplicamos el módulo calculado para El Oral (ABAD, SALA, 1993, 161 ss.)-, que cierra al Sur apoyando en el Muro 25, zócalo de gran anchura y aparejo de mediadas inusuales por su gran tamaño que sirve como límite inferior a toda la terraza, delimitando claramente esta zona del poblado. Abre a la calle o espacio de distribución S, pero en ningún punto de todo el sector excavado nos ha sido posible encontrar huellas de vanos al exterior, hecho que, unido a la gran altura que este muro presenta sobre la calle utilizada durante la misma fase de habitación como basurero nos reafirma en nuestra hipótesis de que, siempre de acuerdo con esta primera valoración (que habrá que confirmar con nuevas intervenciones en la zona), nos hallamos ante posibles estructuras de doble planta, cuyos primeros pisos abrirían a las terrazas superiores, facilitando el acceso a las plantas bajas mediante accesos o trampillas verticales.

La casa en su totalidad determina una superficie habitable (tomada, por tanto, al interior de los muros) de unos 56 m^2.

En el caso del Dpto. Q, observamos un pavimento compuesto por una lechada de cal y arena que uniformiza la superficie rocosa, interrumpido tan sólo por un enlosado de gran módulo que cubre una cisterna oval excavada en la roca y que luego describiremos. Dispuestas sobre este suelo y siempre en el nivel correspondiente a la destruc-

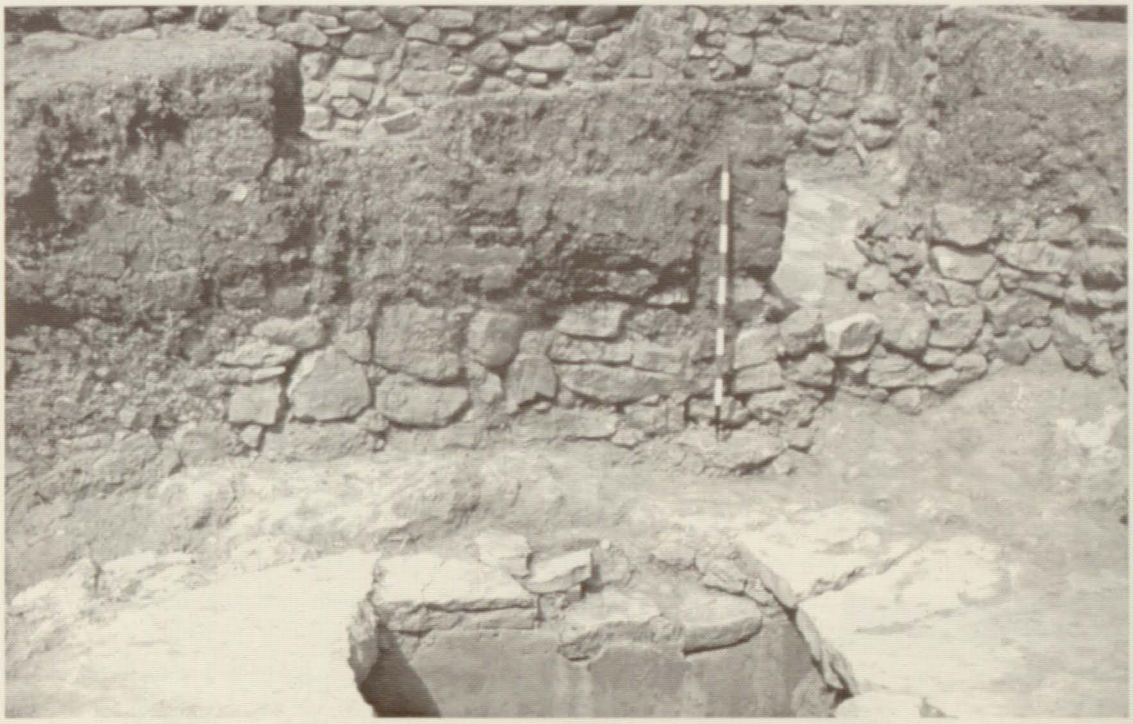


Figura 39-a. Cerro de La Cruz. Muro 21, que separa las estancias M-N de la Q. Obsérvense en él los vanos correspondientes a la puerta de comunicación y a una ventana.

ción violenta del poblado, sin ningún tipo de calzo especial, recuperamos ocho ánforas más de borde engrosado y entrante, galbo cilíndrico y base con pivote, en ningún caso decoradas, que apoyaban sobre los muros o unas sobre otras. Todas ellas estaban situadas de pie, excepto una, que apareció tumbada. Así mismo, abandonado sobre el pavimento, documentamos un vaso imitación de un "askos" púnico, que constituye una pieza bastante excepcional en los contextos ibéricos constatados hasta la fecha en Andalucía. Finalmente, apoyado sobre el suelo rocoso (y fuera del espacio oval de la cisterna), junto a la base del Muro 9, localizamos una especie de banco tallado en piedra arenisca en forma de U invertida -cuya interpretación desconocemos- que mantuvimos *in situ*.

* **Unidad de tipo II** (Ñ E y W, O y P): De nuevo, nos hallamos ante un conjunto de espacios que a nuestro juicio constituyen una única estructura de hábitat, prácticamente idéntica en lo que a su planta se refiere a la unidad que acabamos de ver, pero con la novedad importante de añadir un nuevo espacio, P, de funcionalidad otra vez imprecisa, supuesta la enorme cantidad de material que, pese a los condicionantes que ha revestido su excavación, hemos podido recuperar en ella (Fig. 39).

También como la anterior, podría contar con dos o más pequeños compartimentos traseros, A, B, C ..., que intervinimos durante la campaña de 1985 y que, a diferencia de los que describiremos a continuación, pese a su magnífico estado de conservación en lo que a edilicia se refiere, aparecieron casi vacíos. Si formaron parte o no de las unidades base que estamos considerando, es algo que por el momento no podemos definir con precisión, en tanto no podamos ampliar la excavación por el Norte. Es la misma problemática que plantea el Espacio D, una suerte de pasillo paralelo a la Estancia P por el Norte que, a juzgar por una reparación detectada en el muro 7, tal vez comunicó en algún momento con Ñ/E. Por todo ello, y si bien en la lámina que refleja la Unidad detectada hemos preferido incluirlos, a efectos prácticos preferimos obviarlos por cuanto nada garantiza su pertenencia real a la misma, máxime si valoramos su compleja disposición topográfica.

Sí nos parece importante destacar que es en este sector del poblado donde hemos hallado la prueba más evidente acerca de la existencia en el poblado de cuando menos varias estructuras de doble planta, hecho favorecido sin duda por ser en esta zona donde los alzados de los muros se conservan a mayor altura. Así lo hemos podido detectar en el Dpto. A, en cuyo Muro 2, que lo delimita por el Oeste, se observa una línea entera de mechinales que han conservado las improntas de las vigas de doblado: se trata de 7 orificios semicirculares, com 10 cm. de diámetro y 4 a 8 cm. de grosor, recubiertos interiormente de una barro amarillento-verdoso de aspecto muy plástico que sirvió además para revocar el muro por el exterior, a la vez que para dar cohesión y trabar las diferentes lechadas de tapial dispuestas horizontalmente.

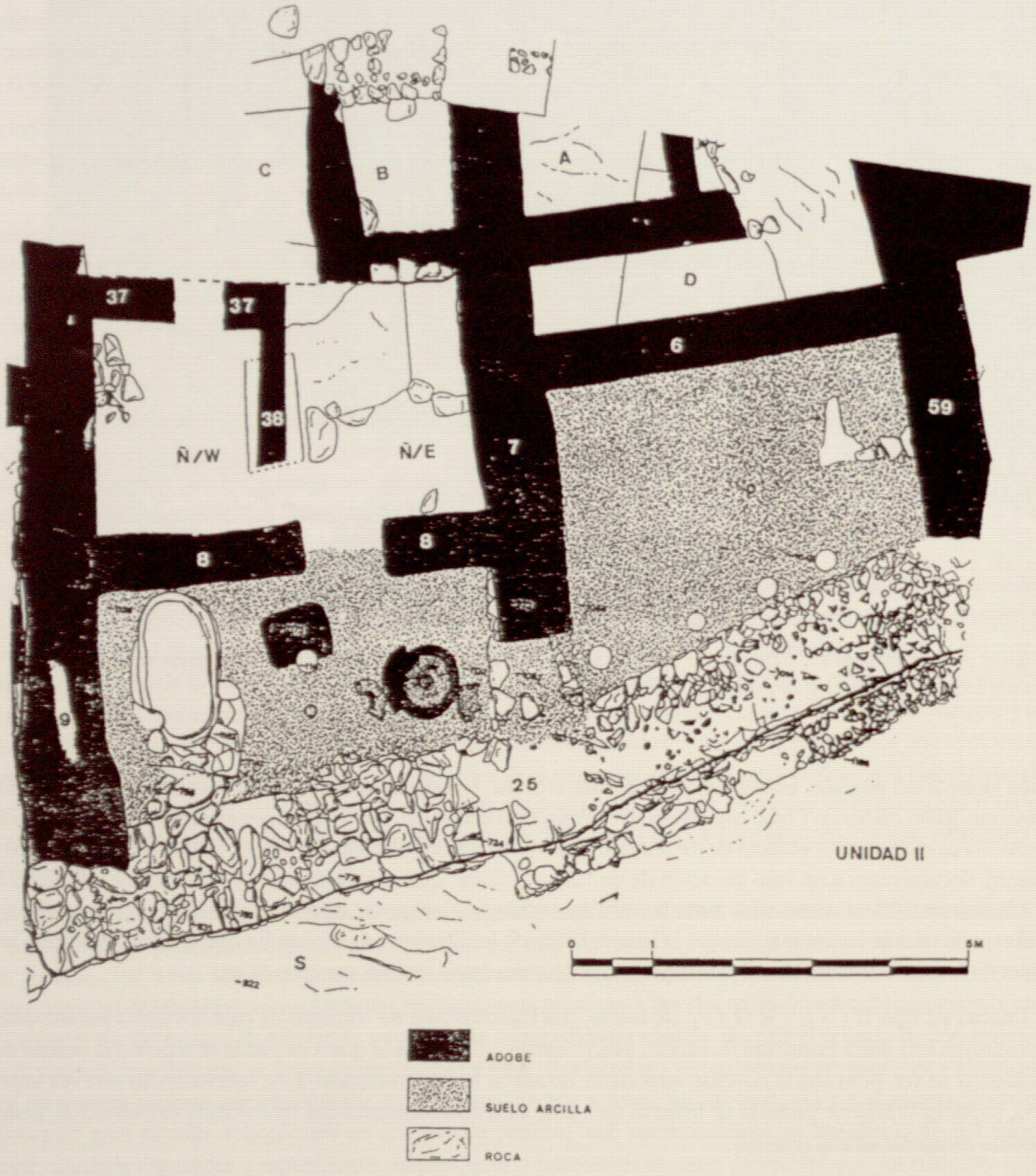


Figura 39b. Cerro de La Cruz. Unidad de hábitat Tipo II.

Esta circunstancia podría ser explicada por el uso de refuerzos interiores de carácter lígneo, bastante frecuente en las construcciones de tapial. A sabiendas de ello, nos pronunciamos por la hipótesis de la doble planta dado que siempre que documentamos mechinales de este tipo aparecen a la misma cota y que en algunos puntos, como veremos enseguida al hablar de las Estancias Ñ/E y W, la particular deposición de los escombros podría hacer pensar en el hundimiento de una cubierta de doblado que habría provocado cierta confusión en cuanto a la disposición de los mismos.

Estos datos, unidos al hecho de que dicha cubierta se dispone escasamente a 1'5 m. sobre el nivel de roca natural -lo que impide su habitación por parte de una persona de estatura media, erguida- y de que por encima de ella continúan en altura los muros, que en el caso del Muro 1 cambia además de técnica edilicia, delimitando un espacio superior, nos lleva a interpretar los Dptos. A, B, C y D como sótanos o unidades estructurales inferiores similares al almacén de ánforas de la Estancia L, a los que realmente ignoramos cómo se pudo acceder, si bien no hay que olvidar que entre los muros 2 y 7 hemos comprobado la existencia de un antiguo vano, amortizado en fecha posterior mediante tapial.

Por otra parte, y también en este área, entre el relleno de adobes, piedras y nódulos de margas, constatamos con frecuencia grandes fragmentos de barro con improntas vegetales -nunca directamente sobre los pavimentos que-, por sus propias características, nos hacen pensar en un entramado como soporte básico de una cubierta de elementos lígneos trabados, y seguramente impermeabilizados, con barro.

Ñ aparece delimitada al N por el Muro 37, muy afectado por labores clandestinas previas a nuestra intervención, de adobe sobre zócalo de piedra muy inferior en altura al que presenta el Muro 19, como él construído básicamente para salvar el aterrazamiento del cerro, eliminando presiones y empujes y sirviendo de apoyo a los muros trazados en sentido NS; al E por el Muro 7, más o menos de la misma tipología, bien conservado y con huellas de haber comunicado a través de un vano posteriormente colmatado con el Espacio D, y al Sur por el Muro 8, que abre a la Estancia O mediante una puerta de casi un metro de luz con los laterales achaflanados al interior de esta última para recibir una hoja de madera. De la misma forma, el muro 38, también de adobe y muy destrozado por causa de saqueos subterráneos previos, la divide en dos compartimentos que, a efectos puramente metodológicos, hemos denominado Ñ/E y Ñ/W.

La primera presenta un suelo de barro apisonado, dispuesto de manera directa sobre la roca natural, apenas regularizada a tal efecto, sobre el cual, entre el nivel de destrucción sellado por una gran cantidad de adobes sueltos y fragmentos enormes de una argamasa de cal y arena, de extraordinaria dureza, cuya interpretación precisa se nos escapa, pero que tal vez debe ser valorada en relación con esa doble planta -de la que hemos hablado más arriba y que, cuando los muros han conservado altura suficiente, ha quedado perfectamente reflejada en los huecos liberados por la desaparición de las vigas de doblado- documentamos un almacén de pesas de telar prácticamente calcinadas en número cercano al centenar. Dichas pesas, que en algún momento rodaron del apilamiento en que habían sido colocadas hasta alcanzar el Dpto. O a través del vano de comunicación entre ambas, presentan como elemento más significativo su uniformidad en cuanto a forma y tamaño -bastante considerable- y, sobre todo, una marca impresa en su lado superior con un motivo figurado que alcanzamos a distinguir con absoluta claridad: al parecer, dos personajes alados en el momento de iniciar un abrazo.

El alto número de piezas -que no fueron retiradas en su totalidad, confiando en que el poblado sería consolidado, cubierto y protegido en un período mínimo de tiempo, confianza que no llegó alcanzar una plasmación real-, así como su propia colocación, nos hace pensar más en un almacenamiento de las mismas que en los restos de un telar cuya ubicación, por otra parte sería bastante atípica; aún así, hemos de reconocer que las pesas de telar suelen aparecer acumuladas en diversas estancias donde se podría haber concentrado la actividad textil, mientras las fusayolas, que testimonian exclusivamente el hilado, se encuentran repartidas por todo el poblado. ¿Será todo ello, de nuevo, indicativo del reparto diferencial de funciones entre las distintas estancias documentadas, primando la actividad plurifuncional para las más complejas y la vivienda para las más elementales ...?.

En Ñ/W, sin embargo, el contexto relacionable con la destrucción e inmediato abandono del poblado no ha proporcionado otros elementos remarcables que el fragmento de una piedra hembra de molino, tallada en caliza, y alguna pesa de telar más, todo ello sepultado bajo un enorme bloque de argamasa durísima de cal y arena en cuyo interior aparecen embutidas bastantes pesas de telar, adobes y grandes fragmentos de ánfora, unas y otras en tal estado de dureza y mineralización que parecen haberse visto sometidas a un intensísimo incendio. No obstante, hasta el momento las muestras tomadas de estos contextos no han podido ser debidamente analizadas, por lo que realmente desconocemos en último extremo su auténtica interpretación. Todo parece indicar que nos hallamos ante un fenómeno un tanto extraño, aunque perfectamente enmarcable en el proceso de destrucción y de posterior deposición de escombros y derrumbes; con todo, la recuperación sobre esta masa y casi en superficie -Contexto e- de un amontonamiento de pesas de telar (al menos 35 ejemplares) similar al documentado en Ñ/E pero en el Contexto d, nos lleva a no ser tajantes en nuestra propia interpretación, en tanto no avanzemos en el conocimiento del poblado.

Por su parte, el espacio O, cuyas paredes interiores aparecían completamente enjalbegadas mediante capas renovadas de cal de apenas un par de milímetros de grosor incluyendo los zócalos de piedra (algo que resulta común a la mayor parte de los yacimientos ibéricos excavados) (Fig. 37a), abre también, como Q, al Muro 25, que como indicamos más arriba marca la línea de terraza, limitando esta zona del poblado. Presenta aproximadamente 1'5 m. de anchura y hasta el momento la estructura de todo el lienzo documentado es similar, con paramentos de grandes piedras careadas al exterior y trabadas con ripios o relleno de piedras de tamaño grande, mediano y pequeño. En su mitad oriental parte de su alzado meridional fue revestido con un rebanco de grandes piedras colocadas como refuerzo, a la manera de un contrafuerte.

La habitación, que comunica con las traseras mediante una puerta de casi un metro de luz para cuyo encaje se han conformado sendas jambas achaflanando el muro, presenta de nuevo un suelo de tierra apisonada (cocida por la acción del incendio que puso fin a la vida en el poblado, especialmente violento en esta zona) que se dispone de manera directa sobre la roca viva y que apareció cubierto de material -*vid. infra*-: gran número de platos de borde vuelto y pie indicado; varias páteras o "lucernas" de borde entrante; copas de diversa tipología, con o sin decoración; numerosas fusayolas y pesas de telar; dos ungüentarios de tipo fusiforme; abundante y variado instrumental de hierro; huellas de esparto (cuerdas y esteras) y madera quemada, etc. Todo ello aparece envuelto en cenizas y muestra signos de haber sufrido la exposición a un calor muy intenso, que ha provocado el lascado frecuente de la cerámica y el que los hierros, retorcidos en ocasiones por la misma causa, aparezcan incluso fundidos a las paredes de algunos vasos.

Aparte de esta abundancia en material, y a pesar de la escasa superficie que ocupa, el Departamento O ofrece una gran riqueza estructural, debiendo destacar en él, además del pavimento, perfectamente conservado, varios elementos que nos dan una clara idea de lo que pudo ser el interior de una vivienda o lugar de trabajo en baja época ibérica:

a. Junto a la puerta de comunicación con el Dpto. P, un molino harinero, que describiremos más adelante.

b. En el ángulo formado por los Muros 7 y 8, dos repisas de adobe escalonadas, de apenas 10 cm. de altura cada una, cuya funcionalidad específica no sabemos determinar por el momento. Sobre la superior, recuperamos un ungüentario completo de tipo fusiforme, muy deteriorado por la enorme temperatura a que debió verse sometido.

c. Más o menos en el centro de la estancia, si bien ligeramente desplazada hacia el NW, una plataforma de adobe de 80 x 60 cm. de lado, dispuesta directamente sobre el pavimento, que en su parte meridional se halla perforada por un orificio excavado en la roca de 30 cm. de profundidad. Este último apareció colmatado y disimulado *ex profeso* mediante argamasa de cal y arena, lo cual nos induce a pensar que pudiera tratarse del apoyo primitivo de un pie derecho amortizado en un momento posterior por causas desconocidas, tal vez porque el apoyo de la cubierta pasó a realizarse sobre adobes, cuya base sería la plataforma indicada.

Estructuras de este mismo tipo son consideradas como hogares en otros yacimientos, donde suelen ocupar un lugar central en la estancia principal, tal como ocurre en la casa que ahora nos ocupa. Es el caso de El Oral, donde los hogares, al igual que la plataforma que estudiamos, presentan dimensiones predominantes entre 2 y 3 pies, forma rectangular más o menos paralela a los muros que componen la estancia y en ocasiones una pequeña cazoleta central que tal vez sirvió para realizar el fuego, siempre colmatadas con posterioridad, y han sido construidos sobre el pavimento ya habilitado, pero en todos los casos aparecen con su capa superior endurecida, craquelada y ennegrecida por la acción del fuego (ABAD, SALA, 1993, 175 ss.), algo que no ocurre en el Cerro de la Cruz.

En el Recinto D del poblado de Alorda Park (SANMARTI, SANTACANA, 1992, 52 ss.; Fig. 23), una estructura enormemente similar a la que nos ocupa presenta en los ángulos sendos orificios de tan sólo unos centímetros de diámetro que pudieron haber servido de apoyo a una superestructura de hierro; de ahí la falta de cenizas y que la plataforma no presente huellas de fuego directo.

No pretendemos con ello afirmar que en el Cerro de la Cruz las cosas tengan que ser interpretadas así, máxime si tenemos en cuenta que a este tipo de superestructuras se les suele conceder una significación de carácter religioso, generalmente vinculadas a cultos domésticos. Sin embargo, creemos que es una idea más a tener en cuenta y que, sin duda, habremos de contrastar más, dado que en la misma estancia recuperamos además toda una serie de varillas metálicas, en hierro, cuya funcionalidad aún no hemos podido fijar con total exactitud, y que junto a la cara sur del Muro 4, en el Dpto B -cuya pertenencia a esta Unidad de hábitat, según ya hemos señalado, no parece clara- se dispone en vertical un gran bloque de piedra arenisca, similar al que es señalado también en el mismo Recinto D de Alorda Park, interpretado, en su conjunto, como un espacio de significación particular (SANMARTI, SANTACANA, 1992, 55).

d. Dispuesto junto al Muro 9, en paralelo con él, una cisterna de forma oval, también excavada en la roca, que describiremos igualmente en apartados posteriores.

e. Al Sur de esta última, prácticamente inmediata a ella, una pequeña pileta de forma elíptica con unas dimensiones de 60 cm de eje mayor y 38 de eje menor, una profundidad de 15 cm. y fondo plano. Está revestida del mismo material impermeabilizante que la cisterna, con la que obviamente entra en relación de algún tipo.

Este departamento, que como acabamos de ver presenta una enorme complejidad en cuanto a su uso y su propia interpretación funcional, aparece comunicado con P a través de un vano de aproximadamente 1'10 m. de luz (¿3 pies?), que viene marcado por la interrupción del Muro 7 (perfectamente careado al efecto) y el Muro 25, a partir de aquí conservado también al interior, sin que, a diferencia de lo que señalábamos para el muro 8, haya conservado huellas de puerta o vano alguno hacia el Sur (donde se abre, como recordaremos, la calle o espacio público S), por lo que el acceso real a estas viviendas -fueran o no de doble planta- sigue representando uno de los mayores retos para la interpretación y, lógicamente, de cara a intervenciones futuras.

La Estancia P fue ya parcialmente excavada durante la campaña de 1987, viéndose sometida, casi sin solución de continuidad, a una sistemática labor de saqueo que afectó de forma preferente al nivel de destrucción (uno de los sistemas preferidos por los clandestinos "habituales" del yacimiento, dado el enorme volumen de tierras a desplazar, ha sido el de localizar un estrato fértil y seguirlo mediante excavaciones subterráneas, a la manera de auténticas "toperas). Por esta razón, los resultados que habría podido aportar a nuestra investigación se han visto considerablemente reducidos, no obstante lo cual revisten un enorme interés.

Esta habitación aparece limitada al W por el Muro 7, ya descrito; al N por el Muro 6; al E por el Muro 59, todos ellos de adobe sobre breve zócalo de piedras irregulares apoyadas directamente sobre la roca, y al Sur por el Muro 25, que en este punto alcanza al interior una altura de casi un metro y que, según todos los indicios, fue el primero en ser construido, de forma que las estructuras asociadas al mismo por el Norte debieron ser adaptadas al espacio ya fijado, lo que motiva que no siempre sean rectángulos perfectos, caso de la que nos ocupa, más o menos trapezoidal . Desde el punto de vista edilicio, destaca la excepcional conservación de todos los alzados de adobe, que llegan a los dos metros y conservan incluso parte del fino revoco de cal que los cubría.

El suelo, de tierra batida, se vio realmente cocido por la acción del incendio ya tantas veces aludido, muy intenso en esta zona, lo que ha propiciado que, junto a la cara interior del Muro 25 y en línea con él se hayan conservado las improntas de cuatro soportes de madera con sección circular que seguramente obedecen a una estructura vertical cuyas características no podemos precisar con exactitud, pero que tal vez deba ser relacionada con el almacenaje de materiales. Han sido muchas las piezas documentadas en esta estancia, con frecuencia enteras, como bien puede apreciarse en el estudio de materiales: varias ánforas de galbo cilíndrico, con o sin decoración; numerosos platos y páteras de borde entrante; al menos ocho grandes tapaderas con decoración pintada; abundantes fusayolas y pesas de telar; un pico y una punta de lanza en hierro; una placa también de hierro y de forma circular, que tal vez sirvió como refuerzo a una rueda de carro, etc.

La excavación de este sector sólo profundizó hasta el pavimento de tierra batida, por lo que ignoramos si bajo él pueden quedar huellas de alguna fase anterior.

Si prescindimos de las estancias A, B, C, P y D, esta Unidad II vendría a disponer de una superficie habitable prácticamente idéntica a la de I; no obstante, si contabilizamos al menos P, cuya pertenencia a la casa cosideramos probada, su superficie crece hasta unos 82 m^2, lo que la convierte en la mayor estructura de hábitat documentada hasta el momento en el Cerro de la Cruz, frente a los 56 de la Unidad contigua, los 40/45 de JLR, los 15 de la Unidad III y los 17 de la Unidad IV (seguramente aún no excavada completa), hecho que, unido a las características un tanto peculiares de los elementos muebles recuperados en ella, tal vez nos deba conducir a darle una interpretación individualizada.

Constituye, en definitiva, una estructura compleja, de planta bastante inusual en lo que al mundo ibérico andaluz se refiere -sólo en los últimos años se han podido documentar casas de este mismo tipo en yacimientos intervenidos también de forma sistemática, caso de la Plaza de Armas de Puente Tablas (Jaén)- y que habrá que analizar aún en detalle desde el punto de vista urbanístico, sobre todo teniendo en cuenta que en el propio poblado existen otras Estancias, caso de la F o la AB, en los Sectores Central y Norte, respectivamente, que, de acuerdo con esta primera valoración, parecen viviendas estructuradas en un solo espacio de planta rectangular, más o menos enriquecido con otros elementos como molinos, bancos corridos o telares.

Modalidad B.

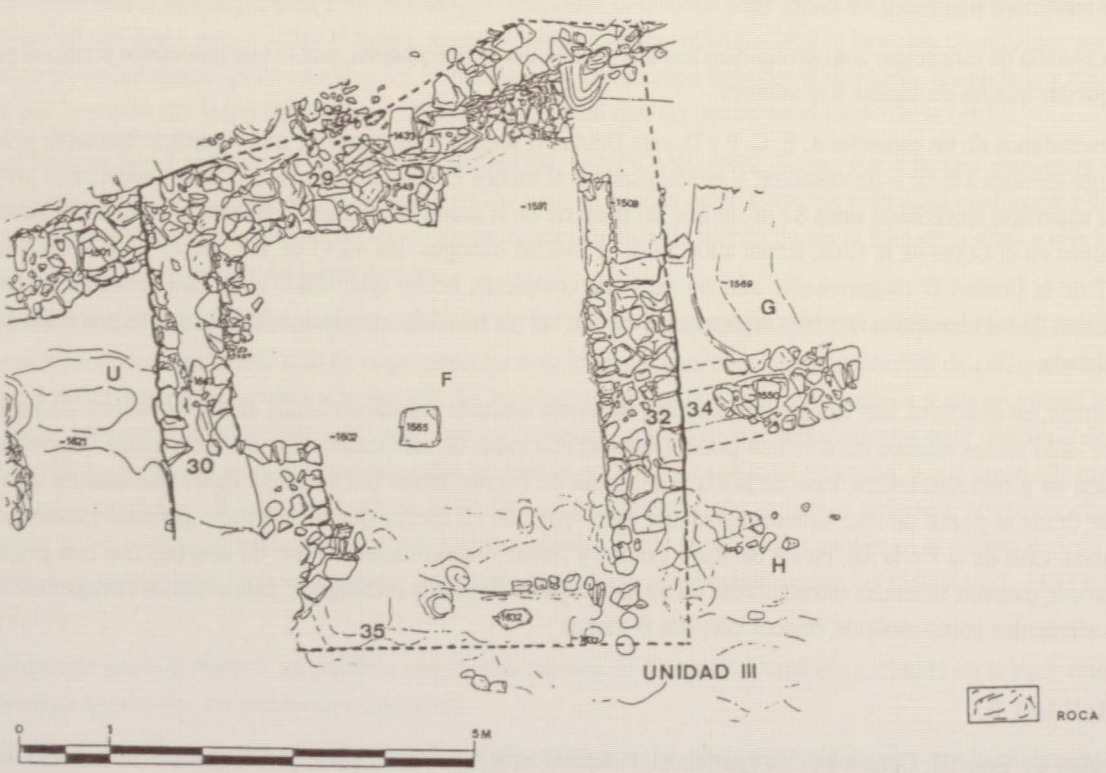
* **Unidad de tipo III**. Constituye, en apariencia, y siempre con base en el estado actual de nuestro conocimiento sobre la disposición urbanística del Cerro, un ejemplo paradigmático de la última categoría de viviendas a la que acabamos de referirnos (Fig. 40).

Aparece limitada al Norte por el Muro 29, al Este por el 32, al Oeste por el 30 y al Sur por un muro similar que ha desaparecido, pero que hemos podido recrear por una leve entalladura practicada en la roca de base con objeto de facilitar su cimentación. Todos ellos se limitan a los zócalos de piedra, si bien algunos de sus alzados, sobre todo el correspondiente al Muro 32, de tapial, han podido ser documentados volcados en toda su altura hacia el interior de la estructura, sellando así el nivel arqueológico de abandono, que en este caso no presenta ninguna huella de violencia.

El Muro 32, con restos de tapial sobre su mitad E, ofrece una anchura de 1'08 cm (¿ 3 pies?) y fue construído con piedras de tamaño diverso, careadas a ambos lados, que forman dos hiladas exteriores entre las que el espacio resultante se rellenó de mampuesto irregular. No conserva revoco en ninguna de sus caras y, en lo que respecta a la argamasa de unión, se empleó barro mezclado con cierta proporción de cal. El zócalo conservado alcanza una altura de 104 cm. De esta forma, si tenemos en cuenta también su alzado en tapial que, al haber quedado reflejado en Corte, nos da una elevación aproximada de 180 cm., nos encontramos con una estructura de al menos 284 cm. de altura (¿ 8 pies?) a partir del pavimento. Si a esto le sumamos las hiladas que hayan podido perderse o quedar desvirtuadas en la estratigrafía, obtenemos un espacio habitable de al menos 3 m., lo que nos proporciona unas dimensiones parangonables a las de nuestras viviendas actuales.

Compone F un único espacio rectangular, orientado en sentido N-S y prácticamente vaciado en la roca, que ha sido tallada hasta conseguir una superficie más o menos horizontal que hace las veces de pavimento. Cuenta con un bloque de piedra caliza y forma rectangular cimentado sobre la roca que debió servir como base de un pie derecho central aunque algo desplazado hacia el Sur, de forma similar a como se observa en otros mucho poblados, caso del recientemente publicado de Alorda Park (SANMARTI, SANTACANA, 1992; Recinto D; 52 ss.; Fig. 49); poyos corridos adosados a las paredes interiores N y E, de forma que, al tiempo que aportan una utilidad práctica, revisten las irregularidades de la roca en los puntos en que ha sido rebajada respecto a la terraza superior, siempre ateniéndose al principio de economía de trabajo; techumbre posiblemente a una sola vertiente, apoyada sobre un entramado de vigas cubierto por cañizo o elementos vegetales y una capa de barro impermeabilizante; una sola planta, con una altura aproximada de tres metros, y, según parece, salida por el Sur a un espacio no urbanizado.

Responde a un modelo de vivienda elemental, por lo general sin ningún tipo de compartimentación, que se reparte por toda el área ibérica y a lo largo de todo el período en que se centra el desarrollo de eesta cultura. Por ello, no consideramos necesario acudir a una relación indefinida de paralelos, cuya aportación sería más que dudosa. Baste con remitir al reciente estudio realizado por ejemplo para el poblado de Alorda Park, donde se atribuyen este tipo



Figuras 40. Cerro de La Cruz. Unidad de hábitat Tipo III.

de viviendas a pobladores dedicados a labores agrícolas de carácter básico u ocasional que, o no producían excedentes, o bien disponían de otros edificios para guardarlos (SANMARTI, SANTACANA, 1992, 44 ss.) -¿podría quizás esta idea abonar nuestra hipótesis de que estos recintos pudieran haber sido las viviendas como tales, mientras deberíamos entender los más complejos, caso de las Unidades I y II, como lugares de almacenaje, trabajo y transformación ...?. Entiéndase en cualquier caso como una simple elucubración de trabajo, que deberemos matizar con el tiempo-.

Para colocar la base del pie derecho -que presenta unas dimensiones de 40 x 30 x 70 cm.- se abrió una zanja de cimentación en el pavimento de roca sobre la que se extendió una delgada capa de tierra ocre cribada que actuó como base real. La estancia presenta una superficie total de unos 15 m^2. y el espacio al que abre, H, parece constituir una calle o lugar de uso público donde, como elemento de más difícil interpretación, hemos de señalar la presencia de cinco orificios semicirculares tallados en la roca, próximos a una gran cubeta también vaciada en la superficie natural del cerro, cuya funcionalidad por el momento no nos resulta del todo clara. La amortización de unos de estos orificios por la zanja de cimentación del Muro 35 indica claramente su cronología anterior a la gran reestructuración del poblado.

Cazoletas de este mismo tipo han sido documentadas en la excavación del Cerro Salomón, donde son interpretadas como morteros para la trituración del mineral (BLANCO, LUZON, RUIZ MATA, 1970, 156 ss., Lám. XIII). Por otra parte, hoyos semiesféricos muy similares, también excavados en la roca y sólo en algunos casos de diámetro algo superior, han sido reseñados en el yacimiento de Burriac (Cabrera de Mar, Barcelona). Aparecen en torno a un almacén de *dolia*, pero nada se indica en relación con su funcionalidad -probablemente contribuir a la estabilidad de los contenedores-.

Finalmente, en un lugar llamado "El Cuatrón" (Farasdués, Zaragoza) fueron excavadas en 1979 un conjunto de balsas escalonadas y comunicadas entre sí, labradas en la arenisca rocosa, cerca de las cuales se observan cuatro grupos de cuatro orificios semicirculares dispuestos en cuadro que resultan idénticos a los que nos ocupan. El conjunto se interpreta como una instalación destinada a la manufactura del lino, de forma que los orificios señalados servirían como morteros donde se agramarían los tallos ya macerados por la acción del agua y liberados de la mayor parte de su humedad (ALFARO GINER, 1984, 5657, Fig. 25, Lám. II, 2). Esta es, a nuestro juicio, la interpretación más ajustada a la problemática del Cerro de la Cruz, si bien, como tantos otros aspectos, deberá ser contrastada con la información que puedan proporcionarnos nuevas intervenciones.

Por otro lado, al Sur del soporte de arenisca antes descrito, casi en el ángulo SE de la habitación, observamos un orificio abierto en la roca de tendencia rectangular 24 x 14 cm. de lado x 15 de profundidad y, al SO del mismo, otro de semejante tipología -20 x 10 x 10 cm.- que, a todas luces, debieron también servir como apoyo de pies o soportes de algún tipo de techumbre, si no del departamento principal, dada su extraña angulación, sí al menos de alguna estructura anterior a la que nos ocupa, lo que explicaría su posterior colmatación por medio de cal y arena.

Aparte de lo dicho, no hallamos resto alguno de hogares ni de división estructural de la pieza, pero al NE de la misma aunque sin comunicación física con ella en la altura conservada por los paramentos, y más o menos a la misma cota, se dispone un pequeño compartimento, G, donde pudimos excavar un denso nivel de tierra negruzca con abundantes manchas de carbón; cerámica ibérica de gran calidad y, sobre todo, una gran proliferación de huesos animales. Entre ellos constatamos restos de ovicápridos, cérvidos, suidos, etc., que nos hacen pensar en dicha estancia como un basurero o zona de arrojo para los desechos de cocina generados por los habitantes de la estructura aneja, de manera similar a como se señala para otros yacimientos como El Oral, donde es frecuente que estas acumulaciones de detritus ocupen estancias secundarias de las casas (ABAD, SALA, 1993, 183).

Este nivel apoya de forma directa sobre la roca madre, que dibuja una especie de cubeta central donde se daba la mayor aglomeración de huesos, y un rebanco al W. coincidente con una hilera de grandes piedras que protegían la parte inferior del Muro 34, al Sur de la estancia. Estas piedras pudieron ser colocadas para evitar el deslizamiento de dicho muro, asentado sobre un pequeño abultamiento de la roca, o bien como banco corrido a lo largo del paramento central, por lo que este pequeño espacio pudo tener en origen un fin habitacional que, con el tiempo y por causas que se nos escapan, fue modificado.

En función de todo lo anterior, y a diferencia de lo que ocurre en el resto del poblado, donde por el momento sólo contamos con pruebas seguras de una fase de habitación, correspondiente lógicamente a la última remodelación urbanística de aquél, en esta zona hemos podido distinguir de manera provisional tres fases constructivas , que se corresponden a su vez con otras tantas fases de ocupación.

No obstante, todas estas consideraciones deben ser tomadas con precaución, dado que este sector fue intervenido durante la primera campaña que realizamos en el poblado -por lo que nos faltaban muchos de los elementos de contraste que hemos podido manejar posteriormente-, que sólo lo conocemos de manera muy parcial y que la aparente diferencia que se observa en la cantidad y calidad de los materiales recuperados en los niveles bajos, así como el presunto abandono pacífico de este área puede deberse a toda una multiplicidad de factores, entre ellos: distinta funcionalidad de las estructuras (habitación *versus* almacenaje y trabajo); diferente proceso deposicional; posible retranqueo del poblado tardío respecto al de Plena Epoca (de forma que el Muro 25 estaría quizás marcando una línea de muralla, que habría dejado al exterior una zona habitada de antiguo al menos parcialmente colmatada); actuación diferencial del incendio que termina con la habitación en el Cerro, etc.

Fase I. Vendría representada por los orificios semicirculares excavados en la roca al Sur de F, los huecos restantes de distribución irregular abiertos en la zona para apoyo de posibles pies derechos de madera, y las entalladuras en la roca (cubeta y escalón de acceso) documentados en H. Posiblemente, todos ellos responden a un momento inicial del poblado en el que este sector no había sido aún urbanizado y tal vez se hallaba ocupado por tiendas o simples cabañas cuya cronología no podemos determinar por la ausencia de restos materiales.

Fase II. Representa la etapa principal de ocupación de la zona intervenida, centrada en los Dptos. F y G y reflejada a nivel estratigráfico en los Niveles E y D, acumulados en un momento anterior al derrumbe de la estructura y contemporáneos en cuanto a su cronología, que se puede fijar a finales del siglo IV o comienzos del siglo III a.C., prolongándose a lo largo de todo este siglo. El abandono de la zona tendría lugar de forma pacífica, sin que hayamos podido apreciar ningún rastro de violencia.

Fase III. Tras la colmatación del Dpto. F, aprovechando la gran anchura y consistencia del zócalo del Muro 32, que seguramente afloraba en parte, sobre su mitad E se elevó un nuevo muro de tapial que pasó a delimitar por el W la que hemos denominado Estancia Y, dotada de un pavimento de cal renovado al menos por dos veces y de un banco corrido elaborado con un mortero de cal y arena que precisamente se adosó también al muro occidental. Esta tercera fase viene representada por el Nivel A, que a juzgar por una primera valoración de sus materiales debe fecharse a lo largo del siglo II a.C., probablemente hasta la destrucción del poblado, reflejada estratigráficamente en este punto, cuyo proceso deposicional resulta, en todo caso y por las razones que fuere, diferente por completo al documentado en las zonas mejor conservadas de los Sectores Central y Norte.

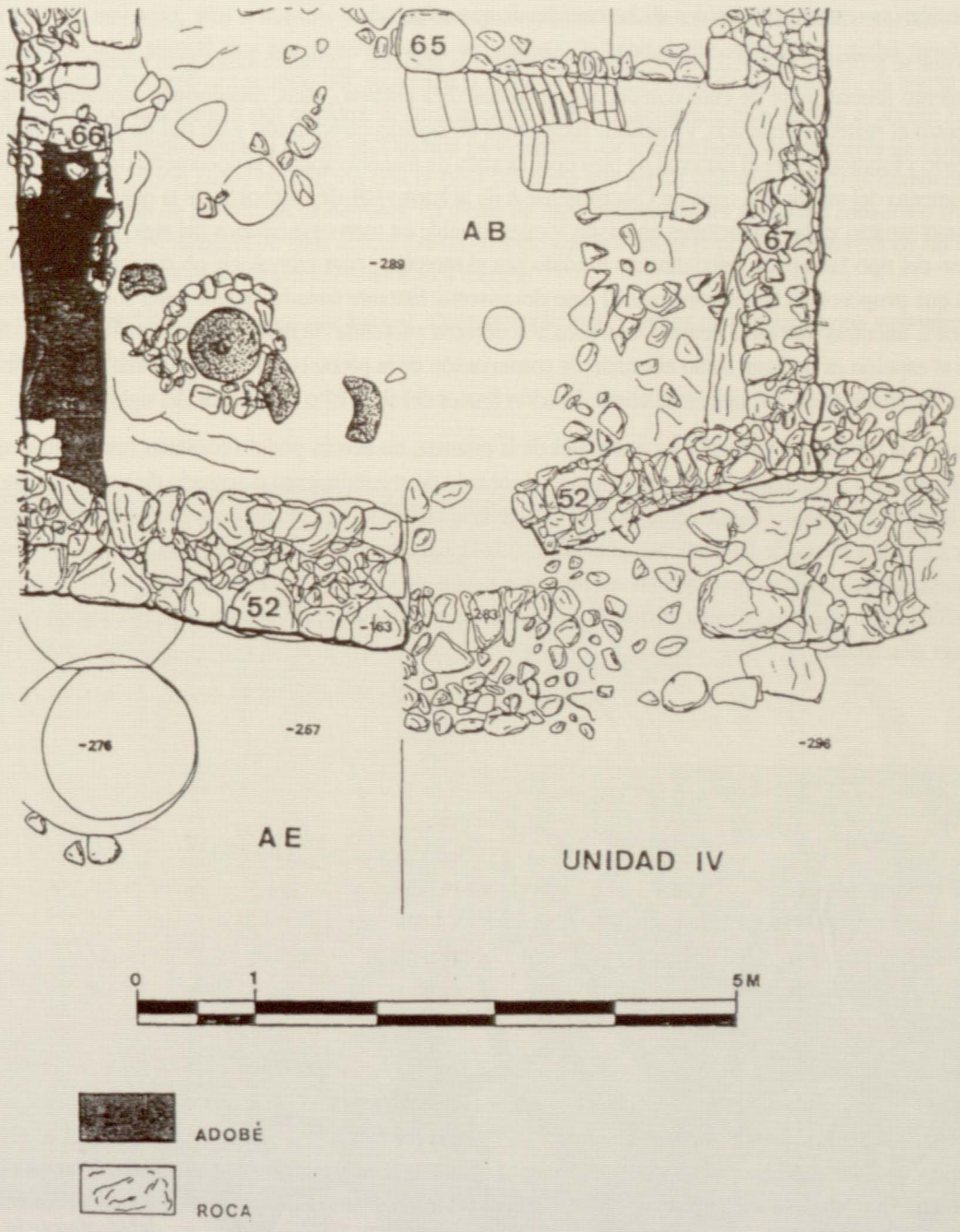
Por último, cabría hablar del aterrazamiento de piedras excavado en C16: a nuestro juicio, constituye tan sólo parte de un sistema de muros de contención que habrían sido construidos recientemente con objeto de limitar en la medida de lo posible los fuertes arrastres provocados por la elevada pluviometría de la zona y, a la vez, facilitar las labores agrícolas en aquellas terrazas que, por su menor inclinación, permiten algún tipo de cultivo (no olvidemos, por ejemplo, que P. Paris y A. Engel, cuando excavan en el Cerro de la Cruz, reducen bastante el espacio intervenido entre otras razones *"parce que les garbanzos semés entre les oliviers átaient en plene culture"* (PARIS, ENGEL, 1906, 56 ss.).

* **Unidad de tipo IV** (Fig. 41). Si bien no ha sido aún terminada de excavar, por lo que es posible que su planta se modifique cuando esta circunstancia se cumpla -muy especialmente porque el Muro 65, que la limita por el Norte, podría constituir en realidad, con sus tres grandes bloques calizos embutidos a la manera de "tirantes", el límite de un porche o cualquier otra estructura de carácter similar-, hemos creído conveniente aludir a ella, aun conscientes del riesgo que corremos, por la perfecta coherencia que presenta como núcleo de habitación, así como por su riqueza estructural, que la hace especialmente atractiva desde el punto de vista del análisis microespacial (tal como veremos más adelante, cuando presentemos el estudio de los materiales).

Constituye, con mucho, la estancia mayor del sector septentrional del poblado (aprox. 5'20 x 3'30 m., lo que proporciona una superficie de unos 17 m^2). La delimitan al Este y al Oeste los Muros 67 y 66, respectivamente, que revisten, mediante paramentos de piedra irregular, el corte de la roca efectuado para salvar el desnivel con los espacios contiguos, y al Sur el Muro 52, el más ancho de todo el Sector (1 m.), construído con piedras grandes e irregulares pero bien dispuestas por ambas caras y relleno informe al interior mezclado con arcilla. Su estado de conservación resulta muy variado, de forma que mientras en algunos puntos presenta más de un metro de alzado, en otros tan sólo ofrece una hilada; con todo, ha conservado perfectamente un vano de comunicación con AE -calle dispuesta en

sentido EW, de la que después hablaremos-, que presenta como elementos más significativos el umbral empedrado y una considerable amplitud.

Por último, al N, practicamente coincidiendo con el Corte del sector excavado, la estancia aparece limitada por el Muro 65, de peculiar estructura. Tres grandes piedras talladas en forma de paralepípedo y espaciadas a intervalos no del todo regulares (2'00 y 2'20 m.) sirven de tirantes a sendos lienzos de piedra pequeña e irregular aunque cuidadosamente colocada. La parte oriental, pese a haberse visto afectada por uno de los hoyos medievales que también destruyó parte del Muro 67, ha mantenido un relativo buen estado de conservación; por el contrario, la occidental ha desaparecido casi por completo, manteniéndose sólo, asentadas de forma directa sobre la roca, tres simples piedras de la primera hilada del zócalo. La ausencia de restos del alzado caídos al interior de la habitación, así como su particular técnica constructiva, nos hacen pensar en la posibilidad de que este muro -que trae a la memoria imágenes de técnicas similares de origen semita- no represente realmente el cierre septentrional de la estructura, si bien, como en tantas otras ocasiones, esta hipótesis habrá de esperar para ser contrastada a que podamos practicar nuevas excavaciones.



Figuras 41. Cerro de La Cruz. Unidad de hábitat Tipo IV.

La estancia fue vaciada en la propia roca, que constituye el pavimento, rellenado cuando se hizo necesario con barro rojizo y algunas piedras planas colocadas horizontalmente y a la misma cota. En el ángulo SW se sitúa un molino completo, con la piedra de base todavía en su posición original, afianzada sobre un pequeño zócalo circular de piedras que servía además para recibir el fruto de la molienda, mientras la hembra, fracturada y desplazada por el derrumbe, pudo ser recuperada en los alrededores. Junto al Muro N, y ocupando un espacio central en relación con el mismo, se ha conservado un depósito importante de adobes cuidadosamente apilados y cocidos por causa del incendio que destruyó la estructura. Se trata en nuestra opinión de material de construcción almacenado con vistas a una obra. La forma en que parte de ellos han caído parece, por otro lado, proporcionarnos la secuencia de dicha destrucción: en un primer momento se habrían derrumbado el techo y el Muro 52 (Sur) para más adelante caer el Muro 65 (Norte), que arrastraría los adobes superiores del apilamiento sobre el derrumbe previo de la techumbre y del Muro 52. No existe posibilidad alguna de que estos adobes correspondan a la caída de ninguno de los alzados de los muros adyacentes.

En la esquina Sureste pudimos documentar los restos de un telar, del que nos han quedado abundantes fragmentos de madera quemada y al menos 38 pesas que en numerosas ocasiones han conservado incluso en sus orificios de suspensión los restos carbonizados de las cuerdas de que colgaban.

Por lo que se refiere al material, resulta, como veremos más adelante, abundantísimo: gran número de vasos de almacenamiento (buena parte de ellos con decoración geométrica pintada), ollas, caliciformes, tapaderas, ungüentarios, etc., entre el material cerámico, y cuerdas, recipientes de esparto carbonizado y un útil de plomo completamente aplastado y fundido, entre el material de otro tipo. Destaca de manera especial la documentación directamente sobre el pavimento del asa de una copa de Campaniense A de la Forma 68L de Lamboglia de la que hemos recuperado en el mismo espacio varias imitaciones en pastas locales, datable en torno a mediados del siglo II a.C., y de un bronce romano del tipo Jano-proa, parcialmente fundido por el incendio, cuya cronología no resulta del todo discordante con la que proporciona la campaniense. El Jano del anverso, bastante dañado, parece tener sobre la cabeza la marca de valor I, mientras que en el reverso, con proa a la derecha y leyenda "ROMA" debajo, la existencia de dicha marca frente al espolón es dudosa. Dado el estado de conservación de la pieza, con 42'5 gr. de peso, y las distintas posibilidades de clasificación, proponemos como datación finales del siglo III o comienzos del siglo II a.C.

A pesar de la riqueza estructural y en materiales de la estancia, no hemos podido constatar resto alguno que resulte identificable con un hogar, ni sabemos tampoco el método de recubrimiento o acabado de los paramentos, interiores o exteriores, aunque lógicamente es fácil presumir la utilización de un sistema similar al documentado en el Sector Central a través de habitaciones como la Ñ o la O. Otro tanto cabe decir de la techumbre, de la que no nos han quedado restos claros pero que tal vez haya que suponer a una sola vertiente, hacia el Sur. Tampoco contamos con información que nos permita afirmar la existencia de una doble planta, si bien creemos que tal posibilidad no debe ser descartada.

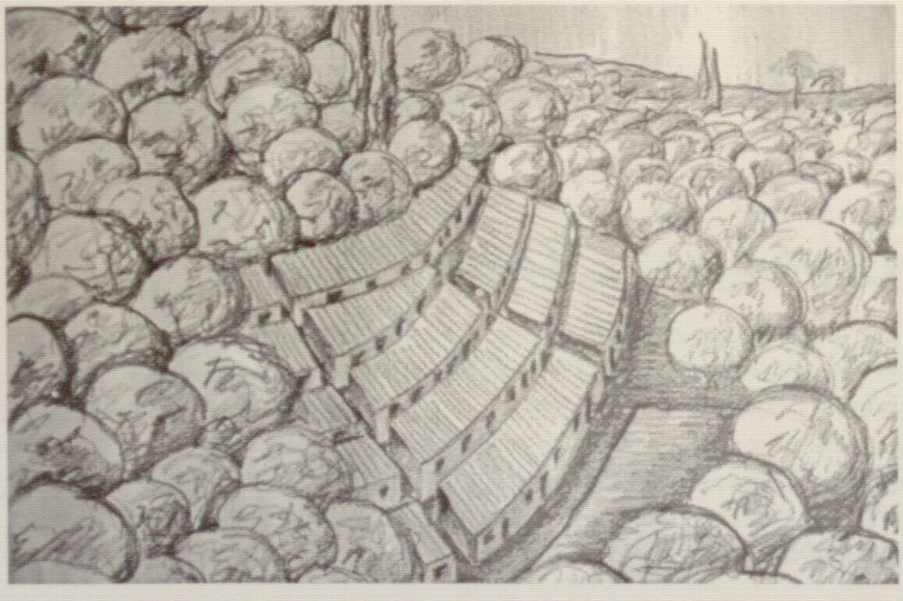


Figura 42-a. Cerro de La Cruz. Recreación ideal del aspecto general que debió ofrecer la parte excavada del poblado (Dibujo: E. Artacho).

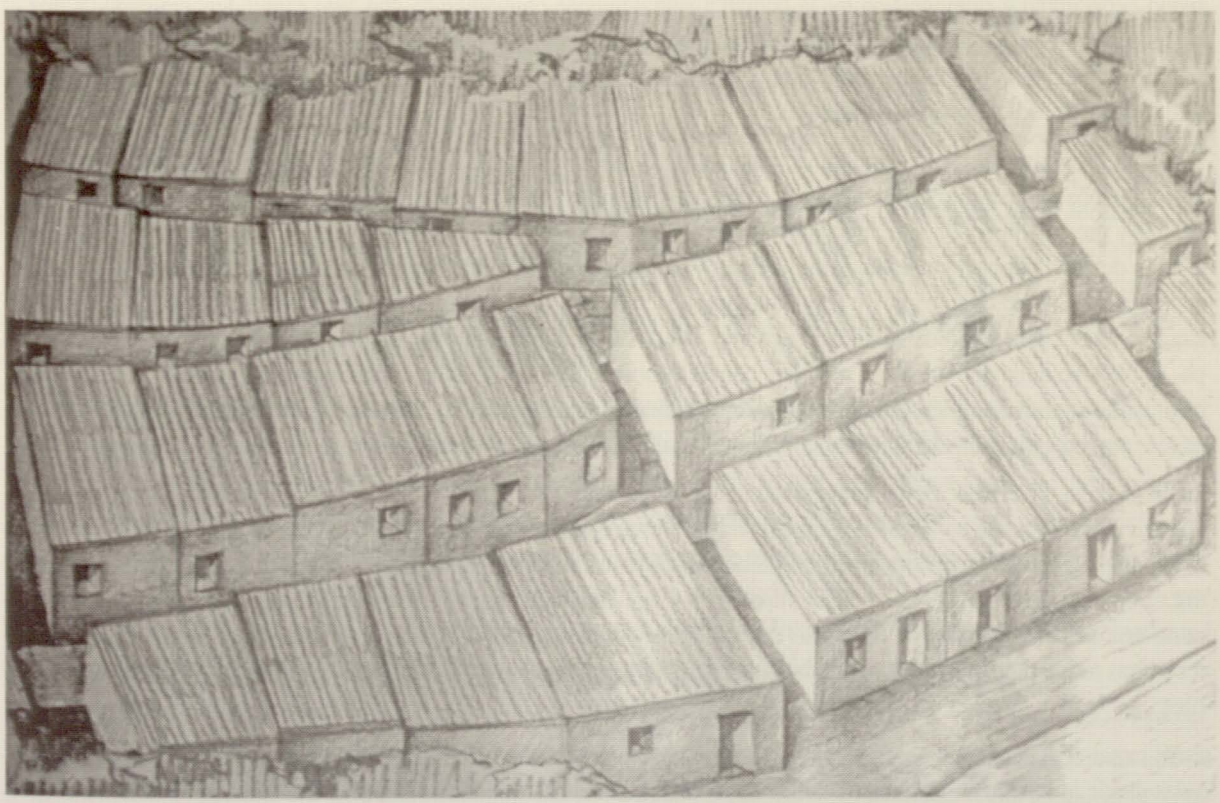
D. Las calles.

Hasta la campaña de 1989 desconocíamos por completo -aunque pudiéramos presumirlo- el sistema de accesos y comunicación en el interior del poblado que excavamos en el Cerro de la Cruz. Tras esta última fase de los trabajos, la información de que disponemos sigue siendo enormemente limitada, pero aún así podemos deducir que nos hallamos ante un típico hábitat de montaña, que se dispone salvando las pendientes más o menos pronunciadas mediante un sistema de aterrazamientos excavados en la roca componiendo lo que se viene denominando para la urbanística ibérica un *"poblado en ladera escalonada"*, con una disposición de los espacios de tránsito de tipo *"radial cónico"* (GUSI, OLARIA, 1984). (Fig. 42a y 42b).

Continuamos sin saber si las particulares soluciones arquitectónicas aplicadas a las viviendas -al parecer de doble planta, si juzgamos por los escasos ejemplos que, como ya hemos comentado, han podido ser contrastados- pudieron generar el que los accesos a las mismas se realizaran desde los techos o incluso que éstos facilitaran el tránsito sirviendo de calle en el caso de las zonas de mayor pendiente, tal como puede observarse aún hoy en zonas de morfología similar como pueda ser la Alpujarra granadina.

A esta hipótesis parece oponerse la disposición urbanística del Sector Norte y su aparente forma de conectar con el Sector Central. Sin embargo, muy a nuestro pesar no nos encontramos todavía en condiciones de teorizar en este sentido, pudiendo sólo afirmar que nos hallamos ante un sistema de hábitat que salva las acusadas pendientes mediante rampas que discurren en sentido E-W, siguiendo la línea de la ladera y muy probablemente en zigzag. Cada cierto trecho -tal vez condicionado por el cierre de una manzana o de un aterrazamiento- facilita el acceso rápido, aunque sin duda más fatigoso dada su cuesta mucho más pronunciada, de una terraza a otra a través de callejones trazados con una disposición radial en relación con la cima del cerro que serían utilizados fundamentalmente por las personas; en perjuicio de las rampas principales, en teoría de uso preferente para vehículos rodados o trasiego de animales, pese a que en ninguna de ellas hemos podido comprobar por ahora la posible existencia de las típicas rodadas de carros habituales en otros poblados de época ibérica.

De rampas y accesos radiales tenemos ya, por fortuna, algún ejemplo más o menos pardigmático que a continuación describimos de forma muy somera:



Figuras 42-b. Cerro de La Cruz. Recreación ideal del aspecto general que debió ofrecer la parte excavada del poblado. Detalle (Dibujo: E. Artacho).

Rampas.

Si bien todas ellas presentan una morfología bastante diferente, en esencia no nos cabe duda de que responden a una misma concepción del hábitat en montaña y, sobre todo, de cómo deben distribuirse en éste los espacios de tránsito. Hasta el momento, contamos con tres ejemplos que pueden englobarse en esta categoría:

* **Espacio AE (Sector Norte)** (Fig. 37-b.2): Constituye un espacio dispuesto en sentido aproximado WE, al que abre por el N la Estancia AB, que hemos analizado un poco más arriba, estructurando en definitiva, desde el punto de vista urbanístico, dos terrazas contiguas. De acuerdo con un pequeño corte de sondeo que efectuamos en la Cuadrícula K16, fue construida de la siguiente manera: sobre la roca natural del cerro, bastante irregular y, según creemos, parcialmente retocada hasta forjar una especie de zanja continuada en forma de pseudoartesa, fue dispuesta una cama irregular de piedras sueltas y tierra con mucha cerámica. Sobre ellas se depositaron capas sucesivas de piedras pequeñas y cerámica machacada, para rematar finalmente la obra con una capa de horizontalización formada por piedra pequeña y miles de fragmentos cerámicos unidos con barro y algo de cal. En algunos puntos, no obstante, este último contexto (e/bl) parece asentarse directamente sobre la roca natural del cerro. Es una zona que apenas ha proporcionado material y que parece haber conservado a diferencia de lo que ocurre con otras unidades similares, como veremos a continuación para el caso de S, el carácter de área de tránsito hasta la destrucción del yacimiento. La anchura de este espacio oscila en torno a los 2'80 m. (¿7'5 pies?) excepto en la zona oeste, donde una especie de rebanco adosado por el Norte al Muro 68 la reduce a 2'30 m. Hasta la fecha, hemos excavado la calle en unos 10 m. de longitud; su perfecta documentación, tanto en lo que a técnicas constructivas se refiere como a elemento estructurador del espacio, constituye uno de los objetivos básicos que deben guiar nuestras futuras intervenciones en el yacimiento.

Espacio S: Es un callejón dispuesto también en sentido aproximado WE, al Sur del Muro 25, delimitando un espacio abierto en la roca (que no ha recibido ningún tipo de preparación al efecto) utilizado como basurero en la última fase del poblado y que estructura de nuevo dos terrazas contiguas, si bien marcadas por un fuerte descenso de la pendiente. Su anchura oscila de nuevo en torno a los 2'80 m. (¿7'5 pies?), lo que nos hace pensar en la existencia de un criterio claramente definido a la hora de concebir y disponer los espacios de tránsito.

En relación con él debemos aludir otra vez a la problemática que plantea el distinto funcionamiento estratigráfico de los dos grandes sectores del poblado, algo que admite hipótesis tan arriesgadas como la de suponer un retranqueo de la zona habitada, en baja época ibérica, hasta el interior del Muro 25, a lo que se opone el aparente desarrollo económico y demográfico de la comarca precisamente coincidiendo con esta etapa. Sin embargo, y por el momento, hemos de limitarnos a comentar estas ideas como simples posibilidades que, lógicamente, habrá de tener en cuenta de cara a futuras intervenciones e interpretaciones, pero que por ahora no pasan de ser lo que su propia definición nos indica: simples conjeturas.

Según hemos ya indicado, el Espacio S, abierto directamente sobre la roca, no recibe ningún tipo de tratamiento; aún así, en su mitad sudoriental, revistiendo la roca y paralelo a él, se dispone un amontonamiento de piedras redondeadas y gredas -Muro 27- que, de acuerdo con los datos obtenidos, no podemos interpretar sino como un simple relleno destinado a horizontalizar la superficie del cerro y elevar el nivel del suelo, facilitando así el acceso a las habitaciones de la terraza superior. De la misma forma, y en línea con él, aunque algo más desplazado hacia el N, se localiza una nueva alineación de piedras irregulares -Muro 26-, bastante informe, cuya interpretación exacta se nos escapa, si bien se halla sin duda en relación con la problemática de la calle, y finalmente, al exterior del Muro 25, reforzándolo en su también mitad sudoriental, se observa una especie de rebanco elaborado con piedra bien escuadrada que, en este caso, debió tener como funcionalidad esencial servir de refuerzo a la citada estructura.

Es un espacio, por tanto, cuya significación real aún no hemos podido penetrar, y esta impresión se agudiza si tenemos en cuenta el relleno arqueológico que ha proporcionado: En efecto, sobre la roca e incluso sobre el Contexto 27 se disponen varios depósitos sedimentarios conformados por tierra suelta con abundancia de cenizas, con distinta potencia según los puntos y separados entre sí por capas alternadas de tierra arcillosa. La tierra cenicienta contiene una altísima proporción de hueso calcinado, así como material cerámico muy abundante, que incluye bastantes piezas más o menos completas, rotas de antiguo, en tanto que los paquetes arcillosos resultan prácticamente estériles.

Estas capas sedimentarias alternadas no son horizontales, sino que buzan hacia el Sur, como si hubieran sido arrojadas desde la terraza superior, que debió abrir -si es que realmente lo hizo- a través del Muro 25. Nuestra interpretación provisional supone, por tanto, la consideración de este espacio como un callejón entre el conjunto de departamentos que se disponen al interior de aquél y el situado al Sur del Muro 27 que habría sido utilizado como basu-

rero, periódicamente saneado mediante el expediente de sellar las masas de restos orgánicos con capas más o menos uniformes de tierra arcillosa. Siguiendo, por tanto, una dinámica bastante habitual en la época, perfectamente probada por lo demás en muy diversos yacimientos, entre los cuales podemos destacar El Oral (ABAD, SALA, 1993, 188).

* **Espacio H**. Ya descrito cuando analizamos la problemática planteada por el Dpto. F, constituye en realidad un espacio abierto -no sabemos si realmente una calle, concebida como tal-, ubicado al Sur de la terraza más baja del Sector Central y que, según parece, fuera o no de manera coincidente con la última fase de ocupación del poblado (*Vid.* en este sentido las razones aducidas más arriba, donde proponemos para esta zona tres fases de habitación), fue utilizado como área de servicio, en relación con la manufactura del lino. Si a esta atribución unió en su momento la de servir igualmente como espacio de tránsito, es algo que deberemos dilucidar conforme avance nuestro conocimiento del poblado.

Posibles accesos radiales.

* **Espacio Y**. Dispuesto de forma radial en relación a la cima del cerro, presumiblemente serviría además para conectar entre sí dos o más rampas helicoidales, facilitando así un acceso rápido entre terrazas. Aparece limitado por los Muros 39 y 40 al E y al W, respectivamente, que presentan una mayor solidez de la acostumbrada, tal vez por tratarse de paramentos exteriores que delimitan manzanas o unidades amplias de habitación, y presenta una anchura media de 3'5 m. -unos 9'5 pies-, valor que coincide sustancialmente con la anchura de los espacios documentados en El Oral (ABAD, SALA, 1993, 163 ss.), con una orientación aproximada SE-NW.

Se abre directamente sobre la roca natural, que en los puntos donde hemos podido sondearla no presenta signos alguno de talla; tan sólo una horizontalización -manteniendo siempre, eso sí, la acusada pendiente que caracteriza a este punto- mediante una capa de barro de grosor muy variable -entre 1 y 20 cm.-, que regulariza su superficie. En el nivel de destrucción acumulado sobre la calle donde, de nuevo, pudimos documentar la argamasa de enorme dureza compuesta por cal y arena que señalamos ya al hablar del Dpto. Ñ, recuperamos algunos objetos de gran significación que, de no haber sido arrastrados por el derrumbe, cuadran muy mal en un espacio de tránsito y que, cronológicamente, se adscriben siempre e la etapa final del poblado. Entre ellos: un depósito de unas 20 pesas de telar depositadas junto al Muro 40, en el ángulo SW del Corte; un "cubilete" de cerámica gris y paredes finas; un caliciforme; dos fragmentos de una piedra hembra de molino tallada en caliza y lógicamente desplazada de la que debió ser su posición original; un instrumento de hierro con cinco dientes y enmangue para astil de madera, a la manera de los que se usan para la paja o el heno, y un pico de hierro con 26 cm. de longitud en bastante buen estado. Todo ello nos lleva la fecha de destrucción del hábitat en torno a mediados/finales del siglo II a.C.

No contamos, pues, con la seguridad de encontrarnos ante una verdadera calle, y otro tanto se puede decir del espacio que analizaremos a continuación, que parece haber tenido como misión fundamental unir la calle principal, AE, con algún otro espacio de tránsito situado más al Sur, asegurando de esta manera la conexión entre terrazas a distinta altura de acuerdo con el esquema que aquí hemos propuesto. Sin embargo, nuestra interpretación se sigue moviendo en el terreno de las conjeturas, y sólo futuras intervenciones podrán aclararnos todas estas circunstancias, por lo que, a nuestro juicio, la continuación de los trabajos en el Cerro de la Cruz adquiere no sólo el carácter de necesaria sino, incluso, el de absolutamente imprescindible.

* **Espacio AH**. Se dispone al exterior de los Muros 70 y 55, limitado al Sur por el Muro 58, y a él abre la Estancia AF, que no hemos terminado de excavar. Dicha estancia se halla comunicada a su vez con la AI, donde hemos podido documentar uno de los almacenes de ánforas -conservadas aún en pie, lo que, entre otras cosas, nos ha permitido tomar muestras fiables de sus contenidos- más significativos localizados hasta el momento en el poblado del Cerro de la Cruz, y todo ello parece componer una manzana o estructura de hábitat única, que ocupa una terraza inferior a la del Sector Norte propiamente dicho y a la que el Espacio AH circunvalaría por el Este y por el Sur, sirviendo por tanto como elemento de conexión entre terrazas. Su anchura ronda los 2'80 m. (¿7'5 pies?), lo que, si recordamos los 3'5 m. del Espacio Y, vendría a equipararlo más bien con las que hemos denominado rampas.

Es un espacio que, no obstante, presenta todavía problemas de interpretación. Aún así, a todas las razones expuestas más arriba en defensa de su interpretación como calle, hemos de añadir la propia sucesión de contextos que ha proporcionado su excavación: Bajo el nivel superficial y el derrumbe del Muro 55, aparecen capas sucesivas de cerámica muy machacada mezclada con piedras pequeñas y redondeadas (bb y bc) hasta llegar a un estrato de barro sin material (h), con unos 15 cm. de potencia, que a su vez monta sobre otro depósito de piedras y de cerámica (be).

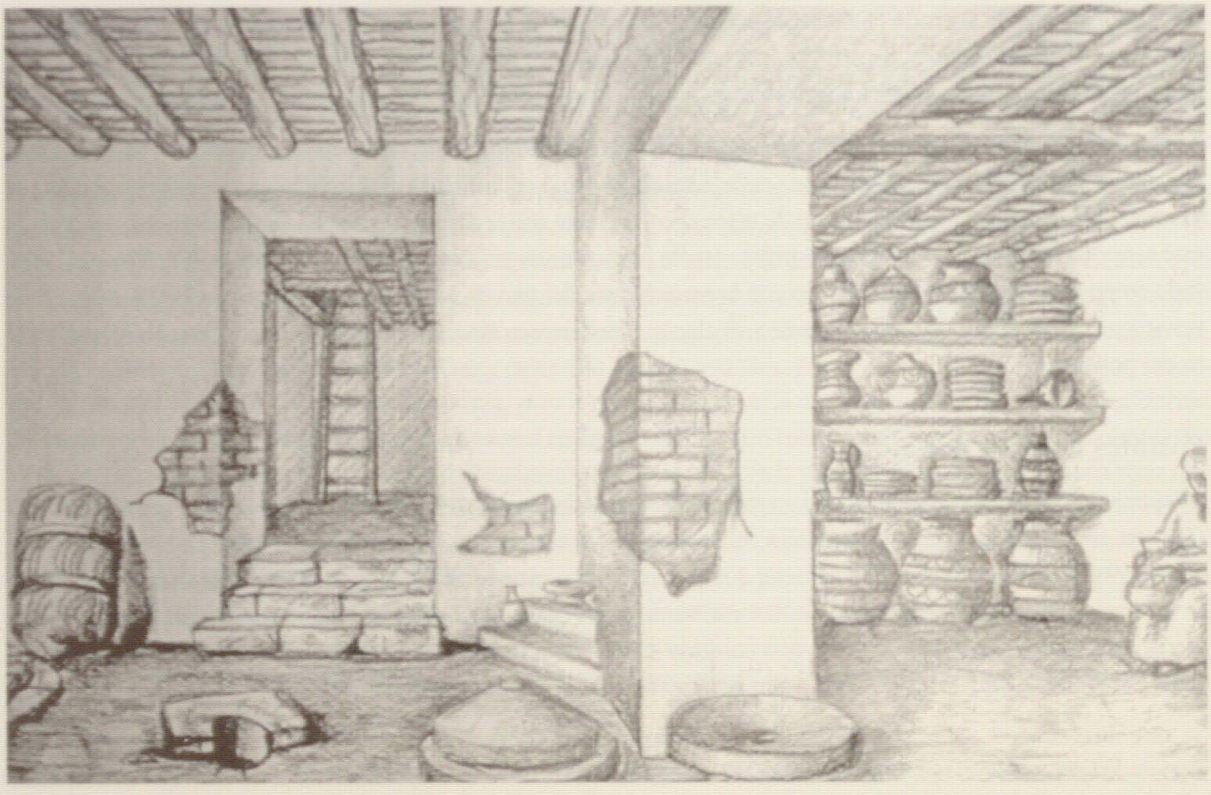


Figura 43. Cerro de La Cruz. Reconstrucción ideal de los Espacios O y P, en el Sector Central del poblado (Dibujo: E. Artacho).

Esta aparente coherencia en la estratigrafía, que parece reflejar el pavimento de una calle sometido a diversas refacciones, presenta, sin embargo, como limitación el hecho de que la veta de barro no es ni siquiera medianamente horizontal, sino que buza hacia el Muro 58, y tampoco cubre toda la superficie, desapareciendo junto al Muro 55. Del mismo modo, las capas de cerámica y piedra no llegan a ofrecer en ningún punto una regularidad similar a la observada en el Espacio AE. Sólo una excavación más amplia podrá, pues, de acuerdo con la opinión que ya hemos expresado en repetidas ocasiones, contribuir a resolver este problema y, con ello, a definir la red en la que se basaría la distribución de espacios públicos y privados en el poblado.

E. Elementos de análisis microespacial: almacenes, telares, cisternas y molinos.

Además de todas las variables analizadas hasta el momento, a la hora de valorar en su justa medida las condiciones reales en que se desenvolvía el hábitat de un poblado ibérico de baja época como el que nos ocupa, es preciso tener en cuenta toda una serie de elementos estructurales que forman parte ineludible en la concepción del espacio y que, de manera muy particular, contribuyen a darnos idea de la calidad de vida de estas gentes, a la vez que nos dibujan un panorama bastante ajustado de su devenir cotidiano. A la hora de analizar estos elementos son muchos y muy diversos los que podrían centrar el objeto de nuestro estudio; no obstante, y puesto que es el análisis urbanístico del Cerro de la Cruz lo que básicamente nos ocupa en este apartado, hemos preferido referirnos con exclusividad a aquéllos que de una u otra manera afectan a la disposición del hábitat o que, en un momento determinado, pueden llegar incluso a condicionarlo.

Almacenes.

Dentro de esta categoría sería preciso integrar toda aquella acumulación de objetos que, con un fin u otro, pretenden el atesoramiento de los mismos, tanto si se trata de alimentos -caso en el que se pretende básicamente asegurar el abastecimiento por un período lo más largo posible de tiempo-, como si lo que se almacenan son vasos de cerámica, pesas de telar, útiles agrícolas o simplemente adobes, con todo lo cual se busca de la misma manera garantizar el suministro de objetos manufacturados a la propia vivienda o al poblado y en alguna ocasión quizá un objetivo comercial cuya valoración exacta se nos difumina por ahora.

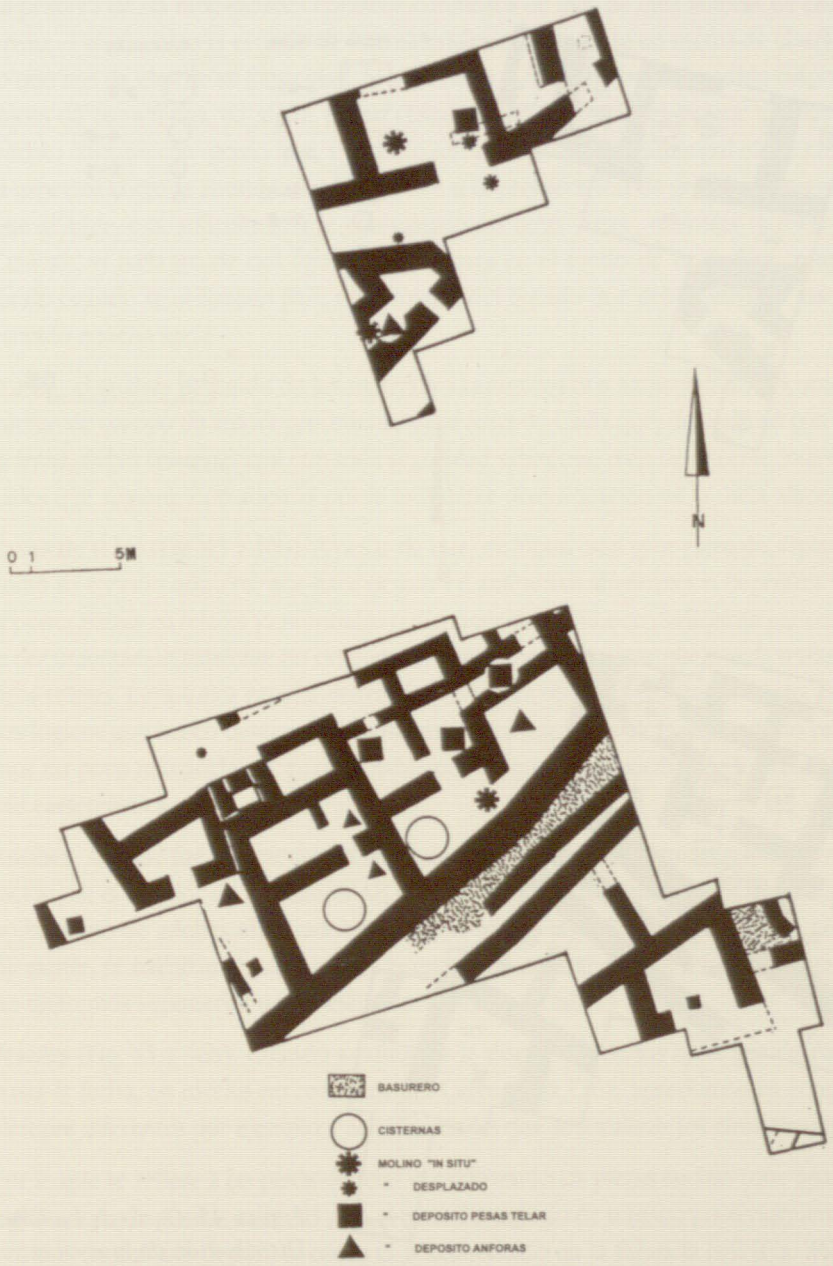


Figura 44. Cerro de La Cruz. Localización de basureros, cisternas, molinos, depósitos de pesas de telar y almacenes de ánforas.

Desde el punto de vista del material mueble asociado a estructuras que impliquen actividad doméstica y/o artesanal, las estancias cerradas nos ofrecen una acumulación de unidades de trabajo y de material cerámico, metálico, vegetal o de cualquier otra clase, que llama la atención por su gran volumen y abigarramiento, si bien nuestro caso no parece excepcional, a juzgar por trabajos recientes practicados en otros hábitats similares también con destrucción violenta (BURILLO, SUS, 1986; BERNABEU *et alii*, 1986; JUNYENT, BALDELLOU, 1972). Así, se nos plantea uno de los problemas básicos que afectan actualmente a la interpretación de los poblados ibéricos: proporcionan una abundancia tal de materiales que en yacimientos de cualquier otra cronología nos llevaría sin dudar a integrar estas estancias en la categoría de almacenes.

Con todo, conforme avanza la investigación se va comprobando que esta proliferación de material es un hecho común a la gran mayoría de los poblados exhumados. ¿Debemos, pues, hablar de almacenes, o se trata más bien de unidades estructurales con carácter familiar que disponían además de todo lo necesario para desempeñar una función económica de trabajo, a la vez que de almacenaje ...?. Esta cuestión, que preocupa igualmente a otros muchos investigadores y que ya hemos planteado al analizar las unidades de hábitat, constituye uno de los principales objetivos a resolver en nuestra investigación y, para lograrlo, consideramos de nuevo absolutamente imprescindible la

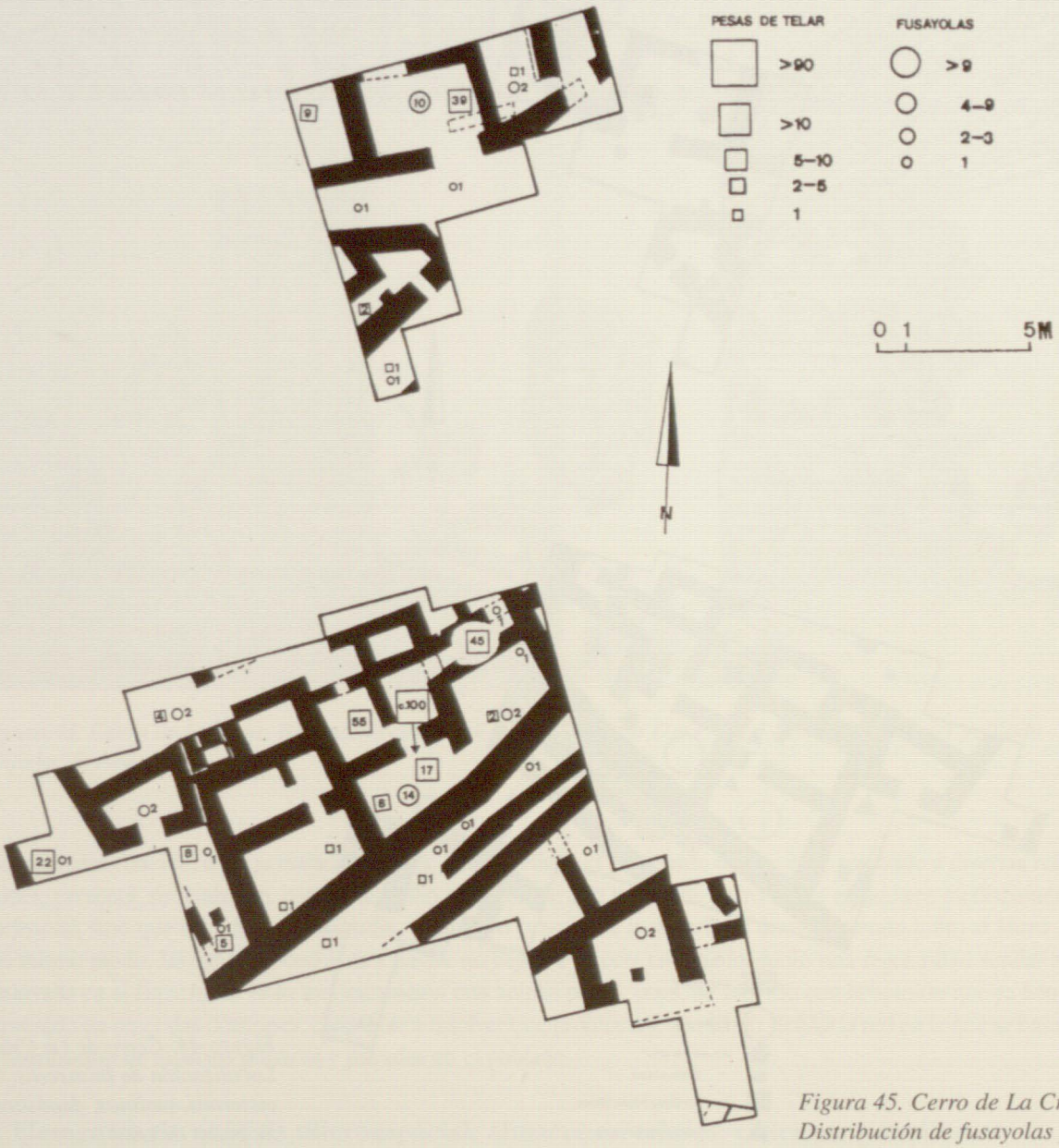


Figura 45. Cerro de La Cruz. Distribución de fusayolas y pesas de telar.

continuidad de la excavación en el cerro, dado que sólo así lograremos contrastar los datos de que ya diponemos, a la vez que encaminar los trabajos a la resolución de problemas concretos.

Hasta el momento, y dejando de un lado las cisternas que analizaremos a continuación, así como la cerámica cuando no ha aparecido con una funcionalidad específica de almacenaje, y aun a sabiendas que muchos de los grandes vasos documentados en el interior de las viviendas, ánforas o lebrillos, con o sin decoración, debieron servir de contenedores y, por tanto, como depósitos de algún tipo de producto que por el momento no hemos podido definir (aunque resulta fácil deducir que se trataría de cereal, vino, aceite e incluso salazones), en el Cerro de la Cruz hemos podido documentar acopios de los siguientes elementos:

Depósitos de ánforas (Figs. 44 y 46a): Llegan a ocupar la mayor parte del espacio disponible, si no la totalidad, en algunas estancias como L (Sector Central) o AF (Sector Norte), mientras en la mayoría representan un componente más de sus dotaciones domésticas o de trabajo y transformación, pero no el predominante, ni por el volumen que ocupan ni proporcionalmente en relación con otro tipo de piezas. Debemos recordar, en cualquier caso, que buena parte de estos "almacenes" debieron ser en realidad sótanos o semisótanos -algo que resulta indiscutible en el caso de la Estancia L, excavada al efecto en la roca natural-, más que estructuras a nivel del suelo de la vivienda, con acceso a través de trampillas, escaleras de madera o de cualquier otro medio similar.

La primera de las modalidades contiene conjuntos de más de diez ánforas de cuerpo cilíndrico y base rematada en pivote -*Vid.* al efecto el estudio de los materiales-, con más de un metro de altura y unos cuarenta cm. de diámetro, lo que nos da idea de su capacidad. Si bien hasta la fecha no hemos podido disponer de los pertinentes análisis químicos de contenidos, en algún punto (Estancia BB, Sector Este) parece que las más grandes vasijas de almacenamiento contuvieron -grano que, a nuestro juicio, constituye el principal elemento almacenado, si tenemos en cuenta aspectos como la abundancia de molinos o la proliferación de grandes contenedores de boca ancha cuyo uso en este sentido está suficentemente contrastado en otras áreas-, mientras que en otros espacios (Estancia L, Sector Central), el hallazgo de dos vasitos caliciformes en el fondo de un ánfora completa sugiere que éstos cayeron al fondo cuando se utilizaban para retirar parte del líquido que debió llenar el vaso -si es que no se almacenaron allí estando aquella vacía-.

Por fin, el análisis detenido de los materiales cerámicos nos ha permitido documentar el hallazgo relativamente frecuente de un tipo de ánfora procedente de la zona de Cádiz que, de acuerdo con todos los estudios realizados hasta la fecha, debió contener casi con toda seguridad salazones, dato de enorme interés, no sólo por los circuitos comerciales que sugiere, sino además por la indudable diversificación de la dieta alimenticia que deja entrever.

Pesas de telar (Fig. 45 y 46b): A pesar de que, en algún caso (por ejemplo, Dpto. Ñ/E), su perfecto apilamiento, así como su elevado número, nos hace pensar en auténticos almacenes o depósitos realizados a la espera de tener que reponer piezas en telares ya montados o disponer de un número suficiente para montar otros nuevos, realmente con la documentación existente no estamos en condiciones de negar que pueda tratarse en todas las ocasiones de auténticos telares, cuya única prueba material conservada serían las piezas de barro, no sometidas por tanto a los procesos lógicos que hacen desaparecer la materia orgánica. Por esta razón, todo lo relacionado con este tema lo trataremos un poco más adelante, cuando hablemos de manera específica de los telares, su tipología y su ubicación espacial característica.

Adobes. Aunque fue ya descrito en su lugar correspondiente, hemos creído conveniente recordar aquí la documentación, en el interior de la Estancia AB (Sector Norte), que hemos definido provisonalmente como Unidad IV, de un apilamiento de adobes elaborados en margas rojizas cuya finalidad exacta no podemos definir pero que, presumiblemente, se hallaban almacenados a la espera de realizar alguna refacción o ampliación de la estructura, si es que no queremos suponerles un fin estrictamente comercial.

Telares (Fig. 45 y 46b). Cuando analizamos la dispersión de los hallazgos de pesas de telar y fusayolas efectuados hasta la fecha, en niveles no revueltos del Cerro de la Cruz, apreciamos su concentración en estancias específicas, siempre diferentes por ejemplo a aquéllas en las que se localizan los almacenamientos de ánforas.

Por lo que se refiere a las pesas de telar -y excluyendo las piezas sueltas (que aparecen por doquier, pero muy especialmente en la posible calle AH y en el también espacio de tránsito posteriormente basurero S- estos objetos se concentran en grandes depósitos como el documentado en la Estancia Ñ/E (Fig. 46b.1), que contenía un total aproximado de unas 100 piezas. Se ha calculado que un telar capaz de servir para manufacturas textiles debía requerir entre 65 y 70 pesas (CASTRO CUREL, 1986, 175), por lo que este conjunto bien pudo servir para un telar de considerables dimensiones; no obstante, la mayor parte de los existentes necesitaron al parecer de un número muy inferior de piezas, a juzgar por los principales núcleos documentados en el Cerro de la Cruz : 22, 39, 45 y 55 pesas, amén de otros depósitos menores.

Tanto en el caso de Ñ/E como en el de AB los telares estuvieron situados en espacios del núcleo habitacional bien elegidos, de acuerdo con dos criterios básicos: el que la estructura no estorbara y que se dispusiera de una buena iluminación. Sin embargo, en el resto de los casos esos posibles telares se localizan en pasillos muy estrechos (D) o en habitaciones traseras donde debió llegar poca luz salvo que lo hiciera desde el techo (Ñ/W), por lo que no cabe despreciar la hipótesis de que pueda tratarse de almacenes o simplemente de los telares plegados y almacenados con todos sus elementos.

En buena parte de estos depósitos las pesas presentan marcas impresas, quizá como indicativo de los talleres en que fueron fabricadas o quién sabe si como marca de propiedad. Destacan, por ejemplo, las pesas con un círculo troquelado del Dpto. AB, o las del Espacio Ñ/E, con un círculo impreso en el que aparecen dos figuras en pie y enfrentadas, a las que ya aludimos en otro lugar de este mismo estudio. Dichas marcas no son excepcionales en este tipo de útiles y, de hecho, se documentan con cierta asiduidad en poblados ibéricos, especialmente de baja época (RUANO, 1989; PITA MERCE, 1960-61).

Figura 46-a.1. Cerro de La Cruz. Depósito de ánforas. (Sector Norte. Estructura AF).

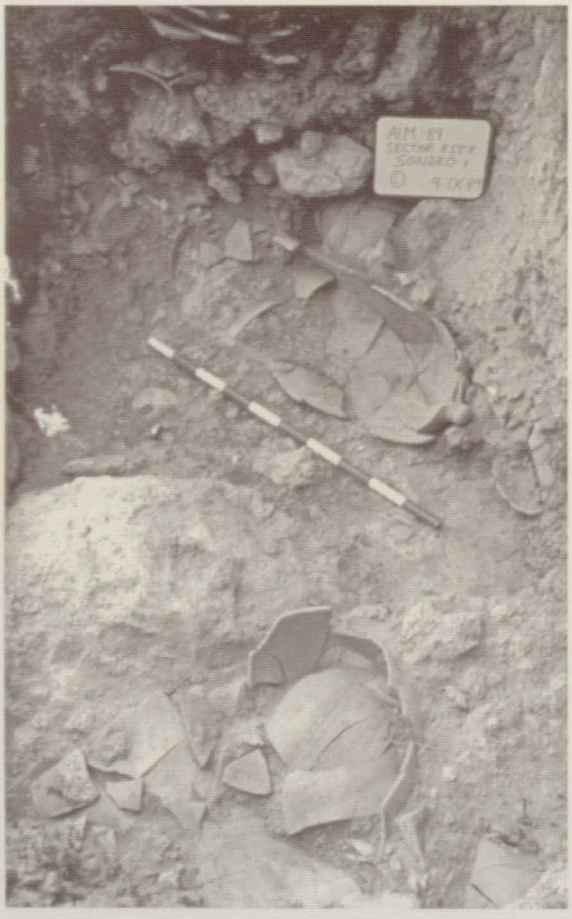


Figura 46-a.2. Cerro de La Cruz. Ánforas recuperadas in situ (Sector Central. Estancia N).

Por lo que se refiere a las fusayolas, asociadas funcionalmente con el trabajo textil (CASTRO CUREL, 1980), su tipología es en general bitroncocónica, con ocasionales decoraciones en forma de motivos creados por punteado impreso. Desde el punto de vista de su distribución microespacial, cabe resaltar que ésta coincide notablemente con la de las pesas de telar. Algunas aparecen en el Espacio S, así como en las calles AE y AH, pero la mayor concentración de las mismas suele darse con los depósitos más grandes de pesas.

Así por ejemplo, hemos recuperado 10 fusayolas en la Estancia AB, en el mismo espacio donde excavamos un depósito de 39 pesas, mientras en el Dpto. O recuperamos 15, asociadas a un conjunto de 25 pesas de telar. Del mismo modo, donde escasean unas escasean otras, por lo que parece deducirse una asociación entre ambos tipos de útiles en lugares donde se desarrollaría el hilado y algún tipo de manufactura textil. La excepción, no obstante, viene representada por los Espacios Ñ (E y W) y O, donde, pese a contar con un alto número de pesas de telar, no hemos hallado en ningún caso fusayolas: ¿significa esto que debemos interpretarlos como simples lugares de almacenaje, en contraposición a aquellos otros donde la práctica de los dos tipos de trabajo exigiría la utilización de ambos elementos ...?.

Cisternas. Las cisternas son consideradas entre las *"unidades económicas colectivas"*, destinadas lógicamente al

1

2

Figura 46-b. Cerro de La Cruz.
1.- Excavación del depósito de pesas de telar localizado en Ñ/E.
2.- Detalle de algunas de las piezas recuperadas.

1

2

Figura 47. Cerro de La Cruz. Cisternas en el Sector Central.
1.- Estancia O; 2.- Estancia Q: Desagüe fabricado en plomo.

aprovisionamiento y almacenaje del agua necesaria para la vida de un poblado o unidad de hábitat y, en lo que respecta a su morfología, en el área del Sur y Levante peninsulares se vienen limitando a dos tipos básicos: por un lado las excavadas en la roca y por otro las construidas con obra. Su construcción y uso en poblados ibéricos parece bastante restringida en el tiempo, ya que en su mayoría no rebasan el siglo IV a.C., proliferando sobre todo en baja época (GUSI, OLARIA, 1984, 41 ss.).

Además de las numerosas cisternas que aún hoy pueden observarse en superficie -por lo general, excavadas en la roca hasta bastante profundidad, de forma ovalada y revestidas de un resistente revoco de cal y arena, entre las cuales tal vez cabe contar las intervenidas por Paris y Engel en la cima del cerro, junto a la ermita, donde pudieron constatar una tumba de época hispanomusulmana (PARIS, ENGEL, 1906, 5455)-, en el poblado ibérico que excavamos en el Cerro de la Cruz, hemos documentado hasta la fecha tres grandes cisternas de almacenamiento, presumiblemente de agua:

H5/ALJ.W. Cisterna de forma oval, inicialmente excavada en la roca y con posterioridad recubierta de mampostería mediante piedras de mediano tamaño bien careadas al exterior. Estas, en la actualidad, sólo llegan hasta la superficie por el lado Sur, habiéndose perdido en buena parte en los lados W y N tal vez porque en esta zona la función de cierre era realizada por la misma roca, y no aparecen recubiertas de ningún genero de revoco, a diferencia del resto de las cisternas localizadas en el cerro. Coincide la concepción y la forma, pero no así la técnica empleada en su construcción.

La estructura en cuestión se halla ubicada unos 20 m. al Oeste del área excavada en el Sector Central, en un punto bastante escarpado, y si bien se trata de una zona donde no hemos realizado ningún otro tipo de trabajo arqueológico, todo parece indicar que constituye una unidad exenta, construida al exterior de cualquier otro espacio de habitación, algo que la diferencia también de manera fundamental de los ejemplos que veremos a continuación. En su excavación no pudimos comprobar la existencia de nivel alguno individualizado; tan sólo un denso paquete de tierra parduzca, mezclada con algunas piedras y gran cantidad de material que, con una potencia de casi un metro, llegaba hasta la base de la estructura. El conjunto recuperado, que ha sido ya objeto de un estudio individualizado (VAQUERIZO, 1990b, 111 ss. y 131 ss., Figs. 51 a 55), se compone de un gran número de fragmentos cerámicos de extraordinaria calidad en cuanto a composición de pastas, fracturas, acabados y decoración pictórica (hecho favorecido por no haber estado sometido a arrastres ni rodamientos); una pequeña patera de bronce; varias fusayolas de pequeño tamaño; un gran fragmento de cañería cerámica, etc. Todo ello dispuesto en un nivel que no había sido removido en ningún momento; que fue engrosando de manera progresiva, en proporción directa con el número de piezas arrojadas desde arriba, y que, cronológicamente, se corresponde con la última fase de habitación del poblado, centrada en el siglo II a.C.

Hay que destacar igualmente diversas muestras de adobe, carbón y materias orgánicas quemadas, así como una gran cantidad de huesos (en particular de pequeños roedores), entre los que pudimos diferenciar dos astrágalos. Todo ello parece demostrar de manera indiscutible el uso de la estructura como vertedero o zona de arrojo de desechos ya en época ibérica, y dado que todo el material se remonta a la última fase del poblado, no resulta descabellado suponerle su periodo de uso en un momento anterior, coincidente tal vez con los primeros tiempos de ocupación en el cerro.

La base de la cisterna la compone un enlosado de piedras planas de mediano tamaño, perfectamente horizontalizadas, que en el ábside E dibujan una especie de brocal o boca de pozo. Intrigados por este hecho, vaciamos el contenido de este último -de una potencia total de 8 cm.-, verificando que en este punto el aparejo de la estructura monta de manera directa sobre la roca, dejando una ranura por la que debió brotar el agua. Es decir, como en el sistema tradicional de apertura de pozos artesianos, conservado hasta nuestros días, primero se debió localizar el manantial, aislándolo mediante un círculo de piedras y, a partir de aquí, se revestiría la roca, que habría sido parcialmente excavada a tal efecto.

Es preciso no olvidar la gran cantidad de reservorios hídricos existentes en esta región debido a su relieve de tipo kárstico y, en este sentido, el hecho de que el agua manara *in situ* y no debiera ser recogida de lluvia explicaría a nuestro juicio la circunstancia de que el aparejo que cubre las paredes no necesitara ser recubierto de capa impermeabilizante alguna. Por el contrario, sería dispuesto de esta manera con el objeto de que la contínua ascensión de agua desde el manatial se viera compensada por su parcial filtración a través de las paredes, con lo que la cisterna mantendría siempre un nivel uniforme.

La estructura presenta 2'80 m. de longitud por 1 m. de anchura, y en el punto máximo de su alzado actual conserva una potencia de 3 m., si bien su cota inferior respecto al nivel actual de la roca por su lado N es de 5'10 m. a la altura de la solería y de 5'18 m. en el punto donde debió brotar el manatial.

Para terminar, y a pesar de todo lo dicho, creemos necesario aportar a la crítica la excavación en El Amarejo de una estructura prácticamente idéntica a la que nos ocupa, con una dimensiones de 5 m. en profundidad por 2'25 de *¿"diámetro máximo"?*, en la que se ha producido el *"desmoronamiento del forro de la mitad del silo"* (*¿....?*), y que, en contraposición a la hipótesis que nosotros planteamos para el Cerro de la Cruz, es interpretada como un silo de cereal (ALFARO, BRONCANO, 1993, 138; Lám. IIA). Lógicamente, no desechamos este uso para la estructura de Almedinilla, si bien la ausencia de cereal en uno y otro caso nos aconseja de nuevo cautela, hasta en tanto no podamos corroborar o no una u otra opinión.

Sector Central. Estancia O (Fig. 47.1). En el lado occidental de la estancia, junto al Muro 9 y de forma paralela a él, se dispone una cisterna de forma oval que ha sido totalmente excavada en la roca y revestida después por una hilada de piedras que, por último, fueron revocadas con un enlucido de cal y arena de gran calidad y muy bien acabado. Sus dimensiones son 1'92 m. de longitud por 0'96 m. de anchura por 3'50 m. de profundidad. Debió quedar protegido tan sólo por una cubierta de madera -en su interior hemos recuperado grandes fragmentos de vigas con sección rectangular completamente carbonizadas que cabe interpretar como parte de tal cubierta, si bien no debe ser descartada la posibilidad de que se hubieran precipitado directamente desde el techo-, que se habría hundido por la acción del incendio y al caer sobre ella los derrumbes de los Muros 8 y 9 -enormes masas de adobes revocados de blanco, conservadas dentro de la cisterna incluso en posición vertical-. En la base, donde el espacio se estrecha ligeramente, fue construida la típica media caña, para reforzar las juntas, facilitar la decantación de las impurezas y, como es lógico, la limpieza periódica de la cisterna.

En el interior hemos podido recuperar una gran cantidad de material cerámico, en muchas ocasiones fragmentos pertenecientes a piezas constatadas en su mayor parte sobre el pavimento superior de la estancia, entre el que destacan dos grandes tuberías con doble boca de diferente diámetro para facilitar su ensamblaje, a las que aludimos en el estudio de materiales.

Finalmente, al Sur de la cisterna, dispuesta de manera directa sobre el pavimento de la estancia O, en conexión con el Muro 25, aunque ignoramos en realidad cómo se integra con él, exhumamos durante la campaña de 1989 una pequeña cubeta, también de forma ovalada, revestida del mismo revoco y de muy escasa profundidad, que comunica con aquélla en función de algún objetivo -¿tal vez canalizar hacia la cisterna las aguas de lluvia, que rerían recogidas desde el exterior del Muro 25 ...?- que por el momento se nos escapa. Aún así, la recuperación de canalizaciones en cerámica e incluso en plomo, como tendremos ocasión de comprobar a continuación, nos hablan de avanzados sistemas de aprovechamiento hidráulico que, de nuevo, deben ser puestos en relación con influjos helenísticos.

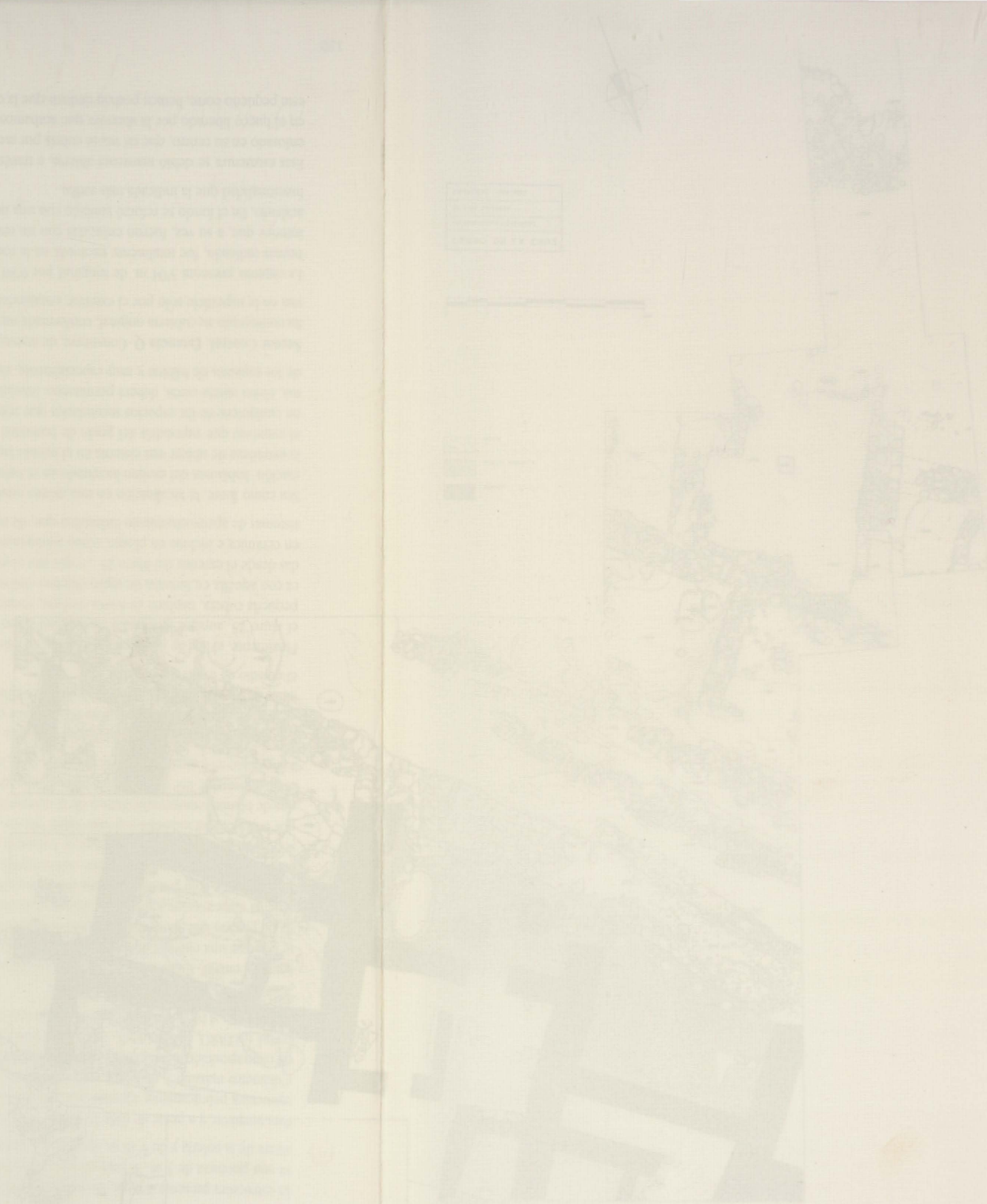
Sea como fuere, la localización en esta misma estancia de otros elementos de almacenaje, y sobre todo de transformación -hablamos del molino localizado en el lado occidental, casi en conexión con el Dpto. P-, nos hace pensar en la extrañeza de ubicar una cisterna en el mismo lugar donde se está procediendo a la molienda del grano, supuesto el aumento que supondría del grado de humedad en el interior y que esa misma cisterna podía haber sido abierta en cualquiera de los espacios secundarios que conforman la estructura. No obstante, por el momento este problema, como tantos otros, deberá permanecer insoluble, en tanto nuevos trabajos nos permitan una mayor definición de los espacios de hábitat y, muy especialmente, de las áreas de transformación.

Sector Central. Estancia Q. Constituye, de nuevo, un espacio oval excavado en la roca natural, si bien en este caso ha conservado su cubierta original, conformada mediante grandes losas calizas, de unos 15 cm. de espesor, que apoyan en la superficie sólo por el exterior, encajándose entre sí para repartir los empujes en la zona central.

La cisterna presenta 3'04 m. de longitud por 0'80 m. de anchura por 3'95 m. de profundidad máxima y, como ya hemos indicado, fue totalmente excavada en la roca, revestida después de una hilada de piedras careadas hacia el interior que, a su vez, fueron enlucidas con un revoco de cal y arena de una gran calidad técnica y perfectamente acabado. En el fondo se reforzó también con una media caña de 7 cm. de anchura por 7 cm. de altura, con la misma funcionalidad que la indicada más arriba.

Esta estructura se debió mantener abierta, a través de un pequeño espacio de unos 50 x 50 cm. reservado por el enlosado en su centro, que tal vez se cubría por medio de un simple madero. La excavamos sólo de manera parcial, en el hueco liberado por la abertura que acabamos de describir y las dos losas centrales, que retiramos. A partir de este pequeño corte, hemos podido deducir que la cisterna fue abandonada vacía, colmatándose después de manera

ADOBE
SUELO ARCILLA
ROCA
0
1
5M
CERRO DE LA CRUZ
(ALMEDINILLA, CORDOBA)
SECTOR CENTRAL
CAMPAÑAS 1985-1989



progresiva: en un principio cayeron las piezas y enseres dispuestos en la cercanía de la boca, caso de un ánfora con decoración bícroma recuperada en el fondo, y poco a poco fue penetrando tierra que se iría distribuyendo de forma horizontal con la ayuda del agua de lluvia. Esta tierra aparece muy compactada, con cierta abundancia de margas, algunos fragmentos de adobe y material cerámico bastante numeroso aunque muy fragmentado.

Entre los materiales que recuperamos en su interior, y por su importancia cronológica, destaca una fíbula de bronce con esquema de La Tène, de la que sólo se conserva el puente y parte del resorte, faltando el eje. El resorte, de seis espirales por lado, está deformado y ha perdido la aguja y la cuerda. El puente, de sección triangular simple sin acanaladura que hubiera podido recibir decoración incrustada, nos ha llegado también incompleto, ya que le falta el apéndice en forma de bellota o tonelete que debía quedar muy vuelto sobre el puente, aunque sin llegar a soldarse con él.

Es una fíbula que se encuadra dentro del Grupo III de Cabré y Morán (CABRE, MORAN, 1979b, 11), si bien resulta imposible definir la variante a causa de la pérdida, ya comentada, del apéndice caudal. Para estos mismos autores, las piezas de esta morfología recuperadas en el área ibérica deben ser consideradas como importaciones de la Meseta (CABRE, MORAN, 1982, 13), opinión con la que no todos coinciden, por haber documentado gran cantidad de fíbulas de este tipo en territorio andaluz, con seguridad fabricadas en él (STORCH DE GRACIA, com. personal).

Las series a las que podría pertenecer nuestro ejemplar, si bien en la Meseta se originan en torno a mediados del siglo IV a.C (CABRE, MORAN, 1982, 17), gozaron de una larguísima perduración, llegando hasta mediados del siglo II en algunos casos e incluso hasta el cambio de Era. Estudios recientes de fíbulas andaluzas desgraciadamente sin contexto preciso en la mayoría de los casos confirman esta amplia perduración y permiten sostener la hipótesis ya indicada de su fabricación en territorio ibérico. Por tanto, la fíbula que nos ocupa podría pertenecer tanto a la fase más antigua del poblado como al momento de su destrucción en la segunda mitad del siglo II a.C, por lo que su aportación cronológica resulta en este caso bastante limitada.

Molinos (Fig. 48, a y b). Son elementos relativamente frecuentes, de los cuales hemos podido recuperar dos *in situ* (Estancias AB y O), más otros ligeramente desplazados (Estancia AI) y numerosos fragmentos rodados (Estancias AE, Ñ/W e Y) e incluso reutilizados en muros medievales muy posteriores (Estancia AB, Muro 54). Con una tipología muy uniforme, de cronología indudablemente tardía, estos molinos se componen de una piedra hembra, móvil y en forma de gran anillo, que gira sobre otra piedra macho, de forma troncocónica y fija sobre una plataforma circular de piedra y adobe con un canalillo superior de tipo perimetral que servía de receptáculo inicial para la harina obtenida. Es un sistema similar al señalado en otros yacimientos ibéricos de cronología coincidente y siempre localizados en el Sureste o Levante, caso de El Amarejo, donde, no obstante, lo que en principio se interpretó como un posible horno de pan en las proximidades de uno de estos molinos ha terminado siendo identificado como un horno de terracotas; circunstancia que, entre otras razones, lleva a sus excavadores a interpretar el espacio en que estas estructuras se integran como un área típicamente industrial (ALFARO, BRONCANO, 1993, 136 ss.; lám. IB).

En el Cerro de la Cruz, entre todos los documentados hasta la fecha destacan por su magnífico estado de conservación los dos ejemplos siguientes:

Sector Central. Estancia O (Fig. 48b.1). Frente a la puerta de comunicación con el Dpto. P -algo que no deja de resultar extraño, fuera cual fuese la funcionalidad específica de aquél-, se localiza un molino harinero que responde a la tipología ya descrita. La piedra macho, de forma cónica y con un orificio central de sección rectangular posiblemente para fijarla al techo, se conserva aún *in situ*, dispuesta sobre una plataforma de adobe, de unos 25 cm. de altura y bordes redondeados, sobre la cual se vació una especie de canal para la recepción de la harina. La piedra hembra pudimos recuperarla en el entorno inmediato, fragmentada pero completa, lo que nos ha permitido observar su cara interior biselada y tres orificios exteriores, también de sección rectangular, que servirían para embutir los maderos destinados a hacerla girar.

Sobre el canal de la plataforma de base, y en torno a toda la estructura, pudimos recoger gran cantidad de grano calcinado que ha sido recuperado mediante flotación y sometido a la más moderna analítica, a cuyos resultados, (ARNANZ, 2000), aludimos algo más abajo, así como un numeroso lote de piezas cerámicas de pequeño tamaño (Fig. 49.b, 2), encuadrable en el concepto que podríamos definir como "vajilla doméstica", cuya capacidad y calidad no parecen muy en consonancia con un centro de trabajo y transformación como éste -si es ésta la única funcionalidad que decidimos adscribirle-.

Sector Norte. Estancia AB (Fig. 48a, 1 y 2). En el cuadrante SW de la estancia, muy próximo al ángulo que conforman los Muros 66 y 52, y por tanto en una zona mucho más libre que en el caso anterior, se ubica igualmente un

molino completo, con la piedra macho todavía en posición, asentada sobre un zócalo circular de piedra que a su vez serviría de rebanco sobre el que caería el grano ya molido. La hembra, fracturada y desplazada por el derrumbe, pudo ser recuperada en los alrededores.

En ambos casos, los molinos se documentan en las estancias de organización estructural más compleja, con mayor riqueza en elementos de trabajo y, sin lugar a duda, destinadas a un uso plurifuncional. Todas las piedras recupera-

1

2

Figura 48-a. Cerro de La Cruz. Sector Norte. Estancia AB.
1.- Vista general, en la que se aprecia un almacén de adobes y un motivo, ambos in situ.
2.- Detalle del molino.

das hasta la fecha -siempre de conformación caliza- proceden, de acuerdo con un primer análisis (habrá que contar, lógicamente, con la opinión de un geólogo), de la misma cantera y responden con exactitud a la misma morfología, lo que indica entre otras cosas un avanzado estado de conocimientos en la molienda del grano y, de nuevo, la llegada y perfecta asimilación de impulsos helenísticos. Finalmente, la localización de al menos siete molinos en un espacio menor de 600 m². está indicando una intensísima labor de transformación, así como una cierta riqueza en cereales, ya fuesen producidos en el territorio inmediato, ya fuesen importados de otros poblados o áreas vecinas.

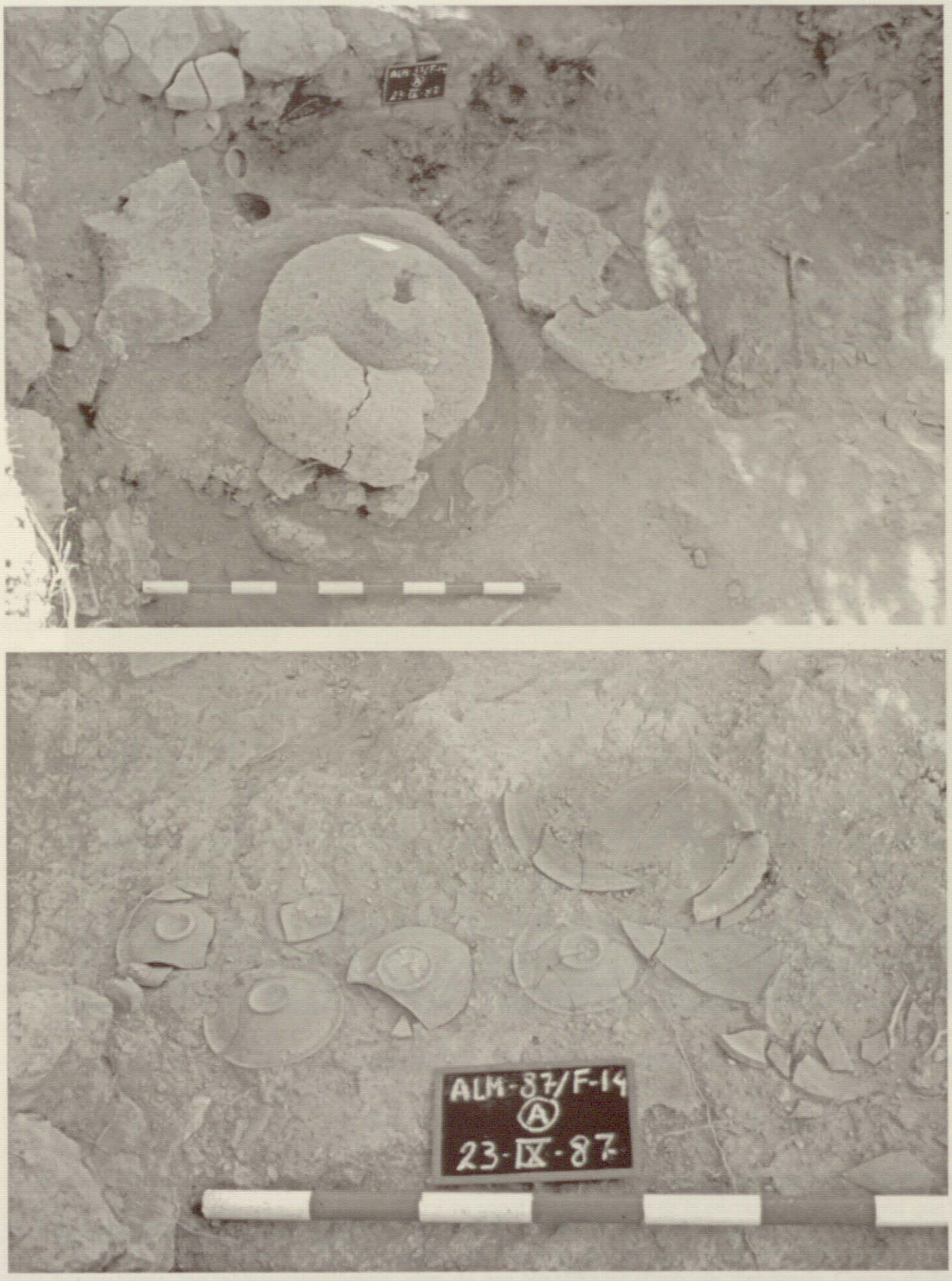


Figura 48-b. Cerro de La Cruz. Sector Central. Estancia O.
1.- Molino que ocupa el lado oriental de la habitación. 2.- Detalle del abundantísimo material cerámico recuperado sobre el pavimento de la estancia, en el entorno del molino.

1

2

Figura 49.a. Cerro de La Cruz. Materiales cerámicos y metálicos recuperados entre las Estancias O y P, en el Sector Central.

F. Las actividades económicas.

Lógicamente, de todo lo expuesto más arriba se deduce fácilmente la existencia de una intensa actividad laboral y económica en el poblado de Cerro de la Cruz, aun cuando no podamos todavía concretar los circuitos económicos en que se integra y, en esencia, sigamos sin poder determinar con completa exactitud si el proceso de almacenamiento que en él se detecta responde con exclusividad a las previsiones lógicas de una población de base agropecuaria, sometida a los rigores del clima y la mutabilidad de las estaciones, o bien su objetivo habría sido más bien integrar al asentamiento en una red de intercambios que por el momento se nos escapa.

Figura 49.b. Cerro de La Cruz. ***Kálathos*** *y* ***amphoriskos*** *recuperados en las Estancias O y P, del Sector Central.*

Sea como fuere, que el poblado recibe influencias y manufacturas de zonas distantes lo demuestran de entrada las propias cerámicas campanienses, las ánforas de salazón procedentes del área gaditana, los numerosos objetos de influencia púnica o quién sabe si en realidad origen púnico, o incluso la numismática, en concreto los ases republicanos que constatan unos primeros contactos con Roma no apreciables en otros aspectos arqueológicos. Todo ello por no hablar de las imitaciones de formas griegas documentadas en la necrópolis; las cerámicas de origen griego (aunque tal vez llegadas a manos de púnicos) recuperadas por los franceses; la no segura fabricación autóctona de la riquísima panoplia armamentística; el obligado abastecimiento en uno u otro caso de metales para la elaboración de manufacturas relacionadas con la guerra, la agricultura o el adorno personal, etc.

Es decir, a pesar de que no domina ninguna de las grandes rutas de comunicación o de comercio de la época, predominando en la razón de su asentamiento el componente agropecuario, el poblado de baja época ibérica del Cerro de la Cruz se integra de forma plena en los circuitos socioeconómicos del momento, recibiendo y asumiendo buena parte de las influencias que ahora priman -fundamentalmente, grecopúnicas-, y tal vez sólo perjudicado por su marginalidad en la menor recepción de primera mano de objetos y manufacturas que en otras áreas más centrales o ricas aparecen casi como una de los elementos definitorios de "lo ibérico".

Más, por tanto, que tratar de precisar con mayor exactitud una problemática que además ha sido objeto de comentario en otro lugar de este trabajo, nos interesa definir el "nicho ecológico" en que se integra el poblado que estudiamos y, en este sentido, contamos ya con análisis específicos de diversos componentes que consiguen en buena medida devolver a la vida aspectos ya hoy definitivamente desaparecidos. Es el caso de los estudios realizados sobre muestras de maderas carbonizadas, que dibujan un entorno ecológico típicamente mediterráneo, algo más húmedo que el actual y preservado aún de las grandes deforestaciones que han conseguido transformarlo en lo que hoy es; con una presencia seguramente residual del olivo y un papel destacadísimo de la encina, el roble y la vid que hoy ya sólo forman parte de la memoria colectiva.

De la misma forma, los análisis carpológicos -obra de Ana Mª ARNANZ (Dpto. de Prehistoria; Centro de Estudios Históricos del CSIC; Madrid) (ARNANZ, 2000), en cuyas propias palabras pretenden *"inferir actividades como la producción, recolección o consumo y establecer patrones de plantas característicos de una zona geográfica o período cultural 2000),* (ARNANZ, 1993, 229)- testimonian la presencia predominante en el Dpto. O de leguminosas (yero

LOS MATERIALES DEL CERRO DE LA CRUZ.

LA CERÁMICA DEL CERRO DE LA CRUZ.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Conservación de los materiales.

Quizá uno de los resultados más espectaculares de los estudios hasta ahora realizados sobre el Cerro de la Cruz sea, junto con la importancia de las estructuras excavadas, la obtención de un importantísimo conjunto de materiales que conforman una amplia tipología cerámica de Baja Epoca. En efecto, la gran oportunidad que proporciona la excavación del Cerro de la Cruz para los análisis de tipo microespacial radica en la destrucción violenta de sus edificaciones, que ya ha sido descrita en páginas precedentes y en previas publicaciones (VAQUERIZO, 1990b; QUESADA y VAQUERIZO, 1990:31; VAQUERIZO, QUESADA y MURILLO, 1991a:178186). A causa de dichas destrucciones, bajo los derrumbes de techos, paredes, y bajo las cenizas del incendio, quedaron sepultados todos los materiales propios de la actividad de un poblado en un momento concreto de su existencia, muy probablemente durante el último tercio del s. II a.C.

En capítulos anteriores se ha visto cómo en puntos separados entre sí hasta por una distancia de 100 metros, la lectura de la estratigrafía nos informa siempre de un potente derrumbe de muros de adobe y tapial sobre el suelo de las diferentes estancias, donde entre abundantes cenizas aparecen, aplastados y rotos pero completos, los materiales cerámicos y de otros tipos propios del desarrollo de una actividad cotidiana. Cuando se ha dado el caso de que además se ha conservado buena parte del alzado de adobe de los muros -cosa que ocurre con frecuencia-, los objetos han aparecido incluso físicamente protegidos por las propias paredes.

Hemos de unir a este dato la afortunada circunstancia de que hasta época medieval emiral no se reocupó esta parte del poblado, lo que ha facilitado aún más la conservación de estructuras y materiales de un sólo nivel, de manera que un estudio detallado de los conjuntos recuperados en cada habitación ofrece garantías de trabajar sobre la casi totalidad de los utensilios que en un momento dado servían a las labores cotidianas de un poblado ibérico.

Desde un punto de vista ceramológico, la situación expuesta implica una gran ventaja: aunque muy fragmentados por el derrumbe de las estructuras, los vasos cerámicos del Cerro de la Cruz son a menudo reconstruibles, y por tanto es posible obtener formas completas (perfiles y capacidades), y sobre todo un grado de precisión en la definición de tipos sólo similar al que hasta ahora ofrecen las necrópolis de Andalucía, en las que los recipientes suelen aparecer completos. Por contra, el principal inconveniente se cifra, como es lógico, en que se recuperan mezclados muchos miles de fragmentos, y esto hace especialmente laborioso el trabajo de restauración y dibujo de materiales.

Objetivos principales del estudio.

De lo dicho en párrafos anteriores se extrae que contamos en la actualidad con un gran volumen de materiales, que incluye en Inventario hasta un total de 38.597 fragmentos cerámicos y piezas completas (177 de estas últimas), amén de muchos centenares de pesas de telar, fusayolas y otros objetos.

El análisis minucioso y detallado de la totalidad de este material, de acuerdo con criterios modernos, es tarea de años, que además no puede completarse hasta que los departamentos hoy en día parcialmente excavados lo sean en su totalidad (para analizar conjuntos coherentes en espacios significativos). Desde el punto de vista de la tipología

cerámica, es obvio que nos hallamos ante una clasificación en constante crecimiento a medida que avancen las excavaciones.

Sin embargo, el estudio está ya lo suficientemente avanzado como para ofrecer toda una serie de resultados. Los departamentos excavados por completo han sido ya objeto de un análisis riguroso, que incluye la restaturación preliminar o completa de la mayoría de los materiales en ellos documentados, dibujo (Figs. 89-140), inventario y estudio tipológico, funcional y espacial.

Las direcciones en que puede ramificarse un estudio de materiales son múltiples, de acuerdo con diversas prioridades de investigación, y según los recursos disponibles. Esas prioridades, acordes a los recursos, son las que guían la investigación. En el caso de los materiales del Cerro de la Cruz, hemos decidido concentrar nuestro esfuerzo en dos direcciones principales, acordadas a partir del reconocimiento explícito de las particularidades del yacimiento. Todo ello además, claro está, del inventario y presentación gráfica del material, labor por demás inexcusable y primordial, aunque no única.

Estos objetivos de mayor alcance son:

Creación de una Tipología de cerámica típica de hábitat en Baja Epoca Ibérica.

La idea no es sólo que dicha Tipología clasifique los materiales y facilite los ulteriores trabajos en el Cerro de la Cruz, sino también y sobre todo que complemente las clasificaciones ya existentes para necrópolis y para lugares de hábitat de periodos más antiguos (anteriores al s. III a.C.), aunque no pretenda integrarse en ninguna de esas clasificaciones. Esta Tipología reviste interés especial, dado que nuestro conocimiento sobre los materiales cerámicos atribuibles a este periodo es muy escaso. Por poner un ejemplo, los principales trabajos realizados sobre tipología cerámica ibérica en Andalucía no van más allá, por lo que se refiere a la cronología, del s. III a.C. (PEREIRA, 1979, 1988a, 1988b, 1989a; ESCACENA, 1987b; GARCIA VARGAS, MORA, FERRER, 1989). Además, casi todos los estudios realizados hasta ahora se centran exclusivamente en las producciones pintadas. En cambio, el Cerro de la Cruz ofrece materiales en buena medida sin decorar -categoría que, no lo olvidemos, es la más abundante-. En efecto, la inmensa mayoría de las formas completas ibéricas conocidas proceden de la excavación de necrópolis, con lo que ello supone de selección de los tipos por consideraciones rituales. Todo ello se traduce en una deficiente representación de las cerámicas de almacenamiento y de la vajilla doméstica de uso diario. El Cerro de la Cruz, por el contrario, ha proporcionado ya (y éste es uno de los principales resultados de las campañas de estudios de materiales que hemos acometido hasta el momento) una amplia tipología de formas cerámicas ibéricas fechables en el s. II a.C., que probablemente constituyen la mayor y más completa muestra en Andalucía (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1992b). Estos materiales proceden además de un contexto de poblado y por tanto cubren un importante hueco también en este sentido.

Análisis de la producción y funcionalidad de espacios.

El segundo objetivo se puede sintetizar en los siguientes términos: analizar las posibles producciones de distintos artesanos en el mismo poblado (cerámica, pesas de telar...) con vistas a determinar el carácter y volumen de la producción, la funcionalidad de las distintas estructuras y, en conjunto, estudiar la economía y funcionamiento diario de un poblado medianopequeño como lo fue el Cerro de la Cruz, así como sus relaciones económicas con su entorno inmediato (comarcal) y lejano.

Como se ha visto, la mayoría de las estructuras hasta ahora excavadas parecen corresponder a espacios de almacenamiento y transformación artesanal/industrial. Esto hace que todavía estén comparativamente poco representadas las cerámicas finas y sobre todo las piezas de importación, cuya presencia es todavía muy poco numerosa. Si ello se debe a una escasez real de importaciones o al hecho de que falten por excavar zonas más "nobles" del poblado es algo que sólo la continuación de los trabajos podrá determinar. Por ahora, con todo, trabajamos sobre la hipótesis de que futuras excavaciones en otras áreas permitirán descubrir espacios más "lujosos" y materiales cualitativamente diferentes. Por tanto, las campañas y estudios de materiales hasta ahora realizados sólo cubren una primera fase de la investigación.

Nuestro trabajo pretende profundizar, a partir de un análisis preciso de los materiales, en la funcionalidad de los espacios, en las relaciones que éstos pudieron mantener entre sí, y en la determinación de la cantidad y variedad de material que cabe esperar hallar en una habitación cuando ésta conserva todo el ajuar doméstico y no unos meros residuos resultado de un abandono gradual (VAQUERIZO; QUESADA, MURILLO, 1991a:184 ss.)

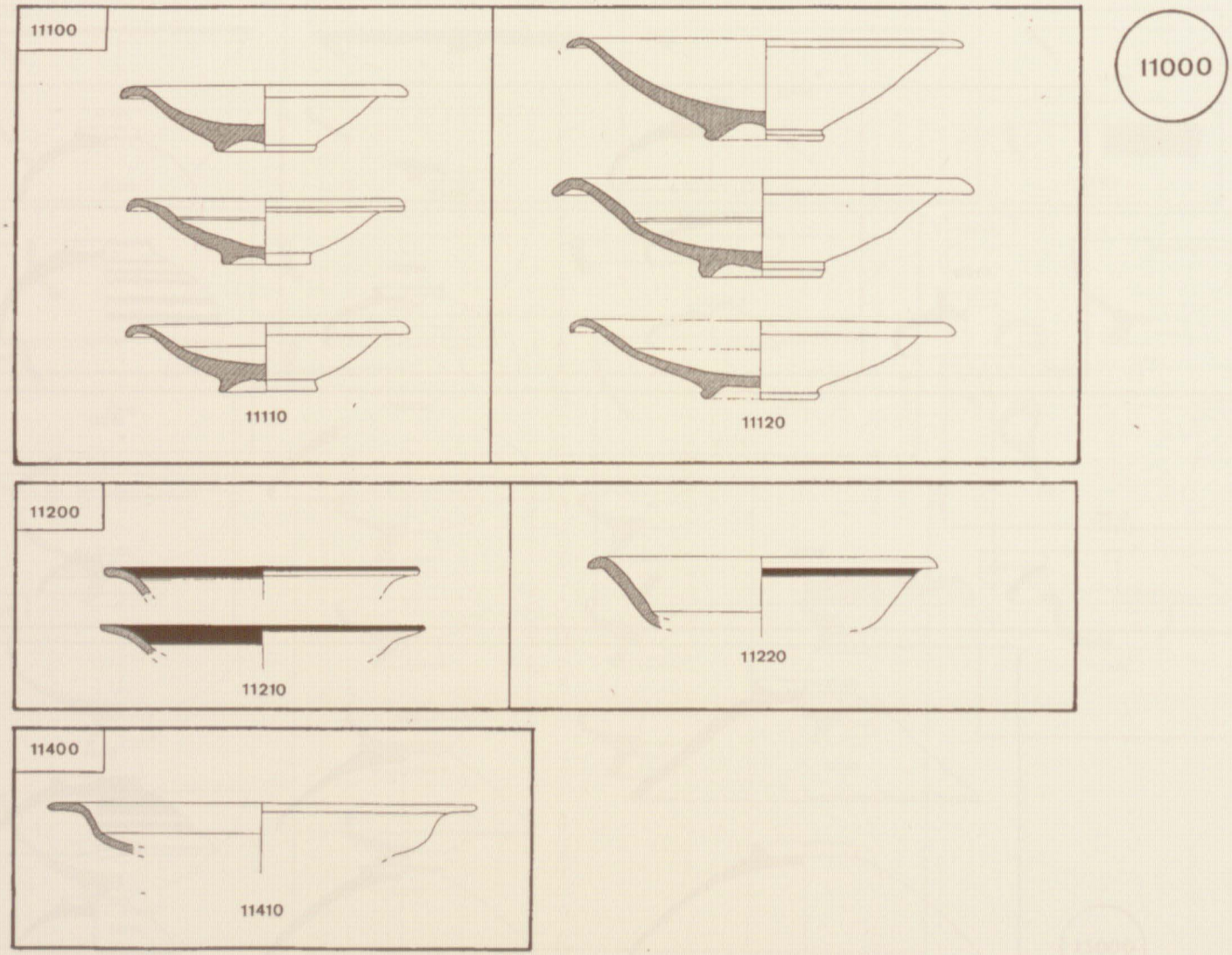


Figura 50. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 10000, Grupo 11000 (platos).

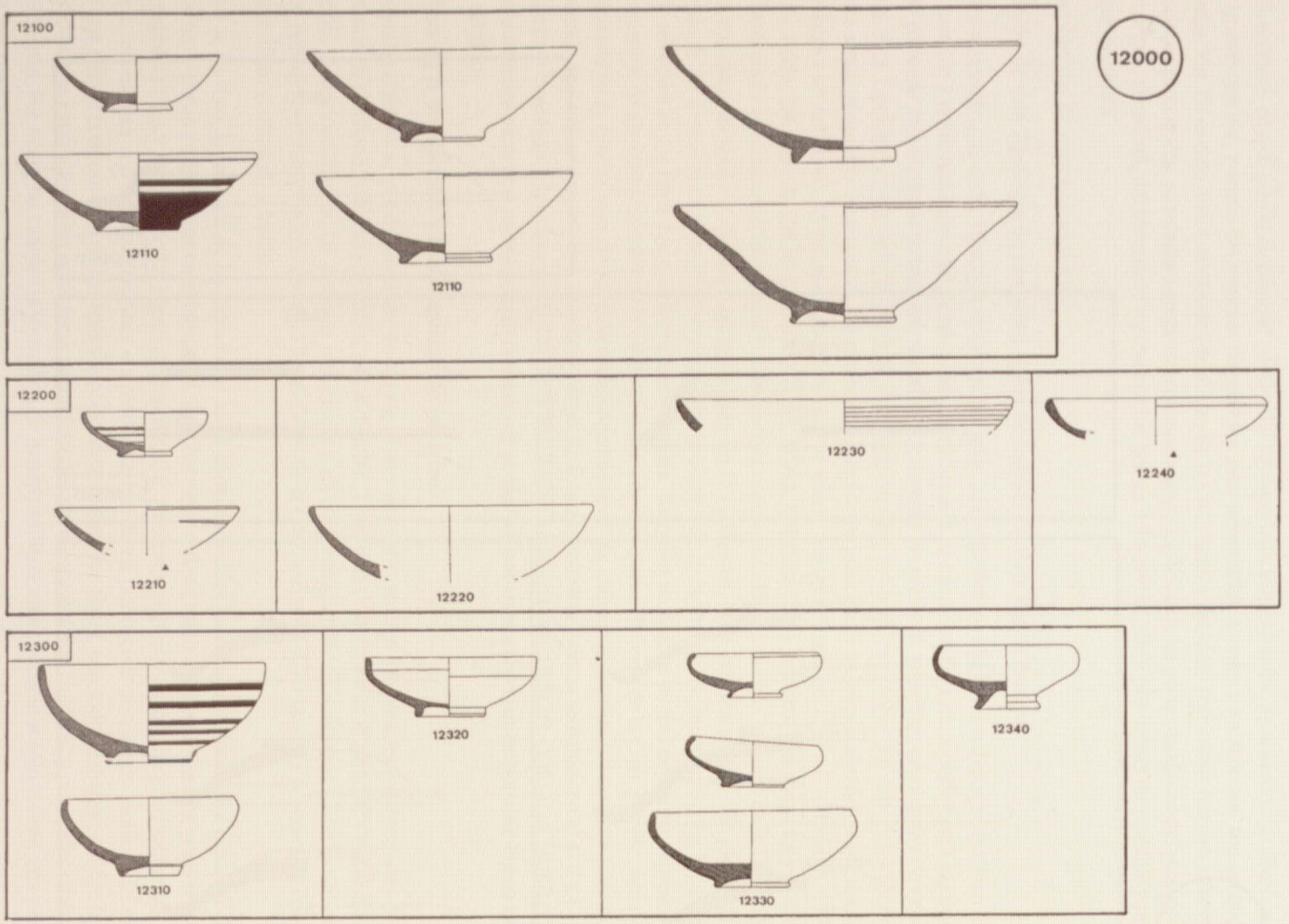


Figura 51. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 10000. Grupo 12000 ("Cuencos").

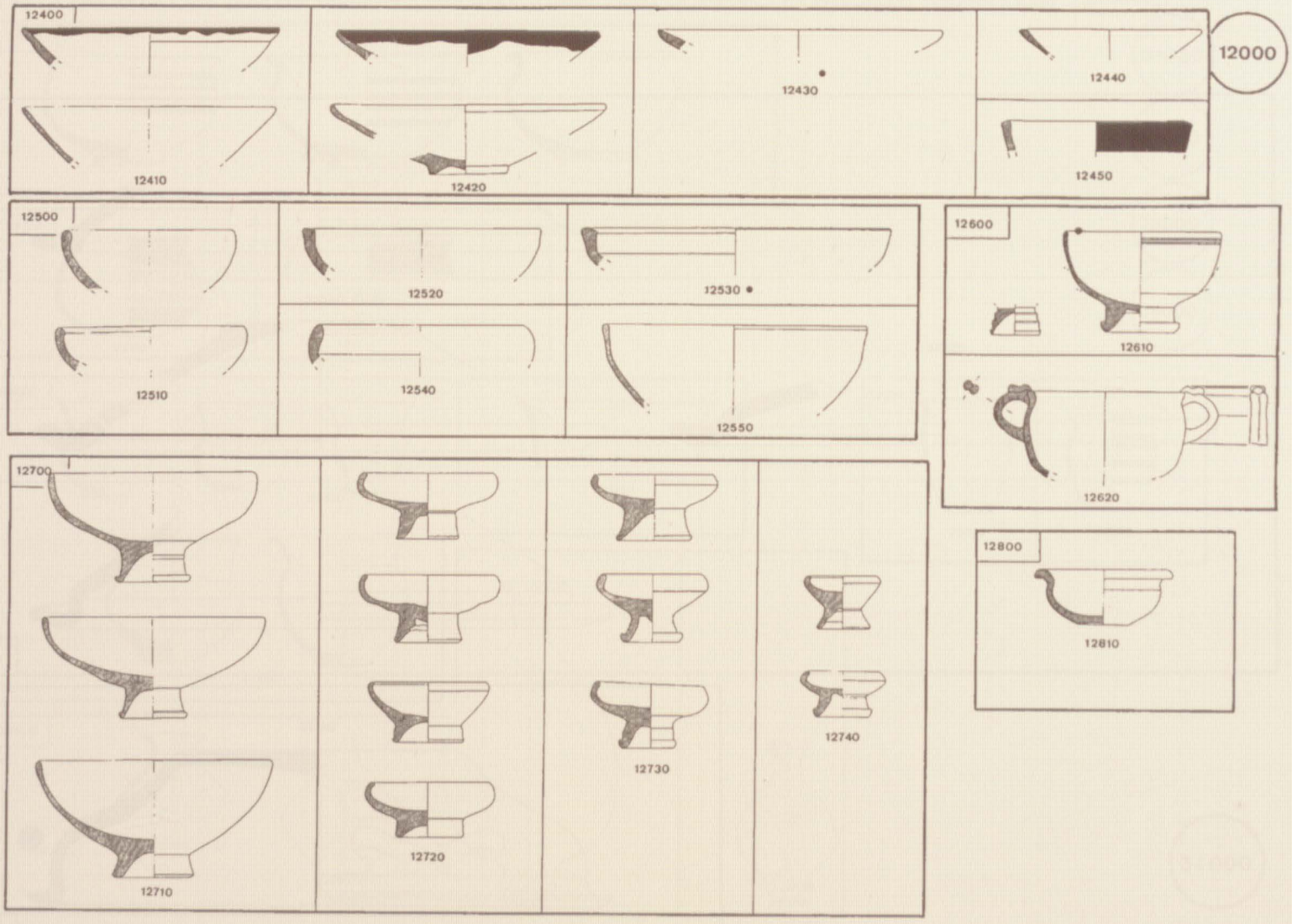


Figura 52. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 10000 (Grupo 12000, "Cuencos").

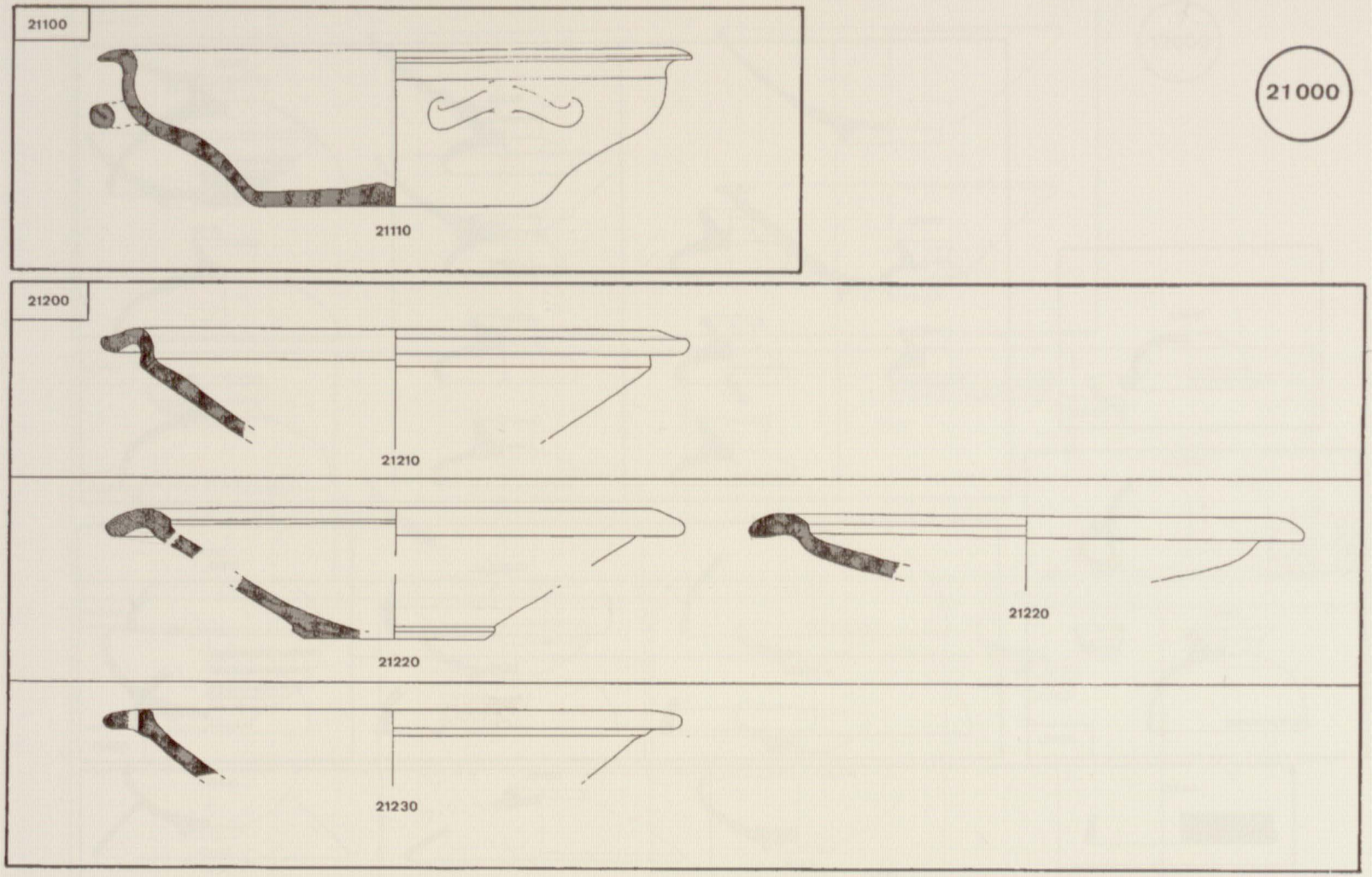


Figura 52b. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 10000 (Grupo 12000, "Cuencos") y Clase 20000, (GRupo 21000, "Fuentes").

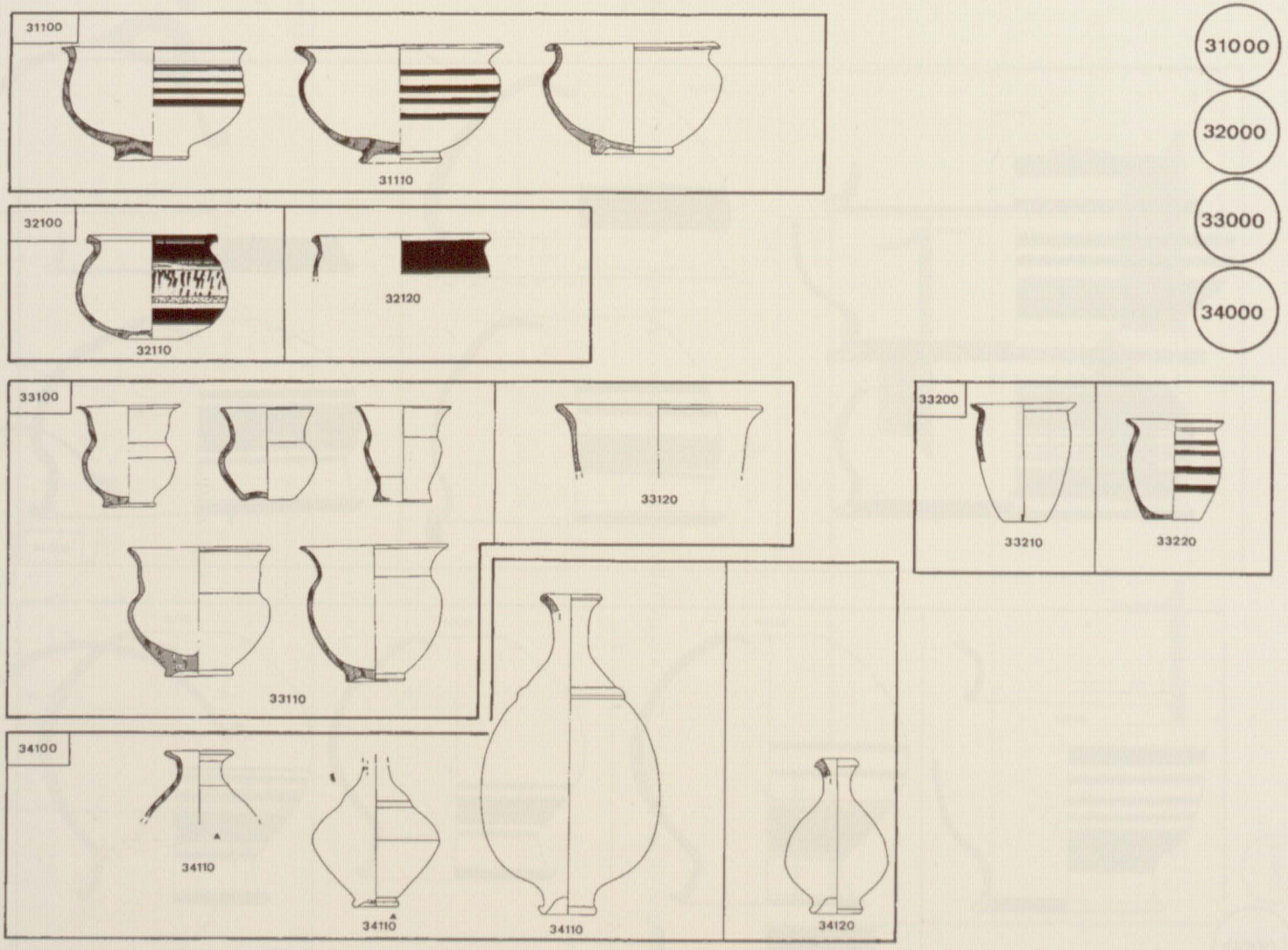


Figura 53. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 30000 (Grupos 31000, 32000, 33000, 34000).

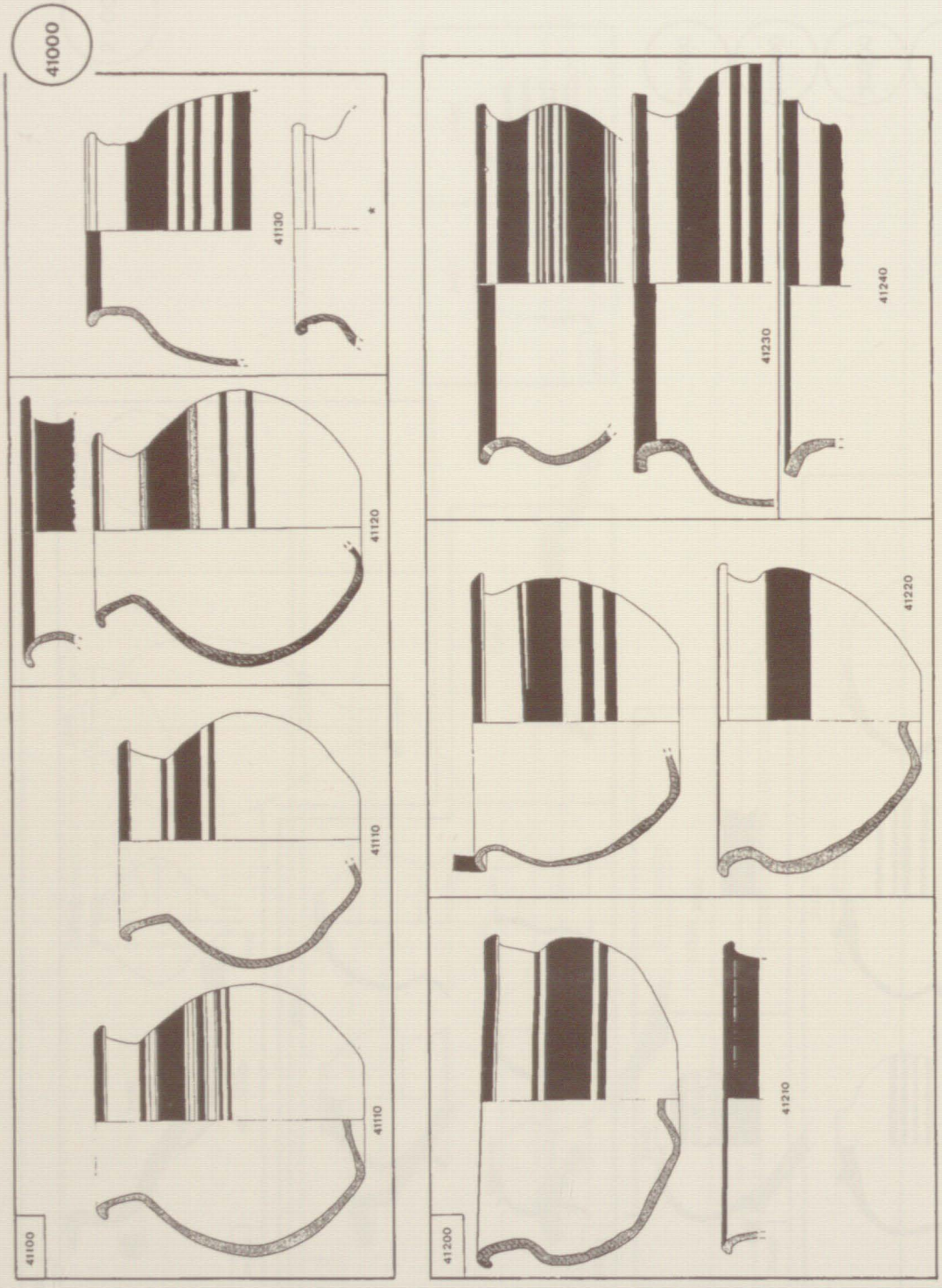


Figura 53b. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 40000 (Grupo 41000 ("Vasos de cuello acampanado corto").

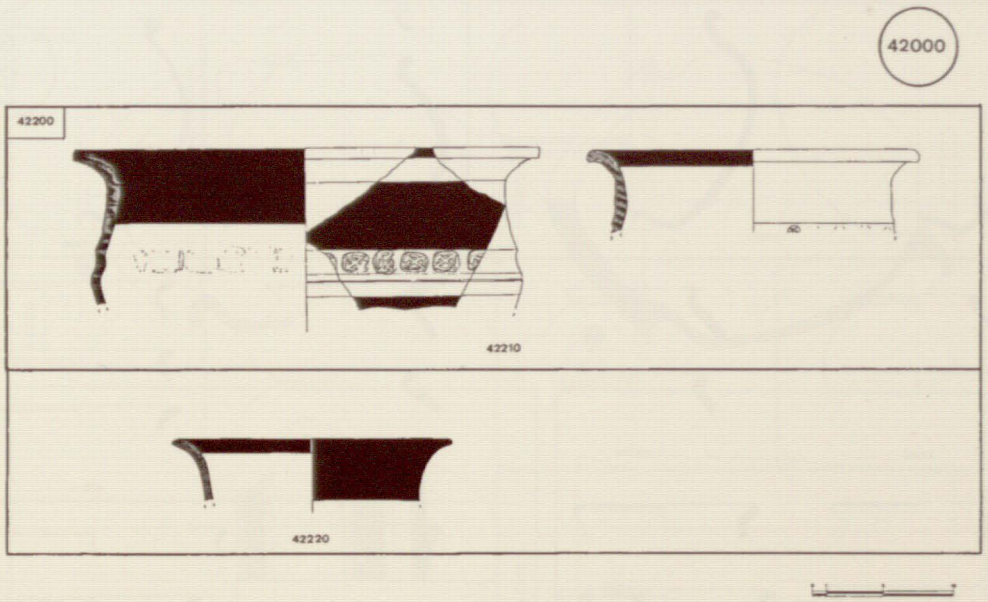


Figura 54. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 40000 (Grupo 42000 "Vasos de cuello acampanado-alto").

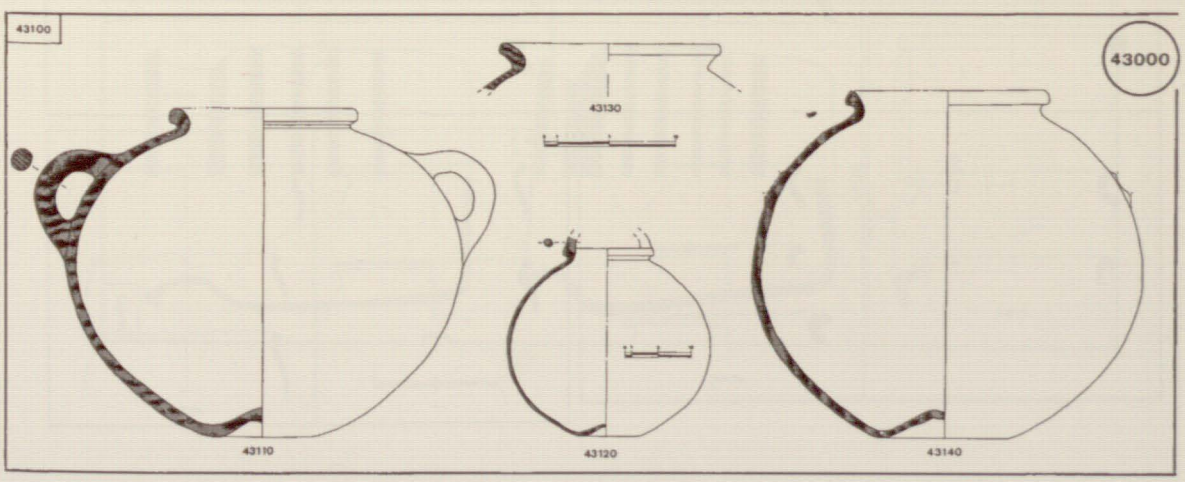


Figura 54b. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 40000 (Grupo 43000, "Ollas", tipo 43100).

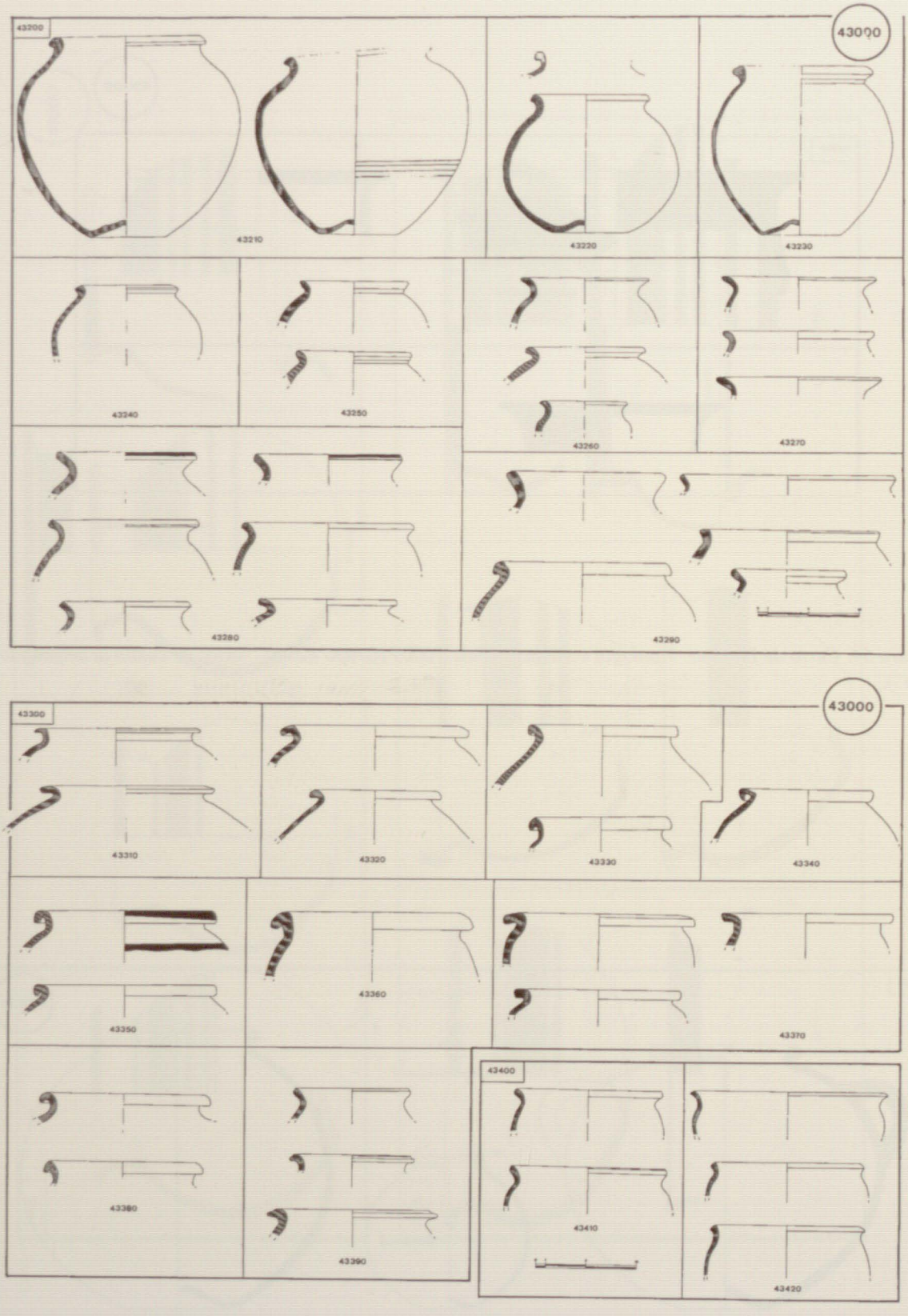


Figura 55. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 40000 (Grupo 43000, "Ollas", tipos 43200, 43300, 43400).

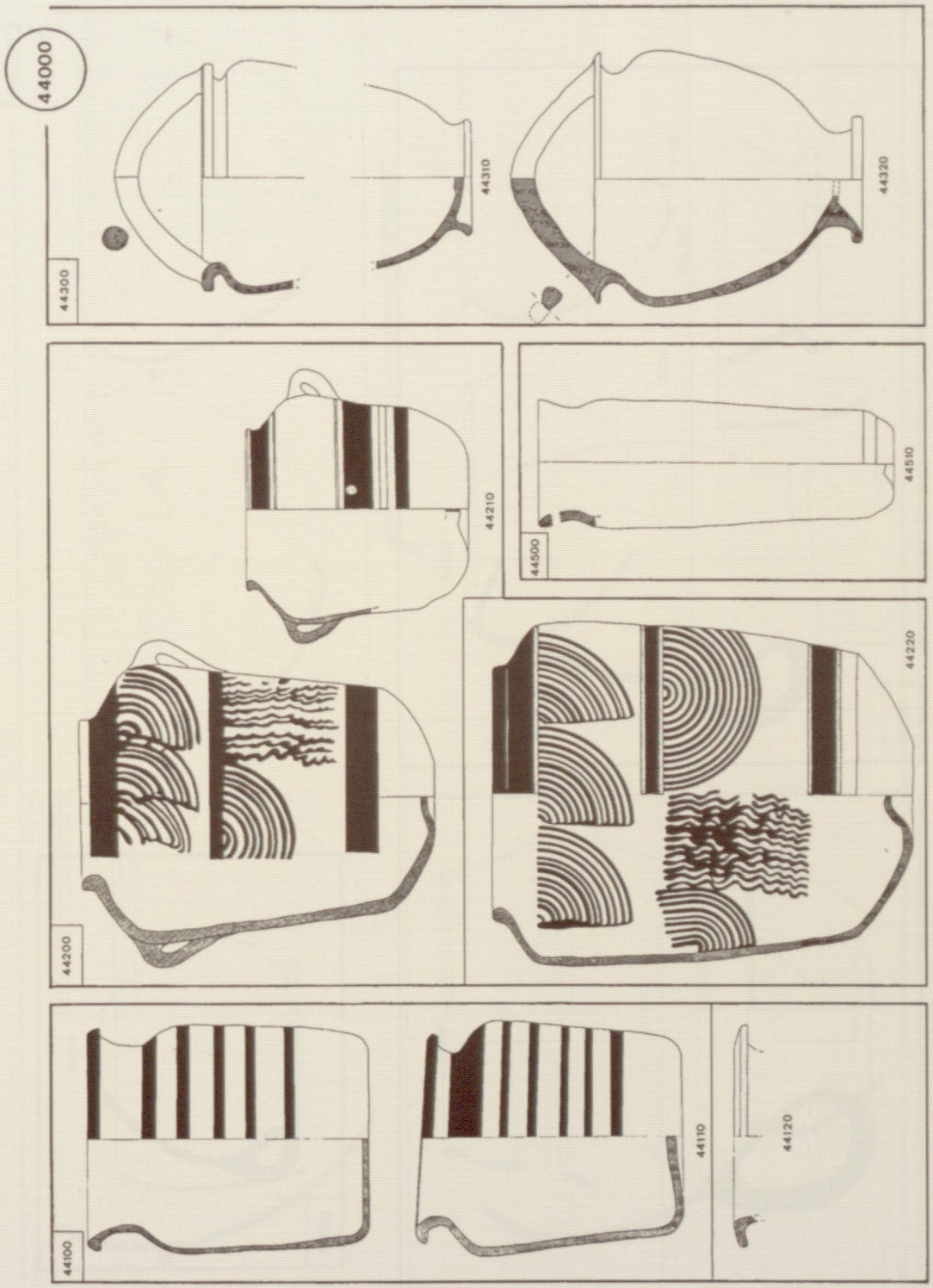


Figura 56. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 40000 (Grupo 44000, "Vasos con golbo cilíndrico").

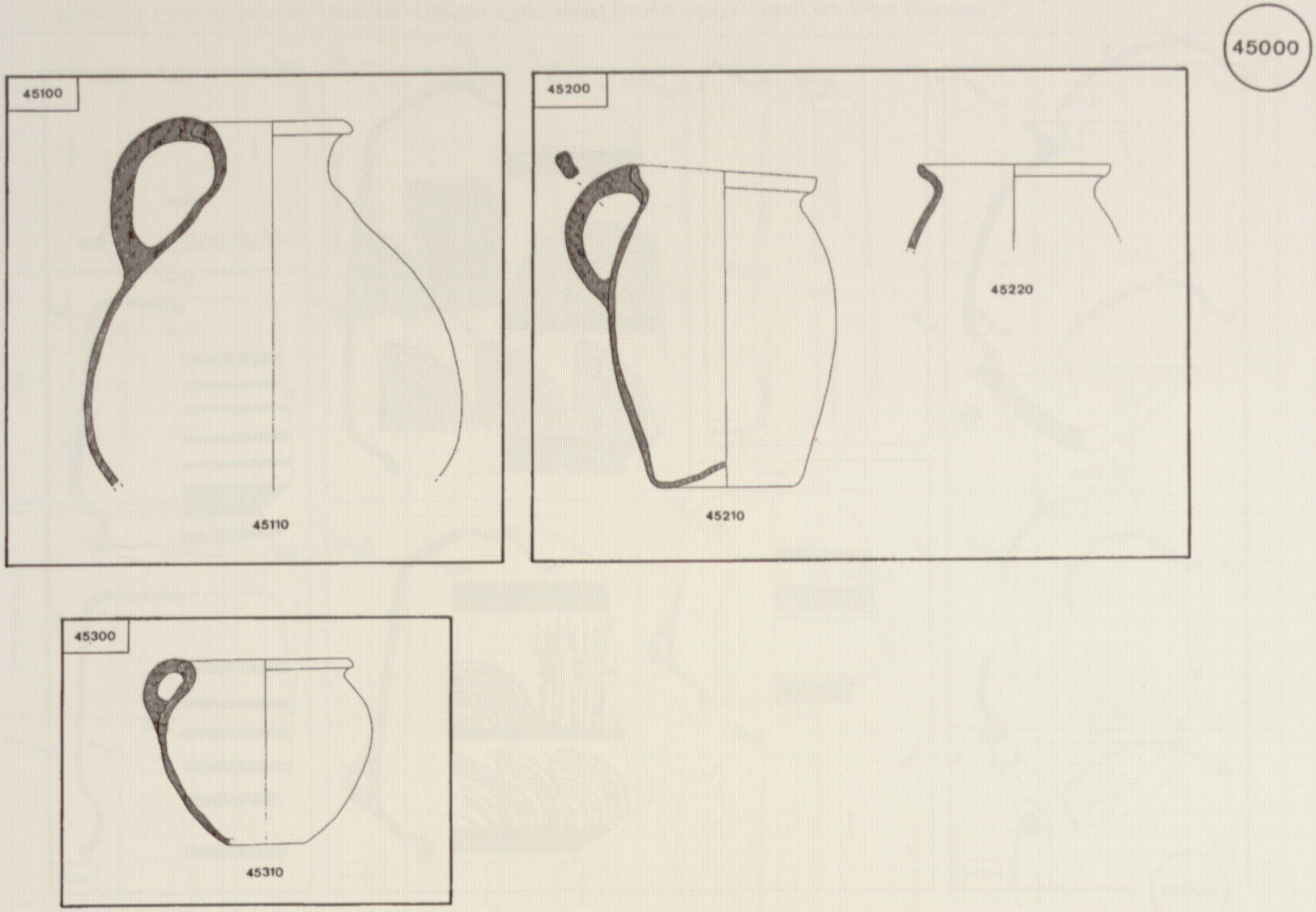


Figura 56b. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 40000 (Grupo 45000, "Jarras").

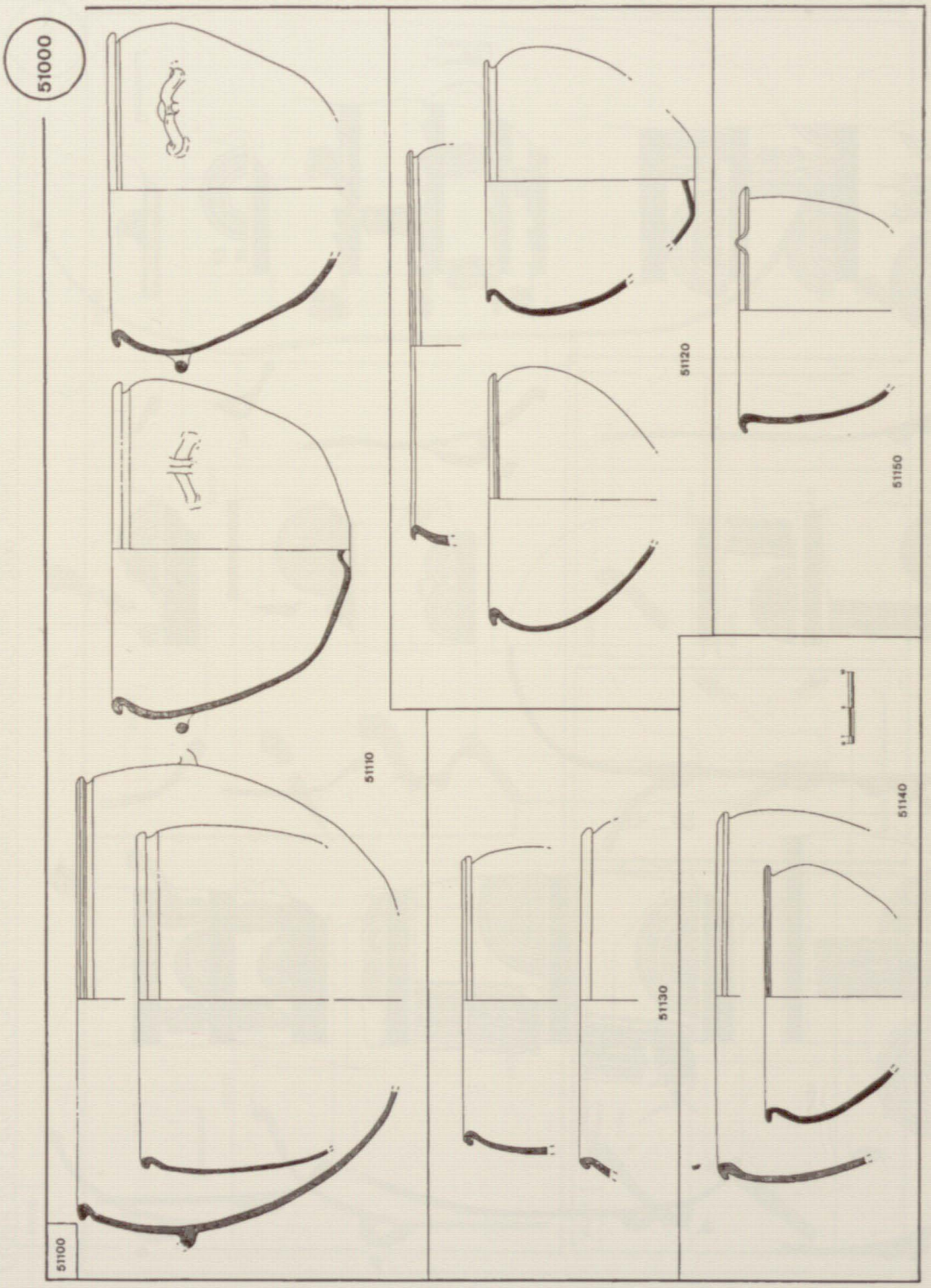


Figura 57. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 50.000 (Grupo 51000 "ladrillos").

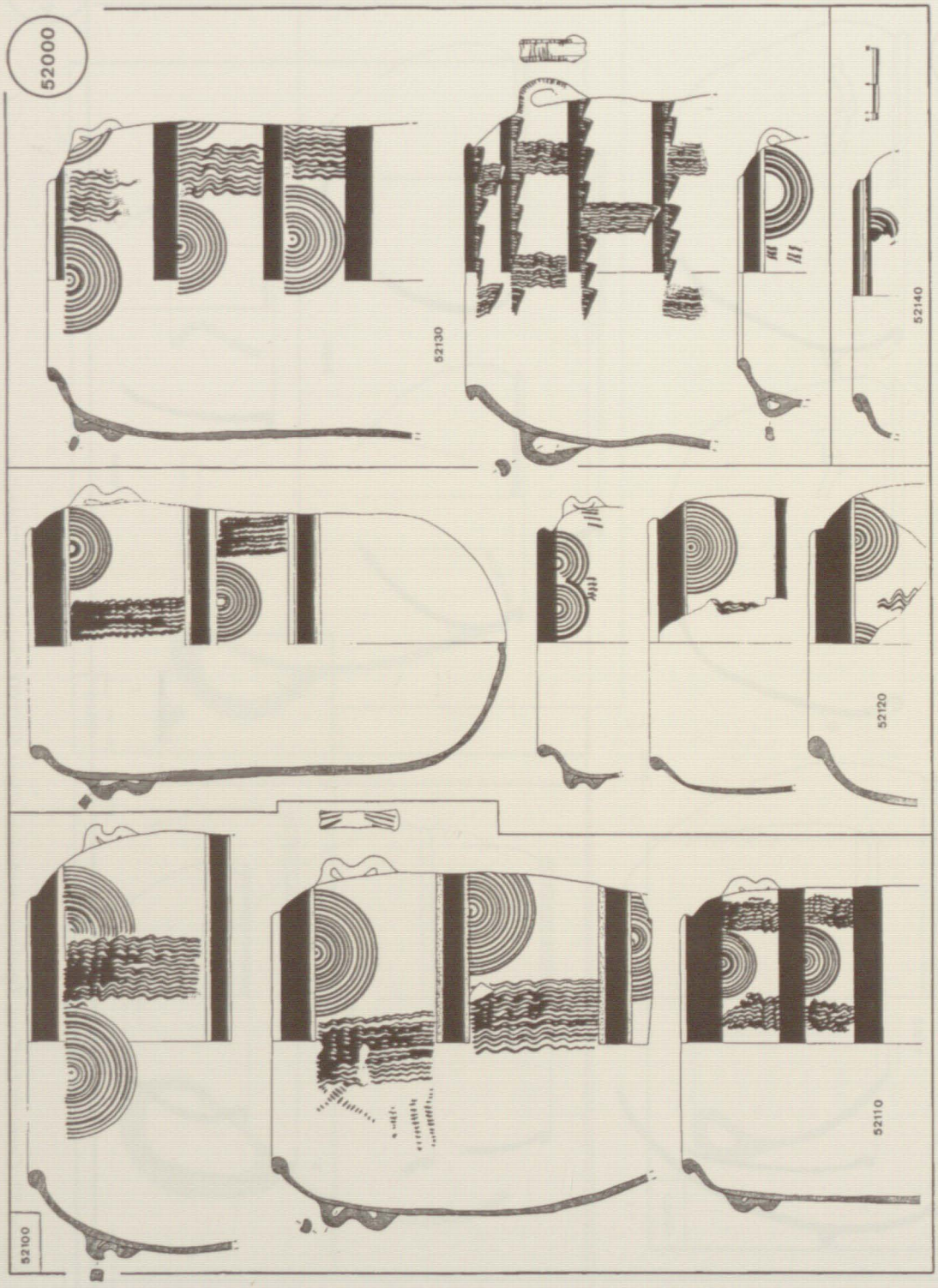


Figura 57b. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 50.000 (Grupo 52000 "pithoi").

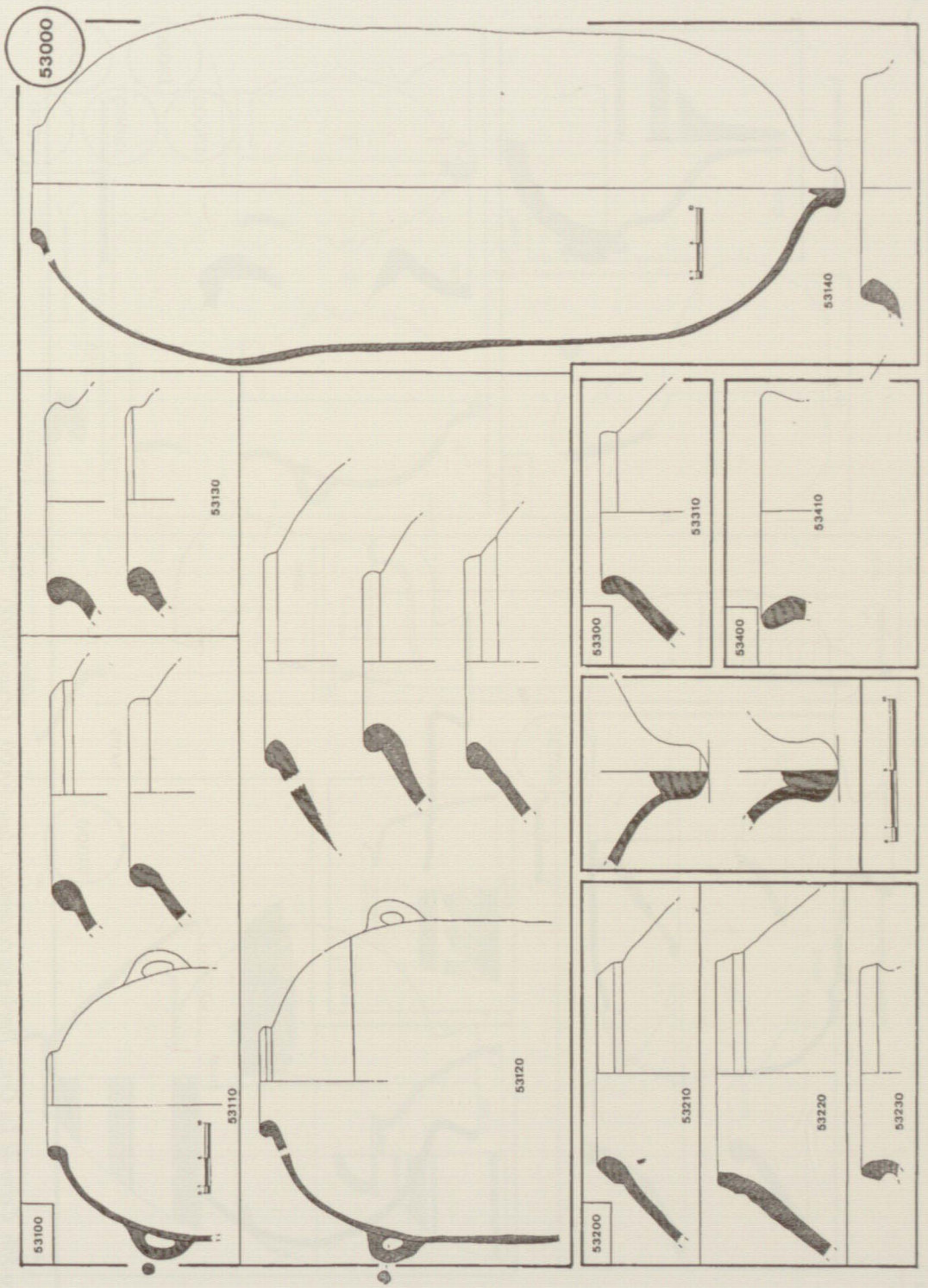


Figura 58. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 50000 (Grupo 53000, "Anforas").

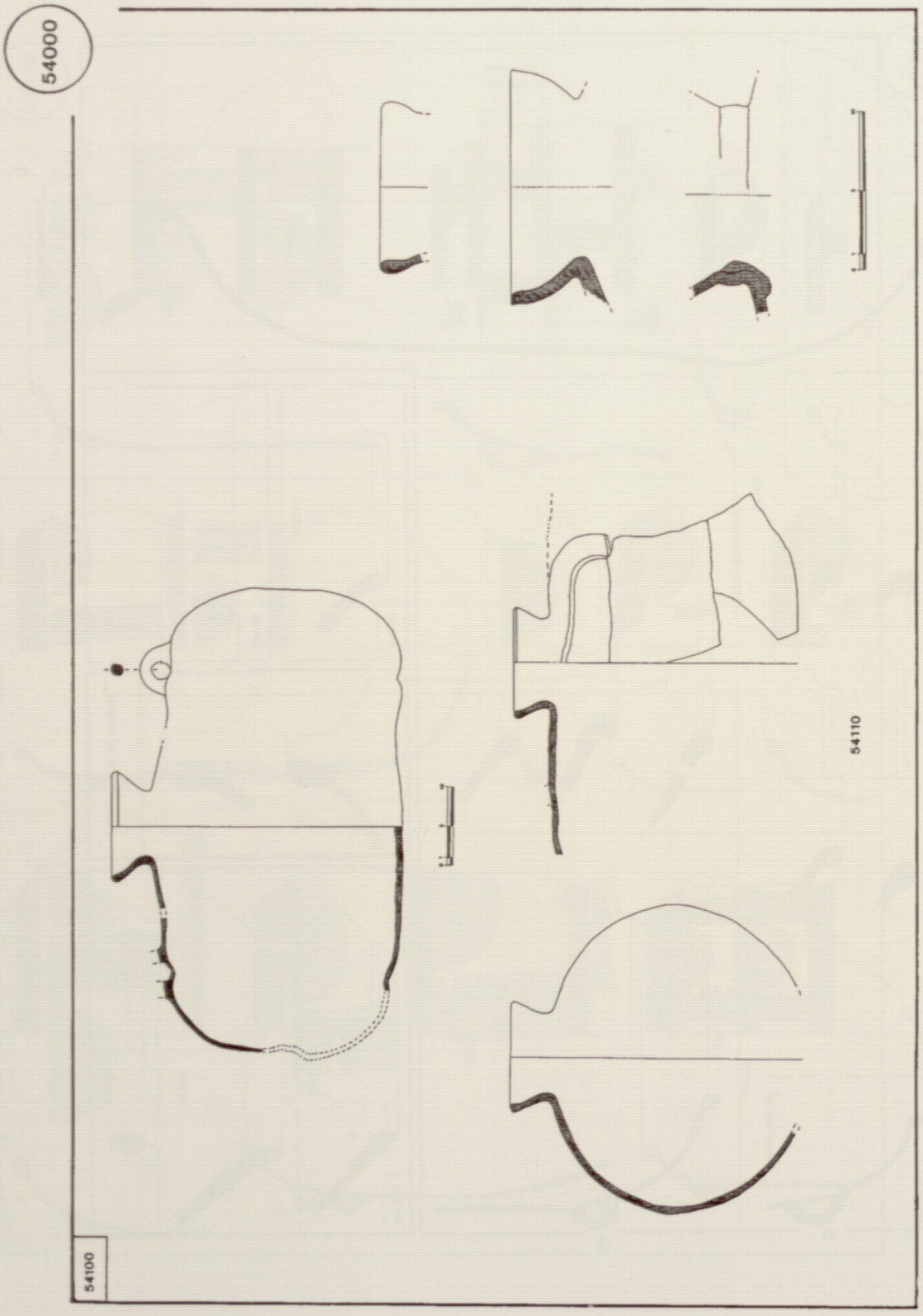


Figura 58b. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 50000 (Grupo 54000, "Toneles").

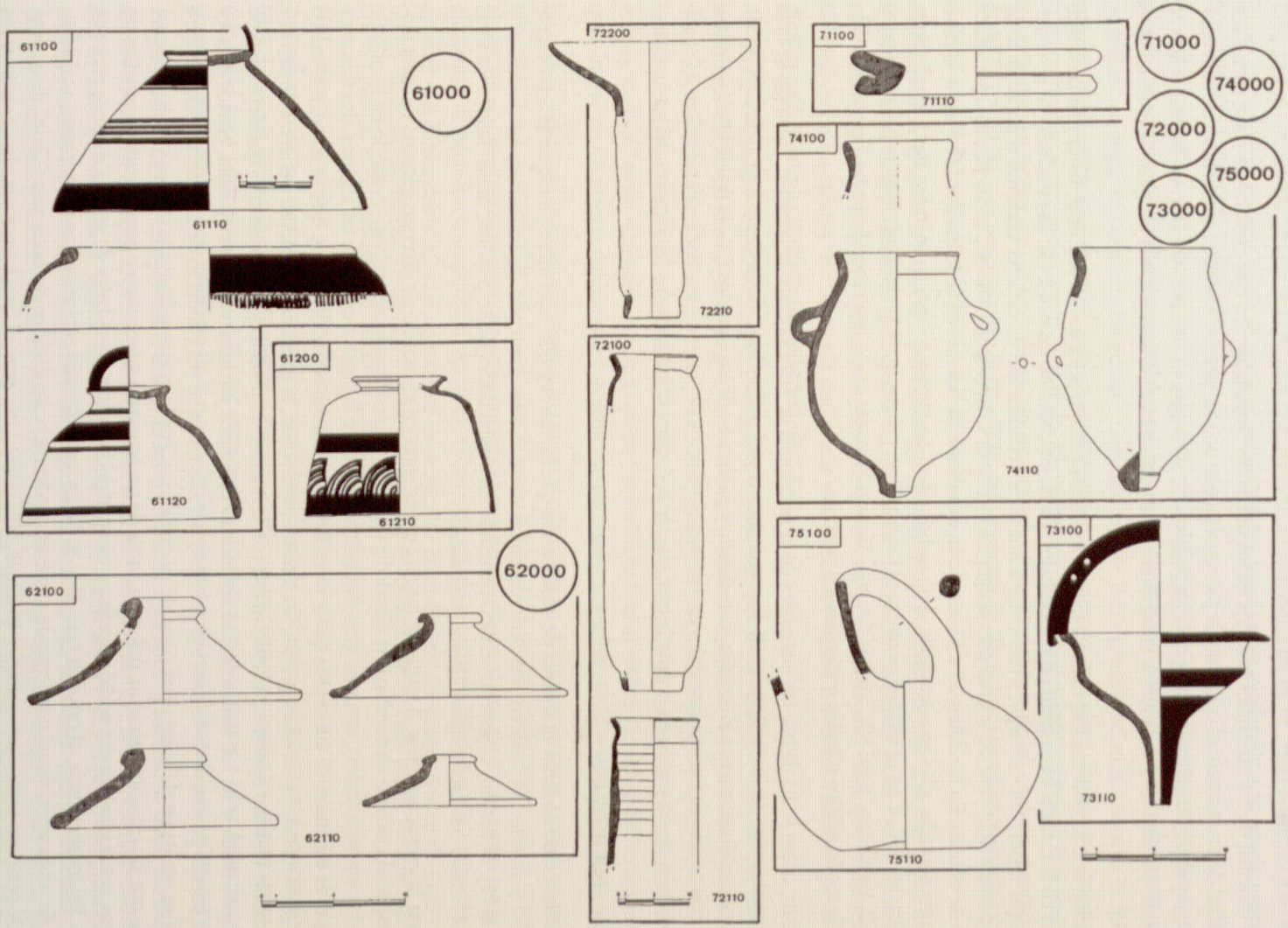


Figura 59. Cerro de La Cruz. Tipología cerámica. Clase 60000 (Grupo 61000 y 62000, "Tapaderas") y Clase 70000 ("Formas especiales").

TIPOLOGÍA DE LA CERAMICA IBÉRICA DEL CERRO DE LA CRUZ

Aunque, como veremos más adelante, se observa una cierta distribución diferencial de formas cerámicas y materiales diversos en las distintas estancias excavadas, el conjunto cerámico hasta ahora documentado forma un todo homogéneo y coherente, que permite establecer una tipología bastante diversificada, que abarca desde pequeños vasitos para beber hasta grandes contenedores, pasando por formas especializadas como embudos o toneles de cerámica.

La cantidad y variedad de los materiales hallados en los diferentes Departamentos que estudiamos corre pareja con la homogeneidad de los mismos: el conjunto de piezas es tal que no sólo permite sino que aconseja un estudio coordinado con las unidades arquitectónicas y microespaciales. No obstante, en una primera fase analizaremos la cerámica desde un punto de vista taxonómico, clasificando los materiales con independencia del Departamento en que fueran hallados.

En la clasificación que a continuación vamos a exponer se han incluido, por razones prácticas, las formas cerámicas documentadas en la cercana necrópolis de Los Collados. Dicho conjunto de materiales se ha estudiado ya, de acuerdo con su propia lógica. Sin embargo, y con vistas a una futura clasificación de carácter comarcal o regional, se ha ampliado la tipología del Cerro de la Cruz para acoger las formas de la necrópolis, aunque en las páginas que siguen no se repetirá su estudio. En las Tablas 25 a 37 se indican expresamente además de la definición de los tipos, si éstos aparecen sólo en poblado, sólo en necrópolis, o en ambos sitios. En el primer caso no se indica nada, en el segundo se especifica 'Sólo N', y en el tercero se indica el Grupo, Tipo y Variante de la clasificación ya publicada de uno de nosotros (D. Vaquerizo, 1988-89). Dichos Grupos, Tipos o Variantes no se han repetido en las Figuras 50 a 59 , que recogen de modo gráfico sólo los materiales del poblado.

Aparte de incluir, como se ha dicho, los materiales de la necrópolis de Los Collados, la presente Tipología se basa en el estudio exahustivo de los materiales de los siguientes espacios del Cerro de la Cruz: P, O, Ñ/E, Ñ/W, S, AB. Igualmente se ha tenido en cuenta el estudio, ya realizado y publicado, de los espacios F, G, H (VAQUERIZO, 1990b). Por último, se han tenido en cuenta materiales excepcionales de otros Departamentos. Por lo que se refiere a la cerámica de importación, se ha tenido en cuenta la totalidad de la documentada en todos los sectores del yacimiento.

Criterios de clasificación.

Esquema arborescente abierto. El sistema de clasificación que hemos seguido aquí sigue un esquema arborescente, jerarquizado y abierto. Se basa en una serie de ramas diversificadas partiendo de los conceptos de "clase" y "grupo" *(vid. infra)*. Al tiempo, el sistema se creó pensando en posibilidades de ampliación, tanto "lateral" (nuevas clases o grupos) como "en profundidad" (tipos, variantes).

Flexibilidad en la estructuración. A partir de nuestra experiencia en el estudio de diversos géneros de cerámica, se ha puesto especial cuidado en combinar la claridad y lógica en la clasificación de grupos, (evitando en lo posible contradicciones y ambigüedades), con una gran flexibilidad que evite la rigidez existente en algunos sistemas muy preocupados por la precisión de conceptos que a veces llevan a incómodas clasificaciones, que se adaptan al marco metodológico pero ofenden el sentido común. En nuestra experiencia, la geometría y simetría perfectas de una clasificación raramente resultan operativas al enfrentarse con la realidad de producciones artesanales que dependen de múltiples factores, muchos de los cuales podían ser incluso casuales e inconscientes (por ejemplo, ciertos detalles en la forma de bordes producto de la posición del dedo del alfarero, a su vez producto de la posición adoptada en el torno, que a su vez depende entre otras cosas de su cansancio). Por lo que se refiere a la técnica y acabado de los vasos, creemos que un estudio realmente útil debe partir de un programa sistemático y generalizado de análisis de pastas cerámicas, que todavía no ha podido llevarse a efecto debido a otras prioridades de gestión de unos recursos muy limitados. En consecuencia, al estudiar cada Tipo se harán los comentarios pertinentes sobre pastas, acabados, etc. derivadas de un examen visual con lente de aumento. Podría haberse distinguido entre una "Clase" de cerámica fina o otra de cerámica tosca, (por ejemplo, MATA, BONET, 1992:119), pero al final hemos optado por primar los atributos formales sobre los tecnológicos, decorativos o funcionales, aunque en cada caso se harán las consideraciones o comentarios pertinentes.

No hemos sido rígidos con la variable "tamaño". Según se verá, la observación del material muestra cómo los diversos tipos suelen "incluirse" por sí mismos en series de tamaño similares (obviamente, no hay caliciformes "grandes", ni tinajas "pequeñas") . Por otro lado, dentro de un mismo tipo puede haber variaciones de tamaño que corresponden probablemente a categorías reales en su momento (no tememos en este sentido concreto ser 'acusados' de nor-

mativismo). Un análisis estadístico puede revelar esta lógica en los tamaños, como sucede en los platos de borde vuelto. Predeterminar entonces donde está el límite entre dos o tres categorías de tamaño puede ser engañoso, porque además los tamaños suelen presentar, en las producciones artesanales, ciertos márgenes de variación. Así, como muestran numerosos estudios etnoarqueológicos, un alfarero puede considerar tres grupos de tamaño en un tipo de piezas, y venderlos de acuerdo con una tarifa fija; un arqueólogo, sin embargo, encontrará rápidamente inconsistencias entre los grupos si aplica un esquema rígido morfométrico (ver por ejemplo QUESADA, LÓPEZ GRANDE, 1988:342 ss.). En consecuencia, no creemos que esto sea "inductivismo estrecho", sino la aceptación de que en ocasiones es preferible analizar cómo se agrupan los materiales, antes que predeterminar de modo estricto unos grupos generales ("grandes", "altos", etc.).

En consecuencia, el criterio "tamaño" se mueve en márgenes amplios que se precisan, cuando procede, en cada grupo o tipo. En sentido estricto, puede haber una ollita que debería pertenecer a la clase de formas "cerradas pequeñas" en lugar de "cerradas medianas". Dependiendo de otras consideraciones (número de piezas con ese tamaño, pasta, acabado...) se podrá o no crear un grupo o tipo nuevo en una clase distinta, o se aceptará el caso de la ollita como una excepción dentro de la regla. Algo parecido ocurre, por ejemplo, y pese a la definición de estrictos criterios numéricos, con el tipo "lebes" de gran tamaño (diámetro mayor de 40 cm.) en el estudio de MATA y BONET (1992;129), que permanece en la clase II (formas menores de 40 cm.) por su excepcionalidad y porque encaja mejor con otras piezas similares pero más pequeñas.

Algo similar ocurre con los criterios para distinguir grupos y tipos: advertimos de antemano que éstos varían de acuerdo con las características de cada grupo, sin que ello se deba a contradicción inconsciente. Si siempre empleáramos los mismos criterios, para formas muy diferentes, el resultado sería farragoso, dado que evidentemente la posible división de los "platos" no tiene por qué seguir y de hecho no sigue los mismos criterios que la de "ánforas", pues los parámetros a considerar o medir son diferentes.

Por otra parte, tampoco queremos caer prisioneros de una jerarquización rígida de criterios que exija siempre, en los mismos niveles de clasificación (grupo, tipo, variante...) criterios del mismo rango. Hemos probado esta aproximación, y la hemos desechado por provocar una indeseable multiplicación de tipos y llevar a contradicciones insolubles que exigían, para sortearlas, multiplicar en exceso los niveles de jearquización en multitud de grupos, subgrupos, tipos, subtipos, variantes... La otra opción supondría utilizar la misma variable a diferentes niveles de jerarquía, lo que en un sistema rígidamente estructurado no resulta admisible (RUIZ y MOLINOS, 1993:32).

En consecuencia, no siempre empleamos los mismos criterios para diferenciar grupos, tipos y variantes, sino que nos ajustamos a las peculiaridades de cada clase o tipo. De nada sirve utilizar como criterio en un determinado nivel el tipo de asa, para mantener una perfecta simetría entre grupos o tipos, si uno de ellos se caracteriza por no tener elementos de prensión o suspensión. Así pues, en un caso puede ser criterio de distinción el tipo de asa, y en otro el perfil o la forma del borde. Lo importante es, a nuestro entender, ser coherente dentro de cada clase, grupo o tipo, y mantener luego esa coherencia a la hora de realizar la clasificación de cada pieza, y sobre todo no variar de criterio cuando eventualmente se amplíe la clasificación.

Multiplicación de tipos y variantes. Se ha evitado también caer en un detallismo excesivo que lleve al tan conocido fenómeno de "un ejemplar, un tipo". Este tipo de clasificación exahustiva llega a no ser operativa a la hora de realizar recuentos estadísticos, distribuciones e incluso puede ocultar patrones generales importantes. Por supuesto que habrá tipos poco comunes, o variantes excepcionales, que requerirán grupos o tipos específicos, pero por lo general aplicaremos el viejo principio de la navaja de Occam, *non sunt multiplicanda entia sine neccesitate*.

Fragmentos y formas completas. Plantea un serio problema tipológico la asociación entre perfiles completos y formas de bordes, en especial en los tipos más habituales de vasos globulares ("ollas"), que presentan amplia variedad de tipos de borde. Si se sigue como criterio principal de clasificación el del el perfil completo del vaso, luego será en extremo difícil clasificar los numerosos fragmentos de borde que no tienen cuerpo. En consecuencia, caben dos opciones: bien tener en cuenta en estos casos el criterio "borde" como principal, bien realizar dos clasificaciones diferentes, una de "formas completas" y otra paralela de "bordes", que sólo se integrarían en la Tipología "principal" cuando apareciera una forma completa que asociara inequívocamente un tipo de borde a un tipo de perfil. Ahora bien, puede ocurrir que un mismo tipo de borde aparezca asociado a varios perfiles o incluso a varias formas por completo diferentes. Ante estas dificultades hemos optado por primar en dichos tipos la forma del borde sobre otras consideraciones aún sabiendo que se está potenciando así en este caso un criterio formal sobre el funcional.

Variables numéricas. Por último, el número de variables numéricas empleadas en esta Tipología será limitado a las dimensiones básicas. Es cierto que algunas Tipologías recientes acuden a una amplia serie de variables para analizar

formas completas, o incluso bordes (caso paradigmático es el del análisis de bordes en Cazalilla, con una gran cantidad de medidas para cada caso, RUIZ *et alii*, 1983:274 ss., y más aún el de las 14 variables para cada borde medidas en Puente Tablas, RISQUEZ *et alii* 1991:84). Sin embargo, por lo general estos análisis se aplican a conjuntos muy reducidos de recipientes, lo que permite realizar una amplia cantidad de mediciones y análisis estadísticos (v.gr. CONTRERAS *et alii* 198788; LORRIO, 1991, etc.). En muchos casos, además, se trata de producciones a mano, donde la variedad formal es más reducida y manejable, al tiempo que se hace más difícil separar los tipos. En otros estudios de este tipo el énfasis se pone en el aspecto diacrónico, en la evolución de los tipos, para lo que se hace a veces necesario un análisis muy fino, sobre todo si la muestra es escasa.

En cambio, en el caso del Cerro de la Cruz manejamos decenas de miles de fragmentos y centenares de vasos con perfil completo; además estudiamos un conjunto homogéneo en el tiempo, contemporáneo, de modo que no se trata aquí de analizar tendencias evolutivas (evolución de perfiles, o de bordes), sino de clasificar un conjunto homogéneo. Un exceso de variables, o un análisis estadístico muy complejo sin realizar primero estadísticos simples (como recomiendan RICHARDS y RYAN, 1985:7) está a nuestro juicio fuera de lugar, salvo como ejercicio metodológico o como resultado de un Proyecto a gran escala, muy por encima de las posibilidades de que hemos dispuesto.

Con todo, aunque la presente Tipología no emplee las complejas técnicas propuestas recientemente (RUIZ y MOLINOS; 1993:5152) para definición de tipos (análisis de cluster y factorial...), el hecho de disponer de un amplio repertorio de fromas completas ha hecho sumamente efectivo el empleo de un sistema más "tradicional". Por otro lado, la fase ulterior del trabajo (asociación de diversos tipos a espacios concretos del área excavada y, en colaboración con otros datos, reconstrucción de áreas de actividad) no depende necesariamente del sistema empleado para la definición de tipos cerámicos, de modo que se puede realizar esta segunda fase de trabajo incluso habiendo construido la tipología por medios relativamente "clásicos".

¿Hacia una tipología general de la Cerámica Ibérica?. Antes de exponer nuestro sistema queremos aludir por último al problema de la creación de una "Tipología global" de la cerámica ibérica en la Península Ibérica, sueño acariciado desde hace muchos años (p. ej. TARRADELL, 1965) y hasta ahora no realizado. A nuestro juicio, tal empeño es por ahora tarea imposible. Creemos que es tarea casi imposible porque todavía son demasiadas las lagunas en algunas regiones y en algunas épocas (por ejemplo, del s. III a.C. en adelante en Andalucía); por ello no debe chocar que cuando se realizó una tipología de cerámica ibérica valenciana en la Mesa Redonda "La Baja Epoca de la Cultura Ibérica" los autores hubieran de basarse en la cerámica de un poblado de "Epoca Plena" como es la Bastida de Les Alcuses (ARANEGUI, PLA, 1981). Hasta que no tengamos registros sistemáticos regionales completos es tarea inabarcable una "Tipología general" que sea de verdadera utilidad.

Además, lo que vamos sabiendo indica que entre las diversas zonas del Sur y Levante Ibérico hay una clara variabilidad regional, que dificulta mezclar los materiales bastetanos y edetanos, por ejemplo, incluso si entre ambas zonas es posible encontrar algunas piezas idénticas. No pretendemos que la cerámica sea un útil indicador "étnico" (coincidimos en ello con ESCACENA, 1992b:325), pero tampoco pensamos que los repertorios regionales puedan mezclarse. Dentro de una homogeneidad global -predominio de una cerámica oxidante con pintura monócroma en tonos rojizos o castaños, presencia de ciertas formas comunes- la variabilidad regional es tal que quizá sea más deseable aspirar a crear *corpora* regionales, lo más ajustados posible a la geografía antigua y no a la administrativa moderna, *corpora* que luego sea posible comparar con facilidad. Es a nuestro juicio significativo que el último y sin duda el mejor intento publicado de tipología "global" (MATA, BONET, 1992), aunque muy bien argumentado, no recoja, por ejemplo, buena parte de los nuevos tipos existentes en el poblado del Cerro de la Cruz, por lo que no nos exime de abordar nuestra propia clasificación. Estas ausencias se deben a que no existía durante la redacción de ese trabajo (salvo el caso de Pajar de Artillo y poco más) un repertorio publicado de cerámica ibérica andaluza del s. III a.C. en adelante. Quizá el único sistema global de clasificación por ahora practicable sea el avanzado hace más de una década por TARRADELL y SANMARTI (1980), y desarrollado recientemente por RUIZ y MOLINOS (1993:24 ss.), basado en grandes grupos por cocción y técnica (clara, gris, roja..), sistema que no pretende descender al detalle formal. Por tanto, creemos que hoy por hoy es más productivo un análisis regional basado en un análisis previo por yacimientos y en un conocimiento detallado de materiales "locales" que uno global. Esta postura (ya avanzada en 1972 por CUADRADO) no debe ser definida sin más como "inductiva" (RUIZ y MOLINOS, 1993:31), puesto que parte de una hipótesis global sobre el comportamiento de la cerámica ibérica (que incluye entre otras cosas el concepto de regionalización).

Sistema de clasificación

Una vez sentadas las premisas de trabajo y los criterios metodológicos que asumimos , expondremos a continuación el esquema de nuestra clasificación.

Niveles de abstracción: de "Clase" a "Subvariante". Dado el carácter arborescente de nuestra Tipología, distinguimos en primer lugar entre los conceptos de "Clase", "Grupo", "Tipo", "Variante" y "Subvariante", según las siguientes definiciones:

CLASE: Grandes categorías de formas de acuerdo a su perfil y tamaño. Se han distinguido 7 clases: Formas "Abiertas pequeñas", "Abiertas grandes", "Cerradas pequeñas", "Cerradas medianas", "Cerradas Grandes", "Tapaderas" y "Formas Especiales". Una clase especial agrupa la cerámica importada, que queda aparte de nuestra Tipología y no se integra en su esquema de clasificación. El criterio general para la definición de estas clases es inductivo en tanto que parte de la observación y clasificación cuidadosa de los materiales existentes, e intuitivo en tanto que su lógica se aprecia de inmediato. Aunque en efecto aúne cuatro criterios no excluyentes entre sí (apertura, función, forma y procedencia), la realidad es que estas clases se han revelado operativas y además reflejan bastante bien las probables categorías funcionales de los objetos, como tendremos ocasión de ver. Por tanto, en este caso, como en muchos otros, hemos huido de la rigidez, cuyas peligrosas consecuencias hemos tratado en el apartado anterior.

Por lo que se refiere a la distinción entre formas "abiertas" y "cerradas", en lugar de los criterios estrictamente numéricos de relación diámetro del borde/diámetro máximo (en último lugar, MATA y BONET, 1992:121), hemos preferido usar el criterio más flexible de YON (1981:171, 95): *"Vase ouvert...dont l'ouverture est suffisamment large par raport au diamètre maximum pour le rendre incommode au transport d'un liquide: le diamètre de l'ouverture es égal, ou à peine inférieur, au diamètre maximum..."*. En cambio, no siempre coinciden en un vaso abierto la abertura con el máximo diámetro, según otra definición excesivamente rígida (MARTINS, RAMOS, 1992:92).

En el caso de las cerámicas importadas, para las que existen clasificaciones más o menos desarrolladas, hemos preferido utilizarlas, sin integrar las piezas en nuestra clasificación, sean éstas copas campanienses o cazuelas de cocina itálicas. Además, se ha seguido el mismo criterio para la vajilla de barniz rojo(aunque no sea estrictamente "importada") y la"gris ampuritana", que cuentan con clasificaciones muy generalizadas en la bibliografía.

Las clases no se definen en razón de su presumible funcionalidad (esta no es una tipología reducible a "funcionalista"), pero como veremos, algunas clases corresponden a una gama posible de funciones bastante definida (así, la clase "formas cerradas grandes" corresponde a vasos de transporte y almacenamiento 'a granel'), y la de "Tapaderas" es auto explicativa.

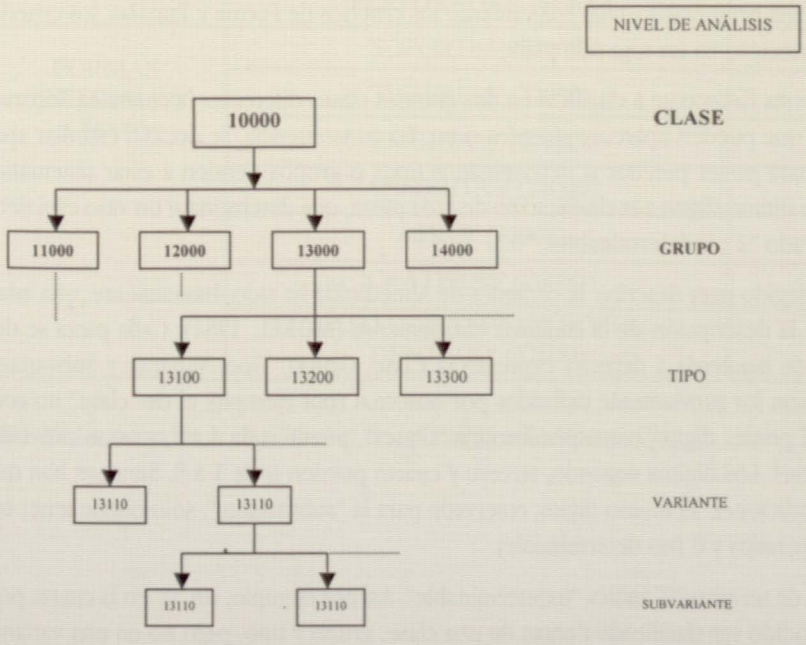


Tabla 24. Estructura de la clasificación cerámica del Cerro de la Cruz.

En conjunto, las "Clases" constituyen un nivel muy general de agrupamiento, que no resulta operativo desde el punto de vista de la descripción tipológica, pero sí desde el punto de vista del análisis de espacios en la excavación, como se verá.

GRUPO: Las siete clases antedichas se subdividen en un total de 27 "Grupos" cerámicos que subdividen las grandes "clases" en conjuntos menores con coherencia formal (Tablas 24 y 25). Expresado a la inversa, los "Grupos" agrupan conjuntos coherentes de "tipos" que comparten rasgos básicos formales, aunque se diferencian entre sí lo suficiente como para exigir una distinción. Este nivel es el más útil para realizar estudios funcionales, de carácter más preciso que las "Clases".

Para denominar estos "Grupos" se emplea básicamente el sistema de dígitos que se explica más adelante, y que se resume en la Tabla 24. Sin embargo, para facilitar la comprensión inicial de lo que significa cada grupo, y para el trabajo "día a día", se ha utilizado el recurso mnemotécnico de utilizar las viejas y probadas categorías que evocan en sí misma un grupo de tipos, esto es, términos como "platos", "jarras" o "ánforas". Para formas más complejas, a las que no es posible describir con una sola palabra suficientemente evocadora, se utiliza una descripción algo más larga pero igualmente "visual": "Vaso ovoide con cuello acampanado". Insistimos en que estas denominaciones se utilizan sólo a efecto de facilitar el acercamiento inicial a quienes no estén familiarizados con la Tipología, y no llevan consigo otro tipo de carga conceptual.

TIPO: Los Grupos antedichos se dividen en un total de 58 tipos, que constituyen la únidad básica para la clasificación, el análisis de formas y su evolución. Sin embargo, resultan menos operativos, por concretos, en el estudio microespacial, donde un nivel mayor de abstracción ("Grupos") se revela más útil.

En este nivel, los tipos se distinguen entre sí dentro del Grupo por variaciones formales en borde, pie, altura del hombro, etc., más que por una diferencia radical en la forma. Una descripción evocadora de los tipos resulta demasiado farragosa, de modo que aquí resulta necesario acudir al sistema de dígitos en exclusiva.

En alguna ocasión particular, se ha distinguido un tipo de otro por la posibilidad o imposibilidad de conocer la forma completa. En tal caso se ha considerado más prudente colocar en el mismo Grupo dos tipos, uno que recoge la forma completa y otro asignado a aquellos bordes similares, cuya base es indeterminable. Es el caso del Grupo 12000, en el que el tipo 12400 recoge bordes (perfiles incompletos) que podrían agruparse con el tipo 12100 si conociéramos la forma del pie. En ocasiones sin embargo, determinados fragmentos tienen suficientes características para poder predecir con bastante seguridad a qué forma completa corresponden. En tal caso, se integran en el tipo correspondiente.

VARIANTE: En ocasiones se hace necesario subdividir los tipos cerámicos en variantes atendiendo a criterios de detalle formal (muy rara vez en función del tamaño, como en los platos). Este nivel se emplea a efectos de clasificación, y en previsión de que las variaciones puedan tener algún significado (talleres, cronología, etc.) poco o nada evidentes o previsibles.

SUBVARIANTE: Puesto que la Tipología presentada utiliza básicamente los criterios de Forma y Tamaño, los criterios técnicos y decorativos quedan en principio en un segundo plano.

La cerámica de Almedinilla no se presta fácilmente a clasificar en dos grandes clases diferentes la cerámica decorada y sin decorar, puesto que hay tipos que pueden aparecer pintados o no. En consecuencia, se decidió estudiar aparte la cuestión decorativa, aunque para poder precisar si determinados tipos o grupos tienden a estar sistemáticamente decorados o no, se añadió un último dígito a la clasificación de cada pieza, que determina si un vaso está decorado o no (decorado, "1", no decorado "2", indeterminables, "0").

El sistema de dígitos. El sistema elegido para describir la cerámica de Almedinilla ha sido, básicamente, una adaptación del utilizado por Morel para la descripción de la cerámica campaniense (MOREL, 1981). Cada pieza se describe mediante cinco dígitos, que de izquierda a derecha expresan la Clase, Grupo, Tipo, Variante y Subvariante (Tabla 24), donde estos conceptos son los previamente definidos por nosotros (por ejemplo, el de "clase" no coincide con el de MOREL, 1981:22). El primer dígito, correspondiente a "Clases", puede ir de 1 a 7, y no es previsible que la Tipologia se amplíe a este nivel. Los dígitos segundo, tercero y cuarto pueden ir de 1 a 9. Siempre han quedado números libres para posibles adiciones. El último dígito, reservado para la "subvariante", sólo puede tener tres posiciones: 1 (decorado), 2 (no decorado) y 0 (no determinable).

En todas las posiciones la presencia de un cero "0" indica "indeterminable". Así por ejemplo, un "0" en la cuarta posición señala que un fragmento ha podido ser clasificado dentro de una clase, grupo y tipo, pero no en una variante.

CLASE	GRUPO	Nº DE TIPOS	TIPO
FORMAS ABIERTAS PEQUEÑAS (10000)	'PLATOS (11000)	4	(11100 a 11400)
	'CUENCOS' (12000)	8	(12100 a 12800)
FORMAS ABIERTAS GRANDES (20000)	'FUENTES' (21000)	2	(21100 a 21200)
FORMAS CERRADAS PEQUEÑAS (30000)	'COPAS' (31000)	1	(31100)
	'OLLITAS' (32000)	1	(32100)
	'VASITOS HONDOS' (33000)	2	(33100-33200)
	'UNGÜENTARIOS' (34000)	1	(34100)
FORMAS CERRADAS MEDIANAS (40000)	'VASOS OVOIDES DE CUELLO ACAMPANADO CORTO' (41000)	3	(41100-41300)
	'VASOS OVOIDES DE CUELLO ACAMPANADO ALTO' (42000)	2	(42100-42200)
	'OLLAS' (43000)	4	(43100-43400)
	'VASOS DE GALBO CILÍNDRICO' (44000)	5	(44100-44500)
	'JARRAS' (45000)	3	(45100-45300)
	'VASOS HONDOS' (46000)	2	(46100-56200)
	'VASOS ESFEROIDALES' (47000)	1	(47100)
	'VASOS COMPUESTOS CILÍNDRICOS-TRONCOCÓNICOS (48000)	1	(48100)
FORMAS CERRADAS GRANDES (50000)	'LEBRILLOS' (51000)	1	(51100)
	'PITHOI' (52000)	1	(52100)
	'ÁNFORAS' (53000)	5	(53100-53500)
	'TONELES' (54000)	1	(54100)
TAPADERAS (60000)	'NO PERFORADAS' (61000)	2	(61100-61200)
	'PERFORADAS' (62000)	1	(62100)
FORMAS ESPECIALES (70000)	'SOPORTES' (71000)	1	(71100)
	'TUBERÍAS' (72000)	1	(72100)
	'EMBUDOS' (73000)	1	(73100)
	'ANFORITAS' (74000)	1	(74100)
	'ASKOI' (75000)	1	(75100)
	'CRÁTERAS' (76000)	1	(76100)
	'VASO CON TAPA DE BORDE DENTADO' (77000)	1	(77100)

Tabla 25. Esquema de la clasificación de la cerámica de Almedinilla.

Así, una forma "53102" indica: Clase: 50000 (formas cerradas grandes) Grupo: "53000" (ánforas) Tipo: "52100" (base apuntada, boca estrecha, sin baquetón) Variante: No es posible determinar la forma exacta del borde. Subvariante: El fragmento no está decorado.

Este sistema presenta varias ventajas: contiene mucha información en pocos caracteres, es fácil de informatizar y muy fácil de tratar por un ordenador. Por otro lado, es sin duda más árido y mucho más difícil de memorizar que el clásico sistema que combina números (romanos y arábigos) y letras (mayúsculas y minúsculas), pero a la larga creemos que resulta más cómodo.

CLASIFICACIÓN DE PASTAS CERÁMICAS

La siguiente descripción de los tipos de pasta documentados en el Cerro de la Cruz se basa en un examen visual bajo lupa de 10 aumentos a la luz solar directa, y no depende de análisis mineralógicos o de otro tipo. Debe pues tomarse como una descripción de texturas y colores, y no como una verdadera identificación de las pastas existentes. Junto al número de clasificación de cada pasta se indica, entre paréntesis, algún rasgo relevante para la inmediata identificación de la misma.

Pastas finas claras oxidadas.

1. (Cerámica ibérica fina). Pasta muy depurada, de grano fino. Color crema, anaranjado y en algunos casos rojizo. En piezas quemadas por el incendio, puede haber alterado su color a un tono grisáceo claro. A veces, pastas de tipo "sandwich" con alternancia de tono crema/anaranjado, aunque sin fileteado muy definido. Desgrasantes finos y muy finos (menos de 0.5 mm.). Abunda la mica dorada, mica plateada y en ocasiones desgrasantes calizos finos de color blanco. A veces, en piezas muy cocidas, cierta porosidad. Es con diferencia la pasta más habitual en la cerámica del Cerro de la Cruz, en piezas decoradas o sin decorar; en una muestra de 1708 piezas analizadas, se da en 1250 casos, casi un 75% (Fig. 60A).

2. Probablemente una variante de 1, de textura más arenosa y deleznable. Desaparecen los tonos rojizos, manteniéndose los crema. (¿Variante menos cocida de 1?). Ocasionalmente, desgrasantes de mayor tamaño, silíceos. Se aplica en una amplia variedad de formas, incluyendo platos de borde vuelto, caliciformes, copas, lebrillos, etc. Poco frecuente (27 casos).

3. Similar a 1 pero con desgrasantes de cuarzo de mediano tamaño (en torno a 1 mm.). Color crema anaranjado intenso. Se da en tapaderas (61100), cuencos (12300) y algún plato. Parece asociada a una producción concreta que sustituye las líneas horizontales pintadas en rojo por una sola y larga espiral conseguida aplicando el pincel con la pieza girando en el torno, forma económica de conseguir un efecto parecido al de líneas horizontales.

8. (Importada itálica). Pasta de tono rojo ladrillo intenso, con tacto superficial de lija y aspecto "crujiente". Quebradiza. Abundan desgrasantes pequeños negros brillantes y traslúcidos (cuarzos), y algunos grandes o muy grandes de cuarzo y piedrecillas; aparecen además puntos aislados de mica plateada o de reflejo dorado. Esta pasta corresponde a una arcilla de origen itálico y posiblemente campano, utilizada exclusivamente en dos piezas de cocina importadas halladas en el Cerro de la Cruz. Parece corresponder a la pasta número 6 de AGUAROD (1991:42).

14. (Anforas, tinajas, toneles). Pasta fina, compacta, pesada y muy dura. Poros muy pequeños (¿resultado de la fusión a elevadas temperaturas de algunos desgrasantes?). Desgrasantes pequeños, calizos y silíceos. Algunos, sueltos, de gran tamaño. Color crema o crema grisáceo. Una variedad carcterística presenta un tono gris claro al interior y crema anaranjado al exterior. Es una pasta típica de grandes lebrillos (grupo 51000), ánforas iberopúnicas (grupo 53000), tinajas de boca ancha (Grupo 52000) y toneles (54000), es decir, piezas grandes, de gruesas paredes impermeables. Con todo, quizá debiera desgajarse de este tipo la pasta de buen número de tinajas decoradas (grupo 52000), cuyos desgrasantes son más grandes dentro de una arcilla algo más grosera que la de las ánforas; aparece además a veces un mayor número de desgrasantes de color negro.

15. (Barniz rojo). Pasta de color blanquecino, blanquecino verdoso u ocre claro. Arenosa y deleznable. Desgrasantes finos constituidos por arena fina (?), y trozos de material rojo y negro en baja proporción, así como piedrecillas sueltas (en torno a 1 mm.) y algo de mica. Es la pasta característica de los platos y cuencos de barniz rojo en el Cerro de la Cruz, y resulta muy diferente de la pasta utilizada para los demás vasos "finos": más deleznable y menos quebradiza, fractura menos aristada, escasez de mica color más claro.

16. Pasta muy rara, de color ocre, deleznable y blanda. Desgrasantes medianos y gruesos, incluyendo una notable proporción de cuarzo. Escasean en cambio los desgrasantes blancos. Da la impresión de ser una arcilla mal cocida.

19. (Variante de 14). Variante de la pasta 14, con mayor porosidad. Más deleznable y blanda. Mismos tonos grises claros y cremas.(¿menor temperatura de cocción?).

20. (ver 14).

24. Variante extraordinariamente dura de 14. Mayor porosidad por descomposición de desgrasantes. En ánforas.

26. Pasta blanquecina, arenosa y muy deleznable. Muy rara (1 sólo ejemplar, núm. inv. 1230). Recuerda a la pasta 15, pero en tono aún más blanquecino. Quizá se trate de una intrusión medieval.

27. Ver 28.

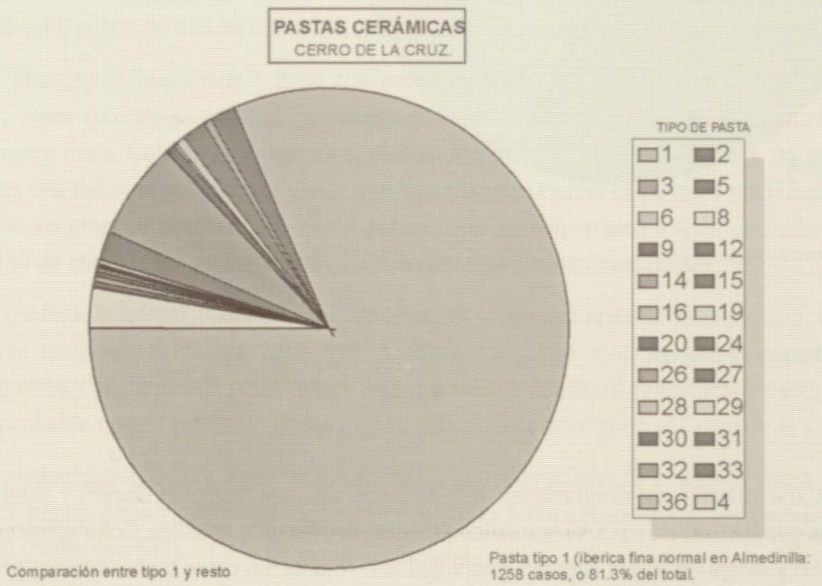


Figura 60.A. Cerro de La Cruz. Pastas cerámicas.

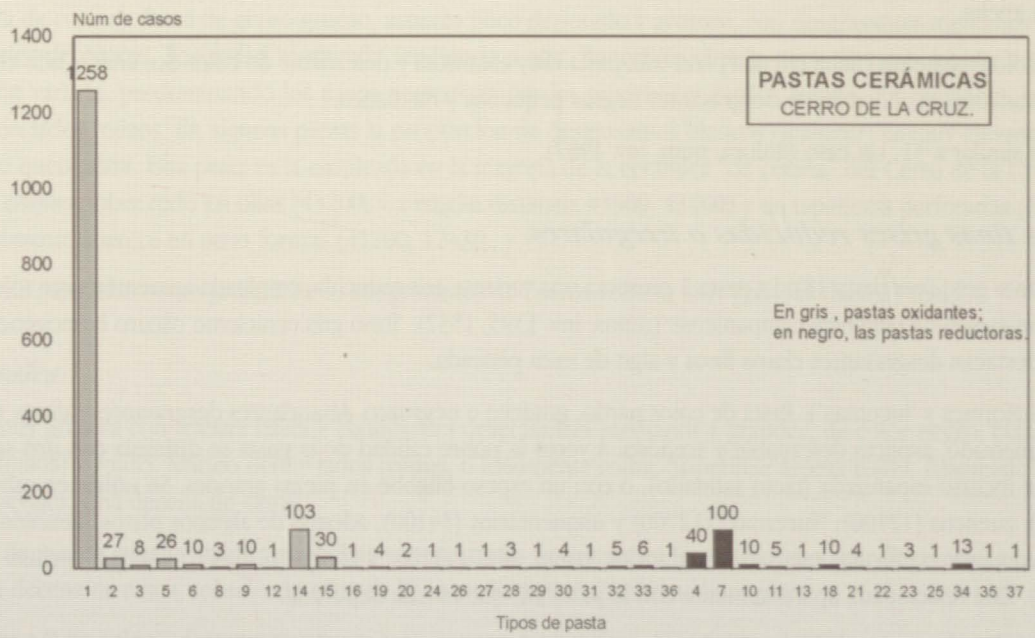


Figura 60.B. Cerro de La Cruz. Pastas cerámicas.

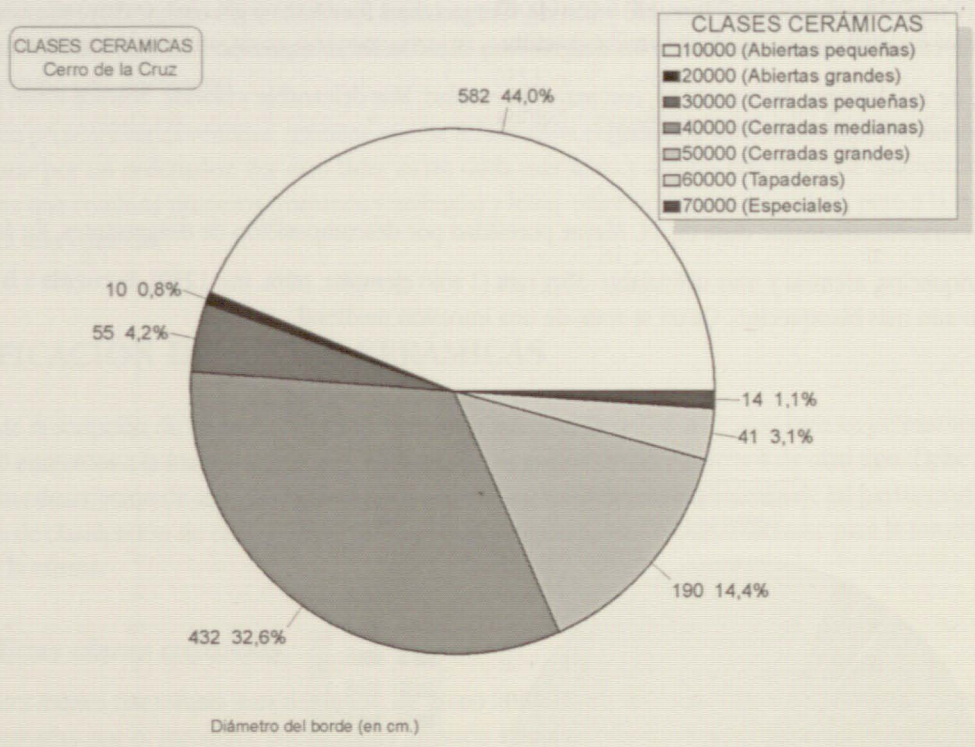


Figura 61. Cerro de La Cruz. Clases cerámicas.

28. Pasta muy compacta y dura. Caracterizada por desgrasantes finos blancos, algunos negros brillantes y posiblemente arena muy tamizada. Escasa proporción de mica. Ocasionales desgrasantes blancos grandes. Color grisáceo o pardo grisáceo en un ancho núcleo y delgados filetes laterales anaranjados o rojizos. En otros casos, interior grisáceo y exterior rojizo. Se da en tres tipos de vasos: ánforas con baquetón en el exterior del borde (53200), vasos abiertos grandes (21200) y morteros con engobe amarillento. Es un tipo de pasta raro en el Cerro de la Cruz, sobre formas poco habituales, lo que hace sospechar que se trate de producciones no locales.

30. Similar a 28 pero con mayor proporción de desgrasantes blancos medianos. Rara, se emplea en algunas tinajas de boca ancha.

31. Un solo fragmento (ficha circular) con una pasta muy escamosa y deleznable de color oce anaranjado claro, con una elevadísima proporción de desgrasantes negros pequeños y medianos.

36. Muy similar a 31. Un caso (ánfora, num. inv. 1987).

Pastas finas grises reducidas o irregulares.

1. (Variante gris) (ver pasta 18). La pasta 1 presenta una variante gris reducida, empleada aparentemente sólo en piezas de imitación de cerámica campaniense (núms. inv. 1395, 1532). Tono gris ceniciento oscuro homogéneo, sobre el que destacan desgrasantes claros finos y algo de mica plateada.

4. (Caliciformes y 'lucernas'). Pasta de color pardo, grisáceo o negruzco. Abundantes desgrasantes calizos, muy visibles. A menudo, aspecto deleznable y arenoso. A veces la pobre calidad de la pasta se disimula con una superficie alisada e incluso espatulada (tacto satinado), o con un espeso engobe en piezas grandes. Se utiliza en caliciformes (33100), cuencos (12100), "lucernas" (12700) y unguentarios (34100), además de algunos platos. También aparece ocasionalmente en formas medianas y grandes, como ollas (43100, 43200), "sítulas" (44300) e incluso lebrillos (51000). Está relacionada aparentemente con la pasta 18, que es más depurada.

18. (Gris), Pasta muy fina y depurada, de color gris ceniciento muy oscuro y homogéneo. En algunos casos aparecen filetes de tono gris amarillento claro, que en el Num. Inv. 1890 (ungüentario) es el color del conjunto de la pieza.

Desgrasantes muy finos, que incluyen una notable proporción de mica plateada visible en el espatulado exterior que suelen presentar los vasos tamhos con esta arcilla. Fractura no especialmente aristada, aunque la pasta tampoco llega a ser deleznable. Empleada en cuencos grises (Tipo 12500), ungüentarios, caliciformes, etc. Parece asociada a la variante 1 gris, aunque con menor proporción de desgrasantes blancos visibles. Mucho más cuidada que la pasta 4, empleada para un repertorio formal similar.

22. (Ver 18).

34. Similar a 4, pero más depurada. Similar a 18, pero con mayor proporción de desgrasantes blancos visibles con el ojo desnudo. Típica de lucernas. Tono ceniciento oscuro.

Pastas bastas oxidadas/mixtas.

5. Pasta tosca, con desgrasantes medianos, destacando los silíceos y calizos. Tonos tostados, pardo-rojizo y en ocasiones ocre anaranjado. A menudo el núcleo de la pasta es gris o pardo negruzco. Superficies toscas. Pasta no muy habitual (menos de una treintena de ejemplares), empleada casi exclusivamente en ollas (43200, 43100).

6. ("Morteros". ¿Importada?). Pasta relativamente poco depurada, con abundantes desgrasantes negros (¿mica biotita?), rojos (¿cerámica triturada?), cuarzo y arena. Abundancia de poros de forma irregular. Aspecto "pastoso". Bastante dura. Colores muy variados, oscilando entre el ocre amarillento y un gris ceniciento. Aparecen núcleos ocres con lados anaranjados, y grises con lados pardos claros. La pasta es poco frecuente y aparece en un solo tipo, los vasos grandes abiertos con borde plano (tipo 21200), y también en el único ejemplar representante del tipo 12530 de cuenco. En ambos casos nos encontramos ante importaciones.

12. (Anforas púnicas). Pasta de tono amarillento verdoso o verdoso blanquecino; rara vez grisáceo verdoso (¿ejemplares cocidos con menos oxígeno?). Quebradiza y con tendencia a la escamación. Abundantes desgrasantes pèqueños y medianos de color negro. Algunos calizos y silíceos. Pasta característica de las pequeñas ánforas púnicas de probable origen gaditano, de las que se conoce una docena en el Cerro de la Cruz.

13. (Anfora grecoitálica). Pasta de color amarillento muy pálido, de textura arenosa fina. Abundantes desgrasantes de color negro, finos y gruesos. Empleada en la única ánfora grecoitálica documentada hasta ahora en el Cerro de la Cruz (Núm. inv. 541).

23. Aparentemente una variante de 7 con atmósfera más rica en oxígeno. Tonos ocres anaranjados con núcleo ocre u ocre con núcleo gris oscuro. Aspecto más "pastoso" que el de la pasta 7, más "crujiente". Muy poco frecuente.

Pastas bastas reducidas.

7. (Ibérica de cocina). Pasta de grano grueso, aspecto poco depurado y grosero, con desgrasantes medianos y algunos grandes de cuarzo. Porosidad moderada tendiendo a alta. Superficie alisada pero de tacto áspero y rugoso. Coloración variada, predominando los tonos negruzcos, pardos grisáceos y pardos rojizos. En ocasiones, núcleos negros con lados rojizos. En algunas piezas la proporción de desgrasantes blancos (¿calizos?) es muy elevada. Pasta dura pero quebradiza. Esta pasta es la empleada en la mayoría de la cerámica "de cocina" del Cerro de la Cruz. Por tanto, se emplea sobre todo en ollas (43200, y a mucha distancia 43300. 43400) y en tapaderas perforadas (62110). Ocasionalmente aparece en otras formas (41200, 12430...).

25. Variante particularmente grosera de 7. Desgrasantes de cuarzo rodado muy grandes (hasta 3 mm.).

Medievales.

9. Pasta muy grosera con textura basta y abundantes desgrasantes medianos y grandes, de color negro, blanco (de forma alargada) y rojizo. Núcleo ocre y lados rojizos, o totalmente rojiza. Superficie áspera rojiza. Empleado en formas medievales. Una decena de casos.

10. Pasta de núcleo negro y lados y superficie achocolatada. Desgrasantes finos blancos y grandes (arena y piedrecillas). Una decena de casos, sobre todo ollas de boca ancha y probablemente base plana.

11. Similar a 9 en color y desgrasantes, pero textura menos granulosa, más "amasada". Piezas grandes (Núms. inv. 1355, 446 etc.). Algunas tinajes de época ibérica (grupo 52000) tienen una pasta grosera muy similar a esta.

21. (¿Medieval?). Pasta relativamente depurada con gran abundancia de desgrasantes blancos (¿calizos?, ¿feldespato?) que le dan un aspecto "moteado". Color pardo tendente a rojizo al exterior y hacia gris oscuro en el centro e interior de la pared. Muy poco frecuente.

32. Pasta blanca o crema blanquecina, fina. Desgrasantes micáceos poco abundantes, gran abundancia de desgrasantes negros (¿mica biotita?) y algunos rojos.

33. Pasta extraordinariamente grosera con grandes desgrasantes de cuerzo aristado, de hasta 3 mm. Apreciable cantidad de mica, cuarzo, etc. El conjunto parece ser arena poco tamizada.

Aunque la cantidad de pastas descritas es elevada, en la práctica sólo pocos tipos son frecuentes: la inmensa mayoría de los vasos se realizó en pasta de clase 1 (cerámica fina decorada o sin decorar), 14 (vasos grandes cerrados), 15 (barniz rojo), 5 y 7 (cocina), 4 y 18 (gris). La mayoría de las piezas no locales son de pasta 6 (morteros) y 12 (anforas púnicas).

DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DE LOS TIPOS.

CLASE 10000: FORMAS ABIERTAS PEQUEÑAS.

Los platos y cuencos de diversa morfología constituyen el conjunto más frecuente en el Cerro de la Cruz. Se han contabilizado en las zonas estudiadas 582 ejemplares de esta clase, de los que 214 corresponden al Grupo 11000 ("platos") y 368 al Grupo 12000 ("Cuencos"). Esto supone (Fig. 61) casi un 44% del total de recipientes cerámicos, aunque el volumen de espacio físico que ocuparían es mucho menor que el de los vasos de gran tamaño de la clase 50000. Las formas de esta clase tienen en principio una función limitada a contener por un breve espacio de tiempo pequeñas cantidades, presumiblemente de alimentos sólidos o líquidos, aunque no cabe descartar que ocasionalmente pudieran contener, para algún trabajo artesanal, materiales como colorantes. En conjunto, cabe considerarlas como "vajilla de mesa", toda vez que en esta clase no se documentan pastas groseras "de cocina". Sólo algunas variantes del tipo 12700, como veremos, pueden haber tenido una función primordial distinta, sirviendo como lucernas.

Sólo muy escasas piezas de esta clase presentan decoración pintada (en los tipos 11200, 12100, 12200, 12300, 12400), siempre muy sencilla.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(10000) FORMAS ABIERTAS PEQUEÑAS (i)	(11000) 'PLATOS'	(11100) Borde vuelto y pie de anillo. = Grupo 3, Tipo VI, Variantes A,B, E.	(11110) 'Pequeño' Diám. Máx. 10-16 cm.	(11111) Decorado
				(11112) No decor.
			(11120) 'Grande' (diám. Máx. 17-23 cm.)	Id.
		(11200) Borde plano y pie ¿de anillo? = Grupo 3, Tipo VI, Variantes C, D.	(11210) 'Pequeño'	Id.
			(11220) 'Grande'	Id.
		(11300) Borde plano y base con o sin anillo. = Grupo 3, Tipo VI, Var. C, D. Sólo en la necrópolis		
		(11400) Borde tendente a plano, galbo carenado y base de anillo. = Grupo 3, Tipo I, Var. C, D, E. Sólo en la necrópolis	(11410) Pie poco desarrollado Solo N. = Grupo3, Tipo I Var. C, D	Id.
			(11420) Pie muy desarrollado ¿Tapadera? Sólo N. = Tipo I Var. E	Id.

Tabla 26

Grupo 11000: "Platos". Formado por piezas abiertas planas de tamaño pequeño o mediano (entre 10 y 22 cm. de diámetro), con un solo tipo principal (11100, 93% del total) y dos muy poco frecuentes (11200 y 11400).

Tipo 11100: Platos de borde vuelto. Es el tipo más numeroso con diferencia (93% de los platos cuyo tipo ha podido ser identificado); de él hemos contabilizado 122 ejemplares. Se trata, pese a lo que pudiera parecer, una forma poco habitual en Andalucía, sobre todo en cerámica pintada, donde por ejemplo PEREIRA (1988b: 170) no lo documenta. Está también ausente en la clasificación del Cerro Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:200) y en la más general de ESCACENA (1987b:220 ss.), cuya forma II tampoco recoge piezas de este tipo. De hecho, parece exclusivo de la cerámica no pintada de Baja Epoca. Este rasgo (el borde vuelto) sería por tanto típico de periodos tardíos -s. II a.C. en adelante-, no sólo en Andalucía sino también en el Sureste, donde aparece en las necrópolis a partir de fines del s. III a.C., sustituyendo los labios horizontales característicos de periodos anteriores, como ocurre por ejemplo en el Cigarralejo (CUADRADO y QUESADA, 1989:102, tipo P1d). En cambio, esta forma sí se documenta en la necrópolis de Los Collados de Almedinilla, donde forma parte del grupo 3, Tipo VI, variante E de VAQUERIZO (1990b:200), aunque se conserva en escaso número (dos ejemplares, VAQUERIZO, 198889:129), sobre todo si los comparamos con platos de borde horizontal, más frecuentes.

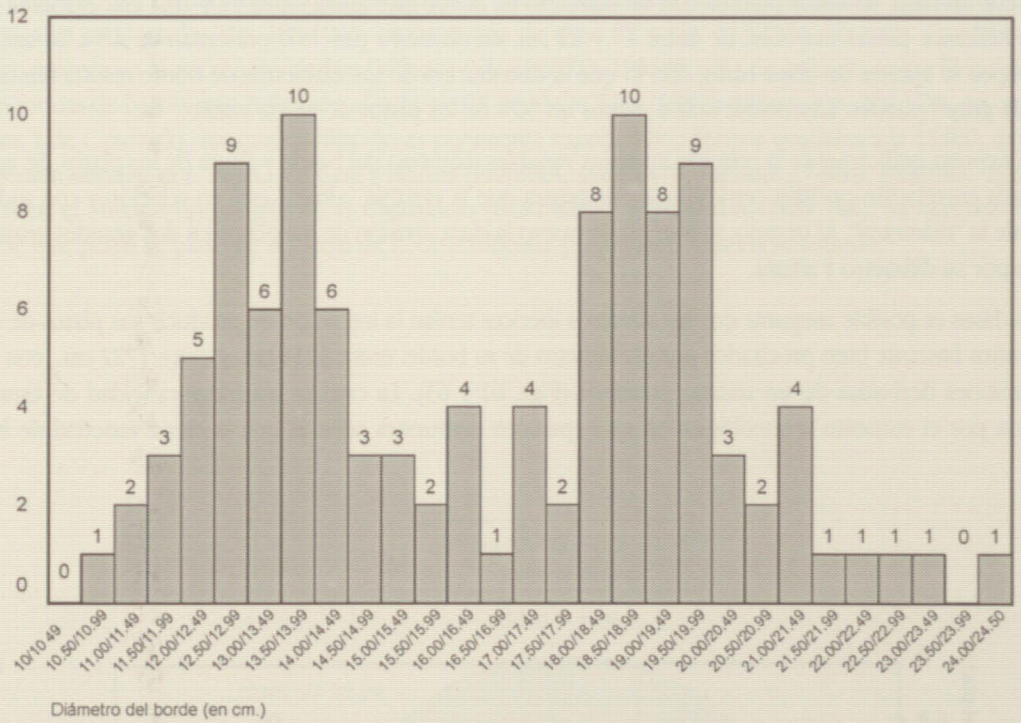


Figura 62. Cerro de La Cruz. Platos de borde vuelto.

Tanto en el poblado como en la necrópolis de Almedinilla no nos hallamos ante un tipo de borde regruesado y pendiente (como la forma IIB de ESCACENA, 1987b:236 ss. o Ib/If de GARCIA VARGAS, MORA, FERRER, 1989:221 en Montemolín), sino de un borde delgado claramente vuelto de forma similar a la de la F36 L de Campaniense A, que quizá influyera en su desarrollo, al igual que las viejas formas de platos de "barniz rojo". Tampoco aparece por lo general -salvo excepciones- una carena exterior que marque una inflexión en la línea del galbo, como en el tipo IIE de ESCACENA (1987b:258 ss.), sino que normalmente hallamos una curva suave y continua. Las bases son anulares, con anillo bien marcado pero no muy desarrollado y molduras generalmente simples, aunque en ocasiones la uña, del dedo del alfarero ha creado una suerte de inflexión que produce un efecto de "escocia-toro" de intencionalidad discutible. El interior de la base aparece casi siempre sin alisar.

La cocción a elevada temperatura produce con frecuencia en el exterior de la base con un efecto de "craquelado" muy característico de los platos del Cerro de la Cruz. La gran mayoría de los platos muestra una ligera línea incisa o

incluso un pequeño escalón en el interior del galbo, que marca por el interior el borde vuelto. Esta incisión está ausente en una escasa proporción de las piezas (Figs. 89, 96, 100, 106, etc.) En un solo caso el exterior del galbo se decora con tres líneas paralelas muy suavemente incisas (Fig. 106, ALM89/G15/P7i/bolsa 90).

Estos platitos carecen de decoración pictórica, salvo una muy ocasional línea roja en el borde (Fig. 100.662; 104.796; 111.1463). En cambio, es habitual un somero espatulado de la superficie, que a menudo se realizó con la pieza colocada boca abajo en el torno. Esta acción provocó una suerte de líneas horizontales con superficie pulida y brillante, que alternan con la superficie mate del recipiente. Dichas líneas son sin embargo demasiado tenues -salvo en condiciones muy concretas de iluminación- como para tener un efecto decorativo. Abundan además las marcas que denuncian el apilamiento de los vasos en el momento de la cocción.

La cocción es siempre oxidante, con pastas de tipo 1 (color crema, fractura bastante recta e interior algo arenoso, con desgrasantes medianos y pequeños, entre los que se distingue una proporción de mica. El sonido de los fragmentos al chocar entre sí es metálico apagado. El conjunto, con independencia del tamaño de las piezas, es extraordinariamente homogéneo en factura y pasta.

Es sin embargo el tamaño de los platos lo que permite diferenciar dos variantes distintas bien definidas (Figs. 89, 96, 104). Por un lado, tenemos platitos con un diámetro de borde que oscila entre 11 y 16.5 cm. (Variante 11110); por otro, hallamos piezas mayores, de entre 17 y 22 cm. de diámetro (un 75% presentan de 18 a 20 cm.). Entre ambos grupos se aprecia un claro hiato, con lo que la distribución de los diámetros de borde resulta bimodal (Fig. 62). A cada grupo pueden adscribirse más o menos un 50% de los platos de borde vuelto.

La Fig. 63 expresa gráficamente la relación entre las variables diámetro del borde y altura de los platos. Se aprecia la muy elevada correlación positiva (r=0.9) que demuestra que la variable "altura" está en relación y con toda lógica depende de la "diámetro". Al tiempo, se aprecia de nuevo la clara división de los platos en dos grandes grupos, diferenciados por su diámetro y altura.

Con estos datos es posible asegurar que los alfareros ibéricos tenían la intención de producir sus platos de acuerdo a dos tamaños bastante bien precisados por el diámetro de su borde: entre 1214 cm. y entre 1722 cm., con las lógicas desviaciones derivadas de un trabajo artesanal (Figs. 62 y 63). La estricta contemporaneidad de estas piezas demostrada por el contexto arqueológico en que aparecen demuestra además que la cierta variedad de bordes y

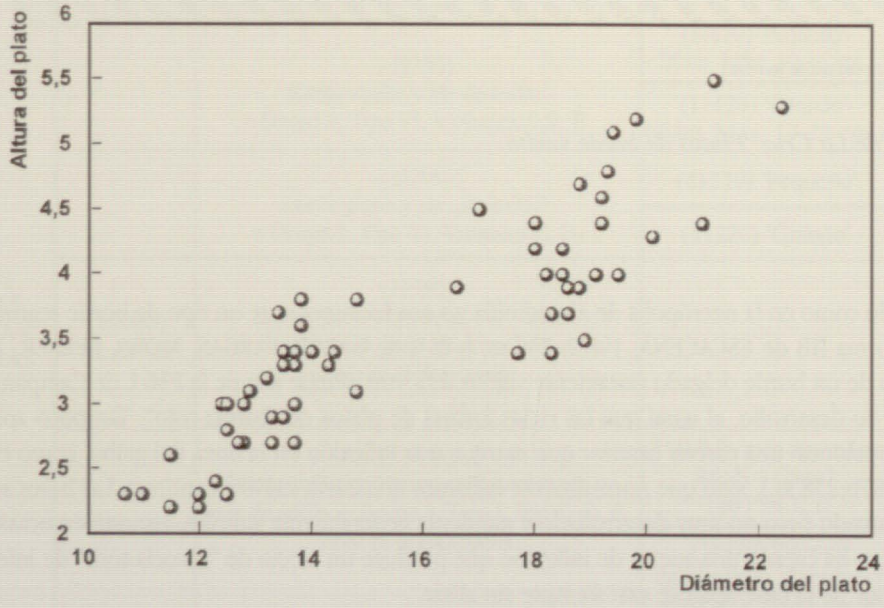


Figura 63. Cerro de La Cruz. Plata de borde vuelto.

bases que se puede apreciar (Figs. 89, 96, etc.) no tiene significación cronológica o tipológica real salvo quizá la actuación de la mano de diversos alfareros hecho que por otro lado ya han mostrado claramente diversos estudios etnoarqueológicos (QUESADA, LOPEZ GRANDE, 1988).

Tipo 11200: Platos de borde horizontal. Los platos con borde horizontal son por el contrario muy escasos en el Cerro de la Cruz. Uno de los tipos de nuestra clasificaciòn (11300) se ha documentado hasta ahora sólo en la necrópolis (VAQUERIZO, 198889:129 y Figura7). Sí se documentan en cambio escasas piezas de tipo 11200 (borde plano y pie presumiblemente de anillo (Figs. 90.210, 100.681, 110.1016, 115.1284, 95.1475, 133.1938). La mayoría presentan el borde pintado de rojo (nos. 210, 681, 1016, 1284, 1938, 2004).

A nuestro juicio estos platos con borde pintado son los últimos representantes de un tipo más habitual en la cerámica ibérica en periodos anteriores, pero ya en vías de extinción en el s. II a.C. Estas formas habían sido frecuentes en Andalucía durante fases más antiguas, y corresponden al Grupo 17BC de PEREIRA (1988a:170) típico del s. IV a.C., y a la Forma IIA de ESCACENA (1987b:223 ss.) datada por este autor entre principios del s. IV y principios del II a.C. Los bordes horizontales son también característicos del s. IV en el área murciana (p. ej. CUADRADO y QUESADA, 1989:99101).

Tipo 11400: Borde horizontal, Galbo escalonado. Una variante más infrecuente aún es el plato de borde horizonta y galbo escalonado (Fig. 108.1006, en pasta gris de clase 22 y Fig. 113.1596, en pasta 1), variante que sin embargo aparece en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 198889:123). Se trata de un perfil quizá relacionable con formas de barniz rojo (como en el subtipo IIE de ESCACENA (1987b:258 ss., y p. 268.128), en concreto con la Forma 1 de Cuadrado, aunque tal filiación es puramente especulativa. Formas similares a la 11400, decoradas, se documentan durante el s. IV a.C. en Ceal y Martos (PEREIRA, 1988b:170, Variante 17-B-III, PEREIRA, 1988a:1015) y también en el Sureste (forma p1e en el Cigarralejo (CUADRADO y QUESADA, 1989:102). La excepcionalidad por ahora de este perfil de plato en el Cerro de la Cruz dificulta profundizar más en su estudio.

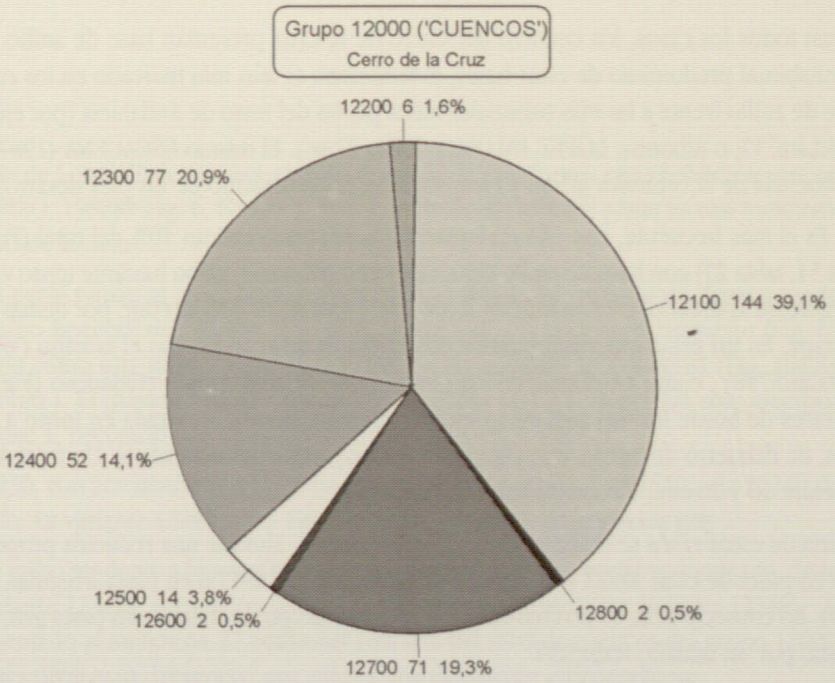


Figura 64. Cerro de La Cruz. Cuencos.

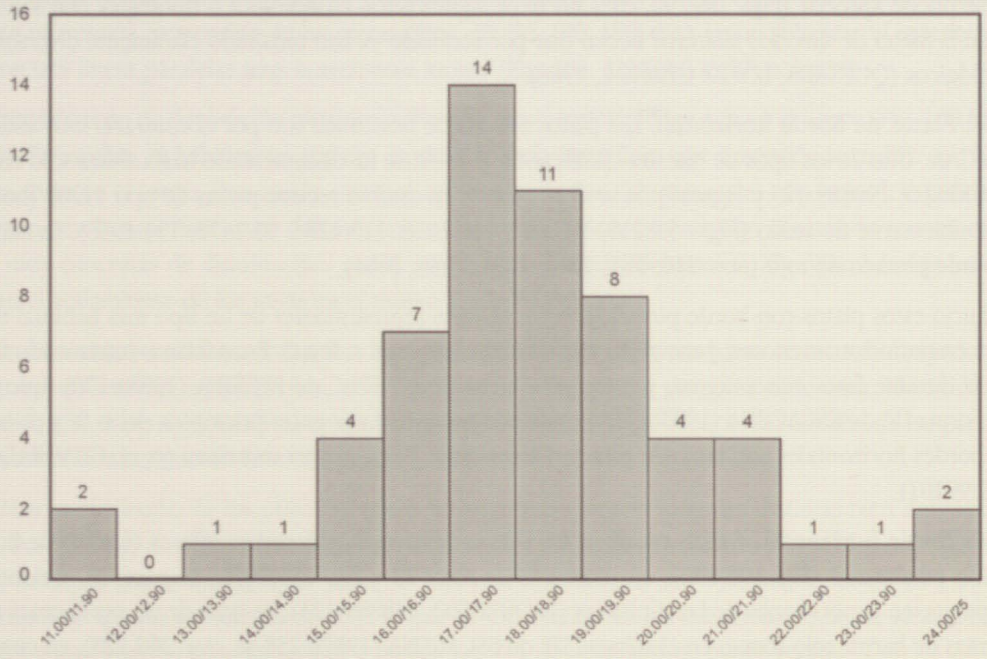


Figura 65. Cerro de La Cruz. Cuencos de tipo 12100. Diámetro del borde.

Grupo 12000: "Cuencos". Constituido por ocho tipos (Fig. 64) cuatro muy frecuentes (12100, 12300, 12400, 12700) y otros cuatro poco frecuentes (12200, 12500) o excepcionales (12600, 12800). Incluyen formas cuya funcionalidad presumible es diferente, según la orientación del borde (exvasada, vertical o entrante). En todos los casos los vasos parecen pensados para contener líquidos o, excepcionalmente, áridos, pero con objetivos diferentes.

En todos o casi todos los casos, los cuencos del Cerro de la Cruz presentan base de anillo. Si en los platos ya se advertía un inhabitual predominio de estas bases, el fenómeno es aún más marcado en los cuencos del Cerro de la Cruz, siempre de anillo frente a las más habituales bases planas del resto de Andalucía (por ejemplo, Pajar de Artillo, LUZÓN, 1973:Lám. VI; o Alhonoz, LÓPEZ PALOMO, 1981: 77 ss.). El mismo ESCACENA (1987b:132) atribuye a Baja Epoca, y a influencia de la cerámica griega y campaniense, el crecimiento de los pies desarrollados con molduras.

Tipo 12100. Es el más frecuente, con 144 ejemplares que suponen casi un 40% del total (Fig. 64). Se trata de una forma (Figura 51, tabla 27) con base de anillo bajo, rara vez moldurado, galbo bastante tenso y borde sencillo, redondeado o ligeramente apuntado, a veces formando un leve escalonamiento interior, por demás insuficiente para sujetar bien una tapa. En un principio, distinguimos dos variantes de acuerdo con el tamaño (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1992b:5758) , como en el caso de los platos, pero un análisis más cuidadoso (Fig. 65) vino a demostrar que los diámetros de borde forman una curva estadísticamente normal, centrada en torno a una moda en el intervalo 17-18 cm. de diámetro de borde, con algunos vasos mayores y otros menores. Un total de 40 cuencos tiene un diámetro de entre 16 y 20 cm., 12 son mayores y 8 menores.

La gran mayoría de estos vasos se realizaron en pastas de clase 1, aunque una reducida proporción son cuencos de cerámica gris en pasta de clase 18/22 (Fig. 115.1178, pequeña; 95.1491) o en pasta irregular, de clase 4 (Fig. 73.80, 73.86, 81.239). En consecuencia, es posible diferenciar un subgrupo de cuencos en pasta gris, caracterizado, además de por su pasta, por un tamaño reducido.

Se aprecia en este tipo una notable homogeneidad formal (salvo por la presencia ocasional de pequeños escalones en el borde) en relación con la multiplicidad de variantes de la forma I de ESCACENA (1987b:131 ss.), en la que deberían integrarse. Es una forma tan genérica y simple que no tiene demasiado sentido buscar paralelos por Andalucía. Con todo, destaca la escasez de piezas pintadas (hemos documentado hasta ahora menos de media docena, p. ej. Fig. 89.127; Fig. 100.657; Fig. 113.1558 (tipo 12421, asimilable al 12111).

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(10000) FORMAS ABIERTAS PEQUEÑAS (ii)	(12000) 'CUENCOS'	(12100) Perfil tenso, borde inclinado y pie bajo	(12110) Con pie de anillo. Pequeño. =Grupo 3, Tipo II Subvar. B	(12111) Decorado
				(12112) No decor.
			(12120) Con pie sin anillo. Pequeño. =Grupo 3, Tipo I, Var. A	Id.
		(12200) Perfil curvado, borde inclinado y pie bajo	(12210) 'Pequeño'	
			(12220) 'Grande' =Grupo 3, Tipos II y IV Var. A	
			(12230) Galbo acanalado	
			(12240) Borde engrosado	
			(12250) Base plana maciza. Sólo nec. =Grupo 3, Tipo III, Variantes A, B.	
		(12300) Perfil tendente a hemiesférico, Borde simple y pie bajo	(12310) Borde simple, pie de anillo	
			(12320) Borde vertical. Pie de anillo	
			(12330) Borde entrante, pie de anillo	
			(12340) Borde entrante, pie de anillo moldurado	
		(12400) Perfil tenso, borde inclinado. Pie indeterminado	(12410) Borde simple redondeado	
			(12420) Borde con escalón interior	
			(12430) Borde simple apuntado	
			(12440) Borde simple engrosado	
			(12450) Borde aplanado. Tipo dudoso	
		(12500) Perfil curvo, borde vertical o algo Entrante. Pie indeterminado	(12510) Galbo hemiesférico y borde redondeado	
			(12520) Galbo hemiesférico y borde aplanado	
			(12530) Galbo carenado. Borde moldurado con carena interior	
			(12540) Galbo hemiesférico. Borde redondeado con carena interior	
			(12550) Galbo con marcada inflexión. Borde vertical, redondeado, sencillo	

Tabla 27

En la propia necrópolis de Los Collados se dan algunos cuencos de esta forma, pero habitualmente con base plana (tipo 12130) (VAQUERIZO, 198889:Fig. 6, Grupo 3, tipo 1, variante A). La base plana es casi inexistente en los platos y cuencos del Cerro de la Cruz.

Tipo 12200. Tipo con perfil similar al anterior pero de tendencia más curva, aunque sin llegar a tener un borde de tendencia vertical y galbo hemiesférico (como el 12300). Se trata de un tipo poco frecuente (Fig. 64), que quizá debiera ser considerado como una variación del tipo 12100. Se da en pasta 18 o 4 (gris) (Fig. 104.846; 133.1783, 1796, 1941; Fig. 115.1180). El diámetro es siempre reducido, entre 12.4 y 17.4 cm. Un sólo ejemplar (Fig. 90.77) aparece en pasta de clase 1, decorado con lineas rojas concéntricas en el interior.

Destaca la variante 12230, con acanaladuras en la parte superior del galbo (Fig. 113.1610) y la 12240 (Fig. 115.1180) con el borde engrosado. La variante 12240 (p.ej. Fig. 115.1180) se fabrica en cerámica gris.

Tipo 12300. Piezas de galbo tendente a hemiesférico, con base baja de anillo y borde redondeado, de tendencia ligeramente exvasada (variante 12310), vertical (variante 12320) o entrante (variantes 12330 y 12340). Se trata de un tipo frecuente, documentado al menos en 77 ocasiones (un 21% del total de cuencos del grupo 12000). Sin embargo, las diversas variantes presentan diferencias que exigen una decripción independiente.

Variante 12310: Con galbo curvo y borde de tendencia ligeramente exvasada al exterior. Poco frecuente (en torno a media docena de casos). Algunos (Fig. 97.12 y 100.56) aparecen pintados en rojo sobre fondo crema con una técnica peculiar: mientras la pieza giraba sobre el torno se aplicó un pincel, obteniéndose así una sola línea espiral que, si se observa la pieza de lado, parece convertirse en un conjunto de líneas paralelas. Estas piezas, realizadas en pasta

de clase 3, presentan técnica, acabado y decoración idénticos a los de un cuenco hallado en 1985 en el Aljibe del Sector Oeste, decorado al interior con el mismo sistema de línea espiral (VAQUERIZO, 1990b:Lám. XA, p. 254). Más adelante veremos como a este taller podrían adscribirse otras formas, caso de algunas grandes tapaderas de tipo 61110, que presentan una gran similitud de pasta, cocción y decoración. Los diámetros máximos de estos cuencos oscilan entre los 11.2 y los 15.3 cm.

Variante 12320: Tan poco frecuentes como los de tipo hemiesférico son los pequeños cuencos o pateras de borde vertical, que marca incluso una carena, y que presentan también la característica base anular baja y simple de este yacimiento, que se da sólo ocasionalmente en otros del mismo entorno, y que aparece también en otras regiones (como a fines del s. III a.C. en el Amarejo, BRONCANO y BLANQUEZ, 1985:197).

Se fabrican en pasta 1 (rara vez en pasta 3) y nunca se han documentado con decoración pintada o de otro tipo. Su diámetro oscila siempre ente los 8 y 13 cm. (Figs. 97.38, 111.1480, 111.1414, 116.1179, 120.1366).

Variante 12330: Caracterizada por un borde ligeramente entrante y pie de anillo simple (p. ej. Fig. 90.49, 114.1561, 115.1064, 115.1063, 131.2022, etc.). Es la variante más frecuente del tipo, con cerca de cincuenta ejemplares documentados. Se fabrica siempre en pasta de clase 1, y no conocemos piezas con decoración pintada o de otro tipo. Su tamaño es siempre pequeño, con un diámetro máximo que oscila entre 7 y 16.5 cm., aunque la mayoría de las piezas (un 67%) tiene entre 7 y 11 cm. Alguna piueza de esta variante aparece deformada por una cocción excesiva (Fig. 90.49). Algunas piezas que han sido clasificadas como pertenecientes a esta variante podrían quizá adscribirse a la variante 12720 *(v. infra)* (p. ej. Lám.97.360, 100.675, 100.649; 111.1422, 111.1500, 114.1671, etc.).

Variante 12340: Idéntica a la anterior en forma, tamaño y acabado, aunque con pie moldurado más complejo (Fig. 97.74, 97.48, 109.947). Poco frecuente, algunas de sus piezas presentan pastas de clase 4 ó 34 (p. ej. Fig. 104.749) pardas o grisáceas, típicas de lucernas (tipo 12720, 12730) , con las que en casos de pie especialmente alto pueden llegar a confundirse (p. ej. Fig. 97.31, a caballo entre ambos tipos).

Como se puede apreciar, las variantes de este tipo 12300 forman dos subconjuntos, el formado por las variantes 12310 y 12320, verdaderos cuencos pequeños, y el formado por las variantes 12330 y 12340, con borde entrante, que constituyen formas poco aptas para beber o verter líquido.

Tipo 12400. En cierto modo este tipo constituye una prolongación del tipo 12100, puesto que agrupa bordes (no formas completas) de borde simple inclinado, galbo bastante tenso y rectilíneo, pero con pie indeterminado. Con todo, algunas de sus variantes son peculiares y corresponden a piezas cuya forma completa no se ha documentado, y por tanto no se hallan recogidas en las diversas variantes del tipo 12400.

Variantes 12410 y 12420: Se caracterizan por los rasgos anteriores, y se diferencian por la ausencia o presencia de un leve escalonamiento interior en el borde (compárense Fig. 89.160 con Fig. 89.232, o Fig. 97.367 con Fig. 97.370). Sólo rara vez el escalonamiento es acusado (Fig. 101.648). En ambos casos se trata de platos de tamaño grande en nuestra clasificación, con un diámetro máximo en el borde entre 16 y 26 cm. Rara vez aparecen decorados con pintura, y en estos casos siempre se limita a una linea o banda en el borde (Fig. 116.1131).

La pasta de estos vasos es habitualmente de clase 1, salvo una pieza de clase 16 (Fig. 100.648) y otra en pasta de cocina de clase 7 (Fig. 122.1306).

Un caso especial es el de algunos fragmentos cuyo borde interior y exterior aparece cubierto con una "pátina cenicienta" de tono negruzco y límites irregulares (Fig. 116.1123, var. 12420) y Fig. 116.1120, var. 12410). Estos casos, por demás excepcionales, parecen remitirnos a producciones norteafricanas de las que surgirán también fábricas de época romana.

Variante 12430: El borde, que tiende a redondeado en las variantes anteriores, es aquí de tendencia apuntada. Por lo demás, las pastas (clase 1) tamaños (en torno a 20 cm. de diámetro) y acabados (alisado sin decoración) son los de las variantes anteriores. La **variante 12440** es similar a las anteriores, pero cuenta con un notable engrosamiento en el borde (Figs. 116.1135, 120.1360, 133.1894). Por último, la **variante 12450**, cuya inclusión en este tipo es discutible, se da en una sola ocasión (Fig. 122.1294). Se trata de una pieza de pared casi vertical, gruesa, en pasta 1, pintada al exterior pero no al interior en rojo vinoso, con un diámetro del borde de 12.1 cm.

Tipo 12500. Viene a constituir un cierto "cajón de sastre" para formas de perfil poco tenso o claramente curvo, con borde de tendencia vertical y pie indeterminado. Cada variante presenta características diferentes, por lo que resulta un tipo no sólo infrecuente (Fig. 64, 3.81% de los cuencos), sino además muy heterogéneo.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(10000) FORMAS ABIERTAS PEQUEÑAS (y iii)	(12000) 'CUENCOS' (y ii)	(12600) Perfil hemiesférico. Borde simple. Pie alto. Asas verticales.	(12610) Imitación de Campaniense A F. 68 L	(12611),Decorado
				(12612) No decor.
			(12620) Variante más alejada del modelo original	Id.
		(12700) Perfil curvo, borde simple, pie alto	(12710) Borde vertical	Id.
			(12720) Borde entrante, pie alto simple. = Grupo 3, Tipo IV, Variante C	
			(12730) Borde entrante. Pie alto moldurado	
			(12740) Borde entrante. Pie alto moldurado. Cuenco reducido. = Grupo 3, Tipo V, Variante A	
		(12800) Perfil curvo, borde exvasado, base plana	(12750) Borde entrante, pie alto macizo. Sólo en necr. = Grupo 3, Tipo V, Variante B	
			(12760) Borde vertical, pie alto ahuecado. Sólo necr. = Grupo 3, Tipo IV, Variante D	
			(12810) Cuello estrangulado	
			(12820) Cuello no estrangulado. Sólo necrópolis = Gr. , Tipo VI, Var. F	

Tabla 28

Variante 12510: Se relaciona con el tipo 12300. En torno a una decena de ejemplares, de pasta 1 (la mayoría) o 18 (dos ejemplares en cerámica gris, Fig. 111.1502). Son piezas pequeñas, con galbo de tendencia hemiesférica y un diámetro del borde cercano a los 13 cm. Borde redondeado (Fig. 108.891, 110.995, 110.1017, a veces biselado al interior (Fig. 111.1489). Ninguno de los ejemplares documentados presenta decoración.

Variante 12520: Un sólo ejemplar (Fig. 109.983). Pasta 1, fractura de color ocre claro homogénea. Diámetro del borde 16.4 cm. Sin decorar. Pared gruesa y borde plano en lugar de redondeado o apuntado, como es habitual.

Variante 12530: Un solo ejemplar (Fig. 133.1870). Pasta peculiar, sin duda importada, de clase 6, habitual en morteros. Pared gruesa, acabado poco cuidado. Forma carenada con borde distintivo con "pico" al interior. Diámetro del borde, 21.3 cm.

Variante 12540: Un solo ejemplar (Fig. 112.1415). Pasta de clase 1, de tono anaranjado al interior y ocre claro al exterior. Abundan los desgrasantes calizos. Diámetro del borde, 14.2 cm. Borde ligeramente entrante, redondeado.

Variante 12550: Dos ejemplares. Pasta de clase 1. Pared con fuerte inflexión y borde vertical (Fig. 110.1031).

Tipo 12600. Tipo peculiar, imitación bastante fiel de la forma campaniense 68 L. Poco frecuente, se realiza habitualmente sobre pasta de clase 34 o en una variante gris de la pasta de clase 1, más depurada. El ejemplar 'epónimo' de la Variante 12610, hallado en el Sector Norte del yacimiento (Fig. 131.2015) está bastante completo, aunque faltan las asas, y se aproxima bastante al prototipo campaniense, aunque la forma de la base denuncia su fabricación local, quizá en el mismo taller que fabricó las "lucernas" y cuencos de pie alto de Tipo 12700 *(v. infra)*. El otro ejemplar que documentamos aquí apareció en el mismo contexto que el anterior (Fig. 131.2016), y auqne conserva un asa geminada completa, su perfil se aleja del típico de la F. 68 L. Conocemos algunos otros vasos de este tipo (p. ej. base de la Fig. 112.1395) alguno de ellos en sectores no recogidos en este trabajo.Las imitaciones de Forma 68 están bien documentadas en Levante, aunque no en Andalucía (MATA, BONET, 1992:170 y 140, y sobre todo BONET y MATA, 1988).

Tipo 12700. Tipo formado por una serie abundante de cuencos con pie muy alto, levemente troncocónico, con moldura o no en la base (Figs. 52 y Tabla 28). El rasgo más característico es la altura del pie, que puede ser casi igual a

la del cuenco propiamente dicho, y que es un rasgo hasta ahora limitado a piezas del Cerro de la Cruz, Torreparedones y quizá Granada. En conjunto este tipo incluye unos 70 ejemplares, en torno al 20% del total de los cuencos (Fig. 64). A la vista de la evolución de nuestros estudios, es probable que en una futura revisión de esta Tipología deban separarse los vasos del tipo en dos conjuntos, de acuerdo con su tamaño y orientación del borde, que permiten postular funciones diferentes.

Variante 12710: (Figs. 90.91, 14, 11; 97.116, 130; 100.652 (?); 104.783, 752, 784, 789; 108.13; 129.2009, etc.). Cuencos caracterizados por un pie anular muy alto y proporcionalmente estrecho que llega a suponer hasta un tercio de la altura total del vaso, dotándole de una apariencia peculiar y "desproporcionada" en la relación base/cuenco. Dicho pie es normalmente liso, con una moldura en la base realizada doblando la arcilla y pasando la uña por la parte superior (Fig. 52 y Tabla 28). Se trata de un conjunto numeroso (unas 30 piezas). Salvo en un solo ejemplar dudoso (se trata de una base, Fig. 114.1658), estos cuencos no presentan nunca decoración pintada. Son frecuentes las líneas espatuladas que forman espiral y ocasionales las líneas incisas posiblemente realizadas con la uña. Los diámetros del borde, muy homogéneos, oscilan en torno a los 15 cm. (recorrido de 13 a 17 cm.). No conocemos paralelos andaluces cercanos para estas piezas que, junto con las "lucernas" que estudiaremos a continuación, parecen una producción comarcal o local.

Variantes 12720, 12730 y 12740: (Figs. 97.74, 60, 31; 100.36, 46; 104.749, 750; 109.946; 114.1619, 1537; 131.2105; 131.2017, 132.1965, etc.). Corresponden a un conjunto bastante homogéneo de pequeños cuencos o copitas de pie muy alto en proporción al conjunto, y borde entrante. Se distinguen de la Variante 12710 por su menor tamaño (diámetros que oscilan normalmente entre los 7 y 9 cm.) y sobre todo por el borde entrante en lugar de vertical o ligeramente inclinado. Se diferencian entre sí por detalles de la base, poco significativos desde el punto de vista funcional. Estos pequeños recipientes pueden identificarse, casi sin duda, como lucernas (LUZÓN, 1973:37 ss.; ESCACENA, 1987b:335 ss. etc.), toda vez que buen número de las piezas documentadas en el Cerro de la Cruz tienen quemado el borde interior, incluso con huellas de una sustancia líquida u oleaginosa embebida en la pasta.

Algunas piezas son tan pequeñas (Variante 12740), con un diámetro menor de 5 cm., que incluso nos llega a hacer dudar de su carácter práctico. Se documentan en otros yacimientos de la zona, como Torreparedones (MORENA, 1989:Fig. 42, nº 45).

Las cocciones son como de costumbre oxidantes, aunque haya piezas ennegrecidas y "reducidas" por su posterior exposición al intenso incendio que destruyó el poblado. En algún caso, sin embargo, la pasta normalmente de clases 1 y 4 y rara vez 34 es gris de origen, quizá debido a la colocación de la pieza en el horno.

Este tipo de lucerna con pie muy alto aparece en un área relativamente reducida de Córdoba y Granada. Conocemos ejemplares muy similares, también de Baja Epoca, en el santuario de Torreparedones (MORENA, 1989: 121) y en Granada ciudad (ESCACENA, 1987b:339 y 349, idénticas a las de Almedinilla). En otras zonas, manteniéndose la forma de pequeño cuenco con borde entrante, predominan los pies bajos o planos (Alhonoz, LOPEZ PALOMO, 1981:7475; Pajar de Artillo, LUZON, 1973:5859), en un panorama idéntico al ya observado para platos y cuencos.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(20000) FORMAS ABIERTAS GRANDES	(21000) 'FUENTES'	(21100) Base plana. Borde en 'pico de ave', cuello ligeramente estrangulado	(21110) Con asas horizontales	
		(21200) Borde ancho, exvasado, plano y vuelto. Base indeterminada, probablemente plana	(21210) Borde ancho vuelto, carena interior, cuello ligeramente estrangulado	
			(21220) Similar a 21210, pero sin cuello estrangulado	
			(21230) Similar pero con borde plano. (Ver morteros de importación)	

Tabla 29

La versión más diminuta (Variante 12740) tampoco es desconocida fuera del Cerro de la Cruz, apareciendo en la inmediata necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1990b:200, tipo 3VA), y también en Torreparedones (MORENA, 1989:132).

Tipo 12800. Pequeño cuenco de base plana sin anillo, borde grueso vuelto al exterior, con leve inflexión en el cuello. Pequeño tamaño (diámetro del borde, 9.5 cm.; altura, 4 cm.). Pasta de clase 1. Sin decorar. Un sólo ejemplar documentado completo (Fig. 129.1984), además de otros fragmentos dudosos. El perfil y proporciones, además de la ausencia de base de anillo, aunque no la técnica, separan esta pieza del resto de las de su clase. La forma se relaciona con la clasificada como "tarrito" (Grupo IV, tipo 5.2) de MATA, BONET (1992:162 y 135).

CLASE 20000: FORMAS ABIERTAS GRANDES.

Frente a la abundancia de formas abiertas de pequeño tamaño, son escasas en el Cerro de la Cruz las formas abiertas grandes, de tipo fuente (Fig. 60). Muchas de ellas, además, corresponden a formas casi desconocidas en la bibliografía científica, lo que puede atribuirse a la combinación de tres factores: son piezas de poblado, no decoradas, y de Baja Epoca.

Grupo 21000: "Fuentes".

Tipo 21100. En primer lugar, debe citarse la única pieza completa que define al tipo 21100 (Figs. 52 y Tabla 29 y Fig. 91.53). Se trata de un recipiente de 35.8 cm. de diámetro y 9.4 de altura, con paredes gruesas y pasta compacta y densa de clase 1, cubierta por un espeso pero mal aplicado engobe de color blanquecinocremoso. Presenta dos asas horizontales dobles y borde horizontal al exterior. No conocemos paralelos para este tipo salvo una forma de perfil vagamente similar hallada en Alhonoz, aunque pintada, de menor tamaño y base rehundida (LOPEZ PALOMO, 1981:70, Fig. 21), que por tanto constituye sólo un paralelo lejano y dudoso. Fue hallada sobre el suelo del Dpto. O, justo al Sur de la plataforma central de adobe, quizá asociada a la actividad de molienda o elaboración de grano.

Tipo 21200. Son escasos (en torno a la decena de fragmentos) los ejemplares de grandes recipientes abiertos con paredes gruesas y borde ancho de tendencia horizontal, marcado con escalón interior y ligeramente vuelto al exterior (Fig. 91.97-263, 100. 647; 109.911, 939; 114.1567, 1698; 116.1193, 129.2005, 131.2018). Su diámetro oscila entre los 30-40 cm.; aparecen sin decorar, y se fabricaron con con una pasta basta (clase 6) , compacta y pesada, dotada de abundantes desgrasantes medianos y grandes (mayores de 1 mm.), y adecuada por tanto para morteros o piezas de función similar. En dos recipientes de la Variante 21230 la pasta es de clase 28 en lugar de 6, más dura y fina. No se han hallado los vasos completos, sino sólo fragmentos de borde que no llegan a abarcar una cuarta parte del perímetro.

Variante 21210: Se ha documentado en un solo ejemplar (Fig. 129.2005) con pasta 6 de sección grisácea, con abundante mica negra. La fuerte inflexión vertical de la parte alta del galbo, con marcado escalón interior y exterior, junto con el ancho borde ligeramente vuelto son las características de esta variante.

Variante 21220: Se conoce en tres ejemplares (Fig. 91.97263, 100.647, 131.2018), todos en pasta de clase 6. Su escalón interior es menos acusado, y el borde presenta una línea menos flexible que en el caso anterior.

Ambas variantes tienen perfiles de borde que podrían pasar por ibéricos, aunque forma general y pasta indican que se trata de importaciones, quizá procedentes del área púnica.

Variante 21230: Es la más numerosa (cinco piezas) y más problemática. Dos piezas se fabricaron en pasta de clase 6, y tres en pasta 28 (Figs. 109.939, 114.1698 y 116.1193). En dos fragmentos (Figs. 109.939 y 114.1567) se aprecian pares de orificios verticales en el borde, posiblemente para colgar el vaso de una superficie vertical. En otros dos (Figs. 109.911 y 114.1698) aparece un pico vertedor triangular plano característico de las formas que conocemos como morteros.

A nuestro juicio, tenemos en esta última variante, y quizá en las dos primeras también, morteros de base plana y ancho borde de tendencia horizontal, con un pico vertedor triangular aplanado, sin restos de sellos o marcas. La pasta habitual es la de clase 6, importada, con un trío de piezas en pasta 28, más dura. Es normal que la zona central del vaso presente huellas de pulimento o rozamiento. Es también habitual que estos vasos se cubrieran con un espeso engobe blanquecino o blanquecino amarillento mal aplicado (sobre todo, en la variante 21230).

No es una forma que reconozcamos cercana en otros poblados ibéricos andaluces (las piezas más aproximadas corresponden a los morteros de la forma 10 de Luzón (LUZON, 1973:44 y Fig. 80, con pie) o a otros levantinos (MATA

y BONET, 1992, Fig. 19). pero sí contamos con paralelos aproximados en el mundo púnico (MARTIN, ROLDAN, 1991:21). No así en la cerámica romana, cuyos morteros de época republicano tienen perfiles y pastas muy distintos (AGUAROD, 1991).

Estas piezas del poblado del Cerro de la Cruz deben pues ponerse en conexión con actividades domésticas o artesanales (¿culinarias?) que incluían la preparación en pequeñas cantidades de alguna sustancia líquida o semilíquida.

CLASE 30000: "FORMAS CERRADAS PEQUEÑAS".

Esta Clase (Figura 53) está formada por un número reducido de grupos (cuatro) y tipos (sólo cinco) muy característicos, fundamentalmente vasos para beber de tendencia cerrada y vasos pequeños para contener líquidos. Con un total de poco más de medio centenar de piezas documentadas, es una de las clases menos habituales. Llama la atención, de hecho, el escaso número de piezas de este tipo frente a las formas abiertas pequeñas de la clase 10000.

Grupo 31000: "Copas". Formado hasta ahora por un solo tipo, el 31100.

Tipo 31100. Tipo formado por una quincena de recipientes (Fig. 66 y Tabla 30) muy similares entre sí. (Figs. 91.26, 96, 106, 133; 96.72, 66; 105.760; 109.880; 113.1337, 1418, 1481; 115.1538; 117.1068; 134.1892, etc.). La denominación de "copas" con que suele denominarse esta forma no es en exceso afortunada, porque sólo define una de las posibles utilidades del tipo.

Se trata de piezas con pie anular bajo, cuerpo de perfil en "S" con cuello ligeramente estrangulado y borde exvasado sencillo. Fabricadas en pasta de clase 1 (o muy rara vez 2). Aproximadamente un tercio del total está decorado con pintura roja, normalmente una línea espiral pintada sobre el torno en el exterior del vaso, que hace el efecto de líneas horizontales viendo el vaso de perfil (Fig. 91.106; 96.72). En algún caso se trata de verdaderas bandas, rematadas siempre por una línea o filete en el borde (Fig. 91.26) También abundan las líneas espatuladas que en alguna ocasión casi llegan a bruñir la superficie exterior. Son siempre vasos de pequeño diámetro (entre 12 y 17 cm.), que quizá se emplearon para beber; no obstante uno de ellos (Fig. 91.26) se encontró lleno de grano al pie del molino del Dpto. O, lo que a nuestro juicio constituye un dato más para postular la esencial multifuncionalidad de muchos tipos de la vajilla cerámica ibérica.

Aunque la técnica decorativa y la forma exacta son específicas del yacimiento, el perfil y el tamaño general de estos vasos es bien conocido en el ámbito ibérico andaluz. Parece que en periodos más antiguos los cuellos tienden a ser altos y acampanados (como los recogidos por PEREIRA, 1988b:169, núm. 2), evolucionando con el tiempo hacia formas de cuencos con ligero estrangulamiento sin apenas cuello, y labio exvasado.

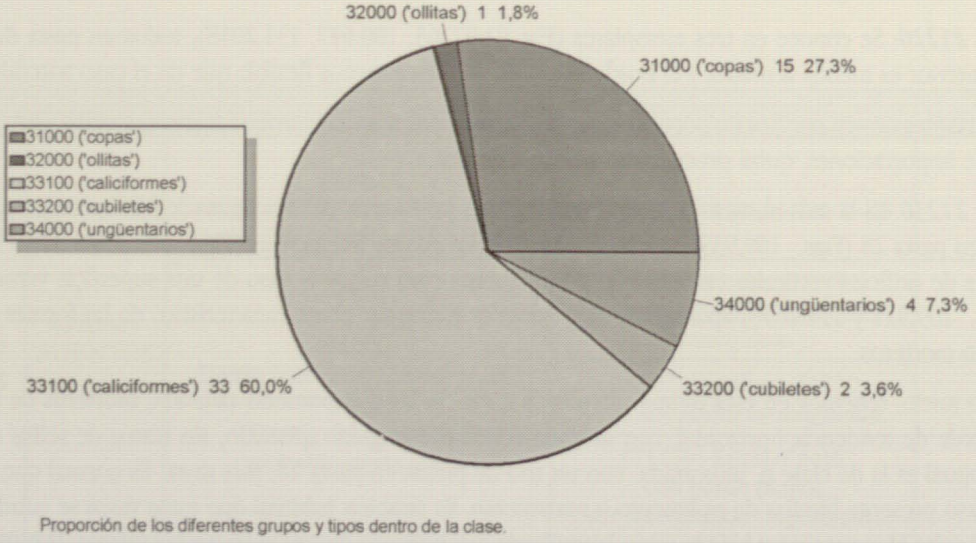


Figura 66. Cerro de La Cruz. Formas cerradas pequeñas.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(30000) FORMAS CERRADAS PEQUEÑAS	(31000) 'COPAS'	(31100) Galbo globular, achatado; base de anillo; Cuello estrangulado.	(31110) Borde exvasado	(31111) Decorado
				(31112) No decorado
	(32000) 'OLLITAS'	(32100) Vasito globular achatado con base rehundida. Cuello estrangulado	(32110) Borde exvasado	Id.
			(32120) Borde de tendencia vertical	Id.
	(33000) 'VASITOS HONDOS'	(33100) Caliciformes = Grupo I, Tipo III	(33110) Pequeño	Id.
			(33120) Mediano. Aunque mucho mayor que el resto, se coloca aquí por identidad formal	
		(33200) 'Cubiletes'	(33210) Borde exvasado corto	
			(33220) Borde exvasado largo = Grupo 1, Tipo IV	
	(34000) 'UNGUEN-TARIOS'	(34100) 'Unguentario' de cuello estrecho y alto, con pie de anillo	(34110) Con moldura en el cuello	
			(34120) Sin moldura en el cuello	

Tabla 30

No aparecen formas de este tipo en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 198889), pero conocemos algunas piezas parecidas en el ámbito cordobés, como en Santaella (LÓPEZ PALOMO, 1988:177.6). No así en Alhonoz, donde las copas similares en tamaño ofrecen un perfil diferente (LÓPEZ PALOMO, 1981:70). Piezas similares se hallaron en el Pajar de Artillo, pero de nuevo con el cuello mucho más desarrollado (LUZÓN, 1973:68, Fig. 78). Una de los ejemplares más parecidos a los del Cerro de la Cruz, aunque fragmentado, procede de Osuna (CORZO, 1977: Fig. 24; Fig. 12.5).

Grupo 32000: "Ollitas". Formado hasta ahora por un solo tipo, el 32100.

Tipo 32100. Pequeño vaso globular achatado de ancha boca, representado sólo por una pareja de ejemplares (uno casi completo, Fig. 133.2058). Diámetro mayor que la altura, base rehundida, sin anillo de solero. Borde sencillo, exvasado. Sus dimensiones son menores de 10 cm. tanto en diámetro como altura. Pasta de clase 1. Pintura bícroma, con bandas y ondas rojas enmarcadas por filetes negros sobre fondo ocre claro de la pasta. Parece casi una miniatura de un recipiente mayor (Clase 40000). No conocemos paralelos cercanos para este tipo, peculiar sobre todo por su riqueza decorativa en un recipiente tan pequeño. Al menos dos vasos casi idénticos en forma y tamaño, aunque sin decorar, fueron documentados en la excavación de 1985, en el Dpto. F/D (VAQUERIZO, 1990b:Fig. 42.2,13)

Grupo 33000: "Vasitos hondos". Más significativo que el grupo anterior es el formado por una serie de vasitos cuya principal característica es su elevada profundidad en relación a su diámetro máximo. Son formas que en sentido estricto deben considerarse "cerradas", pese a lo cual conservan su capacidad para que se pueda beber directamente de ellas, al igual que ocurre con el grupo 31000. Se distinguen dos tipos claramente diferenciados y muy homogéneos entre sí.

Tipo 33100: "Caliciformes". Los vasos generalmente definidos como "caliciformes" (en último lugar, BONET y MATA, 1992:157 y 132, considerado como forma abierta frente a nuestra clasificación formal como cerrada de acuerdo con el ya citado criterio de YON (1981). son relativamente frecuentes en el Cerro de la Cruz, donde se documentan más de una treintena de ejemplares, que suponen un 60% de los vasos pequeños de beber (Fig. 66).

Buena parte de los ejemplares hallados aparecieron completos. Casi todos son pequeños, sin que sobrepasen los diez cm. de altura máxima (Figs. 90.45, 124, 115, 87, 98, 35, 24, 18; 97.300; 101.542; 105.751, 753, 782, 799; 114.1570, 1672; 116.1223; 131.2019; 133.1809, 1764, 1808, 1754; etc.). Estos vasos menores constituyen la varian-

te 33110, frente a la variante 33120, formada por un número muy reducido de vasos mayores nunca documentados enteros, que se incluyen en esta clase por razones de identidad formal (ver Figura 53) (Figs. 112.1416, con restos de pintura roja en el cuello, probablemente un gran caliciforme distinto a los de la variante 32110).

La mayoría de los vasos completos se ha documentado sobre el suelo del Dpto. O, P y AM, junto con algunos fragmentos en el espacio abierto S (p. ej. Fig. 114.1570, 1672). En su momento se dieron a conocer ejemplares similares hallados en el Aljibe Oeste (H5, Alj. W) (VAQUERIZO, 1990b:Fig. 52).

El perfil de los caliciformes del Cerro de la Cruz está sujeto a variaciones notables (por ejemplo, Fig. 90 y Fig. 105), aunque todos se caracterizan por montar un cuello acampanado alto o muy alto sobre un galbo globular y base pequeña plana con ligero rehundimiento o pequeño anillo de solero (ver variantes en Fig. 53).

Los caliciformes se realizaron sobre tres clases diferentes de pasta: casi siempre en la habitual de los platos y cuencos, de tono ocre, con desgrasantes finos y medianos entre los que aparece cuarzo y mica (Clase 1); a veces (siete casos) en una pasta más basta, arenosa, de tono pardo grisáceo oscuro (Clase 4), y por último rara vez (tres casos) se empleó una pasta depurada de color gris (Clase 18). En consecuencia, encontramos piezas con superficie clara y otras de tono gris claro. Aunque algunos llevan un engobe claro, buena parte de los caliciformes presentan una superficie gris fuertemente espatulada hasta obtener un tacto satinado y un cierto reflejo brillante de la superficie. Nunca aparecen pintados.

Se trata de recipientes que interpretamos con bastante seguridad como vasos para beber, posiblemente vino, aunque ocasionalmente pudieran usarse para otras funciones, por ejemplo recoger y transportar pequeñas cantidades de aceite. Alguno de ellos apareció en el Cerro de la Cruz en el fondo de un ánfora, donde debió caerse sin que la altura de la misma, superior a la longitud de un brazo, permitiera recuperarlo (Dpto. L). Dicho gran recipiente contenía probablemente vino o aceite.

Es posible que, como opina PEREIRA (1988a:988), las piezas pintadas que aparecen en algunas necrópolis fueran vasos de ofrendas. Esta forma es, en efecto, habitual en contextos de Baja Epoca, y se documenta incluso en relieves escultóricos de temática ritual, como el de Torreparedones (SERRANO y MORENA, 1988), el bien conocido de Osuna (Sevilla) , u otros del Cerro de los Santos en Albacete (GARCIA Y BELLIDO, 1954:Fig. 378 ss.). Su empleo en contextos rituales ha sido además recientemente estudiado en Valencia (MARTINEZ PERONA, 1992). No entraremos a discutir aquí la muy debatible idea de este último autor de que los caliciformes hallados en cuevassantuario pudieran haber sido usados como lucernas de mecha flotante (MARTINEZ PERONA, 1992:273-275); baste decir que esta idea no puede pese a la opinión de este autor extrapolarse a un ambiente doméstico como el del Cerro de la Cruz, donde contamos con otros recipientes cuyo empleo como lucernas parece indudable (Tipo 12720, 12730).

Queda a nuestro juicio claro que, pese al posible uso ritual de esta forma en determinados contextos (probablemente en libaciones, con dudas como lucernas), hay además una versión o simplemente, un empleo alternativo de esta forma, en versión no decorada, como vaso doméstico. Dicha versión doméstica es la documentada en el Cerro de la Cruz, aunque el vaso de mayor tamaño con restos de pintura hallado en A3 (¿basurero?), de la variante 33120, podría pertenecer a una categoría funcional diferente (Fig. 112.1416).

Por lo que se refiere a los caliciformes hallados en yacimientos andaluces, la nómina de piezas publicadas es amplia pese a que se trate de una forma que habitualmente no se decora con pintura. Nuestro tipo puede incluirse dentro de la "Forma VII" de ESCACENA (1987b: 362 ss.), si bien el tipo de Almedinilla es bastante más anguloso que los ejemplares de suave perfil recogidos por dicho autor en su tipo VIIB, procedentes en buena parte de Alhonoz (LÓPEZ PALOMO, 1981:60). El tipo se extendió sobre todo por el ámbito turdetano, siendo muy característico en el Pajar de Artillo (LUZÓN, 1973:60), aunque de nuevo debemos recordar que la escasez de materiales tardíos en la Alta Andalucía limita nuestra capacidad de comparación (PEREIRA, 1989:156).

Caso particular es el del vaso de Galera recogido por Pereira, pintado con motivos fitomorfos de hiedras similares a los damasquinados en numerosas falcatas de la Alta Andalucía. Dicho vasito (PEREIRA, 1988a:147.2) fue hallado en el Sector III de la necrópolis, junto con *kalathoi* de sombrero de copa sin cuello estrangulado muy tardíos. Aunque normalmente se considere que dicha necrópolis perduró hasta el s. III a.C., a nuestro juicio estas piezas demuestran una pervivencia hasta entrado el s. II a.C.

En el entorno de Almedinilla conocemos piezas del tipo en Torreparedones (MORENA, 1989:121) y Fuente Tójar (LEIVA, 1990:23), además de los conservados procedentes de la propia necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1990b:196, Tipo VII).

Esta forma de cáliz es también habitual en Levante, donde ha sido considerada como una imitación de formas griegas (PAGE, 1984: 142 ss.). Sobre la cuestión del origen de esta forma véase la breve discusión dedicada a ella en el apartado dedicado a la cerámica de la necrópolis (también, VAQUERIZO, 198889:112). A ella cabe añadir el trabajo reciente de MARTINEZ PERONA (1992:271), quien se inclina para el caso de los caliciformes valencianos por una influencia de los Campos de Urnas, idea con la que no coincidimos.

Tipo 33200: "Cubiletes". En la zona estudiada del Cerro de la Cruz, y en general en todo el yacimiento, son muy poco frecuentes (dos piezas) los vasitos en forma de cubilete (Fig. 53 y Figura 30). Se trata de recipientes de base plana pequeña, galbo de tendencia troncocónica y borde inclinado, muy abierto al exterior, a veces biselado. Una de las piezas se fabricó en pasta de clase 1, sin pintar, pero fuertemente espatulada (Fig. 96.52), y presenta una deformación por presión digital, posiblemente antes de la cocción. Su acabado interior es tosco. Mide 8 cm. de alto por 7.1 de diámetro en el borde. El segundo "cubilete" (Fig. 105.747), también fabricado en pasta 1, tiene un tamaño menor (altura 6.8 cm.; diámetro del borde 6.6 cm.), y se distingue por la presencia de cinco líneas horizontales paralelas de color rojo vinoso pintadas sobre el borde y en todo el galbo.

Estos recipientes, formalmente parecidos a las producciones de "paredes finas" romanas, son de manufactura claramente ibérica, tanto por la pasta como por la forma del borde e incluso la presencia de decoración pintada (Fig. 105.747) y espatulado horizontal (Fig. 96.52).

El pequeño tamaño de estas piezas nos lleva a pensar que se trata exclusivamente de vasos para beber, complementarios de los caliciformes y todavía menos populares que aquellos. (Fig. 66).

Este tipo de cubiletes parecen mucho más frecuentes en tumbas del s. II a.C. del Sureste (Cabecico del Tesoro, Cigarralejo...) que en Andalucía, donde ni PEREIRA (1988b) ni ESCACENA (1987b) recogen ningún ejemplar pintado.

En la necrópolis de los Collados se documenta una pieza de perfil vagamente similar (VAQUERIZO, 1990b:196, Tipo IV), que, no obstante, podría proceder del poblado (VAQUERIZO, 198889: 112).

Grupo 34000: "Ungüentarios". Formado por vasos pequeños de base muy pequeña anillada, cuerpo más o menos fusiforme y cuello alto y estrecho rematado en boca abierta de escaso diámetro. El tipo de los hallados en el Cerro de la Cruz no corresponde sin embargo con los ungüentarios de tipo helenístico habituales en el mundo ibérico púnico y griego, y la pasta de algunos ejemplares plantea también problemas de identificación. Sólo conocemos cuatro o quizá cinco ejemplares en las zonas estudiadas del Cerro de la Cruz.

Tipo 34100. Caracterizado por una moldura en la parte baja del cuello (Fig. 53). Se han documentado cuatro ejemplares, dos en el Dpto. O y dos en el AM (Fig. 90.25, 28 y quizá 100; Fig. 133.1753, 1890). La pieza núm. 25, casi completa, con 21.6 cm. de altura, se halló en el suelo del Dpto. C, justo al Sur del molino, a unos 30 cm.; se realizó en pasta 4 de mala calidad, engobada y espatulada hasta conseguir una superficie satinada de tono pardo.

El 25 tiene pasta y acabado similar, aunque el tono del engobe es crema. Mide sólo 10.4 cm. de altura, con una capacidad inferior a la cuarta parte de la del vaso 28. Se halló en el ángulo Noreste de la misma habitación, sobre una especie de baja plataforma de daobe con forma triangular, que abarcaba justo la esquina. La pieza 84, por último, se halló también en la misma habitación, aunque falta el cuello y la boca, sin que se aprecie una posible moldura.

El ejemplar núm. 1890 (Fig. 133), de pequeño tamaño, y hallado incompleto en el Dpto. AB, presenta una peculiar pasta de tono gris verdoso claro con desgrasantes micáceos y calizos muy finos, identificada inicialmente como clase 35, unificada posteriormente con la 18. Sin embargo, esta pieza en particular presenta una pasta idéntica en apariencia a la de un fragmento vidriado verde claro, con brillo metálico, hallado en el contexzto ai del Dpto. AB (num. 2071), cuya pasta se ha clasificado como clase 37 un solo fragmento. El vaso núm. 1753, de pasta 18, presenta una superficie satinada brillante de tono pardo claro, mientras que el color en sección es tostado con un núcleo gris oscuro. La cocción es, como en los otros unguentarios de su tipo, reductora.

Por efecto del calor del incendio que destruyó el poblado, en partes amplias de estas piezas la capa superficial del barro ha saltado, dejando al descubierto el núcleo arenoso y bastante deleznable de la pasta.

Todas las piezas que hemos estudiado se separan claramente los ungüentarios estudiados en Ampurias por ALMAGRO (1953), en el Sureste por CUADRADO (1978), y en el Sur por MUÑOZ (1986), no sólo por su morfología general, menos simétrica sobre un eje horizontal central, sino por la forma del pie, con base de anillo. La variante 34110 presenta además una moldura o collarino en el arranque del cuello que la separa claramente de los modelos púnicos y helenísticos tan frecuentes en yacimientos ibéricos.

De hecho, estos vasos parecen pertenecer, por sus características técnicas, a la misma producción que la mayoría de los caliciformes estudiados en el apartado anterior, y la forma peculiar en que se han realizado sus bases, especialmente la de la pieza mayor con pie desarrollado y moldura inferior, nos hacen sospechar que sean productos que imiten localmente los ungüentarios "helenísticos" tan difundidos en el mundo ibérico andaluz y levantino, además de en los núcleos coloniales griegos (Ampurias) y púnicos (Cádiz, Almuñécar, etc.) (MOLINA FAJARDO, BA_ON, 1983; ALMAGRO, 1953). La aparición de ungüentarios "ibéricos", incluso con decoración pintada, no es exclusiva de Andalucía: por citar un ejemplo, véanse los de la región valenciana (ARANEGUI, PLA, 1983:111).

Es quizá significativo que en la necrópolis de los Collados no se hayan documentado piezas de este Grupo (VAQUERIZO, 1988-89).

CLASE 40000: "FORMAS CERRADAS MEDIANAS".

Esta clase es, tras la Clase 10000 ("Formas abiertas pequeñas"), la más numerosa de entre las que componen la cerámica del Cerro de la Cruz, con más de 430 piezas distintas documentadas en el área estudiada (Fig. 61 y Tabla 31). Incluye un total de nueve grupos diferentes, de los que sólo cinco están representados en el poblado del Cerro de la Cruz (Fig. 67), mientras que los cuatro grupos restantes sólo se han documentado en la necrópolis de Los Collados (Tabla 31 y 32).

Los Grupos representados en el poblado son vasos de cuello acampanado bajo (Figs. 53 y tabla 31), de cuello acampanado alto (Figs. 53 y Tabla 31), ollas (Tabla 32 y Figuras 54 y 55), vasos de galbo con tendencia cilíndrica (Figs. 56 y Tabla 33), y por último, jarras de asa vertical (Figs. 56 y Tabla 33).

En conjunto, esta clase incluye vasos dedicados al transporte corto y elaboración de líquidos y áridos, así como a su almacenamiento durante periodos limitados. Por oposición a la clase 50000, que incluye vasos para el transporte y almacenamiento masivos, es una clase fundamentalmente centrada en la elaboración y consumo.

Grupo 41000: "Vasos de cuello corto acampanado". Formado por tres tipos, el tercero de los cuales (41300) sólo se da en la necrópolis de Los Collados (Grupo 1, Tipo V, variante B1 y B2, VAQUERIZO 198889: Fig. 3). Todos ellos se caracterizan por una cuidada ejecución, y por ser los tipos que más sistematicamente aparecen decorados, incluso con decoración bícroma (Fig. 53).

Tipo 41100. Se trata de recipientes de cuerpo globular, con el diámetro máximo situado hacia el centro del galbo (Fig. 53), base rehundida y cuello alto acampanado, de perfil bastante tenso, que remata en borde triangular ligeramente vuelto hacia el exterior. La altura máxima de estos vasos oscila en torno a los 17-19 cm., con diámetros del

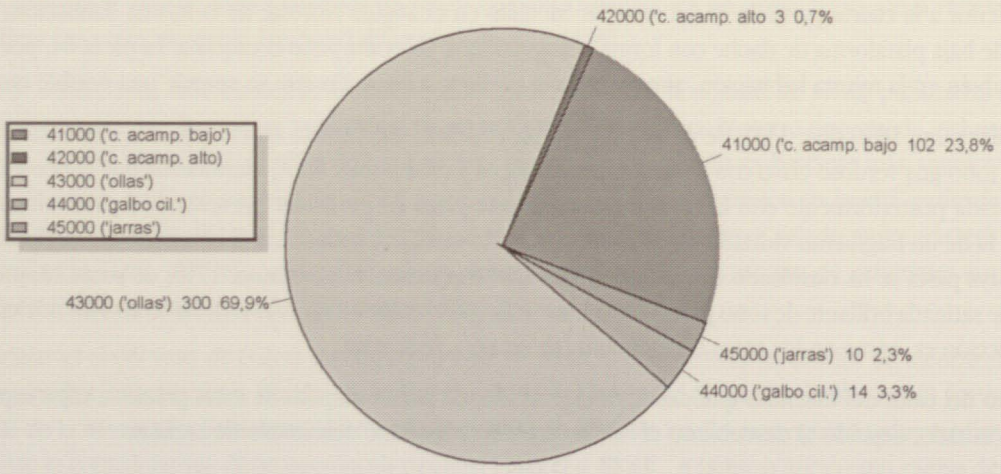


Figura 67. Cerro de La Cruz. Clase 40000. Formas cerradas medianas.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(40000) FORMAS CERRADAS MEDIANAS (i)	(41000) VASOS DE CUELLO ACAMPANADO CORTO	(41100) Cuerpo ovoide; base rehundida sin anillo; cuello acampando, corto; borde exvasado. = Grupo 1, Tipo II, Vars. B, B/1, B2, Subvariantes a, c	(41110) Borde de tendencia triangular, ligeramente vuelto	(41111) Decorado
				(41112) No decorado
			(41120) Borde de tendencia redondeada	Id.
			(41130) Borde redondeado. Ariata o moldura en un cuello casi vertical	Id.
		(41200) Cuerpo globular achatado, base rehundida, cuello corto, borde exvasado. Hombro alto marcado	(41210) Borde de tendencia triangular, ligeramente vuelto	
			(41220) Borde redondeado	
			(41230) Borde de tendencia rectangular	
			(41240) Borde rectangular. Arista en el cuello. Cuello de tendencia vertical	
	(42000) VASOS DE CUELLO ACAMPANADO ALTO	(41300) Cuerpo globular de tendencia esférica y cuello muy corto. Sólo en la necrópolis	(41310) Con baquetón en el hombro. Sólo Necr´= Gupo 1, Tipo V, Var. B/2	
			(41320) Sin baquetón en cuello. Sólo Necr. = Grupo 1, Tipo V, Var. B/1 y Tipo II, Var. B	
		(42100) Vasos de cuello acampanado muy alto. Sólo en la necrópolis. = Grupo 1, Tipo II y variantes	(42110) = Grupo 1, Tipo II, Var. A	
			(42120) = Grupo 1, Tipo II, Var. A/1	
			(42130) = Grupo 1, Tipo II, Var. A/2	
		(42200) Vasos de cuello acampanado alto. Galbo y base indeterminados	(42210) Baquetón en cuello	(42211) Decorado
			(42220) Sin baquetón en el cuello	

Tabla 31

borde en torno a los 12-15 cm. Se han distinguido tres variantes (41110, 41120 y 41130) de acuerdo a detalles, posiblemente irrelevantes, de la forma del borde (Figs. 53 y Tabla 31).

A esta descripción responde un grupo relativamente amplio (56 piezas diferentes en las zonas estudiadas). El tipo 41100 es el más frecuente dentro del grupo de vasos con cuello acampanado corto (Figs. 91.102, 119; 98.107, 132; 107.852; 108.561; 108.1004; 109.897, ¿907?; 112.1394, 117.1286; 118. 1211; 119.1086; 105.1361; 122.1299; 128.461; 129.1986, 2010; 130.2106, 2108; 132.2070; 132.1964; 133.1806; 137.1762, 1763, 1876, 1909; etc.). Estos vasos ya habían sido documentados en la campaña de 1985 (VAQUERIZO, 1990b:213, Fig. 31.2).

Esta forma se da casi siempre en cerámica fina, de pastas 1 o rara vez 2. A menudo aparece decorada con pintura (con seguridad en al menos en 26 casos sobre 56, y probablemente en una proporción mayor). La decoración se basa en bandas de pintura roja o incluso en el empleo de una bicromía rojo-negro sobre fondo crema claro. Los motivos empleados se limitan a combinaciones de líneas y bandas en la zona del hombro del vaso, complementadas con una línea en el borde. Es pues uno de los tipos cerámicos que más frecuentemente se decora con pintura.

Pieza excepcional es la recogida en la Fig. 91.102 (hallada fragmentada en el Dpto. O, parte sobre el suelo y parte en el interior del aljibe, donde fueron arrastrados algunos fragmentos en el momento de destrucción de la estructura. La decoración de este vaso consigue un efecto polícromo al cubrirse la superficie con un engobe blanquecinocrema muy claro sobre el que se dispone una decoración de líneas y bandas rojas y líneas negras. Este empleo del blanco es muy raro en el Cerro de la Cruz, mientras que la policromía conseguida con una alternancia rojo-negro sobre fondo ocre es algo más frecuente, incluso dentro de este mismo tipo.

Por otro lado, se han hallado (Dpto. O, Aljibe, Dpto. AM, suelo; espacio S) escasos fragmentos de pieza con este tipo de cuello, pero fabricadas en una pasta bastante más basta que la habitual, de tono pardo oscuro aunque no llega a la categoría del barro negruzco de cocina, dentro de nuestras clases 5 y 7 de pastas (por ejemplo, Figs. 98.224; 119.1086). Se trata de vasos de cocina cuya forma imita el tipo decorado.

En la necrópolis de Los Collados se encuentran formas parecidas aunque con hombros más marcados y cuellos menos tensos de aspecto más antiguo (VAQUERIZO, 1990b:195, tipo II variante B).

Nuestro tipo puede incluirse dentro de la Forma XII de ESCACENA (1987b:444 ss.), de amplia perduración cronológica. Sin embargo, dicho grupo incluye también otros vasos con cuello muy marcadamente estrangulado que no se relacionan de manera directa con nuestro tipo. El Grupo Formal equivalente de J. Pereira es el IC (PEREIRA, 1988a:860), aunque dentro de una estructura diferente a la de J.L.Escacena.

Los paralelos más cercanos en forma y tamaño para el tipo 41100, tan frecuente en el Cerro de la Cruz, proceden del Pajar de Artillo (Itálica, Sevilla) , aunque en éstos la decoración es más compleja y el pie se indica ligeramente. El cuello acampanado, además, es menos tenso que en los ejemplares del Cerro de la Cruz (LUZÓN, 1973:57). Sin embargo, es también frecuente en los ejemplares italicenses la característica combinación de bandas rojas y líneas negras (LUZÓN, 1973:36). Según Luzón, en Itálica esta forma parece más frecuente durante el s. II que en el I a.C.

Además de los de Itálica, los ejemplares más parecidos al tipo del Cerro de la Cruz (aunque ya con una aire diferente cuerpo más estilizado proceden de Cástulo (ESCACENA, 1987b:466); sin embargo, también podrían hallarse precedentes, de buscarse, en la Baja Andalucía, como muestra la línea evolutiva de materiales similares en la Torre de Doña Blanca (Cádiz) (RUIZ MATA, 1987:306 y Fig. 2).

El tipo que analizamos parece propio del ámbito andaluz de época avanzada, puesto que un repaso preliminar de los tipos del Sureste no permite documentarlo allí (p. ej., en Valencia, ARANEGUI Y PLA, 1981; MATA, BONET, 1992; o Murcia, CUADRADO Y QUESADA, 1989). En cambio, sí parece documentarse en la región extremeña, en concreto en La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz) (RODRÍGUEZ DÍAZ, 1991b:225, Forma II. Es significativo que este autor atribuya la influencia de las formas de cerámica de cocción oxidante y a torno a influencia andaluza (RODRÍGUEZ DÍAZ, 1991b:225). Curiosamente, también en Zafra se da la decoración bícroma rojo/negro sobre el fondo claro del vaso, al igual que en el Pajar de Artillo o Cerro de la Cruz.

RODRÍGUEZ DÍAZ (1991a) no ahonda en la cuestión de la cronología de Zafra, aludiendo a la imprecisión de los materiales, que data del s. IV a.C. hasta época imperial. Como no se dividen los materiales pertenecientes a cada una de las tres fases que postula, no es posible precisar si este tipo en concreto es tardío en Zafra.

Tipo 41200. El tipo 41200 corresponde a vasos relativamente bajos con diámetro del borde mayor que su altura. Sus galbos con forma de casquete esférico se asientan sobre bases rehundidas no indicadas al exterior. Sobre ellos se superpone un cuello acampanado bastante tenso que remata en borde vuelto, de forma muy similar al del tipo 41100. Se han distinguido tres variantes según la forma del borde (Figs. 53 y Tabla 31). (Figs. 91.39, 105; 93.250 (?); 98.67, 131, 243, 352; 111.1040; 113.1392; 115.1622; 117.1059, 1073, 1288 ; 118.1248 (?); 118.1234 (?); 125.467; 128.438; 130.2109, 2112, 2110; 137.1934, 1935; etc.).

Su diámetro en el borde oscila de manera bastante constante en torno a los 20-26 cm., con una altura que ronda siempre los 14-15 cm. Sólo excepcionalmente algunos ejemplares de este tipo tienen un tamaño mayor, que llega hasta los 43 cm. de diámetro (Fig. 113.1392). Es un tipo relativamente habitual, con 45 ejemplares documentados. Casi todos se fabricaron en pasta de clase 1, aunque hay algunos ejemplares en pastas de clase 14 (Fig. 120.1349, dudoso; Fig. 113.1392), y uno de clase 21 dudosa (Fig. 130.2112).

El tipo 41200 aparece decorado en al menos un 50% de los casos, una proporción similar a la del tipo 41100. Casi siempre presenta una combinación de líneas y bandas pintadas de tono rojo en el hombro, además de una línea en el borde. Son excepcionales las decoraciones bícromas, más frecuentes en el tipo 41100 (p. ej. Fig. 130.2112)

Este tipo está directamente relacionado con el anterior (41100) por su pasta, factura, perfil y decoración, aunque no por su forma, más achatada y de boca abierta (Fig. 53). Por tanto, forma con aquel "vajilla".

El tipo de Almedinilla puede integrarse en la Forma III de ESCACENA (1987b:295 ss.), aunque no corresponde exactamente con ninguna de sus variantes. En Almedinilla, como en el Pajar de Artillo, pero al contrario que en otros yacimientos como Montemolín, se distingue claramente esta forma de la copa mucho más pequeña, posiblemente destinada a beber, que hemos analizado ya (tipo 31100). Dentro de la clasificación de J. Pereira, debiera integrarse dentro de su Grupo Formal 5AII (PEREIRA, 1988a:903 ss.).

Es ésta una forma no documentada en la necrópolis de Los Collados de Almedinilla (VAQUERIZO, 1988-89), pero que en cambio aparece en contextos tardíos de poblados de la Baja Andalucía, como Cerro Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:199) y sobre todo en Pajar de Artillo (LUZÓN, 1973:68-70, Forma 9), aunque sin el

característico borde vuelto de Almedinilla. En cambio, se aleja bastante de los vasos del mismo grupo hallados en Alhonoz (LÓPEZ PALOMO, 1981:70).

Este tipo aparece también en el Sureste, sobre todo en fechas avanzadas, como testimonian las piezas muy similares del Amarejo (BRONCANO Y BLÁNQUEZ, 1985:216) o Cartagena (ROS SALA, 1989:92). Sin embargo, junto con el de Amarejo el paralelo más cercano en forma y disposición de la decoración procede del fondo del foso del poblado extremeño de Hornachuelos (Badajoz) (RODRÍGUEZ DÍAZ 1991a:Fig. 6). Se trata de un tipo que se asocia allí a cerámica campaniense A y Barniz Rojo tardío, con una cronología similar a la del poblado del Cerro de la Cruz.

Con todo, el tipo formal (aunque no la decoración) se da en fechas anteriores en el yacimiento murciano del Cabecico del Tesoro, en La Bastida de Mogente (ARANEGUI Y PLA, 1981:93), y en Cigarralejo (CUADRADO Y QUESADA, 1989:85, Fig. 12, tipo 11b2), normalmente con pie de anillo más complejo.

Grupo 42000: "Vasos de cuello alto acampanado". Formado por dos tipos, de los que sólo uno se da en el poblado. El tipo 42100, de cuellos más altos, que corresponde al Grupo I, Tipo II, Variante A de VAQUERIZO (1988-89:109), presenta un cuello mucho más alto, deriva posiblemente de los viejos vasos *chardon*, y no se da en el poblado. El tipo 42200, formalmente distinto al 42100, aparece en el poblado en escaso número, y con características peculiares que nos hacen suponer que nos hallamos ante producciones ajenas al poblado (aunque quizá andaluzas).

Tipo 42200. Se trata de una forma de cuello alto y ancho, rematado en borde sencillo abierto al exterior. Corresponde a una forma grande, de galbo ancho, cuyo fondo desconocemos (Fig. 54), pero que debe recordar al tipo 41200, que tiene sin embargo un cuello considerablemente más corto y tenso. Hemos distinguido dos variantes: una, muy característica, formada por vasos grandes con decoración estampillada y baquetones en el arranque del cuello (variante 42211), y otra sin estos rasgos (variante 42221). El perfil del borde y cuello de la primera variante recuerda las imitaciones de cráteras áticas que aparecen en diversos yacimientos andaluces (p. ej. PEREIRA, 1988b:163). Incluso, en una imitación de Castellones de Ceal aparecen en el cuello unos motivos de decoración plástica en forma de rombo (PEREIRA, 1988a:273274).

En todos los casos se trata de piezas fabricadas con pasta de clase 1, pintadas en tono rojo vinoso intenso.

Las tres únicas piezas de este tipo se han hallado en el espacio S, en un contexto que corresponde probablemente a un basurero (Figs. 117.1286; 120.1377; 122.1313). Esto nos lleva a pensar que quizá se trate de piezas más antiguas que las correspondientes al conjunto del material, quizá restos o últimos representantes de una producción algo anterior.

El rasgo más notable de la variante 42210 es la presencia de decoración estampillada, rara en el yacimiento. La pieza núm. 1377 (Fig. 120) se decoró con una sola estampilla rectangular, aplicada en la base del cuello, sobre el barro blando, con diferentes orientaciones, para dar la impresión de variación en el motivo. En el interior del vaso se aprecian claramente las huellas de la presión de la matriz de la estampilla. El vaso 1313 (Fig. 122) presenta restos de una pequeña estampilla circular con motivo crciforme, situada en la misma posición que en el recipiente anterior. La forma de los bordes y la posición de las estampillas no coinciden con las documentadas en el trabajo más detallado hasta ahora dedicado a las estampillas andaluzas (RUIZ, NOCETE, 1981:358361).

Grupo 43000 "Ollas". El grupo formado por vasos globulares cerrados de tamaño mediano ("ollas") es, tras el 12000 ("cuencos"), el más frecuente en el Cerro de la Cruz, con al menos 300 piezas diferentes (Fig. 67). Es también uno de los grupos más complejos, con un total de cuatro tipos divididos en hasta 24 variantes, que responden a detalles de la forma del borde que en ocasiones son relevantes y en otras parecen no serlo. Además, este grupo incluye piezas realizadas en pastas finas y pastas de cocina, lo que implica probablemente funciones diferentes. Con todo, el hecho de tratarse de vasos cerrados de mediano tamaño limita dichas funciones: no se trata de vasos de almacenamiento masivo (dentro de la relatividad de dicho término) como es el caso de ánforas y tinajas; ni tampoco de vajilla de mesa. Aparte de estos usos concretos, estos recipientes pueden haberse usado para cocinar, guardar pequeñas cantidades de grano o aceite de modo temporal, u otras sustancias, como miel, durante más tiempo. Pueden haberse empleado además para acarrear pequeñas cantidades de áridos o líquidos, y casi para cualquier función doméstica imaginable.

Tipo 43100. De entre las "ollas", el tipo mejor definido es el constituido por recipientes de galbo con tendencia esferoidal, base con ónfalo, boca estrecha sin cuello, borde redondeado y dos asas verticales de sección redonda ubicadas en la parte alta del galbo o justo en el punto de mayor diámetro (Figs. 54 y Tabla 32).

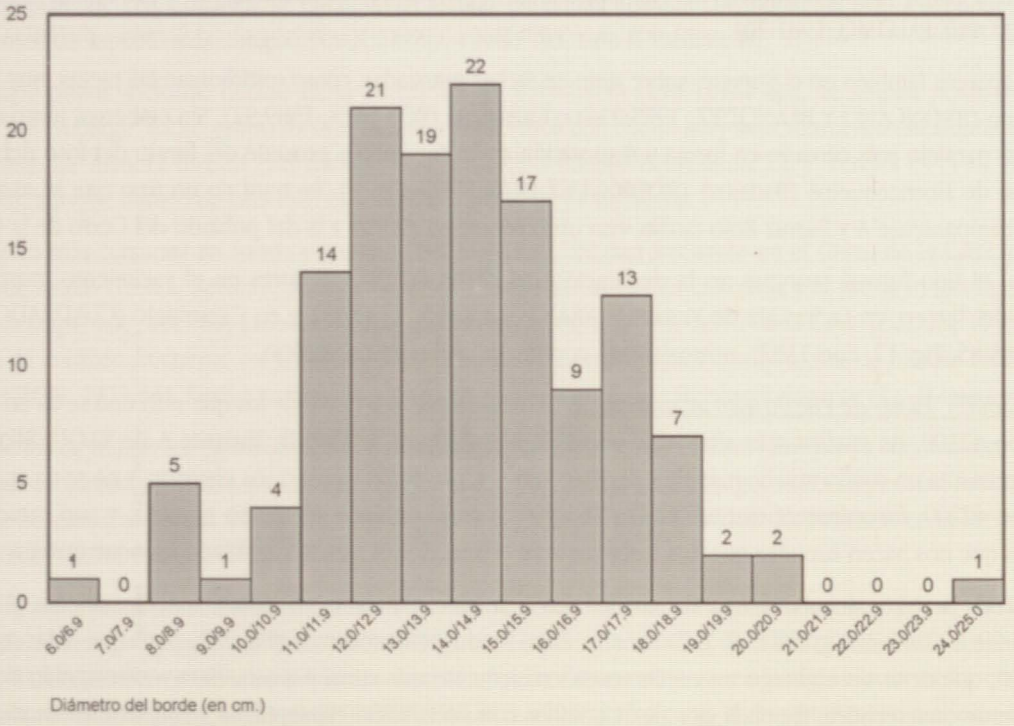


Figura 68. Cerro de La Cruz. Tipo 43200. Ollas.

Habitualmente son piezas de gran capacidad, en torno a 25-35 cm. tanto de altura como de diámetro máximo, con una boca que oscila entre los 12 y los 16 cm. de diámetro, aunque hay alguna algo mayor. Rara vez se han documentado piezas completas, casi todas en los Dptos. P, O y AM (sólo tres enteras y otras cuatro con el perfil completo, frente a un total mínimo de cuarenta vasos de este tipo). (Figs. 92.93, 125, 249, 241; 94.134; 101.554, 668; 105.819; 109.945, 943; 112.1417, 1421, 1479; 114.1592, 121.1308, 1309; 126.531, 418 (?); 131.2088; 134.1817, 1882, 1793; 137.1875; etc.).

Hemos distinguido cuatro variantes según la forma del borde, de las que la más significativa es la 43120, con asa diametral de tipo sítula (Fig. 131.2088).

Por oposición a la habitual homogeneidad en la forma y factura de los otros tipos que venimos estudiando, este tipo es homogéneo en la forma pero no tanto en pastas y acabados. La pasta suele ser de peor calidad que la empleada para los platos o las jarras, y a vces es idéntica a la usada en algunos caliciformes (clase 4) o ánforas (clase 14). Se disimula a veces con un espeso engobe blanquecino o crema que se conserva bastante mal, aunque a veces ni siquiera se recurre a dicho expediente. Existen bastantes casos en que se ha utilizado la pasta habitual de la cerámica "fina" (clase 1), pero el conjunto de las piezas presenta tonos pardos oscuros en lugar de los ocres claros habituales en la cerámica del yacimiento. Hay también piezas sueltas en pasta de clase 27/28, como la base n. 1265 (Fig. 117).

Este tipo nunca aparece decorado con pintura, salvo en un caso en que la adscripción al tipo resulta dudosa, al tratarse sólo de un fragmento de borde de pasta 1 (Fig. 119.1156). Del mismo modo se ha incluido provisionalmente en este tipo un par de vasos de forma esferoidal, sin borde, base o asas (Fig. 120.1210, 1218), uno de ellos profusamente pintado con motivos geométricos bícromos. Este último, sin embargo, es un hapax que sin duda pertenece a un tipo o variante diferente, puesto que además se fabricó en pasta de clase 19, una rara variante de la clase 14, posiblemente ajena a las producciones del Cerro de la Cruz.

Esta forma puede incluirse dentro de la IX de ESCACENA (1987b: 397 ss.), que agrupa tipos relativamente variados, aunque debiera colocarse como un subgrupo independiente a los definidos por dicho investigador.

La ascendencia púnica tanto del tipo IX de ESCACENA (1987b:402) como de nuestra forma parece indudable (p. ej. CINTAS, 1950:XVIXVII). Esta dependencia se aprecia sobre todo en versiones de tamaño reducido (p. ej. BARTOLONI, 1983:Fig. 8f), que abundan en el famoso estrato II de Alhonoz (LÓPEZ PALOMO, 1981:6465).

Es también posible hallar en el ámbito del Genil piezas casi idénticas a las del Cerro de la Cruz tanto en forma como en tamaño, aunque el ejemplar más completo aparezca pintado con un repertorio de motivos ya tardío. (LÓPEZ PALOMO, 1988:178).

Tipos 43200 y 43300. Los tipos 43200 y 43300 son similares. Ambos corresponden a ollas de cuerpo de tendencia globular, base plana con rehundimiento interior y estabilidad escasa, perfil continuo sin inflexiones bruscas, corto cuello estrangulado y borde vuelto hacia el exterior. El diámetro máximo del vaso puede hallarse en la zona alta central o baja del vaso. Esa característica, aunque significativa, no puede determinarse en los fragmentos de formas incompletas, por lo que resulta un mal criterio de clasificación en comparación con la forma del borde (cf. Tabla 32, nota).

La diferencia entre ambos tipos radica en que el tipo 43200 presenta un borde exvasado redondeado, traingular o simple (según las variantes, Figs. 55 y Tabla 32), mientras que el borde de las ollas de tipo 43300 presenta un borde vuelto al exterior, a veces claramente pendiente (variantes 43340, 43350, Figs. 55 y Tabla 32).

Estas "ollas" son por lo general piezas de tamaño mediano (en torno a 15-20 cm. de altura y 11-16 de diámetro de borde). Con todo, existen versiones de tamaño mucho más reducido. Pese a la gran cantidad de variantes que suman estos dos tipos (18 en total), estas piezas son contemporáneas, y los detalles del borde, aunuqe útiles criterios de clasificación, no deben tomarse en el Cerro de la Cruz como indicadores cronológicos.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(40000) FORMAS CERRADAS MEDIANAS (ii)	(43000) 'OLLAS'	(43100) Grandes ollas globulares	(43110) Borde redondeado, asas verticales	(43111) No se da
				(43112) Sin decorar
			(43120) Borde redondeado. Asa de tipo 'situla'	(43121) No se da
				(43122) Sin decorar
			(43130) Borde almendrado. Asas vert.	
			(43140) Borde triangular. Asas vert.	
		(43200) Ollas sin asas de cuerpo globular y Base rehundida. Borde no vuelto = Grupo 1, Tipo, 1 Nota: en las variantes se ha dado prioridad a los bordes del poblado sobre los perfiles completos de la necrópolis	(43210) Hombro alto marcado. Diám. Máx. en el hombro. Borde simple	
			(43220) Diám. Máx. a media altura del galbo. Borde simple	
			(43230) Como 43220 pero con borde muy engrosado, de sección triangular	
			(43240) Similar a 43230 pero tamaño más pequeño	
			((43250) Borde alargado, inclinao, moldurado	
			(43260) Borde alargado, inclinado, sin moldurar	
			(43270) Borde tendencia a almendrado	
			(43280) Borde tendente a rectangular	
			(43290) Borde casi vertical rectangular. A veces, ligero escalón interior	
		(43300) Vasos sin asas, cuerpo globular, borde vuelto, cuello estrangulado muy corto, probablemente base rehundida	(43310) Borde exvasado casi horizontal	
			(43320) Borde ligeramente vuelto	
			(43330) Borde claramente vuelto	
			(43340) Borde plegado con arista interior	
			(43350) Borde plegado sin arista interior	
			(43360) Borde triangular grueso y macizo	
			(43370) Borde grueso plano	
			(43380) Borde con pico pendiente	
			(43390) Borde en 'pico de ave'	
		(43400) Vasos sin asas, cuerpo globular achatado, borde vertical apenas regruesado, cuello muy poco estrangulado	(43410) Borde vertical no regruesado	
			(43420) Borde claramente engrosado al exterior	

Tabla 32

La Fig. 68 recoge la distribución de frecuencias de los diámetros de borde de una muestra de 138 ollas del tipo 43200. Se aprecia que se trata de una distribución estadísticamente normal, con una media de diámetro del borde de 14.2 cm. El 67% de los bordes tiene un diámetro entre 11 y 16 cm., y el 91.3%, entre 10 y 19 cm. Sólo contados ejemplares se salen de estas dimensiones.

La morfología que describimos en estos tipos se da en vasos de técnicas diferentes. Unos fueron fabricados con pastas depuradas en cocción oxidante y engobe crema claro (clase 1 sobre todo, en un 53% de los vasos del Tipo 43200, y en un 84% de los vasos del tipo 43300). Un número muy reducido de recipientes se fabricaron también en pastas de clase 2.

Otra serie de "ollas" corresponde a en recipientes "de cocina" fabricados en pastas de clase más grosera y cocción reductora de tonos negruzcos y pardos. La mayoría corresponden a las clases 5 y 7. Las pastas groseras se dan sólo en el 9.1% de las ollas del tipo 43300 (p. ej. Figs. 101.734); en cambio, suponen el 42.4% de los vasos de tipo 43200.

Por tanto, puede afirmarse que el tipo 43300 corresponde a ollas mayoritariamente (90%) realizadas en pastas finas coccidas a fuego oxidante, con algunas piezas incluso decoradas (un 6.8%). En cambio, el tipo 43200 tiene un 53% de piezas finas y un 42.4% de piezas "de cocina" reducidas o no, con un escaso porcentaje de pastas mal clasificables.

Los vasos de estos tipos carecen por lo general de decoración, pese a que recipientes de la misma forma aparecen pintados en otros yacimientos andaluces. Sólo en 7 casos (un 2.9%) aparece alguna línea pintada en el borde (p. ej. Figs. 101.679, Tipo 43381; 109.937, Tipo 43281; 112.1399, Tipo 43321; 114.1555, Tipo 43211; 117.1295, Tipo 43321 (?); 118.1212, tipo 43281). Todos ellos son recipientes de pasta 1. No se dan sin embargo en el Cerro de la Cruz las ollas de cocina con acanaladuras o molduras en el cuello tan características de los yacimientos ibéricos del Sureste. Sólo una pieza de barro oscuro y acabado tosco (Fig. 93. 47) presenta una serie de 4 incisiones horizontales en la parte baja del galbo, realizada con un instrumento de púas múltiples.

A diferencia de otros muchos tipos, la mayoría de los recipientes de este grupo se han documentado en el espacio "S" (posible basurero), aunque no faltan en los Dptos. O, P, Ñ y AB. De hecho, el 60.2% de los vasos del tipo 43200, y el 79.5% de los recipientes del tipo 4300 proceden de los diferentes contextos del espacio S.

Ejemplos de los mismos tipos que describimos pueden hallarse entre los materiales de la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1990b:194).

Este tipo de vaso ("olla") es una forma elemental, característica de toda la Edad del Hierro, con precedentes prehistóricos, y puede hallarse en todas sus fases cronológicas. Se puede integrar dentro de las Formas VIII y XVI de ESCACENA (1987b:384 ss. y 532 ss.), cuya marcada separación no alcanzamos a comprender por colocarse en tipos distintos piezas muy similares (p. ej. nos. 255-256 y 411-419). De la misma manera, este tipo se puede relacionar con el Grupo Formal 7 de PEREIRA (1988a:940 ss.).

En ambas variantes técnicas conocemos ejemplares similares de esta forma desde Andalucía Occidental (Pajar de Artillo, Torre de Doña Blanca) hasta el Sureste de la Península. En el Cerro de la Cruz, con todo, son especialmente característicos los bordes engrosados de las variantes 43210, 32220, 43230, con paralelos próximos en el Cerro Macareno, nivel 5 (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:121) o en Castillo de Doña Blanca (RUIZ MATA; 1987: Fig. 4).

Tipo 43400. Tipo poco frecuente de recipiente de cuerpo achatado y boca proporcionalmente ancha (Fig. 55 y Tabla 32). Recuerda, aunque en pequeño tamaño, y en formas sin decorar, al tipo 41200. Aún más se parecen algunos ejemplares a las copitas de tipo 31100, y es incluso posible que la variante 43410 pudiera integrarse en aquel tipo, aunque por el momento se ha mantenido la separación.

El diámetro del borde inclinado o de tendencia vertical, con distintas formas oscila en torno a los 1416 cm. (82% de los casos). Las paredes son proporcionalmente finas.

Se conservan fragmentos correspondientes al menos a 17 piezas, todas ellas menos una (Espacio AM, contexto ai), halladas en el espacio S (Figs. 115.1670, 117.1075, 1076, 1190, 1201, 1245, 1249; 139.574, etc.). No conocemos ningún perfil completo.

La mayoría de las piezas se fabricaron en pasta de clase 1 salvo dos ejemplares en pasta de cocina de clase 7 (Figs. 109.876 y 113.1484. No hay ningún ejemplar decorado.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
	(44000) 'VASOS CON GALBO CILÍNDRICO	(44100) Galbo de tendencia cilíndrica, cuello estrangulado, base rehundida, sin asas	(44110) Borde triangular ligeramente pendiente = Grupo 2, Tipo I, Var. A	(41111) Decorado
				(41112) No decorado
			(44120) Borde horizontal aplanado	Id.
			(44130) Variante muy achatada. Sólo en la necrópolis = Grupo 2, Tipo I, Var. B	
		(44200) Galbo de tendencia cilíndrica, hombro marcado, sin cuello. Borde redondeado vertical	(44210) Galbo vertical ligeramente troncocónico. Dos asas verticales	
			(44220) Similar a 44210 pero sin asas	
			(44230) Galbo totalmente vertical. Sólo en Necrópolis = Grupo 2, Tipo II, Var. A	
		(44300) Galbo de tendencia cilíndrica, hombro marcado, cuello muy corto. Asa de tipo 'situla'	(44310) Borde horizontal exvasado	
			(44320) Borde inclinado exvasado	
		(44400) Galbo cilíndrico, sin cuello. Base rehundida marcada al exterior. Sólo en necrópolis. = Grupo II, Tipo III		
		(44500) Vaso cilíndrico estrecho, base rehundida, cuello apenas marcado, borde simple exvasado vertical	(44510)	
(40000) FORMAS CERRADAS MEDIANAS (y iii)	(45000) 'JARRAS'	(45100) Jarra de cuerpo globular, cuello estrecho acampanado, asa vertical. Borde triangular regruesado al exterior	(45110)	
		(45200) Jarra de cuerpo tendente a cilíndrico, base rehundida, asa vertical. Borde escalonado al interior	(45210) Borde vertical con escalón interior	
			(45220) Borde inclinado exvasado con escalón interior	
		(45300) Jarra globular achatada con base rehundida, asa vertical. Borde simple regruesado al exterior	(45310)	
	(46000) 'VASOS HONDOS'	(46100) Vaso hondo de galbo troncocónico poco tenso, cuello apenas marcado y borde exvasado. Sólo en necrópolis. = Grupo 1, Tipo VI y variantes	(46110) Sin hombro marcado. Sólo necrópolis. Grupo 1, Tipo VI, Var. A/1	
			(46120) Con hombro marcado. Sólo necrópolis. Grupo 1, Tipo VI, Var. A/2	
		(46200) Vaso hondo de galbo bitroncocónico y base rehundida. Sólo en necrópolis. = Grupo 1, Tipo VI	(46210)	
	(47000) VASO 'ESFE-ROIDAL'	(47100) Vaso ultrahemiesférico sin cuello, borde engrosado. Sólo en necrópolis = Grupo 1, Tipo IX	(47110)	
	(48000) VASOS COMPUESTOS CILÍNDRICOS-TRONCOCÓ-NICOS	(48100) Base pequeña rehundida, cuerpo mixto troncocónico y cilíndrico, cuello corto y borde vertical. Dos asas verticales. Sólo en necrópolis. = Grupo 2, Tipo II, Var. C	(47120)	

Tabla 33

Grupo 44000: "Vasos con galbo de tendencia cilíndrica".

Se integran en este Grupo formal los vasos cuyos galbos tienen una tendencia cilíndrica o levemente troncocónica. Dos de los tipos (Figs. 56 y Tabla 33), el 44100 y el 44200, guardan (por forma, decoración y proporciones) una relación estrecha, mientras que los otros dos son notablemente distintos. Por tanto el Grupo muestra una homogeneidad escasa, reducida a los rasgos formales generales, sin que quepa suponer identidad o incluso similitud funcional.

Tipo 44100: "kalathoi". Este tipo se caracteriza por vasos que presentan un galbo tenso vertical o ligeramente divergente que da paso a un cuello estrangulado y a un borde sencillo vuelto hacia el exterior (Fig. 56). Es poco frecuente en el Cerro de la Cruz, ya que sólo conocemos cuatro piezas, dos de ellas dudosas, Figs. 92.71, 860; 121.1385; 139.576).

Las dos piezas halladas completas, ambas procedentes del Dpto. O (nos. 71, 860), se fabricaron en pasta de clase 1, y tienen dimensiones muy similares (14-15 cm. de diámetro del borde y 18-19.5 de altura). También en ambos casos, sobre un fondo claro se pintaron con bandas horizontales en borde, hombros y galbo (Fig. 92). Como en otras formas, no es raro que se den piezas deformadas por una cocción deficientemente controlada (Fig. 92.71). Los otros dos fragmentos atribuidos al tipo son idénticos en pasta y dimensiones, pero el borde aparece sin pintar.

Estos vasos, en sus múltiples variantes con cuello estrangulado o de "sombrero de copa" (p. ej. PEREIRA, 1988b: 159, 161; ESCACENA, 1987b, 625 ss.) son muy habituales en Andalucía. Es sin embargo notable que los ejemplares de Almedinilla se separen tanto de las formas más antiguas, con cuello estrangulado y profusa decoración del tipo de los hallados en Baza o Ceal (p. ej. PEREIRA, 1988a: 947 ss.), como de las más tardías, de tipo de "sombrero de copa" con borde en "L" o en "T" (PEREIRA, 1988a:961, tipo 8D) que a nuestro juicio pueden perfectamente bajar su cronología hasta el s. II a.C. (CUADRADO y QUESADA, 1989:8687; ROS SALA, 1989; CONDE, 1990).

Las piezas del Cerro de la Cruz que además carecen de paralelos en la necrópolis de los Collados, cuyos *kalathoi* son de tipo más antiguo, próximo a los de Baza o Ceal (VAQUERIZO, 1988-89:120-121) se caracterizan por la extrema sobriedad de su decoración a bandas horizontales y por lo tenso de la línea del cuello. Paradójicamente, alguno de los ejemplares más cercanos en forma y decoración a los del Cerro de la Cruz se hallan en el Sureste, concretamente en el yacimiento albacetense del Amarejo (BRONCANO, 1989: 152, Fig. 99).

Tipo 44200. Este tipo se forma con vasos de tendencia cilíndrica ligeramente abierta (Fig. 56), y puede en cierto modo considerarse pariente del anterior. En estos vasos el cuello estrangulado desaparece, y el hombro inclinado remata directamente en un borde corto vertical. La base es pequeña y rehundida. Se ha diferenciado una variante 44210, que cuenta con dos asas verticales de sección circular y pequeño tamaño, que van del hombro al galbo, y una variante 44220, carente de asa. No se trata de una forma frecuente, puesto que en el Cerro de la Cruz conocemos sólo tres piezas seguras de este tipo, todas casi completas (Figs. 92.82, 97.90, 133.1805) además de una dudosa (Fig. 105.850). Estos vasos se fabrican en pasta de clase 1 de tono crema claro. El tamaño varía mucho, entre los 29.2 cm. de altura por 17.4 cm. de diámetro en el borde de la pieza mayor (Fig. 133.1805) y los 11.3 cm. de alto de la más pequeña (Fig. 92). Son piezas lujosas, muy decoradas en todos los casos seguros (tres). Las dos piezas de mayor tamaño presentan un esquema de bandas rojas que enmarcan dos frisos decorados con semicírculos concéntricos pendientes y ondas verticales, realizados mediante pincel múltiple (Fig. 56). En el caso del vaso del Dpto. O (Fig. 97.90) la decoración es monócroma, pero en el del recipiente del Dpto. AB (Fig. 133.1895) las bandas rojas que delimitan los frisos están a su vez fileteadas con líneas negras adyacentes a los lados, de modo que se consigue un efecto polícromo (negro y rojo sobre crema claro) muy poco habitual en el Cerro de la Cruz. La pieza más pequeña (Fig. 92.82), que presenta una ligera deformación en la base, tiene sólo unas bandas rojas enmarcadas por líneas negras, pero carece de motivos complejos.

No conocemos paralelos exactos para este tipo en otros yacimientos. No obstante, parece tener relación con el Grupo Formal 10 de PEREIRA (1988a:980 ss.). Sólo con cierta presión podríamos hacer derivar la forma de los tipos recogidos por ESCACENA en su forma XXII (1987b:652 ss.). Sin embargo, conocemos al menos otras tres piezas, halladas en yacimientos cercanos geográficamente al Cerro de la Cruz, que tienen la misma forma, aunque sean de proporciones más alargadas y presenten una decoración más compleja. En primer lugar está el vaso carente de contexto preciso de Las Lagunillas (VAQUERIZO, 1983-84:17), más estrecho y alto y con algo de cuello y asa con inflexión; en segundo lugar una pieza procedente de Los Torviscales de Fuente Tójar (MARCOS y VICENT, 1983:14), muy parecida a la de Las Lagunillas; y por último un vaso sin procedencia recogido por PEREIRA (1988a:525-526) y conservado en el Museo de Jaén. Sin embargo, y como se ha dicho, ninguna de estas piezas responde exactamente al tipo del Cerro de la Cruz, aunque todas ellas respondan a una misma idea general.

También cercana formalmente, aunque de proporciones más redondeadas, es la pieza de la necrópolis de Los Collados recogida en el Grupo 2, tipo II, variante A de VAQUERIZO (198889:121).

Tipo 44300: "Sítulas". Vasos caracterizados sobre todo por un asa que arranca del borde y atraviesa diametralmente el vaso, en forma de arco de medio punto en un plano perpendicular al de la boca (Fig. 56). El asa puede ser de sección circular sencilla o doble. Es un tipo muy raro, con sólo tres ejemplares documentados en el Cerro de la Cruz (Figs. 101.558-559; 122.1311; 133.1916). Todos ellos se fabricaron en pasta de clase 1, bien depurada, y cuidadosamente alisada al exterior. Al contrario que los tipos anteriores, esta forma no aparece decorada en ninguno de los casos que tenemos documentados en el Cerro de la Cruz. Se trata, al parecer, de vasos medianos en todos los casos, con una altura de en torno a los 18.5 cm. y un diámetro máximo similar (16.5-17 cm.). Junto con el asa, el rasgo más característico de las "sítulas" del Cerro de la Cruz parece el tipo de base anillada (Fig. 56, Figs. 101.559; 133.1916). Se trata de una base, con una forma característica de Almedinilla sobre todo la del ejemplar núm. 1916, aplicada sobre el fondo convexo original del recipiente.

El tipo de asa diametral de tipo "de sítula", es poco común en la cerámica ibérica, y, al contrario de lo que ocurre en Almedinilla, se aplicó a una cierta variedad de formas, si juzgamos por la síntesis de PEREIRA (1988a:977), a cuyo catálogo de formas habría que añadir la que ahora presentamos. Con todo, los ejemplos hasta ahora conocidos en Andalucía de recipientes con este tipo de asa se asocian a contextos mucho más antiguos, de los ss. V-IV a.C. (PEREIRA, 1988a:980) salvo quizá el ejemplar de Andújar, hallado fuera de contexto (PEREIRA, 1988a:673 ss.). Algo parecido ocurre en Levante (ARANEGUI y PLA, 1981:106 y 80), aunque estudios recientes insisten en una amplia perduración, desde los siglos V al II a.C., que viene a confirmar nuestros datos (MATA y BONET, 1992:131; también en Cataluña, SANMARTÍ, 1992:34). Se plantea de nuevo la cuestión de la perduración en el mundo ibérico de formas cerámicas tradicionales.

Quizá el paralelo formal más cercano para las formas del Cerro de la Cruz proceda del otro extremo del mundo ibérico, en Cataluña. Dicha similitud se limita a la forma del borde, porque del ejemplar catalán sólo se publica un borde y asa (SANMARTÍ, 1992:Fig. 1.1 y p. 34). Esta cercanía tipológica no debe llevarse demasiado lejos, porque se trata de una forma sencilla de borde, pero viene a incidir con lo que hemos venido observando hasta ahora: la existencia de una cierta "koiné" de formas en el s. II a.C. que va desde Extremadura hasta Teruel pasando por Córdoba, comunidad de formas limitada que no se da en momentos anteriores.

No entraremos aquí en el debate de si estas formas imitan o no las de las sítulas itálicas (PEREIRA, 1988a:979980) o las de vasos griegos. Para un análisis más detallado contamos con estudios modernos (PAGE, 1984:95 ss.).

Tipo 44500. Es también muy inhabitual en Almedinilla la aparición de un vaso cilíndrico muy alto para el diámetro de su galbo (unos 25 cm. para 8-10 cm. de diámetro), que recuerda la forma de un cangilón (Fig. 56), si bien el estrangulamiento del cuello no es muy marcado (Figs. 140.70, completo; 92.120; 101.69). Suele presentar un orificio en el cuello de cierto diámetro, similar al que se produce en el hombro de muchas de las ánforas de tipo "iberopúnico"; este agujero indica un destino como contenedor de líquido. Su pasta es compacta, de clase 1, en color crema y cocción oxidante. A veces (Fig. 92.120) la superficie aparece cubierta de un engobe blanquecino muy deleznable. En otras (Fig. 140.70), la superficie, muy cuidada, está alisada con un instrumento romo, a trazos verticales la mitad inferior del galbo, y horizontales la superior. Esta técnica es en la práctica un espatulado.

No conocemos paralelos andaluces para esta forma, pero en cambio sí se han documentado dos piezas que recuerda nuestro tipo en la región extremeña. En concreto, un vaso similar aunque mucho más pequeño y sin estrangulamiento en el cuello fue hallado en Hornachuelos (Badajoz) (RODRÍGUEZ DÍAZ, 1991a:297.IX). Otro ejemplar, mayor pero más tosco, ha sido recientemente hallado en el castro de Capote, en el Sur de Badajoz, lindando ya con la provincia de Sevilla (BERROCAL, 1989:289, n.9). Ambas piezas aparecen en un contexto tardío, del s. II a.C.

Grupo 45000: "Jarras". El Grupo 45000 se compone de jarras, siempre de tendencia globular con un solo asa vertical, muy lejanas de los tipos de jarra característicos del área levantina/catalana, cuyos galbos suelen ser de tendencia mucho más cilíndrica (p. ej., MATA y BONET, 1992:156). Tampoco aparecen bocas trilobuladas, al estilo de las habituales en yacimientos del Sureste, ni las jarras de Almedinilla se decoran con pintura.

Tipo 45100. En primer lugar, el tipo 45100 aparece hasta ahora representado por un sólo ejemplar incompleto hallado en el aljibe del Dpto. O (Fig..56). Se trata de una gran jarra de boca circular de 10.4 cm. de diámetro, cuello estrecho de superficie espatulada a trazos verticales, y galbo extremadamente panzudo. Se trata de una pieza medianagrande, que debió contar con más de 30 cm. de altura. Se realizó en pasta 1, con la superficie alisada con mayor cuidado del habitual.

El peculiar perfil de este tipo de jarra, con el diámetro máximo en un punto muy bajo del galbo y asa que llega hasta el borde, tiene mejores paralelos en el ámbito púnico que en el romano republicano (CINTAS, 1950:IX.126), aunque perfiles similares se dan en la Numancia republicana (Tipo 44 de VEGAS, 1973). Es posible que una forma similar a la aquí documentada sea la documentada en Montemolín (GARCÍA VARGAS, MORA, FERRER, 1989:235, Forma XII). Ambas piezas carecen de decoración y parecen tener una pasta similar.

Tipo 45200. El tipo 45200 corresponde a una jarra de un asa vertical con un perfil por completo diferente al del tipo anterior, aunque la pasta (clase 1) y el alisado sean similares. Es un tipo en apariencia más frecuente que el 45100, con tres casos documentados, aunque sólo en un caso estemos seguros de que se trata de una jarra, pues los otros ejemplos corresponden sólo a fragmentos de bordes con escalón interior (Fig. 56 y Figs. 97.123 epónimo, 107.620; 128.462). Prueba de que el criterio "forma borde" no es fiable para definir el tipo es la existencia de al menos dos fragmentos de escaso diámetro (en torno a 15 cm.) y escalón interior, pero fabricados en pasta grosera de clase 7 (Figs. 107.626 y 114.1562), que corresponden probablemente a un tipo de olla.

El perfil de esta jarra es sencillo, y se caracteriza, además de por el asa vertical de cinta que va del borde al mitad del galbo, por una base plana rehundida y por un borde con marcado escalonamiento exterior e interior (Fig. 56). El diámetro del borde parece oscilar entre los 12 y 15 cm. El único ejemplar seguro tiene un diámetro de borde de 12 cm. y una altura de 20 cm. El borde escalonado al interior no es tan raro en el mundo ibérico como pudiera parecer a primera vista. Lo conocemos por ejemplo en yacimientos de Baja Epoca del Sureste, como Cartagena (ROS SALA, 1989:102, Forma VIII), Alicante (MATA Y BONET, 1992:156, Clase A, Grupo III, Tipo 2.2.2) o Valencia (ARANEGUI Y PLA, 1981:99, forma 9d). Nos parece probable que este tipo de borde tenga en Iberia una procedencia púnica (pueden hallarse tipos semejantes en BARTOLONI, 1983:Fig. 5.h; CINTAS, 1950:X.131), aunque el origen remoto del tipo de jarra pudiera ser helénico (BARTOLONI, 1983:49). En todo caso, las bocas trilobuladas, más comunes en las jarras ibéricas, están ausentes en el Cerro de la Cruz y también en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1988-89).

Jarras más achatadas y de base completamente plana, pero con borde convexo y escalón interior similar al del Cerro de la Cruz pueden hallarse en Ibiza también en el s. II a.C. (GOMEZ BELLARD, GURREA (1985:Fig.2 y p. 147). Aunque sin duda perfiles semejantes de borde e incluso completos se dan en cerámica romana común (sobre todo en formas menores, como cubiletes), la factura de estas piezas nos lleva más bien a una tradición local.

Tipo 45300. El tipo 45300 (Figs. 56 y Tabla 33) es difícilmente identificable a no ser que contemos con un fragmento de asa, porque su borde y perfil pueden confundirse facilmente con el de muchas ollas globulares de tamaño reducido. Sólo contamos pues con dos ejemplares seguros, uno de ellos completo (Figs. 91.117 y 130.2090), hallados en Departamentos alejados entre sí (O y AB). En ambos casos se trata de piezas con un diámetro de borde en torno a los 11 cm., con una altura similar. El borde es redondeado, y la base presumiblemente plana con rehundimiento interior. El asa, que va como en los otros tipos de jarra del mismo borde al tercio superior del galbo es de sección oval aplanada, sin llegar a ser de cinta en un caso. Se trata de piezas relativmente toscas, fabricadas en pasta de clase 5/7 y 2, esto es, en texturas bastas pero con cocción oxidante, cuyo color en fractura tiende al perdo, mientras que la superficie, de tono crema, está toscamente alisada.

Es ésta una forma poco común, aunque conocemos un ejemplar inédito casi idéntico procedente del cercano Cortijo del Puerto, y conservado en el Museo de Priego de Córdoba. De nuevo podríamos proponer un posible origen púnico, ambiente en el que se pueden hallar paralelos muy cercanos (p. ej. BARTOLONI, 1983:Fig. 8d, Fig. 9f; CINTAS, 1950:VIII, 99102), si bien estas formas parecen bastante arcaicas en el ámbito semita (BARTOLONI, 1983:6870).

CLASE 50000: "FORMAS CERRADAS GRANDES". (Fig. 69)

La clase 50000 (Figs. 57-58 y Tabla 34) es una de las más características del Cerro de la Cruz, no tanto por el número mínimo de ejemplares (unos 190 en las zonas estudiadas) sino por el volumen físico que ocuparían, preponderante en el conjunto de los espacios analizados, por su función y por la elaborada decoración de algunos tipos (en concreto el 52100). Esta es quizá (junto con la 60000) la Clase más definida y homogénea desde un punto de vista funcional. Sus tipos corresponden en todos los casos a vasos de gran capacidad destinados a almacenamiento y transporte masivo en términos relativos de áridos y líquidos (presumiblemente grano, vino, aceite y agua). Sin embargo, enseguida veremos que también entre los Grupos y Tipos que forman esta Clase hay notables diferencias formales y probablemente funcionales. También las pastas de estos recipientes tienen características comunes. La más frecuente es la denominada como clase 14.

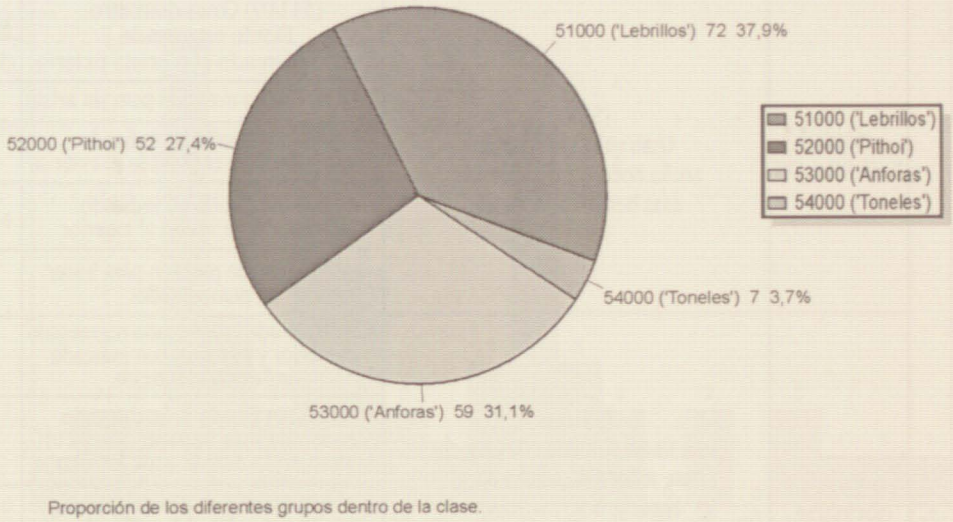


Figura 69. Cerro de La Cruz. Clase 50000. Formas cerradas grandes.

Grupo 51000. "Lebrillos". Formado hasta ahora por un solo Tipo, el 51100.

Tipo 51100. El tipo 51100 (Figs. 57 y Tabla 34) está formado por un gran grupo de vasos de boca muy ancha, casi tan grande como el diámetro máximo, y galbo globular en forma de casquete ultrahemiesférico, de modo que el diámetro máximo se haya en la parte más alta del galbo, cerca del borde. Este último es exvasado, horizontal o ligeramente vuelto, y se separa del galbo mediante un ligero estrangulamiento o moldura, a veces carenada. La forma del borde y la existencia o no de arista exterior en el punto de estrangulamiento son los criterios empleados para distinguir las cinco variantes definidas (Tabla 34). Una variante peculiar es la 51150, caracterizada por un pliegue en el borde (Fig. 131.2115), a modo de ineficiente pico vertedor. La base, plana y muy pequeña, aparece rehundida, de modo que los vasos son muy inestables. De hecho, es posible que se asentaran sobre soportes trípodes metálicos, a juzgar por las huellas de óxido halladas en tres puntos de la parte inferior del galbo de uno de los recipientes de este tipo, hallado muy fragmentado casi en el centro del Dpto. O, entre el molino y el orificio central (Fig. 94.190).

Se trata de vasos grandes o muy grandes, con un diámetro del borde que oscila entre los 20 y los 62 cm. (Fig. 70), con una altura que llega a los 35 cm. Los recipientes más grandes apenas pueden ser movidos por una sola persona estando vacíos, y desde luego quedarían virtualmente inmóviles cuando estuvieran llenos. La distribución de los diámetros no es estadísticamente normal (valor medio, 35.8 cm., pero desviación estándar muestral de 9.0), sino que pueden apreciarse tres grupos con diámetros en torno a los 27, 33 y 42 cm. Sin embargo, esta división no es nítida y no pueden extraerse conclusiones de ella similares a las obtenidas con los platos.

Es muy frecuente, aunque no sistemático, que los recipientes de este tipo posean un par de asas horizontales prácticamente testimoniales, plegadas en forma de "M" para ofrecer tres sujecciones (Fig. 57).

Suelen estar elaborados con barro de clase 1 o 14 (rara vez en clase 4 o 19), con cocción oxidante. A menudo, (15 casos seguros, al menos un 21%) la superficie se cubre con un engobe blanquecino o cremoso claro aplicado de manera descuidada "a brochazos" posiblemente con un trapo empapado, pero también se encuentran piezas más finas aunque de paredes bastante gruesas y pesadas. En ningún caso se ha documentado decoración pintada.

Dado que el diámetro de la boca es tan grande (Fig. 70) , no parece que el tipo 51100 pueda intepretarse como recipiente de transporte o almacenamiento "permanente", sino más bien "temporal", en función quizá de determinadas actividades de transformación de alimentos.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(50000) FORMAS CERRADAS GRANDES	(51000) 'LEBRILLOS'	(51100) Gran vaso globular de ancha boca, base rehundida, asas horizontales dobles	(51110) Gran diámetro. Borde engrosado. Cuello marcado con arista exterior	(51111) No se da
				(51112) No decorada
			(51120) Cuello marcado pero sin arista	Id.
			(51130) Cuello no indicado. Borde triangular engrosado al exterior	
			(51140) Cuello no indicado. Borde simple vuelto al exterior	
			(51150) Borde plegado para hacer un pico vertedor	
	(52000) 'PITHOI'	(52100) Gran tinaja cilíndrica de pequeña base rehundida, ancha boca, borde grueso invasado. Dos asas verticales dobles	(52110) Borde redondeado regruesado a interior y exterior, con marcada inflexión al interior	
			(52120) Borde más alargado y tendencia más vertical que 52110, pero en lo demás muy similar	
			(52130) Borde de forma tendente a rectangular. Muy similar a los anteriores	
			(52140) Borde plano, claramente plegado	
	(53000) ÁNFORAS IBERO-PÚNICAS Y OTROS	(53100) Gran ánfora con base apuntada en forma de glande, galbo cilíndrico, boca estrecha. Dos asas verticales	(53110) Borde redondeado, vertical, regruesado interior y exterior. Arista interior	
			(53120) Borde redondeado, engrosado al interior pero sin clara inflexión. Tendencia vertical al exterior	
			(53130) Borde vertical pero anguloso al exterior. Redondeado al interior	
			(53140) Borde de tendencia vertical y forma rectangular	
		(53200) Gran ánfora de boca estrecha, con arista o moldura en el arranque del borde, de tendencia externa vertical	(53210) Borde vertical regruesado a interior. Baquetón exterior	
			(53220) Borde vertical con arista marcada. Importación (?)	
			(53230) Similar a 53220, pero con el borde marcando un leve estrangulamiento	
		(53300) Vaso de galbo convergente en forma cónica hacia una boca estrecha de borde vertical. Similar a 53200 pero sin moldura en el borde	(53310)	
		(53400) Borde ligeramente saliente	(53410)	
		(53500) Vaso de boca ancha y perfil cilíndrico entre ánfora y tinaja. Imitación púnica (?). Sólo necrópolis		
	(54000) TONELES	(54100) Tonelete	(54110)	

Tabla 34

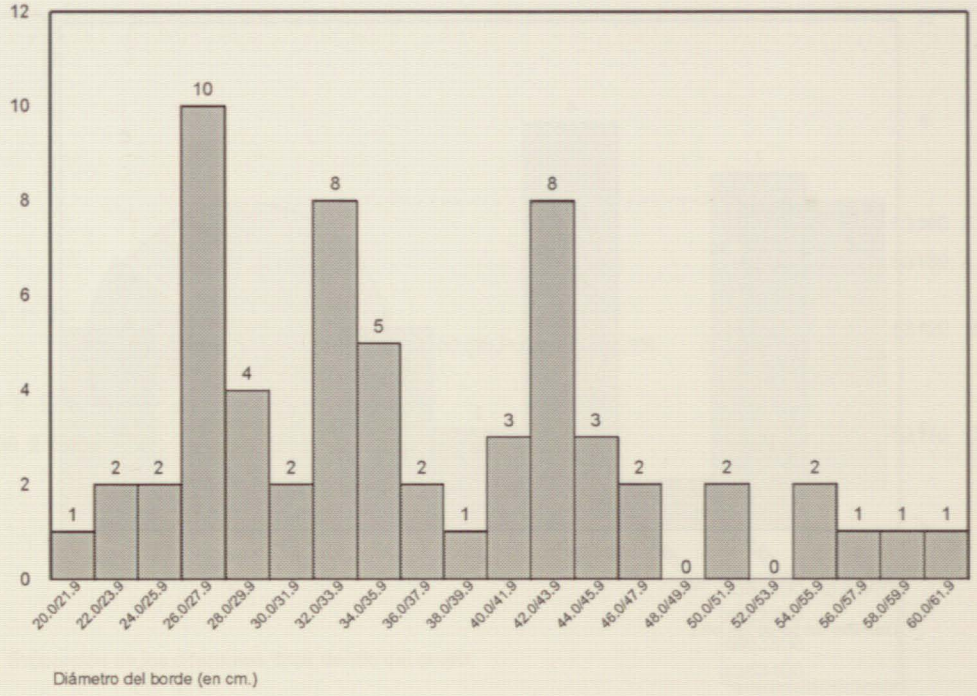


Figura 70. Cerro de La Cruz. Tipo 51100. Lebrillos.

Esta forma es bastante frecuente en el Cerro de la Cruz, con unos 70 ejemplares en la zona estudiada (Fig. 69), lo que convierte al grupo 51000 en el más frecuente de la Clase 50000, por encima de ánforas y tinajas. Se han documentado algunos ejemplares casi completos o completos en los Dptos. O, P y AB, pero sobre todo numerosos fragmentos en el espacio S, probablemente un basurero. (Figs. 94.190, 75, 216, 240; 94.137, 136, 135; 98.372; 99.138, 126, 236, 368; 101.663; 108.590; 110.913; 111,1039, 991; 113.1488, 1485, 1473; 115.1669, 1569, 1566, 1568, 1593, 1617; 119.1117; 120.1119, 1098, 1097, 1058, 1057, 1080, 1192, 1187, 1070, 1155, 1079; 121.1359, 1351, 1117; 121.1320, 1321; 122.1333; 124.507; 125.475, 471, 477; 128.441; 131.2115; 132.2029; 137.1788, 1932; etc).

Creemos que este tipo representa una forma claramente doméstica, que no se documenta en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1988-89), o en otros cementerios, y que por tanto no encuentra fácil cabida en la clasificación de Pereira dedicada a la cerámica decorada de uso funerario. Unicamente cabría su adscripción general al "Grupo Formal" 5 y tipo 5A (PEREIRA, 1988a:907), y a la Forma IV de ESCACENA (1987b:305 ss.), dentro de sus categorías de mayor tamaño. Este último autor enfatiza el carácter doméstico de las variantes más parecidas a las piezas que aquí estudiamos, y la elevada frecuencia de aparición de ejemplares no decorados. A los vasos por él catalogados procedentes sobre todo de la Baja Andalucía cabría añadir piezas de Montemolín, que sin embargo cuentan con un cuello más acentuado que el de los ejemplares del Cerro de la Cruz (GARCÍA VARGAS, MORA, FERRER, 1989:229). Del mismo modo abundan perfiles del mismo repertorio formal en yacimientos de larga perduración como la Torre de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1987:312, Fig. 5) y otros muchos. El tipo, denominado como "lebes", aparece también a menudo en Levante y Sureste (p. ej. MATA, BONET, 1992:152, grupo 2, Tipo 6.2 con bibliografía). El tipo es pues frecuente en todo el ámbito ibérico, de modo que su rareza aparente en la Alta Andalucía se debe sobre todo a la escasez de hábitats excavados. Se ha documentado también de manera ocasional en necrópolis, como la de Galera, y corresponde a la forma 10 de cerámica fina de Cuadrado (CUADRADO, QUESADA, 1989:84).

Grupo 52000:"Grandes tinajas". Al igual que en el caso anterior, este grupo está representado por un sólo tipo, el 52100.

Tipo 52100. Constituye el primer conjunto importante de grandes recipientes de almacenamiento de tendencia cilíndrica. Se trata de un conjunto de al menos medio centenar de tinajas pithoides (Fig. 69), similar en número al de ánforas propiamente dichas. El tipo se define (Figs. 57 y Tabla 34) por rasgos precisos: galbo de tendencia cilíndrica, a menudo con un perfil ligeramente sinuoso de tendencia cóncava; base redondeada inestable con ligero rehundimiento, sin remate terminal; boca muy ancha, definida por un hombro marcado, aunque sin arista viva,

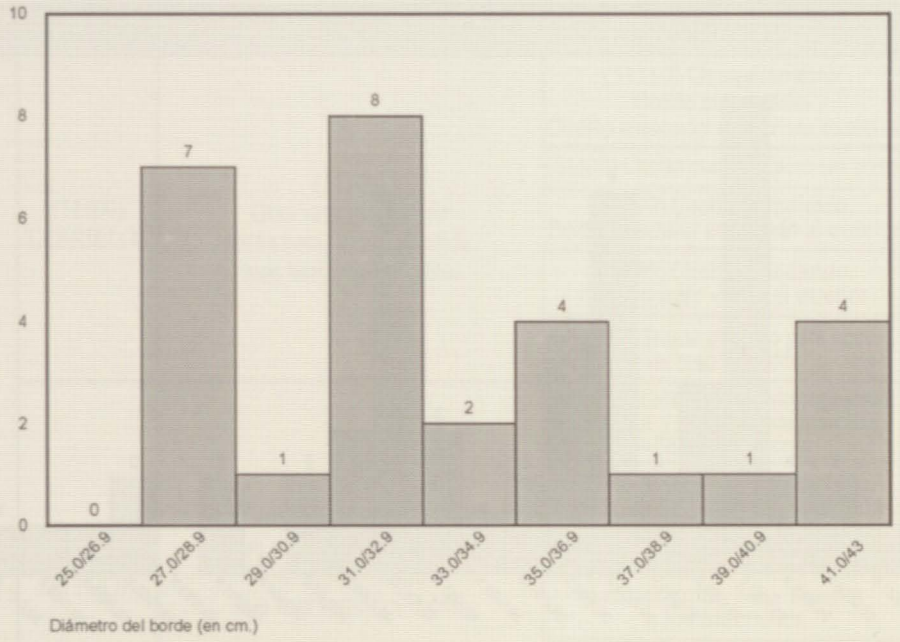


Figura 71. Cerro de La Cruz. Tipo 52100. Pithoi.

ausencia de cuello y borde grueso. Además, aparecen dos asas de sección aplanada, pequeñas, casi testimoniales, a veces plegadas en forma de "M" para ofrecer mejor agarre; se dsponen en vertical, frente a la colocación horizontal del mismo tipo de asa en los grandes recipientes globulares (tipo 51100) o en la fuente de base plana que ya hemos estudiado (tipo 21100). Se han distinguido cuatro variantes en función de detalles creemos que poco significativos de la forma del borde.

Estos recipientes son en todos los casos de gran tamaño. Rara vez hemos podido determinar la altura completa, pero en casi todos los casos debió ser mayor de 60 cm., e incluso mayor de 80 cm. (Fig. 136.1773). El único ejemplar que hemos podido reconstruir por completo tiene una altura de 66.7 cm., y no está, ni mucho menos, entre los mayores de la serie (Fig. 100. 201). Con todo, y siendo importante la altura, el criterio funcional decisivo es el tamaño de la boca, que hace estos recipientes aptos sobre todo para almacenar grano o cualquier otro tipo de material sólido, mientras que las ánforas de tipología iberopúnica (Grupo 53000) son especialmente adecuadas para contener líquidos. El diametro de la boca es siempre mayor de 25 cm., y normalmente mayor de 30 cm. (Fig. 71). Un 78.5% de las piezas estudiadas tienen un diámetro de boca de entre 27 y 37 cm., y el resto son aún mayores, hasta 41.5 cm. Más adelante tendremos ocasión de estudiar el tipo peculiar de tapadera asociado a estos grandes recipientes (tipo 61100).

En una elevada proporción, la pasta empleada es la de clase 14 (56% de los casos), pero con ciertas peculiaridades (ver apartado correspondiente a la descripción de esta clase de pasta). Además, abunda también la pasta de clase 1 (34% de los casos). En raras ocasiones se empleó la pasta de clase 30 y la pasta 23 (Fig. 135.1920), esta última sólo documentada en base y asa. Con todo, recordamos que el examen visual de las pastas es sólo una aproximación a la cuestión de las arcillas, sobre todo en vasos tan grandes con diferentes grosores de pared y cocciones poco homogéneas.

Uno de los rasgos más notables de estos recipientes es que en una inmensa mayoría de los casos (con seguridad en un 82.3%, probablemente en casi la totalidad), aparecen profusamente decoradas con motivos geométricos pintados en rojo y negro. La composición habitual consta de bandas horizontales rojas enmarcadas por líneas negras que definen frisos (dos o tres) formados por semicírculos o cuartos de círculo concéntricos alternados con ondas verticales, motivos todos ellos bastante descuidados. El conjunto de la decoración suele ocupar los dos tercios superiores del vaso (Fig. 57), dejando libre el tercio inferior.

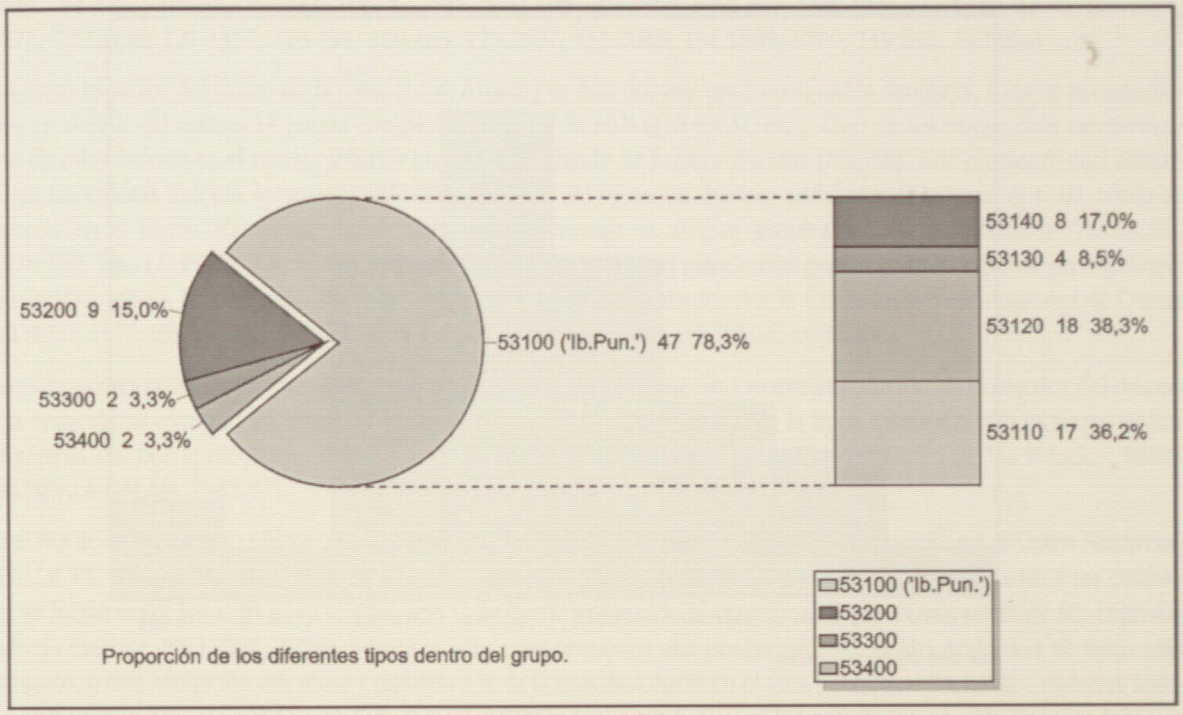


Figura 72. Cerro de La Cruz. Grupo 53100. Ánforas.

Hemos documentado hasta ahora un mínimo de 52 de estas tinajas (Fig. 69), lo que supone un 27% del total de grandes vasos de almacenamiento, en número similar a las ánforas y ligeramente inferior al de lebrillos. Calculando una altura media de 70 cm. (estimado) y un diámetro medio de 33 cm. (real), puede realizarse una aproximación de la capacidad en litros de uno de estos vasos, que estimamos en unos 60-65 litros para los vasos medianospequeños, lo que hace una capacidad total de 3120 a 3380 litros.

Si bien hasta ahora hemos hallado paralelos cercanos a muchos de los tipos del Cerro de la Cruz en el área de Andalucía Occidental, no parece ser éste el caso de la forma que ahora estudiamos. Las grandes tinajas del Pajar de Artillo tienen forma y decoración bien distintas (LUZÓN, 1973:78), mientras que entre los fragmentos de borde del Cerro Macareno o de Montemolín no se encuentran modelos similares (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983; GARCÍA VARGAS, MORA, FERRER, 1989), aunque sí se documenten bordes de *dolia* de función y tamaño parecidos pero algo más antiguos.

En cambio, si miramos hacia la Alta Andalucía y el Sureste peninsular, en Baja Epoca, hallamos que yacimientos como el del Amarejo proporcionan piezas comparables (BRONCANO, BLÁNQUEZ, 1985:250), que a su vez se relacionan con otras del Sureste de fases más antiguas (ss. IV-III a.C.) (CUADRADO, QUESADA, 1989:78) . En la propia Andalucía Oriental (Toya, Martos...) se documentan tinajas parecidas en forma y decoración, pero siempre en momentos anteriores, sobre todo del s. IV a.C. (PEREIRA, 1988a:985, Tipo 11A; PEREIRA, 1979). Así, parece claro que en el s. II a.C., en el Cerro de la Cruz, están perdurando formas de cerámica decorada de tradición bastante más antigua.

Formalmente, nuestro tipo 52100 se integra bien dentro de la Forma XXV de ESCACENA (1987b:683 ss.) y el tipo 11A de Pereira; los ejemplos más próximos se documentan en la Alta Andalucía, concretamente en Toya (ESCACENA, 1987b:696697, PEREIRA, 1988b:165), Ceal, Martos, Cástulo, etc.

Grupo 53000: "Anforas". El Grupo 53000 está compuesto por cinco tipos de ánfora uno de los cuales, el 53500, de forma peculiar, sólo aparece en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1988-89:Fig. 8, Grupo 2, Tipo II, variante B). Los otros cuatro tipos (53100 a 53400) sólo aparecen en el poblado del Cerro de la Cruz. Corresponden a distintas variantes de la forma que en términos generales se conoce en la bibliografía como "ánfora iberopúnica" o "iberoturdetana".

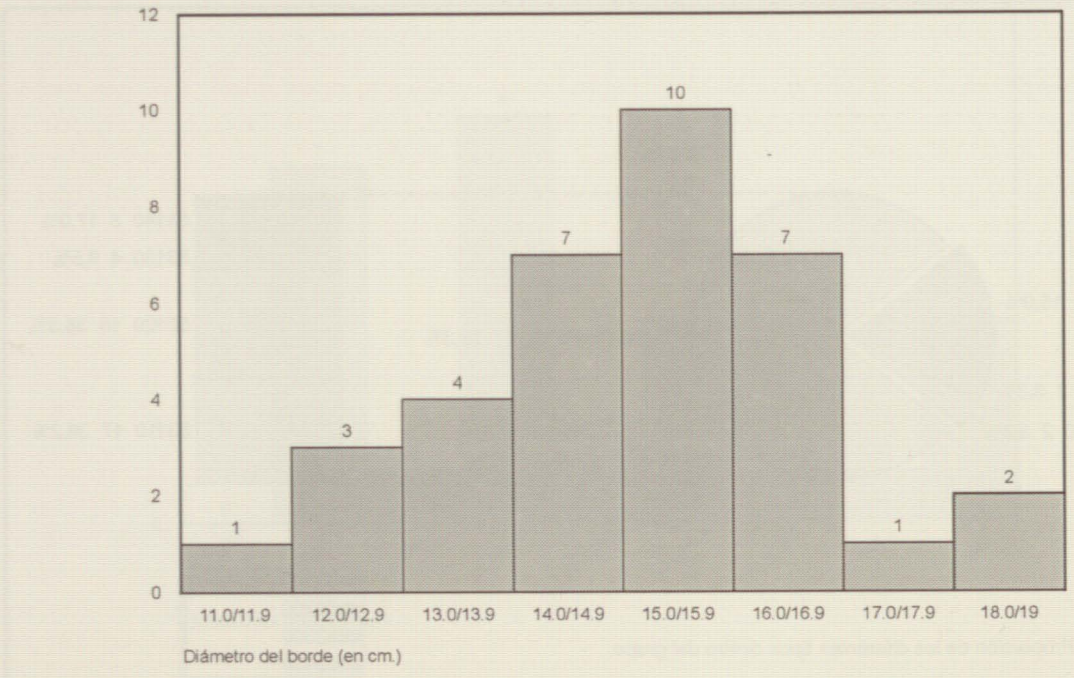


Figura 73. Cerro de La Cruz. Tipo 53100. Ánforas "Ibero-púnicas".

El Grupo 53000 está representado en las zonas estudiadas del Cerro de la Cruz por un mínimo de 59 ejemplares (Fig. 69), un 31% del total de vasos de la clase 50000. Por tanto, las ánforas aparecen en número ligeramente superior a las tinajas de boca ancha del Grupo 52000. Si aquellas han sido consideradas probables contenedores de áridos, las ánforas con toda probabilidad contuvieron líquidos, presumiblemente vino y/o aceite, además de, quizá, agua.

Curiosamente, no se han hallado hasta ahora en el Cerro de la Cruz ánforas púnicas tardías con boca de trompeta (tipo I del Macareno, C de Mañá), ni de borde plano entrante (tipo D Mañá). Sólo un fragmento (Fig. 123.496), podría adscribirse a un ánfora de tipo C de Mañá/I Macareno /XII Florido Navarro/XIIIC de Montemolín, pero su carácter de *unicum*, detalles del borde y la delgadez de la pared desaconsejan ser tajantes en este sentido.

Tipo 53100. El tipo 53100 corresponde a grandes ánforas de galbo cilíndrico con una hemiesfera en cada extremo. La inferior, que actúa como base, remata en un pivote o glande, normalmente macizo, muy característico (Fig. 58). La hemiesfera superior, que no marca un hombro anguloso o carenado con el galbo, termina, sin cuello, en un borde grueso, normalmente redondeado; este borde delimita una boca estrecha, con un diámetro que oscila entre los 11.5 y los 18.5 cm., aunque lo habitual es un diámetro de borde en torno a los 14-17 cm. (69%) (Fig. 73). Estas ánforas presentan dos pequeñas asas verticales de sección circular en la zona de los hombros. Nunca aparecen decoradas. La altura de estos vasos debe ser en casi todos los casos superior a los 100 cm. En un caso (Fig. 139.642), ha sido estimada en torno a los 100 cm., mientras que en otro (Fig. 140.664) la altura del ánfora completa es de 110 cm. Por lo que se refiere al diámetro del galbo, más o menos constante en toda su longitud, oscila en torno a los 40 cm.

La pasta de estos vasos es de clase 14 (en un 62% de los casos) o de clase 1. En un sólo caso (Fig. 131.2089) se ha identificado una pasta de clase 30.

El tipo 53100 es el más frecuente con diferencia de las ánforas, y el único del que se han podido reconstruir ejemplares completos o casi completos. Se han documentado 47 ejemplares, un 80% del total de ánforas (Fig. 72). El tipo se ha dividido en cuatro variantes de acuerdo con detalles del perfil del borde (Figs. 58 y Tabla 34) . Las variantes 53110 y 53120 tienen igual frecuencia (Fig. 72), mientras que las 53130 y 140 son menos habituales. Con todo, estos detalles no parecen tener significación cronológica.

Estas piezas han aparecido repartidas de forma homogénea en diferentes espacios (10 en el Dpto. AB, 6 en el O, 16 en el P, 10 en el S), aunque resalta especialmente su abundancia en P y su escasez en O, como se verá más adelante.

(Figs. 91.219, 256; 94.220, 221; 101, 53, 565, 561; 103; 104, 859, 839, 857, 858, 856; 117.1169, 1171; 119.1271, 1275; 120.1168; 121.1357; 123.491; 128.463; 129.2007; 131.2089; 134.1889, 1790; 139.642; 140.664).

En otros espacios del Cerro de la Cruz (L, M, AI, etc.) se han documentado conjuntos similares, todavía no estudiados en detalle (al menos 14 piezas completas en L; 10 en M-N-Q, 6 en AI, etc.). Uno de los rasgos más característicos de estas ánforas es el remate inferior en forma de glande de formas diversas (Fig. 58). Este elemento está ausente en las ánforas ibéricas levantinas (RIBERA, 1982:Fig. 35) y en las ibéricas andaluzas anteriores al s. III, como se aprecia en el Cerro Macareno, donde sólo ocasionalmente se atisban glandes menos desarollados (PELLICER, 1978:397, Fig. 12; PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:189); el glande está por lo general ausente en Andalucía (FLORIDO, 1984). Más parecidos son algunos de los terminales hallados por R. Corzo en sus excavaciones de Osuna (CORZO, 1977:50), y sobre todo el de un ánfora de Arjona (Jaén) (ARTEAGA, 1992:106).

Son frecuentes también en estas ánforas dos características del borde: una marcada inflexión en el interior del mismo y la verticalidad externa. En ninguno de los ejemplares estudiados es visible la línea interior o el hueco que indica la génesis del borde mediante plegado de la arcilla, como ocurría por ejemplo en el Cerro de los Palacios, Itálica (BENDALA GALÁN, 1982:57).

Si el borde es un criterio efectivo para diferenciar periodos en la Baja Andalucía, por ejemplo en el Cerro Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983) o en Argote de Molina Sevilla (CAMPOS, 1986); y si se asiste a un cambio en su forma entre los s. III y II a.C. (del tipo C de borde engrosado al exterior al D con borde entrante sin engrosamiento exterior, PELLICER, 1978), entonces sólo cabe proponer una perduración en la Alta Andalucía de tipos más antiguos, o una evolución diferente y paralela a la de la Baja Andalucía en el área Subbética. De hecho, nuestras ánforas deberían incluirse en el Grupo A de CAMPOS (1986:44), dentro de las "iberopúnicas de borde engrosado", que dicho autor fecha entre los ss. VI y principios del III a.C.

En conjunto, la mayoría de nuestros bordes de ánfora recuerdan a tipos avanzados de Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:Fig.85), pero algunos tipos tienen mejores paralelos en momentos anteriores o muy anteriores (Tipo 53200, PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:Fig.83; tipo 53400, PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:Fig.82, nos. 997, 1072). No seríamos partidarios, con todo, de dar demasiada importancia a estas discrepancias de perfil en ejemplares aislados.

El paralelo mas cercano que conocemos al tipo de ánforas del Cerro de la Cruz que conocemos es un ánfora completa procedente de Arjona (cerca de Porcuna, Jaén), conservada en el Museo de Granada (n.inv.3.070) (ARTEAGA, 1992:106-107), cuyas proporciones y sobre todo remate en forma de pivote o glande redondeado son idénticos a los del Cerro de la Cruz, hasta el punto de que podría pasar por obra del mismo alfar.

Según se ha visto en el análisis de los detalles, el tipo 53100 del Cerro de la Cruz no coincide exactamente con los tipos del Cerro Macareno, Itálica u otros yacimientos andaluces, aunque se aproxima a los tipos B-C del Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA,1983:190; PELLICER, 1978:Fig. 13), o al XI de FLORIDO (1984:428). Con todo, su remate inferior en forma de glande, el galbo cilíndrico, y la forma plenamente hemiesférica del cuarto superior hacen nuestra variante bastante singular, y diferente también de las ánforas tardías de tipología similar documentadas en el Sureste (por ejemplo, BRONCANO, 1989:130, 164).

Tipo 53200. El Tipo 53200 está mucho menos representado que el 53100, pues sólo hemos recogido fragmentos de 9 piezas, casi todos pequeños (Figs. 58 y Tabla 34, Figs. 103.680, 540; 117.1163; 120.1154; 121.1312, 1315). Recoge tres variantes con borde de tendencia rectangular y arista exterior muy diferentes a los del tipo 53100. Aunque muy escasos en número para realizar una caracterización tipológica precisa, parece claro que nos encontramos ante piezas de directa tradición feniciopúnica. Aunque en varios casos las pastas son de clase 1 o 14, en concreto la variante 53220 se presenta en pasta de clase 28, muy característica y diferente de las pastas habituales del Cerro de la Cruz, por lo que puede clasificarse esta clase como importada.

De hecho, creemos que nuestras variantes 53210-53220 pueden corresponder a los llamados tipos "Ponsich III" o "Mañá A4", estudiados por A. RODERO (1991:276 ss.; Fig. 7c; ver también GUERRERO, ROLDÁN (1992:num. 6, Fig. 6). La cronología de este tipo, que llega hasta el s. II a.C., no resulta del todo discordante con el contexto cerámico del Cerro de la Cruz, aunque la mayoría de los ejemplares documentados en Andalucía sean más antiguos. La forma del borde (dentro de la enorme variedad existente, RODERO, 1991:281), la orientación del mismo, y tamaño (diámetro en torno a 15 cm.) tampoco contradicen esta posibilidad.

La variante 53210 parece también coincidir con la forma XIIIA de Montemolín (GARCÍA VARGAS, MORA, FERRER, 1989:236), donde se fecha entre el s. VI y el III a.C.

Tipo 53300. Sólo documentado en dos casos (Figs. 117.170 y 129.1987). El primero, en pasta de clase 14 con un diámetro de borde de 14.3 cm.; y el segundo, en la rarísima pasta 36 *(unicum)*. Aunque estos fragmentos, pequeños, podrían haberse integrado en el tipo 53100, en virtud de la pasta del ejemplar núm. 1987 (Dpto. AB), y de las peculiaridades de inclinación del arranque del galbo, se han colocado en un tipo independiente, todavía mal definido.

Tipo 53400. Un sólo fragmento (Fig. 117.1194) con rara pasta de clase 24 y un diámetro de boca de 16.8 cm. La tendencia aparentemente vertical del cuello (?) y el borde sencillo ligeramente exvasado podrían relacionar este fragmento con el tipo Carmona de RODERO (1991:290 ss.), aunque tal adscripción sea sumamente hipotética a la vista de lo escaso de la muestra y dela variabilidad formal que presentan los bordes.

Grupo 54000: "Toneles". El Grupo 54000 recoge los recipientes en forma de tonel, que pueden llegar a tener una morfología variada (MATA, BONET, 1992:153, Grupo II.Tipo 9; FLETCHER, 1957). Sin embargo, en el Cerro de la Cruz este Grupo comprende hasta ahora un solo Tipo (54100) formado por toneles simétricos con boca central, acanaladuras y asas laterales. (Figura, 58, Tabla 34).

Tipo 54100. Hasta ahora se han documentado un total de 7 piezas diferentes de este tipo, todas ellas muy fragmentadas, aunque en dps casos es posible hacerse una idea del tamaño y forma originales (Figs. 137.1936/37; 139.579), mientras que en el resto sólo pueden reconocerse los bordes, que por lo general tienen un diámetro cercano a los 14 cm. (Figs. 116.1067, 1254, 1258).

En los casos en que es posible determinarlo, todos los tipos son del tipo 3 de Fletcher Valls (1957:138), con boca central y acanaladuras laterales con asas sobre ellas. Este es por otro lado el tipo más frecuente en yacimientos ibéricos. Es posible que existan variantes, pero no ha sido posible detectarlas con los fragmentos recuperados.

Este tipo cerámico se debía destinadar al transporte de líquido presumiblemente agua a lomo de cabalgaduras, dato inferible de las acanalñaduras y asas practicadas para pasar sogas de suspensión, y de la representación plástica de esta forma de transporte, por ejemplo en una pequeña terracota hallada en la necrópolis del Cabecico del Tesoro en Murcia.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(60000) TAPADERAS	(61000) NO PERFORADAS	(61100) Troncocónicas. Tope plegado	(61110) Gran tamaño. Apta para tinaja tipo 52100	(61111) Decorado
				(61112) No decorado
			(61120) Pequeña, imita la variante grande	Id.
		(61200) Bitroncocónica. Carenasa. Tope de anillo	(61210)	
	(62000) PERFORADAS	(62100) Con perforación central. Normalmente pasta grosera	(62110)	

Tabla 35

La pasta de los toneles del Cerro de la Cruz es de clase 14 o 1, y nunca aparecen toneles decorados. Su factura es idéntica a la de las ánforas de tipo 53100.El diámetro del cuerpo de los dos toneles en que tal dimensión es mensurable oscila en torno a los 30 cm. por el interior, con unos 55 cm. de longitud. Esto permite calcular una capacidad en torno a los 35-40 litros.

Sólo dos toneles se han documentado en Departamentos (AB y O), mientras que el resto procede del espacio S (abierto, quizá basurero). También en la campaña de 1985 se documentaron restos de al menos otros dos toneles en el Dpto, F (VAQUERIZO, 1990b:Fig. 37.1; Fig. 41.1).

Este tipo de vasija ha sido objeto de algunos trabajos monográficos, el más reciente de los cuales es el de PÉREZ MINGUEZ (1988), al que remitimos para bibliografía anterior. Sin embargo, el mapa de distribución presentado por este autor, al igual que el anterior de JUDICE GAMITO (1983) resulta muy incompleto por lo que se refiere a Andalucía,

que aparece como un gran vacío. En especial, Judice Gámito se apoyaba en la inexistencia de ejemplares andaluces para sostener un origen independiente para los toneles levantinos y portugueses (JUDICE GAMITO, 1983:206).

Esta hipótesis y el vacío en el mapa de distribución han de ser rectificados. Además de los nueve ejemplares hasta ahora inéditos del Cerro de la Cruz, y otros recogidos en prospección de superficie en el cercano yacimiento aparentemente contemporáneo al Cerro de la Cruz de Molino de Nuñez, un recorrido rápido por la bibliografía nos permite recoger toneletes de diversos tamaños y con variantes formales al menos en Alhonoz (LOPEZ PALOMO, 1981:69, Forma 4), Osuna (CORZO, 1977:Fig. 24.4) y Cástulo (BLÁZQUEZ; GARCÍA GELABERT, 1985:Fig. 77a). El nexo de unión entre el Sureste y Andalucía nos lo ofrece el yacimiento de El Amarejo, donde se han hallado varios ejemplares de tonel (BRONCANO, BLÁNQUEZ, 1985:104; 110; BRONCANO, 1989:179).

Incidentalmente, la presencia de estos toneles en el Cerro de la Cruz prueba la pervivencia de esta forma cerámica en el s. II a.C. frente a la cronología básicamente del s. IV a.C. sostenida por FLETCHER (1957:146) en el primer estudio monográfico sobre estos recipientes.

CLASE 60000: "TAPADERAS".

Las tapaderas constituyen una Clase formal bastante habitual en el Cerro de la Cruz. Los vasos de esta clase se asocian la mayoría de las veces a vasos de almacenamiento, y en concreto a las tinajas decoradas.

Pueden distinguirse dos Grupos fundamentales (61000 y 62000), ambos todos específicamente diseñados como tapaderas, aparte de los platos o cuencos que, como ocurre en las necrópolis, pudieran emplearse de manera ocasional como cubierta de urnas.

TIPO	NÚMERO DE CASOS	DIÁMETRO MEDIO BORDE	DESVIACIÓN ESTÁNDAR	VALOR MÍNIMO	VALOR MÁXIMO
52100	28	33.39	4.58	27.35	51.5
61100	16	33.04	7.19	22	43.8

Tabla 36. Composición de grandes tinajas ("pithoi") y tapaderas.

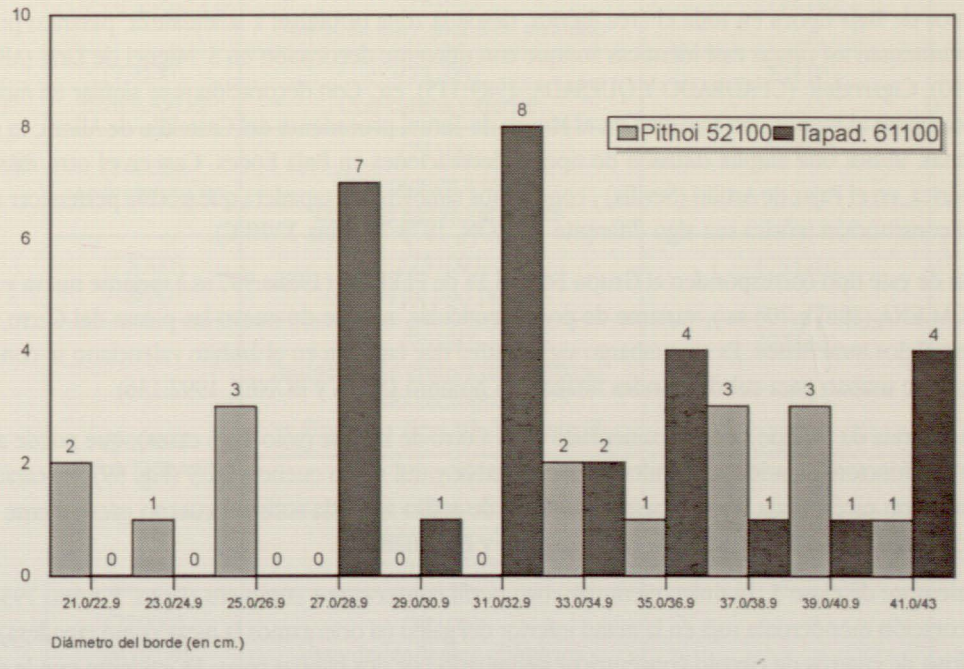


Figura 74. Cerro de La Cruz. Comparación Tinajas y tapaderas.

Grupo 61000: "No perforadas".

Tipo 61100. Formado por grandes tapaderas de hasta 40 cm. de diámetro, utilizadas para cubrir las grandes tinajas ibéricas de boca ancha (Tipo 52100), en cuyo borde algunas encajan perfectamente (Fig. 59). El diámetro medio de estas tapaderas es de 33 cm., lo que coincide muy bien con un diámetro medio de 33.4 para las tinajas 52000 (Tabla 36 y Fig.74).

Con todo, se observa en la Fig. 63 que los diámetros de tinajas y tapaderas coinciden en la banda alta (a partir de los 30 cm., mientras que en la baja, las tapaderas tienden a ser menores que las tinajas, como si aquellas no casaran con éstas. De todos modos, la muestra es reducida (28 tinajas y 16 tapaderas), por lo que no pueden todavía extraerse deducciones firmes.

Se han conservado un mínimo de 18 ejemplares en las zonas analizadas, la mayoría concentrados en los Dptos. O (seis) y P (cuatro), mientras que el resto se reparten en los Dptos. AB, Ñ, L y en el espacio S.

Estas tapaderas se caracterizan formalmente por su forma troncocónica y por el característico "plegado" de la pared en la zona alta, que actúa de agarradera o pomo.

Casi todas las piezas se fabricaron en pasta de clase 1, salvo una pieza de clase 3 (similar pero con degrasantes mayores de cuarzo, en una producción en apariencia característica de un taller concreto, Fig. 140.15), y otra de clase 14 (Fig. 101.653). La primera, además, corresponde a la variante 61120, de menor tamaño (Fig. 59).

Aunque algunas piezas se han ennegrecido superficial y completamente debido al incendio que destruyó el poblado, estas tapaderas se cocieron siempre en atmósfera oxidante y tuvieron un color claro. Fue tal la intensidad del incendio, sin embargo, que algunas tapaderas presentan incluso una pasta completamente reducida, de color gris ceniciento.

Al igual que las tinajas a las que se asocian, estas tapaderas suelen estar decoradas con distintas combinaciones de líneas y bandas rojas (Figs. 100.63, 64; 102.547; 103.101; 108.571; 117.1195; 124.505; 126.417), e incluso con bicromía rojonegro, según el patrón habitual de anchas bandas rojas alternadas con líneas negras más estrechas (Fig. 102.544; 125.454). No faltan, sin embargo, las tapaderas sin decorar (Fig. 93.103; quizá 131.1957). En algunos casos (Fig. 100.64; 102.547; encontramos el sistema ya descrito consistente en decorar todo el recipiente con una sola línea pintada en espiral sobre el torno, procedimiento "perezoso" ya comentado para algunos cuencos y copas. En este sentido, no sólo coincide el sistema de decoración sino la pasta (23) y cocción, lo que permite pensar en un taller o alfarero concreto.

Aunque el tipo 61100 se documenta en cerámica ibérica desde el s. IV a.C., parece especialmente característico de los yacimientos de Baja Epoca en toda el área ibérica, desde la zona turolense a la andaluza, pasando por la valenciana. Se documentan así piezas casi idénticas aunque con diferente decoración en S. Miguel de Liria (ARANEGUI Y PLA, 1981:110), Cigarralejo (CUADRADO Y QUESADA, 1989:115), etc. Con decoración muy similar en motivos y disposición se conserva al menos una tapadera en el Museo de Teruel procedente del Castelillo de Alloza, lo que, como en otras formas, indica una amplia difusión de tipos y decoraciones en Baja Epoca. Casi en el otro extremo de la Península Ibérica, en el Pajar de Artillo (Sevilla) , conocemos también una tapadera que podría pertenecer a este tipo, aunque su reconstitución teórica sea algo diferente (LUZÓN, 1973:74, Lám. XVIII.C).

Las tapaderas de este tipo corresponden al Grupo Formal 14 de PEREIRA (1988a:997 ss.) variante nueva y a la Forma XXVI de ESCACENA (1987b:703 ss.), variante de pomo lenticular, aunque de nuevo las piezas del Cerro de la Cruz carecen de paralelos inmediatos. Es sin embargo significativo que también en el ámbito valenciano se considere que estas tapaderas se usaban para cubrir grandes tinajas con hombro (MATA y BONET, 1992:136).

Tipo 61200. Se trata de un tipo peor documentado en el Cerro de la Cruz (sólo 1 a 3 casos), que puede además ser considerado polifuncional, dado que resulta también estable y útil como cuenco 1 a 3 (Fig. 59). Se caracteriza por un galbo tenso con carena baja que da paso a una base de anillo aplicada sobre el cuerpo previamente modelado (Fig. 106.795, probablemente las bases de Figs. 109.905 y 111.1028).

La pasta es siempre de clase 1. El único ejemplar cuyo perfil conservamos completo (Dpto. P, núm. 795, Fig. 106) presenta decoración monócroma roja en la mitad inferior del galbo (si orientamos la pieza como tapadera). Esta consiste en un friso de cuartos de círculo concéntricos delimitado por dos bandas rojas. Es evidente que la decoración del vaso se concibió y ejecutó orientándolo como si fuera un cuenco profundo (por ejemplo, trazado de los cuartos de círculo y composición general). Por tanto, el criterio de clasificación principal como tapadera se basa en el perfil y forma del borde, pero no es por ello inapelable.

Grupo 62000: "Perforadas".

Tipo 62100. Se han documentado hasta ahora 21 ejemplares de un tipo de tapadera circular bastante plana de pequeño tamaño (10-16 cm. de diámetro máximo). La principal característica de estas piezas (Figs. 59 y Tabla 35) es que aparecen perforadas, con un orificio que suele tener 5 o 6 cm. de diámetro. En la casi totalidad de los casos (90.5%), la pasta de estas piezas es de clase 7, salvo un ejemplar de clase 3. También casi siempre (76% de los casos) los fragmentos aparecen quemados, no por el incendio que destruyó el poblado, sino por actividades previas. El acabado exterior de las piezas oscila entre un somero alisado y una superficie tosca, aunque no declaradamente irregular. En estas condiciones (pastas, acabados y huellas de quemado), cabe suponer que nos hallamos posiblemente ante tapaderas utilizadas en la vajilla de cocina. P. Guerin nos ha comunicado amablemente que piezas similares halladas en Levante, pero en pasta fina oxidante, se utilizaron posiblemente no en la cocina, sino en el proceso de elaboración y fermentación vino, colocadas sobre grandes recipientes en posición invertida a la que nosotros hemos representado (Fig. 91.92, 33; 105.780, etc.). Con todo, al ser la pasta y acabado diferentes, y más próximos a las ollas de cocina que a las ánforas, extender esta interpretación al Cerro de la Cruz quizá sea prematuro. Además, el posible grafito (Fig. 91.33), todavía en estudio, aparece en un lugar invisible si la tapadera se encajara como un embudo.

Por otro lado, la mayoría de las piezas del tipo 62100 se han hallado en los diferentes contextos del espacio S (un 66.7%), mientras que sólo un 33.3% se han documentado en los departamentos O, P, Ñ y AB.

Estas "tapaderas", como cabe suponer, no aparecen nunca decoradas, y por tanto no se recogen en los estudios monumentales de PEREIRA (1988a) y ESCACENA (1987b). El único paralelo andaluz que conocemos procede de Osuna (CORZO, 1977:Fig. 24.5) y no, quizá sorprendentemente, de Pajar de Artillo o Alhonoz. También en el Museo Arqueológico de Teruel hemos tenido ocasión de ver una tapadera con orificio similar, de pasta grosera, procedente de El Palomar de Oliete, con una datación muy tardía, de época sertoriana.

CLASE	GRUPO	TIPO	VARIANTE	SUBVARIANTE
(70000) FORMAS ESPECIALES	(71000) 'SOPORTES'	(71100) De carrete	(71110) Bajo	(71111) Decorado
				(71112) No decorado
	(72000) 'TUBERÍAS' O 'COLMENAS'	(72100) Dos bocas estrechas	(72110)	Id.
		(72200) Una boca muy ancha en embudo	(72210)	
	(73000) 'EMBUDOS'	(73100) Con carena exterior	(73110)	
	(74000) 'ANFORITAS'	(74100) Iberopúnica a escala con dos asitas verticales	(74110)	
	(75000) 'ASKOI'	(75100) Askos de tipo púnico	(75110)	
	(76000) CRÁTERAS'	(76100) Imitación de crátera de campana. Sólo necrópolis = Grupo 1, Tipo VI, Variante B	(77110)	
		(76200) Imitación de crátera de columnas. Sólo necrópolis. = Grupo 1, Tipo XI		
	(77000) 'BORDE DENTADO'	(77100) Vaso de tendencia cilíndrica y tapadera cónica con borde dentado		

Tabla 37

CLASE 70000: "FORMAS ESPECIALES".

Se incluyen en esta clase toda una serie de tipos que por distintas peculiaridades no caben en las Clases ya definidas. Entre ellos destacan los tipos abiertos por dos extremos pero que no son tapaderas, como soportes de carrete, tuberías y embudos. Del mismo modo se incluyen otros grupos peculiares (Figs. 59 y Tabla 37).

Grupo 71000: "Soportes". Constituido por soportes en forma de carrete, de los que en el Cerro de la Cruz sólo se ha documentado un tipo, el 71100 (Fig. 59 y Fig. 129.2011).

Tipo 71110. Soportes de tipo de "carrete" muy atrofiado y achatado, hasta ser casi plano (Fig. 129.2011). Sólo se documenta un ejemplar en las últimas campañas del Cerro de la Cruz, en pasta de clase 14 (la habitual en ánforas y otros recipientes grandes) y con un diámetro máximo de 17,3 cm. Ya en la campaña de 1985 se identificó un soporte muy similar, aunque algo más alto, que fue clasificado dentro del Grupo 4, Tipo I, Variante D de VAQUERIZO (1990a:240).

En consecuencia, no parece que el soporte cerámico bicónico fuera el sistema habitual de sostener ánforas y otros grandes recipientes en el Cerro de la Cruz. Por lo que sabemos, en la mayoría de los casos estos grandes vasos de base poco estable se sostenían apoyándose unos contra otros y contra las paredes. Sólo en un caso se documenta un posible trípode de metal (ver Tipo 51100).

Con todo, los soportes de este Grupo son bastante habituales en el mundo ibérico. En un reciente trabajo (MATA, BONET, 1992:163 y 136) se han identificado hasta 5 tipos diferentes, además de los denominados "semilunares". Aunque en el Ibérico Pleno se han hallado piezas decoradas y caladas, sobre todo en formas grandes, en el Cerro de la Cruz no aparece decoración alguna.

Grupo 72000: "Tuberías". Formado por tramos de tubería de sección cilíndrica de unos 15 cm. de diámetro, preparadas para trabarse unos en otros. Se han documentado especialmente junto a los aljibes de los Dptos. O y Q. En concreto, en el Dpto. O se han hallado restos de al menos siete tuberías, que completas sumarían una longitud de en torno a 2.80 m. La combinación del tipo 72100 y 72200 hace pensar en una canalización de recogida de agua desde la azotea hasta el aljibe del Dpto. O, a partir de la boca de embudo del tipo 72200, quizá colocada en el suelo de esa probable azotea o terraza. Una posibilidad alternativa es la de desagüe o rebosadero del aljibe, pero en tal caso la forma de la boca del tipo 72200 no se adaptaría bien a ese cometido. Además, el aljibe del Dpto. Q contaba con un aliviadero formado con una chapa de plomo doblada, mucho más apta para esa función.

Tipo 72100. Tubería simple de unos 4050 cm. de longitud y 15 cm. de diámetro en el centro, rematada en cada extremo por molduras destinadas a facilitar su empalme con otros tubos (Fig. 59). En algún caso se conserva todavía el barro que sellaba las junturas entre las tuberías (Fig. 100.118) , lo que hace sumamente improbable que se tratara de una suerte de embudos destinados a facilitar el llenado de las ánforas, para lo que no hubiera sido necesario empalmar dos o más piezas. Conocemos al menos cinco fragmentos de tuberías de este tipo en el Dpto. O (Figs. 92.94; 94.163; 99.54, 118, 85; etc.).

Según noticias orales proporcionadas por O. Arteaga, objetos muy similares se han documentado en las excavaciones de Obulco, asociadas también a aljibes, pero en época altoimperial al parecer.

Tipo 72200. Más complicado es el caso del único ejemplar hasta ahora del tipo 72200 (Fig. 59; Fig. 94.110). Por un extremo, presenta el sistema habitual para empalmar con otros tramos de tuberías, pero por el otro es un embudo, quizá demasiado pequeño para actuar por ejemplo como colector de agua de lluvia caída sobre el tejado de la habitación, a no ser que, como en nuestros desagües, estuviera en un punto más bajo que el plano general. Cabría pensar que ahora sí esta pieza sea un embudo para llenar ánforas, pero su coincidencia de pasta, tamaño, borde y aspecto con los otros tramos de tubería nos hace dudarlo, por lo que creemos que su interpretación habrá de ser buscada más en relación con nuestra primera hipótesis.

Grupo 73000: "Embudos". Comprende un sólo tipo (73100) representado a su vez por una sola pieza.

Tipo 73100. No es necesario recurrir a las "tuberías" de tipo 72100 para buscar la función de embudo, cuando contamos con un claro ejemplar de este último tipo hallado en el interior del aljibe del Dpto. O (Fig. 59 y Fig. 97.73).

Está elaborado en pasta fina de clase 1, y decorado con anchas bandas de pintura roja. Cuenta con un par de perforaciones practicadas en el borde, presumiblemente para colgarlo, y mide 12 cm. de altura y 15.5 cm. de diámetro máximo. No conocemos paralelos andaluces de este tipo de embudo decorado con pintura, aunque pueden hallarse en otras regiones peninsulares , incluso del área celtibérica (MATA y BONET, 1992: 165, Grupo V, Tipo 6.1).

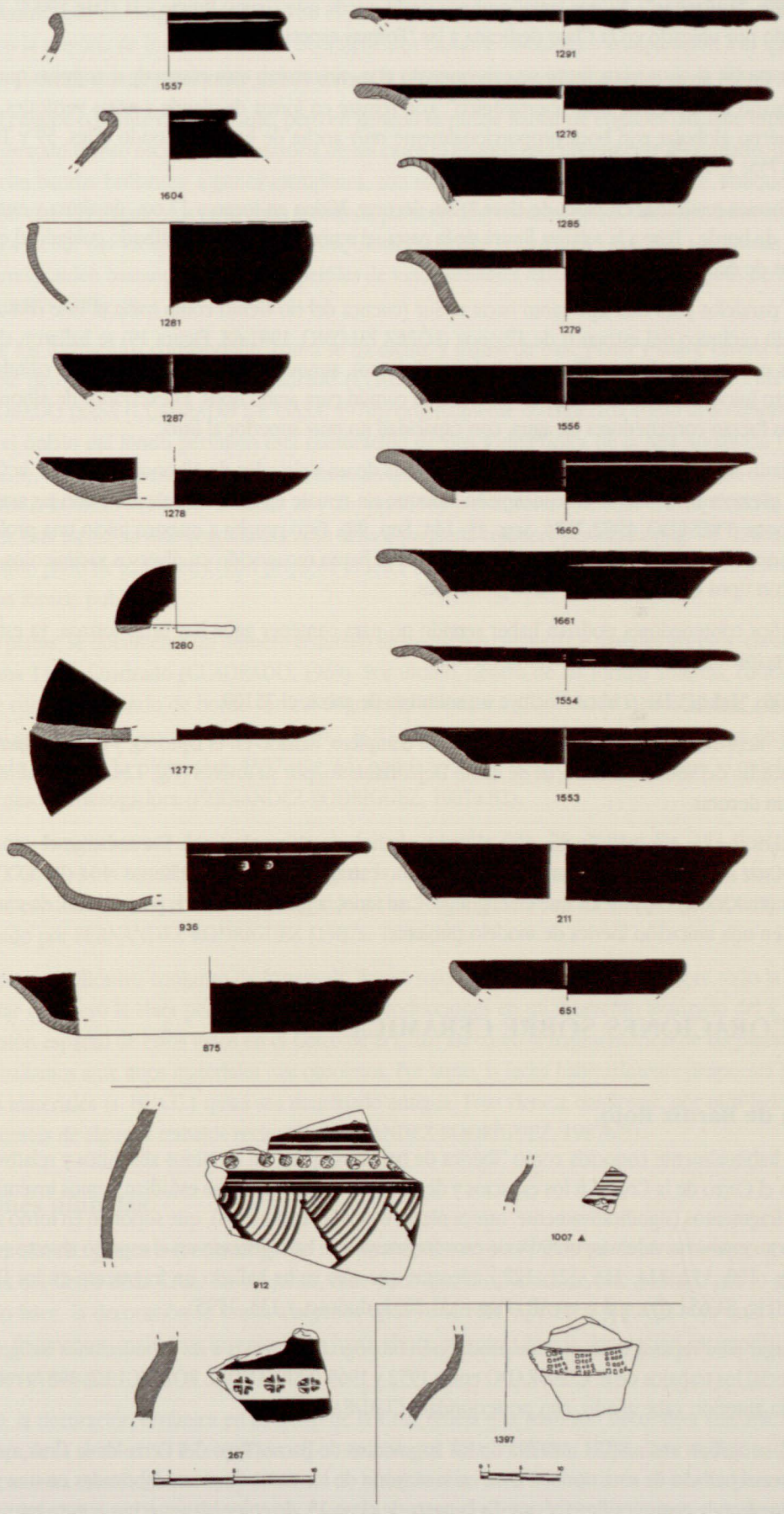


Figura 75. Cerro de la Cruz. Cerámica de barniz rojo y estampillada.

Grupo 74000: "Anforitas". Ni por tamaño ni por perfil puede este Grupo unirse a la clase 50000, de modo que hemos optado por ubicarlo en la Clase dedicada a las "Formas especiales".

Tipo 74100. En las áreas estudiadas hemos recuperado al menos cuatro ejemplares de una forma que imita a muy pequeño tamaño un ánfora de tipo "iberopúnico", con remate en forma de glande y asitas verticales, complementando un cuerpo globular con boca proporcionalmente muy ancha de borde exvasado (Figs. 59 y Tabla 37; Figs. 98.65; 133.1755; 134.1893,?).

Se trata de formas realizadas en pasta de clase 1, sin decorar. Miden en torno a 17 cm. de altura y entre 8 y 10 cm. de diámetro de borde., Pese a la relativa finura de la pasta, el acabado es tosco, sin alisado cuidado al exterior, y con claras marcas de dedos en el interior.

Conocemos paralelos para este tipo tanto hacia el Sur (cuenca del río Genil) como hacia el Este (Bastetania). En el gran conjunto cerámico del estrato II de Alhonoz (LÓPEZ PALOMO, 1981:68, Figura 19) se hallaron algunas anforillas similares en tamaño y forma, (Forma 3 de Lopez Palomo), aunque con borde plano y galbo cilíndrico, que permite a nuestro juicio descartar un lugar de producción común para ambo tipos. El excavador de Alhonoz creía posible que éstos fueran contenedores de agua, con capacidad no muy superior al litro.

En la necrópolis de Baza, en un contexto anterior en más de un siglo a los de Alhonoz y Cerro de la Cruz, se hallaron algunas piezas muy similares en concepción, aunque sin remate en forma de glande y con las asas mucho más cerca de la boca (PRESEDO, 1982:7374, Sep. 43; 144, Sep. 98). Esto prueba a nuestro juicio una prolongada tradición de la forma. Es posible que muchos fragmentos no se hayan reconocido en diversos yacimientos, confundidos sus bordes con tipos de ollas u otros vasos globulares.

Estos pequeños contenedores podrían haber servido no para contener agua hay otras formas, ya estudiadas, más aptas, sino recipientes para miel o muestras de vino.

Grupo 75000: "Askoi". Hasta ahora incluye un solo tipo de *askos*, el 75100.

Tipo 75100. Representado por un solo ejemplar casi completo, hallado en el Dpto. Q, y que recogemos aquí, adelantado al estudio definitivo del material de dicho Departamento, por su interés (Fig. 124.2130). Fabricado en pasta de clase 1, sin decorar.

El tipo de askos resulta muy común tanto en el ámbito heleno como en el semita. Sin embargo el tipo hallado en el Cerro de la Cruz tiene sus mejores paralelos en el ámbito cartaginés (CINTAS, 1950:nos. 404 (Pl. XXXVIII), 407 (Pl. XXXIX), 413 (Pl. XXXIX) etc.) mejor que en el griego. Con todo, la pasta, de clase 1, parece local, de modo que debemos pensar en una imitación ibérica de modelo púnico.

LAS DECORACIONES SOBRE CERÁMICA.

Cerámica de Barniz Rojo.

La cerámica habitualmente conocida como "ibérica de barniz rojo" es, en términos absolutos y relativos, muy poco frecuente en el Cerro de la Cruz. En los espacios y departamentos que ahora se estudian hemos inventariado menos de cuarenta fragmentos (significativamente, nunca piezas o perfiles completos), que suponen en torno al 2% del total de fragmentos cerámicos. Además, un 90% de esos fragmentos se ha registrado en el espacio abierto (callejón-basurero) S (Figs. 109, 112, 114, 116, 121, 122,) mientras que sólo se ha hallado un fragmento en los Dptos. O (Fig. 74.211) y B (Fig. 84.651 (?)); y dos en AB (Figs. 131.2031, dudoso, y 133. 1795).

No es éste lugar para repasar la abundante producción bibliográfica referida a las producciones indígenas de barniz rojo, en especial los trabajos de E. CUADRADO entre 1952 y 1969 (FERNANDEZ RODRIGUEZ, 1987a recoge casi toda la bibliografía anterior; cabe añadir, con posterioridad, CUADRADO 1991).

En la Fig. 75 se agrupa una amplia muestra de los fragmentos de Barniz Rojo del Cerro de la Cruz, que supone un 50% del material hallado de este tipo. Se trata en la mayoría de los casos de piezas fabricadas en una pasta diferente de la habitual en la cerámica fina ibérica. Es la pasta de clase 15, de color blanquecino u ocra muy claro, a veces con matices verdosos. Arenosa y deleznable, con fractura poco aristada, esta pasta resulta claramente ajena al conjunto de los materiales del Cerro de la Cruz. Se documenta en un 64% de los fragmentos, mientras que el resto son dudosos o de clase 1.

Resulta significativo que en ningún caso (salvo en el plato núm. 236, Fig. 75) tengamos el perfil completo de estos vasos, y que en la mayoría de los casos se trate de fragmentos bastante rodados en comparación a lo que es normal en el yacimiento. Aunque la pasta sea más deleznable, esta característica no justifica del todo la diferencia.

La calidad del engobe o barniz varía bastante, pero en general se puede hablar de engobes bastante espesos aunque quebradizos, de todo vinoso oscuro. En la mayoría de los casos el engobe está ligeramente espatulado, de modo que resulta mate con bandas brillantes; algunos ejemplares, con todo, presentan un tono brillante, aunque sin llegar a ser bruñido. En esto los fragmentos de la zona estudiada parecen diferenciarse de los documentados en la campaña de 1985 en el área Sur del yacimiento (Dpto. F) (VAQUERIZO, 1990b:127 y Fig. 43, p. 225). Las formas, en especial los platos, corresponden bastante bien con los perfiles de vasos similares hallados en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1988-89:Fig. 8).

La mayoría de los fragmentos corresponde, como se ha dicho, a platos de base plana y suave carena exterior (Fig. 75), clasificable dentro de la forma 1 de Cuadrado (CUADRADO, 1969), o incluso mejor en la forma 23 de CUADRADO-CUADRADO ISASA (CUADRADO DE ISASA, 1970), originalmente considerada como una variante de la 1. La base plana y el ónfalo del fondo permiten esta clasificación de una forma típica de la Alta Andalucía (CUADRADO ISASA, 1970:473), aunque trabajos posteriores demuestran que alcanza una extensión mayor, incluso en la Submeseta Sur (FERNANDEZ RODRÍGUEZ, 1987a:Tablas 2a y 2b, pp.5758) y el Sureste (GARCÍA CANO, INIESTA, 1983:562). Alguna base de esta forma ha sido reutilizada como ficha o pequeña tapadera perforada (Fig. 75. 1280). También se documenta algún plato de galbo tenso con pequeña muesca o escalón interior (Fig. 75.211) difícilmente adscribible a alguna de las formas publicadas

Junto con los platos, se documenta un número reducido de pequeños cuencos de paredes gruesos, clasificables dentro de la Forma 11 de Cuadrado (CUADRADO, 1969). Por último, dentro de las formas abiertas, contamos con un fragmento de cuenco profundo de borde vertical engrosado al exterior (Fig. 75.1281), adscribible a la Forma 9 de Cuadrado o al grupo de los "vasitos" de FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (1987a:Tabla 3 y pp. 81 ss.), que dicha autora no relaciona con la Forma 9. La pieza núm. 1557 (Fig. 64) podría incluirse dentro de dicho grupo, o quizá en el de los "vasos" de la misma investigadora (FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 1987a:82).

Por último, sólo documentamos dos fragmentos de formas cerradas (Fig. 75, 1604 y Fig. 121.1290). El primero corresponde a un pomo o botellita, probablemente de la forma 4 de Cuadrado, mientras que el segundo, con un borde interior escalonado, aún encajando dentro de dicha Forma general, quizá encaje menor dentro del grupo "Urnas" definido por FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (1987a: Tabla 6.E).

El reducido pero significativo conjunto de formas de Barniz rojo que presentamos tiene sobre todo la importancia de documentar de nuevo la clara perduración de estas producciones en un momento avanzado del s. II a.C., aunque la dispersión espacial de estos vasos en el Cerro de la Cruz, así como la fragmentación de las piezas, quizá indique que nos hallamos ante unos materiales casi obsoletos. Por tanto, la fecha habitualmente propuesta para la extinción de estos materiales (s. III a.C.) quizá sea demasiado antigua. Esto viene a confirmar, por otro lado, las todavía tímidas propuestas de algunos trabajos recientes (FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 1987b:5).

Decoraciones pintadas.

A título de síntesis, recogemos a continuación un resumen de las técnicas y motivos decorativos que se documentan en la cerámica del Cerro de la Cruz. En conjunto, cabe decir que la cerámica de este poblado por lo general no se decora, y si lo hace, la decoración se limita a algunos tipos concretos. Aparecen pintadas sólo un 11% de los casi 2000 piezas y fragmentos cerámicos inventariados hasta ahora, mientras que la decoración estampillada se da sólo en un 0.3% de los casos.

Por otro lado, la decoración cerámica en el Cerro de la Cruz refleja una tradición decorativa anicónica y geometrizante, heredera de la usual en el Ibérico Pleno (por ejemplo en Toya, PEREIRA, 1979). Esta tradición, quizá influida por el mundo semita meridional, es muy diferente de la del Sureste de la Península en el mismo periodo de la Baja Epoca ibérica, más propensa a las figuraciones fito, zoo y antropomorfas. (a título de expresivo ejemplo, véase el reciente estudio de un conjunto procedente de La Alcudia, de un momento contemporáneo o ligeramente posterior, con un repertorio decorativo totalmente diferente, SALA, 1992, acompañado además de un rico conjunto de vasos ampuritanos, morteros itálicos, cerámica campaniense A y B, etc.).

Como se ha dicho, es escasa la proporción de cerámica con decoración pintada, y además, concentrada en determinados grupos y tipos. El mejor sistema para analizarla es distinguir entre formas abiertas y cerradas. Es en las segundas donde, como cabía por otro lado esperar, se concentran las decoraciones más complejas e imaginativas.

Decoración sobre 'formas abiertas'.

Las escasas decoraciones se concentran en tipos minoritarios, tanto en la categoría de platos como en la de cuencos. Sólo una muy baja proporción de los platos del Grupo 11000 se decoró, y siempre dentro del Tipo 11200. El esquema habitual es una banda roja no muy ancha (en torno a 1 o 1.5 cm.) marcando el borde por el interior, en la parte en que es casi horizontal (Fig. 50; Figs. 115.1284). En ocasiones puede aparecer decorado con una banda más ancha el exterior del pie (Fig. 90.154) e incluso un círculo en el interior del fondo. Los tipos más frecuentes de platos (con el borde vuelto) no se decoran practicamente nunca (excepciones, Fig. 107).

El mismo fenómeno se produce en los cuencos. Sólo algunos ejemplares del tipo 12100 (Fig. 51) y 12300 (Fig. 51) presentan decoración pintada. Esta es algo más compleja que en los platos. Se concentra en el exterior, y consiste en:

1. Una combinación sencilla de bandas anchas y líneas (y en ese caso lo normal es que la banda ancha cubra la parte inferior del galbo, incluyendo el pie de anillo) (Fig. 89.127).

2. Una serie de bandas horizontales estrechas (en torno a 1 cm.) que abarcan todo el exterior del cuerpo (Fig. 97.12). Como se ha dicho, a veces, y en un taller concreto que también producía otras piezas, en lugar de pintar varias líneas horizontales, se colocó el vaso boca abajo en el torno y se traó una sola línea espiral abierta que vista de lado semeja una serie de líneas paralelas (Fig. 100.56).

3. Líneas delgadas (menos de 0.5 cm.) concéntricas en el interior del cuenco (Fig. 90.77; 100.657). En algún caso combinadas con una banda en el borde interior (Fig. 113.1558).

Decoración sobre 'formas cerradas'.

Las formas cerradas concentran las decoraciones más complejas, pero aún así, la pintura se aplicó sobre un número limitado de tipos, básicamente ocho. Estos tipos pintados pueden a su vez agruparse, en función del patrón decorativo, en dos grupos:

1. **Esquemas decorativos basados en la combinación de líneas y bandas horizontales.** Pueden ser monócromos o bícromos. Se aplica sobre:

a. Casi todas las copas de tipo 31100 (Fig. 53). Normalmente en varias líneas de c. 1 cm. de ancho (Fig. 91.26) , pero en ocasiones una sóla línea espiral (Fig. 91.106).

b. En un caso sólo, sobre un cubilete de "paredes finas" del tipo 33200 (Figura 53).

c. La mayoría de los vasos de cuello acampanado corto de tipo 41100 y 41200 (Fig. 53). El esquema habitual es el siguiente: línea roja marcando el borde triangular; banda ancha en el hombro enmarcada por una o más líneas rojas. Parte central inferior del vaso sin decorar. A veces, las líneas que enmarcan la banda principal del hombro son negras en lugar de rojas, o se combinan líneas negras y rojas. En todo caso, la banda ancha y la línea del borde son siempre rojas. En raras ocasiones el esquema es más complejo, con una segunda serie de banda y líneas horizontales ocupando las zonas media e inferior del vaso (Fig. 53, Variantes 41130 y 41230). En un caso sólo (Fig. 91.102) la decoración bícroma rojo-negro se aplicó sobre una base de engobe blanco en lugar del crema habitual.

d. La mayoría de los escasos ejemplares de cuello acampanado alto. En la variante 42210 se combinan líneas o bandas en el borde interior con bandas en el exterior, acompañadas de un friso de decoración estampillada en el hombro (Fig. 54). Como veremos, parece que la decoración estampillada acompaña siempre a la pintura.

e. En raras ocasiones una proporción porcentualmente muy baja aparece una línea roja realzando el borde de ollas o vasos globulares (Variantes 43280, 43350, Fig. 55).

f. La totalidad de los muy escasos ejemplares de "kalathoi" de tipo 44100 (Fig. 56) se decora con una serie de líneas gruesas horizontales de efecto bastante monótono, pues además no realzan bien el esquema compositivo del vaso.

g. Las tapaderas troncocónicas de gran tamaño del tipo 61100 presentan, a contrario que las tinajas que cubrían, una dcoración formada por una combinación de gruesas bandas horizontales rojas con líneas rojas y/o negras que las

enmarcan (Fig. 59). En algún caso, la decoración se simplifica mediante el recurso a una sola línea espiral. Un 50% de las tapaderas presenta decoración bícroma rojonegro.

h. El único ejemplar de embudo de tipo 73100 presenta también un esquema decorativo a base de bandas de tono rojo.

2. **Esquema decorativo basado en frisos de ondas alternadas con uno o más semicírculos o cuartos de círculo concéntricos.** Los frisos están siempre enmarcados por líneas, bandas o una combinación de ambos. Se aplican sobre:

a. Un único ejemplar de vasito globular sin cuello ni pie (Tipo 32100, Fig. 53).

b. Todos los vasos de galbo cilíndrico de Tipo 42200 (Fig. 56).

c. Todas las tinajas de almacenamiento de ancha boca (Tipo 52100) (Fig. 57). Normalmente parece haber dos, tres o incluso cuatro frisos de ondas/semicírculos concéntricos, que abarcxan la mitad superior del vaso, desde el mismo borde.

Por lo general, las decoraciones que siguen este esquema están bastante cuidados, con pintura espesa de tono intenso. Se aprecian, con todo, los puntos donde goteó la pintura al retirar el compás múltiple, y a veces las líneas negras que ocasionalmente acompañan a las bandas rojas se yuxtaponen o montan sobre éstas. A veces, además, se aprecia un error de cálculo por parte del pintor, y la alternancia semicírculos/ondas queda truncada por falta de espacio.

En estas tinajas es habitual encontrar ciertas "licencias" en la zona de las asas, en forma de tramas reticuladas (Fig. 111.1032 o "atrigradas" verticales (Fig. 101.720; 120.1773) u horizontales (Fig. 135.1843). En raras ocasiones aparecen también motivos radiales a base de cortos trazos (Fig. 102.746; 136.1773), que también se dan en un vaso globular (Fig. 120.1218)

3. **Casos excepcionales.**

Se dan también en raras ocasiones esquemas excepcionales. El motivo que aparece en la Fig. 113.1350, a base de pequeños segmentos de círculos concéntricos, colocados en paralelo, no es sino una variación de un motivo habitual.

En cambio, el fragmento de borde de botellita (?), único en el yacimiento, que se recoge en la Fig. 108.1001, procedente del espacio S, se sale de lo hasta ahora conocido en el yacimiento. El esquema de puntas de flecha que apuntan alternativamente hacia arriba y hacia abajo es por completo diferente a lo habitual en el Cerro de la Cruz, como lo es el propio perfil del cuello.

Por último, sólo queremos recordar que, en los tipos en que aparece con una frecuencia en torno al 50% de cada tipo) decoración bícroma rojo-negro (tinajas y sus tapaderas, vasos de cuello acampanado), el color negro se emplea exclusivamente en líneas delgadas secundarias, empleadas para enmarcar las anchas bandas rojas que suelen decorar el hombro de las piezas.

La impresión que causan las decoraciones pintadas del Cerro de la Cruz es en cierto modo sorprendente. Si no fuera por el contexto tardío bien documentado por importaciones, monedas y ciertos tipos cerámicos ibéricos, formas pintadas como las grandes tinajas (Fig. 57) podrían pasar perfectamente como materiales mucho más antiguos, contemporáneos de las piezas del s. IV a.C. de Toya, por ejemplo (PEREIRA, 1979), o del Cigarralejo (CUADRADO, 1987b), mientras que faltan algunos de los rasgos característicos de producciones pintadas tardías. Por demás, los esquemas decorativos documentados en el Cerro de la Cruz son los habituales en el mundo ibérico andaluz e incluso más allá, aunque con las peculiaridades propias de talleres locales. Contamos pues con buenos paralelos individuales desde Hornachuelos en Extremadura hasta Cartagena, pasando por Pajar de Artillo o Toya.

Decoración estampillada.

Los fragmentos con decoración estampillada son muy escasos en el Cerro de la Cruz (Fig. 75, parte inferior), y proceden casi siempre, además, de contextos revueltos o del espacio "S". Nunca se han hallado sobre piezas enteras, sino en fragmentos que no há sido nunca posible casar o pegar con otros, hecho muy poco habitual en el poblado que analizamos. Pensamos, pues, que pueden corresponder, en conjunto, a materiales algo más antiguos que los del momento de destrucción del yacimiento. Podrían quizá incluso remontarse a las dataciones propuestas por RUIZ RODRIGUEZ y NOCETE (1981:355-356).

Las estampillas del Cerro de la Cruz son, empleando la terminología de LILLO (1977-78:12-13), estampillas de matriz simple en positivo, las más evolucionadas. A veces se consigue un efecto de variación haciendo girar 90º la estampilla en cada impresión (p. ej. Fig. 120.1377, espacio S).

Los trabajos recientes demuestran que las estampillas no son, a partir del s. IV a.C., producciones propas de la Meseta, sino que abundan igualmente en Andalucia (LILLO, 1977-78:17-18; RUÍZ RODRÍGUEZ, NOCETE, 1981: 355). Los ejemplos del Cerro de la Cruz vienen a incidir en esta idea.

Los motivos estampillados son los siguientes:

a. Círculo impreso con cruz griega en relieve (Figs. 108.1007; 93.912, ambos galbos; Fig. 112.1313, cuello acampanado alto con decoración pintada.

b. Especie de roseta impresa con cruz central en relieve (Fig. 92.267, galbo grueso con decoración pintada).

c. Rectángulo formado por una retícula impresa (Fig. 97.1397, cuello de un vaso mediano, sin pintura).

d. Rectángulo dividido por aspa y cuatro trazos rectos (Fig. 104.1377, cuello acampanado alto, decorado con pintura). En las excavaciones de 1985 se documentaron además otros ejemplos de los tipos "a" (VAQUERIZO, 1990b:Fig. 49.6) y "c" (VAQUERIZO, 1990b:Fig. 49.4 y 8).

e. Especie de palmeta formada por pequeños puntos y óvalos impresos (VAQUERIZO, 1990b:Fig. 49.5, sobre un borde rectangular sin pintura).

En la vecina necrópolis de Los Collados aparece además otro tipo:

f. Estampilla circular con aspa de seis radios en positivo (VAQUERIZO, 1988-89:Lám. IVB)

Todos estos tipos han sido ya recogidos para el ámbito andaluz en el trabajo de RUIZ RODRIGUEZ y NOCETE (1981:357), con las siguientes equivalencias: a= BII; b= BII; c= AIII; d= AII; e= BI ?; f=BII.

Faltan en el Cerro de la Cruz, significativamente, los tipos con decoración espiral o curva (AV y BV de RUIZ NOCETE). Y ello es notable porque dichos tipos suman casi un 30% de los ejemplares recogidos por dichos autores, por lo que forman el grupo más abundante en el Alto Guadalquivir (RUIZ, NOCETE, 1981:362). Y ello es curioso porque el tipo en espiral, tan abundante en el Guadalquivir, es en cambio raro no sólo en el Cerro de la Cruz, sino también en la Meseta y Sureste (ver el Cuadro 10 de RUIZ, NOCETE, 1981:382).

En cambio, coinciden las estampillas del Cerro de la Cruz con las del valle del Guadalquivir en que se dan siempre sobre vasos cerrados (RUIZ, NOCETE, 1981:372), aunque en Almedinilla las estampillas casi nunca se asocian directamente al borde (excepción, VAQUERIZO, 1990b:Fig. 49.5), sino a la zona noble de hombro. Es además habitual que en la pared interior de la pieza se aprecie un hundimiento resultado de la presión aplicada; al no existir baquetones en el punto de impresión, este hundimiento se hace acusado (Fig. 120.1377).

Con frecuencia el friso de estampillas está realzado por bandas o líneas de pintura roja que enmarcan y realzan el motivo estampillado.

Con todo, el número de estampillas en el Cerro de la Cruz (diez fragmentos hasta ahora) es claramente insuficiente para hacer cualquier tipo de aproximación cuantitativa.

Incisiones y líneas espatuladas.

Aunque no sean técnicas decorativas en sentido estricto, conviene recordar dos técnicas que si resultan visibles y por tanto pueden causar un cierto efecto estético.

a. Incisiones. En los pequeños platos de borde vuelto de tipo 11100 es muy habitual encontrar incisiones o incluso estrechas acanaladuras en el interior, marcando el plano del borde vuelto (Fig. 89). Esta técnica tiene sin duda un sencillo pero visible efecto decorativo.

b. Líneas espatuladas. En una elevada proporción de piezs, tanto abiertas como cerradas, del Cerro de la Cruz, aparece un espatulado de la superficie exterior en forma de espiral o de bandas horizontales concéntricas, que en algunos ejemplares, vistos a la luz del sol, provoca un efecto decorativo entre el fondo mate y el espatulado brillante.

Grafitos.

Se encuentran todavía en estudio algunas incisiones sobre cerámica que sin duda son grafitos intencionales. Siempre aparecen en piezas sencillas, como una tapadera de cocina (Fig. 91.33), el fondo interior de un cuenco de pie alto (Fig. 133.1794), o el fondo exterior de un vaso hondo de galbo cilíndrico (dudoso, Fig. 124.70).

CERÁMICA IMPORTADA.

La cerámica de importación es relativamente escasa en el Cerro de la Cruz. Cabe distinguir seis categorías: cerámica campaniense y escasos fragmentos pre -y proto- campanienses, ánforas grecoitálicas, ánforas púnicas gaditanas, cerámica itálica de cocina y cerámica gris de la costa catalano (antes llamada 'ampuritana'), además de unos morteros importados de origen no identificado.

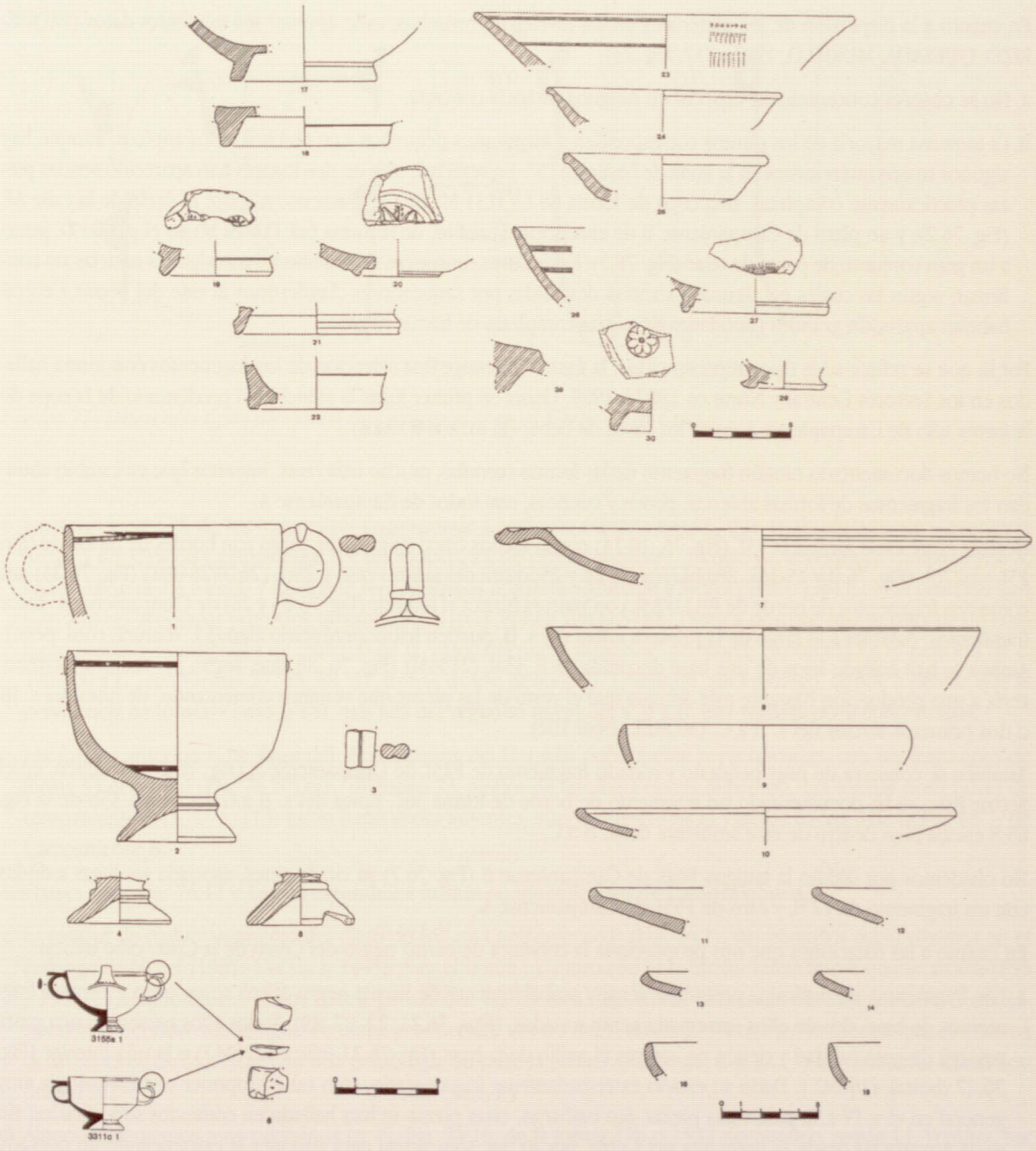


Figura 76. Cerro de la Cruz. Cerámica de barniz negro "Campaniense".

Cerámica de Barniz Negro. (Figura 76)

Contamos con noventa y dos fragmentos de Barniz Negro, fundamentalmente de producciones campanienses, *en la totalidad del área hasta ahora excavada del Cerro de la Cruz*, lo que supone una muy baja proporción, en torno al 0.2% del total de los fragmentos cerámicos exhumados hasta ahora en el yacimiento, lo que es despreciable en términos estadísticos, aunque no en términos culturales o cronológicos.

La gran mayoría de estos fragmentos corresponde como se ha dicho a cerámica campaniense A y B, salvo escasos fragmentos indeterminables y dos o tres que probablemente sean de barniz negro ático. Por lo general se trata de fragmentos muy pequeños, e insuficientes casi siempre para reconstruir los perfiles completos (Figs. 76). A menudo, además, los materiales aparecen bastante rodados. De hecho, la proporción de campaniense hallada en el nivel superficial de arrastre es alta, especialmente en las partes bajas de la ladera (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a:216, Fig. 22), y resulta poco fiable para datar las estructuras. Los escasos fragmentos de cerámica de barniz negro precampaniense hallados hasta ahora aparecen siempre en niveles superficiales, mezclados con otros materiales incluso medievales y muy rodados, procedentes con toda probabilidad de la parte más alta del cerro.

En cuanto a la dispersión de los materiales en los niveles no revueltos, cabe apuntar los siguientes datos (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a:217, Fig. 23):

a. No se observa concentración especial en ninguna estancia concreta.

b. La inmensa mayoría de los puntos corresponden a fragmentos pequeños y en muchos casos atípicos, aunque hay algunos trozos interesantes en la zona de basurero "S". En realidad, sólo en dos lugares han aparecido sendas piezas practicamente completas: una copa de forma 68 L (3131 M) de Campaniense A sobre el suelo de la calle AE (Fig. 76.2); y un plato de Campaniense B de excepcional calidad, de la forma 6aL (1443i M) en el pasillo D, junto a un gran conjunto de pesas de telar (Fig. 76.7). Estos datos contrastan notablemente con algunas noticias sin confirmar, según las cuales en algunas estancias destruidas por saqueadores clandestinos al este del Sector Central habrían aparecido grandes cantidades de piezas completas de barniz negro.

Por lo que se refiere a los tipos representados, la figura 76 recoge una selección de los fragmentos con forma hallados en los Sectores Central y Norte en 1987 y 1989. Llama en primer lugar la atención el predominio de la copa de la forma 68b de Campaniense A entre los vasos de beber (al menos 6 vasos).

No hemos documentado ningún fragmento de las formas cerradas, mucho más raras, mientras que en cambio abundan los fragmentos de formas abiertas, platos y cuencos, casi todos de Campaniense A.

Destaca entre estas formas la 55L (Fig. 76, 10-14) con al menos cinco ejemplares, junto con bordes de piezas de tipo 25L y/o27bL (Fig. 76.9 y 15-16), 28a/bL(Fig. 76.24 y 25, quizá del mismo vaso y 28cL (2610/2648M) (Fig. 76.23), así como dos fragmentos de borde de F.31 o 33L con pintura blanca al interior (Fig. 76.23 y 26) de Campaniense A. Estos fragmentos, datables a lo largo de la primera mitad del s. II, pueden haber perdurado algo (J.J. Ventura, com. pers.). Ambos se han hallado lejos de una base decorada de F. 33aL (2154M) (Fig. 76.20) que, según J.J. Ventura, pertenecería a una producción bastante más antigua que el resto de las piezas que venimos comentando, de fines del s. III o dos primeros tercios del s. II a.C. (MOREL, 1980:102).

También se conserva un muy pequeño y rodado fragmento de F23L de Campaniense A (Fig. 76.28). También, en el Sector Este, se ha documentado un fragmento de borde de forma 36L, típica del s. II a.C. La Forma 33b de la Fig. 65.8 encaja bien dentro de este ambiente del s. II a.C.

No olvidemos por último la antigua F6aL de Campaniense B (Fig. 76.7) ya citada antes, asociada sin lugar a dudas con un fragmento de F27L y otro de F55L de Campaniense A.

En cuanto a las dataciones que nos proporciona la cerámica de barniz negro del Cerro de la Cruz, cabe indicar:

a. Los fragmentos de cerámica precampaniense (probablemente de barniz negro ático) se reducen a escasos fragmentos de base, dos de ellos extremadamente rodados, (Figs. 76.21, 22, 27, 29). Todos ellos presentan una pasta rosácea de gran calidad y tienen en reserva el anillo de la base (Fig. 76.21 ¿cílica 4220M ?) o la uña interior (Fig. 76.27 ¿bolsal 4160M?). Dado su estado extremadamente fragmentario, sólo cabe proponer una cronología muy general en el s. IV a.C. para estas piezas. Sin embargo, estas piezas se han hallado en contextos superficiales, sin duda arrastradas desde la parte alta del Cerro, por lo que sólo sirven para suponer la existencia de un poblado más antiguo en otro punto, pero no para datar las estructuras excavadas en los sectores Norte y Central. El pie de Forma 23L (Fig. 76.28), muy pequeño y rodado, no parece ático pero tampoco campaniense.

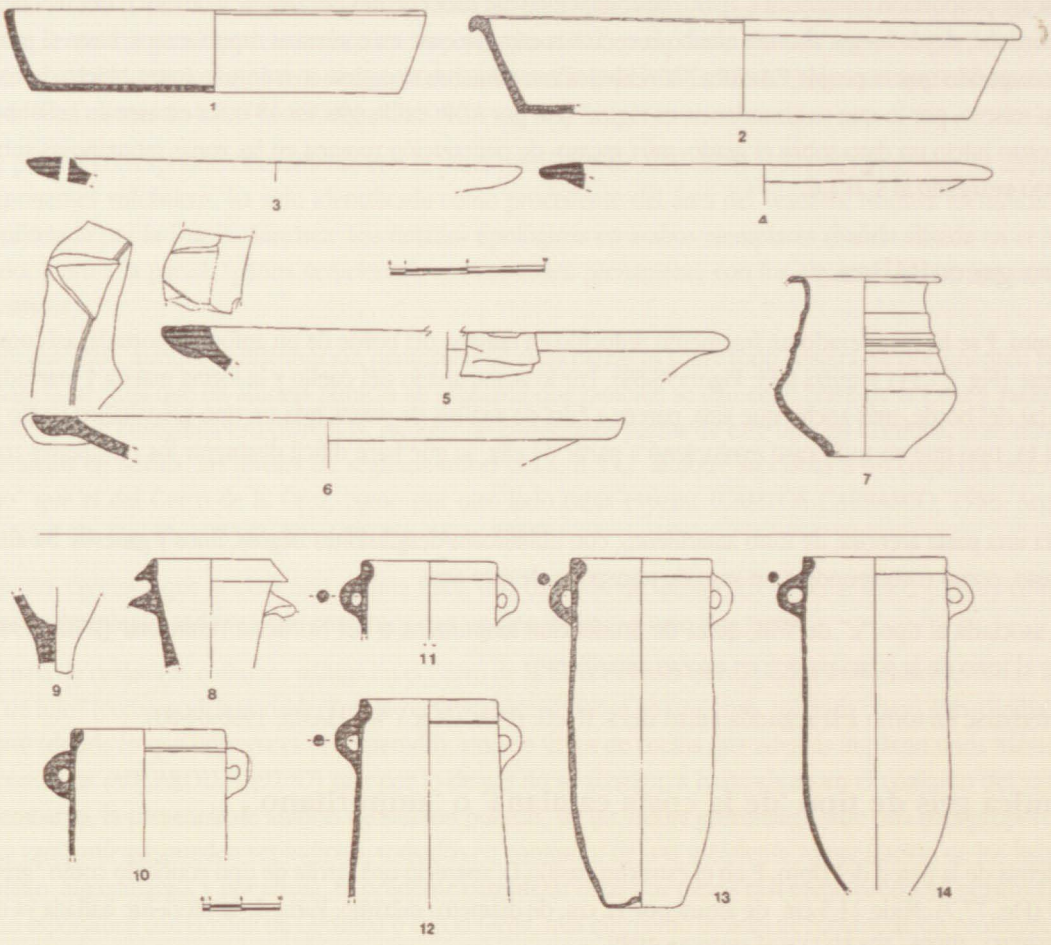


Figura 77. Diferentes tipos de materiales importados en el Cerro de la Cruz.

b. En torno a un 77% de los fragmentos corresponde a cerámica campaniense A, que es absolutamente mayoritaria frente a un 3.3% de Campaniense B y un escaso 10% de precampaniense. Dentro de la cerámica campaniense A, una revisión de las formas y tipos que reproducimos nos lleva siguiendo a Morel (1980, 1981), cuyas posturas han sido a su vez aceptadas por otros investigadores (p.ej. PEREZ BALLESTER, 1986) a postular que se trata de un conjunto bastante homogéneo de material de la 'campanienne A moyenne' de Morel, exportada en el periodo de c. 190-100 a.C., con formas 27, 55, 68, 31, típicas de ese periodo (J. J. Ventura, sin embargo, tiende a pensar que la pervivencia de formas como la 68L más allá del segundo tercio del s. II a.C. está todavía poco contrastada).

Las formas anteriores, de fines del III principios del II, están pobremente representadas, con un fragmento de forma 33 decorado (Fig. 76.20) otro de forma 23, ambos de tipología exacta imprecisa. Las formas posteriores de campaniense A (1, 5/7a, 113) están hasta ahora ausentes, aunque tengamos el vaso de forma 6 de la Fig. 65.7, de Campaniense B.

Las bases de la Fig. 76.17 y 18 corresponden a formas no identificables de Campaniense A.

c. La calidad de pasta y pigmento del plato de F6L de Campaniense B (Fig. 76.7), sus paralelos más próximos en el catálogo de Morel (1981: 1443h, i; 1445a para el borde...), junto con el contexto inmediato a que se asocia (F55 y F27 de Campaniense A), nos hacen pensar que los escasos fragmentos existentes de Campaniense B corresponden al periodo más antiguo de dicha producción, dentro del s. II a.C. J.J. Ventura nos precisa que esta forma es de facies etruscotoscana, con una cronología de entre la primera mitad del s. II a.C. "y un momento indefinido del s. I a.C.".

d. Algunos fragmentos muy pequeños (p. ej. Fig. 76.16, de la forma 27b o 25 L) no pueden, según J.J. Ventura, ser clasificados como Campaniense A o B. Tampoco parece probable que se trate de producciones anteriores. Es imposible precisar de dónde proceden estos materiales importados, que parecen haber llegado al Cerro de la Cruz

en escasa proporción durante el s. II a.C. Posiblemente sean procedentes del área de Cordoba o del área del Genil. En Córdoba, desde luego, abunda mucho la cerámica campaniense en contextos republicanos, hasta el punto que se ha sugerido que la propia Corduba "la cerámica campaniense sí podría constituirse como objeto de comercio por sí mismo, por lo que su abundancia es lógica" (cit. por ADROHER, 198788:187). La escasez en la Subbética es a nuestro juicio un dato sobre el grado -muy escaso- de penetración romana en las zonas montañosas subbéticas incluso avanzado el s. II a.C.

Anfora grecoitálica.

En el Dpto. P se ha recuperado un fragmento reducido en tamaño del borde de un ánfora importada, así como parte de la base (Fig. 87.541 y quizá 683; Figura98.89). Por lo acampanado del cuello y la forma maciza y marcadamente triangular del borde, más ancho que alto, parece a falta de análisis de pastas más un tipo grecoitálico tardío que un Dressel IA, tipo que en todo caso evolucionó a partir de ella, lo que hace difícil distinguir los ejemplares transicionales.

Presenta una pasta arenosa, de tono amarillento, con numerosos desgrasantes negros, finos y gruesos. Su alisado es muy basto, como corresponde a un vaso de transporte de este tipo.

Cabría asociarla al tipo "e" de Will, quizá de producción ampuritana o del Nordeste Peninsular (WILL, 1982:353), aunque el tono de la pasta parece en exceso amarillento.

Puede fecharse en torno a la segunda mitad del s. II a.C. (PEACOCK Y WILLIAMS, 1986:84-85).

Cerámica gris de tipo 'de la costa catalana' o 'ampuritano'.

Justo detrás de la pared del Dpto. P, en el estrecho pasillo D, apareció una jarrita de tipo conocido como "gris ampuritano" (Fig. 77.7). Mide 11.5.cm. de altura por 12 cm. de diámetro máximo. Parte de la pieza fue hallada ya en 1985 (VAQUERIZO, 1990b, Fig.30.1) y el resto en 1989.

Podemos clasificarla dentro de la Forma 4 del estudio de ARANEGUI (1985), caracterizada por una altura similar al diámetro máximo y tres molduras en el cuello. Esta forma ha sido fechada por dicha investigadora en torno a la primera mitad del s. II a.C. , aunque en una pieza andaluza cabe pensar en una moderada perduración. También entraría en el tipo más general D.I del trabajo de BARBERÁ, NOLLA y MATA (1993), centrado en los materiales emporitanos.

Esta jarrita, junto con -quizá- el ánfora grecoitálica ya descrita, podría ser prueba del contacto, probablemente indirecto a través de rutas marítimas del Mediodía, con mercados más amplios que el estrictamente andaluz.

Cerámica de cocina probablemente itálica.

En el Cerro de la Cruz se han documentado dos ejemplares (Fig. 77. 1 y 2, Figs. 97.112 y 125.474) de un tipo de gran cazuela o fuente de base plana, paredes rectas casi verticales y pasta de clase 8 *(v. supra)*, de color rojo intenso, tacto áspero y aspecto "crujiente".

Se trata en ambos casos de cerámicas comunes itálicas de cocina de época republicana, correspondientes a grandes rasgos con la forma 14 de Vegas (VEGAS 1973:Fig. 15), y recientemente estudiadas en profundidad por AGUAROD (1991:8696). Corresponde a la forma que los romanos denominaban *patina*, que solía ir cubierta con una tapadera u *operculum* de la misma factura, tapa que no aparece en el Cerro de la Cruz. Se empleaba para cocinar en caliente, sobre brasas o en horno (AGUAROD, 1991:87; también BORREDA y CEBRIAN, 1993:21). La familia apareció en el s. III a.C., se comenzó a exportar en el s. II a.C., masivamente durante el I, para desaparecer a finales del reinado de Augusto (AGUAROD, 1991:88).

El ejemplar n. 474 (Dpto. ÑE/C, Fig. 125) tiene un diámetro de 35 cm. Presenta pátina cenicienta en todo el exterior del galbo e inicio de la base plana. Marcada ranura para tapadera. Borde ligeramente pendiente. Pasta 8. Coincide con la forma 2 de AGUAROD (1991:9091), fechable a grandes rasgos en la segunda mitad del s. II a.C. por numerosos paralelos.

El ejemplar n. 112 (Dpto. O/C, Fig. 97) tiene un diámetro de 27 cm. Aparece quemado al exterior por fuego de cocina. Carece de ranura para tapadera en la parte superior. Pasta 8. Corresponde plenamente salvo por la ausencia de la ranura en el bordecon la forma n. 4 de Aguarod, la más tardía (AGUAROD, 1991:9394), que apareció hacia mediados del s. II a.C. llegando hasta época augustea

Nuestra pasta 8 corresponde exactamente con la pasta número 6 de AGUAROD (1991:42), que, con su abundancia de componentes volcánicos, ha sido identificada como procedente del área del Vesubio. Nuestra identificación ha sido confirmada por la Dra. A. Sánchez. Los detalles tipológicos en ambos ejemplares (banda alisada en el interior del fondo, junto a la pared, "pátina cenicienta", etc. coinciden plenamente con los expresados por Aguarod como característicos.

Es significativo que, aunque la distribución peninsular de estas piezas es sobre todo costera, se documenten también en Numancia, al igual que las ánforas púnicas de salalazón que también se dan en el cerro de la Cruz y yacimientos granadinos, y que enseguida estudiaremos. Aunque no conocemos piezas de este tipo en Córdoba, sí se han publicado paralelos en Sevilla, en niveles de segunda mitad del s. II a.C., aunque asociadas a un contexto mucho más "romano" que el del Cerro de la Cruz, como por otro lado cabía esperar (CAMPOS CARRASCO, 1986. Argote de Molina, Nivel 19: Fig. 41, n. 3383; Nivel 20: Fig. 54, n. 3865).

En conjunto, creemos que la evidencia apunta hacia una datación de último tercio del s. II a.C (o muy cominezos del I) para estas piezas, toda vez que contamos con un tipo antiguo y otro más tardío.

La presencia de cerámicas comunes itálicas en el Cerro de la Cruz es hasta cierto punto sorprendente. No se trata de piezas "de lujo" (como podría considerarse la cerámica campaniense en una zona apartada como Almedinilla), ni de transporte (donde lo que importa es el contenido), sino de útiles de cocina que además implican unos hábitos culinarios concretos (AGUAROD, 1991:87) que por lo demás no se atestiguan hasta ahora en el conjunto del yacimiento. Sin embargo, la presencia de ánforas de salazón púnicas, de un ánfora grecoitálica y de una baja proporción de cerámica campaniense pueden ser indicios, tomados en conjunto, de una incipiente romanización de los habitantes del poblado. Sin embargo, y por ahora, es prudente considerar estas dos piezas casi como producto ocasional de un comercio esporádico con la zona de Córdoba o con el Genil, más que como índices de romanización profunda, incluso en los hábitos alimenticios, de los habitantes del Cerro de la Cruz.

Se ha dado como claramente púnica una cazuela de la forma 1 de Aguarod (1991:88), GÓMEZ BELLARD, GURREA (1985:Fig. 6.6 y p. 145), con una descripcion y cronología que coinciden con la de los materiales itálicos, aunque podría ser en efecto una versión púnica. Con todo, es notable que se trate de un ejemplar púnico, al contrario que otras formas cerámicas de cocina, mucho mejor representadas (GÓMEZ BELLARD, GURREA, 1985: 150).

Tambien se ha dado como púnica otra cazuela de base plana hallada en Cartagena que es más probablemente una pieza romana por el aspecto de la pasta (MARTIN CAMINO, ROLDÁN, 1991:22), aunque no hemos visto directamente el material, por lo que se trata tan sólo de una impresión. Con posterioridad, de nuevo se adscriben a producciones africanas aunque más tardías, del s. I d.C. algunas cazuelas de borde bífido halladas junto al anfiteatro de Cartagena (BORREDA y CEBRIÁN, 1993:211). Debe recordarse en este sentido que en ciertas cerámicas púnicas de cocina aparece ya desde el siglo IV a.C. una pátina cenicienta al exterior que podría incluso ser precedente de la conocida en algunas cazuelas itálicas de borde ennegrecido en producciones posteriores de época imperial (TORTORELLA, 1981:358).

Morteros.

Dentro del Tipo 21230 se han incluido unos morteros que por su pasta de clase 6, manufactura y forma, no parecen producciones locales (ver el conjunto en Fig. 77.3-6). Sin embargo, tampoco encajan con los tipos de mortero itálico que conocemos, cuyos bordes y pastas son diferentes (A. Sanchez, com. pers.; AGUAROD, 1991:121 ss.; ROCAS, ROVIRAS, 1991). Y sin embargo, se conocen morteros itálicos en Cordoba y Sevilla contemporaneos de los platos de borde bifido, que no llegan al Cerro de la Cruz (AGUAROD, 1991:125, 178). Estos morteros, quizá de filiación púnica, requerirán estudios ulteriores.

Ánforas púnicas.

En diversos espacios del Cerro de la Cruz hemos podido documentar hasta una decena de ánforas de tamaño mediano con cuerpo cilíndrico, base plana y borde vertical redondeado al interior (la Fig. 77.10-14 recoge una muestra). A menudo el borde se señala al exterior por una línea horizontal incisa. Dos pequeñas asas verticales de sección circular nacen a esa altura, a unos dostres cm. del borde.

Se trata de piezas pequeñas, fácilmente manejables, con un diámetro aproximado de 17-20 cm. y una altura de unos 4045 cm. La pasta, de nuestra clase 12, es bastante mala, de cocción irregular, porosa y superficie poco alisada, con colores que oscilan del pardo grisáceo a un amarillento blanquecino. La superficie tiende a escamarse, y no se aprecia engobe.

El catálogo de estas piezas es como sigue:

1. N.Inv. 2133 (Dpto. P/i) (Fig. 106). Completa. Altura, 4.5 cm. Diám. Borde, 18 cm. Pasta escamosa, de tono amarillento verdoso.

2. N.Inv. 801 (Dpto. P/i) (Fig. 106). Casi completa, falta la base. Altura mayor de 43 cm.; Diámetro del borde, 18.2 cm.

3. N.Inv. 844 (Dpto. P/i) (Fig. 106). Mitad superior. GUerpo ligeramente troncocónico. Pasta con tono blanquecino/verdoso. Diám. Borde, 17.9 cm.

4. N. Inv. 845 (Dpto. P/i) (Fig. 106). Parte superior. Borde más redondeado que los anteriores. Al exterior, en lugar d acanaladura es el mismo borde el que marca una línea. Pasta 12 idéntica a las anteriores. Tipo más dudoso. DIam. Borde, 17.4 cm

5. N.Inv. 434 (Dpto. Ñ/a) (Fig. 124). Borde. Diám. 17.6 cm

6. N.Inv. 537 (Dpto. P/b) (Fig. 103. Mitad superior del cuerpo. Diám. Borde, 19.5 cm.

7. N.Inv. 538 (Dpto. P/b) (Fig. 103). Parte superior del cuerpo. Diám. Borde, 17.5 cm.

8. N.Inv. 1807 (Sector Norte, Dpto. AB/am) (Fig. 134). Borde. Muy rodado. desgrasantes de cuerzo mayores de lo habitual. Diám. Borde, 16.8 cm.

9. N.Inv. 1973 (Sector Norte, Dpto. AM/ai) (Fig. 132). Borde. Pasta muy escamosa, de tono amarillento verdoso. Diám. Borde, 14.5 cm.

10. N.Inv. 890 (Espacio S/A) (Fig. 108). Borde. Dos acanaladuras al exterior en lugar de una. Abundancia de desgrasantes medianos de color negro. Pasta de tono pardo claro. Diám. Borde, 20 cm.

Dicho tipo no ha sido identificado y definido hasta recientemente. Algunos ejemplares conocidos de antiguo habían sido asimilados erróneamente con el tipo D de Mañá (LUZÓN, 1973: Fig. 106, Lám. 97, p. 47, con una incorrecta reconstrucción con fondo apuntado). Todavía en 1985 SANMARTÍ GREGO (1985a) las consideraba como "tipo de ánfora de época republicana, de origen presumiblemente hispánico". FLORIDO NAVARRO (1984) la clasificó como su tipo X, dibujándola con un fonfo apuntado tomado de la reconstrucción hipotética de Luzón. FLORIDO establece también un paralelo a nuestro juicio inadecuado con el tipo G de RIBERA LACOMBA (1982).

Sólo investigaciones recientes en la bahía de Cádiz han permitido avanzar notablemente en la clasificación y estudio de este tipo de ánfora (MUÑOZ, 1985, 1987; PERDIGONES, MUÑOZ, 1988; MUÑOZ, FRUTOS, BERRIATUA, 1987; FERRER, GARCÍA VARGAS, 1994).

Este tipo parece haberse fabricado de manera preferente en Cádiz (PERDIGONES, MUÑOZ, 1988:110), donde se empleaba sobre todo para salazones de pescado, según se deduce de su amplia boca y sobre todo de la estampilla con atunes hallada en el borde de una de ellas (MUÑOZ, FRUTOS, BERRIATUA, 1987:502, Fig. 8.1). Corresponden al tipo E2 de MUÑOZ (1987:261 ss.), datable desde el s. IV al II a.C., aunque con posibles perduraciones hasta inicios del s. I a.C. Parece claro que este modelo de vaso es muy abundante en el área gaditana, y se documenta en diversos yacimientos de la propia Cádiz y su entorno (Puerto de Santa María, San Fernando...) (FERRER, GARCÍA VARGAS, 1994 con bibliografía). Además, es posible reconocer actualmente otras dos áreas de dispersión, una costera y otra interior: la dispersión costera se documenta en Cabezo de San Pedro en Huelva (BELÉN, FERNÁNDEZ MIRANDA, GARRIDO, 1977:Fig. 37.4), en Lebrija, entonces costera (CARO, ACOSTA, ESCACENA, 1989: Fig. 3.39). La dispersión avanza hacia oriente llegando al Majuelo (Almuñecar, Granada, GUERRERO, ROLDÁN; 1982:34), al Cerro de Montecristo (Adra, Almería) (FERRER, GARCÍA VARGAS, 1994), Cartagena (Murcia) (SANMARTÍ, 1985a:Fig.3; GUE-

RRERO, ROLDÁN, 1992: Fig. 7), Ibiza (RAMÓN, 1991:159, nota 85), Mallorca (Turó de Ses Beies, GUERRERO, ROLDÁN, 1992:33) y Gerona (pecio de Illa Pedrosa, SANMARTÍ, 1985a:135). Esta dispersión manifiesta una moderada difusión marítima. Para GUERRERO y ROLDÁN (1992:33), "parece que la comercialización de estos envases se produjo básicamente a través de rutas terrestres; los hallazgos marinos son realmente escasos y siempre se trata de ejemplares únicos, lo que induce a pensar que se trataba de reservas de víveres para la marinería, más que mercancía destinada a la venta".

Desde luego, el pequeño tamaño de estas piezas, y su posible contenido en salazón facilitan el transporte terrestre. Así, conocemos ejemplares en el pajar de Artillo (Sevilla, LUZÓN, 1973;Figs. 90 y 97), Sevilla Argote de Molina (CAMPOS, 1986: Fig. 65, n. 4167; Fig. 70, n. 4407); quizá en Cerro Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:Fig.21, nos. 23722373 (?)) y Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada) (SANMARTÍ, 1985a, Fig. 2). El Cerro de la Cruz se integra bien en este panorama que denuncia una ruta por el Guadalquivir y posiblemente otra desde Almuñecar hacia el Norte (Pinos Puente, quizá Almnedinilla). Por último, no debe olvidarse, por su significado cronológico y cultural, la presencia de un buen lote de estas ánforas en los campamentos militares romanos que cercaron Numancia en 1933 (al menos 14 ejemplares, SANMARTÍ, 1985a y 1985b).

CERÁMICA DEL POBLADO Y CERÁMICA DE LA NECRÓPOLIS.

Un aspecto interesante de este trabajo es el que resulta de la comparación de los tipos cerámicos del Cerro de la Cruz con las formas de la necrópolis de Los Collados, ubicada a pocos centenares de metros, y que probablemente fue el cementerio del poblado.

Las Tablas 26 a 37 recogen no sólo los tipos cerámicos del poblado sino también los de la necrópolis, indicando cuándo un tipo es exclusivo del cementerio. Las figuras 50 a 59 sólo recogen la tipología del poblado.

A nuestro juicio, es fácil apreciar cómo la cerámica de la necrópolis (VAQUERIZO, 1988-89) contiene una gran abundancia de formas claramente más antiguas que las habituales en el poblado, como los vasos derivados del tipo chardon del tipo II de Vaquerizo, las urnas de cuello acampanado (tipo II, variante B) platos de pie plano e incluso las crateras de imitación. En cambio, algunas otras formas (caliciformes, Grupo 1, tipo III), algunos tipos de vasos globulares (Gr. 1, tipo V), platos de pie anular y borde vuelto (Grupo 3, tipo VI) corresponden bastante bien con los tipos hallados en el poblado, datables en el s. II a.C.

Dicho de otra forma, la necrópolis incluye un conjunto de materiales posiblemente mucho más antiguos que los del poblado, junto con otros los menos quizá contemporáneos, aunque con una tipología sesgada.

De esta situación se pueden deducir a nuestro juicio tres posibilidades teóricas:

a. La necrópolis tiene una fase coincidente con la del poblado, y además otra mucho más antigua que se puede remontar hasta el s. IV a.C. Esta posibilidad viene apoyada por la tipología de otras categorías de objetos, como algunas armas (QUESADA, 1992a).

b. La necrópolis es toda ella de Baja Epoca, pero en ella se amortizaron materiales considerablemente más antiguos, conservados y reservados para la "ciudad de los muertos".

c. En el s. II a.C. se fabricaban formas "arcaizantes" destinadas con exclusividad al uso funerario, de modo que aunque la necrópolis sea tardía tiene un aspecto más antiguo. Ninguna de esas producciones se habría localizado en el poblado.

Creemos por ahora más probable la la primera opción, lo que nos deja el problema de la ubicación del poblado más antiguo, anterior al s. II, que todavía no hemos documentado en las zonas excavadas del Cerro de la Cruz. Como se ha indicado al estudiar la cerámica de barniz negro, la presencia de escasos y rodados fragmentos áticos en la ladera excavada permite suponer la existencia de contextos más antiguos en algún punto de la parte más alta del Cerro, muy afectada por la erosión y las trincheras de la Guerra Civil.

Sea como fuere, entre los materiales del Cerro de la Cruz faltan por completo los vasos de gran cuello acampanado, los vasos tipo Cruz del Negro y derivados, los vasos de orejetas, cazuelas, *kalathoi* antiguos, etc. Hay una definida tendencia hacia galbos más rectilíneos y a formas compuestas más sencillas que en periodos anteriores.

Con todo, este último fenómeno, así como la escasez de piezas decoradas, puede deberse en gran medida al contexto doméstico y no funerario de las piezas. Como se ha visto, sólo las tinajas de gran tamaño y alguna pieza cerra-

da mediana muestran una decoración compleja con semicírculos concéntricos y ondas, mientras que las decoraciones más habituales son simples bandas y líneas horizontales, tendencia que parece ser general en el mundo ibérico partir del s. III a.C. (p. ej. Cigarralejo, Amarejo). La inmensa mayoría de la cerámica del poblado estaba sin decorar.

OTROS MATERIALES DEL CERRO DE LA CRUZ.

Barro.

Pesas de telar.

La categoría de objetos (excluyendo los recipientes cerámicos) más frecuente del Cerro de la Cruz es la formada por pesas de telar de barro de diferentes formas, tamaños y pesos, documentadas en la mayoría de los espacios excavados. La distribución de estas pesas en los sectores Norte y Central ha sido objeto de un primer estudio (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a:179-180 y Fig. 17).

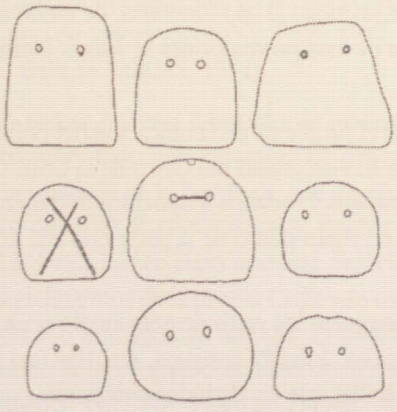
De él se desprende claramente que, pese a que se documentan pesas sueltas en casi todos los espacios, éstas se concentran en unos lugares muy concretos. Los conjuntos mayores se han hallado en el Sector Norte, espacio AB (54 piezas tras un recuento definitivo, 39 de ellas en el contexto an); Dpto. Ñ/E (más de 100 piezas, de las cuales se han inventariado 35); Ñ/W (63 pesas tras el recuento definitivo). Una cincuentena de pesas se halló también en el estrecho pasillo denominado D, y 22 en el espacio Y. Otras 22 pesas se han documentado en el Dpto. P. pero buena parte de ellas (17) cayeron desplazadas desde Ñ/E en el mmento del derrumbe de las estructuras. En cambio, sólo 3 pesas de telar se hallaron en el Dpto. P, y dos en S.

Puesto que en esta Memoria sólo se estudian exahustivamente algunos espacios, limitaremos ahora nuestro análisis a las pesas de telar en ellos documentadas. Existe en la actualidad un número importante de trabajos que tratan expresamente estos materiales, en los cuales nos apoyaremos (entre las más recientes, ALFARO, 1984, CASTRO CUREL 1985, 1986, RUANO, 1989). Es significativo con todo que la mayoría de los estudios de detalle y de síntesis no hayan podido tener en cuenta los yacimientos andaluces por falta de estudios (CASTRO CUREL, 1985:230, Fig. 1).

Puesto que cabe la posibilidad de que las pesas halladas en diferentes estancias correspondan a conjuntos individuales (por telares o por almacenes de distintos talleres), estudiaremos la tipología y características de las mismas de acuerdo con su distribución. El sistema es diferente pues al empleado para la cerámica, pero justificado por las diferentes características del material.

Casi todas las pesas del Cerro de la Cruz presentan dos orificios circulares de suspensión en la parte superior; sin embargo, las diferencias entre ellas, tanto de forma como de tamaño y peso, son amplias. A grandes rasgos cabe distinguir cuatro tipos (Fig. 78) :

I. Pesas grandes o muy grandes (pesos entre 700 y 1500 gramos) de tendencia troncopiramidal con parte superior curva en forma de arco (denominadas "de Arco" en la ficha de inventario).



II. Pesas normalmente medianas o pequeñas en forma ultrasemicircular (tipo "subcircular" en la ficha de inventario), con pesos normalmente entre 300 y 900 gr).

III.Pesas marcadamente troncopiramidales. Raras (Fig. 126.318).

IV. Pesa prismática de base cuadrada. Muy rara (Fig. 138. 1853).

V. Finalmente un número muy escaso de pesas circulares con un sólo orificio de suspensión, de las que no se ha hallado ningún ejemplar en la zona que ahora estudiamos (sí en el espacio R).

Figura 78. Cerro de la Cruz. Tipos de pesas de telar.

Departamento P. En este espacio adyacente al Dpto. O sólo se han documentado tres pesas. Una de ellas, muy pequeña, apareció partida por la mitad (Fig. 102.737), al igual que una segunda, no dibujada (n.inv. 608). Una tercera, de tipo I, casi completa, fue hallada en la zona removida por furtivos.

Departamento O. Se han documentado dos conjuntos numerosos. El primero procede de la zona Oeste, en torno a y en el interior del aljibe (Fig. 99.280, 281, 282 como muestra). Todas las pesas estan deterioradas en buen grado. No presentan marcas de ningún tipo, corresponde al tipo I y su peso debía ser en todos los casos superior a los 900 gr.

El segundo grupo, más numeroso (una veintena de pesas) corresponde a pesas "derramadas" de unas estantería o telares colocados originalmente en Ñ/E (Figs. 95.9). Pueden distinguirse siete agrupaciones -no tipos:

Del Tipo I:

Pesas de tipo I, medianas, con un peso en torno a los 775 gr (Fig. 95.274, 278, 277, 276, 271).

Pesas de tipo I, grandes, con peso en torno a 1500 gr. (Fig. 95.269)

Del TIPO II:

Pesas subcirculares, de tipo II, grandes, con pesos en torno a 1000 gr. (Fig. 95.279; Fig. 95.268).

Pesa idéntica a las anteriores, de 825 gr., pero hecha en un barro diferente, más rosado.

Pesa idéntica a las anteriores, de 1100 gr., pero con un orificio poco profundo en la parte superior (Fig. 95.266). Pesa de tipo II con un peso de 500 gr. En el frante lleva, profundamente incisa, una gran aspa que se cruza entre los dos orificios de suspensión (Fig. 95.283).

Pesas pequeñas (con un peso muy homogéneo de 300-325 gr.) y orificios muy pequeños (Fig. 95.272, 272', 273).

Departamento Ñ./E. Contenía, en su ángulo sureste sobre todo, la mayor concentración de piezas hasta ahora documentada en el Cerro de la Cruz, con más de un centenar de ejemplares (Figs. 125, 126, 127,128). A las 35 pesas completas recogidas e inventariados, y a los fragmentos deshechos de otras muchas, cabe añadir otro grupo que se conservó *in situ* con vistas a una posible puesta en valor del yacimiento como parque arqueológico. De estas últimas fue no obstante posible tomar algunas dimensiones, aunque no los pesos. Sus dimensiones son comparables a las de las piezas recogidas (no fue posible tomar todas por encontrarse mezcladas unas con otras y con adobe deshecho en una mezcla confusa).

Muchas de estas pesas están totalmente calcinadas y cocidas por el calor del incendio en una de sus caras, y algunas presentan en sus orificios restos de las cuerdas de suspensión, (Fig. 126.317) lo que hace pensar que quizá formaran parte de dos o más telares apoyados contra la pared.

Sus dimensiones en cm. son las siguientes, siempre en el orden Altura, Anchura Máx., Grosor (el signo '-' indica falta de datos).

Las piezas inventariadas pueden agruparse del modo siguiente:

Del Tipo I:

Pesas grandes y macizas, de tendencia troncopiramidal. Pesos en torno a 15001600 gr. (Fig. 126.341, 345, 346; 126.317, 344), aunque un ejemplar llega a los 1950 gr. (Fig. 126.316).

Pesas similares pero con orificio en el centro de la parte superior. Pesos algo mentores, entre 1100 y 1500 gr. (Figs. 126.342, 110.450).

Altura	Anchura	Grosor
9,5	-	-
13,5	-	6,5
10	-	-
11	-	5
13	13,5	5
11,5	13,5	-
13,5	-	6,5
12	8	-
-	13,5	7
-	11,5	7,5
12	-	-
-	11	-
13	11,5	5,5
-	-	7
-	7,5	-
11,5	-	-
13	-	7,5
13	-	-
8,5	9	-
12,5	11,5	-
-	12,5	8,5
-	12,5	-
8,5	8	6
-	-	5,5

Tabla 58. Pesas de tela del Departamento Ñ/E. Dimensiones en cm.

Las pesas de Tipo I del Dpto. O pueden agruparse sin problemas de forma o tamaño con éstas.

Del Tipo II:

Pesa subcircular grande (1350 gr.) con pequeño orificio en la parte superior (Fig. 125.303).

Pesa similar pero con una marca impresa en forma de circunferencia en la parte superior (Fig. 125.304, peso 1150 gr.).

Pesa subcircular mediana (775 gr.) con pequeño orificio en la parte superior (Fig. 126.343).

Del Tipo III:

Pesa troncopiramidal con tres círculos (no circunferencias) impresos en la parte superior. Muy pesada (1650 gr.). Había algunas más, muy desechas.

Departamento Ñ./W.

También con un gran número de pesas, superior al medio centenar.

Del Tipo I:

Pesas grandes, con trendencia hacia el tipo III (troncopiramidal), de en torno a 1500 gr. de peso (Fig. 129.480, 481, 482).

Pesas medianas, en torno a los 11001400 gr. (Figs. 127.396, 407, 413; 127.516).

Del Tipo II:

Pesas grandes (c. 1000-1300 gr.). Fig. 128.374, 376, 378, 406, 395).

Pesas medianas (c. 700-900 gr.) (Fig. 127.410).

Pesas medianas (c. 500-600 gr.) con una marca en la parte superior, obtenida mediante la presión de una pequeña gema-sello. En su parte izquierda una figura alada en pie parece abrazar o tomar por los hombros a otra figura afrontada a ella, algo más pequeña, que no parece ser alada (Fig. 127.393, 401, 404, 398; 127.399, 405, 408). Parece claro que todo este lote pertenece a una misma producción y taller (pesos de las piezas completas, 500, 550, 575, 600, 450, 425 gr., media 517 gr.). Es significativo del carácter artesanal y muy poco cuidado de este material que en realidad la pieza n.inv.405 puediera clasificarse como de tipo I más que II, pese al sello y peso. No se han hallado pesas con esta misma marca en ningún otro lugar de las zonas excavadas del Cerro de la Cruz.

- Pesas medianas (c. 500-600 gr.) similares en peso, forma y tamaño al grupo anterior, pero sin sello (Fig. 128.379, 391, 411, 414; 129.515).
- Pesa excepcional por su pequeño tamaño y peso (75 gr.)

Espacio S. Sólo se han hallado, y parece significativo, fragmentos de una o dos pesas deshechas. Un fragmento presenta dos circunferencias impresas en la parte superior.

Espacio AB. En este espacio se halló un número elevado de pesas, aunque el conjunto mayor apareció concentrado en el ángulo Sudeste de la estancia (contexto *an*, 32 pesas). Otras se hallaron dispersas sobre el suelo (*am*, 16 pesas), y otras en diversos contextos, algunos removidos por hoyos medievales (5 pesas).

En el contexto *ai* (zona Norte del espacio) se hallaron dos pesas, una de ellas deshecha. Otra (Fig. 132.1961) es una pesa de tipo II, de pequeño tamaño (600 gr.), sin marcas.

En el contexto ae (removido) se documentaron otras dos pesas. Una, de tipo I, pequeña (Fig. 114.1981), y otra del tipo II, también pequeña (Fig. 130.1982).

En el contexto *ah* (zona Suroeste de AB) se halló una sola pesa junto a un molino, de gran tamaño pero deshecha.

En el centro de la habitación (contexto am) se documentaron restos de hasta 16 pesas, procedentes probablemente de un telar ubicado en el ángulo SE del espacio (contexto *an*). la mayoría estan deshechas, pero parecen piezas grandes de tipo I y de tipo III (troncopiramidal). La pieza más significativa es una gran pesa de tipo III con una circunferencia impresa en la parte superior (Fig. 135.1736).

Sin duda, el área más interesante es el ángulo SE (contexto *an*), donde pudo haber un depósito o más probablemente un telar, a juzgar por el número de pesas (32 más las del resto del espacio AB) y la presencia de restos de

cuerda carbonizada en los orificios de algunas pesas (n. inv. 1823 con claridad). Estas pesas se pueden clasificar como sigue:

Del Tipo I:

Pesas grandes (más de 1300 gr.) con tendencia troncopiramidal (Fig. 138.1750, 1752, 1823; 139.1822, 1819).

Pesas grandes con tendencia troncopiramidal. Una circunferencia impresa sobre cada una de las caras salvo la base (cinco en total). Peso 1600 gr. (Fig. 138.1854).

Pesas grandes (más de 1500 gr.) con una marca impresa en la parte superior. La marca es un espacio en forma de "L" rehundido que deja en el centro, en resalte, una especie de "L" con un lado cóncavo como si fuera una hoz. No es posible apreciar detalles en el motivo (Fig. 138.1818, 1820, 1821).

Del Tipo II:

Pesas grandes (mayores de 1350 gr.) (Fig. 123.1851).

Del Tipo III:

Pesas grandes, mayores de 1500 gramos (Fig. 123.1822).

Del Tipo IV:

Pesa prismática de 1400 gr. (Fig. 122.1853).

Aunque se aprecia alguna tendencia a que las piezas con marcas definidas se concentren en una sola estancia, las mayores acumulaciones no son homogéneas, sino que agrupan pesas de diversas formas, pesos, tamaños y quizá talleres (si las marcas son signos de artesano y no de peso).

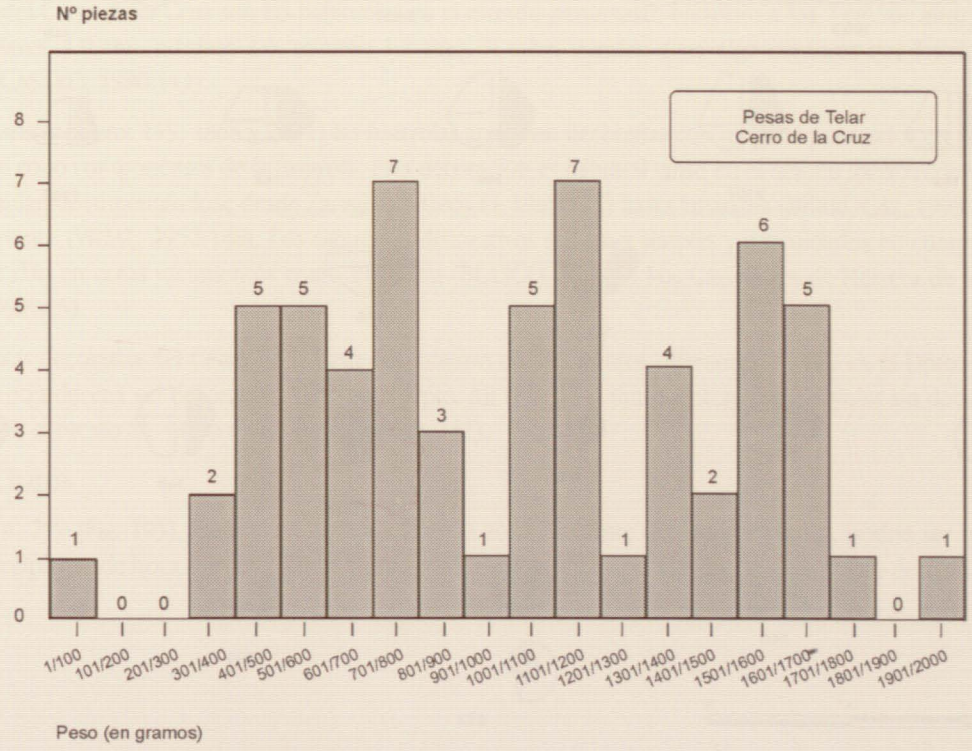


Figura 79. Distribución del peso en las piezas de telas del Cerro de la Cruz.

Las marcas hasta ahora identificadas son, en resumen:

- Una circunferencia impresa (n.inv. 1715, Espacio S; n. 304, espacio Ñ/E; n. 1736, espacio AB).
- Circunferencia impresa en alto, frente y lados de la pesa (5 en total) (espacio AB, n. inv. 1854).
- Tres círculos impresos juntos (n.inv. 318, espacio Ñ/E).
- Una gema impresa en la parte superior (espacio Ñ/W, nos. inv. 393, 404, 401, 402, 398, 399, 405, 408).
- Un gran aspa en el frente de la pesa (Dpto. O, n.inv. 283). Motivo serpentiforme en relieve sobre campo rehundido en forma de "L" (Espacio AB, nos. inv. 1818, 1820, 1821).

En ningún caso, hasta ahora, se documentan en el Cerro de la Cruz los complejos patrones decorativos, incluso con grafitos en ibérico, que aparecen en otros yacimientos ibéricos, andaluces (RUANO, 1989) o no (CASTRO, 1985:250), que a veces hacen pensar en otras posibles funciones de estas pesas (CASTRO, 1985:232).

Debe tenerse en cuenta al considerar las pesas del Cerro de la Cruz que estos telares de pesas son aptos para piezas de tejido basto, no para túnicas y vestiduras más finas para las que tenemos numerosa evidencia en época ibérica (CASTRO, 1985:230). También se ha llamado la atención sobre la inconsistencia de los patrones de hallazgo de pesas en yacimientos ibéricos (CASTRO, 1985:232; 1986 *passim*), que en el Cerro de la Cruz parece mitigarse, porque se aprecian patrones de concentración significativos. En al menos cuatro espacios del poblado (Ñ/E, Ñ/W, AB, D) se ha hallado un número de pesas concentradas suficientes para un telar capaz de tejer vestiduras (unas 6570, CASTRO, 1986:175). Con todo, sí hubo al menos dos telares montados en el momento de la destrucción el poblado, el del espacio AB, quizá un patio, pero en todo caso junto a una gran puerta, hubo de tener suficiente luz natural, mientras que el de Ñ/E, por su posición en una dependencia trasera sin luz natural, debía estar almacenado (ALFARO, 1984:100).

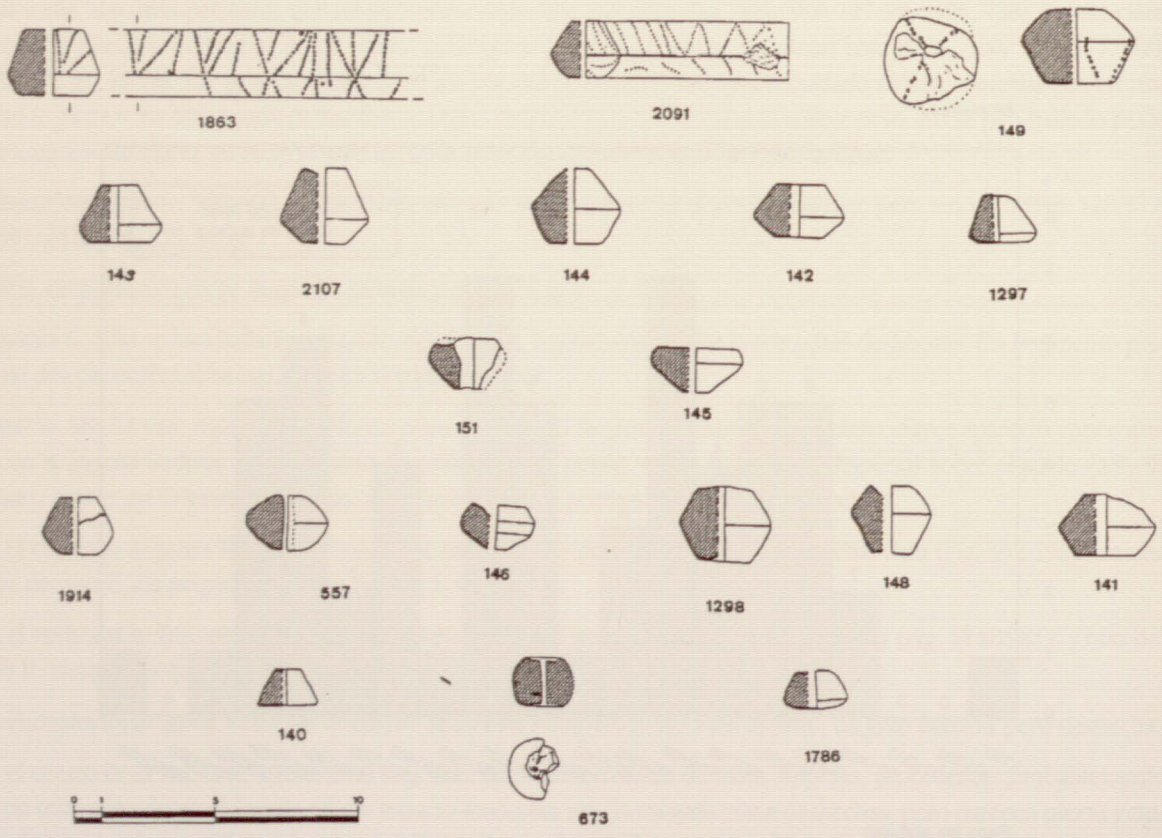


Figura 80. Fusayolas del Cerro de la Cruz.

Las oscilaciones de tamaño y peso del las pesas del Cerro de la Cruz entra bien dentro del margen de lo habitual en yacimientos ibéricos (300-2000 gr, CASTRO, 1986:183). Analizando el conjunto total, se obtienen los resultados que se recogen en la Fig. 79. Es evidente que el peso medio (996 gr.), con una desviación estándar altísima (442.6) no refleja la realidad de una distribución que no es estadísticamente normal.

Fusayolas.

Las fusayolas del Cerro de la Cruz (Fig. 80) suman en conjunto un número elevado, aunque en ningún sitio tienen una concentración específica. De hecho, tienden a aparecer en relación directamente proporcional al número de de pesas de telar en cada Departamento, aunque siempre en número considerablemente menor (ver VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a:211, Figura 17), con lo que su asociación a actividades textiles se ve reforzada (ALFARO, 1984:71-83). Aunque va creciendo la corriente de opinión que asocia parte o incluso la mayoría de las fusayolas a contextos distintos del hilado, como el cultual o comercial (en último lugar BERROCAL, 1993:121), no hay en el Cerro de la Cruz elementos claros que nos lleven en este sentido. El hecho de un descentrado pequeño del orificio no debe ser muy significativo en un movimiento de rotación generado por la mano.

Son ya numerosas las clasificaciones y tipologías de fusayolas propuestas por diferentes autores, ya sea con carácter general (CASTRO, 1980), como aplicadas a diferentes yacimientos o regiones (por ejemplo, en Capote, BERROCAL, 1993:118 ss. y Fig.18; Los Castellares, SUS GIMENEZ, 1986; Botorrita, BLASCO, 1968 o S. Miguel de Liria, VIDAL, 1952). Como en último extremo todas ellas acuden al perfil y a la composición de formas geométricas, sin que hasta ahora los intentos realizados parezcan ofrecer resultados de tipo cultural o cronológico, renunciamos aquí a presentar nuestra propia Tipología (algunas de las fusayolas de la Figura 80, con todo, aparecen en posición invertida a la correcta, por error al pasarlas a tinta, CASTRO, 1980:145).

Un vistazo a la Figura resumen 80 muestra que las fusayolas del Cerro de la Cruz se agrupan en una mayoría abrumadora de piezas bitroncocónicas simétricas pero sobre todo asimétricas en el plano horizontal, junto con alguna troncocónica (nos. inv. 140, 1786) o esferoidal (n.inv. 673). Por tanto, nuestras fusayolas encajarían sobre todo en los tipos D y E de CASTRO (1980:138).

Un rasgo notable es la ausencia en muchos casos de las muescas que aparecen en las fusayolas de otros yacimientos, usadas para encajar la varilla. Faltan por completo las variantes con perfil cóncavo que aparecen en otros yacimientos ibéricos, celtibéricos o célticos (VIDAL, 1952:154; SUS, 1986:187; BERROCAL, 1993:120). Las dimensiones de las fusayolas del Cerro de la Cruz son las habituales en el mundo peninsular, en torno a los 2 cm. de altura (media de 20 ejemplares, 1.9 cm., máximo 2.6, mínimo 1.2 cm.). Si cabe, tienden a ser algo menores que las de otros yacimientos (CASTRO, 1980:141).

En tres casos (nos. inv. 149, 1863 y 2091) las fusayolas aparecen decoradas con motivos punteados en uno o ambos troncos de cono componentes de la fusayola. Esta decoración es habitual tanto en el ámbito ibérico como en el interior peninular, documentandose desde Zaragoza (BLASCO, 1969:122) hasta Lusitania (BERROCAL, 1993:121) pasando por Levante (VIDAL, 1952:148). Los esquemas decorativos son muy simples y descuidados en comparación con los que se dan en otros yacimientos como Botorrita (BLASCO, 1969) o Los Castellares de Herrera de los Navarros (SUS, 1986:Fig.5).

Las fusayolas decoradas del Cerro de la Cruz aparecieron en tres puntos diferentes: n. 140 en el Dpto. O (Fig. 95), junto con otra decena sin decorar; n. 1863 en el Dpto. AB (Fig. 134) junto a otras dos fusayolas sin decorar; y núm. 2091 en AB, contexto ah, junto a otra fusayola (Fig. 131).

Tapón de barro.

El objeto n. 759 (Fig. 105), hallado en el Dpto. P, en la zona Nordeste del Departamento, podría ser un tapón de ánfora o recipiente de boca estrecha. Tiene forma cónica y muestra claras marcas de alisamiento descuidado con los dedos.

Metal.

Hierro.

Los objetos de hierro no son frecuentes en los espacios estudiados del Cerro de la Cruz. La mayoría son fragmentos de objetos indeterminables, pero algunos son identificables como instrumentos o en pocos casos armas. En total, hemos inventariado en las áreas estudiadas un total de 47 objetos de hierro. Quince de ellos se hallaron en el Dpto.

AB, 11 en el O, 8 en el P y 5 en el Ñ, además de otros 7 objetos en el espacio S. En algunos casos los fragmentos estaban tan deshechos que no se han dibujado, aunque sí inventariado. No se aprecia en la distribución de los instrumentos y fragmentos una tendencia definida, aunque la mayoría de los instrumentos reconocibles (alcotanas, jabalina, posible rueda, hoz) proceden del Dpto. P, anejo a O. Los pocos clavos hallados no tienen una concentración definida.

Para la clasificación y comparación de las piezas contamos con una bibliografía que comienza a ser abundante (sobre todo, PLA, 1968; PLA, 1969: SANAHUJA, 1971; MANRIQUE:1980; BERNAL *et alii*,1984; HERNANDEZ, RODRIGUEZ, SANCHEZ, 198689; BARRIL, 1992, BERROCAL, 1992:148 ss.). Asimismo, contamos con útiles estudios etnográficos (MINGOTE, 1990 con la bibliografía en él citada; REES, 1981, etc.)

Instrumentos.

Arrejada de tubo (PLA, 1968b:147; 1969:309; posteriormente, BARRIL, 1992:67) o aguijada (MINGOTE, 1990:58) (Fig. 96.252) de pequeño tamaño (Long. 15.2 cm.; Ancho máximo de la paleta, 6.5 cm.). Corresponde al tipo IV.A.2. de PLA (1968b:147), y es casi idéntica a piezas de la Bastida de Mogente (PLA, 1968b:Fig. 3.5). Presenta, adheridos, restos de tejido. Se halló sobre el suelo del Dpto. O, entre el molino y la plataforma del centro de la habitación. Su utilidad habitual reconocida (limpiar el arado de las pellas de tierra adherida durante la labranza) no parece coincidir con el contexto de actividades presumibles en dicho espacio.

Posible fragmento de hoz o podón de hierro, a la que sin embargo falta el extremo con remaches para enmangue (Fig. 102.739) (PLA,1968b:151; 1969:317; posteriormente BERNAL, GALLEGO, LLINARES, 1984:183; HERNANDEZ, RODRIGUEZ, SANCHEZ, 198687:420; BARRIL, 1992:8; BERROCAL,1993:149). Además, no parece tener filo a falta de restauración, por lo que la atribución es dudosa. Fragmentada. Medía más de 34 cm. de longitud. Procede del Dpto. P, habitación lateral (quizá almacen) asociada al Dpto. O.

Alcotana mocha (Fig. 102.740). Pla (1968b:149; 1969:324) las considera aptas para "romper el terreno duro, baldío o reseco", y las considera de empleo agrícola (1969:324). Hallada junto con otra en el suelo del Dpto. P, junto a la puerta de comunicación con el Dpto. O. Cerca, a un metro, hacia el centro de la habitación, se halló otra pieza de características muy similares. Mide 25 cm. de longitud y su peso actual es de 1.190 gr. La atribución funcional es a nuestro juicio dudosa. Piezas de este tipo o similar no aparecen recogidas por MINGOTE (1990) en el apartado dedicado a "mazos para desterronar".

Alcotana mocha (Fig. 102.741) similar a la anterior y hallada en el mismo Dpto. P. Mide 24 cm., y se halló fragmentada y muy deteriorada, por lo que su peso es menor (745 gr.).

Posible lezna, taladro o punzón, aunque demasiado corroido para determinar los detalles distintivos (PLA, 1968b:152; BARRIL, 1992:18) (Fig. 96.315). Departamento O.

Posible reja de arado muy exfoliada (Fig. 130. 2114). Mide 13 cm. de longitud conservada, por casi 10 de anchura máxima conservada. Puede corresponder a un extremo de reja similar a las halladas en la Bastida de Mogente (PLA, 1968b: Figura 2 y p.147). Sin embargo, Pla propone que este tipo de reja sea antiguo (s. IV a.C.), y que fue sustituido en Baja Epoca por variantes distintas. La interpretación debe por tanto quedar en suspenso. Procede del espacio AB.

Pequeño cuchillo afalcatado de un solo filo. Muy fragmentado cuatro fragmentos conservados exfoliado e incompleto (Fig. 134.1864). Falta el enmangue y la punta. Longitud conservada, 12 cm. Espacio AB, sobre el suelo.

Otro pequeño cuchillo, de mayor tamaño que el anterior y dorso más recto. También incompleto, fragmentado y deformado, posiblemente por el calor del incendio que destruyó el poblado. (Fig. 134.1915). Apareció junto al anterior.

En conjunto, los instrumentos definidos no se inclinan hacia una actividad concreta, aunque parece predominar la agrícola, pese a que falten los instrumentos más caracteríticos de esta actividad, como azadas, rastrillos, hoces, picos o podones, las más habituales en los poblados ibéricos (PLA, 1968b, SANAHUJA, 1971). En cambio, parecen estar ausentes los útiles específicos para el trabajo de la madera y para el del metal (SANAHUJA, 1971; BARRIL, 1992; MINGOTE, 1990; BERROCAL, 1993). Con todo, la muestra es demasiado reducida como para ser tajantes a este respecto.

A todos ellos habría que añadir los restos de lo que pudiera ser una rueda de carro, de la que parte fue extraída, engasada, en el Dpto. P durante la campaña de 1987, mientras que el resto fue destruido durante las actividades de furtivos que realizaron grandes agujeros en este espacio al poco de concluida la campaña. Durante la campaña de 1989 sólo se pudieron recoger algunos fragmentos destrozados. El material todavía se halla en espera de restauración adecuada, protegido y engasado.

Armas.

Punta de jabalina o pequeña lanza arrojadiza (Fig. 102.736). Mide 20.5 cm. de longitud, con una anchura máxima de la hoja de 2.2 cm. La moharra carece de nervio marcado, presentando una sección lenticular gruesa. Cubo corto, con perforación para pasador. Corresponde a nuestro tipo 5c (QUESADA, 1991a:1033 y Fig. 229), de amplia perduración, pero característico en yacimientos de Baja Epoca. Fue hallada en el Dpto. B, en el umbral de la puerta con P, partida y muy exfoliada.

Punta de jabalina o pequeña lanza arrojadiza (Fig. 130.1983). Mide 24.1 cm. de longitud. La anchura máxima de la hoja es de 2.2 cm. La moharra carece de nervio, aunque presenta arista en una de sus caras, que forma dos mesas, y presenta una sección romboidal muy aplanada. El cubo es largo, y abierto longitudinalmente por una fabricación poco esmerada. Corresponde a nuestra variante VIIB (QUESADA, 1991a:1005), dentro del tipo 8 (QUESADA, 1991a:229). Se documentó en el contexto AE, algo revuelto por intrusiones medievales, en el espacio AB.

Por último, un **posible cubo de lanza o jabalina**, muy deteriorado, fue hallado en el espacio (¿basurero?) S, en el contexto A3 (n. inv. 1438). Otro cubo, de lanza o instrumento, es el n. 1885, hallado en el Dpto. ABam.

Con toda probabilidad debemos considerar estas puntas como armas de caza más que de guerra, para la que en principio resultan demasiado ligeras. Con todo, casi cualquier instrumento puede ser ocasionalmente empleado como arma improvisada de guerra, y con mayor razón una jabalina.

Clavos.

Los grandes clavos de cabeza redondeada son relativamente frecuentes en el Cerro de la Cruz. Por su tamaño, es probable que más que a muebles o utensilios, pertenecieran a grandes útiles o que formaran parte de la estructura de los tejados de madera y ramas. Sin embargo, resulta entonces extraño que no aparezcan en número mayor, o que no se concentren en un espacio concreto; al contrario, se han documentado aislados en diferentes espacios (P, Ñ/Este (x2), AB).

Por lo general, el clavo propiamente dicho mide entre ocho y diez cm., y tiene sección rectangular, con una cabeza muy grande, en forma de seta, de hasta 4 cm. de diámetro. Es significativo que la mayoría de estos clavos aparezcan doblados en ángulo recto. (Figs. 107.639; 121.451; 127.426; 134.1814).

Indeterminados.

Recogemos aquí una cierta cantidad de objetos de hierro, por lo general en muy mal estado, de identificación funcional muy difícil o imposible. Algunos de ellos, meros fragmentos de hierro mineralizado, no se recogen en las Figuras.

(Fig. 96.253). Dpto. O. sobre el suelo. Varilla de sección circular de c. 1.3 cm. de diámetro, incompleta, con una longitud conservada de 18 cm. En un extremo termina en una especie de "T". Sin restaurar.

(Fig. 96.129). Dpto. O, sobre el suelo. Varilla de hierro de sección cuadrada de c. 1 cm. con una longitud total conservada de 24 cm. Un extremo remata en punta. Doblada en dos ángulos de 90º.

(Fig. 96.315). Dpto. O. Conjunto de piezas de hierro forjado, formado por varias anillas anchas, placas laminares dobladas en "U", a veces con perforaciones, y roblones. El conjunto debió formar parte de un objeto grande y complejo de madera. El material está todavía en proceso de restauración, por lo que su estudio detallado es prematuro. En la Fig. 80 se recoge una selección de fragmentos, aproximadamente una tercera parte del total.

(Fig. 96.264). Dpto. O, suelo. Gran anilla de hierro de sección circular de 1 cm. Diámetro, c. 5.5 cm. Deformada por el fuego y soldada a una patera de cerámica.

(Fig. 99.305) Dpto. O, suelo. Anilla de hierro de sección circular. Diámetro 5.4 cm.

N. inv. 311 (no dibujado). Dpto. O. Fragmentos muy corroidos de lámina de hierro, de un instrumento indeterminado.

N. inv. 312, 313, 314 (no dibujados). Dpto. O, suelo. Fragmentos de hierro indeterminados.

N. inv. 265. Dpto. O, suelo. Lámina de hierro con semillas de grano carbonizadas soldadas a ella.

N. inv. 597. Dpto. P. (área removida por clandestino). Anilla de hierro de 3.3. cm. de diámetro.

N. inv. 619. Dpto. P (área removida por clandestino). Trocito partido de lámina de hierro.

N. inv. 738. Dpto. P. Barra de hiero de sección cilíndrica, doblada. Longitud conservada, 24.5 cm.

(Fig. 125.479). Dpto. Ñ/E, contexto C. Gran pieza de hierro de 17 cm. de longitud, formada por una tira de hierro plana de 5 cm. de anchura, doblada en "U" hasta casi cerrarse, dejando un hueco como para una tabla de madera y un gozne o eje circular de unos 4 cm. de diámetro. Muy exfoliada.

(Fig. 130.2013). Dpto. AB, contexto ae (suelo del espacio, removido por hoyo medieval). Dos varillas de hierro de sección cuadrada de 0,7 cm. de lado. Suman una longitud de 32.8 cm. Carecen en apariencia del trabajo helicoidal característico de las barrenas (PLA; 1968b:179), aunque todavía están pendientes de limpieza y restauración.

(Fig. 130.2114). Dpto. AB, contexto ah (ángulo sudoeste del Dpto.). Varilla de hierro con una punta aguzada, doblada dos veces en ángulo recto. Sección rectangular, de 1 cm. de lado mayor. Se halló junto con la posible reja de arado 2114'.

(Fig. 132.2028). Dpto. AB, contexto *ai* (zona Norte del Dpto.). Fragmentos de varilla de hierro informes y muy deteriorados.

(Fig. 134.1815). Dpto. AB, contexto am (centro del Dpto.). Fragmento de varilla de hierro de sección circular. Longitud conservada, 12 cm. Muy exfoliada. Doblada en ángulo obtuso.

(Fig. 134.1816). Dpto. AB, contexto am. Varilla de hierro de sección rectangular, doblada. Longitud conservada, 25 cm.

(Fig. 134.1883). Dpto. AB, contexto am (centro del Dpto.). Fragmento de anilla de hierro de sección circular. Muy exfoliada. Diámetro c. 6.5 cm.

N.inv. 1884 (no dibujado). Dpto. AB, contexto am. Dos trozos de varilla de hierro de sección circular. Curvadas. Sección 0.7 cm.; longitud total, 8.5 cm.

N.inv. 1885 (no dibujada). Dpto. AB, contexto am.

(Fig. 118.1895). Dpto. AB, contexto am. Fragmento filiforme de hierro, doblado en forma de "U", de sección probablemente circular.

(Fig. 134.1896). Dpto. AB, contexto am. Trozo muy corroido de varilla de hierro, de sección circular. Longitud conservada, 6.5 cm.

(Fig. 137.1791). Dpto. AB, contexto an (ángulo SE del Dpto.). Anilla de hierro de sección circular. Diámetro 6 cm.

(Fig. 137.1792). Dpto. AB, contexto an. Anilla similar a la anterior pero artida en tres trozos.

N. inv. 1632. Espacio S, contexto b. Masa irregular de hierro oxidado. Sin restaurar.

N.inv. 1543. Espacio S, contexto b. Bola férrea irregular de 5.5. cm. de diámetro aproximado. Muy densa.

N. inv. 1255. Espacio S, contexto b. Varilla de hierro de 4 cm. de longitud conservada.

N. inv. 1367. Espacio S, contexto c. Escoria de hierro (?).

N. inv. 1336. Espacio S, contexto e'. Fragmento de plancha de hierro muy oxidada. Long. conservada 6.5 cm.

N. inv. 1507. Espacio S, contexto A3. Dos fragmentos de hierro filiformes que suman 2 cm. de longitud. No identificables.

Bronce.

Son escasos los objetos de bronce documentados en el poblado, y más aún los hallados en la zona que ahora estudiamos.

Anillo/a. En el terreno sobre el Dpto. O, aunque no en los contextos correspondientes al suelo de ocupación, se ha documentado una anilla de bronce de 1,7 cm. de diámetro

Platillo de balanza y ponderal. En el suelo del Dpto. O se han documentado varios trozos de probable platillo de balanza de cobre/bronce (n. inv. 1950) de 9 cm. de diámetro. En el trozo conservado se aprecian dos perforaciones junto al borde, separadas por 3 cm. El tipo corresponde al recientemente estudiado por LUCAS PELLICER (1990). En el mismo Departamento, aunque no asociado directamente al platillo, se ha documentado un solo ponderal de bronce (Fig. 95.518). Se trata de una pequeña pieza troncocónica de sólo 0. 9 cm. de altura. Presenta un orificio circular destinado a un clavo o pasador que uniría el "juego" de ponderales (sobre ellos, entre otros trabajos, LUCAS, 1990; FLETCHER y MATA, 1981; CUADRADO, 1964) , de los que, como se ha dicho, sólo había uno en el Dpto. O. La

pieza pesa solo 10.3 gramos, lo que la sitúa mal en la serie de pesos recogida por CUADRADO (1964), al ser considerablemente mayor que 7,40 y mucho menor que 15,83 (pesos de El Cigarralejo, Sep. 200), y tampoco encaja con los pesos de La Bastida o El Cabecico (CUADRADO, 1964, Cuadros III), ni con los de Orleyl (*cf.* FLETCHER, MATA, 1981:169). Es posible que pertenezca a un patrón metrológico distinto, o que sea una pieza corta de peso, como ocurre con otras del Sudeste y Levante, que incluso llevan "adiciones" en forma de láminas de metal (CUADRADO, 1964:340).

Campanilla. En el espacio AB (contexto *an*, ángulo SE del Dpto.) se ha documentado una posible pequeña campanilla de cobre o bronce, aplastada y quebrada, con restos de una anilla de suspensión en la parte superior, así como una perforación (Fig. 137.1787). Tiene una altura de 5.6 cm.

Indeterminados. También se han recuperado algunos fragmentos de bronce indeterminados, incluyendo una anilla grande, de 4 cm. de diámetro (n. inv. 1612), un fragmento de varilla (n. inv. 1633) y trozos de lámina fina (n. inv. 1506). Todos estos fragmentos proceden del espacio S, en contextos b y a3, ambos posibles basureros.

Hay también algunos **fragmentos de cobre o bronce** con elevada proporción de cobre, quizá pertenecientes a pequeños recipientes, pues se trata de láminas aplastadas (nos. inv. 427 Dpto. Ñ/W y 674 Dpto. P).

Fíbulas. Aunque no se documentara en la zona que estudiamos en la presente Memoria, conviene describir aquí, por su carácter excepcional, la única fíbula documentada hasta ahora en las zonas excavadas del poblado del Cerro de la Cruz. Fue hallada en el interior del aljibe de la estancia Q, (cota 7.40), en el primer nivel fértil del mismo, correspondiente a un momento de amortización cuando el aljibe ya estaba fuera de uso a juzgar por un estrato inferior de arena suelta y estéril.

Se trata de una fíbula con esquema de La Tène, de la que sólo se conserva el puente y parte del resorte, faltando el eje. La fíbula estaría construida en origen con tres piezas, de las cuales se ha perdido el eje, que pudo ser de hierro o quizá de bronce. El resorte de 6 espirales por lado está deformado y ha perdido la aguja y la cuerda. El puente de bronce, de sección triangular simple sin acanaladura para decoración incrustada, está también incompleto, puesto que nos falta el apéndice en forma de bellota o tonelete, que debió estar muy vuelto sobre el puente pero sin llegar a soldarse sobre él.

Esta fíbula se encuadra dentro del Grupo III de Cabré y Morán (1979:11), pero resulta imposible definir la variante por la pérdida del apéndice caudal. Este grupo III se forma en la clasificación de estos autores por derivaciones meseteñas del esquema clásico de La Tène I, y sería consecuencia tipológica (CABRÉ y MORÁN, 1982: 13) de las fíbulas ibéricas que E. Cuadrado (CUADRADO, 1978b) clasificó en su grupo 3, teniendo por tanto una datación posterior. Para Cabré y Morán, la abundancia de fíbulas de su grupo III en la zona Meseteña y su comparativa escasez en el área ibérica implica que las piezas de este tipo halladas en territorio ibérico deben ser consideradas como importaciones meseteñas (CABRÉ y MORÁN, 1982:13), opinión con la que no coinciden investigaciones más recientes (STORCH DE GRACIA, com. pers.) que han documentado una enorme cantidad de piezas de este tipo en territorio andaluz, con seguridad fabricadas en él.

Así pues, y por lo que se refiere a la cronología de esta pieza, cabe señalar que según CABRÉ y MORÁN (1982:17) el tipo se originó en la Meseta oriental por imitación de las fíbulas ibéricas de una sola pieza hacia mediados del s. IV a.C. (CUADRADO, 1978b:312 ss.). Las dos series a las que podría pertenecer nuestra fíbula tuvieron una muy larga perduración, llegando hasta mediados del s. II a.C. (Numancia y campamento de Renieblas en Soria, tumbas tardías de Arcóbriga, etc.) e incluso hasta el cambio de Era (Langa de Duero). Estudios recientes de fíbulas andaluzas desgraciadamente sin contexto preciso en la mayoría de los casos confirman esta amplia perduración y permiten sostener la hipótesis de una fabricación en territorio ibérico. Por tanto nuestro ejemplar podría pertenecer tanto a una fase más antigua del poblado como al momento del s. II a.C. en que éste fue destruido.

Además de la pieza que hemos estudiado, en la campaña de 1989 fueron recuperados dos fragmentos de puente de fíbula de bronce en mal estado de conservación, ambas en la estancia AB del Sector Norte. Están todavía pendientes de restauración, pero parecen corresponder a fíbulas anulares.

Monedas.

Aunque, según noticias que hemos podido recoger, los excavadores clandestinos han obtenido en sus expolios abundantes monedas, las excavaciones arqueológicas sólo nos han proporcionado hasta ahora cuatro, todas ellas en la campaña de 1989 y en la misma zona (Sector Norte). Sólo dos de ellas se hallan en el área de ese sector que ahora hemos estudiado exahustivamente (Dpto. AB), pero por su interés cronológico recogeremos ahora también las otras dos.

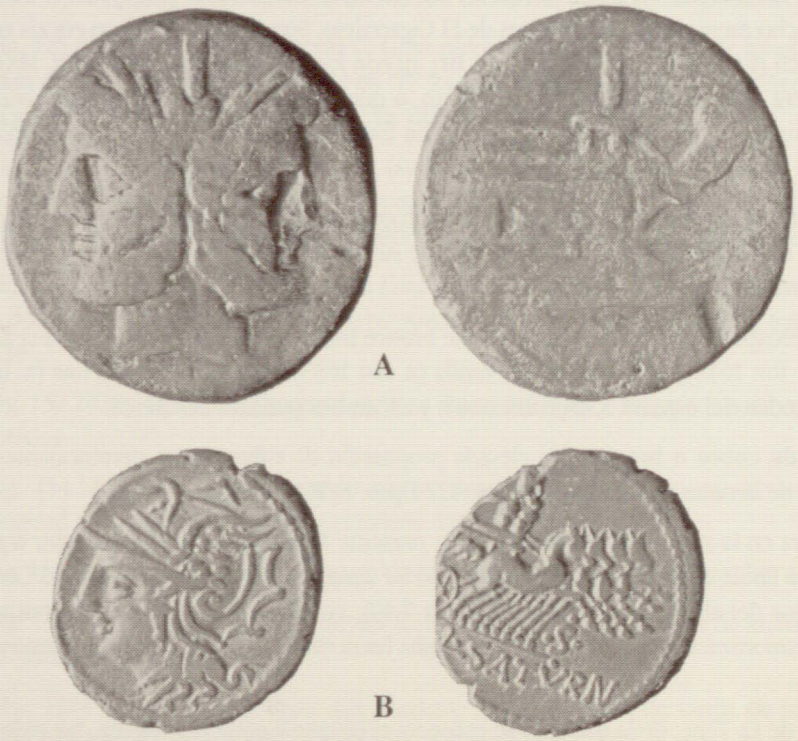


Figura 81.
A. As Jano-proa. Puerta de la estancia AF.
B. Denario romano de L16/ sobre AB, fin s. II a C.

La primera moneda (Fig. 81 B), aparecida en un nivel superficial con materiales revueltos en L16 sobre AB, es un denario romano republicano en excepcional estado de conservación (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a:Lámina I). Presenta en el anverso cabeza galeada de Roma a la izquierda, con gráfila; el reverso muestra una cuadriga a la derecha, los caballos tienen las patas delanteras levantadas. Bajo la linea de suelo (o de exergo), leyenda L. SATVRN; marca de control S bajo las patas delanteras de los caballos. Gráfila. Según CRAWFORD (1974:Lám. XLII y pp. 323-324), se trataría de un denario (tipo 317/3b) de la ceca de Roma acuñado en 104 a.C., posiblemente por un Lucio Apuleyo Saturnino, tribuno de la Plebe en 103 y 100 a.C. y cuyo tipo de Saturno en cuadriga es una alusión al *cognomen* del acuñador.

El problema planteado por esta moneda es su fecha tardía en comparación con el resto del material datable, en especial si tenemos en cuenta la posible perduración de un tipo que, acuñado en Roma en 104 a.C., pudo llegar a la Península Ibérica mucho después. Es difícil adscribir esta moneda a periodo concreto en el que hubiera estructuras habitadas: es posterior a la destrucción del poblado excavado y fue recuperado casi en superficie, por lo que no debe pertenecer a él. Podría hipotéticamente ser relacionado con el pequeño hábitat altoimperial documentado en la falda sur del Cerro de la Cruz, toda vez que se conocen perduraciones monetales durante márgenes de tiempo que abarcan incluso varios siglos. Contra esta posibilidad milita el hecho de que la pieza apenas está desgastada por el uso.

Más homogéneo parece el conjunto de tres ases romanos de bronce del tipo Jano-proa (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a, Láms. II-IV). Agradecemos a Dña. Carmen Marcos sus observaciones sobre estas piezas, en especial los datos sobre los pesos medios de las series conservadas en el M.A.N. de Madrid y sus interesantes opiniones sobre la perduración conocida de los diversos tipos y la asociación de monedas con fecha de acuñación muy variable.

Uno de los ases apareció sobre el pavimento del departamento AB, (contexto *an*) junto a la acumulación de pesas de telar en la esquina Sureste de la estancia, al lado de un asa de la forma 68 L de Campaniense A, todo ello cubierto por el derrumbe de los muros de la habitación. La pieza está parcialmente fundida por efecto del calor del incendio que destruyó la estancia, huellas del cual se hallan por doquier en forma de vigas quemadas, vasos calcinados, plomo fundido, etc. El Jano del anverso, bastante dañado, parece tener sobre la cabeza la marca de valor I, mientras que en el reverso, con proa a la derecha y leyenda "ROMA" debajo, la existencia de dicha marca frente al espolón es dudosa. Dado el estado de conservación de la moneda, es difícil adscribirla a una serie concreta. Si la primera pesada, previa a la restauración, dió 42.5 gr., tras su tratamiento de limpieza el peso es de 35.2 gr., más cercano al teórico estándar uncial de 27 gr. que al peso teórico de 54 gr. del 211 a.C.

Una segunda moneda se halló en la misma habitación, en el contexto c, derrumbe de tapial y adobes que no dió mucho material, pero entre el que aparecieron objetos del interior de la estancia revueltos en el momento del violento derrumbamiento de los muros (por ejemplo, la pieza hembra del molino de este departamento apareció fragmentada y a una cota muy superior a la de la muela macho que se conservaba *in situ* sobre el suelo). Se trata también de un as del tipo Jano Proa, con marca de valor I sobre la cabeza en el anverso y delante de la proa en el reverso, que presenta bajo la nave la leyenda "ROMA", y sobre el castillo de proa lo que pudieran ser las letras "AT" unidas, quizá una abreviatura de Attilius o Attius, aunque tal signo no se aprecia con claridad en la fotografía. A partir de una foto, la pieza ha sido provisionalmente clasificada por C. Marcos como perteneciente a la serie 197/1 8B/1b de CRAWFORD, de taller romano y fechada en el 157-156 a.C. El peso de nuestra pieza, tras su limpieza, es de 19.8 gr., mientras que el peso medio de las monedas de esta serie en el MAN es de 25 gr. Está parcialmente fundida por calor.

La tercera pieza (Fig. 81 A) apareció en la zona de la puerta entre la estancia AF y la posible calle AH, en un contexto (aw) con mucho material. Es una pieza de serie anónima, acuñada en Roma, del tipo de CRAWFORD RRC 56/2. El anverso presenta un Jano bifronte con marca de valor I encima, y el reverso proa a la derecha, con marca de valor I sobre el castillo de proa. Debajo, leyenda "ROMA". Está bastante desgastada, y su peso actual tras restauración es de 32.1 gr. La serie 56/2 presenta un peso medio de 44.42 gr. en el M.A.N. de Madrid, mientras que las monedas de la misma serie conservadas en el British Museum tienen un peso medio de 42.95 gr. La serie es datada por Crawford desde el 211 a.C., sin límite inferior.

La cronología que se pueda asignar a estas piezas deriva de su tipología pero también de su peso, que es de 35.2, 19.8 y 32.1 gramos, teniendo en cuenta que al menos dos de ellas están parcialmente fundidas por el calor del incendio que destruyó este sector del poblado. gramos. Tratándose en los tres casos de ases, cabe descartar las primeras emisiones, y debemos centrarnos en el as sextantal de c. 213-211 a.C. (con un peso teórico de 54.5 gr.) y en el as uncial de c. 170 (27 gr.). Hay que recordar además que entre el 194-180 a.C. se acuñó un número considerable de series con un patrón metrológico sextantal reducido basado en un as de 31.5 gr., en apariencia el más cercano a dos de nuestras monedas. En torno al 150 a.C. deja de acuñarse este tipo de bronce para no reaparecer hasta fines del siglo, siendo reducido a peso semiuncial por la *Lex Papiria* de 91 a.C. pero ya con módulo y tipos distintos (marca ELPP, etc.).

El principal problema a la hora de seguir los pesos como criterio radica en que ni las propias monedas son fiables por su corrosión y desgaste, y por haberse fundido parcialmente, ni los propios pesos teóricos fueron seguidos en su momento con algo parecido a precisión, produciéndose grandes oscilaciones (GRUEBER, 1910:87). Pese a todo, el conjunto de tres monedas debe fecharse teniendo en cuenta la de datación más reciente. Una diferencia de 50 o 60 años entre la más antigua y la más moderna no es significativa dada la enorme perduración que estos bronces parecen tener. Por ello parece razonable una datación en la segunda mitad del s. II a.C., incluso dentro del último tercio del siglo, coincidente por otro lado con la que hemos obtenido para la cerámica campaniense.

Otros hallazgos.

Algo que llama la atención de las áreas que estudiamos en el Cerro de la Cruz es la escasez proporcional de elementos ornamentales metálicos (por ejemplo fíbulas) y de otros materiales encomparación con las cantidades ingentes de restos cerámicos y de pesas de telar. Esta escasez se manifiesta también en esta categoría de "otros materiales" que engloba elementos de diverso tipo, algunos ornamentales y otros no.

· **Terracota.**

Incluimos en esta categoría un fragmento muy pequeño (2,5 cm. de longitud conservada) que podría corresponder a una figura o a un asa muy elaborada de recipiente. En apariencia, se trata de una mano humana cuya muñeca lleva una pulsera de tres vueltas, que sujeta algo. Dado el carácter fragmentario de la pieza no nos es posible precisar más. Se halló en el suelo del Dpto. AB, pero pese al cuidado puesto en la recogida de materiales, no se ha documentado el resto del objeto a que este fragmento perteneció. Creemos que ya en el momento de la destrucción del poblado en este espacio AB sólo restaba, quizá como deshecho de un objeto roto, esta pieza.

· Hueso. Asta.

Entre los objetos de hueso documentados en el Cerro de la Cruz, los hallados en la zona en estudio son los siguientes:

Tres astrágalos al parecer de ovicaprino hallados en el suelo del Dpto. O (Fig. 95.307, 308, 309). No muestran signos de un desgaste especial. Estas tres piezas, halladas juntas, son las únicas documentadas en la zona estudiada, salvo entre otros huesos en el basurero del espacio S (ver Apéndice de estudio arqueozoológico).

Tres fragmentos de agujas o punzones de hueso, en todos casos con su extremo proximal perdido. Se hallaron, rotas de antiguo probablemente, en el basurero S (Fig. 110.1047 y Fig. 115.1552), y en la zona SE del espacio AB, en el sector Norte (Fig. 137.1908, punzón de caña de hueso más que aguja, a juzgar por el tamaño. También es posible que la tercera pieza fuera un alisador o pulidor, dado que su superficie presenta un pulimento intenso y brillante causado por un roce constante o un acabado cuidadoso.

Sobre una pieza de hueso o hasta se fabricó ***el anillo*** documentado en el Departamento P (Fig. 102.682). Se trata de una pieza cuidada, formada por un cilindro hueco con un diámetr exterior de 2,1 cm. con una decoración reticulada formada mediante profundas y precisas líneas incisas.

Por último, el objeto más interesante de esta serie es un pequeño fragmento de ***peine de hueso*** decorado con incisiones, que fue hallado en el basurero S (contexto *e'*) (Fig. 122.1591). Se conserva un trozo aproximadamente rectangular de 3,2 cm. de longitud por 2,3 de altura, que abarca la parte maciza del peine y el arranque de la única hilera de púas. Ambas caras presentan una decoración finamente incisa, realizada con cierto cuidado aunque no excesiva habilidad. En ambos casos parece que se trata de espigas enmarcadas por bandas curvas en un motivo vagamente lotiforme, mejor observado que descrito. También el dorso del peine presenta líneas incisas.

No parece que en este caso, por la densidad de las púas, la delicadez del objeto y lo cuidado de la decoración, pueda proponerse para esta pieza una función de peine de tejedor, como propone BRONCANO (1989:41) siguiendo a ALFARO (1984:106). Esta pieza, como es lógico, se aparta ya notablemente de los marfiles orientalizantes estudiados por AUBET (1971, 1979, 1980) o BLANCO (1960).

En contextos cercanos en el tiempo es posible hallar algún ejemplar similar en madera, como el del Depósito votivo del s. III a.C. de El Amarejo (BRONCANO,1989:Lám. XXX y p. 38), con diferente decoración, de carácter más sencillA pero más cuidado. Más próximo en el tiempo, y fabricado en Hueso, aunque sin decoración, es el peine del Pajar de Artillo (LUZÓN, 1973:55). En su documentado estudio, BRONCANO (1989:4142) nos exime de la necesidad de recopilar de nuevo otros peines ibéricos (Puig Castellar, La Serreta de Alcoy, La Alcudia, etc.).

· Conchas.

Aunque no son frecuentes, sí aparecen en el Cerro de la Cruz algunas conchas de moluscos vivalvos de pequeño tamaño, normalmente perforadas para su utilización como colgantes. Proceden de los Dptos. O (Fig. 95.310) y espacio S (Láms. 112.1391 y 115.1603).

· Pasta.

En el Cerro de la Cruz se han documentado hasta ahora tres cuentas realizadas en pasta vitrificada:

- N.Inv.247. Corte F14, Contexto a (sobre el Dpto.O. Cuenta esférica de 1 cm. de diámetro, de color azul intenso.

- N.Inv. 246. Corte G12, Contexto a. Cunta esferoidal de 2,2 cm. de diámetro. Color gris perla.

- Cuenta agallonada en pasta mal cocida. Esferoidal. Altura, 1.7 cm. Dpto. O (Fig. 95.130).

Pequeña cuenta en pasta vitrificada traslúcida en forma de anforisco. Longitud 1,5 cm. Dpto. Ñ/E (Fig. 124.503). Tiene una pequeña perforación opara pasar un hilo en la parte que correspondería a la boca del recipiente. Corresponde a un tipo bien documentado en la orfebrería y escultura ibérica, incluyendo los colgantes de los pendientes de la Dama de Elche.

· Piedra.

Los objetos pequeños (aparte de los molinos ya estudiados), realizados en piedra puede dividirse en dos categorías:

a. Aquellos que claramente fueron utilizados como instrumentos o útiles. Muy poco estudiados en el mundo ibérico (casi como excepción, GENIS, 1984, 1985).

b. Algunas piedras que sin duda no proceden del Cerro de la Cruz por su constitución litológica, pero que se han hallado en los niveles ibéricos, sin duda traidos por la acción humana para fines que no podemos precisar. En este segundo grupo entran algunos escasos cantos rodados de cuarcita de pequeño tamaño (Espacio AB, nos. inv. 1865, 2127; Dpto. O, n.inv. 643, 644; Espacio S, n.inv. 1631, 1436, 1508, 1009, 954, 955, 956), así como dos fragmentos de posible formación estalactítica hallados en el espacio S (que no tiene ninguna significación cultual o ritual) (nos. inv. 1341, 1339).

También se halló en el Dpto. P, en la zona removida y destruida por clandestinos, una lasca de sílex de sección trapezoidal (Fig. 107.638).

Entre los objetos de piedra cuya utilización directa es más segura tenemos:

· **Pesos/fusayolas (?).**

Dpto. O. (Fig. 95.147). Piedra irregular perforada, algo mayor que una fusayola normal.

Espacio AB. (Fig. 137.1785). Piedra muy irregular, aproximadamente troncopiramidal, con perforación oblicua. ALtura, 5.5 cm.

Espacio S. (n.inv. 1250). Piedra de conglomerado, con orificio irregular de 1 cm. de diámetro. Longitud 5 cm.

· **Manos de mortero (?).**

Espacio O (interior del Aljibe). (Fig. 99.139). Mano de mortero cilíndrica de cuarcita rojiza, con desgaste en la base. Altura, 11.8 cm.

· **Alisadores/bruñidores (?).**

Dpto. Ñ/W (Fig. 128.459). Posible alisador partido.

Dpto. ñ/W (Fig. 128.437). Posible alisador de cuarcita roja. Longitud, 14.4cm. Un extremo desgastado.

Espacio AB/am. N. inv. 1886. Posible bruñidor partido, con suave desgaste en un extremo. Longitud, 13.3 cm.

ESTUDIO MICROESPACIAL DEL CERRO DE LA CRUZ.

El Sector Central.

El estudio detallado de los materiales, cerámicos y de otro tipo, de las áreas analizadas en la presente memoria, viene a confirmar los primeros estudios ya publicados (fundamentalmente, en los últimos números del *Anuario Arqueológico de Andalucía y sobre todo en Anales de Arqueología Cordobesa* (VAQUERIZO, QUESADA, 1989b; VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a; 1992b, 1994; VAQUERIZO *et alii* 1994a).

En realidad, para poder progresar significativamente en la interpretación de las zonas excavadas es imperativo continuar los trabajos de campo en dos direcciones: completar la excavación de los espacios y Departamentos que todavía se hallan solo parcialmente excavados, para abordar su estudio detallado, y sobre todo obtener, mediante la apertura de nuevas áreas de excavación, una mejor visión de la estructura urbanística del poblado (calles, manzanas) y contrastar nuestra hipótesis básica de que nos hallamos en un áea fundamentalmente "industrial" y de almacenaje por oposición a una zona, más al este, donde por diversos motivos creemos que se encuentran casas con esructura y materiales diferentes, propios de habitación.

Entretanto, es sin embargo posible realizar algunas consideraciones sobre los materiales y estructuras, cuyo estudio tipológico ha sido objetivo fundamental de este trabajo. Creemos que se ha comprobado que en efecto los espacios P, Ñ/E y Ñ/W son dependientes del área de trabajo O, y que posiblemente un segundo piso, hoy perdido, completara esta compleja estructura en la que, recordemos, se han hallado molino, rebancos y aljibe, pero no un hogar. En especial, parece claro que, por el pedominio de vasos grandes de almacenamiento, el Dpto. P guardaba buena parte del grano que se iba a moler a, o que regresaba molido de, el Dpto. O. Más imprecisa e incluso contradictoria resulta la función de la "trastienda" Ñ, a su vez compartimentada en dos espacios menores, donde el material predominante son las pesas de telar.

Algunos gráficos ya publicados en versión previa, y que recogemos aquí (Figs. 82-86) expresan claramente lo que hemos dicho. En la Fig. 82 se muestra la escasez de vasos en Ñ, el enorme predominio numérico de las formas abiertas pequeñas y la extrema escasez de formas abiertas grandes. Ahora bien, mientras que O y P cuentan aproximada-

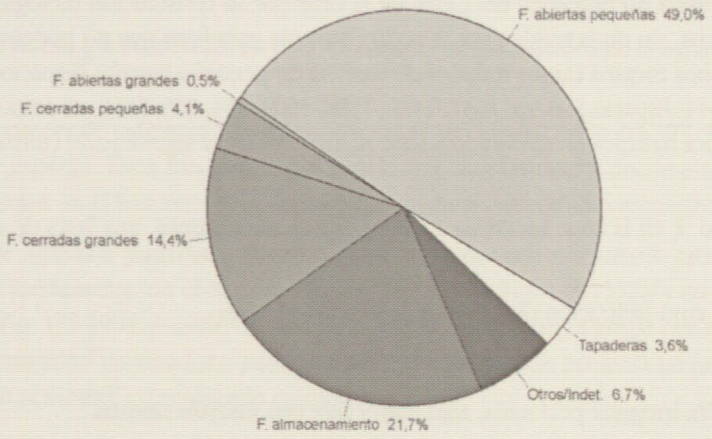


Figura 82. Departamento "P". Clases de cerámica. Cerro de la Cruz.

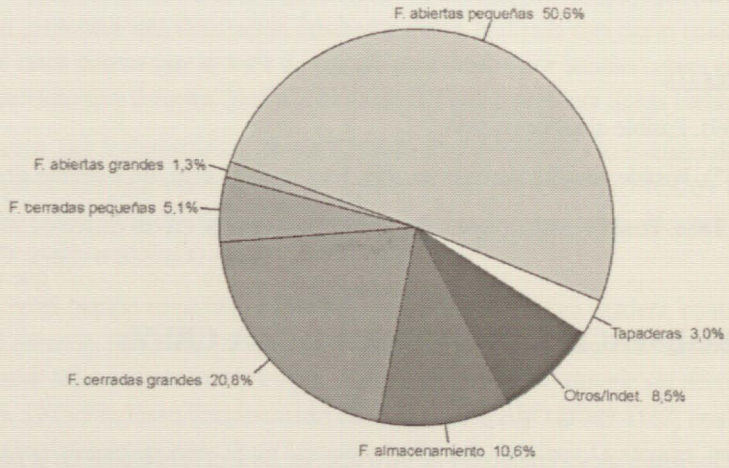


Figura 83. Departamento "O". Clases de cerámica. Cerro de la Cruz.

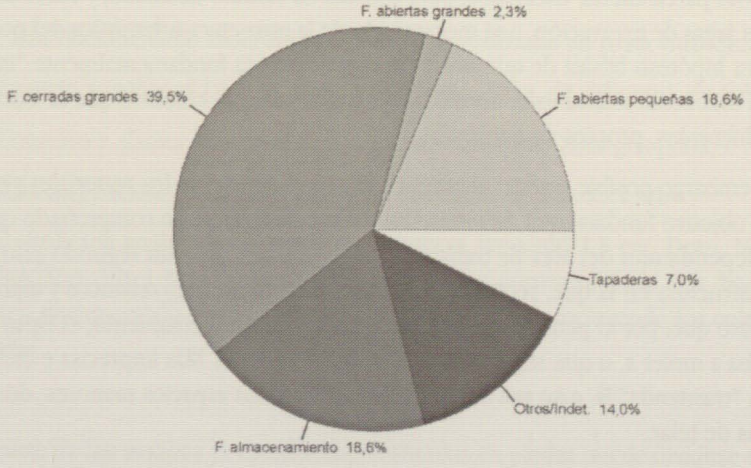


Figura 84. Departamento "Ñ". Clases de cerámica. Cerro de la Cruz.

mente con el mismo número de formas abiertas pequeñas, de formas cerradas pequeñas y de tapaderas, parece que O tiene bastantes más formas cerradas medianas, mientras que P guardaba bastantes más formas de almacenamiento,que además ocupan mucho más espacio para un número dado de vasos.

En todos los espacios estudiados, la concentración de recipientes cerámicos (cerca de 500 vasos diferentes), y de otro tipo de materiales es tal que apenas debió dejar espacio para el movimiento de personas, y mucho menos para actividades como el sueño o la cocina. Sólo los grandes recipientes (ánforas, tinajas, lebrillos) debieron ocupar la mayoría de los aproximadamente 37 metros cuadrados útiles que suman las tres estancias, incluyendo la cubierta de madera del aljibe. Como ya hemos indicado, buena parte de las formas de menor tamaño debieron estar depositadas, a juzgar por la posición en que aparecieron, en estanterías, toda vez que los platos carecen de perforaciones que permitan su sujección directa a la pared, modo clásico de disponer estos vasos de abiertos.

En concreto, y a título de ejemplo, los diez ejemplares de lebrillo de gran tamaño hallados completos en el Dpto. O (o hasta 15 contando los fragmentos de otros) debieron estar vacíos y apilados de alguna manera, porque si no hubieran ocupado, por sí solos, buena parte del espacio físico disponible, ya escaso por la presencia del aljibe, molino y plataforma central. Con un diámetro medio de 45 cm., estos diezquince vasos (mínimo) ocuparían una superficie, colocados lado a lado, de entre 2 y 2,5 m de un total de 12,5-13 m^2 disponibles, incluyendo toda la superficie de la estancia. Si a esto añadimos el espacio ocupado por el molino (1 m^2), las dos plataformas (2 m^2), la pileta (0,2 m^2) y todo el resto del conjunto de cerámicas, y el espacio mínimo para maniobrar trabajando, queda claro que no hay espacio para dormir o vivir.

Estos depósitos de grandes vasos llegan a ocupar, como se ha visto, la mayor parte del espacio disponible de ciertas estancias (O, P), si no la totalidad (Dpto. L, no analizado en esta Memoria) , mientras que en otros departamentos son un elemento más pero no el predominante ni por el volumen que ocupan ni proporcionalmente con respecto a otro tipo de piezas (AB, AA, AD en el Sector Norte) De todos modos, debemos recordar que en ciertos casos algunos de estos "almacenes" debieron ser sótanos o semisótanos más que estructuras a nivel del suelo de vivienda, caso de los conjuntos de la estancia L y quizá de AI con acceso a través de trampillas en el suelo o algún medio similar.

La presencia de materiales no cerámicos en los Departamentos O, P y Ñ es escasa, pero presenta algunas contradicciones. En un área que parece estar destinada sobre todo a la molienda de grano, puede que no llame la atención la presencia de alcotanas, arrejadas u hoces, pero sí resulta algo más chocante la aparición de una jabalina, o sobre todo la de un gran número de fusayolas y pesas de telar.

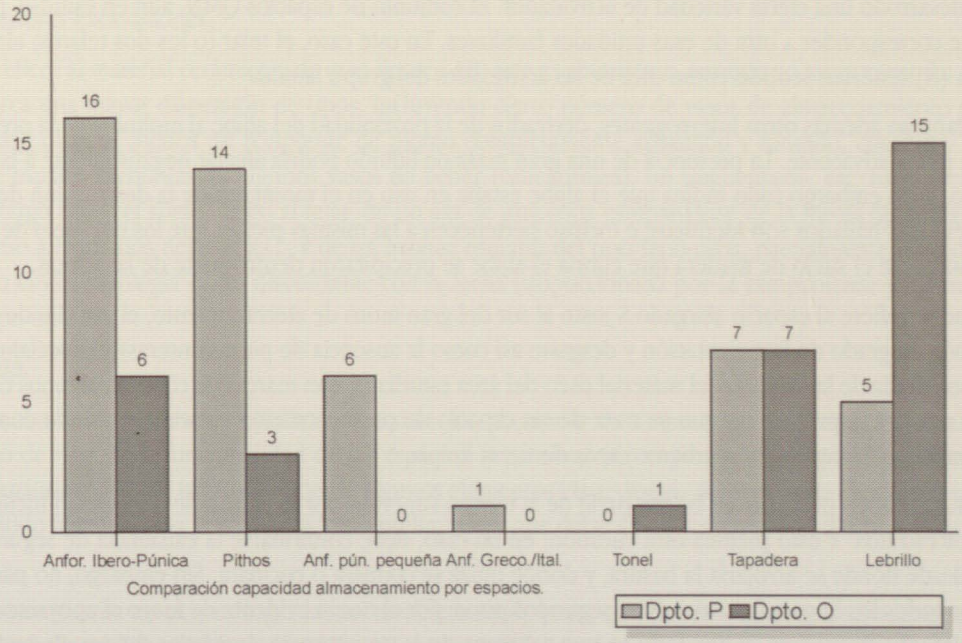


Figura 85. Formas de almacenamiento departamentos O y P. Cerro de la Cruz.

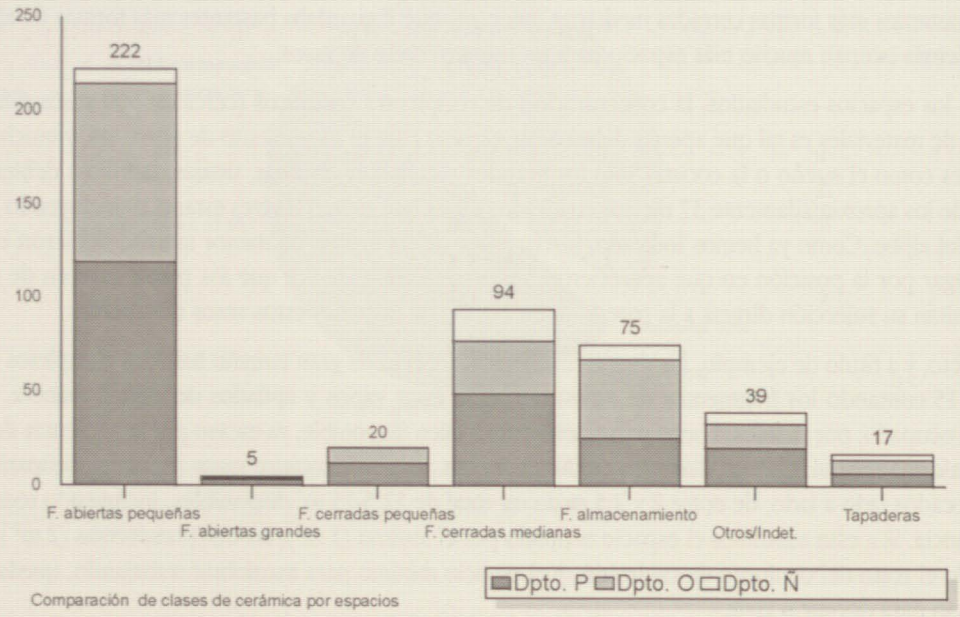


Figura 86. Clases cerámicas en los departamentos O, P, Ñ. Cerro de la Cruz.

En efecto, una reflexión detalladá obliga también a matizar e introducir interrogantes, en un cuadro que hasta ahora es simplista. Si las actividades del Dpto. O se centraban en la molienda de grano, tal y como se deduce del molino harinero y de las abundantes leguminosas halladas junto a él (ver Apéndice de estudio carpológico), y si este grano y harina se almacenaban en los grandes recipientes del Dpto. O ¿qué sentido tiene entonces la aparición de materiales completamente distintos, destinados a actividades diferentes, y procedentes según parece de varios talleres, almacenados en el Dpto. Ñ (pesas de telar)?.

Si nos halláramos en un área de almacenamiento comunal, esta diversidad parecería absurda, puesto que sería más lógico hallar espacios monofuncionales, destinados cada uno a una actividad concreta. De este modo, quizá la propuesta más aceptable sea la de que nos hallamos ante una serie de estancias utilizadas por una unidad de tipo familiar que desarrolló una cierta variedad de actividades. El conjunto de espacios QMN, aún en estudio, podría hipotéticamente corresponder a otra de esas unidades familiares. En este caso, el telar (o los dos telares) almacenados en la trasera (Ñ) tendrían sentido como otra de las actividades del grupo familiar.

Se nos plantean además otros interrogantes, derivados de la proximidad del aljibe al molino y de la presencia de una pequeña pileta adyacente. La presencia de una gran masa de líquido podría afectar negativamente a la conservación del grano, y sin embargo todo indica que el aljibe estaba en uso en el momento de la destrucción del edificio. Los materiales en él hallados son identicos, e incluso pertenecen a las mismas piezas, que los del suelo de la habitación. Sólo al hundirse el suelo de madera que cubría el aljibe se precipitaron dentro parte de las piezas.

Por lo que se refiere al espacio alargado S justo al sur del gran muro de aterrazamiento, el estudio de los materiales (sobre todo su grado de fragmentación y desgaste así como la ausencia de piezas enteras) y especialmente la aparición concentrada de la mayoría del material óseo del área estudiada, con marcas de corte en algunos casos, nos confirma en nuestra impresión de que se trata de un espacio de paso o callejón estrecho utilizado como basurero y periodicamente "higienizado" mediante capas de tierra limpia.

Estas basuras deben proceder en buena parte de la terraza superior, por el patrón de deposición inclinado que presentan los estratos. Y esto plantea otra cuestión: en tal caso, debe confirmarse la existencia de segundas plantas o azoteas desde donde se arrojaría la basura, y donde quizá se comiera o cocinara. Sin embargo, no parece muy probable que todos los hogares estuvieran en segundos pisos, por el riesgo evidente de fuego al apoyarse en suelos fundamentalmente de madera, y por todo lo que sabemos de la arquitectura doméstica ibérica en Andalucía y otras áreas. Por tanto, el recursos a "segundos pisos" no explica por completo la ausencia de hogares en el sector estudiado.

El Sector Norte.

Si el Sector Central requiere todavía de trabajos de excavación para resolver algunas cuestiones y completar rstancias, las dificultades en el Sector Norte son aún más agudas porque sólo un espacio (AB) se ha excavado por completo.

Al norte de la calle pavimentada AE (dirección EW, siguiendo las curvas de nivel) se alinean, según hemos dicho ya en otra parte de este estudio, cuatro espacios rectangulares, que se han designado, de Oeste Este, como AA, AB, AC y AD. Como la roca natural del cerro presentaba una superficie muy irregular, los pobladores ibéricos se limitaron a retallarla lo menos posible para conseguir suelos horizontales y superficies donde asentar los muros. Esta ley del mínimo esfuerzo determinó que los suelos de las estancias estén a diferentes alturas, siendo AB la más hundida de todas.

Creemos probable que el único espacio excavado completo (AB) sea un espacio abierto patio con una casa detrás, antes que un espacio cerrado.

Nuestra idea se fundamenta en las propias dimensiones del espacio (5x3,2 m.), la anchura de la puerta de acceso (ancho de 2,40 m.), la ubicación de los materiales conservados *in situ* (molino, probable telar) y el hallazgo de un amontonamiento de adobes dispuestos para una obra hacia el centro de la estancia. Incidentalmente, la forma en que parte de estos adobes están caidos parece proporcionarnos la secuencia de la destrucción del edificio: primero se derrumbó el muro 52 (Sur), y luego el 65 (Norte), arrastrando los adobes superiores del apilamiento sobre el derrumbe del muro 52. No hay posibilidad alguna de que estos ladrillos correspondan al derrumbe de alguno de los muros.

El hecho de que AB sea además el único espacio al mismo nivel que la calle nos reafirma en nuestra idea de que pudiera tratarse de un patio con tres actividades documentadas: un molino en el ángulo Suroeste, lejos de la puerta; un telar de 40 pesas en el ángulo Sureste, y un almacenamiento temporal de materiales de construcción en el centro y hacia el fondo del área, hasta donde se podría llegar con un carro.

A todo esto cabe añadir el peculiar sistema de cierre del espacio por el Norte. En efecto, justo tocando el perfil Norte del sector ha aparecido el muro 65, de peculiar estructura. Tres grandes piedras talladas en forma de paralelepípedo y espaciadas a intervalos solo aproximadamente regulares (2.00 y 2.20 m.) sirven de tirantes a sendos lienzos de piedra pequeña e irregular pero cuidadosamente colocada. El lienzo al Este se conserva, aunque bastante alterado por uno de los hoyos medievales que también destruyó parte del Muro 67, mientras que el Occidental ha desaparecido casi por completo, quedando solo tres piedras de la primera hilada del zócalo, asentadas sobre la roca. La ausencia de restos del muro derrumbado al interior de la habitación, junto con otras consideraciones que resultaría prolijo detallar aquí, nos hacen pensar que este muro, que trae a la memoria imagenes de técnicas similares de origen semita, no es el cierre final de esta gran estancia de amplia puerta, aunque tal hipótesis deba esperar, para ser contrastada, a ulteriores excavaciones.

Por lo que se refiere al material cerámico y de otro tipo en AB, éste es abundante, aunque no tanto como en el Sector Central, y abarca una mayor dispersión de tipos, incluyendo cierto número de vasos de almacenamiento (grandes tinajas pintadas), ollas, al menos un recipiente de plomo completamente aplastado y fundido, cuerdas y posibles recipientes de esparto carbonizado, algunos vasos de beber (caliciformes), un unguentario, etc. Es especialmente notable el hallazgo sobre el suelo, junto al telar, de un asa de una copa campaniense de la forma 68 de Lamboglia, datable en torno a mediados del s. II a.C., y de un bronce romano del tipo Jano-proa, parcialmente fundido por el incendio, pero cuya cronología no es discordante con la fecha proporcionada por la campaniense y los materiales ibéricos, de tipo tardío.

Recapitulación.

Lo dicho hasta ahora nos permite una primera aproximación al estudio de conjunto de los Sectores Central y Norte desde el punto de vista de la funcionalidad de los espacios. A continuación expondremos algunas consideraciones resultado del análisis global de la distribución de algunos elementos clave dentro del área hasta ahora excavada, que nos han permitido formular una serie de hipótesis preliminares que deberán contrastarse en ulteriores excavaciones en área.

Han de tenerse en cuenta en primer lugar las zonas abiertas y de paso, que deben a su vez subdividirse según sus características peculiares. Las posibles calles AE y AH, pavimentada la primera con una gran cantidad de fragmentos cerámicos apisonados, apenas han dado material, y parecen haber conservado su carácter de zona de tránsito hasta la destrucción del yacimiento. En cambio, el espacio S ubicado al sur del gran muro 25, y en menor medida el espa-

cio G, parecen haberse utilizado durante un periodo de duración todavía indeterminada como basureros, según se desprende de la alternancia de capas de tierra suelta cenicienta con abundante materia orgánica con capas de tierra arcillosa limpia, utilizada quizá para higienizar los depósitos de basura. De hecho, la tierra limpia es casi estéril, mientras que las capas de tierra cenicienta, que en el espacio S buzan hacia el sur como si se hubieran arrojado desde la terraza superior, han proporcionado numeroso material óseo de fauna (ver Apéndice) y bastante material cerámico y de otro tipo (alguna fusayola, fragmentos de un peine, etc.).

Desde el punto de vista del material mueble asociado a estructuras que impliquen actividad doméstica y/o artesanal, resultan aún más interesantes las estancias cerradas, que nos ofrecen una acumulación de estructuras de trabajo y de material cerámico y de otro tipo que llama la atención por su gran volumen y abigarramiento, aunque nuestro caso no parece excepcional según se desprende de otros trabajos recientes realizados en otros hábitats con destrucción violenta, como El Castellar de Herrera (Aragón) (BURILLO, SUS, 1986), el Puntal dels Llops (Valencia), (BERNABEU *et alii*, 1986) o Mas Boscà (Barcelona), (JUNYENT, BALDELLOU, 1972).

No es tan claro el panorama como en otros yacimientos, donde las casas de una sola habitación parecen destinarse a una actividad unica que exige mucho espacio, y las de dos o tres habitacione se asocian a la dualidad vivienda/trabajo. Este es el caso, enunciado explicitamente, de Puig Castellet (Gerona) (PONS, LLORENS, 1991:98).

Los materiales muebles guardan una cierta coherencia en su distribución, como se desprende del menor número de piezas en los espacios de paso (salvo cuando el derrumbe de techos y paredes ha arrastrado las piezas) y de aspectos más concretos como la separación de depósitos de vasos de almacenamiento de los de pesas de telar, o la asociación de fusayolas y pesas de telar ya comentada. Del mismo modo, resulta coherente que en las zonas de basurero y/o paso aparezcan algunas piezas de esos tipos pero con carácter aislado en comparación con las estancias cerradas.

Junto con los materiales muebles hay que tener en cuenta una amplia serie de estructuras que reflejan actividades artesanales distintas, y que enriquecen y complican el panorama. Así por ejemplo, en el Cerro de la Cruz son muy abundantes los aljibes excavados en la roca, no sólo en el exterior de las estancias (conocemos al menos cuatro visibles en distintos puntos del cerro), sino también dentro de los departamentos.

Ninguna de las dos soluciones es excepcional en el mundo ibérico: gran cantidad de aljibes aparecen dispersos en el Castellar de Meca en Valencia, y están perfectamente documentados con una tipología muy similar a la del Cerro de la Cruz en la Ampurias helenística. La capacidad de los aljibes exteriores, de hasta 8 metros de eje mayor y profundidad indeterminada pero mayor de cuatro metros parece en general superior a la de los aljibes interiores, que en los dos casos hasta ahora documentados alcanza unos ocho metros cúbicos. Que el contenido de estos aljibes era líquido se desprende claramente de su forma, de sus detalles constructivos (rebanco de decantación en el fondo) del revestimiento hidráulico de sus paredes (en los aljibes de interior) y sobre todo del canalillo de plomo que, colocado en la esquina SW del aljibe de la estancia Q, debía actuar como desagüe o rebosadero. Por lo que se refiere a su método de cubrición, nada sabemos sobre los aljibes exteriores (salvo que no hay restos de arranques de bóvedas), pero podemos indicar que en la zona excavada uno de ellos (estancia Q) estaba cubierto por grandes lajas de piedra que dejaban un espacio cuadrangular en el centro, mientras que el de la estancia O debió estar cubierto con planchas de madera, a juzgar por los restos de vigas calcinadas hallados en su interior y la ausencia de lajas de piedra.

Otros elementos relativamente frecuentes son los molinos, de los cuales hemos podido documentar dos completamente *in situ* (estancias O y AB) y otro ligeramente desplazado (estancia AI), además de numerosos fragmentos desplazados e incluso reutilizados en muros medievales muy posteriores (estancia AB, muro 54). Con una tipología muy tardía, se asienta el macho fijo de forma troncocónica sobre una plataforma circular de piedra y adobe con un canalillo perimetral en el que caía la harina. La hembra móvil en forma de gran anillo ha aparecido en los tres casos rota junto al macho. Es curioso que el molino del Dpto. O se colocara casi en el paso obligado entre las estancias O y P, frente a una puerta perfectamente documentada, en una posición necesariamente incómoda. En cambio, el molino del Dpto. AB, situado en una esquina de la habitación opuesta a aquella en la que según hemos visto debió colocarse un telar resulta más lógico. En cambio, no hemos localizado en dicha estancia los restos de grano a punto de ser molido que se recuperaron en la habitación O. La localización de hasta siete molinos en un espacio menor de 600 metros cuadrados indica una considerable actividad de molienda.

En ninguno de los recintos hasta ahora excavados hemos podido documentar hogares, hecho significativo desde el punto de vista de la funcionalidad que se deba adscribir a estas estancias. Ni hay plataformas de adobes quemados por la acciópn constante y repetida del fuego de un hogar, ni superficies de adobe y cerámica machacada, ni otros restos de este tipo que denuncien la existencia de esta estructura fundamental en la unidad de vivienda.

En conjunto, y para tratarse de un poblado datable en la segunda mitad del s. II a.C., sus materiales presentan por lo general un aire puramente "ibérico" y bastante "antiguo", mucho más que en contextos contemporáneos de Sevilla (CAMPOS CARRASCO, 1986), Córdoba, o incluso Levante o Cataluña (GARCÍA ROSELLO, 1992). Así por ejemplo, el cambio a un contexto fundamentalmente de ceramica romana se da en Sevilla en los niveles 22-20 de Argote (CAMPOS 1986:41, Fig. 17). En Almedinilla, en ese momento el porcentaje de ceramica indígena es casi del 100%. Al tiempo, el porcentaje de Campaniense en el Cerro de la Cruz es mínimo en comparación con el de contextos contemporaneos en Corduba.

Cabe indicar por otro lado que, aunque hay una amplia variabilidad regional en los tipos cerámicos a lo largo de todo el desarrollo de la Cultura Ibérica , se advierte en esta fase crepuscular del mundo ibérico una cierta comunidad de ideas y una gran permeabilidad tipológica, de modo que es posible hallar paralelos muy próximos en forma y decoración para algunos tipos (p. ej. tapaderas, vasos verticales, etc.) en lugares tan alejados de la Subbética como Teruel, Valencia y Extremadura, según se ha visto en los análisis particulares.

Se se aprecia en los materiales -cerámicos sobre todo- una interesante mezcla de influencias que incluye elementos propios de la Bastetania junto con otros de influjo púnico y turdetano, amén de lo que parecen ser producciones locales propias, muchas de las cuales eran hasta ahora desconocidas en la cerámica ibérica andaluza.

En efecto, el significado cultural de los materiales que hemos presentado es de sumo interés, en tanto que el yacimiento, situado como ya hemos dicho en alguna ocasión en territorio bastetano limítrofe con la Turdetania, presenta además de una considerable personalidad propia, producciones que podrían considerarse propias del ámbito punicizante de la zona del Genil (Alhonoz, incluso Osuna) y aún más al Sur, junto con otras de clara raigambre bastetana de la zona granadina (Baza, Toya), y por fin otras cuyos mejores paralelos los encontramos en la zona sevillana (Pajar de Artillo, Cerro Macareno). La influencia de materiales punicos y punicizantes es en este contexto especialmente fuerte, y su influencia formal muy intensa. Con todo, no hay que olvidar que el peso comparativamente muy fuerte de los paralelos turdetanos (Pajar de Artillo, Cerro Macareno, Osuna...) deriva quizá de la escasez de excavaciones en poblados de Baja Epoca de la Alta Andalucía, problema con el que ya en su momento tropezó J. Pereira (p. ej. PEREIRA, 1989a:156). Se aprecian tambien paralelos notables con el área extremeña, que en este caso son explicables por la influencia de cerámicas turdetanas en aquella región.

La ubicación del Cerro de la Cruz en una zona fronteriza facilitaría sin duda esta conjunción de influencias, ampliadas además con la recepción de materiales aún más alejados (ánforas de producción gaditana, jarra ampuritana) y otros extrapeninsulares (cerámica campaniense).

La impresión de "cosmopolitismo" que esta ennumeración podría causar es sin embargo exagerada. La proporción de cerámica campaniense o de ánforas gaditanas es ínfima, en comparación incluso, como se ha dicho, con la de yacimientos de la misma época en el Guadalquivir. De hecho, quizá lo más notable del yacimiento sea su ambiente plenamente ibéricobastetano en un momento en que los romanos dominaban la región, desde los puntos de vista militar y político, desde hacía casi un siglo. La impresión que dan los materiales cerámicos coincide con la que se deduce de la propia ubicación topográfica del poblado o de las estructuras arquitectónicas, aunque choca también con elementos (aljibes ovales de tipo helenístico, molinos de rotación, tuberías) que indican una clara sofisticación, herencia quizá de tradiciones púnicas más que helénicas, llegadas desde el Sur.

De hecho, lo notable del Cerro de la Cruz es el mantenimiento hasta esta época de una cultura propiamente indígena, apreciable también en otros yacimientos cercanos hasta época incluso flavia (como en el Cerro del Minguillar, en Baena (MUÑOZ AMILIBIA, 1987) o en el propio Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar, excavado en el marco de nuestro proyecto. Estas conclusiones coinciden con las propuestas que fueron avanzadas hace ya más de una década por BENDALA (1981:4042).

Por lo que se refiere a la creación de una Tipología de materiales, creemos que la cerámica presentada aquí, buen reflejo del conjunto total documentado en las excavaciones, habla con más claridad que cualquier comentario. En la práctica, contamos con lo que es, probablemente, el mayor y más completo conjunto de que actualmente se pueda disponer en Andalucía, y por tanto consideramos que reúne gran importancia.

Tanto en formas como en patrones de decoración pintada cuando la hay la cerámica del Cerro de la Cruz manifiesta una clara diferenciación con las cerámicas más antiguas (ss. VIII a.C.), tanto del ámbito bastetano (Baza), del bastetanooretano (Cástulo) como del turdetano (niveles antiguos del Cerro Macareno).

Una comparación de las formas aquí expuestas con el resumen tipológico publicado por J. PEREIRA (1988b) permite comprobar que prácticamente ninguna de las formas del Cerro de la Cruz ofrece paralelos cercanos con los tipos

anteriores al s. III a.C. recogidos por Pereira. Un número mayor de tipos deriva claramente de aquéllas, pero la mayoría de ellos no decorados está ausente tanto en dicha clasificación como en la realizada por ESCACENA (1987b). De hecho, hay Grupos Formales completos de Pereira que no se documentan en el Cerro de la Cruz, incluso entre los platos y ollas. Todo ello parece confirmar que la vajilla ibérica del s. II a.C. es ya sustancialmente diferente de la anterior al s. III a.C.

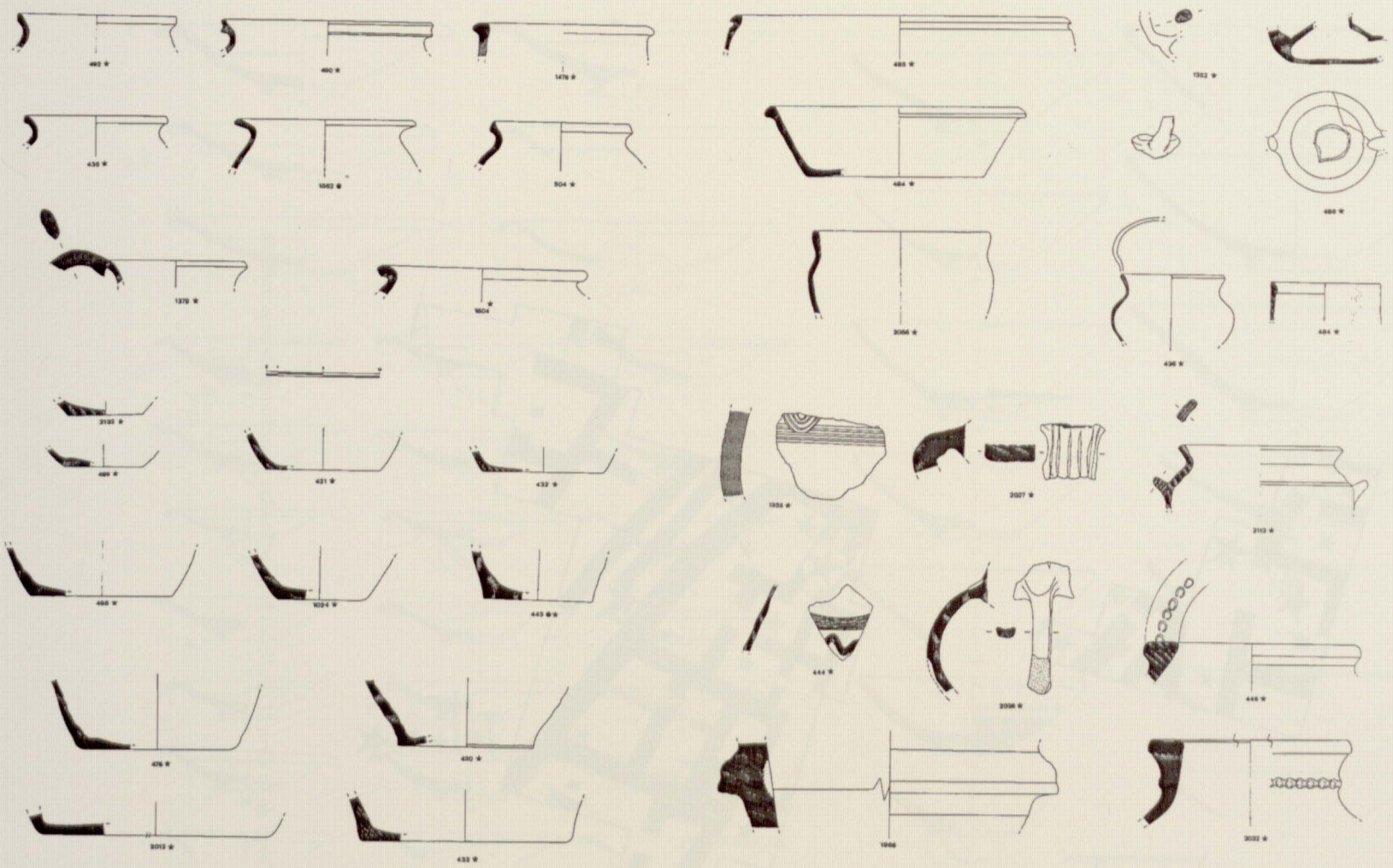


Figura 87. Cerro de la Cruz. Cerámica medieval islámico, en ritos intrasivos en el Sector Norte, objeto de estudio aparte.

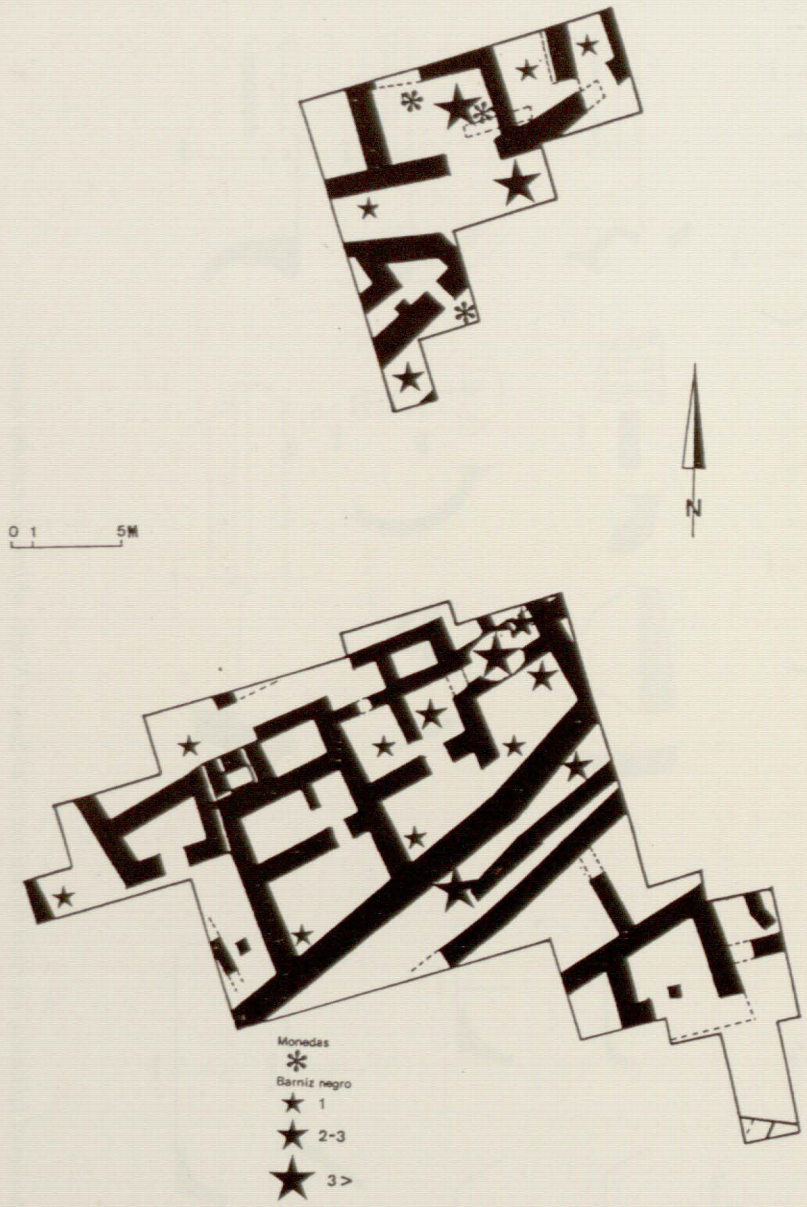


Figura 88. Cerro de la Cruz. Localización de monedas y cerámica de importación.

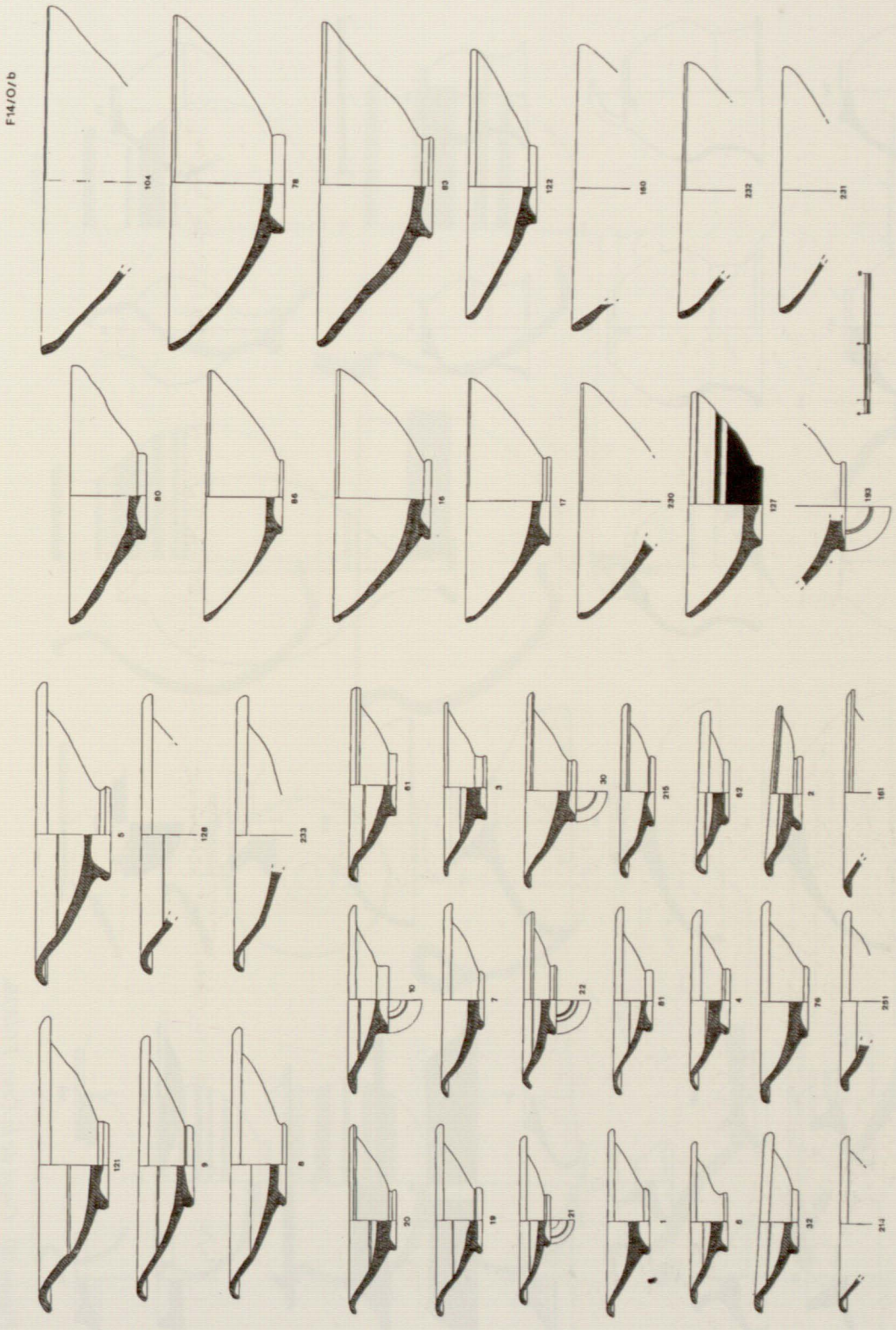


Figura 89. Cerro de la Cruz. F14.O/b.

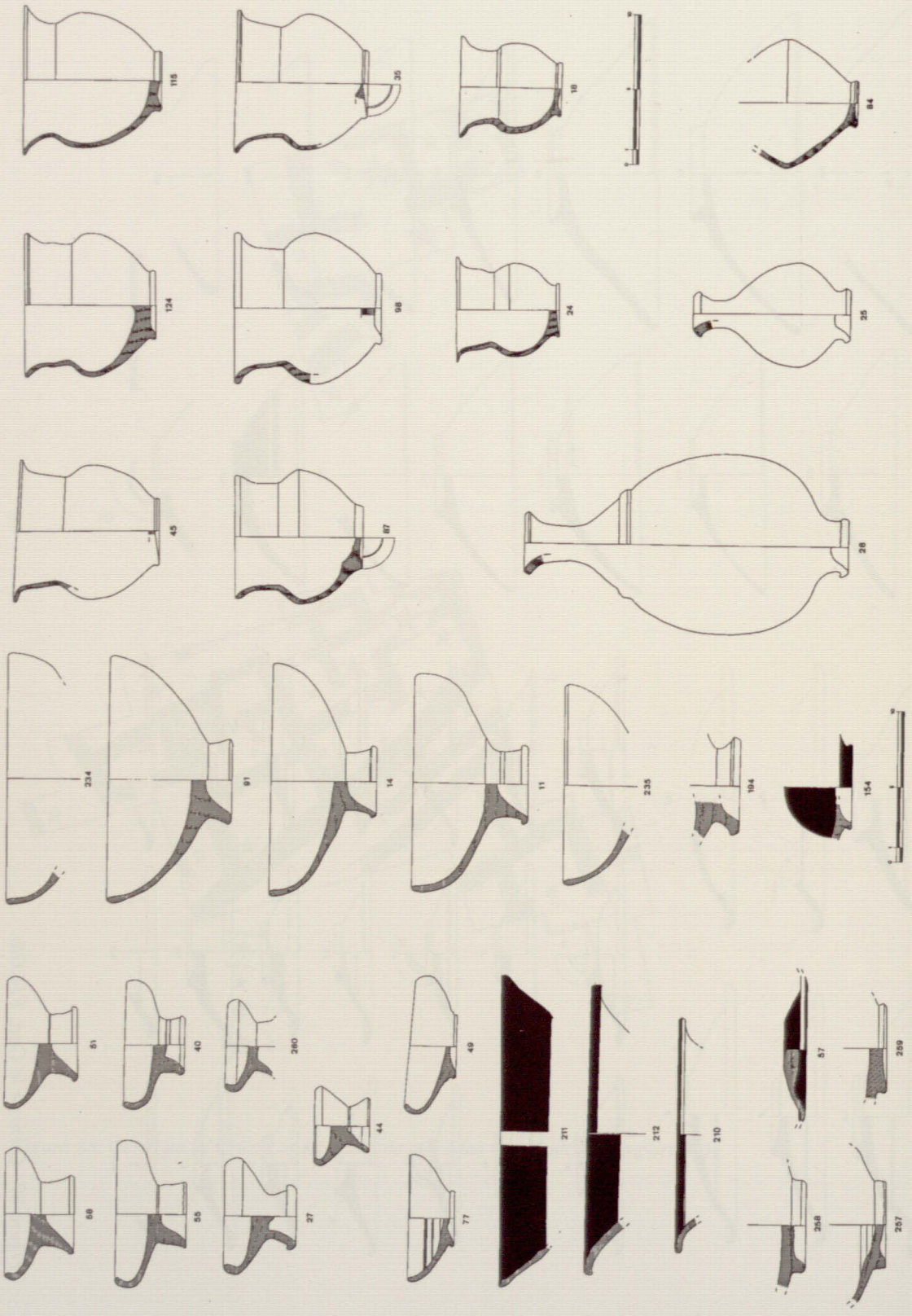


Figura 90. Cerro de la Cruz. F14/O/b.

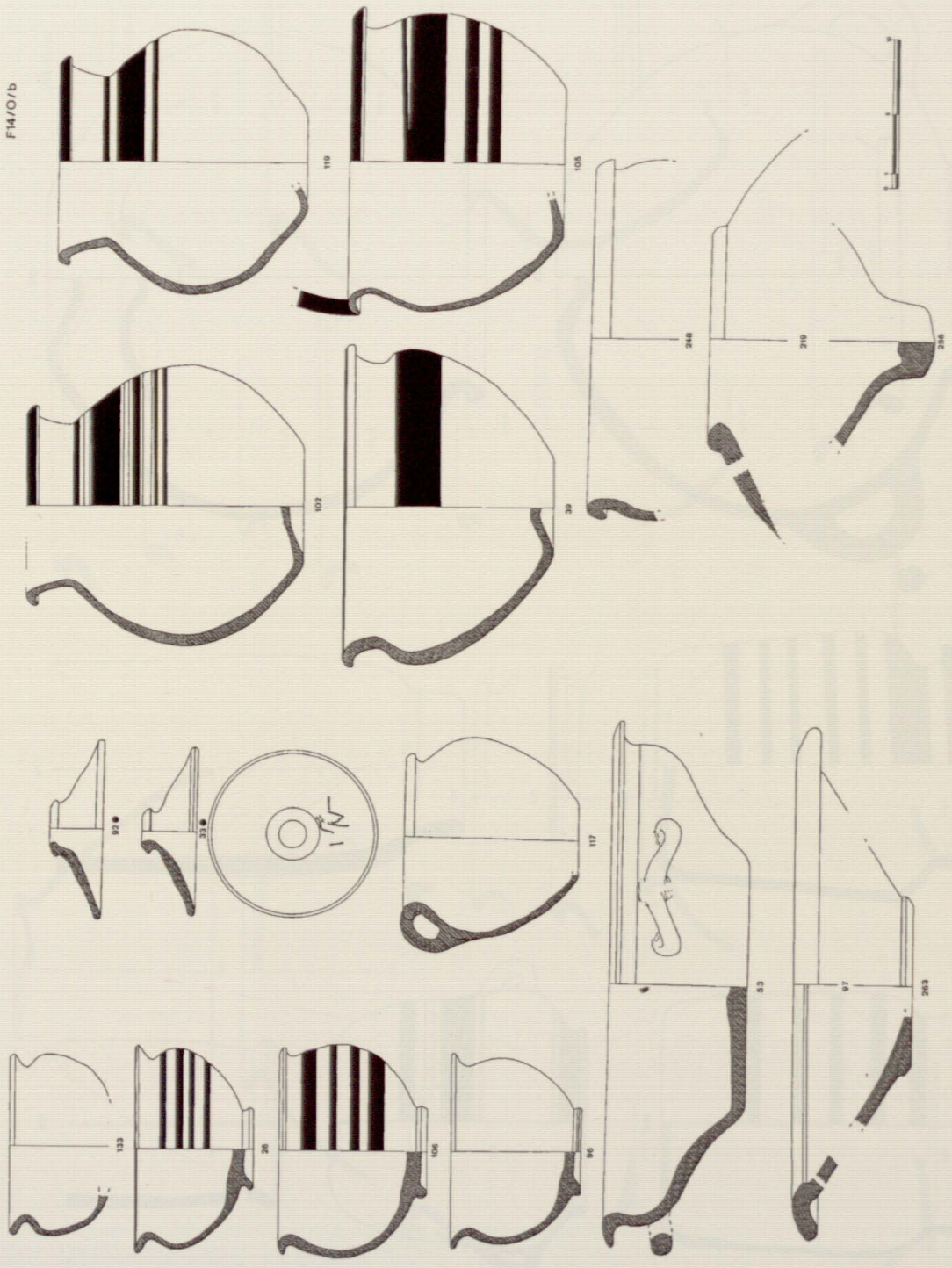


Figura 91. Cerro de la Cruz. F14/O/b.

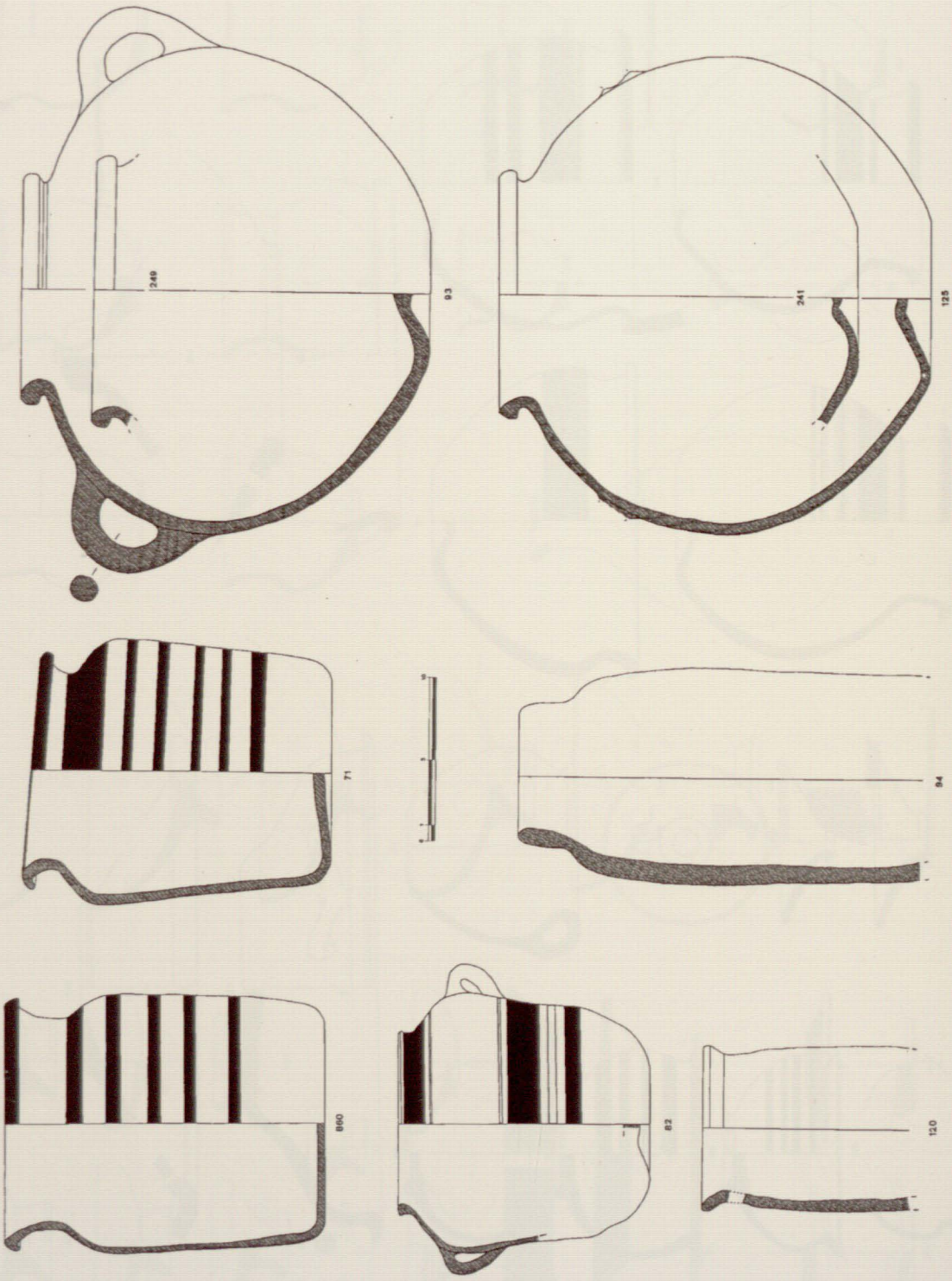


Figura 92. Cerro de la Cruz. F14/O/b.

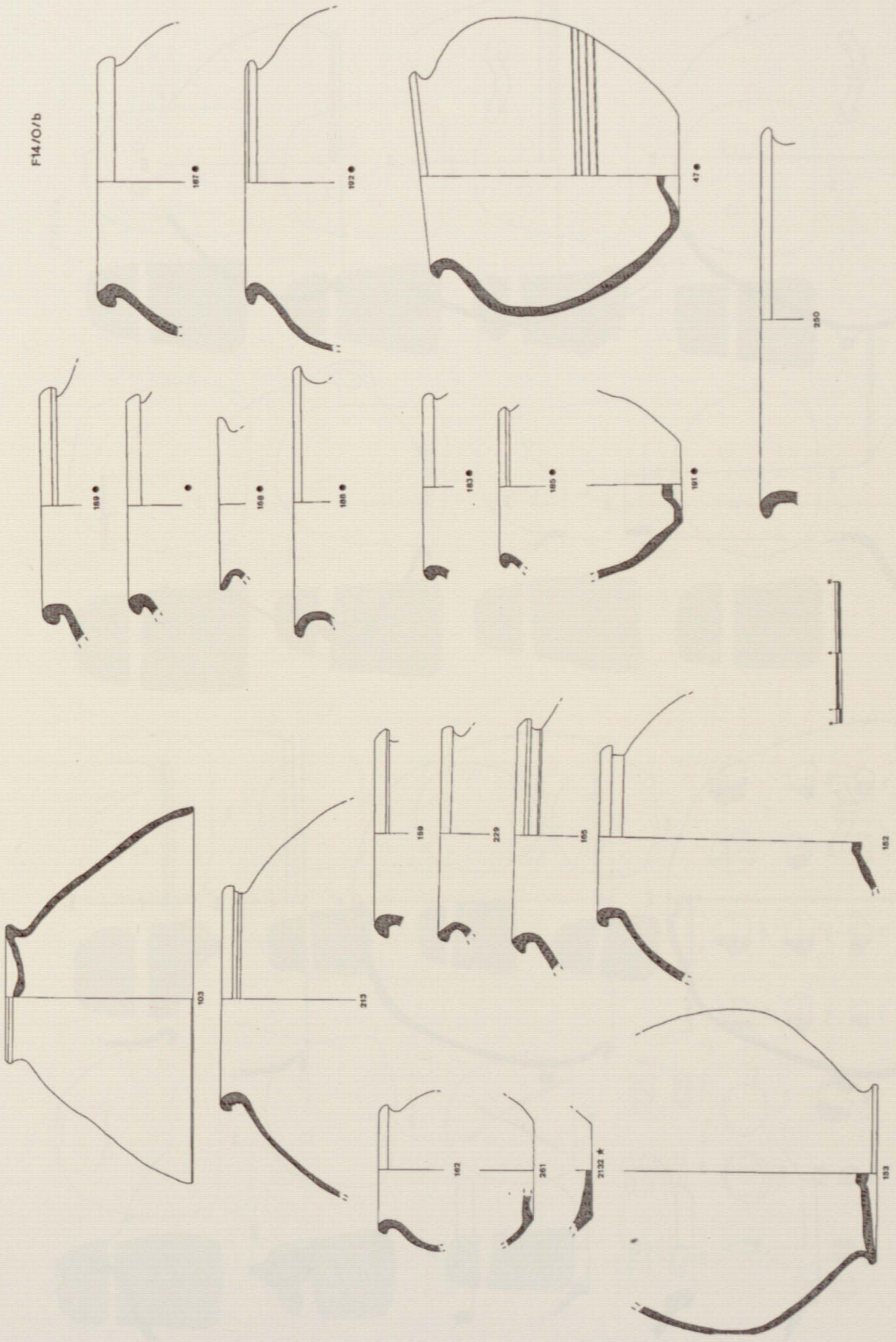


Figura 93. Cerro de la Cruz. F14/O/b.

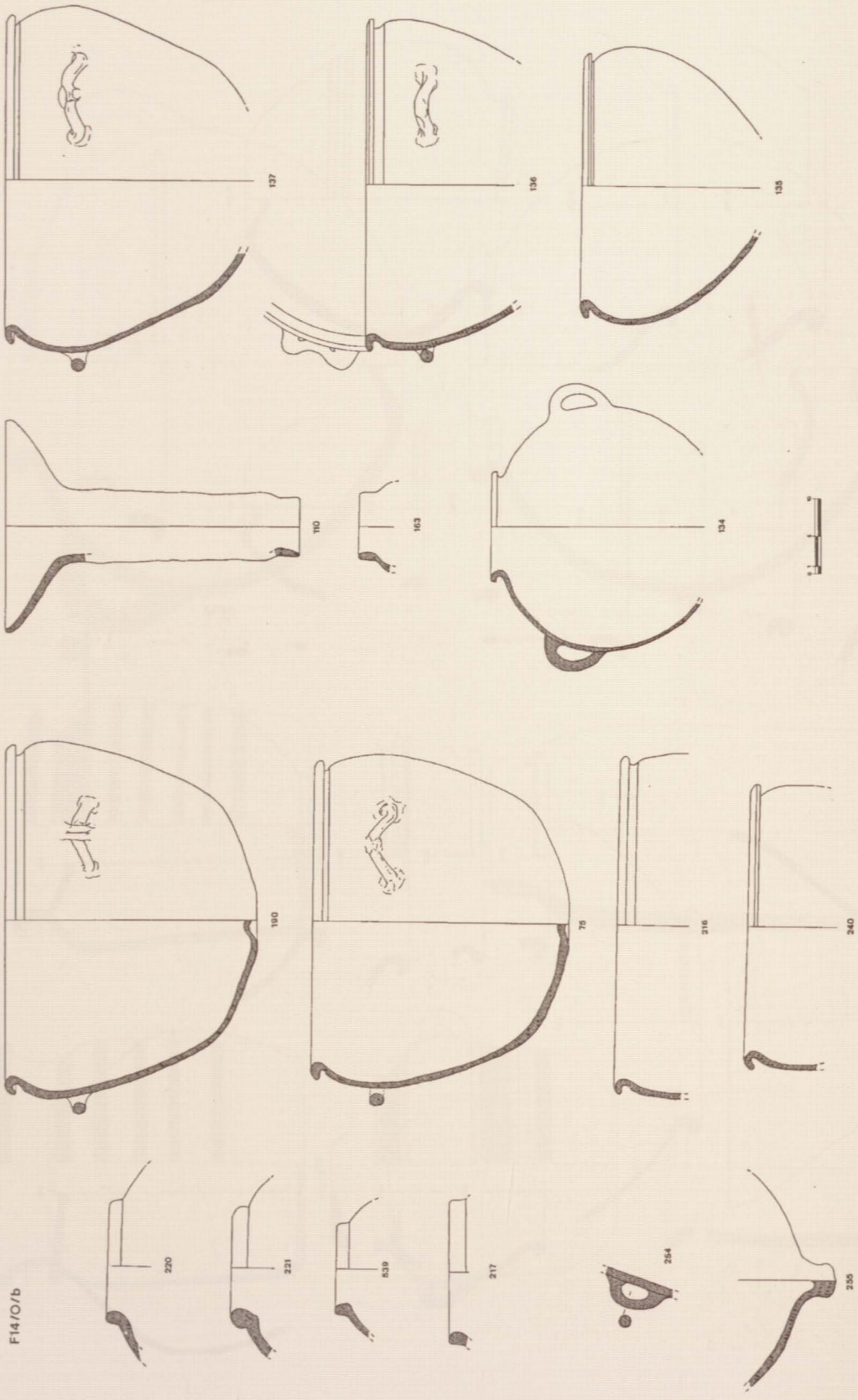


Figura 94. Cerro de la Cruz. F14/O/b.

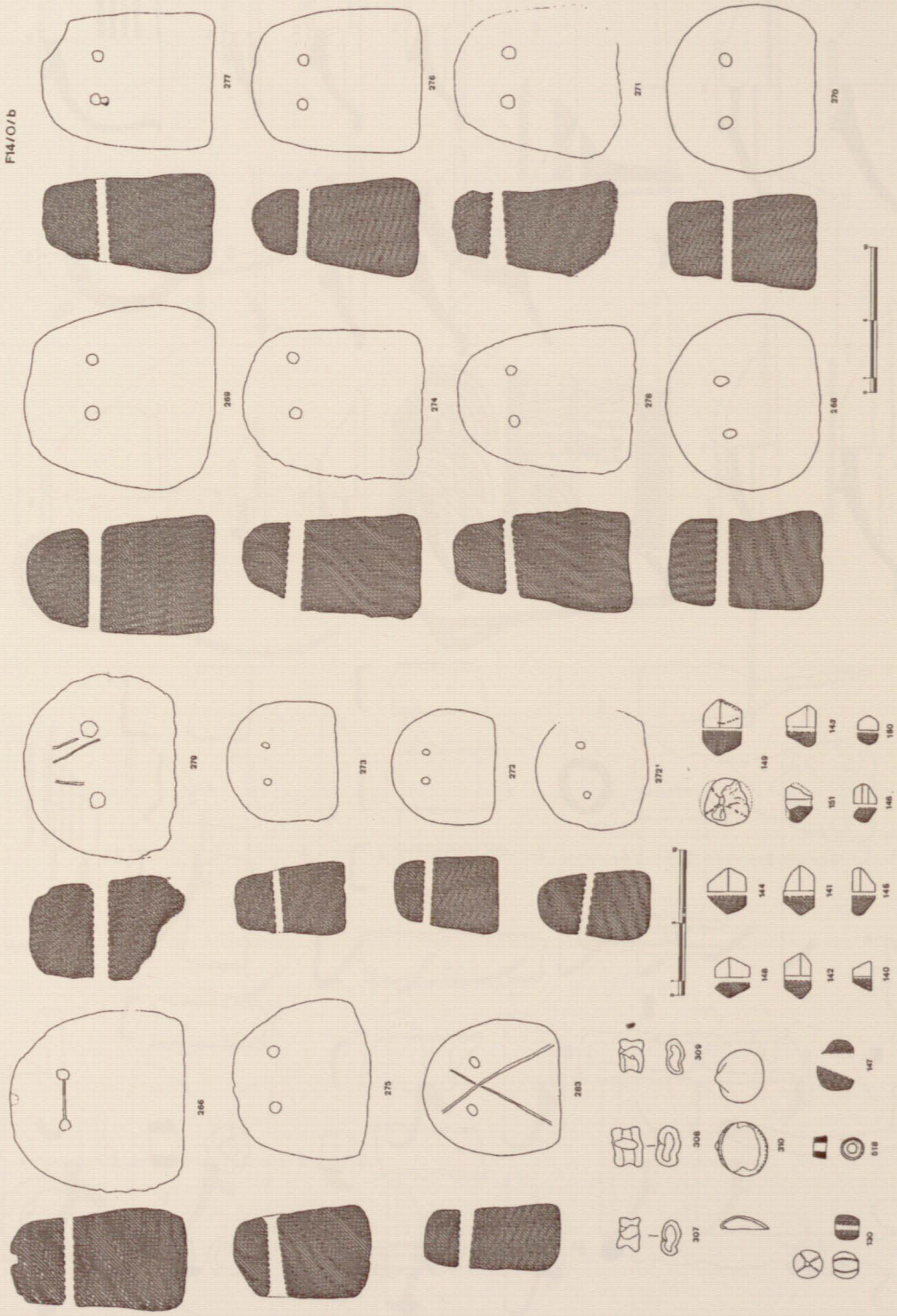


Figura 95. Cerro de la Cruz. F14/O/b.

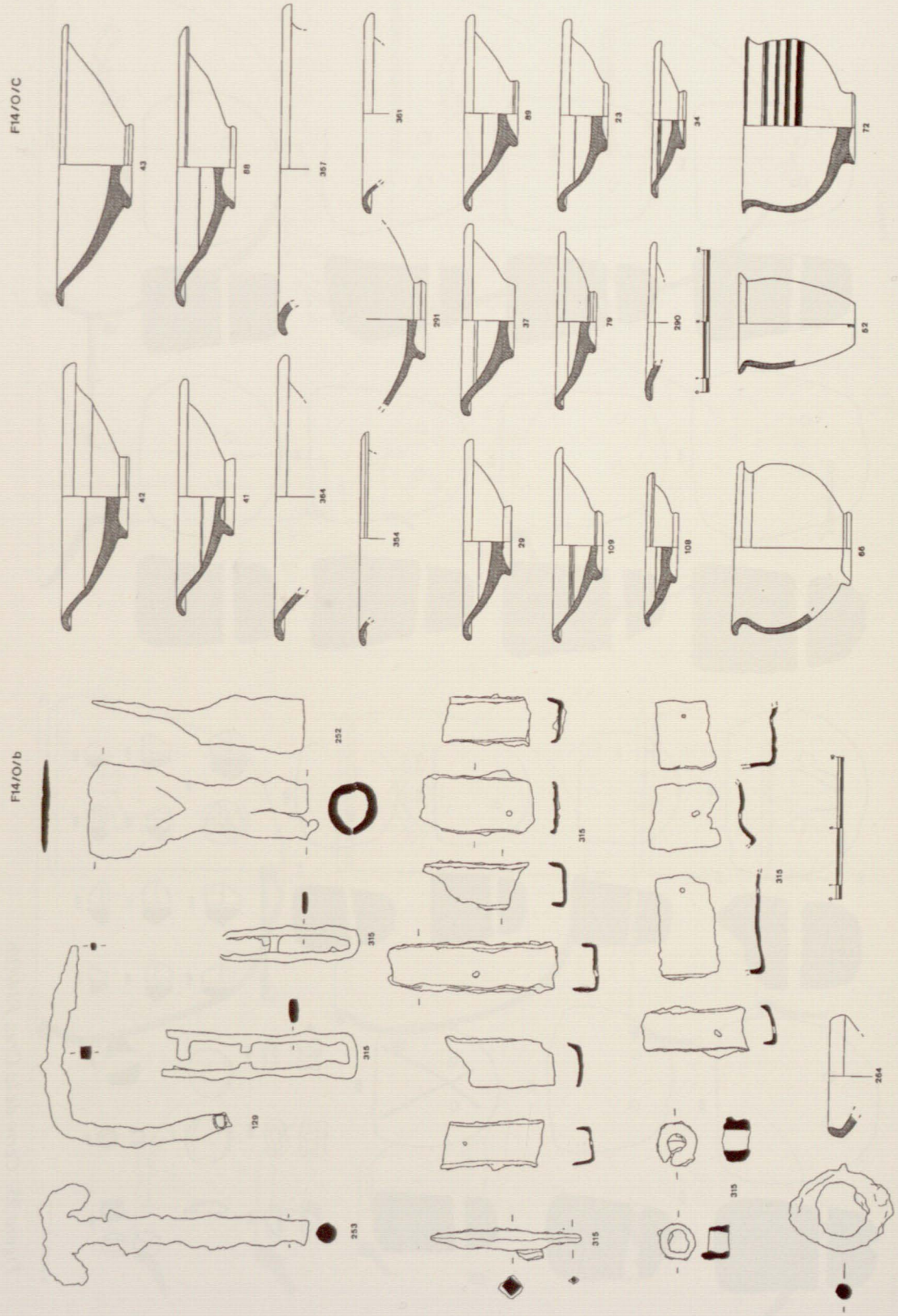


Figura 96. Cerro de la Cruz. F14/O/b y F14/O/C.

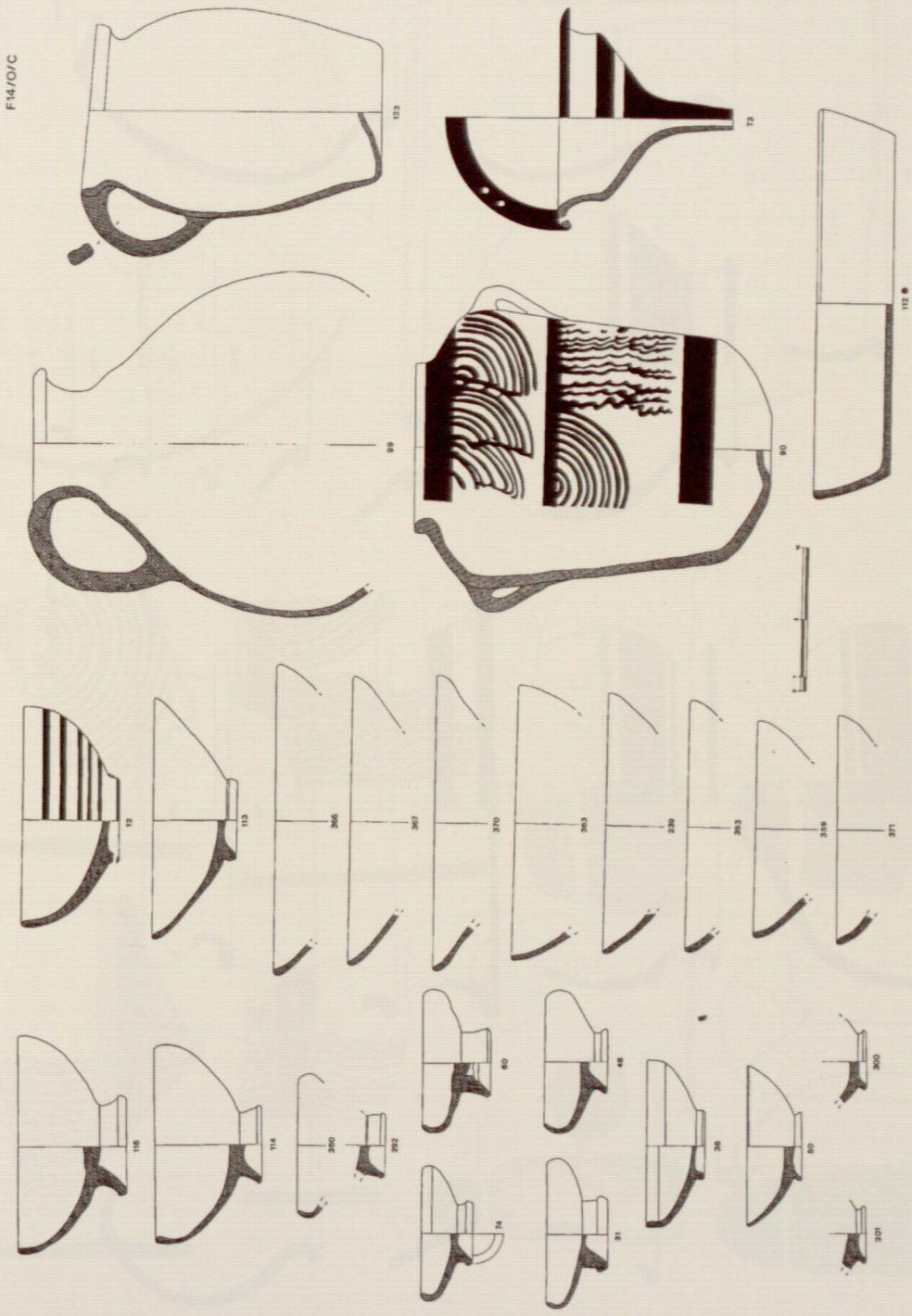


Figura 97. Cerro de la Cruz. F14/O/C.

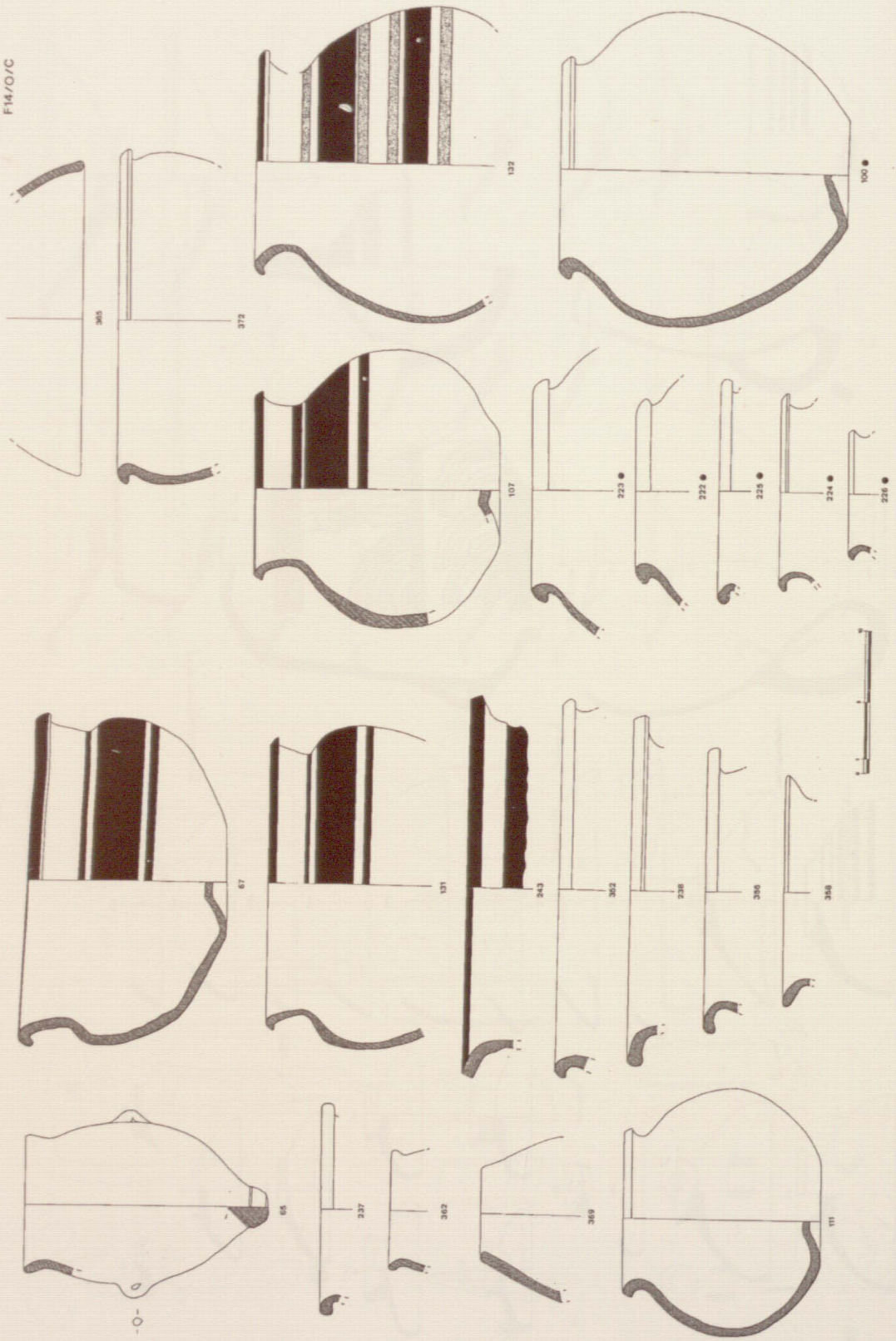


Figura 98. Cerro de la Cruz. F14/O/C.

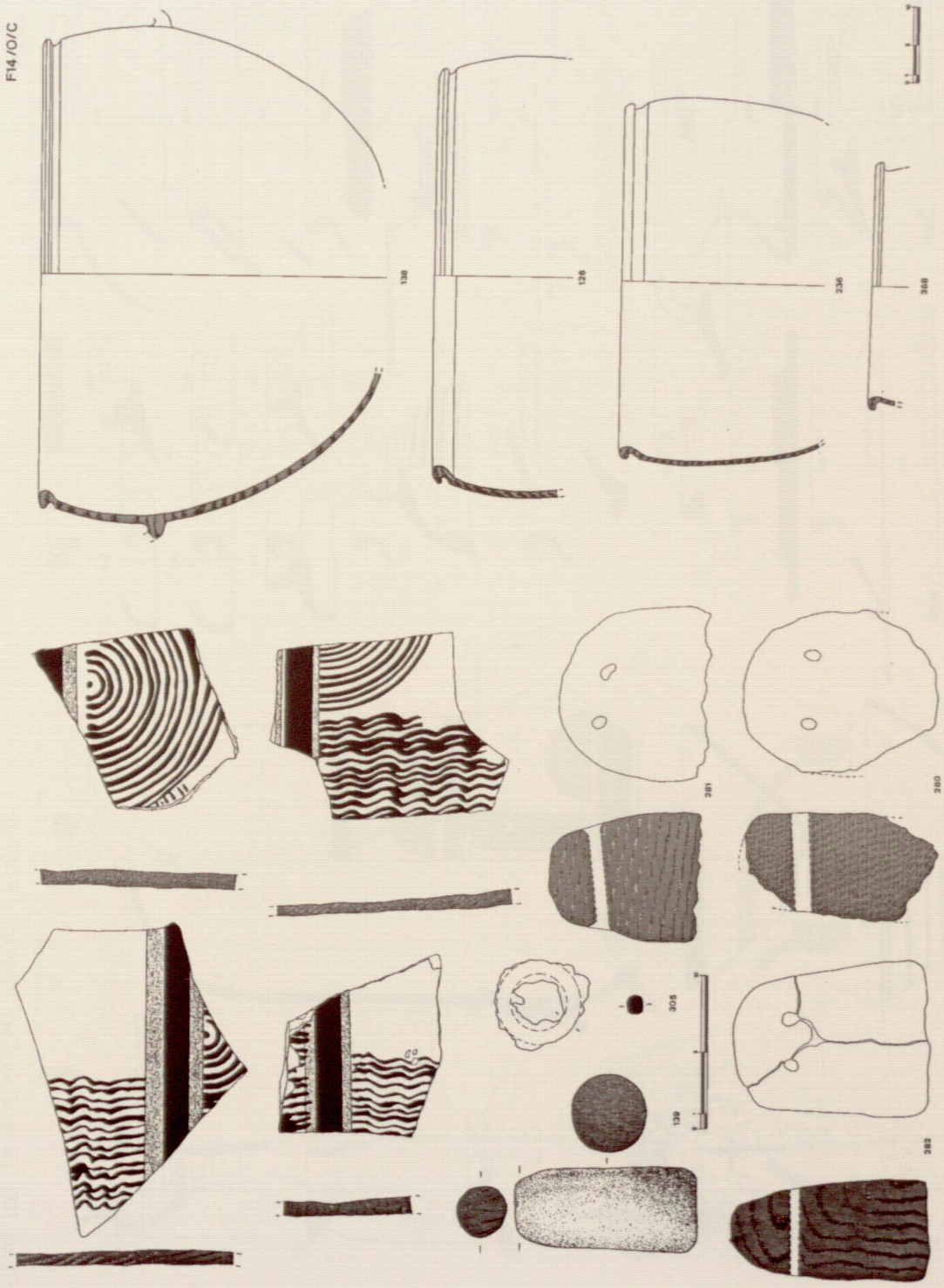


Figura 99. Cerro de la Cruz. F14/O/C.

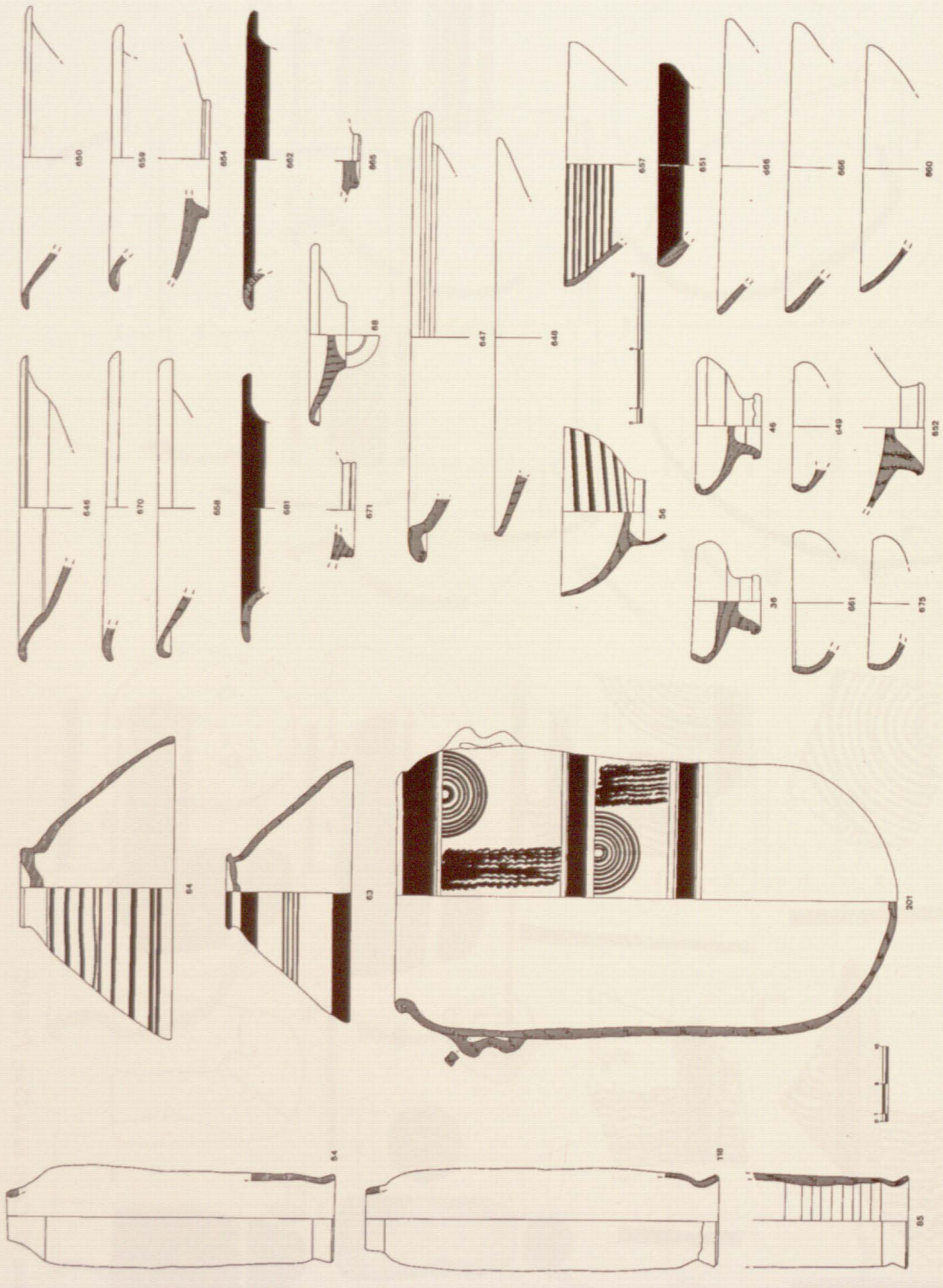


Figura 100. Cerro de la Cruz. F14/O/C y F14/P/B.

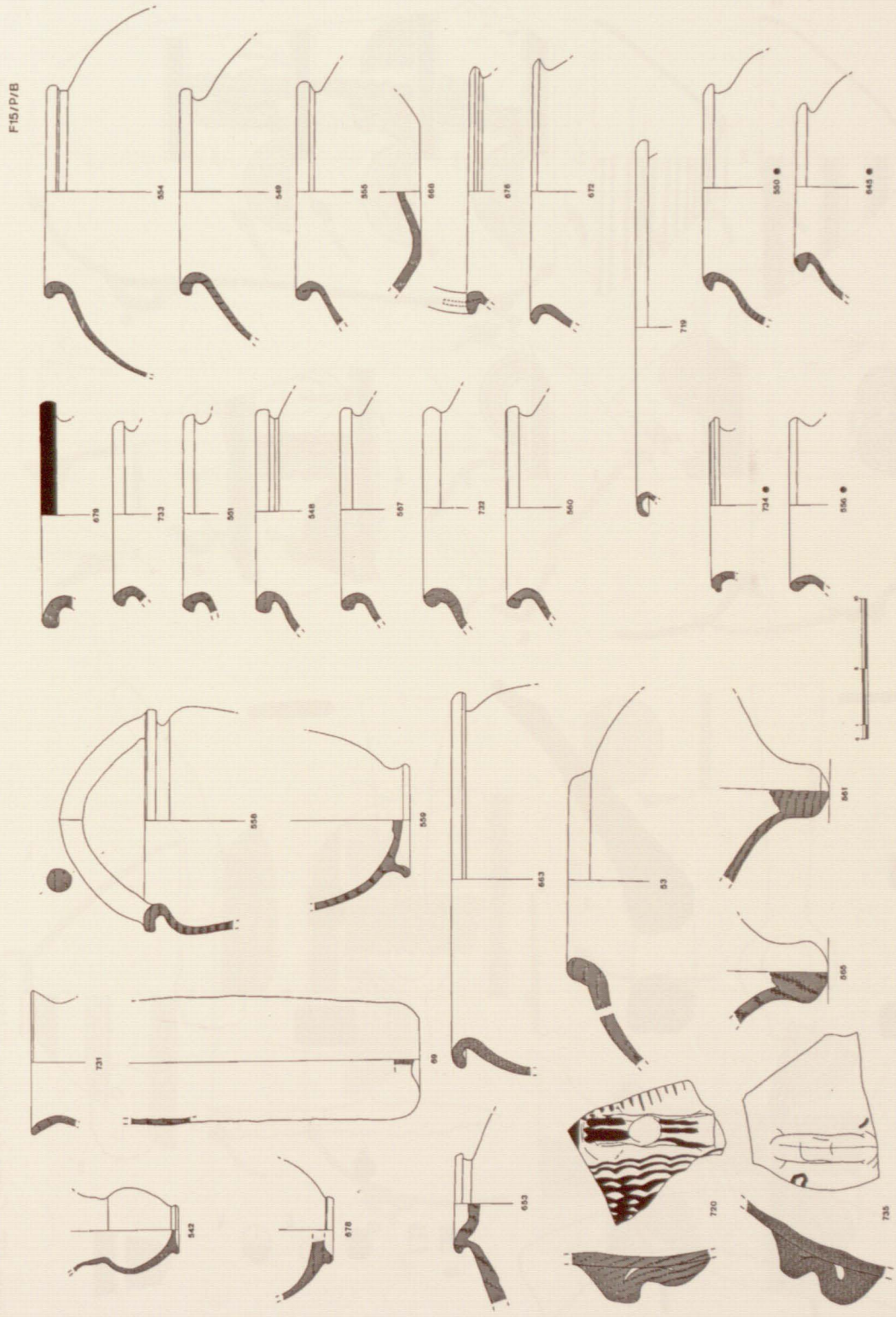


Figura 101. Cerro de la Cruz. F15/P/B.

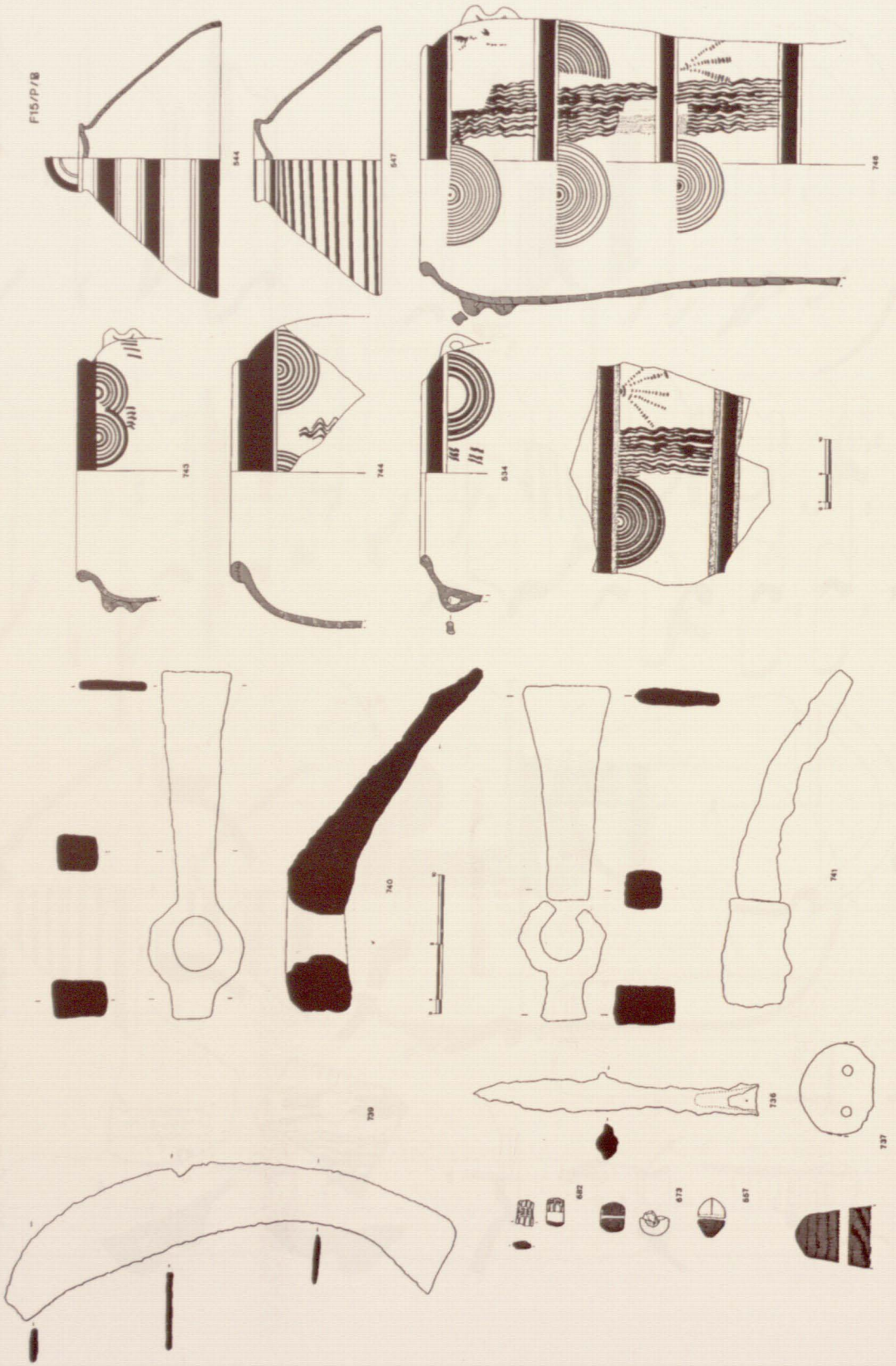


Figura 102. Cerro de la Cruz. F15/P/B.

Figura 103. Cerro de la Cruz. F15/P/B.

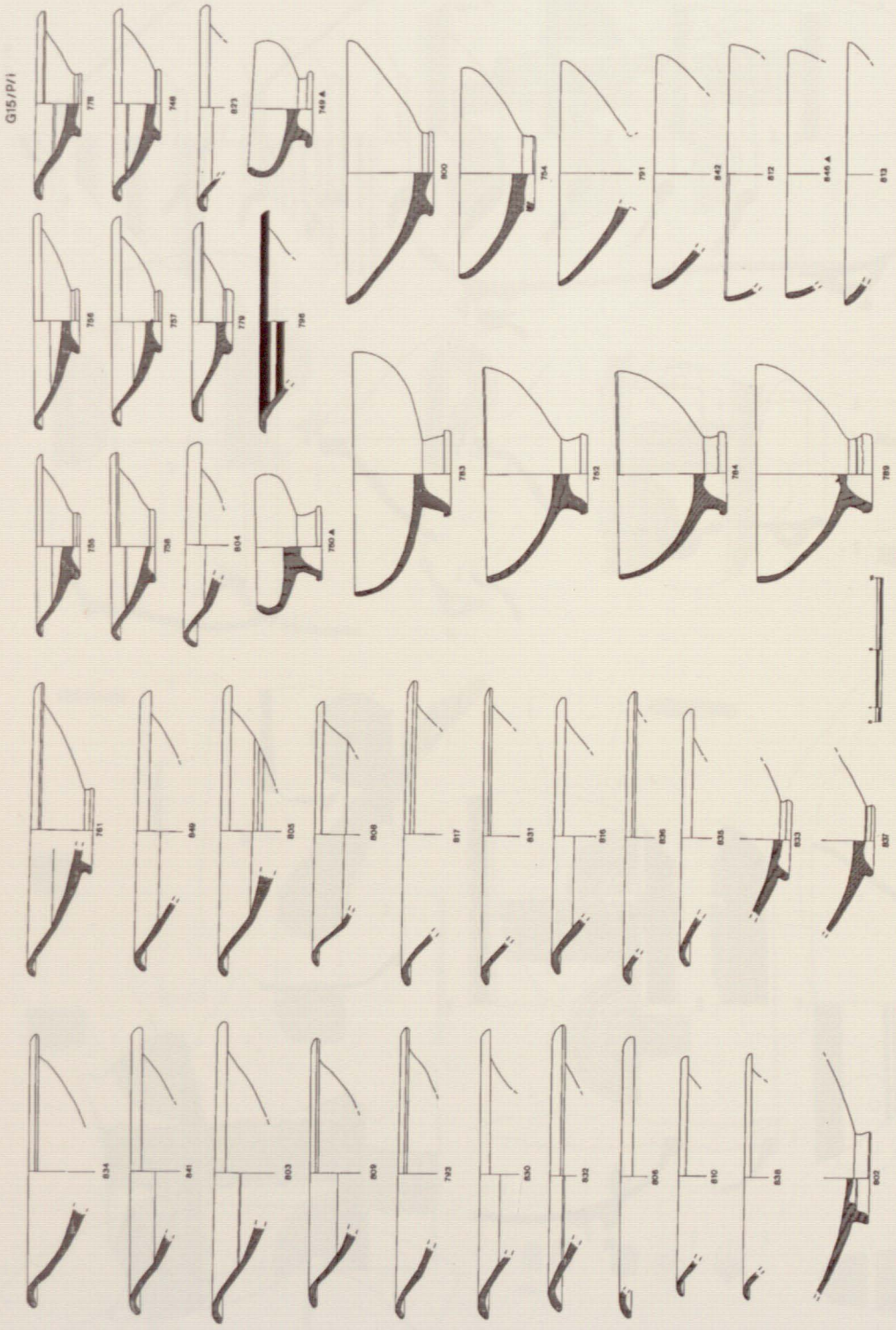


Figura 104. Cerro de la Cruz. G15/P/i.

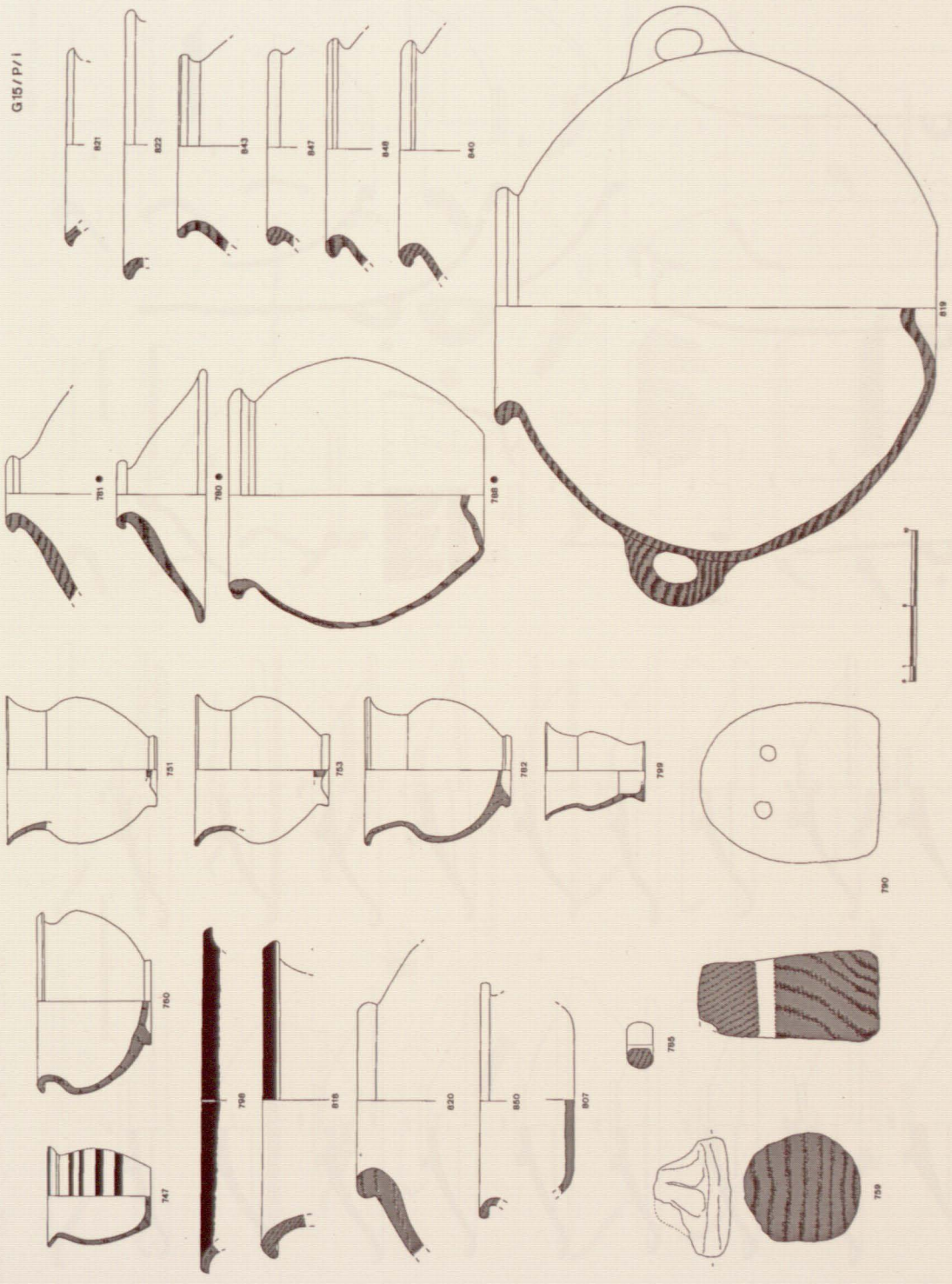


Figura 105. Cerro de la Cruz. G15/P/i.

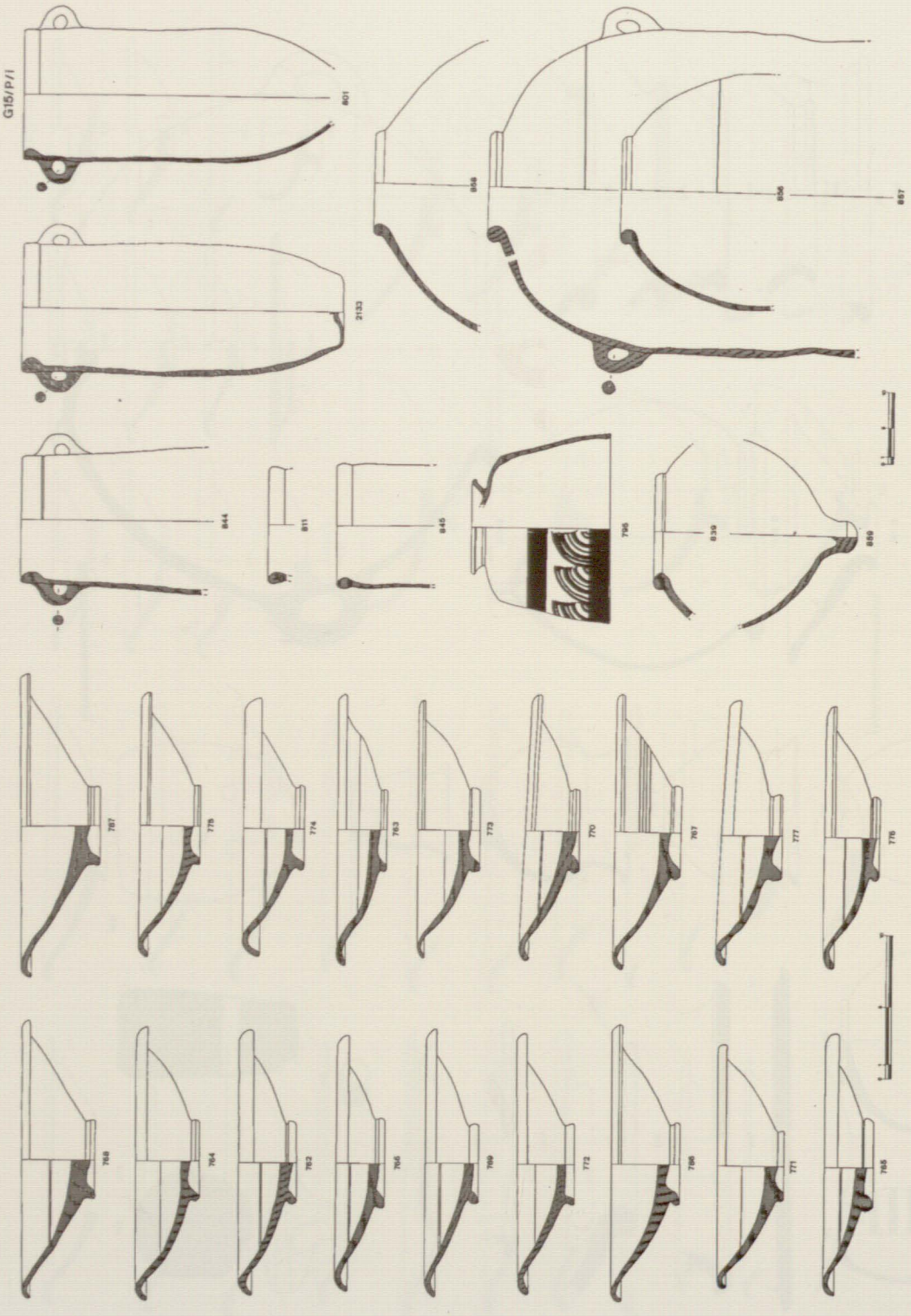


Figura 106. Cerro de la Cruz. G15/P/i.

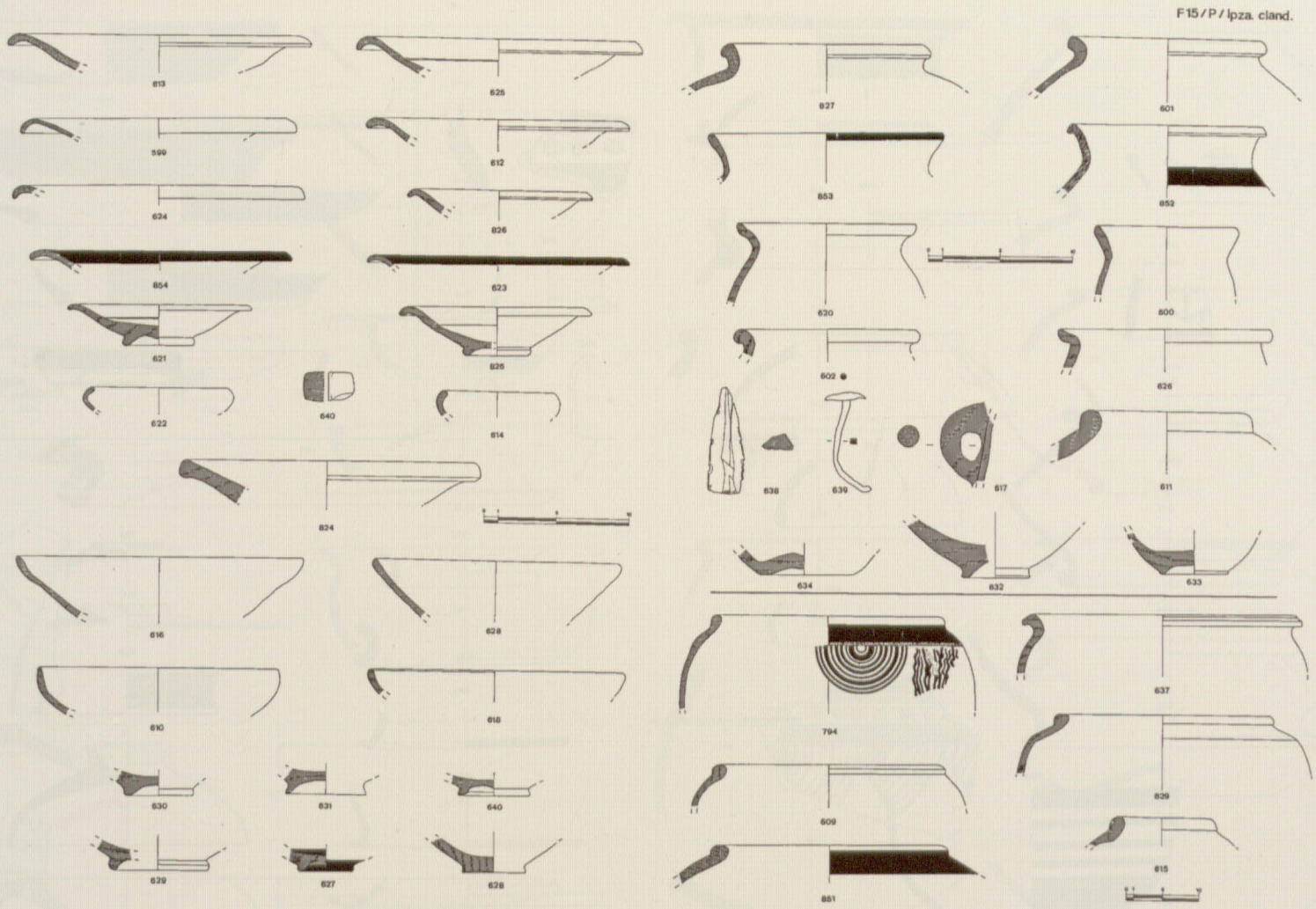


Figura 107. Cerro de la Cruz. G15/P/i.

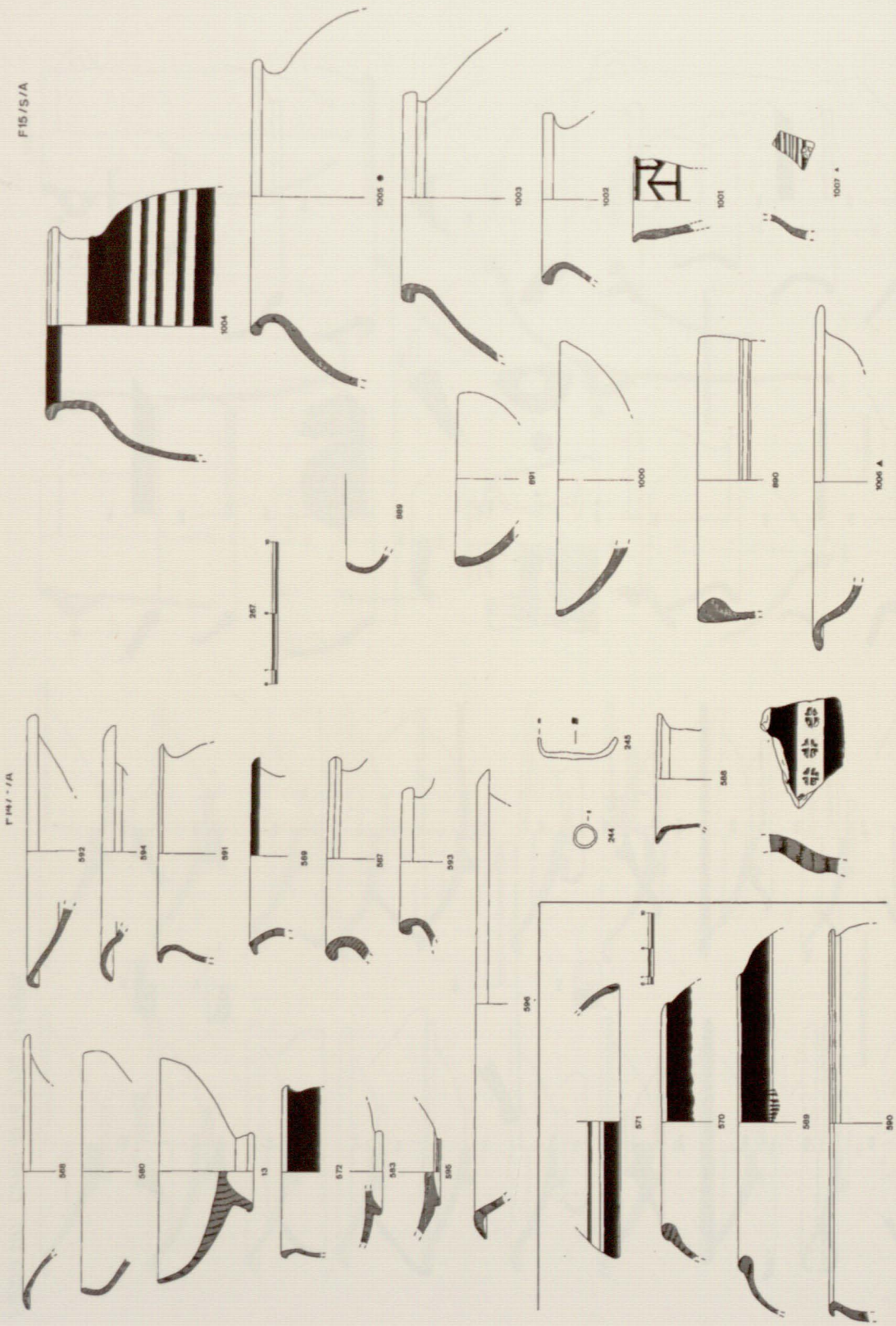


Figura 108. Cerro de la Cruz. F14/-/A y F15/S/A.

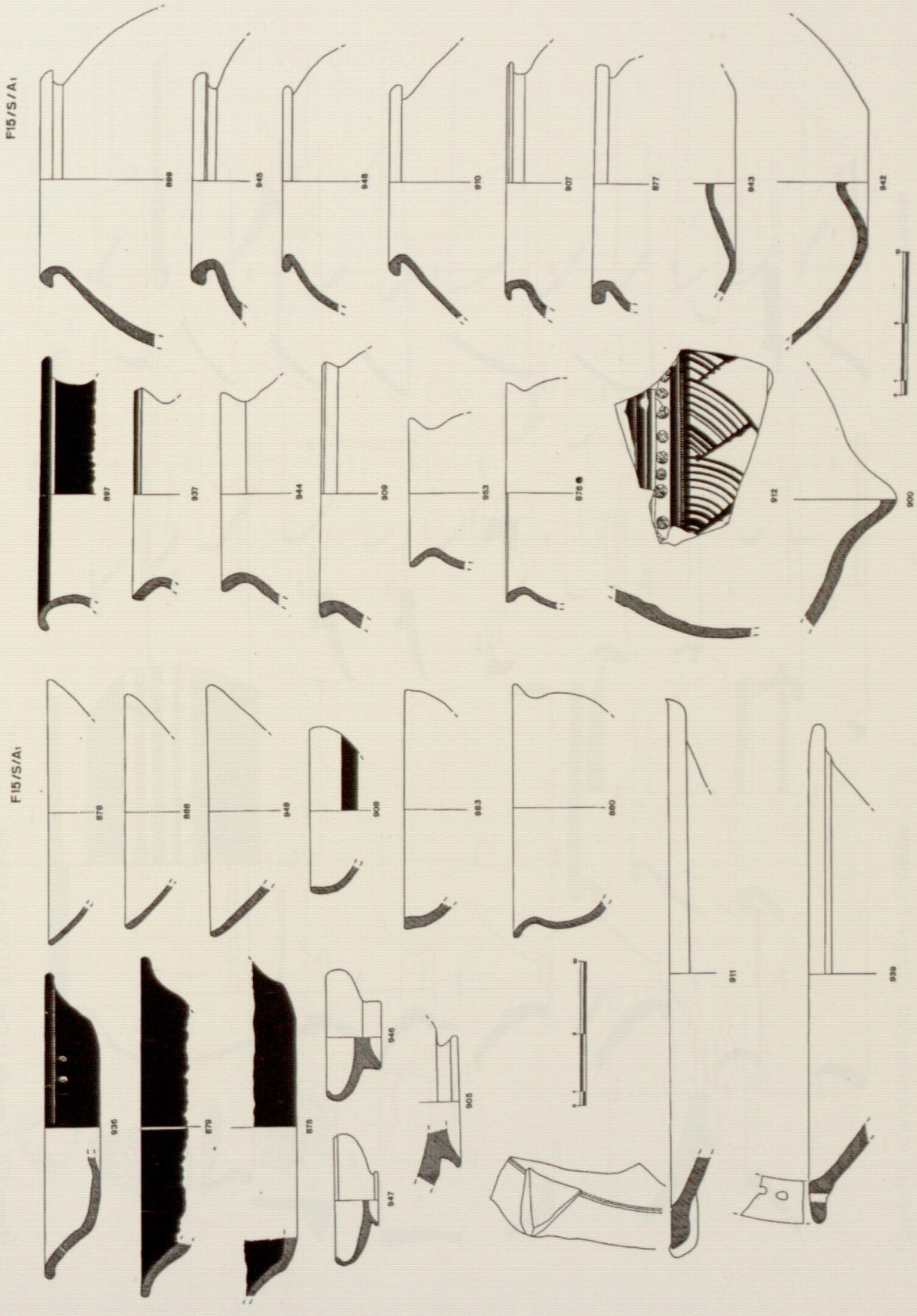


Figura 109. Cerro de la Cruz. F15/S/A y F15/S/A.

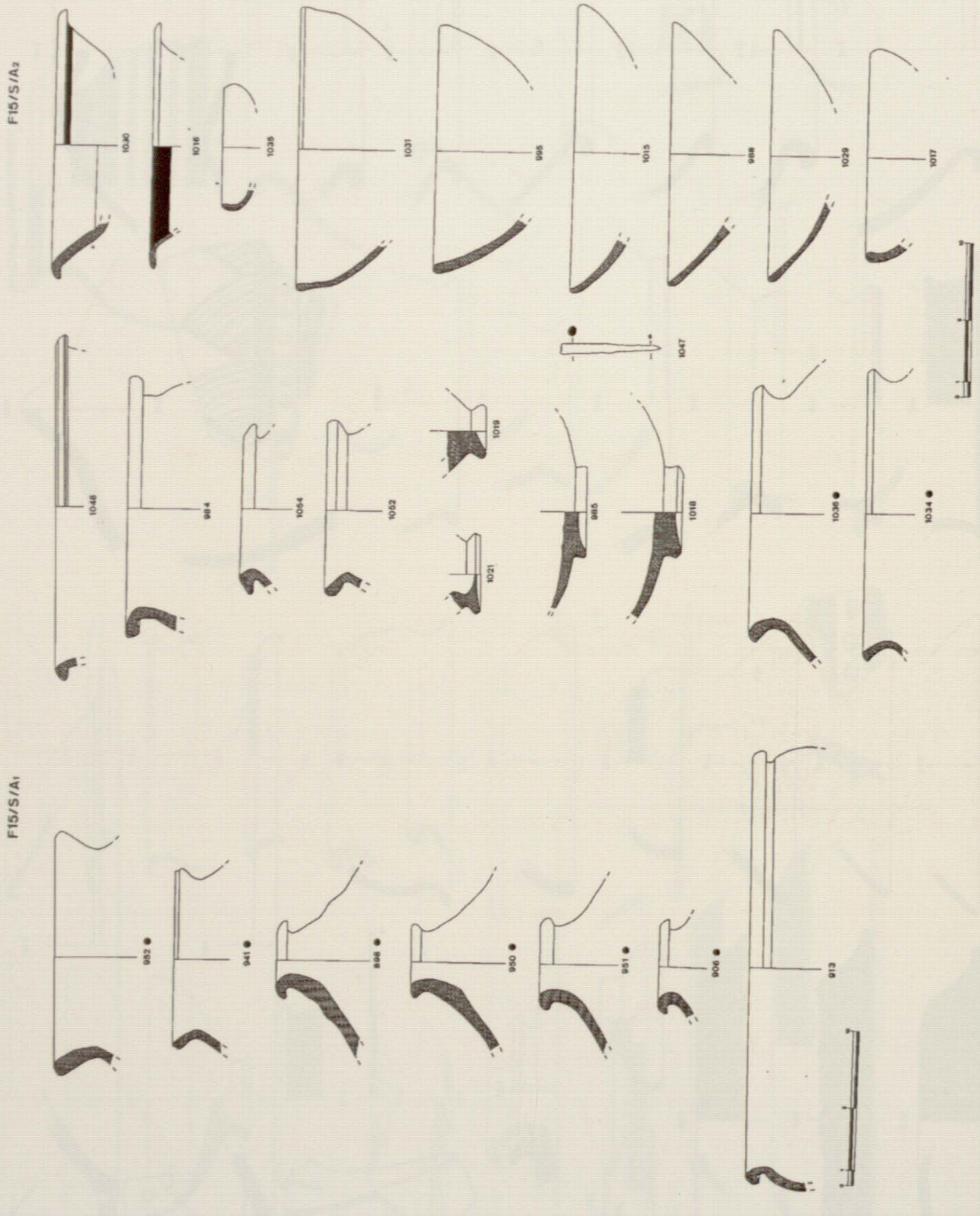


Figura 110. Cerro de la Cruz. F15/S/A1 y F15/S/A2.

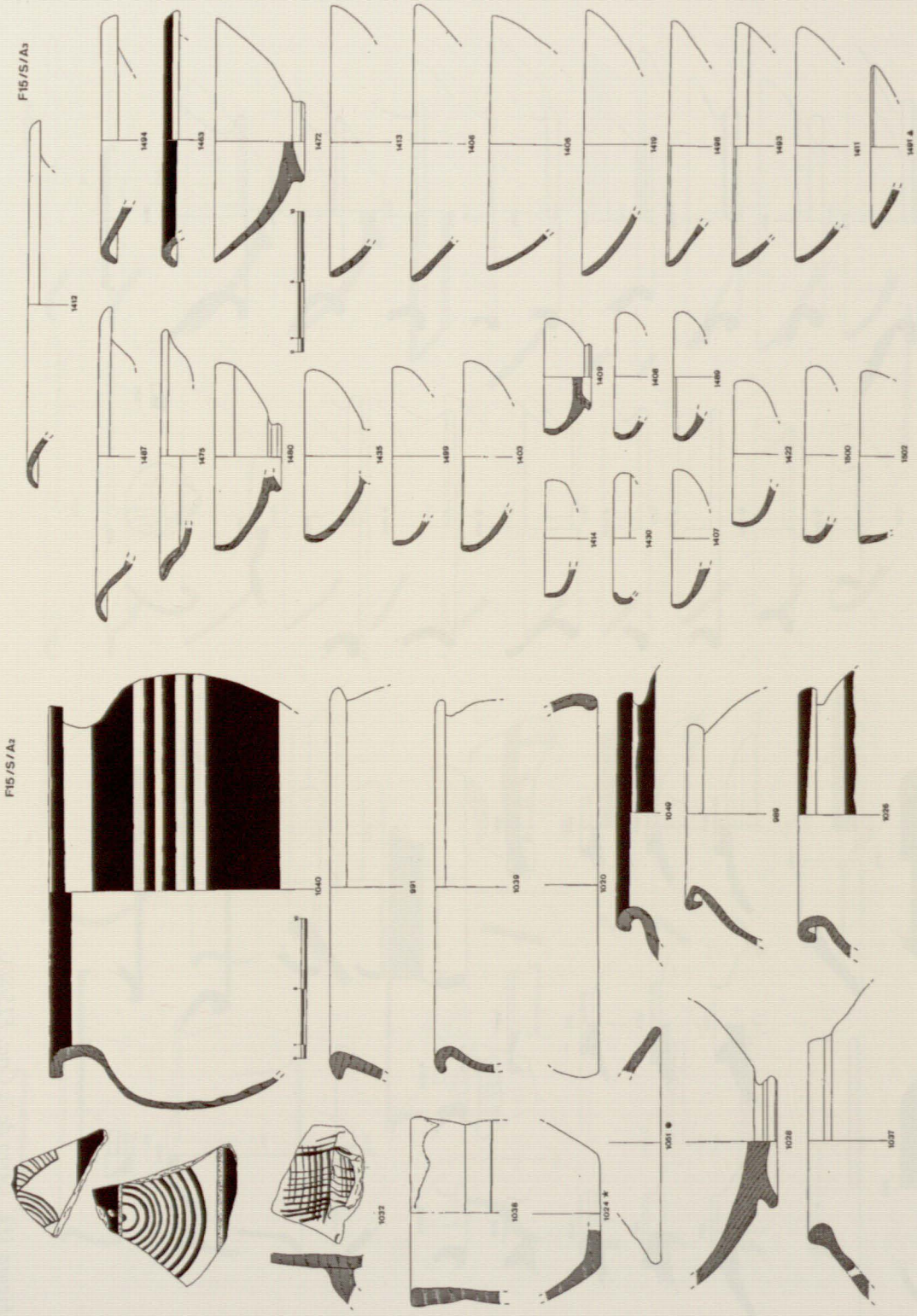


Figura 111. Cerro de la Cruz. F15/S/A2 y F15/S/A3.

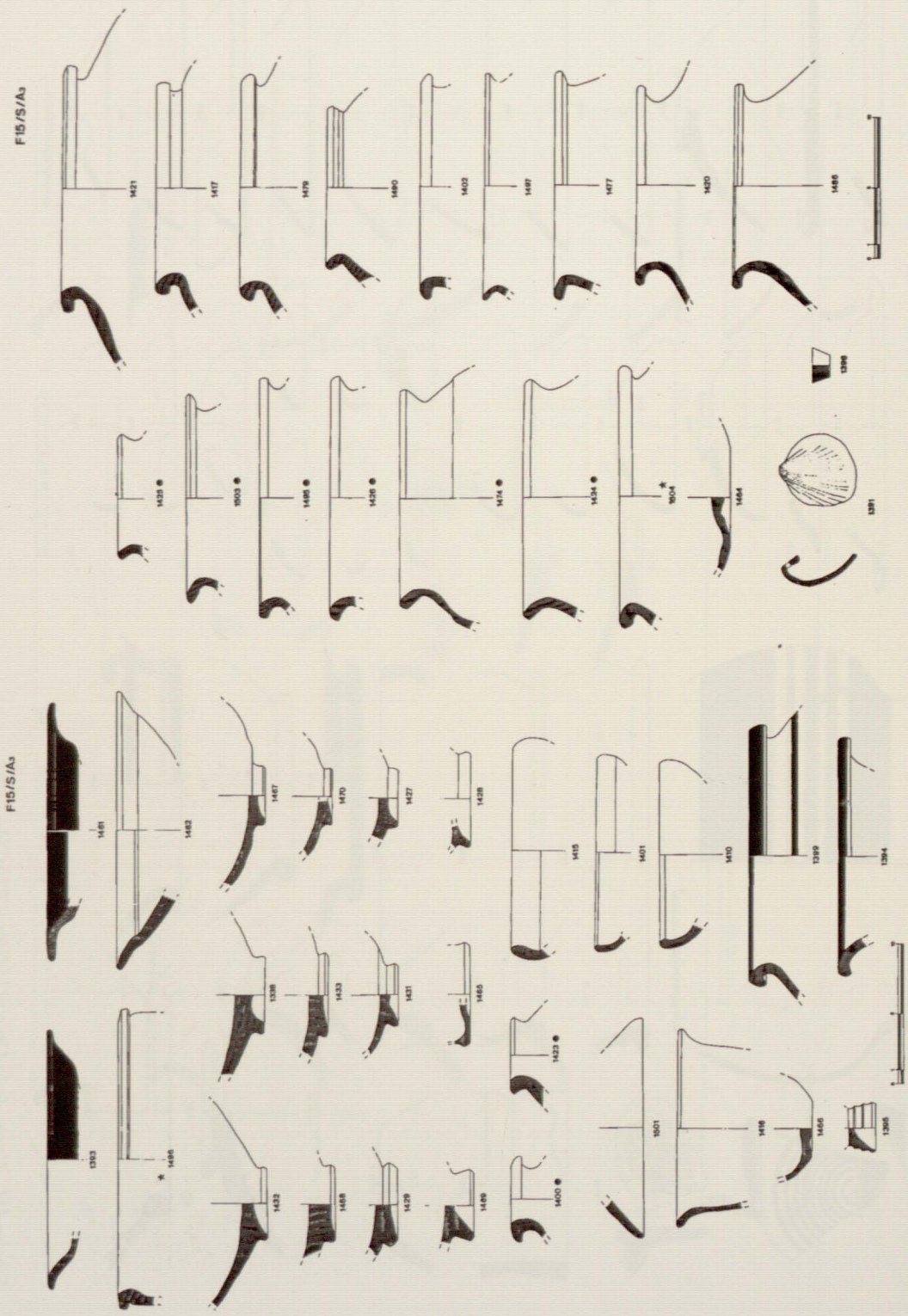


Figura 112. Cerro de la Cruz. F15/S/A1-3.

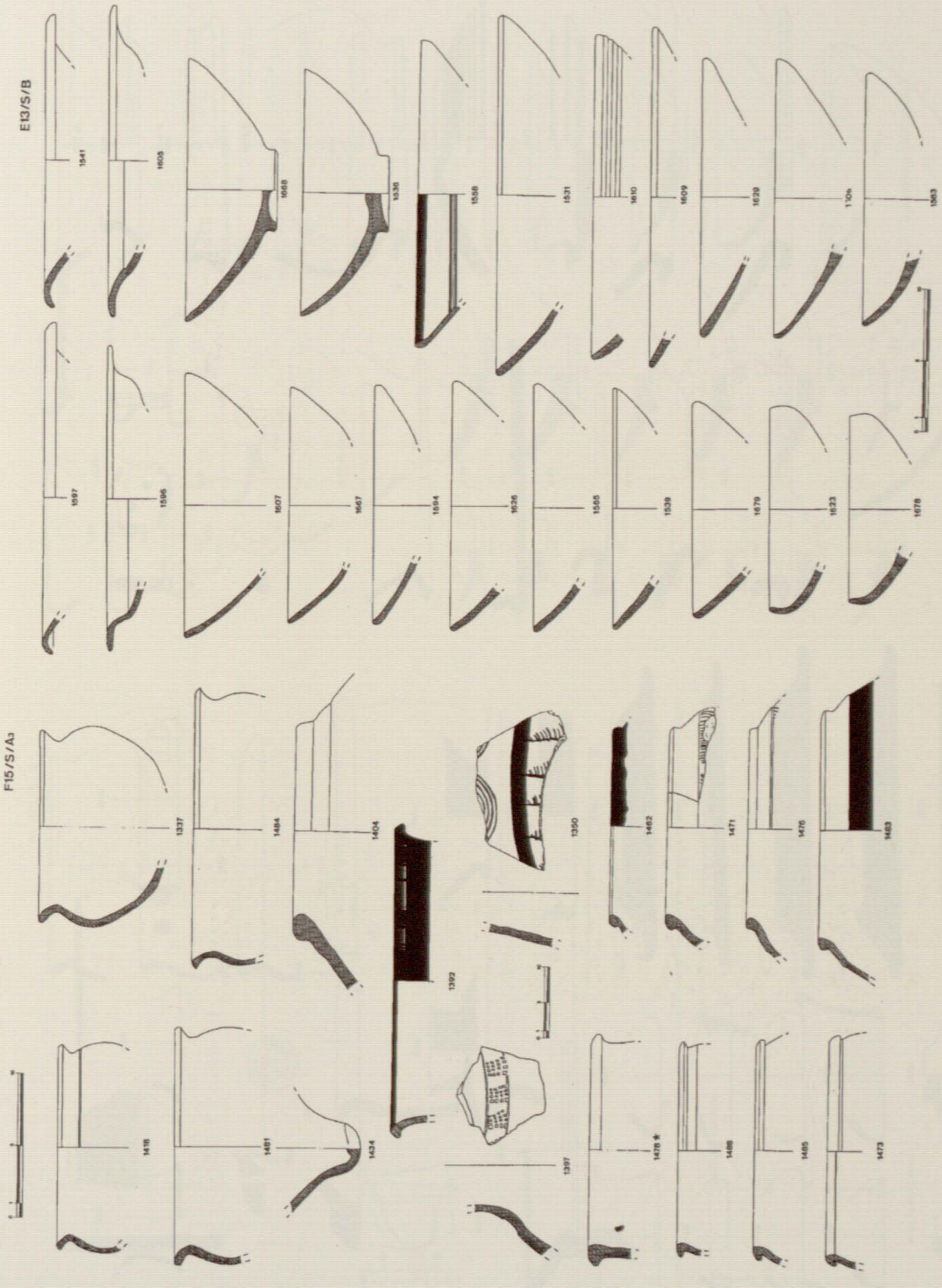


Figura 113. Cerro de la Cruz. F15/S/A3 y E13/S/B.

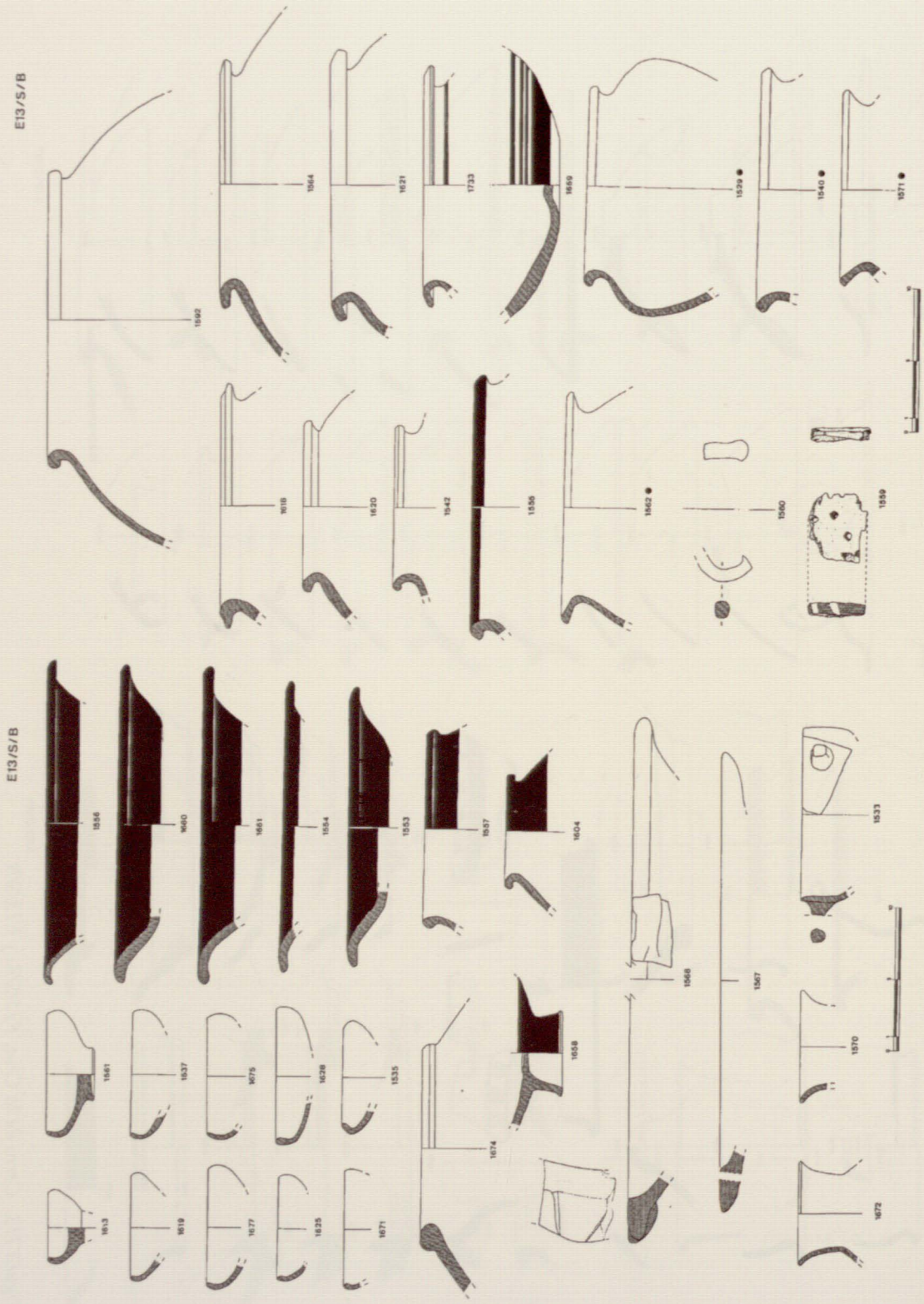


Figura 114. Cerro de la Cruz. E13/S/B.

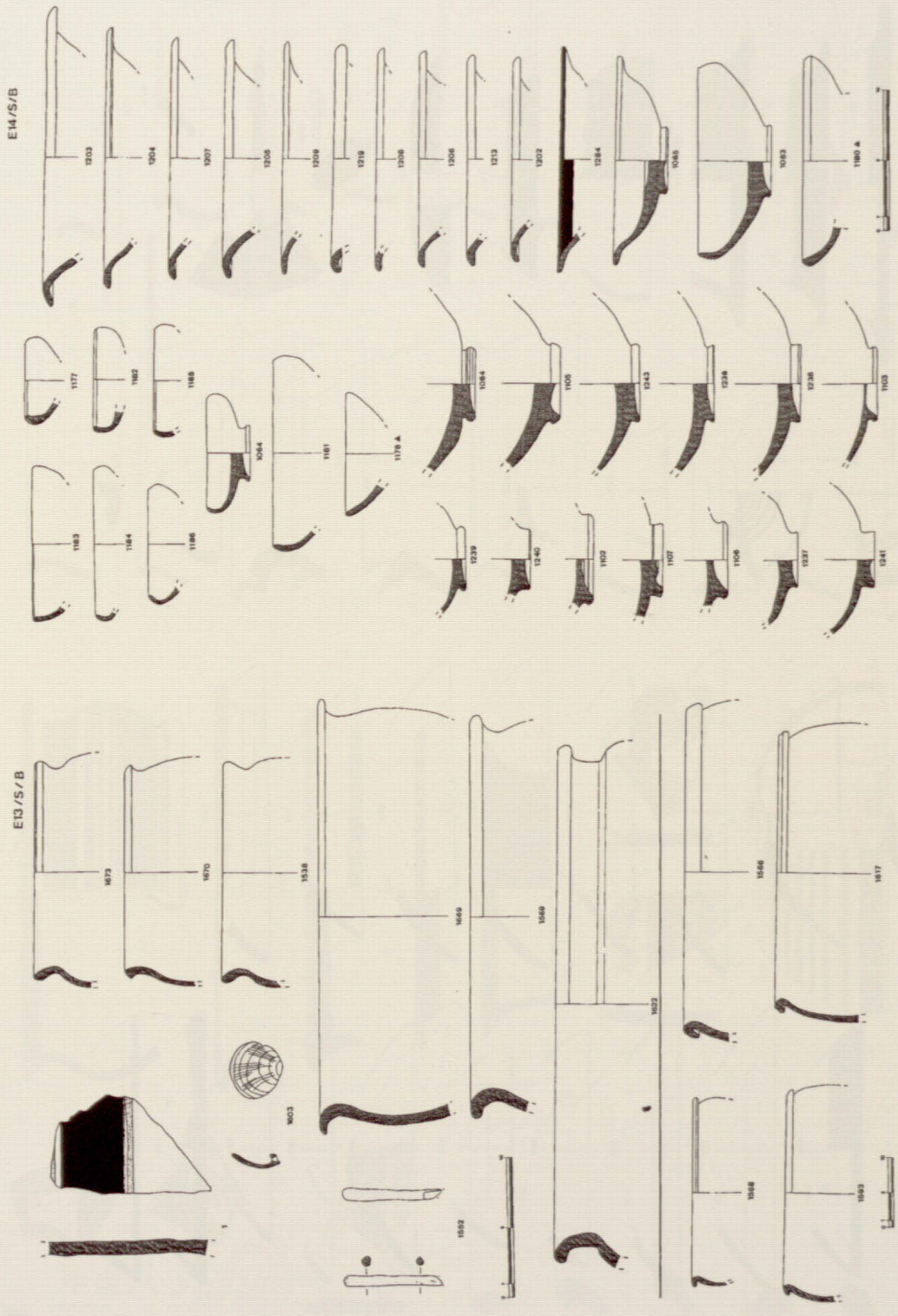


Figura 115. Cerro de la Cruz. E13/S/B3 y E14/S/B.

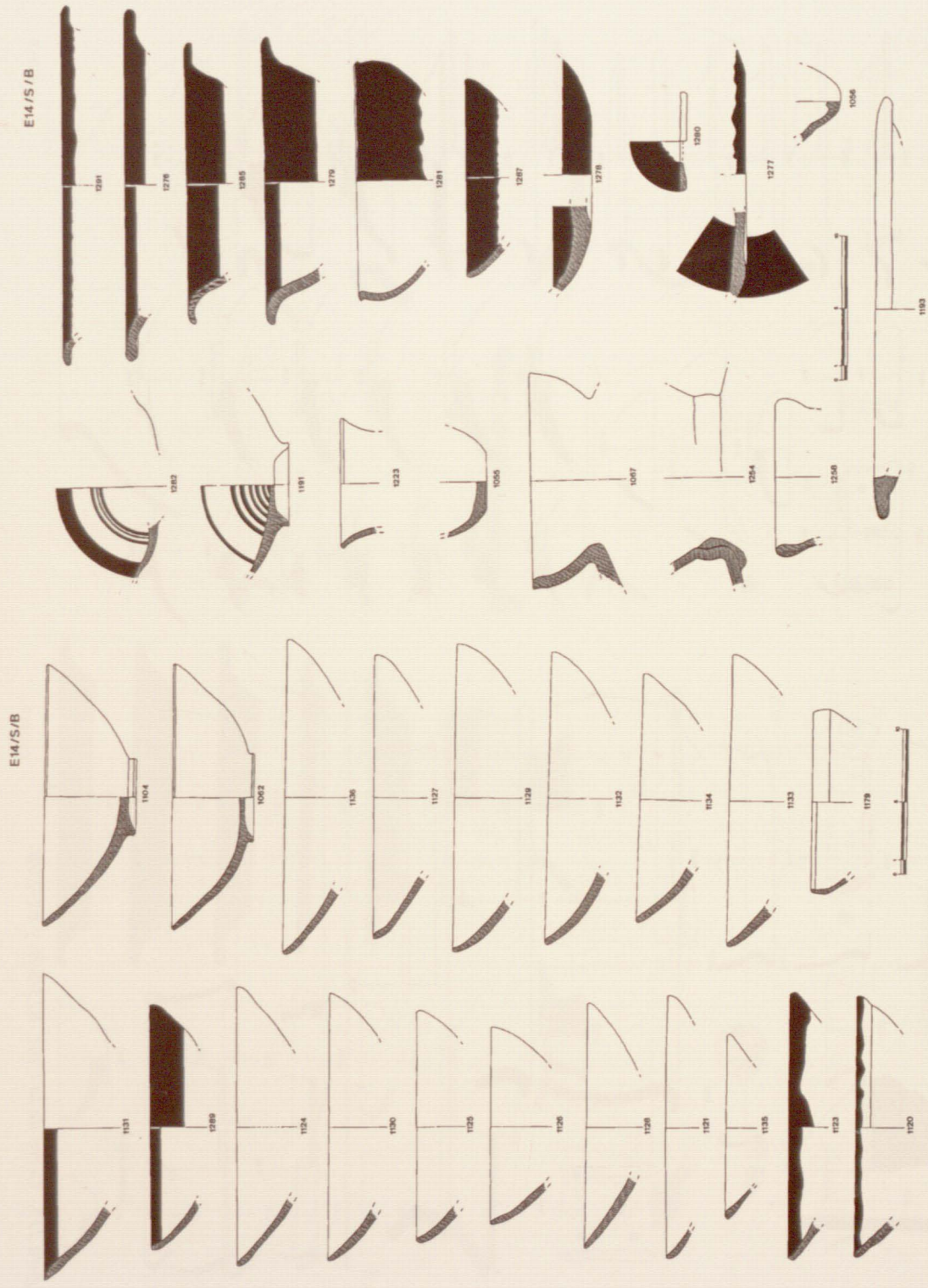


Figura 116. Cerro de la Cruz. E14/S/B.

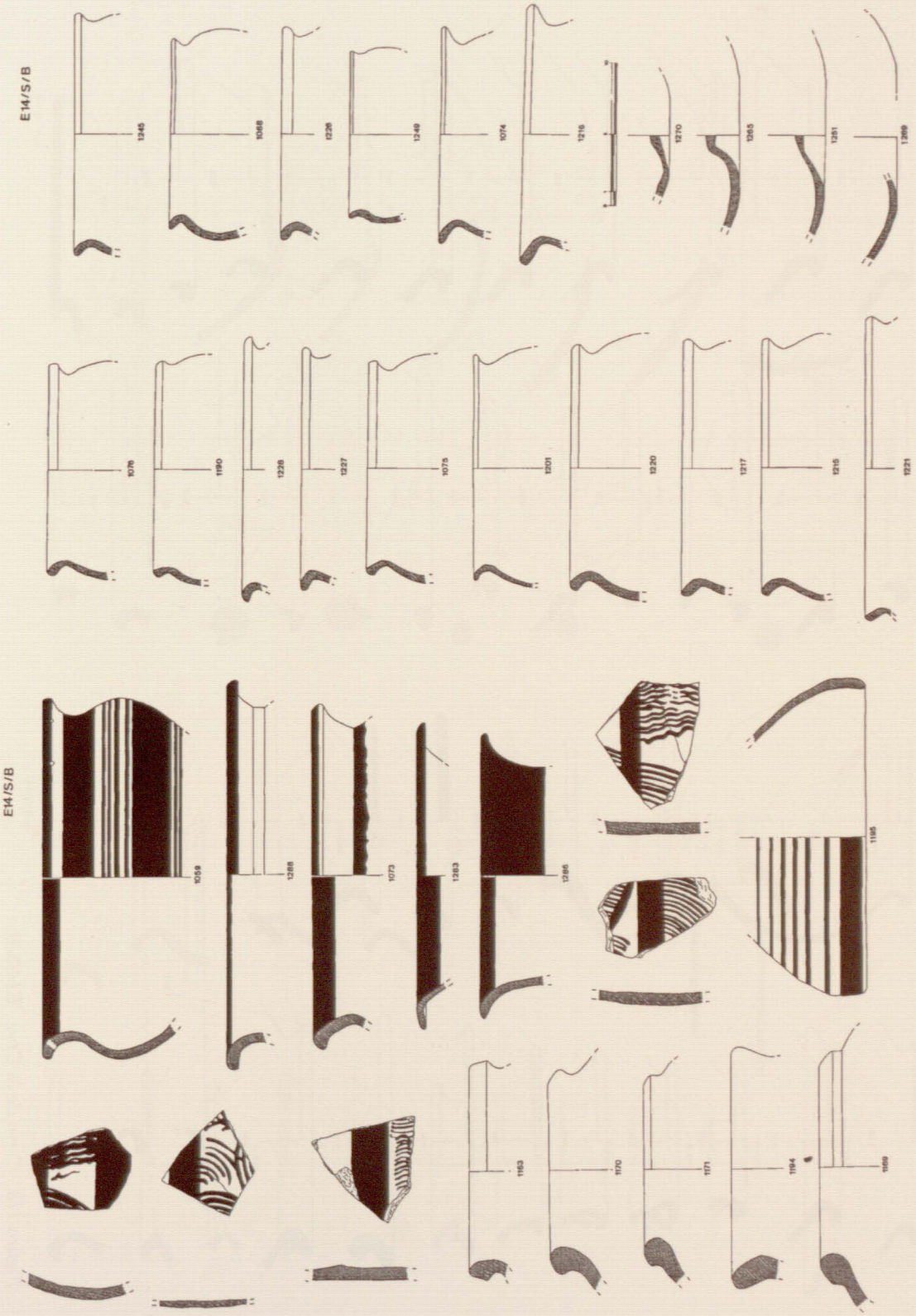


Figura 117. Cerro de la Cruz. E14/S/B.

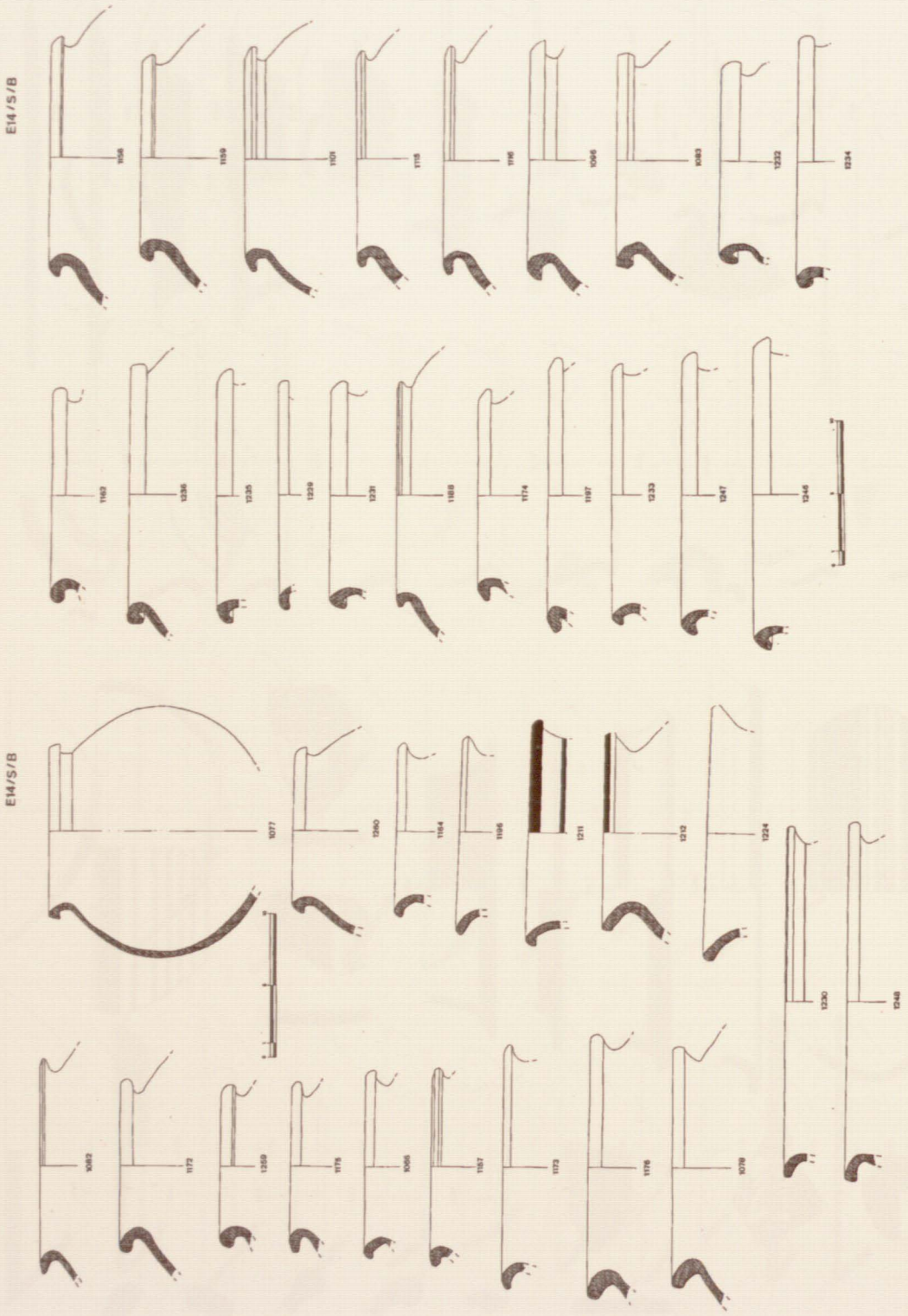


Figura 118. Cerro de la Cruz. E14/S/B.

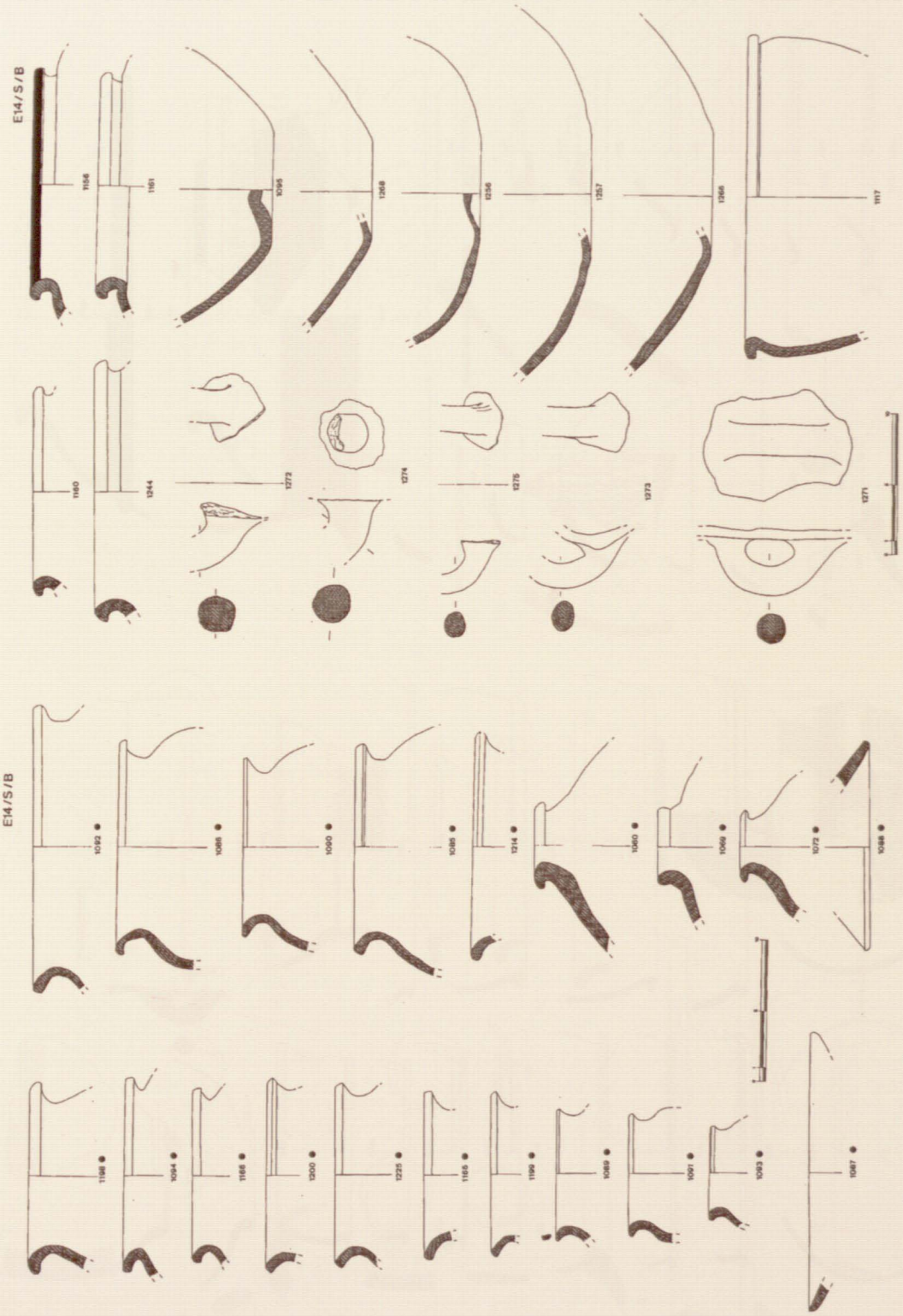


Figura 119. Cerro de la Cruz. E14/S/B.

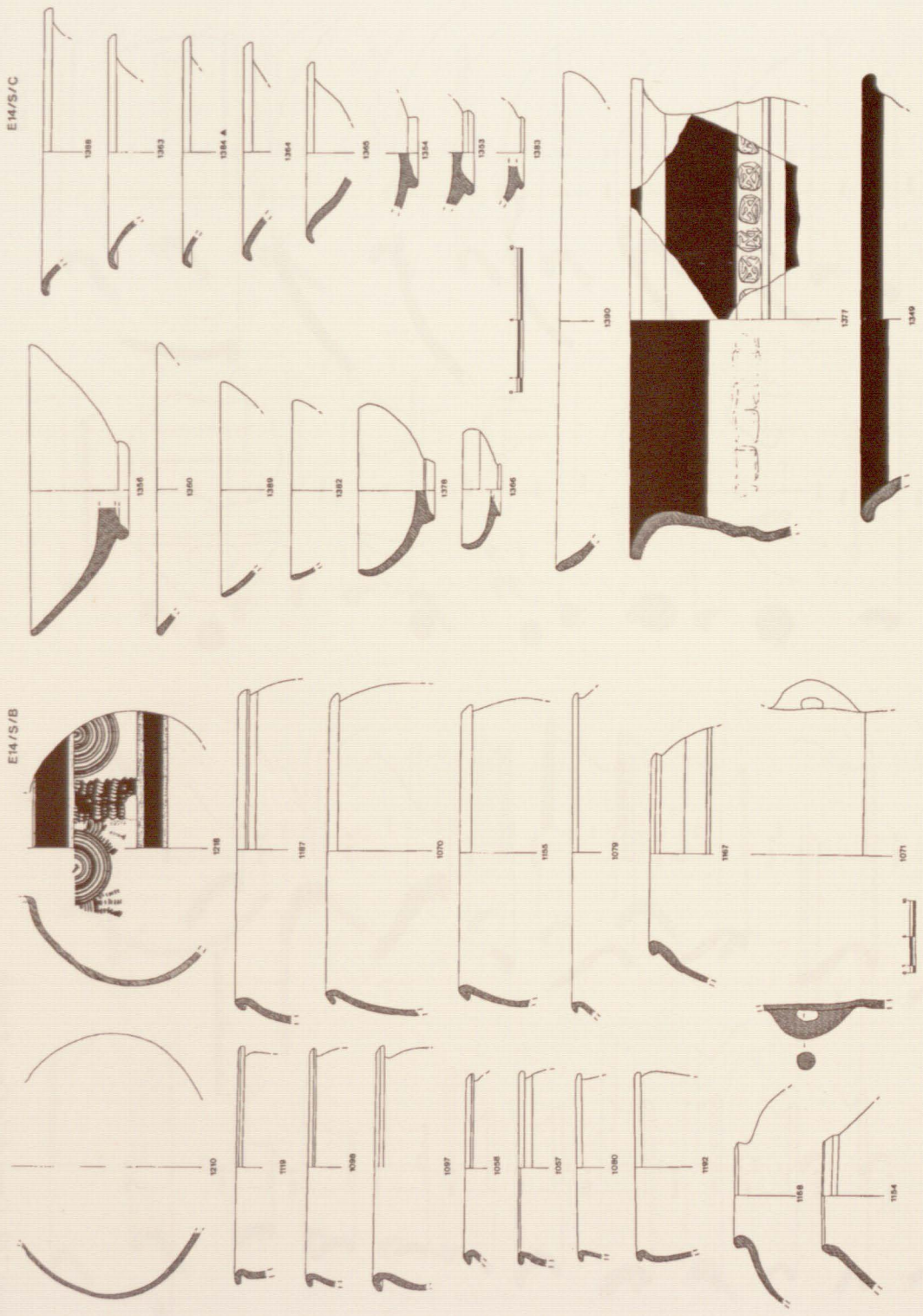


Figura 120. Cerro de la Cruz. E14/S/B y E14/S/C.

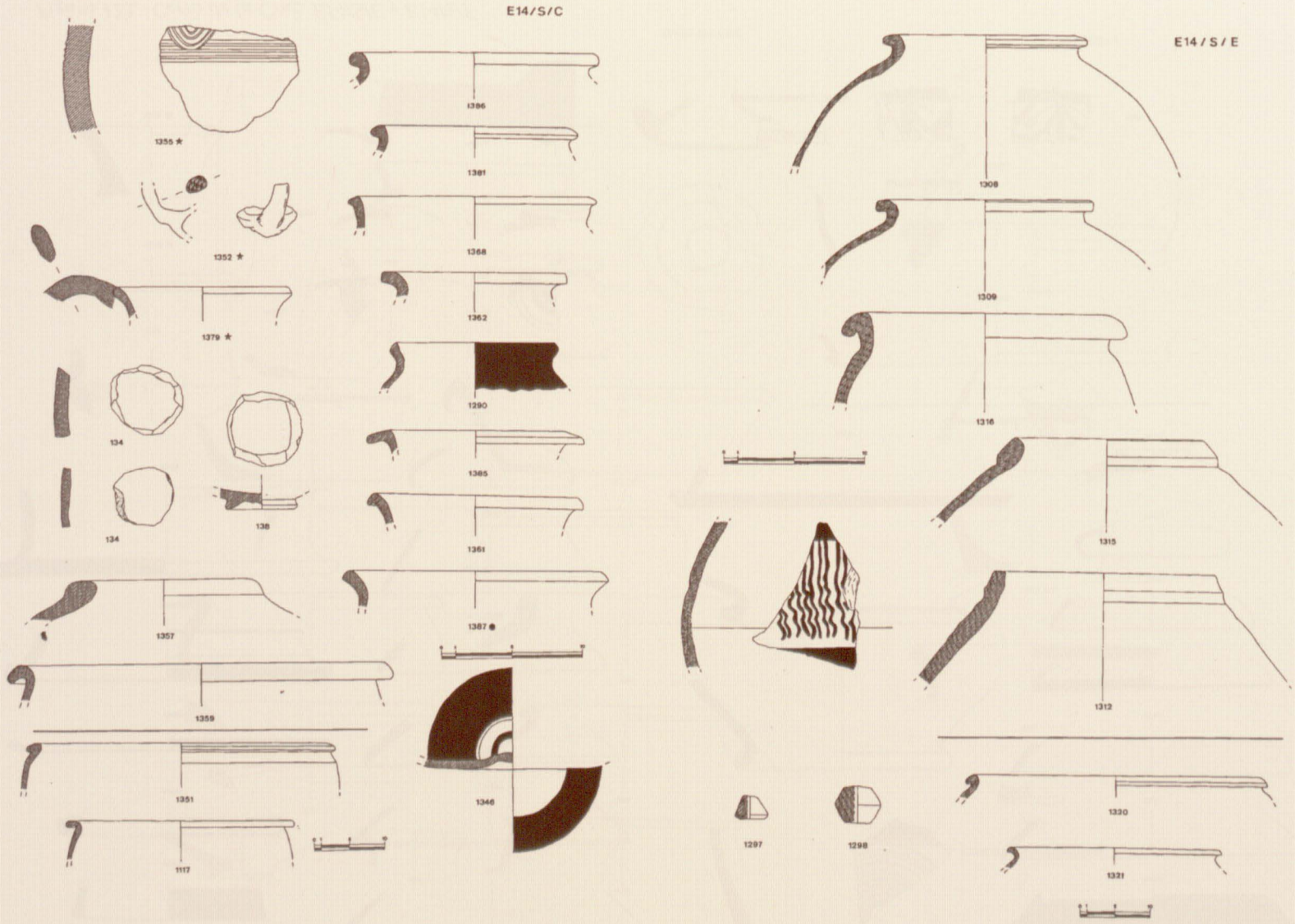


Figura 121. Cerro de la Cruz. E14/S/C y E14/S/E.

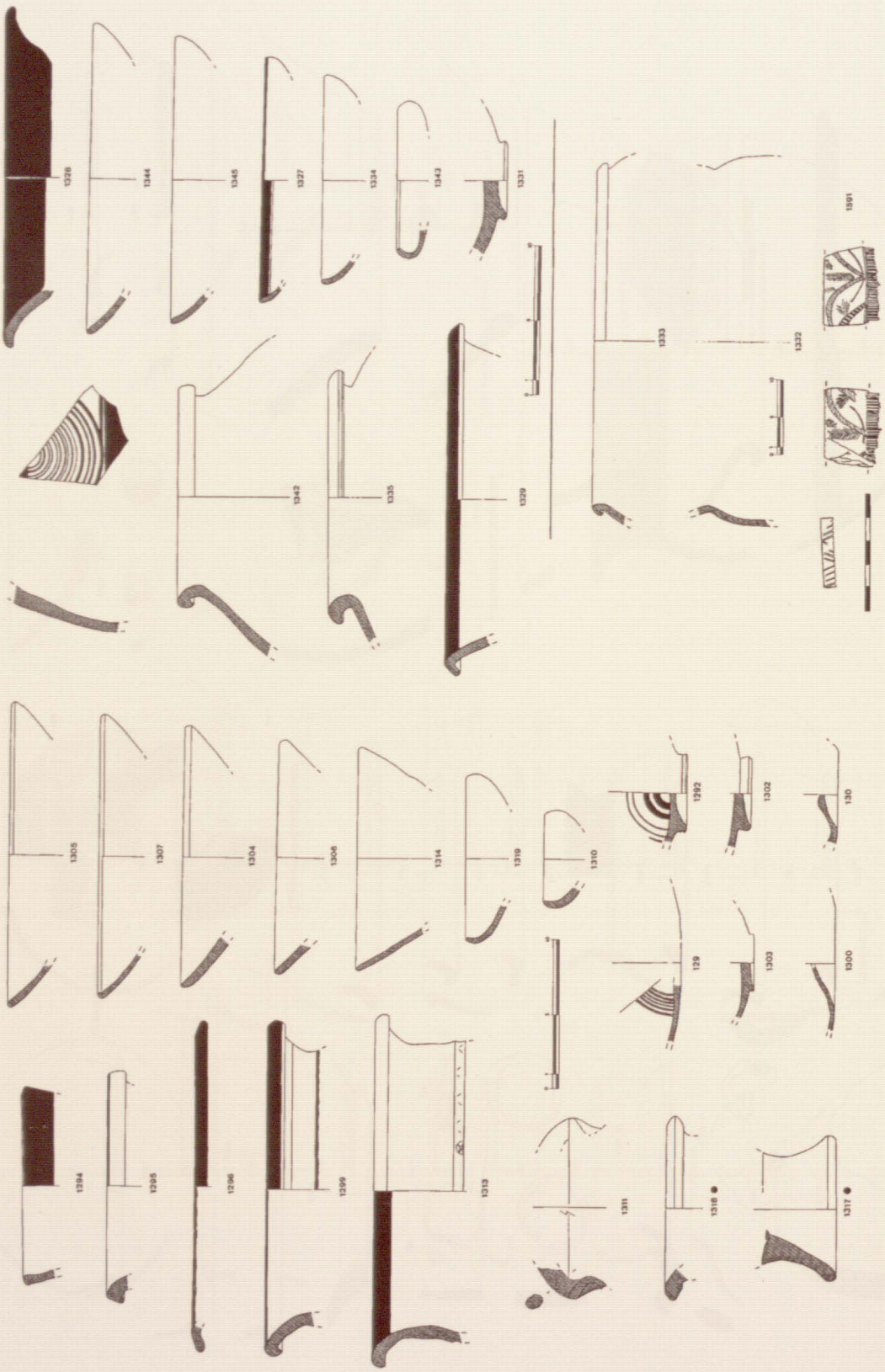


Figura 122. Cerro de la Cruz. E14/S/E y E14/S/E'.

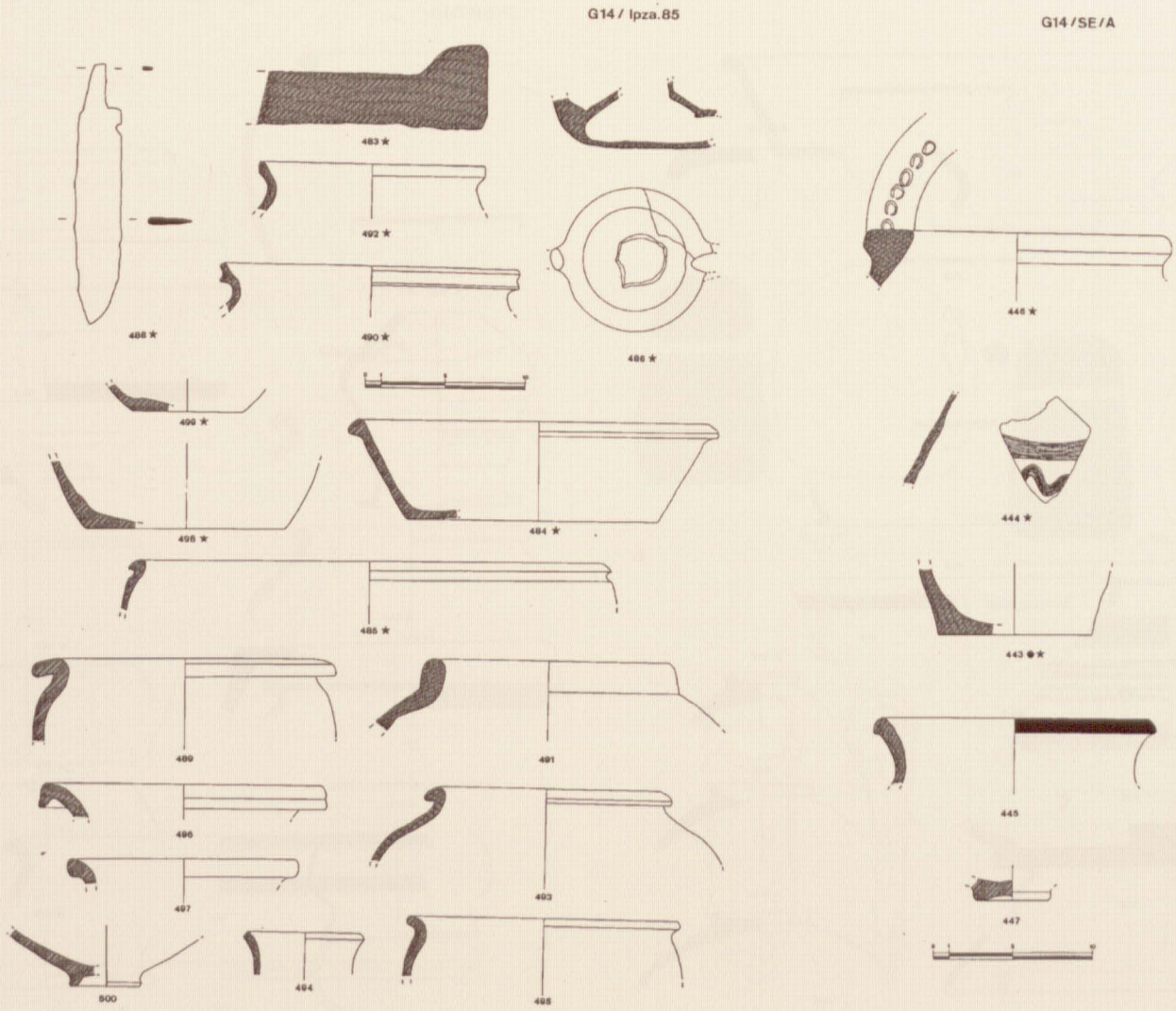


Figura 123. Cerro de la Cruz. G14/lpza. 85 y G14/SE/A.

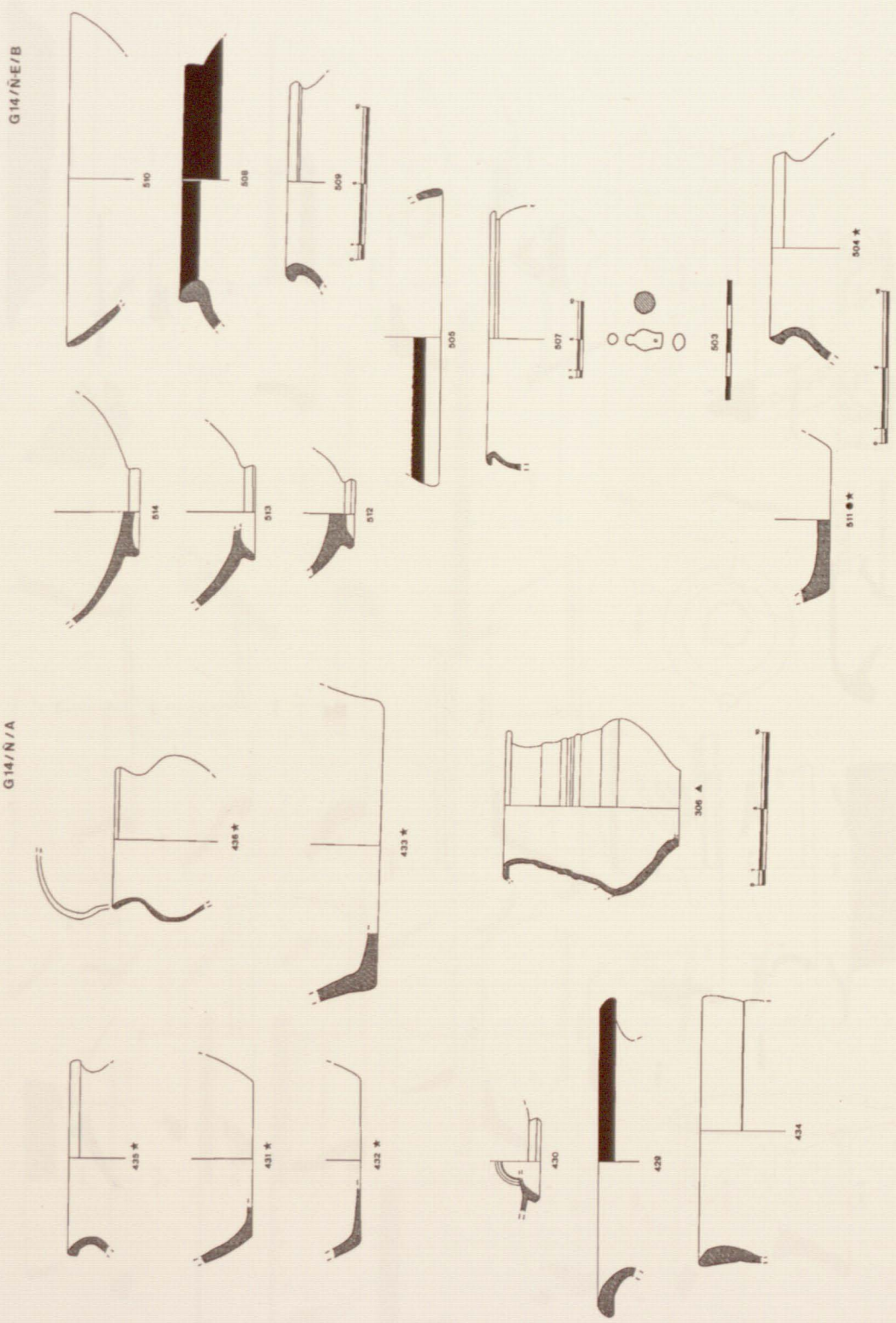


Figura 124. Cerro de la Cruz. G14/ÑA y G14/Ñ-E/B.

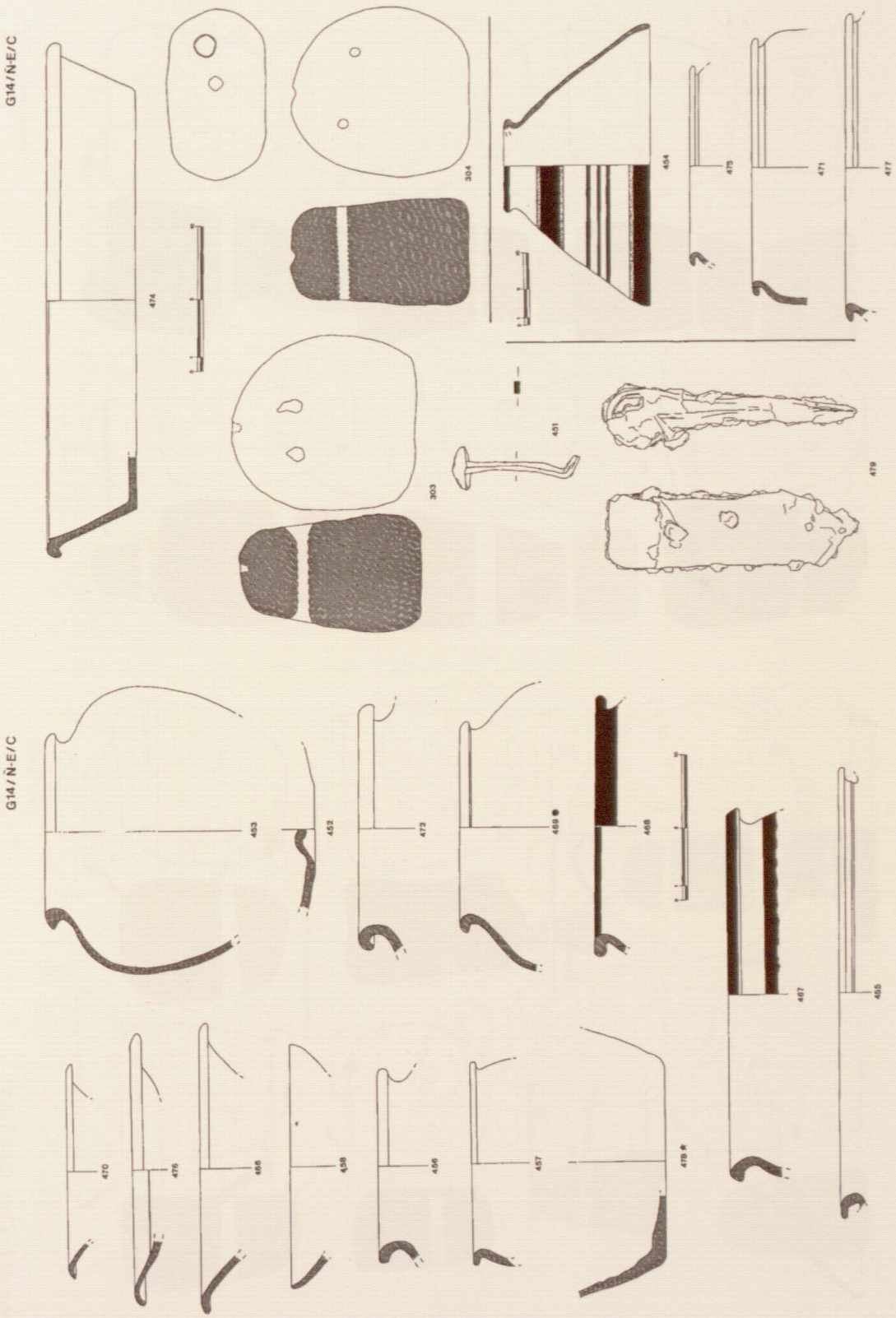


Figura 125. Cerro de la Cruz. G14/ÑE/C.

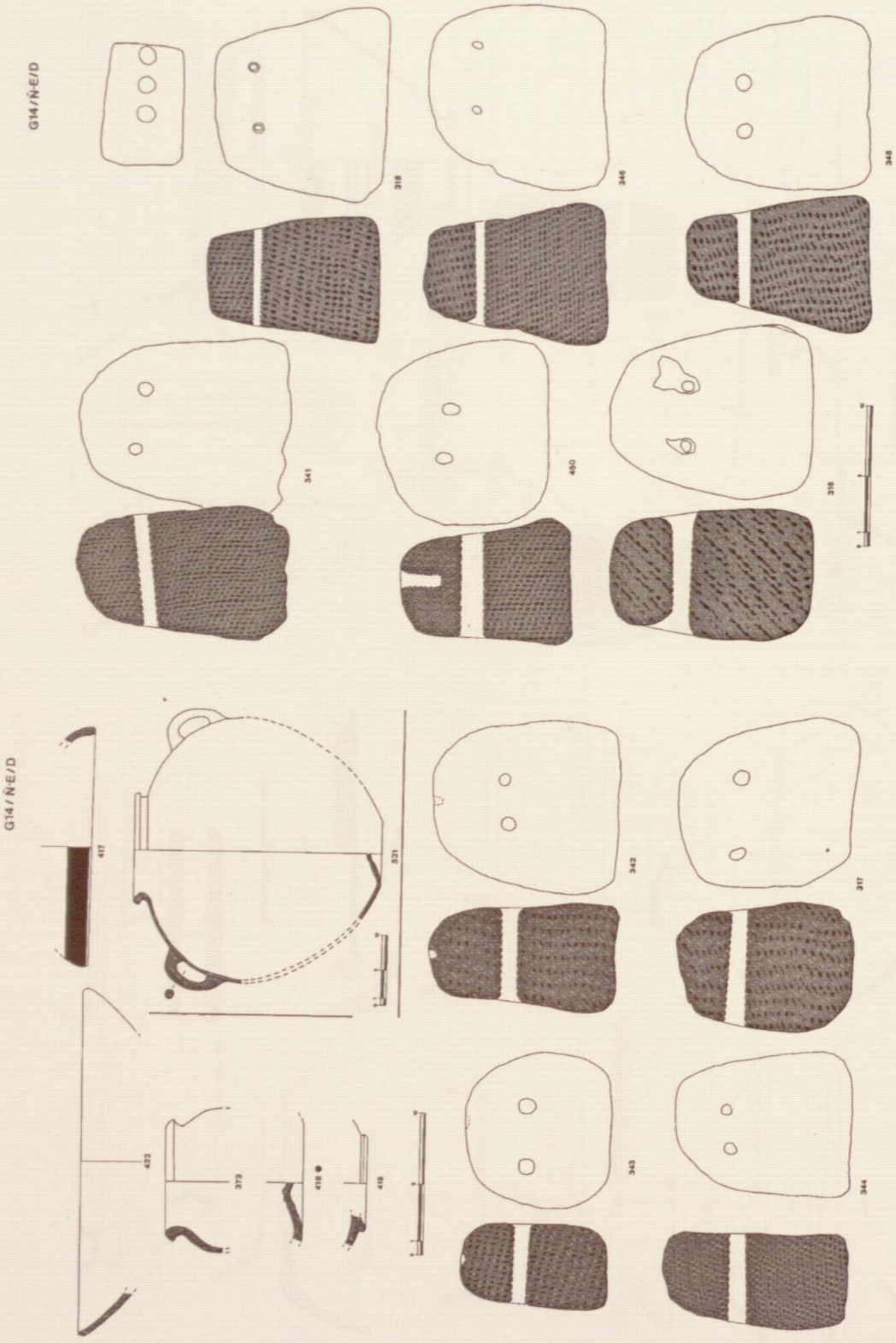


Figura 126. Cerro de la Cruz. G14/Ñ-E/D.

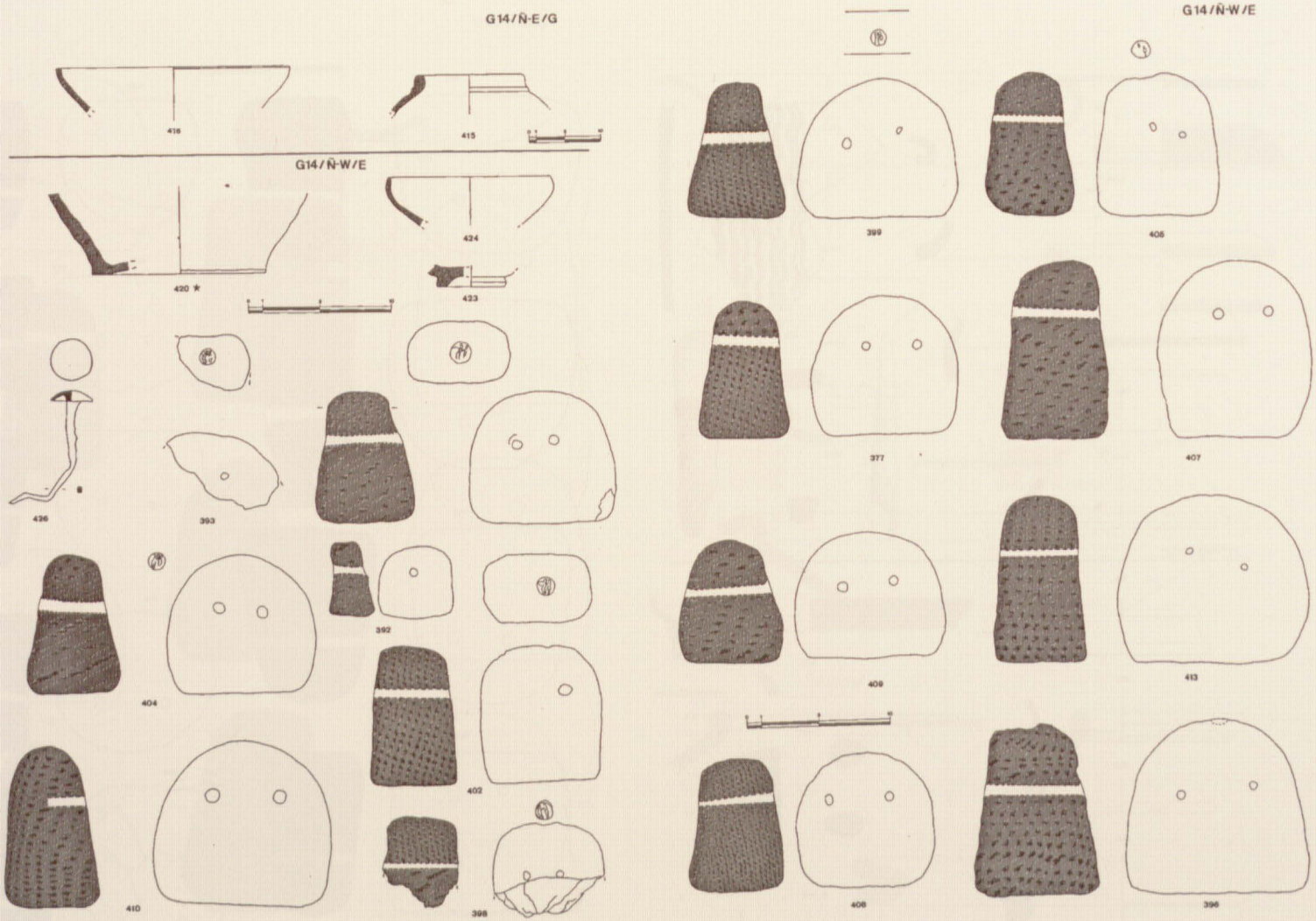


Figura 127. Cerro de la Cruz. G14/Ñ-E/G y G14/Ñ-W/E.

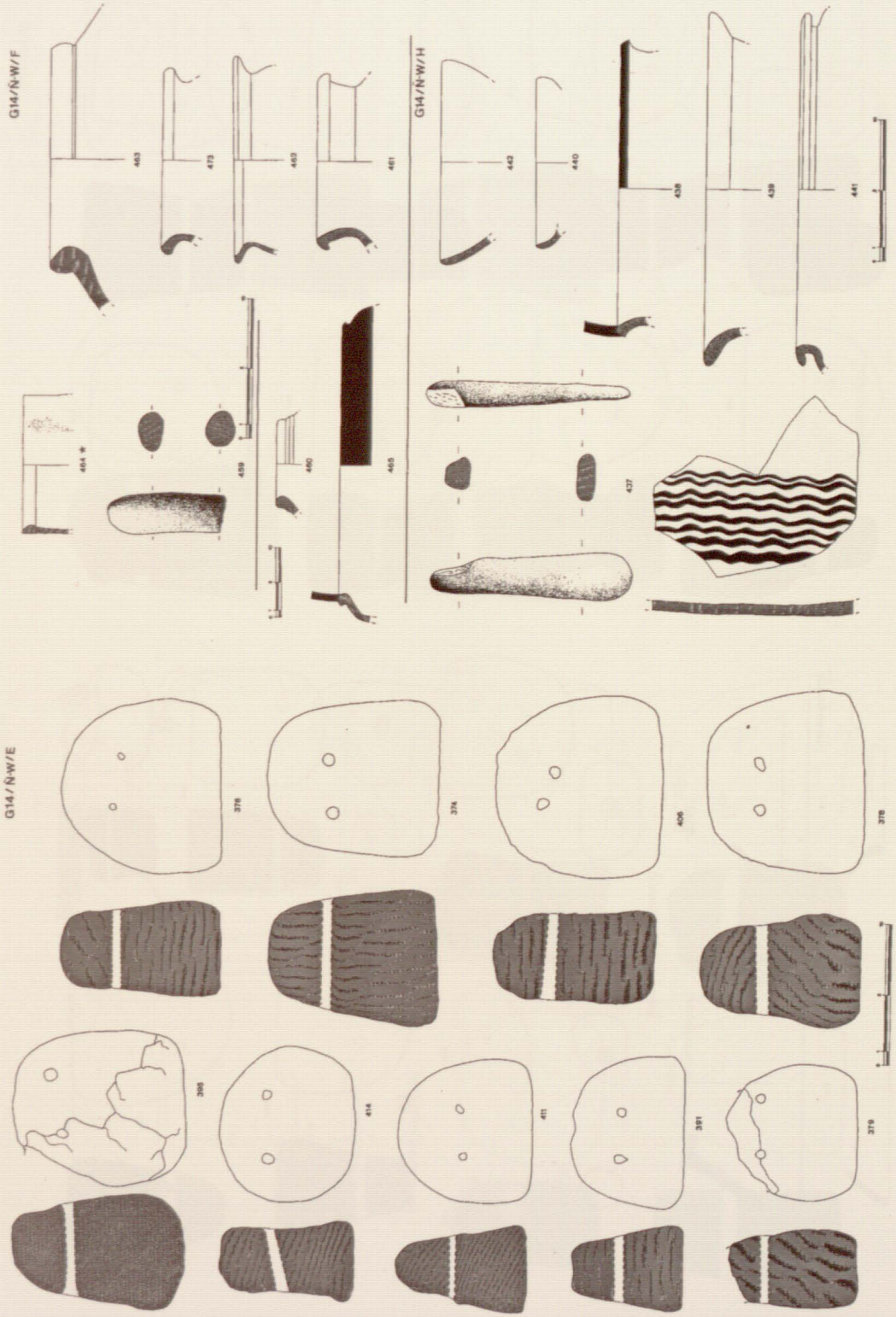


Figura 128. Cerro de la Cruz. G14/Ñ-W/E, G14/Ñ-W/F y G14/Ñ-W/H.

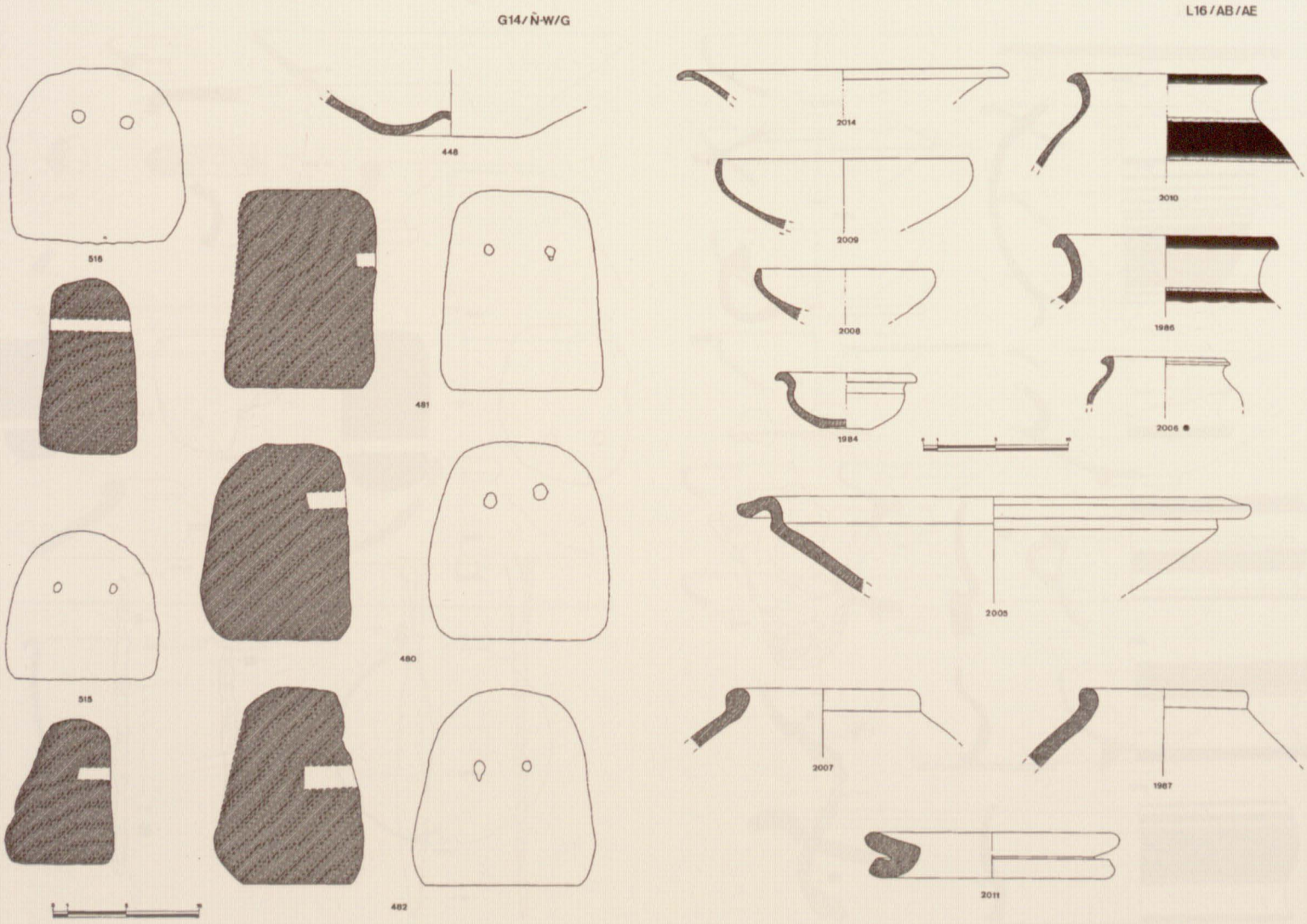


Figura 129. Cerro de la Cruz. G14/Ñ-W/G y L16/AB/AE.

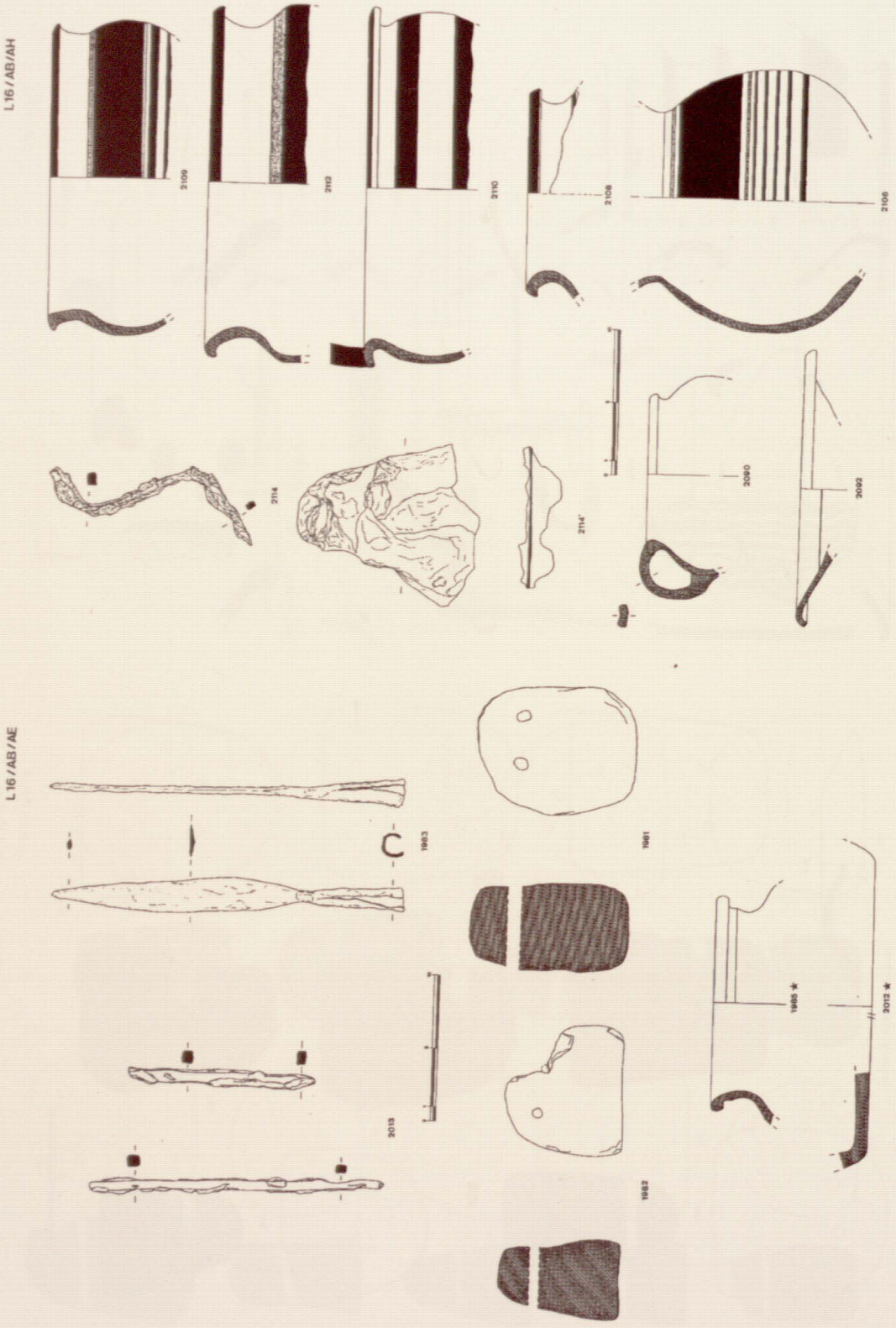


Figura 130. Cerro de la Cruz. L16/AB/AE y L16/AB/AH.

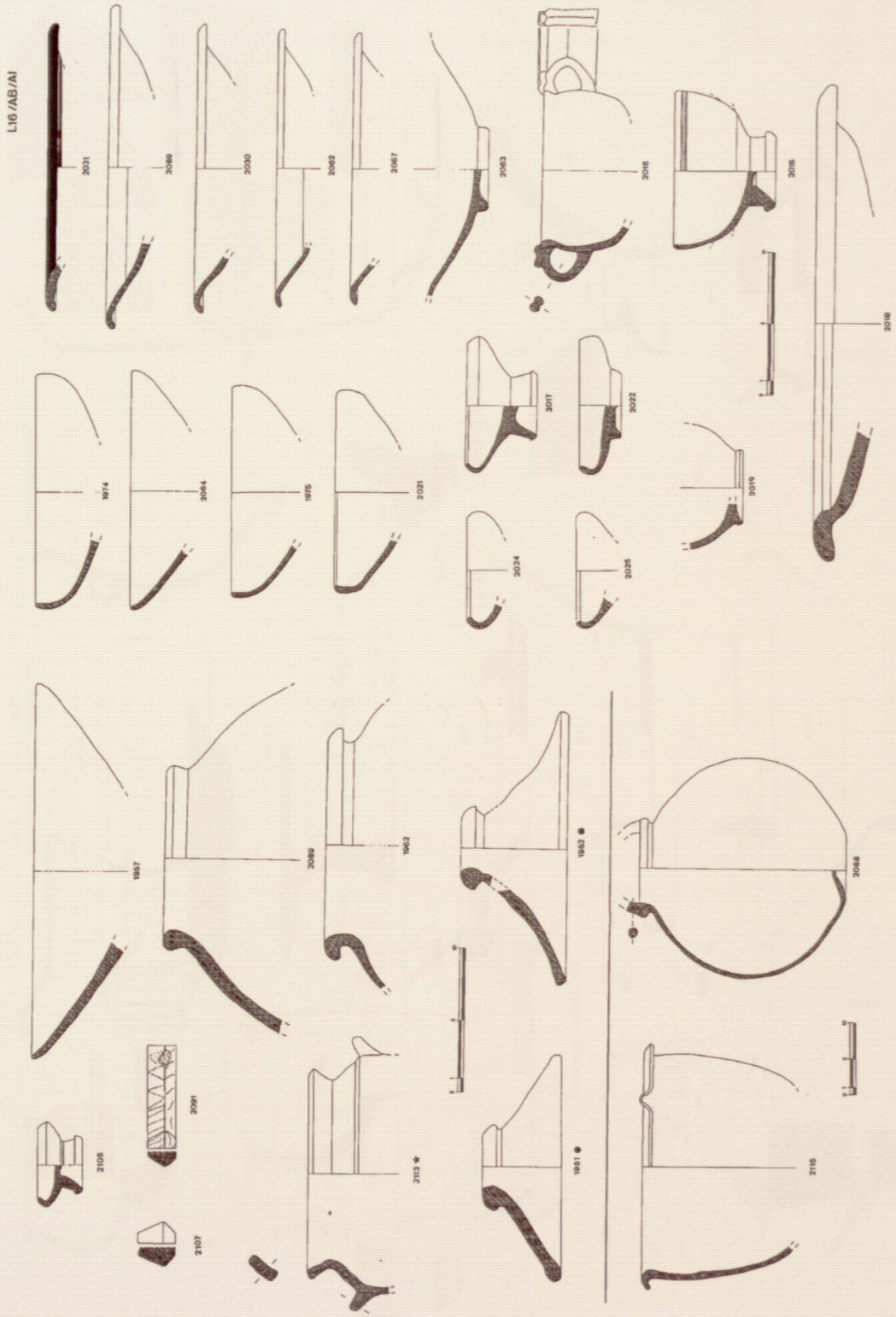


Figura 131. Cerro de la Cruz. L16/AB/AH y L16/AB/Ai.

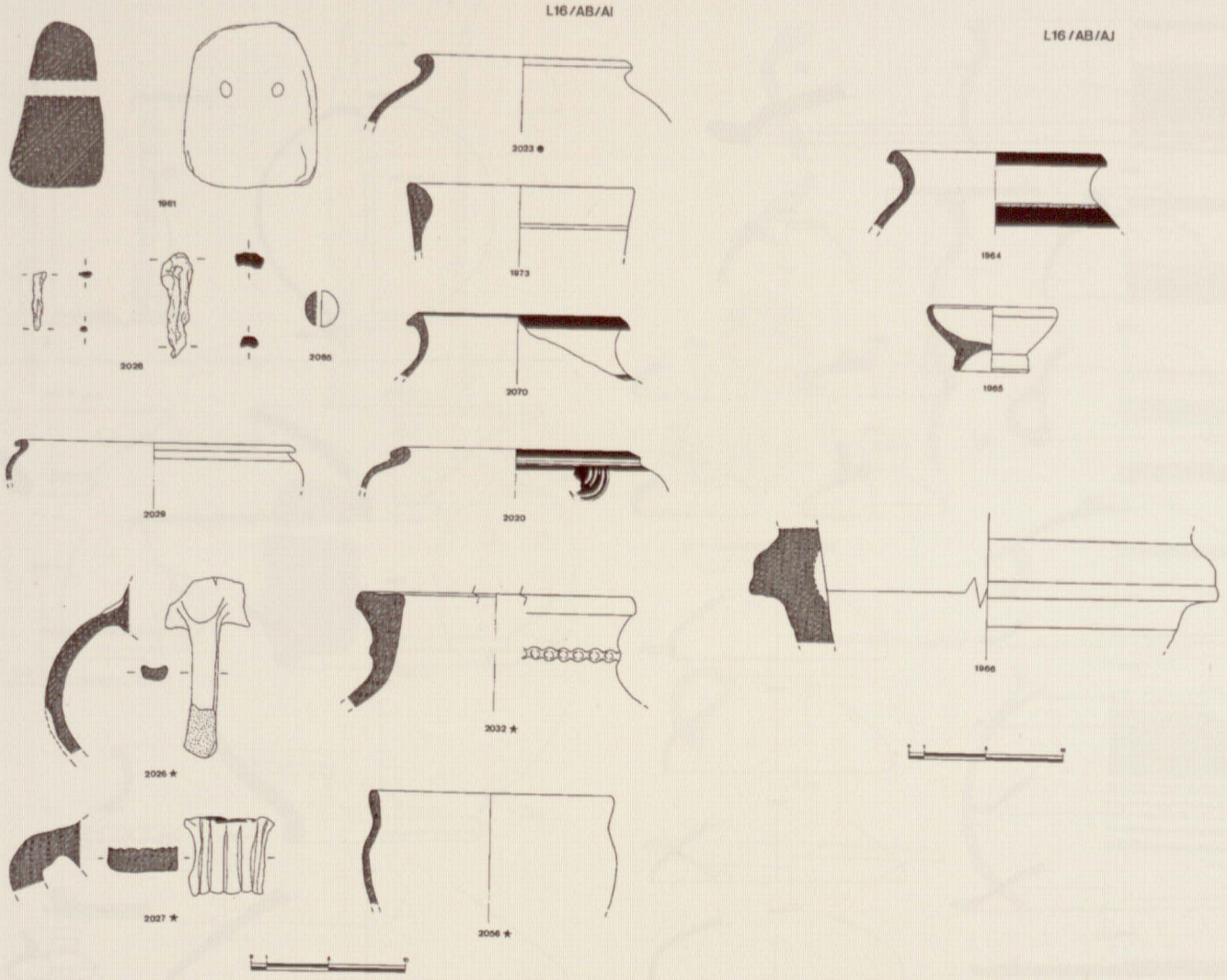


Figura 132. Cerro de la Cruz. L16/AB/Ai y L16/AB/AS.

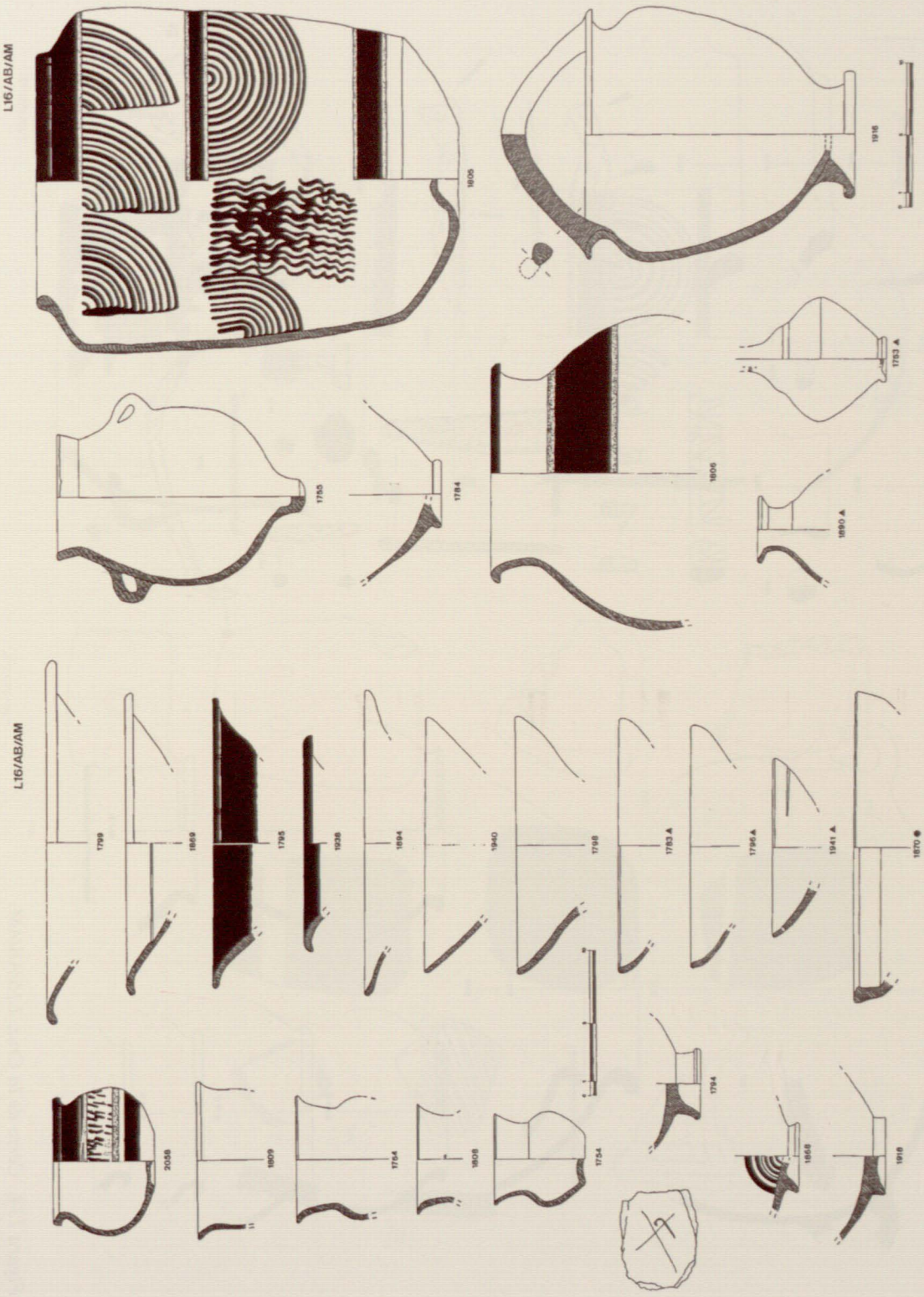


Figura 133. Cerro de la Cruz. L16/AB/AM.

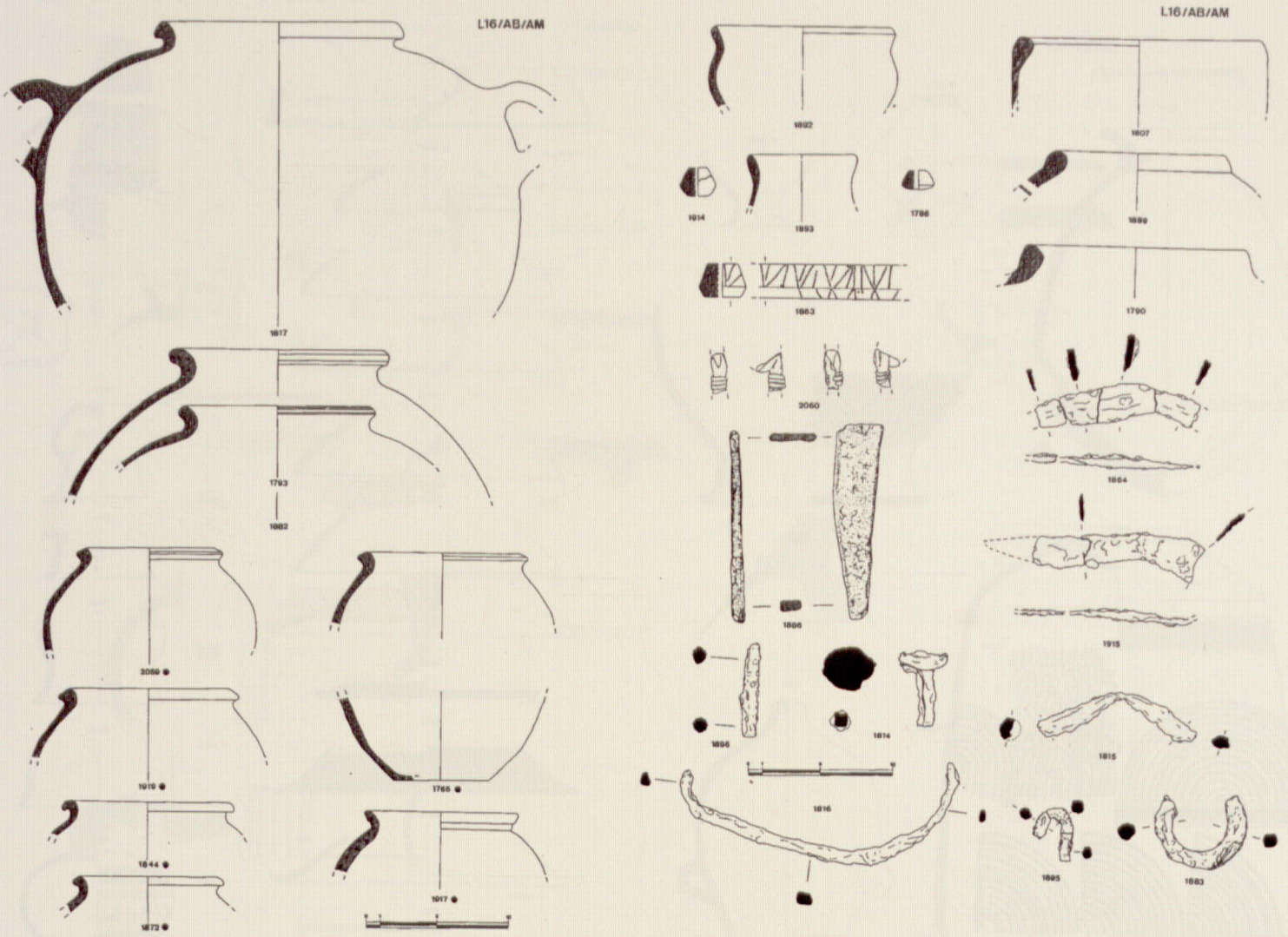


Figura 134. Cerro de la Cruz. L16/AB/AM.

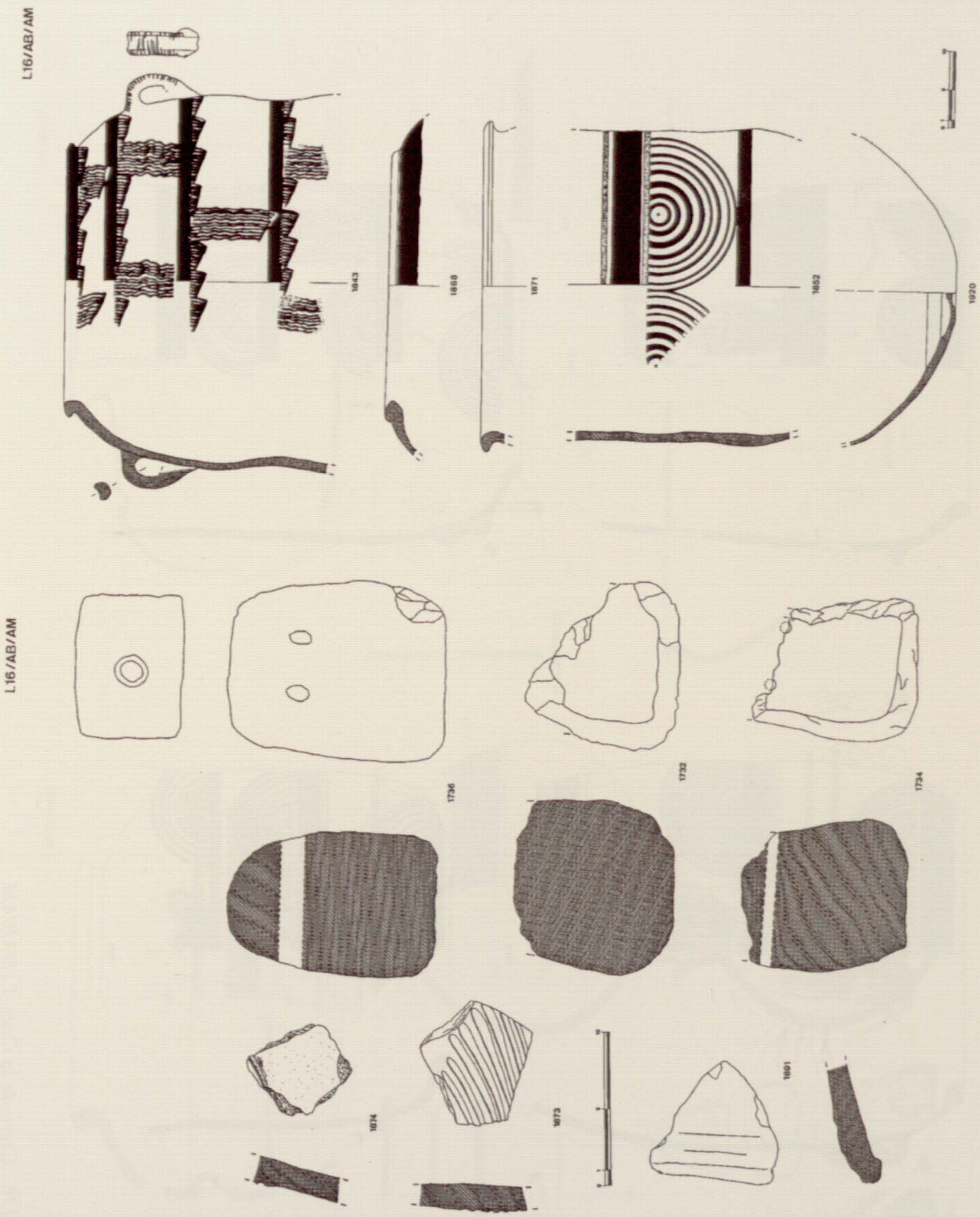


Figura 135. Cerro de la Cruz. L16/AB/AM.

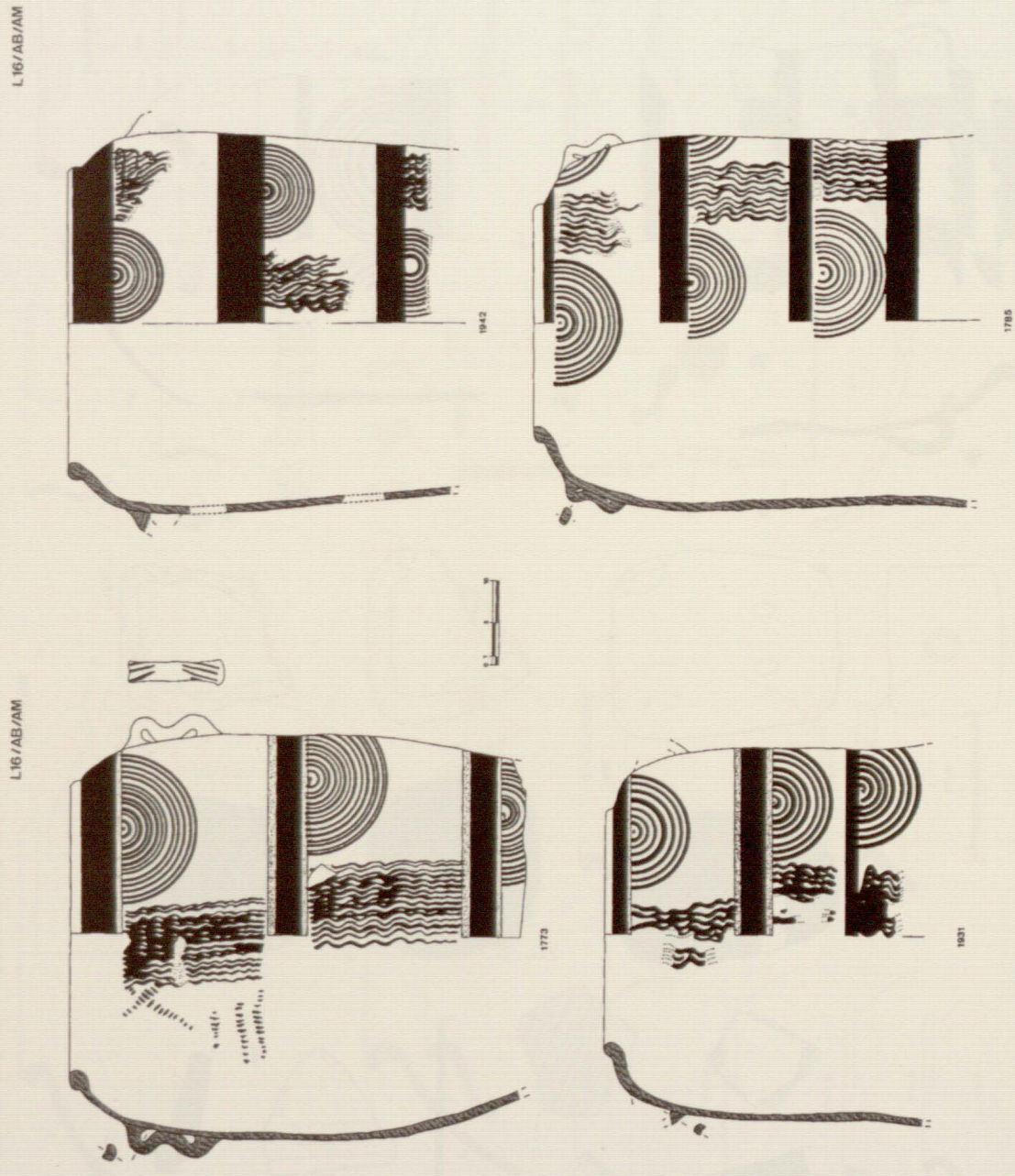


Figura 136. Cerro de la Cruz. L16/AB/AM.

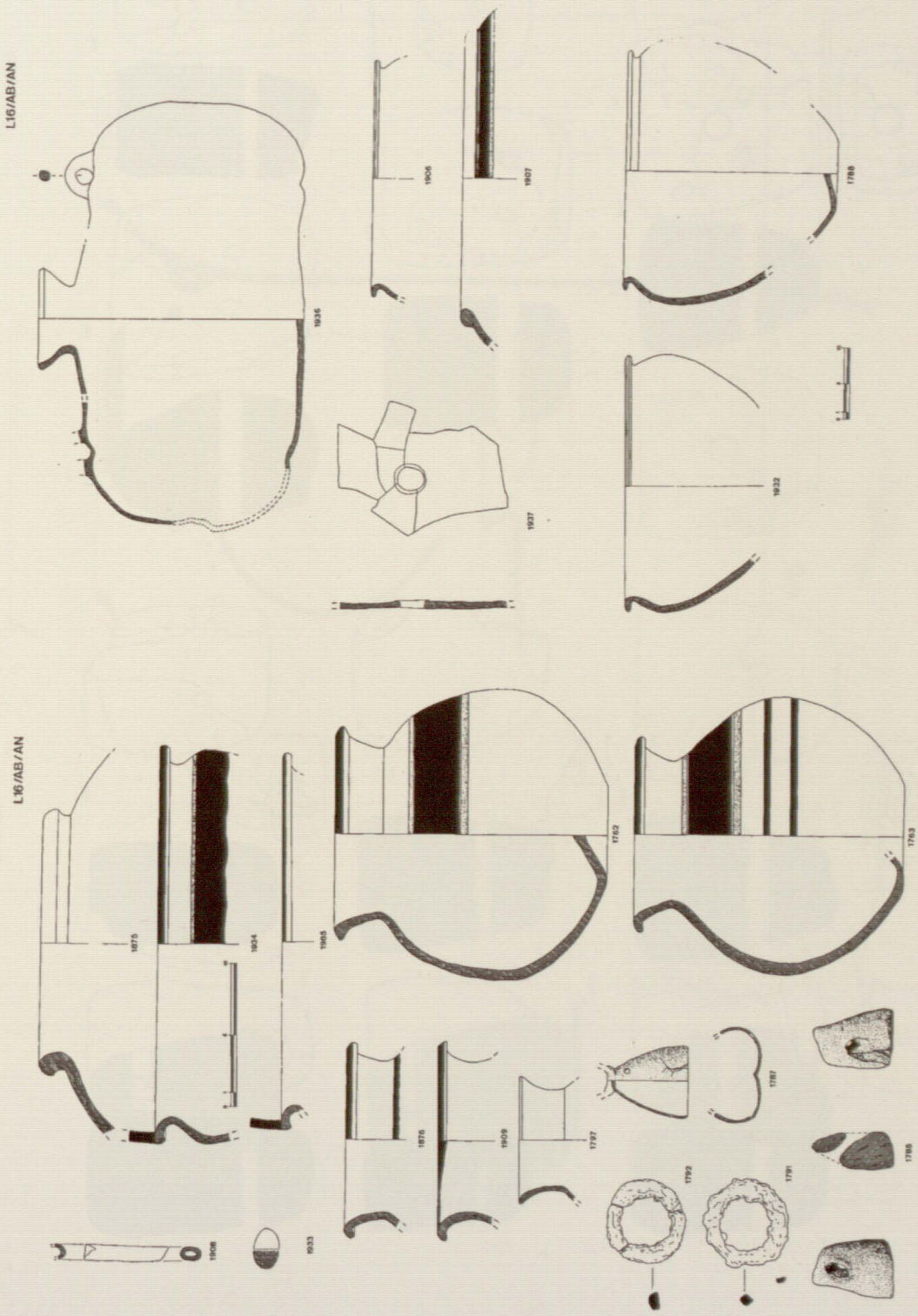


Figura 137. Cerro de la Cruz. 116/AB/AN.

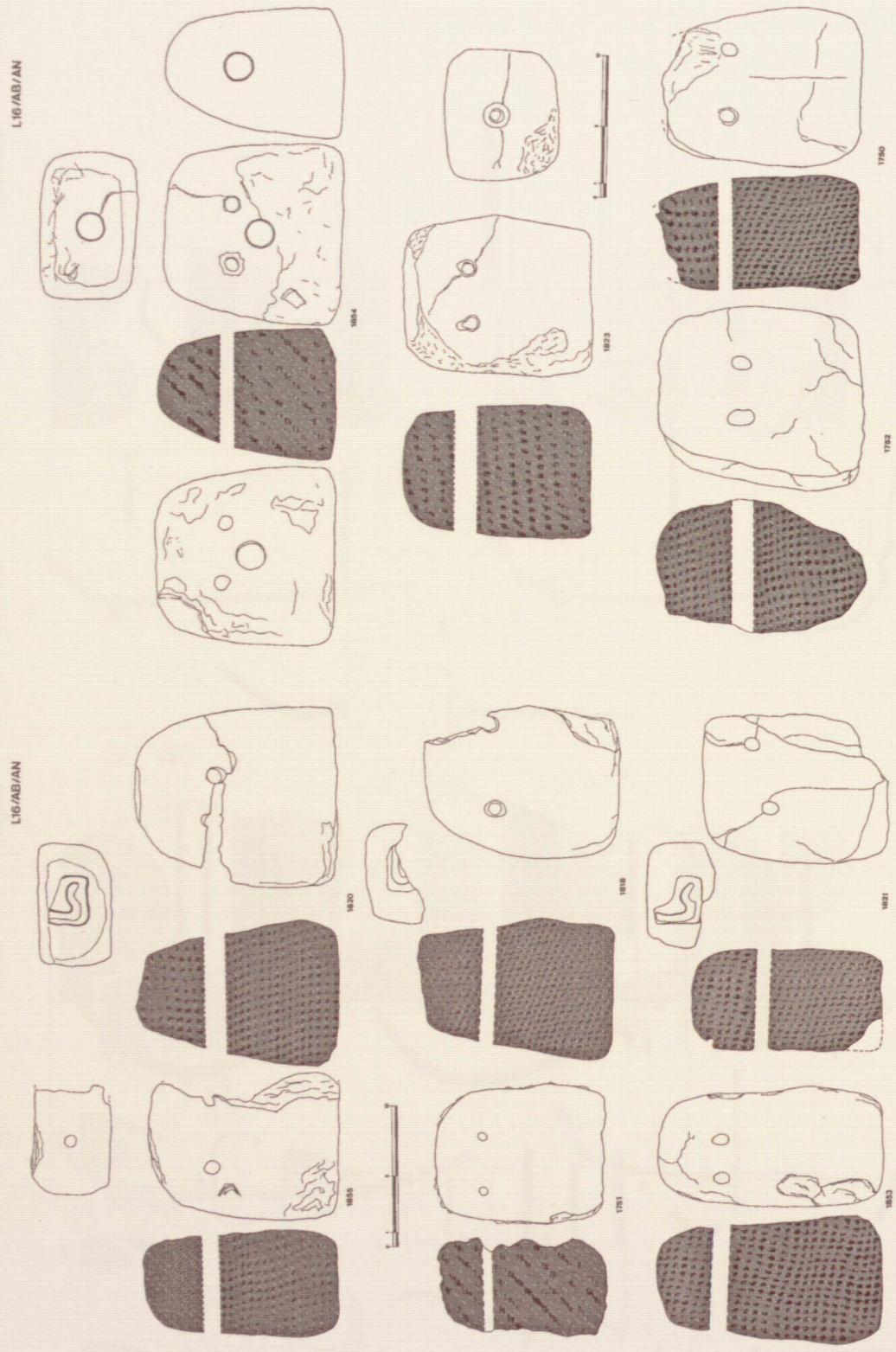


Figura 138. Cerro de la Cruz. L16/AM/AN y F13/-/A(testigo)

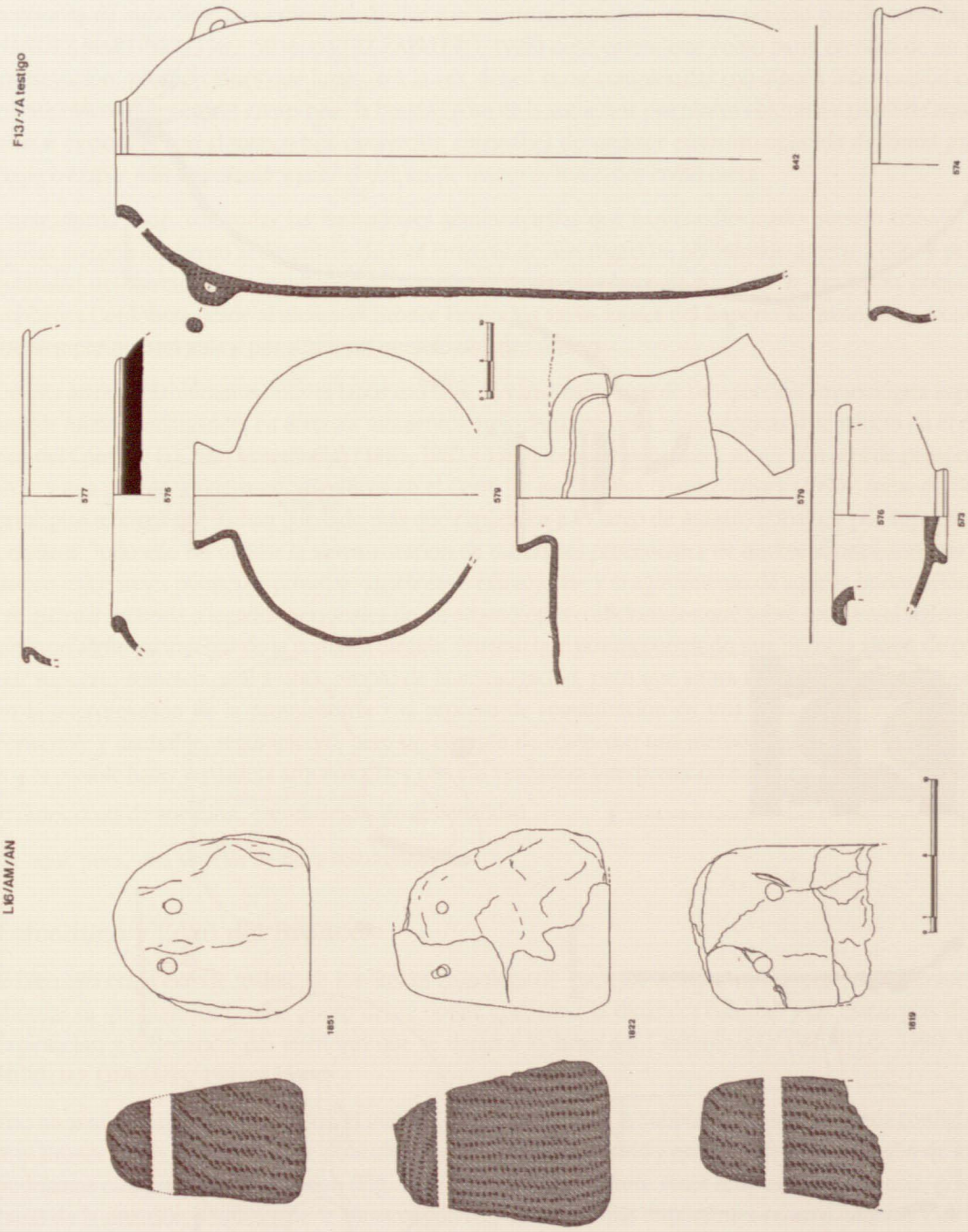


Figura 139. Cerro de la Cruz. L16/AB/AN.

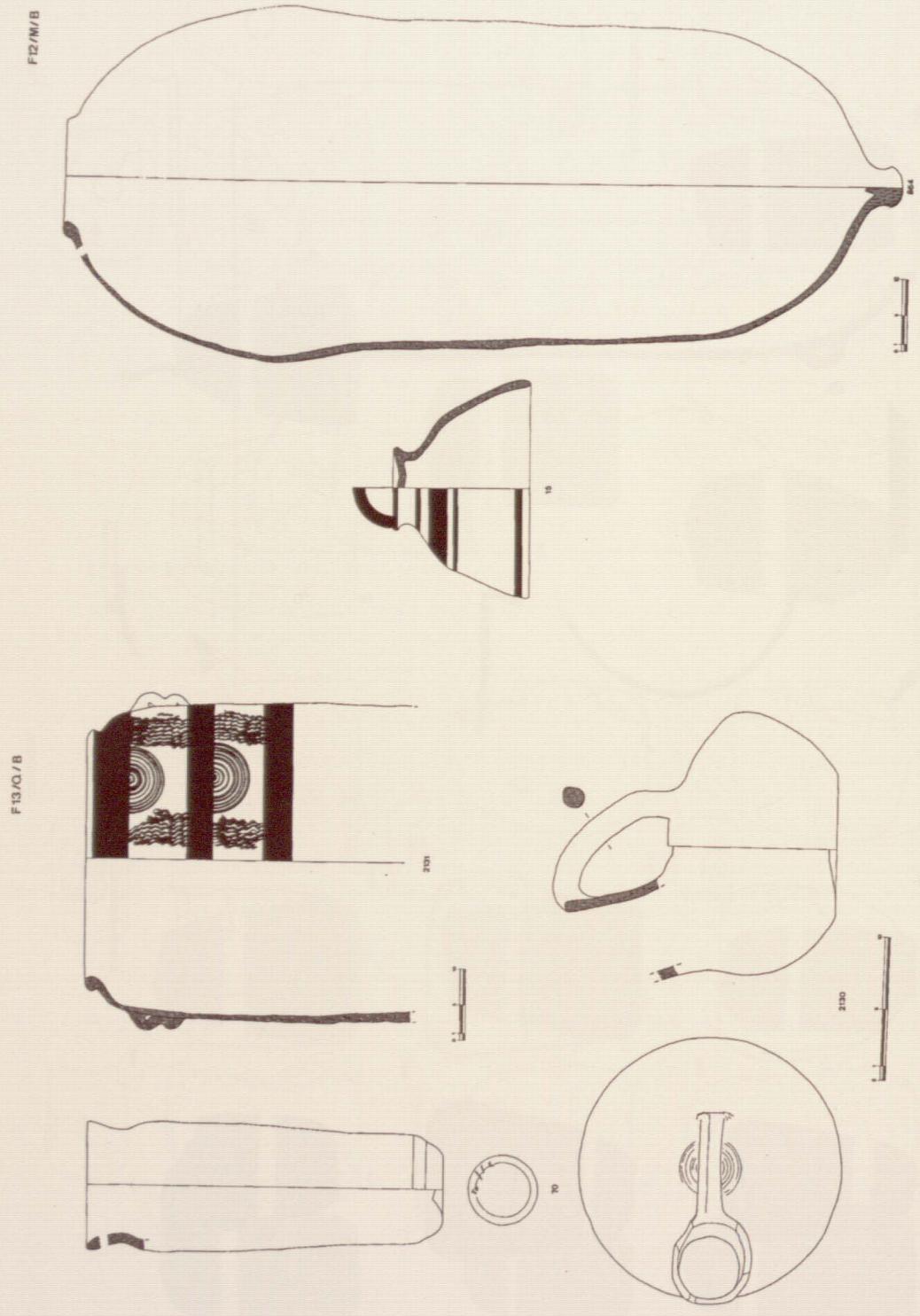


Figura 140. Cerro de la Cruz. F13/Q/B y F12/M/B.

SÍNTESIS FINAL.

De los propios enunciados teóricos que, según indicamos al principio de este trabajo, rigen hoy los más modernos derroteros de la investigación arqueológica española, se deduce a la vez que el desarrollo de cierto número de prospecciones de superficie con criterios actuales (un brevísimo resumen en este sentido puede consultarse en FERNANDEZ MARTINEZ, 1989: 50 ss. o RUIZ ZAPATERO, 1988) debe entenderse como parte esencial de un proyecto de investigación; prospecciones que luego, o a la vez, deben verse completadas con alguna intervención con sondeos estratigráficos que permita comprobar la bondad o no de la secuencia diacrónica obtenida a partir de aquéllas, y también si es posible con al menos una excavación sistemática de carácter extensivo aplicada de forma particular a la etapa o etapas más importantes para el corpus de objetivos marcados como meta.

Planteamiento que, con todas las limitaciones administrativas que han condicionado nuestro trabajo, intentamos aplicar en todo momento al desarrollo de este Proyecto de Investigación, obteniendo gracias a ello -y pese a las irregularidad del mismo- unos resultados de gran importancia a la hora de aquilatar la evolución poblacional en la Subbética Cordobesa desde al menos el Bronce Final a los siglos finales del Imperio Romano, arco cronológico que fue siempre nuestra guía y por supuesto nuestro objetivo último.

De esta manera planificamos nuestra labor con base en varias campañas de prospección arqueológica superficial, con las que fuimos conjugando, en diversos momentos, tres intervenciones arqueológicas sistemáticas en el poblado ibérico del Cerro de la Cruz (Almedinilla) (1985, 1987 y 1989) -complementadas a su vez con otra de prospección intensiva-, y una más de sondeos estratigráficos en el Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar) (1990), tratando de armonizar principios teóricos que ya han quedado más que explicados a lo largo de nuestro trabajo, y por supuesto resultados prácticos. Todo ello sin olvidar la sistematización de materiales procedentes de intervenciones antiguas o conservados en colecciones públicas y privadas -españolas o extranjeras-, y el agotamiento de aquella información que pudieran guardar archivos o legados personales de los arqueólogos o aficionados que sobre todo en el siglo pasado intervinieron algún yacimiento de la comarca elegida. Proceso que nos ha permitido una primera visión de conjunto que por supuesto sometemos al avance propio de la investigación, pero que ahora mismo abre ya un nuevo horizonte en la interpretación de la protohistoria y el proceso de romanización en una zona de la provincia de Córdoba. Perfectible y matizable, seguramente, pero un ejemplo de cómo con una metodología adecuada y aunando esfuerzos es posible hacer verdadera arqueología, y con ella verdadera interpretación histórica, con pocos medios pero con grandes dosis de vocación, entusiasmo y profesionalidad[2].

He aquí, pues, una síntesis de tales resultados.

Calcolítico y Edad del Bronce.

Si bien esta etapa excede realmente los límites cronológicos estrictos de nuestro Proyecto, consideramos necesario abordar su problemática como punto desde donde encuadrar la dinámica cultural y las estrategias de ocupación, explotación y ordenación del territorio que se darán a lo largo del I milenio a.C. (MURILLO, 1990; VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991: 135 ss.).

Tras unos inicios aún poco definidos, el poblamiento calcolítico en la Subbética cordobesa queda configurado durante el Bronce Pleno, con una red de poblados que articulan el territorio y proceden a su explotación de un modo que podríamos calificar como sistemático (Fig. 141). La metalurgia parece tener muy escasa incidencia, posiblemente a causa de la situación periférica de la comarca con respecto a los más importantes centros mineros y de la inexistencia de unos canales de distribución adecuados.

2. Una rápida valoración de los resultados obtenidos en las primeras fases de prospección se puede obtener con sólo realizar una confrontación entre el estado de la cuestión a finales de 1988 (MURILLO *et alii*, 1989, Fig.1) y el mapa sincrónico que presentamos en 1991 (VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991, Fig. 3b). Frente a poco más de una docena de yacimientos pasamos a contar con un total provisional de setenta y cuatro, encuadrables desde el Calcolítico a Baja época romana. Tomada esta cantidad en relación con los 386 km² en los que centramos la prospección, obtenemos un índice de 1'9 yacimientos por cada 10 km², valor superior a los obtenidos en prospecciones realizadas en Soria, similar a los de la Campiña Sur sevillana e inferior a los de Los Alcores o Mora de Rubielos (cfr. RUIZ ZAPATERO, 1988, 43 y Fig. 5).

Por otra parte, pese a que los indicios son escasos, el ritual funerario predominante parece haber sido la inhumación colectiva en cuevas naturales. En este sentido, y como dato de enorme interés, en los últimos años ha sido localizado en la Dehesa de La Lastra (Sierra Alcaide, Priego de Córdoba) un pequeño dolmen sometido a una intervención arqueológica de urgencia dirigida por R. Carmona que, desgraciadamente, no ha hecho sino corroborar su expolio ya de antiguo (CARMONA AVILA, MORENO, 1992, 31 ss.; CARMONA, MORENO, MUÑIZ, 1993, 2437). Los dos núcleos megalíticos más cercanos se localizan en la comarca de Montefrío (Granada) y el Norte de la provincia de Córdoba, destacando la ausencia casi absoluta con excepción de algunas referencias de autores antiguos bastante inseguras y discutibles, de este tipo de manifestaciones funerarias en el sur cordobés; no es necesario, por tanto, insistir en la importancia que reviste la localización de un yacimiento como el que nos ocupa en pleno corazón de la Subbética, si bien la carencia de ajuar, su carácter aislado y la no localización del núcleo de hábitat que lo generó -tal vez de tipo tanshumante- limitan de forma considerable sus aportaciones.

Durante la fase del Calcolítico Final, la comarca permanece un tanto al margen de las nuevas corrientes que vienen representadas por el horizonte campaniforme. La no localización de cerámicas relacionables con este último grupo cultural, ni de tipos metálicos típicos de estos momentos -con la única excepción de unas puntas de Palmella que proceden al parecer de La Mesa de Fuente Tójar-, apunta en esta dirección, en contraste con lo que se comprueba en yacimientos de la Campiña cordobesa como Guta (RUIZ LARA, 1987a; CARRILERO, MARTINEZ, 1985), o en la jiennense, en contextos del Horizonte Cazalilla II-Albalate, que marcan el tránsito a la Edad del Bronce (NOCETE, 1989; RUIZ RODRIGUEZ *et alii*, 1986).

En el transcurso de esta última etapa parecen mantenerse las tendencias de la fase anterior, sin que aparezcan los primeros influjos argáricos hasta un momento relativamente avanzado, y siempre como elementos indirectos y aislados dentro de un ambiente conservador definido por la continuidad de los enterramientos en cuevas naturales y el mantenimiento del mismo patrón de asentamiento. La receptividad que en estos momentos presenta la Subbética Cordobesa coincide con un periodo de efervescencia cultural en las diversas áreas del Bronce meridional, de las cuales se beneficiará merced a su proximidad con las principales rutas que unen el foco argárico con el Bronce del Guadalquivir y con el del Suroeste. La presencia en plena Subbética de tipos metálicos como la daga de Fuente Tójar o la estela de El Torcal no tendría sentido sino en el marco de este tipo de relaciones (MURILLO, 1990, 68).

En el caso de la primera, al igual que ocurre con la de Torre Benzalá (CARRASCO, PACHON, 1986, Lám. IV), a la vez que se documenta en un área claramente periférica de la cultura argárica, sus manifiestas diferencias con los tipos propios de ésta impiden considerarlas como derivaciones suyas. En consecuencia, creemos factible pensar en la existencia de un foco metalúrgico que habría comercializado sus productos por toda la Cuenca del Guadalquivir y áreas limítrofes. El estoque de Setefilla sería buena prueba del dinamismo de este centro metalúrgico, que ya hacia mediados del II milenio habría creado sus propios prototipos (AUBET, SERNA, 1981) y que seguramente tuvo su razón última de ser en los depósitos mineros de Sierra Morena. Las relaciones, más o menos directas, con la cultura argárica vendrían dadas por las alabardas de Peñalosa y de Mesa de Setefilla, ambos tipos híbridos que reúnen rasgos argáricos -en especial la de Setefilla, que morfométricamente constituye una perfecta alabarda argárica del tipo II de Lull (1983b)- con otros (dotados de lengüeta y doble o triple nervio en la hoja) que podríamos considerar característicos del nucleo metalúrgico occidental (MURILLO, 1990: 5758).

En relación con la segunda (MURILLO, 1990, 6263), parece difícil que corresponda a un momento tan reciente como el sustentado por algunos autores (ALMAGRO, 1966; SHUBART, 1975), debiéndose elevar su cronología hasta el Bronce Medio (ALMAGRO GORBEA, 1976; AUBET, SERNA, 1981; RUIZ GALVEZ, 1984). Por otra parte, la aparición de una estela de este tipo en un punto tan alejado del núcleo original del Bronce del Suroeste no deja de resultar sorprendente, debiendo interpretarse como una prueba más del papel desempeñado por las tierras de las actuales provincias de Córdoba y Sevilla como transmisoras, y en parte catalizadoras, de influjos culturales entre el Sureste y el Suroeste de la Península Ibérica.

Bronce Final-Orientalizante (Fig. 142).

El asentamiento mejor conocido de este momento se localiza en el Cerro del Castillo de Carcabuey, objeto de un reciente análisis monográfico (MURILLO, RUIZ LARA, 1990) que pone de manifiesto la falta de definición en lo que se refiere al comienzo de su ocupación, si bien el hallazgo de un fragmento de cuenco elipsoide aplastado (borde entrante y diámetro superior a la altura) parece remitirlo a un horizonte de Bronce Pleno del Bajo Guadalquivir, paralelo al de la Fase I de Mesa de Setefilla (AUBET *et alii*, 1983), al del Estrato III de Monte Berrueco (ESCACENA,

Figura 141. Distribución del poblamiento en la Subbética cordobesa durante el Calcolítico.

FRUTOS, 1985), o al recientemente detectado en el Cerro del Castillo de Aguilar de la Frontera (RUIZ, MURILLO, 1992).

Tampoco la definición del Bronce Final de Carcabuey se presenta fácil, ya que, de hecho, el análisis estadístico del macrogrupo de cerámicas fabricadas a mano ofrece características diferenciales en relación a las del Bronce Final Precolonial, particularmente por lo que respecta al tratamiento de las pastas. Superficies bruñidas, espatuladas y alisadas muy finas ofrecen una representatividad muy inferior a la que resulta normal en yacimientos de la Campiña o del Valle del Guadalquivir, en tanto que las alisadas toscas y las propiamente toscas ofrecen un claro dominio. Es un hecho que cabe interpretar desde una doble perspectiva:

* El Bronce del Cerro del Castillo de Carcabuey se encuadra en un momento avanzado del Bronce Final, ya paralelo al Orientalizante del Medio y Bajo Guadalquivir.

* La baja proporción de cerámicas bruñidas responde a una tradición local de cerámicas no cuidadas, que habría que remontar al Calcolítico y Bronce Antiguo y Pleno.

Entendemos que ambas interpretaciones pueden resultar complementarias. La frecuencia con que se presentan los cuencos hemiesféricos y los vasos globulares podría estar reflejando, efectivamente, el peso de la tradición del II milenio, en tanto que los pies de copa y las cerámicas toscas con decoración incisa, plástica aplicada o impresa, también presentes en un alto porcentaje (MURILLO, RUIZ, 1990), apuntarían a un intenso contacto Subbética-Campiña ya dentro del Bronce Final Colonial, paralelo a la difusión de las primeras cerámicas a torno. Frente a ello, destaca igualmente la escasa importancia porcentual de las cazuelas bruñidas con carena alta indicada y borde almendrado, así como de los vasos bitroncocónicos con borde engrosado saliente.

Finalmente, la ausencia de cerámicas con decoración pintada del tipo Guadalquivir I y la presencia sólo testimonial de la decoración bruñida, al igual que ocurre en el yacimiento de La Almanzora (Luque), nos lleva de nuevo a pensar en un momento avanzado para el Bronce Final de Carcabuey. De acuerdo con esta misma hipótesis, la escasez de engobe rojo, generalizable a la mayor parte de la Campiña cordobesa (MURILLO, 1991), así como los perfiles evolucionados de las cerámicas grises parcen abogar por un retraso del impacto orientalizante en esta zona hasta un momento avanzado del siglo VII a.C., algo mayor del que se viene comprobando en otras áreas como la Campiña o

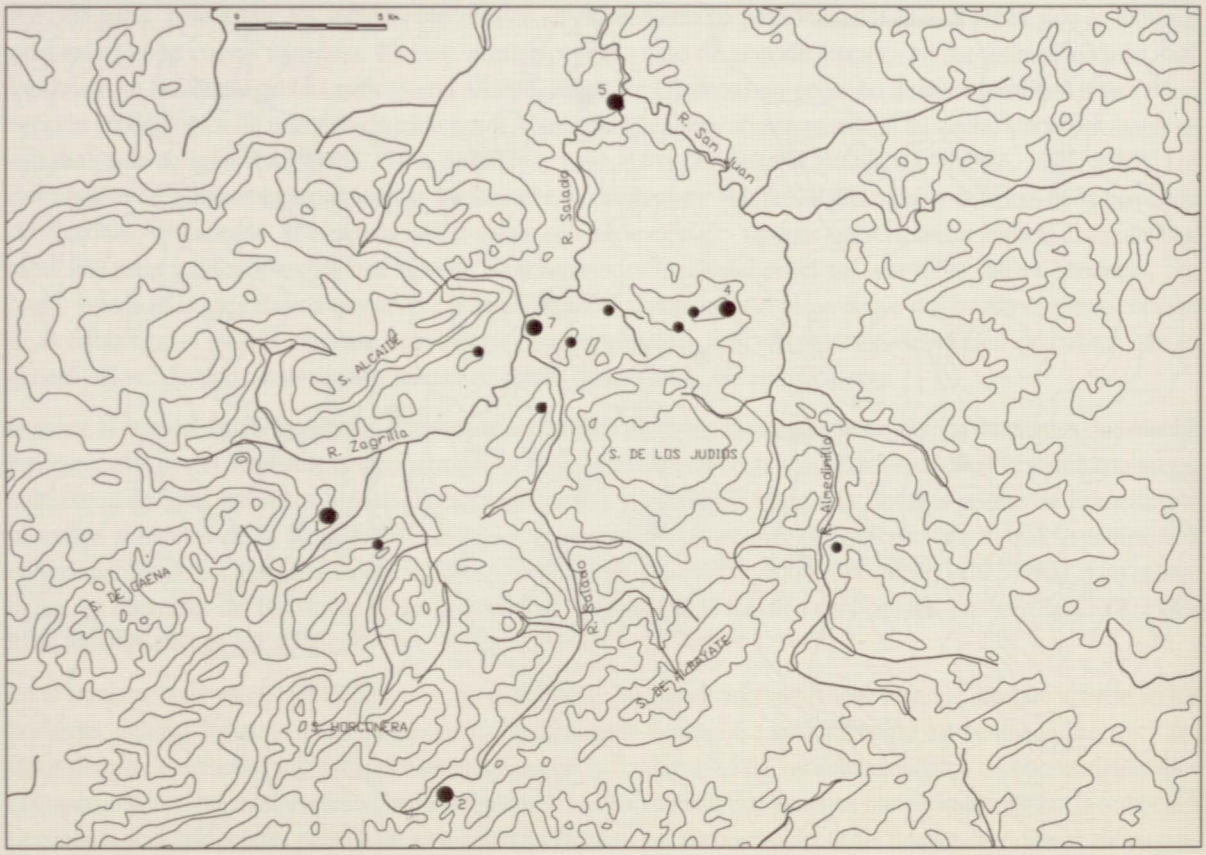


Figura 142. Distribución del poblamiento en el área en estudio durante los siglos iniciales del I milenio a. C.

los Valles del Genil y del Guadalquivir (VAQUERIZO, 1990a: 27 ss.; MURILLO, 1991). Las puntas de doble filo y arpón localizadas en Carcabuey, el fragmento con decoración orientalizante del Cerro de las Cabezas (al que habría que añadir los nuevos materiales recuperados en nuestra campaña de 1991, relacionables con contextos orientalizantes tardíos o del **Ibérico Antiguo**) (MURILLO, 1989; VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1992) y la urna **tipo Cruz del Negro** procedente también del Cerro del castillo de Carcabuey (VAQUERIZO, 1983-84), vendrían a reafirmar la cronología propuesta (VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991a, 136137).

Un panorama similar nos dibujan el resto de yacimientos subbéticos atribuibles a esta etapa, con una bajo porcentaje de cerámica a torno, gris o pintada, y una clara pervivencia de las cerámicas toscas o simplemente alisadas de tradición más antigua. Tales producciones están presentes, además de en Carcabuey, en el Cerro del Puerto y Camino del Tarajal (Priego de Córdoba), Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar) y La Almanzora (Luque). Son todos ellos asentamientos ubicados en cerros o cerros-meseta, bien individualizados respecto al territorio circundante, lo que les confiere unas altas posibilidades defensivas y una visibilidad que permite un control realmente efectivo de la comarca circundante.

Junto a estas características, cobra también una especial significación la localización de todos los poblados en puntos estratégicos que, además, controlan las más importantes rutas naturales de comunicación. Así, el Cerro del Castillo se alza sobre la vía que atraviesa en sentido transversal la Subbética para, a través del Mojón de Cabra, salir a la Alta Campiña de Cabra y Lucena, alcanzando la ruta que con sentido N-S cruza la Campiña del Genil. También en Carcabuey confluye otro de los caminos que recorre longitudinalmente la comarca: aquél que, a lo largo de la vega del Zagrilla y de los pasos de Sierra Gaena y de Sierra Horconera, alcanza el Genil al Sur de Rute. El Cerro del Puerto controla el otro paso natural de salida hacia el Sur: el puerto de Las Lagunillas, en el nacimiento del Salado, y, finalmente, el Camino del Tarajal se sitúa sobre la confluencia del Zagrilla y del Salado, punto en el que ambas rutas se transforman en una sola que a lo largo del curso del Salado conduce hasta la unión del último río con el San Juan, dando nacimiento al Guadajoz a los pies del Cerro de la Almanzora, donde aún hoy se cruzan las más importantes vías que comunican la comarca con la Campiña Cordobesa, la Campiña jiennense y la Vega de Granada.

Por lo que respecta a la explotación de la zona, el análisis de los territorios de producción restringida (TPR) pone en evidencia una escasa interferencia entre las diversas comunidades por el control de los recursos básicos. Sólo en el

caso de La Almanzora, Camino del Tarajal y Cerro de las Cabezas se superponen ligeramente parte de esos TPR. Sin embargo, aplicando el concepto de distancia isocrónica al criterio general de los 5 km. de radio para el territorio teórico de asentamiento con una economía productora desarrollada (DAVIDSON, BAILEY, 1984), advertimos que esos territorios se restringen, abarcando una superficie irregular cuyos límites sólo en contadas ocasiones distan más de tres km. del poblado. De la superposición de estos territorios al mapa de potencialidad de suelos de la zona se advierte además cómo dentro de los límites de los TPR correspondientes a cada yacimiento se concentran las tierras más productivas de toda la comarca, lo que confirma la coexistencia de una segunda pauta en la definición del patrón de asentamiento. Sólo las tierras de la rica vega de Priego parecen quedar desaprovechadas en relación con este reparto del territorio.

Esta articulación del ente geográfico a partir de los TPR coincide con la visión que se desprende del análisis de los polígonos de Thiessen, estableciéndose una estrecha correspondencia entre el tamaño de unos y otros. Se advierte también cómo los límites teóricos entre yacimientos definidos por los polígonos coinciden frecuentemente con límites naturales (*v.gr.* Sierra Horconera, entre los territorios de Cerro del Castillo de Carcabuey y Cerro del Puerto). Destaca como única excepción a este modelo de comportamiento el entorno prieguense, donde se produce una distorsión que viene definida por una prolongación de los polígonos, fenómeno aberrante a nuestro juicio, supuesto que la correspondencia entre TPR y polígonos aparece por lo demás perfecta. Unicamente la explotación de la rica vega de Priego podría explicar de alguna forma esta ampliación anormal de los territorios, pero no la creemos una explicación del todo satisfactoria por las dificultades efectivas que plantea la explotación de unas tierras situadas a una distancia de 7-8 km. respecto al centro de los territorios respectivos.

Aceptaríamos como explicación a este problema la documentación de un asentamiento importante de este momento en Priego o alrededores. Sin embargo, aunque hemos prospectado sistemáticamente estos últimos, no hemos conseguido hasta el momento localizar yacimiento alguno de las características que exigiría una interpretación coherente para la lógica explotación del territorio, por lo que creemos que la búsqueda debe limitarse al casco urbano actual de Priego de Córdoba. En su entorno inmediato, El Pirulejo ha probado la existencia de un asentamiento desde al menos el Paleolítico Superior (ASQUERINO, 1985b y 1992). De la misma forma, y en muy diversas ocasiones, se han documentado en Priego útiles de piedra pulimentada y hojas de sílex que podrían corresponderse con el hábitat antes indicado, sin que tengamos dato alguno respecto a cualquier otro tipo de materiales hasta la época romana.

Con todo, en excavaciones practicadas recientemente en pleno casco histórico de Priego (CARMONA AVILA, 1990a y 1992), ha podido ser comprobada la existencia de niveles romanos sellados bajo varios metros de travertino, fenómeno que aclararía teóricamente la ausencia por el momento de un posible asentamiento protohistórico: ...*"el origen del poblamiento de la ciudad ha de estar en relación con la presencia de agua del manantial de la Salud. Los aportes de travertino, que configuran el Adarve, han experimentado su fase terminal a consecuencia de la presión antrópica ... produciendo la fijación del escarpe en el Cuaternario reciente ... hacia el año 610 a. C., lo que coincide con otros yacimientos del Bronce Final-Orientalizante de la comarca..."* (VERA, 1993, 1617).

Como es lógico, no contamos con argumentos definitivos que nos permitan defender la existencia de este hábitat "fantasma" bajo el subsuelo de la actual ciudad de Priego, pero a nivel puramente teórico, de acuerdo con la configuración proporcionada por los TPR y los polígonos de Thiessen, sí podemos sugerir como probable la futura localización de un asentamiento de este tipo a partir de alguna intervención arqueológica especialmente afortunada.

Junto a los yacimientos que acabamos de analizar, base de la red poblacional primaria de la Subbética en este momento de su Protohistoria, hemos podido documentar la presencia de algunas cerámicas a mano remontables a este momento en diversos puntos próximos al Camino del Tarajal y Cerro de las Cabezas. La valoración de estos hallazgos, reducidos a una mínima cantidad de fragmentos, nos resulta por el momento bastante difícil, si bien podrían estar representando pequeños asentamientos rurales similares a los documentados en la Campiña cordobesa (MURILLO *et alii*, 1989; MURILLO, 1991).

No quisiéramos finalizar esta rápida incursión en el Bronce Final-Orientalizante de la Subbética Cordobesa sin llamar la atención sobre el desconocimiento, también en esta zona, de los rituales funerarios. Por el momento, en la comarca que estudiamos, y por lo que se refiere al Bronce Final-Orientalizante, no contamos con más argumento relacionable con el mundo funerario que la urna tipo Cruz del Negro recuperada en el Cerro del Castillo de Carcabuey (VAQUERIZO, 198283), utilizada tal vez para contener las cenizas de una cremación, en un rito similar al documentado en otras necrópolis del sur peninsular donde se detectan ya los primeros influjos coloniales (RUIZ

MATA, PEREZ, 1989; RUIZ DELGADO, 1989; BENDALA, 1992), por lo que su hallazgo revistiría un enorme interés en relación con los cambios en las pautas culturales generadas por el Orientalizante. No obstante, los argumentos que permitirían sostener esta identificación son demasiado endebles e hipotéticos -el vaso podría perfectamente no haber sido usado como urna y proceder de un contexto de hábitat-, por lo que será preciso esperar a que nuevos datos arrojen luz sobre este particular.

Ibérico Antiguo y Pleno. Una etapa mal definida (Fig. 144).

Según acabamos de ver, la incidencia del fenómeno orientalizante sobre las poblaciones subbéticas del final de la Edad del Bronce no se presenta, en el estado actual de la investigación, excesivamente nítida, hecho que incide a la vez, de forma negativa, en nuestro conocimiento del tránsito hacia la cultura propiamente ibérica. A este respecto, confiábamos en que una primera intervención en el Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar viniera en nuestra ayuda, contribuyendo desde el punto de vista estratigráfico a clarificar la evolución cultural de la zona en estos críticos momentos; sin embargo, no sólo no ha ocurrido así, sino que, además, a este problema inicial se ha venido a añadir la progresiva falta de definición en la zona de la etapa que convencionalmente denominamos **Plena Epoca de la Cultura Ibérica**. Tendremos que esperar, pues, a futuras excavaciones en yacimientos como Cerro del Castillo de Carcabuey y La Almanzora o a nuevos sondeos en los yacimientos ya intervenidos para tratar de calibrar, y valorar en sus más justos términos, la problemática arqueológica planteada por estos años de crisis generalizada en toda Andalucía.

A partir de las fases de prospección ya culminadas sólo podemos observar que permanecen las pautas observadas al analizar la etapa anterior, con la única novedad del Cerro de la Cruz (Almedinilla) como asentamiento cuya ocupación parece iniciarse ahora, si bien el hallazgo en superficie de algunos fragmentos cerámicos a mano similares a las que en otros yacimientos se fechan en el Bronce Final Colonial abre la posibilidad a una futura constatación de este horizonte también aquí. Se mantiene el poblamiento en la totalidad de los hábitats documentados en la etapa anterior, si bien parece advertirse una cierta recesión en el Cerro del Castillo de Carcabuey y Cerro del Puerto (Priego de Córdoba), en tanto que La Almanzora, por ejemplo, proporciona un ingente volumen de materiales encuadrables, *grosso modo*, en estos momentos. Sólo en el Cerro de las Cabezas (LEIVA, 1997), el Cerro de la Cruz y algún punto indeterminado del término municipal de Priego de Córdoba se ha documentado hasta el momento la presencia de cerámicas áticas, cuya representación en la zona estudiada es mínima.

A nivel macroespacial se mantienen las mismas pautas que en la etapa precedente, con la ya señalada configuración del territorio del Cerro de la Cruz en el ángulo SE de la comarca y la continuidad de la problemática planteada por la zona de Priego. Al Nordeste, el vacío observado en torno a Alcaudete, fuera de los límites del área que centra nuestra investigación, parece reflejar una ausencia de población en estos años al Este del río San Juan (MONTILLA, 1987; MONTILLA *et alii*, 1989). De nuevo, nos parece relevante la falta de otro tipo de asentamientos que no sea el que configura la red primaria del poblamiento, fenómeno consonante con una concentración de la población en núcleos de una cierta entidad urbana, articuladores de un territorio que sigue coincidiendo básicamente con el TPR.

En lo que se refiere al mundo funerario del Ibérico Pleno, se conoce mucho mejor que en la etapa precedente, fundamentalmente a través de las necrópolis de Los Torviscales (MARCOS, VICENT, 1983) y de Almedinilla (VAQUERIZO, 1990 y 2000.)[3] , a cuya problemática hacemos alusión en los trabajos indicados.

El Ibérico Tardío. El final de la Cultura Ibérica y los inicios de la presencia romana .

Con el comienzo de esta etapa asistimos a una sustancial modificación en los patrones de asentamiento que habían mantenido su vigencia a lo largo de casi todo el I milenio a.C., fenómeno que se concreta en una reorganización del territorio en cierta medida heredera de la situación anterior, pero, al tiempo, reflejo de las profundas transformaciones que se han producido en las comunidades ibéricas, muy probablemente en estrecha conexión con los imperialismos cartaginés y romano. (Fig. 144).

La definición de la cultura material que caracteriza el Ibérico Tardío la hemos podido realizar a partir de la sistematización de los resultados obtenidos en las excavaciones en el Cerro de la Cruz (Almedinilla) (VAQUERIZO, 1988,

3. Y también a través de algunos nuevos enterramientos recuperados en el entorno de Torre Alta cuyos ajuares, aún inéditos, se conservan actualmente en el Museo Histórico Municipal de Priego de Córdoba (información cortesía de R. Carmona).

Figura 143. Distribución del poblamiento ibérico de los siglos V-IV a.C. en la Depresión Priego-Alcaudete.

1990a y 1991a; VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a y 1992). Dejando a un lado los interrogantes planteados sobre la cronología precisa de este poblado -que ya hemos tratado en profundidad más arriba- y de los restos materiales de su necrópolis (VAQUERIZO, 1990a, 1991a y 2000), que en una primera aproximación nos acercan más al sureste que al Guadalquivir, debemos reconocer, a los efectos que nos interesan ahora, la permanencia en el yacimiento de un horizonte plenamente autóctono hasta un momento muy avanzado, al menos del último tercio del siglo II a.C. Un hecho que contrasta con las tesis clásicas defensoras de la casi inmediata romanización de la Bética y coincide con lo ya observado en otros hábitats próximos, cultural y cronológicamente, caso por ejemplo del Cerro del Minguillar, en Baena (MUÑOZ, 1987).

En este panorama caracterizado por la pervivencia del mundo ibérico las cerámicas campanienses se constituyen en nuestro principal aliado, junto a la numismática y ciertos tipos cerámicos ibéricos relativamente bien definidos en otras áreas geográficas como es el caso del Sureste o de la levantina, a la hora de configurar el poblamiento ibérico tardío. Gracias al primero de estos fósiles-guía, constatamos la permanencia de los más importantes asentamientos de la etapa anterior (La Almanzora, Cerro de las Cabezas, Cerro de la Cruz, Cerro del Puerto y Cerro del Castillo de Carcabuey), con la única excepción de Camino del Tarajal, cuyo abandono parece coincidir con el inicio de la ocupación de Torre Alta, situada apenas 1.500 m. al E.

También ahora parece iniciarse la ocupación de Los Castillejos de Luque (BERNIER *et alii*, 1981) y en el Cerro de la Celada, de Alcaudete (MONTILLA *et alii*, 1989), ambos en la periferia de la zona por nosotros prospectada. Además de todos ellos -que, con una extensión mediana o grande, configuran la red primaria de poblamiento-, hemos podido documentar una docena de yacimientos con un horizonte material encuadrable en estos momentos y cuya característica más importante radica en el pequeño tamaño y su ubicación en puntos elevados (cerros o lomas), con la única excepción de Los Llanos de Zamoranos.

Asistimos, por tanto, a la implantación de un modelo de articulación del territorio en el que pasan a coexistir una triple escala de asentamientos: por un lado, *oppida* de gran tamaño dotados de potentes fortificaciones (La Almanzora, Torre Alta, Cerro de las Cabezas), que no hacen sino continuar un proceso poblacional iniciado ya de antiguo. Por otro, núcleos de mediana entidad (en torno a las 23 Has.), sin presencia segura de elementos de defensa, caso por ejemplo del Cerro del Puerto o del Cerro de la Cruz, y, por fin, hábitats de pequeño tamaño (extensión

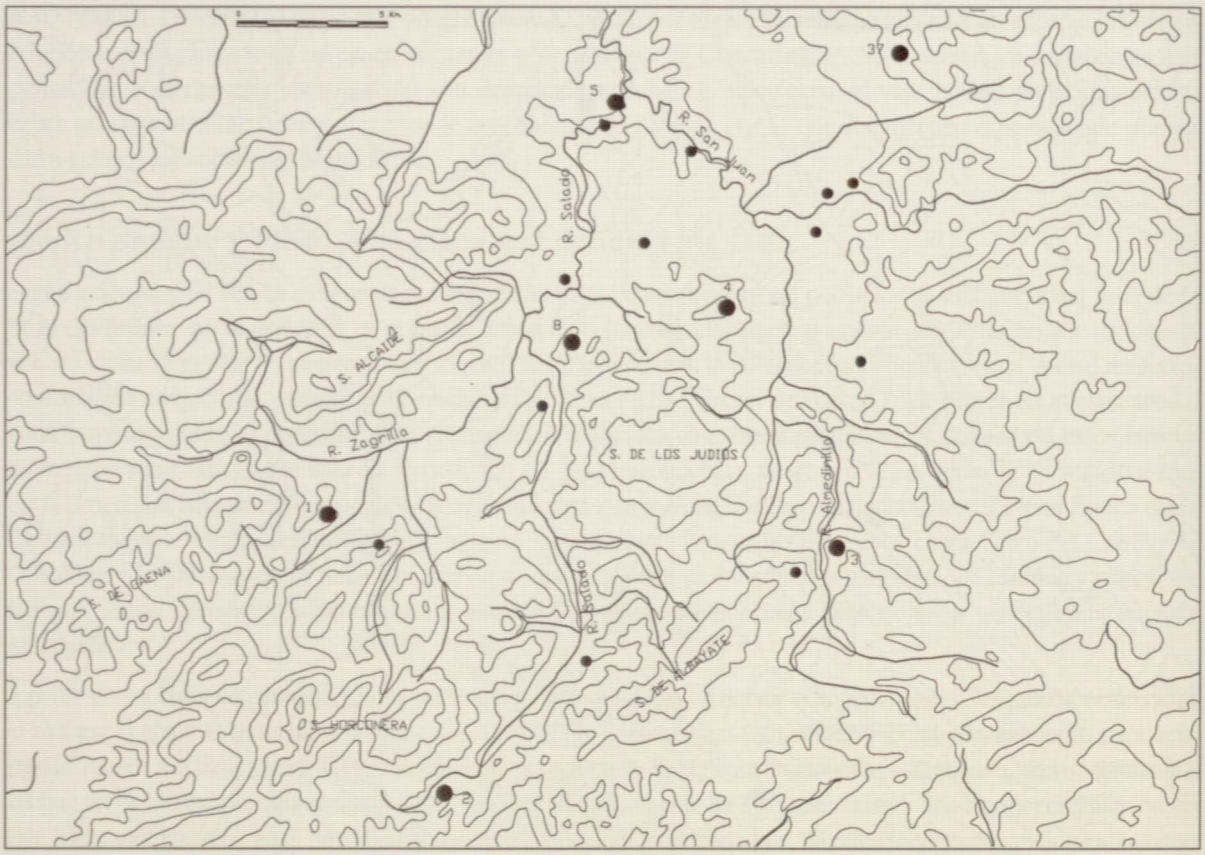


Figura 144. Localización de asentamientos tardoibéricos en el área en estudio.

inferior a 0'5 Has.), sin restos de fortificaciones y de nueva creación, de los cuales podrían resultar paradigma Los Zurriones o Llanos de Zamoranos.

Nos hallamos ante un proceso de interpretación difícil, en relación con el cual sólo podemos esbozar algunas líneas de trabajo que deberán ser contrastadas con futuras prospecciones y diversos sondeos estratigráficos. En principio, no parece prudente hacer extensiva a la Subbética Cordobesa la hipotética "colonización" que, supuestamente efectuada por el "estado de Obulco" entre finales del siglo III y mediados del II a.C, ha sido defendida para el sector NE de la Depresión Priego-Alcaudete (MONTILLA *et alii*, 1989: 146147). A diferencia de lo que parece ocurrir en las vecinas tierras jiennenses, en la comarca que nos ocupa está perfectamente constatada la ocupación ininterrumpida de los principales asentamientos ibéricos tardíos desde el menos el Bronce Final-Orientalizante, con una ordenación económica y política del territorio que tiene al *oppidum* como centro de explotación del mismo, sin la necesidad, al menos aparente, de asentamientos subordinados.

En este contexto, la aparición, en algún momento de finales del siglo III o primera mitad del siglo II a.C., de esta red secundaria de poblamiento admitiría a nuestro juicio, como explicación más razonable, el ser la consecuencia de un proceso interno de reordenación del territorio que habría emanado desde los propios *oppida* de la Subbética, de forma independiente, por tanto, a las presuntas directrices marcadas desde algún centro de la Alta *(Iponoba)* o de la Baja Campiña *(Obulco)*.

Las causas de dicha reordenación pueden ser múltiples. El abandono del *oppidum* ubicado en Camino del Tarajal -con población permanente entre el Bronce Final-Orientalizante y el Ibérico Pleno- en favor de Torre Alta podría estar reflejando cómo en estos momentos se pasa a priorizar el factor básicamente defensivo, trasladando la población a un lugar de posibilidades estratégicas muy superiores a las del primitivo asentamiento.

Prueba así mismo del creciente peso que alcanza en la Subbética el elemento militar en el tránsito al Ibérico Tardío sería la inusitada cantidad de armamento depositado en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1990 y 2000) -y al parecer también en la de Torre Alta-.

Toda esta inestabilidad puede ser interpretada desde una doble perspectiva:

* Ruptura de la relación potencial demográfico/recursos en el marco de las unidades político-económicas representadas por los *oppida*, hecho que habría encontrado su respuesta inmediata en una presión sobre la tierra como principal recurso y en la consiguiente necesidad de garantizar su control. Sería la interpretación lógica a la importancia que adquieren los factores defensivo-militares.

En este mismo sentido, si analizamos el territorio teórico del Cerro de las Cabezas, podemos observar cómo los tres asentamientos de segundo orden que ha documentado se disponen en una posición periférica respecto al *oppidum*, próximos a los límites teóricos con los territorios de Torre Alta, La Almanzora, Cerro de la Celada y Cerro de la Cruz, al parecer con una finalidad inmediata de explotación/control militar de las tierras más alejadas del hábitat principal similar a la que ha sido constatada por ejemplo en torno a Torreparedones (MURILLO *et alii*, 1989: Fig. 8), si bien en este caso referida al Ibérico Pleno. Por el momento, esta línea interpretativa presenta como mayor inconveniente la no documentación de fortificaciones en los asentamientos de segundo orden, pero no creemos que debamos descartar la posibilidad de que respondan a una morfología diferente a las comprobadas para el caso de la Campiña.

* Presión generada desde las unidades políticas (protoestatales o estatales) de la Campiña de Jaén (RUIZ RODRIGUEZ, MOLINOS, 1984 a y b; 1989; RUIZ RODRIGUEZ, MOLINOS, HORNOS, 1986b; RUIZ RODRIGUEZ *et alii*, 1987) y Córdoba (MURILLO *et alii*, 1989), aparentemente inmersas en un proceso cultural, político y económico más avanzado que el documentado para el sector subbético. En este último trabajo (MURILLO *et alii*, 1989, 169) apuntábamos la posibilidad de una frontera, còincidente con las estribaciones septentrionales de la Sierra de Cabra y el Alto Guadajoz, entre los *oppida* de la Alta Campiña (Plaza de Armas, Vistillas, El Minguillar, La Bobadilla) y los del Subbético cordobés. Hoy, tras contar con los resultados de tres campañas de prospecciones sistemáticas en esta última comarca, y de acuerdo con lo publicado en un avance anterior (VAQUERIZO, MURILLO, QUESADA, 1991a, 142), nos reafirmamos en esta hipótesis, distinguiendo dos fases en la formación de la misma.

La primera se corresponde con el Ibérico Pleno, momento para el que no se ha detectado ocupación alguna ni en las estribaciones de la Sierra de Cabra (sector Doña Mencía-Luque), ni en el área de Alcaudete (MONTILLA *et alii*, 1989, 142 ss.), a la vez que parece definirse una especie de frontera marcada por una "tierra de nadie".

Con posterioridad, es posible que la necesidad de nuevas tierras impulsara un movimiento poblacional desde la Alta Campiña hacia el Sur. Coincidente con el Ibérico Tardío, este periodo conoce la aparición de asentamientos como Los Castillejos de Luque y Cerro de la Celada (Alcaudete), probables avanzadillas que pasarían a articular unas tierras hasta entonces consideradas marginales, al tiempo que, como respuesta, comenzaría en el seno de las unidades político-económicas subbéticas el proceso que hemos descrito más arriba.

Las dos vías interpretativas que acabamos de analizar no son ni mucho menos excluyentes, de forma que la conjunción de ambas podría, de hecho, explicar la especial complejidad de los cambios estructurales advertidos en el poblamiento de la comarca a partir de finales del siglo III, y muy particularmente en el tránsito y comienzos del siglo II a.C. Complejidad a la que no sería ajeno el factor externo añadido por el imperialismo púnico primero y romano después, generadores de un intrincado sistema de relaciones con los entes políticos ibéricos, y de éstos entre sí, que todavía seguimos sin conocer de forma satisfactoria.

De la confluencia de todos estos factores resultaría una etapa de particular efervescencia que parece finalizar de una manera violenta en el último tercio del siglo II a.C., con destrucciones que afectan a yacimientos completos, a juzgar por la que hemos podido documentar de forma más que contrastada en el Cerro de la Cruz (Almedinilla) (VAQUERIZO, 1990a; VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a y 1992).

La etapa romana.

De acuerdo con la misma argumentación esgrimida más arriba, debemos comenzar el análisis de los años de dominación romana en la Subbética Cordobesa advirtiendo que la influencia efectiva de la nueva superestructura política representada por Roma sólo se hace apreciable a partir de los traumáticos acontecimientos que cierran el siglo II a.C. El siglo I se nos presenta aún especialmente oscuro y es ya en los años altoimperiales cuando se observa una nueva restructuración del territorio que, para el caso de la Subbética, es la más profunda de las hasta ahora analizadas.

La jerarquización de los asentamientos documentados en esta etapa la hemos realizado con base en los criterios establecidos recientemente para la zona de Palma del Río (CARRILLO, HIDALGO, 1991), distinguiendo entre:

* Ciudades, dotadas de un estatuto jurídico *(coloniae o municipia)*.

* Poblados.

* Asentamientos rurales de primer orden.

* Asentamientos rurales de segundo orden.

* Asentamientos rurales de tercer orden.

Como resulta obvio para cualquier conocedor de la materia, la superior fiabilidad cronológica de la **terra sigillata** respecto a los fósiles-guía de las etapas anteriores nos ha permitido una mayor precisión a la hora de apreciar la evolución del poblamiento. Al mismo tiempo, la dispersión de este tipo cerámico refleja una notable concentración, tanto cuantitativa como cualitativa, en el Norte de la zona en estudio, frente a una clara dispersión selectiva y mucho más minoritaria en lo que respecta a la mitad Sur, y ello podría estar indicándonos las pautas de su comercialización a nivel comarcal.

En relación con la **T.S.H.**, parece observarse un predominio de los alfares *"septentrionales"* (Tricio, Andújar ...), a la vez que algo similar ocurre con las producciones itálicas y gálicas: si aceptamos su redistribución a partir de los núcleos urbanos, con una consiguiente mayor concentración de hallazgos en sus proximidades y una progresiva disminución conforme nos alejamos de los mismos, hemos de optar claramente por la preeminencia de una ruta septentrional de penetración. En este sentido, podemos destacar el reciente estudio llevado a cabo por dos de nuestras colaboradoras sobre una Drag. 15/17 y una Drag. 27, ambas de **terra sigillata sudgallica**, que, de acuerdo con la dispersión de los **sigilla** que presentan, parecen marcar una clara vía de penetración desde el ángulo NE de la Península hacia Cádiz. Proceden de expolios practicados en una de las necrópolis romanas anejas a La Almanzora (Luque) y la deformación de una de ellas previa a la cocción nos indica la intensa comercialización de estas producciones, que no desechaba, en aras de la standarización e incluso el abaratamiento de los precios, piezas que hubieran podido resultar ligeramente defectuosas (LOPEZ LOPEZ, LUNA, 1992, 46 ss.).

Por otra parte, y de acuerdo con una primera aproximación a la jerarquización sincrónica de los asentamientos, podemos apreciar una clara tendencia, atemporal, a su concentración en el sector centroseptentrional de la comarca, y en especial en torno a la confluencia de los ríos Zagrilla y Salado. Esta tendencia se mantiene permanente si aplicamos igualmente un análisis diacrónico, que hemos basado en cuatro momentos principales, definidos respectivamente por fósiles cerámicos bien diferenciados:

* Primera mitad del siglo I d.C. (**T.S.I.** y **T.S.G.**).

* Segunda mitad del siglo Isiglo II d.C. (**T.S.H.**).

* Siglo III d.C. (**Africana A y C**).

* Siglos IV-V (**Africana D**).

A partir de los mapas diacrónicos elaborados sobre estas bases, podemos estructurar el análisis de la etapa romana en la Subbética Cordobesa en dos momentos claramente dibujados:

I: REPUBLICA E IMPERIO (Fig. 145).

Viene definido por una red primaria de poblamiento organizada en torno a tres **municipia** que parecen alcanzar su estatuto en época flavia (STYLOW, 1983): **Sosontigi** (La Almanzora, Luque), **Iliturgicola** (Cerro de las Cabezas, Fuente Tójar) e **Ipolcobulcula** (Cerro del Castillo, Carcabuey), hecho que a nuestro juicio ha obtenido un claro refrendo a partir de la intervención practicada en el segundo de los yacimientos citados *-vid. supra-* y que ya había sido anunciado por los resultados obtenidos en la excavación de otro de los **municipia** del área meridional cordobesa: **Iponoba** (Cerro del Minguillar, Baena) (MUÑOZ, 1987).

Todos ellos antiguos asentamientos ocupados ininterrumpidamente desde al menos el Bronce Final-Orientalizante, pero con excepción de nuestra intervención en el segundo de ellos, de **Sosontigi** e **Ipolcobulcula** sólo tenemos hallazgos superficiales de mayor o menor entidad, y en el caso de Carcabuey algunos documentos epigráficos entre los cuales uno (**CIL** II^2/5,276; **ILER**, 2075) que conmemora la dedicatoria por parte de un particular de un foro, un templo y una escultura, dándonos idea de lo que pudo ser su aspecto monumental. Tal inscripción ha sido objeto reciente de una revisión en el marco de la epigrafía bética relacionada con la arquitectura religiosa (ORIA, MORA, 1993), pero poco se añade al contenido del epígrafe en sí mismo, salvo tal vez la suposición sin fundamento alguno de que la escultura ofrecida pudiera corresponderse con la imagen de culto.

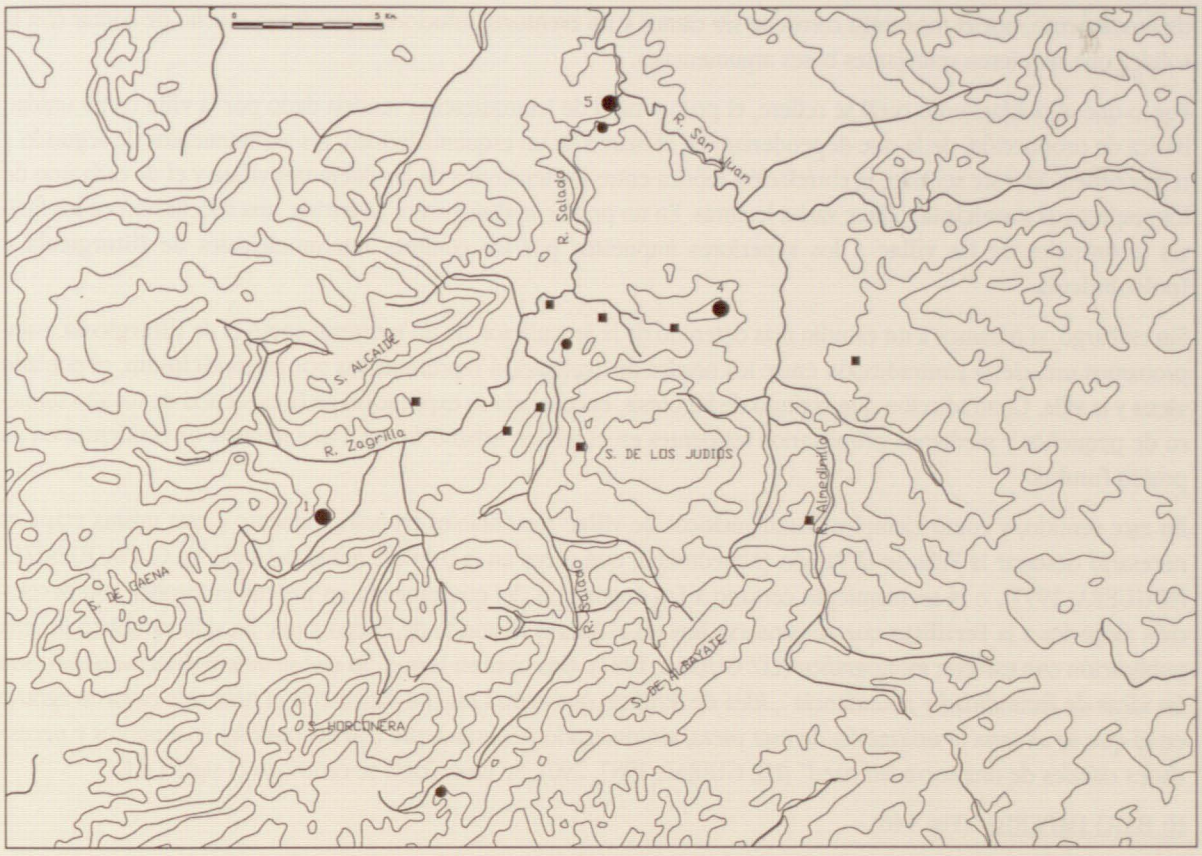


Figura 145. Descripción del poblamiento romano en la Depresión Priego-Alcaudete durante la etapa republicana y siglos iniciales del Imperio.

Otros yacimientos de la Subbética que también se nos revelan ocupados desde etapas anteriores: Torre Alta, Cerro del Puerto, Cerro de la Cruz, reflejan una densidad de hallazgos muy variable para esta etapa y, en cualquier caso, integrados en el territorio de los **municipia**. Torre Alta y Cerro del Puerto parecen responder a la categoría de poblados, concepto que encierra una funcionalidad similar a la definida en Jaén (CHOCLAN, CASTRO, 1987) para el **vicus**, esto es núcleos secundarios desde los que se controlaría la explotación de sectores ubicados en el territorio municipal pero excesivamente alejados del principal núcleo ciudadano. Cerro de la Cruz, por su parte, que había sufrido una violenta destrucción a finales del siglo II a.C., recibe de nuevo un pequeño contingente de población, ubicado en su ladera SE, que probablemente no pasa de la categoría de asentamiento rural de segundo o tercer orden y que buscaría casi con seguridad la explotación de las tierras inmediatas, potencialmente ricas desde el punto de vista agrícola y ricas en agua (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991a, 175 ss.).

Los territorios teóricos de los tres **municipia** que articulan la comarca se dibujan mucho más amplios que los correspondientes a los **oppida** de etapas precedentes, con una tendencia, similar a la observada en Extremadura (FERNANDEZ CORRALES, 1988), a que dichos límites coincidan con accidentes naturales: el río Salado entre **Iliturgicola** e **Ipolcobulcula**; estribaciones nororientales de la sierra de Cabra/confluencia Salado-Zagrilla entre **Ipolcobulcula** y **Sosontigi**. Es dentro de tal esquema donde poblados/**vici** como los ya citados de Torre Alta y Cerro del Puerto, podrían articular, como centros dependientes localizados fuera de los antiguos TPR, el territorio municipal.

Diferente es de nuevo el caso de Priego, en cuyo casco urbano, condicionado por la solidificación del travertino y la ininterrumpida superposición de estructuras, comienzan a menudear los hallazgos romanos (cerámicas, joyas, terracotas, inscripciones, etc.). Tal circunstancia ha llevado recientemente a plantear una doble posibilidad en lo que se refiere a la ocupación romana del sitio: localización del asentamiento en el barrio de la villa -hipótesis que se refuerza con el análisis del callejero, sugiriendo la fosilización del plano urbano antiguo, estructurado en torno a un cardo y un decumano al interior de una bien trazada muralla-, o bien, descartando lo anterior, junto a la margen izquierda de lo que fue el río de la Salud, considerablemente retranqueado con relación al Adarve (VERA, 1993, 17). Sin embargo, tal planteamiento se basa en hallazgos todavía muy parciales y, si bien ambas hipótesis pueden tener algo

de fundamento, por el momento conviene ser cautos y no aventurar soluciones que distan mucho de contar con la solidez que requieren semejantes bases argumentales.

Por lo que al poblamiento rural se refiere, el primer nivel de jerarquización vendría dado por la **villa** como unidad básica de producción, de la que dependerían, en el marco de un esquema teórico, los asentamientos de segundo y tercer orden. En este sentido, la correlación teórica entre los territorios de las diferentes **villae** y el de cada uno de los respectivos **municipia**, ofrece varias lecturas. En un primer análisis parece advertirse una adecuación en los límites territoriales de las **villae** a los superiores impuestos por los confines intermunicipales de **Iliturgicola** e **Ipolcobulcula**.

Sin embargo, si pasamos a un estudio más detenido de la articulación de un territorio como el de **Iliturgicola**, comprobamos una cierta contradicción entre los niveles de explotación representados por el **municipium**, el poblado **vicus** y la villa. Contradicción que, a título de hipótesis, encontraría su explicación en la existencia de un alto número de pequeños y medianos propietarios residentes en el núcleo urbano frente a una minoría de residentes en su propio **fundus**.

En este sentido, y como ejemplos paradigmáticos de **villae** remontables cronológicamente a esta misma etapa es necesario destacar la Villa de El Ruedo (Almedinilla), que surge en la primera mitad del siglo I a.C. (VAQUERIZO, NOGUERA, 1997), o el asentamiento cercano a Las Angosturas del que procede un **urceus** en bronce con decoración alegórica a la **Fertilitas** que se conserva hoy en el Museo Histórico de Priego y que ha sido ya objeto de una publicación con carácter monográfico (LIZ GUIRAL, 1987). Una obra en la que *"lo que se quiere dejar bien claro son las ideas de fecundidad y abundancia ...idea de fertilitas que enlaza mucho mejor con el probable entorno agrario en el que se situaría la utilización de esta pieza, sintonizando perfectamente con las posibles costumbres y necesidades rituales de una sociedad rural"* (LIZ GUIRAL, 1987, 790). Su cronología se centra en el siglo I d.C.

II: BAJO IMPERIO (Fig. 146).

A mediados del siglo III d. C, y de acuerdo con la distribución de los principales ítems arqueológicos, fundamentalmente la sigillata africana A y C, comienza a operarse en la comarca que estudiamos un cambio sustancial respecto al modelo observado durante los años alto- y plenoimperiales. Esta transición se hace ya claramente evidente en el siglo IV, que nos documenta una ordenación del territorio muy diferente a la observada dos siglos antes, destacando como aspecto más llamativo la no constancia de ocupación en uno de los tres **municipia** a que antes aludíamos: **Ipolcobulcula**.

Esta última circunstancia no puede explicarse a partir de una hipotética baja representatividad de la muestra cerámica con que hemos operado, que ha sido lo suficientemente amplia. Esto ha sido así sobre todo en lo referido a las sigillatas, de forma que la ausencia en Carcabuey de **sigillata** africana D resulta particularmente significativa, máxime si comparamos los materiales estudiados en el yacimiento con muestras menos relevantes desde el punto de vista estadístico y que sí han proporcionado esta variedad. Tal es el caso del Cerro del Canuto, que por razones aún poco claras pudo acoger a parte de la población de **Ipolcobulcula** tras su abandono al menos parcial, y otro tanto podemos decir de Torre Alta, cuyo hábitat desaparece en estos momentos, coincidiendo con el ascenso del vecino Caños Corrientes. El estudio de los conjuntos numismáticos procedentes de estos yacimientos a los que hemos podido acceder viene a confirmar estas mismas conclusiones.

Del mismo modo, se aprecia ahora el abandono de algunas **villae**, más o menos florecientes en la etapa anterior, al tiempo que se mantienen o rehabilitan otras, engrandecidas, de acuerdo con un proceso de ruralización bien delimitado cronológicamente a finales del siglo III o comienzos del siglo IV d. C. que resulta paradigmático en el caso de la Villa de El Ruedo (VAQUERIZO, NOGUERA, 1997).

La explicación histórica para esta compleja realidad arqueológica puede ser acometida desde dos perspectivas básicas: por un lado, mediante la consideración de una posible crisis demográfica que, aunque pudo darse a ciertos niveles, nos parece poco probable de cara a explicar el florecimiento durante esta etapa de asentamientos tan importantes como El Ruedo. De otro lado, cabría considerar la culminación de un proceso de concentración de la propiedad y de cambio en las relaciones campo/ciudad con una posible crisis de ésta, deducible a partir de elementos tales como la escasísima representación porcentual de la Africana D en La Almanzora, frente a yacimientos como Caños Corrientes o Cortijo del Herrador. La confluencia de todos estos factores haría comprensible el abandono total de un antiguo **municipium** como **Ipolcobulcula**, o el de poblados como Torre Alta, dependiente de una **Iliturgicola** que parece entrar en crisis, y el ascenso paralelo de grandes unidades rurales de producción como Caños Corrientes o El Ruedo.

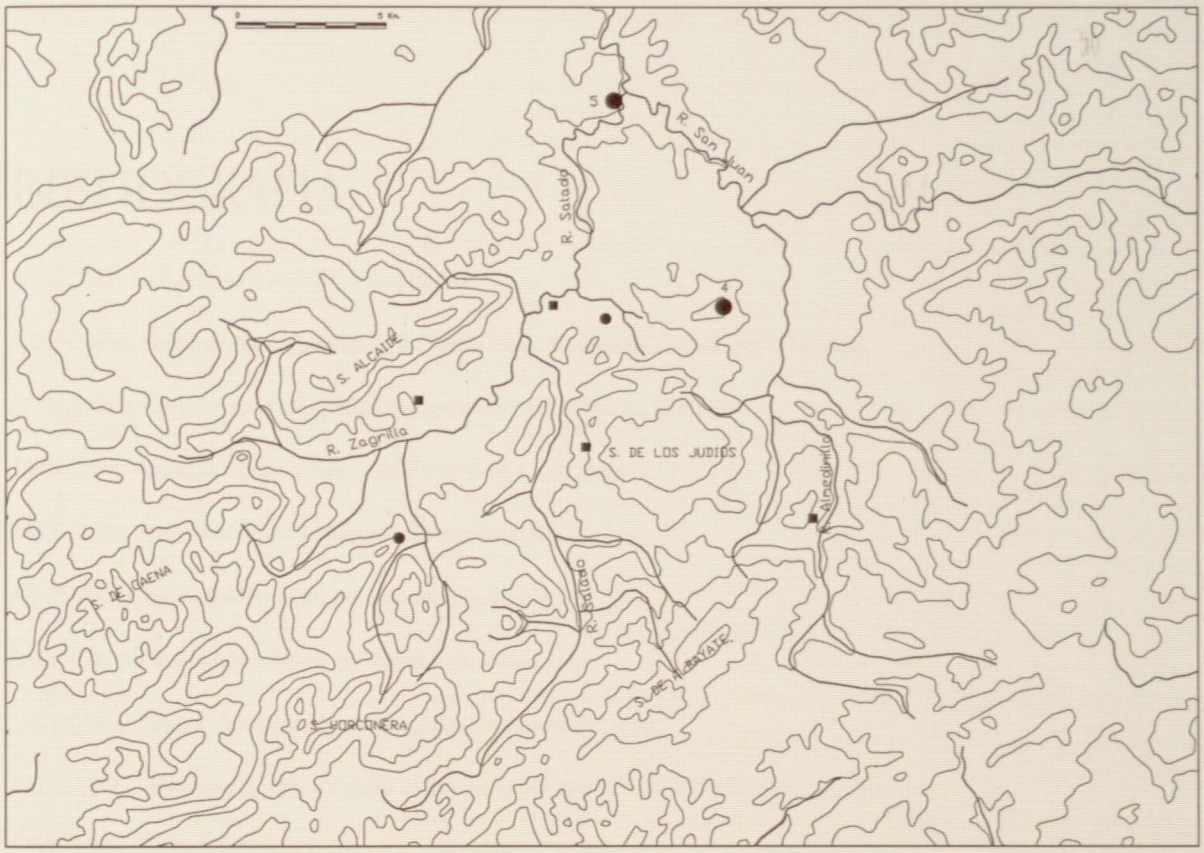


Figura 146. El poblamiento en la Depresión Priego-Alcaudete durante los siglos bajoimperiales.

En definitiva, somos conscientes de que nos resta aún un largo camino por recorrer hasta conseguir definir con precisión la pautas que marcan la evolución diacrónica del poblamiento en el área geográfica que hemos elegido para nuestro Proyecto (Depresión Priego-Alcaudete). No obstante, contamos ya con importantes datos que nos permiten plantear hipótesis de trabajo cada vez más contrastadas, siempre sobre la red primaria de poblamiento detectada, de forma que, si podemos desarrollar el resto de prospecciones sistemáticas e intensivas que querríamos para años inmediatos, así como las intervenciones adecuadas en los yacimientos elegidos (Cerro de la Cruz, Cerro del Castillo de Carcabuey y La Almanzora), llegaremos a contar sin duda con la base suficiente para interpretar la dinámica histórica de esta unidad geográfica durante un período de casi 1.500 años.

BIBLIOGRAFIA:

AAVV (1981), *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*, Madrid.

AAVV (1985a), *Ceràmiques gregues i helenistiques à la Peninsola Iberica,* Monografies Emporitanes 7, Barcelona.

AAVV (1985b), *Catálogo Artístico y Monumental de la provincia de Córdoba,* Vol. III, Córdoba.

AAVV (1986), *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el microespacio,* 4 vols. Teruel.

AAVV (1987a), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén.

AAVV (1987b), *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* Madrid.

AAVV (1987c), *Escultura ibérica,* Revista de Arqueología, Madrid.

AAVV (1989a), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir,* Barcelona.

AAVV (1989b), *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.),* CPAC 14, Castellón.

AAVV (1990a), *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos,* Zaragoza.

AAVV (1990b), *Los bronces romanos en España,* Catálogo de la Exposición, Mín. de Cultura, Madrid.

AAVV (1991a), *Fortificacions. La problemàtica de l'Iberic Plè: (Sègles IV-III a.C.),* Manresa.

AAVV (1991b), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica,* Barcelona.

AAVV (1991c), *Arqueología urbana,* Catálogo de la Exposición, Córdoba.

AAVV (1992), *Les ceràmiques de tècnica ibèrica a la Catalunya Romana (segles II a.C.-I d.C.),* Barcelona.

AAVV (1994), *Hispania Epigraphica* 4, **s.v.** "Fuente Tójar", Madrid, pp. 124 ss.

ABAD CASAL, L. (1979), "Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la Cultura Ibérica", *AEspA* 52, Madrid, pp. 175-193.
- (1983), "Un conjunto de materiales de La Serreta de Alcoy", *Lucentum II,* pp. 173, 199.
- (1984), *Los orígenes de la ciudad de Alicante,* Alicante.
- (1991), *La arquitectura ibérica,* Cuadernos de Arte Español, Ed. Historia 16, Madrid.

ABAD, L.; BENDALA, M. (1989), *El Arte Ibérico*, Historia del Arte 16, Madrid.

ABAD, L.; SALA, F. (1993), *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante),* Serie de Trabajos Varios del SIP Nº 90, Valencia.

ABASCAL, J. M.; ESPINOSA, U. (1989), *La ciudad hispano-romana. Privilegio y poder,* Logroño.

ADAM, J.P. (1984), *La construction romaine. Materiaux et techniques,* Paris.

ADROHER, A.M. (1987-1988), "Cerámica de barniz negro en el Sureste: bases para un análisis geoeconómico", *CPUGr.* 12-13, Granada, pp. 185-194.

AGUAROD, C. (1991), *Cerámica romana importada de cocina de la Tarraconense,* Zaragoza.

AGUAYO, P. (1986), "La transición de la Edad del Cobre a la Edad del Bronce en la provincia de Granada", *Homenaje a L. Siret,* Sevilla, pp. 262-270.

AGUAYO, P.; SALVATIERRA, V. (1987), "El poblamiento ibérico en las altiplanicies granadinas", *Iberos. I Jornadas sobre el mundo ibérico,* Jaén, pp 229-238.

AGUAYO, P. *et alii* (1986), "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución", *Arqueología Espacial* 9, Teruel, pp. 33-59.
- P. *et alii* (1988); "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985", *A.A.A. '85,* II, pp. 294-304.

ALCINA FRANCH, J. (1975), *En torno a la Antropología Cultural,* Madrid.

ALEKSHIN, V.A. (1983), "Burial Customs as an archaeological source", *Current Anthropology* 24, 2, pp. 137-149.

ALFARO ARREGUI, M.; BRONCANO, S. (1993), "Estado actual de las excavaciones arqueológicas en El Amarejo", *Arqueología en Albacete,* Madrid, pp. 131-146.

ALFARO GINER, C. (1984), *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización,* B.P.H. XXI, Madrid.

ALMAGRO BASCH, M. (1949), "Sobre el origen y cronología de la cerámica ibérica", *IV CASE,* pp. 382-389.
- (1953), *Las necrópolis de Ampurias,* 2 vols., Barcelona.
- (1966), *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular,* BPH, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, Mª.J. (1984), *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-78,* EAE 129, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1977), *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura,* BPH XIV, Madrid.
- (1978a), "Pozo Moro y la formación de la Cultura Ibérica", *Saguntum* 13, Valencia, pp. 227-251.
- (1978b), "El 'paisaje' de las necrópolis ibéricas y su interpretación sociocultural", *RStLig* 44, pp. 199-218.
- (1982), "Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación sociocultural y la delimitación del área cultural ibérica de lo bastetanos", *Homenaje a C. Fernández Chicarro,* Madrid, pp. 249-259.
- (1983a), "Paisaje y sociedad en las necrópolis ibéricas", *XVI CNA,* Zaragoza, pp. 725-741.
- (1983b), "Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto sociocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica", *MM* 24, Madrid, pp. 178-293.
- (1986), "Aportación inicial a la Paleodemografía Ibérica", *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán,* Zaragoza, pp. 477-495.
- (1987), "El área superficial de las poblaciones ibéricas", en *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* Madrid, pp. 21-34.
- (1990), "L'hellenisme dans la culture ibérique", *Akten des 13. Internationalen Kongresses füer Klassische Archaologie,* Mainz, pp. 113-127.
- (1992), "Las necrópolis ibéricas en su contexto mediterráneo", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis,* Serie Varia 1, UAM, pp. 37-76.

ALMAGRO GORBEA, M.; OLMOS, R. (1981), "Observations sur l'assimilation de l'iconographie classique d'époque préromaine dans la Péninsule Ibérique", *Mythologie greco-romaine. Mithologies Peripheriques. Etudes d'Iconographie,* Paris, pp. 57-62.

ALMAGRO GORBEA, M.; DOMINGUEZ DE LA CONCHA, A. (1988-89), "El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales", *Zephyrus* 41-42, pp. 339-382.

ALMAGRO GORBEA, M.; DOMINGUEZ DE LA CONCHA, A.; LOPEZ AMBITE, F. (1990), "Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica", *MM* 31, Madrid, pp. 250-308.

ALVAREZ DE MIRANDA, A. (1954), "Magia y religión del toro norteafricano", *AEspA* XXVIII, Madrid, pp. 3-45.
- (1962), *Ritos y juegos del toro,* Madrid.

ALVAREZ OSSORIO, F. (1945), "El tesoro ibérico, de plata, procedente de Torre de Juan Abad (Ciudad Real)", *AEspA XVIII,* Madrid, pp. 205-211.
- (1954), *Tesoros españoles antiguos en el Museo Arqueológico Nacional,* Madrid.

AMORES, F. de (1982), *Carta Arqueológica de Los Alcores, Sevilla,* Sevilla.

AMORES, F. de; TEMIÑO, J.R. (1984), "La implantación durante el Bronce Final y el Período Orientalizante en la región de Carmona", *Arqueología Espacial* 4, Teruel, pp. 97-115.

ANGELUCCI, S. *et alii* (1990), "Sepoltore e riti nella necropoli di Isola Sacra", *Bollettino di Archeologia,* Ministero per i Beni Culturali e Ambientali, Roma, pp.49-113.

APARICIO, J. (1974), "Sobre la casa ibérica", en *Homenaje a Pío Beltrán,* Anejos de *AEspA* VII, Madrid, pp. 15-21.

ARANEGUI GASCO, C. (1969), "Cerámica gris de los poblados ibéricos valencianos", *Miscelánea Pericot. PLAV* 6, Valencia, pp. 113-133.
- (1970), "Cerámica ibérica de La Serreta (Alcoy): los platos", *PLAV* 10, Valencia, pp. 107-123.
- (1974a), "Consideraciones sobre la cerámica con decoración pintada polícroma en el País valenciano", *Miscelánea Arqueológica. XXV Aniv. de los Cursos de Ampurias (1947-1971)*, Barcelona, Vol. I, pp. 87-101.
- (1974b), "Las artes decorativas en la cerámica ibérica valenciana", *Saitabi* XXIV, Valencia, pp. 31-53.
- (1975), "La cerámica gris monócroma. Puntualizaciones sobre su estudio", *PLAV* XI, Valencia, pp. 332-379.
- (1980), "Contribución al estudio de las urnas de tipo Cruz del Negro", *Saguntum.PLAV* XV, Valencia, pp. 99-118.
- (1985), "Las jarritas bicónicas grises de tipo ampuritano", *Céramiques grégues i helenistiques à la Península Iberica*, Barcelona, pp. 101-113.
- (1992a), *La cerámica ibérica*, Ed. Historia 16, Madrid.
- (1992b), "La necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Serie Varia 1, UAM, pp. 169-188.
- (1992c), "Una falcata decorada con inscripción ibérica. Juegos gladiatorios y *venationes*", *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Valencia, pp. 319-330.
- (1994), "**Iberica Sacra Loca**. Entre el Cabo de La Nao, Cartagena y el Cerro de los Santos", *REIb* 1, Madrid, pp. 115-138.
- (1997), *Escenas de la ciudad ibérica. Las cerámicas de Lliria (València)*, Valencia.

ARANEGUI, C.; BALLESTER, J.P. (1990), "Imitaciones de formas clásicas en cerámica ibérica: siglos V al III a.C.", *La Magna Grecia e il lontano Occidente*, Taranto, pp. 217-246.

ARANEGUI, C.; PLA, E. (1981), "La cerámica ibérica", en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*, Madrid, pp. 73-117.

ARANEGUI, C.; BONET, C.; MATA, C. (1981), "Dos piezas de cerámica no típicamente ibérica del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)", *Saguntum. PLAV* 16, Valencia, pp. 183-192.

ARANEGUI, C. *et alii* (1993), *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura. Alicante)*, Valencia.

ARIÈS, Ph. (1983), *El hombre ante la muerte*, Ed. Taurus, Madrid.

ARJONA CASTRO, A. (1990), "Arqueología e historia de las torres atalayas de las comarcas de Priego y Alcalá la Real", *Antiquitas* 1, Priego, pp.32-37.

ARNANZ, A. M. (1993), "Recuperación de macrorrestos vegetales en cotextos arqueológicos", *TP* 50, Madrid, pp. 229-234.
- (2000), "Las leguminosas del Cerro de la Cruz (Almedinilla/Córdoba). Presencia de *Vicia Sativa L.* y *Vicia Ervilia (L.) Willd.* en un contexto ibérico", *Complutum* 11, Madrid, pp. 239-243.

ARNAU, J.; CARMONA, R. (1990), "Inscripción funeraria inédita del Cerro de Almanzora", *Antiquitas* 1, Priego, pp. 23-25.

ARRIBAS PALAU, A. (1965), *Los Iberos*, Barcelona.

ARRIBAS, A. *et alii* (1987), *El Barco de El Sec (Costa de Calviá, Mallorca). Estudio de los materiales*, Mallorca.

ARTEAGA, O. (1976-78), "Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península", *Ampurias* 38-40, Barcelona, pp. 23-60.
- (1988), "La romanización en las zonas de Porcuna y Mengíbar (Jaén)", *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, pp. 89-99.

ARTEAGA, O. (1992), "Anfora ibérica", en *Andalucía y el Mediterráneo. Catálogo de la Exposición*. Sevilla, pp.106-107.

ASQUERINO, M.D. (1985a), "Cerámicas pintadas de la Cueva de los Mármoles", *XVII CNA*, Zaragoza, pp. 239-248.
- (1985b), "Sepultura argárica en Priego de Córdoba", *BRAC* 109, Córdoba, pp. 183-187.
- (1985c), "Prehistoria y Protohistoria en Córdoba", en *Córdoba y su Provincia*, Ed. Gever, Sevilla, Vol. II, pp. 13-70.
- (1987), "Cueva de los Mármoles (Priego de Córdoba). Avance de las campañas de excavación 1982/1986", *Ifigea* III-IV, Córdoba, pp. 239-249.
- (1990a), "Panorama actual de la Prehistoria en la Subbética Cordobesa", *I Encuentros de Historia Local. La Subbética*, Córdoba, pp. 21-32.
- (1990b), "Excavaciones en la Cueva de los Mármoles de Priego de Córdoba. Resultados preliminares", *Antiquitas* 1, Priego, pp. 8-11.
- (1991), "La Prehistoria de la Campiña", *II Encuentros sobre Historia Local. La Campiña*, Córdoba, Vol. I, pp. 9-20.
- (1992), "El Pirulejo. Avance de la campaña de 1991", *Antiquitas* 3, Priego, pp. 3-7.

ASTRUC, M. (1951), *La Necrópolis de Villaricos*, Informes y Memorias 25, Madrid.

ATRIAN JORDAN, P. (1976), *El yacimiento ibérico del 'Alto Chacón' (Teruel). Campañas realizadas en 1969-1970-1971 y 1972*, EAE 92, Madrid.

AUBET SEMMLER, M.E. (1971) "Los hallazgos púnicos de Osuna". *Pyrenae* 7, pp. 111-128.
- (1976), *La cerámica púnica de Setefilla,* Studia Archaeologica 12, Univ. de Valladolid.
- (1979) *Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I. Cruz del Negro.* Valladolid.
- (1980) *Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. II. Acebuchal y Alcantarilla.* Valladolid.

AUBET, M.E.; MAAS-LINDEMANN, G.; SCHUBART, H. (1979), "Chorreras: Un establecimiento fenicio al este de la desembocadura del lgarrobo", *NAH* 6, Madrid, pp. 89-139.

UBET, M.E. *et alii* (1983), *La Mesa de Setefilla* EAE 122, Madrid.

BALIL, A. (1972), *Casa y urbanismo en la España Antigua,* Studia Archaeologica 18, Valladolid.
- (1987), "Un tondo de Fuentetojar y otros tondi hispanorromanos", *Minerva* 1, Univ. de Valladolid, pp. 169-184.

BALLBE, X. *et alii* (1986), "Distribución del espacio en el poblado ibérico de la Penya del Moro de Sant Just Desvern (Baix Llobregat)", *Arqueología Espacial 9. Coloquio sobre el microespacio,* Teruel, pp. 303-321.

BALLESTER, I. *et alii* (1954), *Cerámica del Cerro de San Miguel. Liria,* CVH, Madrid.

BALMASEDA, L.J.; VALIENTE, S. (1979), "Excavación en EL Cerrón (Illescas, Toledo)", *Not. Arq. Hisp.* 7, Madrid, pp. 153-211.

BANDERA, M. L. de la (1979-80), "Nuevas figuras zoomorfas del Bajo Guadalquivir", *Habis* 10-11, pp. 391-400.

BARBERA, J.; SANMARTÍ, E. (1983), *Excavaciones al poblat ibèric de la Penya del Moro. Sant Just Desvern. 1974-1975-1977-1981,* Barcelona.

BARBERA, J.; NOLLA, J.; MATA, E. (1993), *La ceramica grisa emporitana,* Barcelona.

BARCELO, J.A. (1984), "Elementos para una teoría de la muerte y de los ritos funerarios", *Ethnica* 20, pp. 81-101.
- (1989), "Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica", *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir,* Barcelona, pp. 189-208.
- (1993), "Problemas en la interpretación del grupo andaluz de estelas decoradas del Suroeste", *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía,* Córdoba, Vol. I, pp. 49-56.

BARKER, P. (1977), *Techniques of Archaeological excavation,* London.

BARRIL VICENTE, M.M. (1992), "Instrumentos de hierro procedentes de yacimientos celtibéricos de la provincia de Soria en el Museo Arqueológico Nacional", *BolMAN* X, Madrid, pp. 5-24.

BARTOLONI, P. (1983), *Studi sulla ceramica fenicia e punica di Sardegna,* Roma.
- (1992), "Recipienti rituali fenici e punici dalla Sardegna", *Rivista di Studi fenici e Punici* XX, 2, Roma, pp. 123-142, Tavv. IX-XV.

BECK, F. (1982), "Peninsule Ibérique", en *Archéologie comparée. Afrique, Europe Occidentale et Centrale. 1. Catalogue sommaire illustré des collections du Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye,* Paris, pp. 284-317.

BELEN, M. (1976), "Estado y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva", *RABM* LXXIX, 2, Madrid, pp. 353-388.
- (1982), "Tumbas prerromanas de incineración en la Necrópolis de Carmona (Sevilla)", *En Homenje a C. Fernandez Chicarro,* Madrid, pp. 269 ss.

BELEN, M.; ESCACENA, J.L. (1992), "Las necrópolis ibéricas de Andalucía Occidental", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis,* Serie Varia 1, UAM, pp. 509-530.

- (1993), "Influencia fenicia en la arquitectura antigua de Niebla (Huelva)", *TP* 50, Madrid, pp. 139-158.

BELEN, M.; ESCACENA, J.L.; BOZZINO, M.I. (1991), "El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. I. Análisis de la documentación", *TP* 48, Madrid, pp. 225-256.

BELEN, M.; FERNANDEZ MIRANDA, M.; GARRIDO, J.P. (1977), *Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza,* Huelva Arqueológica III, Huelva.

BELEN, M. *et alii* (1993), "Arquitectura de tradición fenicia en Carmona (Sevilla)", *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología* 2, Univ. de Sevilla, pp. 219-243.

BELEN, M.; PEREIRA, J. (1982), "Las cerámicas pintadas a torno en Andalucía durante los siglos VIII-VI a.C.", *Symposium sobre Colonizaciones,* Madrid, pp. 307-360.
- (1985), "Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía", *Huelva Arqueológica* 7, Huelva, pp. 307-360.

BELTRAN LLORIS, M. (1976), *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza.
- (1990), *Guía de la cerámica romana*, Zaragoza.

BELTRAN MARTINEZ, A. (1984), "Las casas del poblado de la Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspe)", *Bol. del Museo de Zaragoza3*, Zaragoza, pp. 23-101.

BENCIVENGA, C. (1985), "Observaciones sobre la difusión de la cerámica ibérica en Italia", *XVII CNA*, Zaragoza, pp. 551-557.

BENDALA, M. (1976), *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, 2 vols., Sevilla.
- (1979), "Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos", *AEspA* 52, pp. 33-39.
- (1981), "La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador", *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*, Madrid, pp. 31-48.
- (1982), "Excavaciones en el Cerro de Los Palacios", *Italica*, EAE 121, Madrid, pp. 29-74.
- (1987), "Los Cartagineses en España", en *Historia General de España y América. Vol. I.2: De la protohistoria a la conquista romana*, Madrid, pp. 115-170.
- (1990), "El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales", *Stadbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Stadte zwischen Republik und Kaiserzeit*, München, pp. 25-42.
- (1992a) "La problemática de las necrópolis tartésicas", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*, Serie Varia 1, UAM, pp. 27-37.
- (1992b), "Tartessos: ¿Concierto o desconcierto?", *Arqrítica* 3, 1992, pp. 20-21.

BENDALA, M.; BLANQUEZ, J. J. (1987), "Los orígenes de la cultura ibérica y un par de notas sobre su arte", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, pp. 9-18.

BENDALA, M. *et alii* (1987), "Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista", *Los asentamientos ibéricos ante la Romanización*, Madrid, pp. 121-140.

BERNABEU, J. *et alii* (1986), "Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)", *Arqueología Espacial 9. Coloquio sobre el microespacio*, Teruel, pp. 321-329.

BERNAL, F. *et alii* (1984), "Instrumentos de trabajo ibéricos". *I Congreso de Arqueología de Albacete*, vol. I, Albacete, pp. 177-184.

BERNIER, J.; FORTEA, J. (1969), "Nuevas pinturas esquemáticas en la provincia de Córdoba. Avance de su estudio ", *Zephyrus* XIX-XX, Salamanca, pp. 143-164.

BERNIER, J. *et alii* (1981), *Nuevos yacimientos arqueológicos en Córdoba y Jaén*, Córdoba.

BERROCAL, L. (1989), "El asentamiento 'céltico' del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)", *CuPAUAM* 16, Madrid, pp. 245-295.
- (1993) *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*. Madrid.

BINFORD, L.R. (1988), *En busca del pasado*, Barcelona.

BLANCO, A. (1952), "El ajuar de una tumba de Cástulo", *AEspA* XXXVI, pp. 40-69.
- (1959), "Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén", *Bol. del Inst. de Est. Giennenses* 22, Jaén, pp. 89 ss.
- (1960), "Orientalia II", *AEspA* XXXIII, Madrid, pp. 3-44.
- (1961-62), "El toro ibérico", *Homenaje al Prof. C. de Mergelina*, Murcia, pp. 163-196.
- (1962); Antigüedades de Riotinto, Zephyrus, XIII, pp. 31-45.
- (1963), "Tarros de cerámica ibérica andaluza", *Oretania* 14-15, Linares (Jaén), pp. 87-99.
- (1964), "A caça e seus deuses na Proto-história Peninsular", *Revista de Guimáraes* LXXIV, pp. 329-349.
- (1965), "El ajuar de una tumba de Cástulo", *Oretania* 19, Linares (Jaén).
- (1983), "Ategua", *NAH* 15, Madrid, pp. 93-135.
- (1986-87), "Destrucciones antiguas en el mundo ibérico y mediterráneo occidental", *CuPAUAM* 13-14, Univ. Autónoma de Madrid, pp. 3-8.
- (1987), "La escultura ibérica. Una interpretación", en AAVV, *Escultura Ibérica, Revista de Arqueología*, Madrid, pp. 32-47.

BLANCO, A.; ROTHENBERG, B. (1981), *Exploración arqueometalúrgica de Huelva* (A.A.H.), Barcelona.

BLANCO, A.; LUZON, J.M.; RUIZ MATA, D. (1969), "Panorama tartésico en Andalucía Occidental", *Tartessos. V SIPP*, Barcelona, pp. 119-163.

BLANCO, A. et alii, (1970); *Excavaciones en el Cerro Salomón, Riotinto (Huelva)*, Sevilla.

BLANQUEZ, J.J. (1990), *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*, Albacete.
- (1992), "Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Serie Varia 1, UAM, pp. 235-278.
- (1993), "El mundo funerario albacetense y el problema de la escultura ib,rica: la necrópolis de Los Villares", *Jornadas de Arqueología Albacetense en la U.A.M.*, Madrid, pp. 111-128.

BLANQUEZ, J.J.; OLMOS, R. (1993), "El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete. El timaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico", *Arqueología en Albacete*, Madrid, pp. 85-110.

BLANQUEZ, J.J.; ANTONA, V. (Eds.) (1992), *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*, Serie Varia 1, Madrid.

BLASCO, M.C. (1968) "Las fusayolas del yacimiento ibérico de Botorrita". *Estudios en homenaje al Ilmo. Dr. A. Canellas López*, Zaragoza, pp. 121-124.

BLASCO, M.C.; ALONSO, M.A. (1985), *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama*, Madrid, EAE 143, Madrid.

BLAY, F. (1992), "Cueva de Merinel (Bugarrá). Análisis de la fauna", *Serie de Trabajos Varios del SIP* nº 89, Valencia, pp. 283-287.

BLAZQUEZ MARTINEZ, J.M. (1960), "La cámara sepulcral de Toya y sus paralelos etruscos", *Oretania* 5, Linares (Jaén), pp. 233 ss.
- (1974), "El arte neohitita y los orígenes de la escultura animalística ibérica y turdetana", *Goya* 120, Madrid, pp. 345-350.
- (1977), "El simbolismo funerario del huevo y la granada en las antiguas religiones mediterráneas", en *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Ed. Cristiandad, Madrid, pp. 69-98.
- (1981a), "El mundo funerario ibérico en los siglos inmediatos al cambio de Era", en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*, Madrid, pp. 17-33.
- (1981b), "Poblado de esclavos mineros en Fuenteobejuna", *Revista de Arqueología* 3, Madrid.
- (1982-83), "Noticia sobre las excavaciones arqueológicas en la mina republicana de La Loba (Fuente Obejuna, Córdoba)", *Corduba Archaeologica* 12, Córdoba.
- (1983), *Primitivas religiones ibéricas. II. Religiones prerromanas*, Ed. Cristiandad, Madrid.

BLAZQUEZ, J.M.; GARCIA-GELABERT, M.P. (1985), "Nueva campaña de excavación en la Necrópolis Oretana de Estacar de Robarinas, Cástulo (Linares)", *XVII CNA*, Zaragoza, pp. 535-551.
- (1987a), "El final del mundo ibérico en la Bética", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén, pp. 349-361.
- (1987b), "La necrópolis de 'El Estacar de Robarinas', Castulo. Tipología de los enterramientos", *APL* 17, Valencia, pp. 177-193.
- (1990), "Estudio del armamento prerromano en la Península Ibérica a través de las fuentes y de las representaciones plásticas", *HispAnt* 14, pp. 91-115.

BLAZQUEZ, J. M. et alii (1970), "Las carámicas del Cabezo de San Pedro", *Huelva Arqueológica I.*

BLECH, M. (1986), "Las armas de la sepultura 155 de la Necrópolis de Baza", en *Estudios de Iconografía II. Coloquio sobre el puteal de la Moncloa*, Madrid, pp. 205-209.

BONET, H.; PASTOR, I. (1984), "Técnicas constructivas y organización del hábitat en el poblado ibérico de Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)", *Saguntum. P.L.A.V.* 18, Univ. de Valencia, pp. 163-189.

BONET, H.; MATA, C. (1988), "Imitaciones de cerámica campaniense en la Edetania y Contestania", *AEspA* 61, Madrid, pp. 5-38.

BORREDA, R.; CEBRIAN, R. (1993), "Cerámica de cocina local y de importación en Pl. Hospital-Anfiteatro (Cartagena). S. II a.C.-I d.C. Uso y función", *Saguntum. PLAV* 26, Valencia, pp. 205-214.

BOSCH GIMPERA, P. (1958), *Todavía el problema de la cerámica ibérica*, México.

BRAEMER, F. (1982), *L'architecture domestique du Levant à l'Age du Fer*, Paris.

BRONCANO, S. (1989), *El depósito votivo de El Amarejo. (Bonete, Albacete)*, EAE 139, Madrid.

BRONCANO, S; BLANQUEZ, J.J. (1985), *El Amarejo. Bonete (Albacete)*, EAE 139, Madrid.

BRONCANO, S.; ALFARO, M.M. (1997), *Los accesos a la ciudad ibérica de Meca mediante sus caminos de ruedas*, Serie de Trabajos Varios del SIP nº 92, Valencia.

BROTHWELL, D.R. (1987), *Desenterrando huesos*, Méjico.

BROTHWELL, D.R.; HIGGS, E. (1980), *Ciencia en Arqueología*, Méjico.

BURILLO, F. (1980), *El Valle Medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*, Zaragoza.
- (1984), "La aplicación de los modelos del Lugar Central a la Arqueología", *I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*, Soria, 1981, pp. 431-441.

BURILLO, F.; SUS, M.A. (1986), "Estudio microespacial de la casa 2 del poblado de época ibérica de 'Los Castellares de Herrera' de los Navarros (Aragón)", *Arqueología Espacial* 9, Teruel, pp. 209-236.

CABANAS PAREJA, R. (1980), *Geología Cordobesa,* Córdoba.

CABRE, J. (1983-84), "San Antonio de Calaceite (Catálogo Monumental de Teruel. Tomo I)", *Kalathos* 3-4, Teruel, pp. 9-49.

CABRE HERREROS, M.E. (1934a), "El modelo de falcata más típicamente hispánico", *ACFABA* II, pp. 207-213.
- (1934b), "Dos tipos genéricos de falcata hispánica", *AEspA* X, Madrid, pp. 207-225.

CABRE HERREROS, M.E.; MORAN CABRE, J. (1979a), "Aportación al estudio tipológico de las espadas 'Alcácer do Sal'. Una nueva serie descubierta en la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Avila)", *XV CNA*, Zaragoza, pp. 763-775.
- (1979b) "Ensayo tipológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la meseta hispánica". *BAEAA* 11-12, pp. 10-26.
- (1982) "Ensayo cronológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica". *baaeaa* 15, pp. 4-27.

CAMPOS, M. (1992), "Aproximación al estudio de las cruces y ermitas en los municipios de Priego, Almedinilla y Fuente Tójar (provincia de Córdoba)", *Antiquitas* 3, Priego, pp. 90-102.

CAMPOS CARRASCO, J. M. (1986), *Excavaciones arqueológicas en la ciudad de Sevilla*, Sevilla.

CANO NAVAS, M.L. (1977), "Una estela de tipo alemtejano en la provincia de Córdoba", *TP* 34, Madrid, pp. 331-340.

CARMONA AVILA, R. (1990a), "La arqueología en Priego durante 1989. Balance general y revitalización del Museo Histórico Municipal (Sección Arqueología)", *Adarve* 329, Priego, pp. 14 ss.
- (1990b), "Inhumaciones de época visigoda en 'El Arrimadizo' (Término Municipal de Priego de Córdoba)", *Antiquitas* 1, Priego, pp. 25-31.

CARMONA AVILA, R.; MORENO, A. (1992), "Megalitismo en la Subbética Cordobesa: El dolmen de la Dehesa de La Lastra (Sierra Alcaide)", *Antiquitas* 3, Priego, pp. 31-35.

CARMONA AVILA, R.; MUÑIZ, I. (1991a), "Aproximación al fenómeno de la pintura esquemática rupestre en la Subbética Cordobesa. El Abrigo del Tajo de Zagrilla (Priego de Córdoba)", *AAC* 2, Córdoba, pp. 13-52.
- (1991b), "Nueva estación de arte rupestre esquemático típico: El Abrigo del Tajo de Zagrilla (Priego de Córdoba)", *Antiquitas* 2, Priego, pp. 26-29.

CARMONA, R.; MORENO, A.; MUÑIZ, I. (1993), "El dolmen de la Dehesa de La Lastra: Resultados de una Intervención Arqueológica de Emergencia", *Antiquitas* 4, Priego de Córdoba, pp. 24-37.

CARMONA BERENGUER, S. (1990), "La necrópolis tardorromana de 'El Ruedo'. Almedinilla. Córdoba", AAC I, Córdoba, pp. 155-172.

CARO, A. (1989a), *Cerámica gris a torno tartesia,* Cádiz.

CARO, A.; ACOSTA, P.; ESCACENA, J.L. (1986) "Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla)". *AAA* '86, Vol. II, Sevilla, pp. 168-174.

CARRASCO, E.; PACHON, J.A. (1978), "Un capitel de tradición orientalizante procedente de Alcaudete (Jaén)", *CPUGr* 3, Grananda, pp. 245-254.

CARRASCO, J.; PASTOR, M.; PACHON, J.A. (1981), "Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El Corte 4", *CPUGr* 6, Granada, pp. 307-355.
- (1982), "Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada)", *N.A.H.* 13, Madrid, pp. 311-346.

CARRASCO, J. *et alii* (1980), "Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá, Torres (Jaén)", *CPUGr* 5, pp. 7-165.

CARRIAZO, J. de M. (1969), "El Cerro del Carambolo", *Tartessos. V SIPP*, Barcelona, pp. 311-346.

CARRILERO MILLAN, M. (1991), "Las sociedades antiguas de la Campiña", *II Encuentros sobre Historia Local. La Campiña,* Córdoba, Vol. I, pp. 239-256.

CARRILERO, M.; MARTINEZ, G. (1985), "El yacimiento de Guta (Castro del Río, Córdoba) y la Prehistoria Reciente de la Campiña Cordobesa", *CPUGr* 10, Granada, pp. 187-223.

CARRILERO, M. *et alii* (1982), "El yacimiento de Morales (Castro del Río, Córdoba). La cultura de los silos en Andalucía Occidental", CPUGr 7, Granada, pp. 171-205.

CARRILLO, J.R. (1991a), "Panorama actual de la arqueología romana en la Campiña de Córdoba (Tipología y jerarquización de los asentamientos)", *II Encuentros de Historia Local. La Campiña*, Córdoba, vol. I, pp. 101-116.
- (1991b), "El poblamiento romano en las Subbéticas Cordobesas", *AAC* 2, Córdoba, pp. 225-253.

CARRILLO, J.R.; HIDALGO, R. (1989), "Informe sobre la supervisión arqueológica de las obras de reacondicionamiento y limpieza efectuadas en el Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba)", *AAA'89,* Sevilla.

CARRILLO, J.R.; HIDALGO, R. (1991a), "El yacimiento arqueológico del Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba)", *XX CNA*, Zaragoza, pp. 349-354.
- (1991b), "Aproximación al estudio del poblamiento romano en la comarca de Palma del Río (Córdoba). La implantación territorial", *Ariadna* 8, Palma del Río, pp. 37-68.

CASTELO RUANO, R. (1990), "Nueva aportación al paisaje de las necrópolis ibéricas. Paramentos con nicho ornamental y posibles altares en la Necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia)", *CuPAUAM* 17, Univ. Autónoma de Madrid, pp. 35-43.
- (1993), "El templo situado en el Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo, Albacete", *Verdolay* 5, Museo de Murcia, pp. 79-87.

CASTIELLA, A. (1977), *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja,* Pamplona.

CASTRO CUREL, Z. (1980) "Fusayolas ibéricas, antecedentes y empleo", *Cypsela* 3, pp. 127-147.
- (1985), "**Pondera**. Examen cualitativo, cuantitativo, espacial y su relación con el telar de pesas", *Ampurias* 47, pp. 230-253.
- (1986), "Avances de estudios cuantitativos y localización de **pondera** en asentamientos peninsulares", *Arqueología Espacial* 3, Teruel, pp. 169-187.

CASTRO LOPEZ, M. (1986), "Consideraciones preliminares para la reconstrucción de la Etapa Romana en el Alto Guadalquivir: Una perspectiva arqueológica", *Arqueología en Jaén Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente*, Jaén, pp. 69-74.

CASTRO MARTINEZ, P.V. (1986), "Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Avila)", *Arqueología Espacial* 3, Teruel, pp. 127-139.

CATALINA, M. (1872), "Urnas cinerarias con relieves del Museo Arqueológico Nacional. Estudio precedido de noticias históricas sobre las costumbres de los antiguos en los funerales e inhumaciones para mejor inteligencia de la monografía", en RADA Y DELGADO, J. de D. de la (Dir): *Museo Español de Antigüedades,* Madrid, Vol. I, pp. 511-539.

CATALOGO (1983), *Los Iberos*, Madrid.

CEBAC (1971), *Estudio agrobiológico de la provincia de Córdoba*, Córdoba.

CELESTINO, S. (1991a), "Cancho Roano, un complejo urbano orientalizante en Zalamea de la Serena (Badajoz)", *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica,* Barcelona, pp. 439-455.
- (1991), "Nuevos jarros tartésicos de bronce en el Sur peninsular", *MM* 32, Madrid, pp. 58-85; Láms. 23-27.
- (1997), "Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló 18. Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico*, Castellón, pp. 359-389.

CERRILLO, E. (1990), "Arqueología de las religiones primitivas y arqueologia de las religiones organizadas. Una reflexión", *Zephyrus* XLIII, Salamanca, pp. 189-192.

CHANG, K.C. (1976), *Nuevas perspectivas en arqueología,* Madrid.

CHAPA BRUNET, T. (1979), "La caja funeraria de Villargordo (Jaén)", *TP* 36, pp. 445-458.
- (1980), *La escultura zoomorfa ibérica en piedra,* 2 vols., Ed. Universidad Complutense de Madrid.
- (1985), *La escultura zoomorfa ibérica en piedra,* Madrid.
- (1986), *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica,* Madrid.

- (1988), "Perspectivas actuales de la arqueología española", *Revista de Occidente* 81, Madrid, pp. 135-142.
- (1990a), "La escultura ibérica de Jaén en su contexto mediterráneo", en CHICHARRO, J.L. (Ed.), *Escultura ibérica en el Museo de Jaén*, Linares, pp. 43-51.
- (1990b), "Algunas consideraciones sobre el estudio de los santuarios ibéricos", *Zephyrus* XLIII, Salamanca, pp. 249-251.
- (1991), "La Arqueología de la Muerte: planteamientos, problemas y resultados", en VAQUERIZO, D. (Ed.), *Arqueología de la Muerte. Metodología y perspectivas actuales*, Actas de los Seminarios "Fons Mellaria 90", Córdoba, pp. 13-38.
- (1993), "La destrucción de la escultura funeraria ibérica", *TP* 50, Madrid, pp. 185-195.

CHAPA, T.; PEREIRA, J. (1986), "La organización de una tumba ibérica: un ejemplo de la necrópolis de los Castellones de Ceal (Jaén)", *Arqueología Espacial* 9, Teruel, pp. 369-387.
- (1992), "La Necrópolis de Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén)", en BLANQUEZ, J.; ANTONA, V., *Necrópolis Ibéricas*, Serie Varia II, UAM, madrid, pp. 431-454.

CHAPA, T.; PEREIRA, J.; MADRIGAL, A. (1993), "Tipos de construcciones funerarias en el yacimiento ibérico de los Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén)", *Homenatge a Miquel Tarradell*, Barcelona, pp. 411-419.
- (1994), "Mundo ibérico y mundo púnico en la Alta Andalucía", *1º Congresso de Arqueologia Peninsular (Porto, 12-18 de Outubro de 1993). Actas*, Porto, vol. II, pp. 411-426.

CHAPA, T.; RUIZ RODRIGUEZ, A.; PEREIRA, J. (1985), "Excavaciones en el yacimiento ibérico de Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén). Campaña de 1985", *AAA'85* I, 2, Sevilla, pp. 353-356.

CHAPA, T. *et alii* (1984), "Análisis económico y territorial de Los Castellones de Ceal (Jaén)", *Arqueología Espacial* 4, Teruel, pp. 223-241.

CHAPMAN, R.; KINNES, I.; RANSBORG, K. (Eds.), *The Archaeology of Death*, Cambridge.

CHAVES, F. (1982), "Nuevas esculturas de leones de la zona de Baena (Córdoba)", *Homenaje a C. Fernández Chicarro*, Madrid, pp. 227-247.

CHAVES, F.; BANDERA, M.L. (1991), "Aspectos de la urbanística en Andalucía Occidental en los siglos VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)", *Atti II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, pp. 691-714.

CHOCLAN, C.; CASTRO, M. (1987), "Ciudad y territorio en la Campiña de Jaén. La distribución de los asentamientos mayores durante época flavia", *Studia Historica. Historia Antigua* I, pp. 145-160.
- (1988), "La Campiña del Alto Guadalquivir en los siglos I-II d.C. Asentamientos, estructura agraria y mercado", *Arqueología Espacial* 12, Teruel, pp. 205-221.

CHOCLAN, C. *et alii* (1984), "Bases fundamentales para la elaboración de un modelo de ficha para la prospección sistemática", *Arqueología Espacial* 1, Teruel, pp. 149-165.

CINTAS, P.(1950), *Céramique punique*, Túnez.
- (1970), *Manuel d'Archéologie punique*, 2 vols., Paris.

CLARK, G. (1980), *Arqueología y Sociedad*, Madrid.

CLARKE, D.L. (1973), "Archaeology: the loss of innocence", *Antiquity* 57, pp. 6-18.
- (1984), *Arqueología Analítica*, Barcelona.

COARELLI, F. (1987), *I santuari del Lazio in età repubblicana*, Roma.

COGHLAN, H.H. (1956-57), "Etruscan and Spanisch swords of Iron", *Sibrium* 3, pp. 167-174.

COLL, R.; CAZORLA, F.; BAYES, F. (1994), "El santuari ibèric de la Cova de les Encantades del Montcabrer (Cabrera del mar, El Maresme). Estudi preliminar", *Laietania* 9, Mataró, pp. 33-86.

CONDE, M.J. (1990), "Los kalathoi 'sombrero de copa' de la necrópolis del Cabecico del Tesoro de Verdolay (Murcia)", *Verdolay* II, Museo de Murcia, pp. 149-160.

CONTRERAS, F. (1984) "Clasificación y Tipología en Arqueología. El camino hacia la cuantificación". *CPUG* 9, pp. 321-385.

CONTRERAS, F: *et alii* (1987-88)"los ajuares cerámicos de la necrópolis argárica de la Cuesta del Negro (Purullena, Granaadaa). Avance al estudio analítico y estadístico". *CPUGr* 12-13, Granada,pp. 135-155.

CORTIJO CEREZO, Mª L. (1993), *La administración territorial de la Bética romana*, Córdoba.

CORZO SANCHEZ, R. (1977) *Osuna de pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana.* Sevilla.

CRAWFORD, M.H. (1974) "*Roman Republican Coinage.* Cambridge.

CUADRADO, E. (1949), "Arreos de montar, ibéricos, de los ex-votos del Santuario del Cigarralejo", *IV CASE,* pp. 267-288.
- (1950), *Excavaciones en el Santuario ibérico de El Cigarralejo (Mula, Murcia),* Informes y Memorias 21, Madrid.
- (1953), "Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta", *Zephyrus* IV, Salamanca, pp. 265-310.
- (1955), "El problema ibérico en la cerámica exótica de barniz rojo", *Actas I Congreso de Arq. de Marruecos,* Tetuán, pp. 235-251.
- (1961), "El momento actual de la cerámica de barniz rojo", *VI CNA,* Zaragoza, pp. 177-197.
- (1963a), "Puñales de antenas en territorio ibérico", *Zephyrus* XIV, Salamanca, pp. 17-29.
- (1963b), *Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica,* Trabajos de Prehistoria VII, Madrid.
- (1964), "Sobre ponderales ibéricos", *VIII CNA,* Zaragoza, pp. 339-353.
- (1966a), "La cerámica occidental de barniz rojo y su ámbito geográfico", *Atti del VI Cong. Int. Science Preistoriche e Protoistoriche,* Roma, III, pp. 36-46.
- (1966b), *Repertorio de los recipientes rituales metálicos con 'asas de manos' de la Peninsula Ibérica, Trabajos de Prehistoria* XXI, Madrid.
- (1969), "Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico", *Tartessos. V SIPP,* Barcelona, pp. 257-290.
- (1972), "Tipología de la cerámica fina de 'El Cigarralejo'. Mula (Murcia)", *TP* 29, Madrid, pp. 125-187.
- (1975), "Un tipo especial de pinzas ibéricas", *XIII CNA,* Zaragoza, pp. 667-671.
- (1978a), "Ungüentarios cerámicos en el mundo ibérico. Aportación cronológica", *AEspA* 50-51, Madrid, pp. 389-404.
- (1978b) "Fíbulas de La Tène en el Cigarralejo". *TP* 35, Madrid, pp. 307-336.
- (1979), "Espuelas ibéricas", *XV CNA,* Zaragoza, pp. 735-741.
- (1981), "Las necrópolis peninsulares en la Baja Epoca de la Cultura Ibérica", *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica,* Madrid, pp. 51-72.
- (1986), "El problema de los restos escultóricos de las necrópolis ibéricas", *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán,* Zaragoza, pp. 567-581.
- (1987a), "Las necrópolis ibéricas del Levante español", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico,* Jaén, pp. 185-203.
- (1987b), *La Necrópolis Ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia),* BPH XXIII, Madrid.
- (1989), *La panoplia ibérica de "El Cigarralejo" (Mula, Murcia),* Col. Documentos Serie Arqueológica nº 3, Murcia.
- (1991), "La cerámica ibero-céltica de barniz rojo", *TP* 48, Madrid, pp. 349-356.

CUADRADO, E.; QUESADA, F. (1989), "La cerámica fina de 'El Cigarralejo' (Murcia). Estudio de cronología", *Verdolay* 1, Murcia, pp. 49-115.

CUADRADO, E.; RUANO, E. (1989), "Esculturas de équidos procedentes de la Colección de Alhonoz (Puente Genil, Córdoba)", *TP* 46, pp. 203-228.

CUADRADO DE ISASA, F. (1970), "Formas nuevas de la cerámica de barniz rojo", *XII CNA,* Zaragoza, pp. 470-477.

CUNLIFFE, B.U.; FERNANDEZ CASTRO, M.C. (1987), "Torre Paredones (Castro del Río-Baena, Córdoba). Informe preliminar. Campaña de 1987. Prospección Arqueológica con sondeo estratigráfico", *AAA'87,* Sevilla, Vol. II, pp. 193-199.
- (1988), "Informe sucinto. Prospección Arqueológica Superficial. Torreparedones (Castro del Río-Baena, Córdoba)", *AAA'88,* Sevilla, Vol. II, pp. 56-58.
- (1990), "Torreparedones, 1990", *AAA'90* Sevilla, Vol. II, pp. 234-239.
- (1991), "Torreparedones, un proyecto arqueológico para la historia de la Campiña", en ARANDA DONCEL, J. (Coord.), *Encuentros de Historia Local II. La Campiña,* Vol. I, pp. 213-222.

DAVIDSON, I.; BAILEY, G.N. (1984), "Los yacimientos, sus territorios de explotación y la topografía", *BMAN* II, Madrid, pp. 25-46.

DELIBES, G.; ESPARZA, A . (1989), "Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica", *El oro en la España prerromana,* Extra de *Revista de Arqueología,* Madrid, pp. 108-129.

DOMERGUE, C. (1985), "Algunos aspectos de la explotación de las minas de **Hispania** en la época republicana", *Pyrenae* 21, Barcelona, pp. 91-95.
- (1987), *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Peninsule Ibérique,* Casa de Velázquez, Série Archéologie VIII, 2 vols., Madrid.
- (1989), *Les mines de la Peninsule Ibérique dans l'antiquité romaine,* Ecole Française de Rome, Rome.

DOMINGUEZ, M. C. et alii, (1988); *Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla),* N.A.H., 30, pp. 121-186.

EIROA, J.J. (1986), "Una aproximación al modelo urbano del Bajo Aragón Protohistórico", *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán,* Madrid, pp. 389-408.

ENGUIX ALEMANY, R. (1973), "Aproximación a una historia de la investigación de la cultura ibérica", *PLAV* 9, Valencia, pp. 19-29.

ESCACENA CARRASCO, J.L. (1979-1980), "La cerámica ibérica de la Mesa de Setefilla (Sevilla)", *Pyrenae* 15-16, Barcelona, pp. 181-210.
- (1987a), "El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, pp. 273-298.
- (1987b), *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*, Tesis Doctoral, Ed. Microfilmada, Univ. de Sevilla.
- (1989), "Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida", *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Barcelona, pp. 433-476.
- (1992a), "Del bosque y de sus árboles (Reflexiones sobre la homogeneidad y la hetereogeneidad de los pueblos prerromanos de Andalucía", en VAQUERIZO, D. (Coord.), *Religiosidad y vida cotidiana en la España Ibérica*, Actas de los Seminarios "Fons Mellaria 1991", Córdoba, pp. 47-79.
- (1992b), "Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana", Spal 1, Univ. de Sevilla, pp. 321-344.

ESCACENA, J.L.; FRUTOS, G. (1985), "Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)", *NAH* 24, Madrid, pp. 7-90.

FENELLI, M. (1975), "Contributo per lo studio del votivo anatomico: i votivi anatomici di Lavinio", *Archeologia Classica*, 27, Roma, pp. 206-252, Tavv. XL-XLIII.

FERNANDEZ CASTRO, Mª C.; CUNLIFFE, B. (1988), *The Guadajoz Project. Second Interim Report. Excavations at Torreparedones 1988*, Institute of Archaeology. University of Oxford.
- (1998), "El santuario de Torreparedones", en *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 148-149.

FERNANDEZ CHICARRO, C. (1954), "Viaje de prospección arqueológica por el término de Peal de Becerro", *Bol. del Inst. de Est. Giennnenses* 3, Jaén, pp. 69-89.
- (1955), "Prospecciones en términos de Hinojares y La Guardia (Jaén)", *Bol. del Inst. de Est. Giennenses* 6, Jaén, pp. 89-98.
- (1956), "Prospección arqueológica en términos de Hinojares y La Guardia (Jaén)", *Bol. del Inst. de Est. Giennenses* 7, pp. 10-120.
- (1957), "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Jaén", *IV CNA*, Zaragoza, pp. 179-189.

FERNANDEZ CORRALES, J.M. (1988), *El asentamiento romano en Extremadura y su análisis espacial*, Cáceres.

FERNANDEZ GOMEZ, F. (1982), "Una réplica en barro de la Dama del Cerro de los Santos", *Homenaje a C. Fernández Chicarro*, Madrid, pp. 171-177.
- (1991), "Los poblados y las casas", *Los Celtas en la Península Ibérica*, Extra de Revista de Arqueología, Madrid, pp. 42-51.

FERNANDEZ GOMEZ, F.; CHASCO, R.; OLIVA, D. (1979), "Excavaciones en el 'Cerro Macareno'. La Rinconada. Sevilla (Cortes E.F.G. Campaña 1974)", *Not. Arq. Hisp.* 7, Madrid, pp. 7-95.

FERNANDEZ JURADO, J. (1987a), "El poblamiento ibérico en Huelva", Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico, Jaén, pp. 315-326.
- (1987b), Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica, Huelva Arqueológica IX, Huelva.
- (1991), "Ciudades y fortificaciones turdetanas: problemas de interpretación", *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Plè: (Segles IV-III a.C.)*, Manresa, pp. 55-66.

FERNANDEZ MARTINEZ, V.M. (1989), *Teoría y Método de la Arqueología*, Madrid.

FERNANDEZ MARTINEZ, V.M.; HORNERO, E. (1990), "Análisis funcional de los recintos domésticos del poblado ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real)", *Espacio y organización social*, Madrid, pp. 163-178.

FERNANDEZ MIRANDA, M. (1976), "Jarritas ibéricas de tipo ampuritano en las Islas Baleares. Cronología arqueológica y tipología analítica", *TP* 7, Madrid, pp. 7-95.
- (1984), "Arqueología Prehistórica y estructura científica", *I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria, 1981*, Madrid, pp. 11-20.

FERNANDEZ RODRIGUEZ, M. (1987a), *Alarcos. La cerámica de barniz rojo del Cerro de Alarcos*. Ciudad Real.
- (1987b), "La cerámica de barniz rojo en la Meseta: problemas y perspectivas". *AAEspA* 60, Madrid, pp. 3-20.

FERRER ALBELDA, E.; GARCIA, E. (1994), "Sobre un tipo anfórico púnico-gaditano documentado en el Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)", *Antiquitas* 5, Priego de Córdoba (Córdoba), pp. 46-52.

FLETCHER VALLS, D. (1957), "Toneles cerámicos ibéricos", *APL* VI, Valencia, pp. 113-149.

FLETCHER VALLS,D.; MATA, C. (1981) "Aportación al conocimiento de los ponderales ibéricos". *APL* VI, Valencia, pp. 113-149.

FLORIDO NAVARRO, C. (1984), "Anforas prerromanas sudibéricas", *Habis* 15, Sevilla, pp. 419-437.
- (1985), "Las ánforas del poblado orientalizante e ibero-púnico del Carambolo (Sevilla)", *Habis* 16, Sevilla, pp. 487-517.

FORTEA, J.; BERNIER, J. (1970), *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*, Salamanca.

FUENTES DOMINGUEZ, A. (1992), "La fase final de las necrópolis ibéricas", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Serie Varia 1, UAM, pp. 587-606.

GARBINI, G. (1993), "La dea di Tharros", *Rivista di Studi Fenici* XXI, pp. 99-110.

GARCIA ALFONSO, E. (1997), "El escarabeo del Cerro de la Mitra (Santaella, Córdoba)", *Antiquitas* 8, Priego de Córdoba, pp. 57-62.

GARCIA BELLIDO, A. (1945), *La arquitectura entre los Iberos*, Madrid.
- (1948), *Hispania Graeca*, 3 vols., Barcelona.
- (1952), "Nuevos datos sobre la cronología final de la cerámica ibérica y sobre su expansión extrapeninsular", *AEspA* XXV, Madrid, pp. 39-45.
- (1954; red. 1982), "La escultura ibérica", en *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal* I, 3, Madrid, pp. 443-598.
- (1980), *Arte ibérico en España*, Ed. Espasa-Calpe S.A., Madrid.

GARCIA CANO, J.M.; INIESTA, A. (1983), "Aproximación a la cerámica de barniz rojo ibero-tartessica en la región de Murcia", *XVI CNA*, Zaragoza, pp. 561-573.

GARCIA CANO, J.M.; INIESTA, A.; PAGE, V. (1991-1992), "El santuario ibérico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, Univ. de Murcia, pp. 75-82.

GARCIA MORENO, L.A. (1993), "Mastienos y bastetanos: un problema de la etnología hispana prerromana", *Actas I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, t.I, pp. 201-212.

GARCIA ROSELLO, J. (1992), "La ceràmica ibérica en els contextos republicans de la Laietania litoral", *Les ceràmiques de tecnica ibérica à la Catalunya romana (segles II a.C.-I d.C.)*, pp. 21-31.

GARCIA-BELLIDO, M.P. (1990), "Iconografía fenicio-púnica en moneda romana republicana de la Bética", *Zephyrus* XLIII, Salamanca, pp. 371-383.

GARCIA-BELLIDO, M.P. (1994-95), "Las torres-recinto y la explotación militar del plomo en Extremadura: los lingotes del pecio de Comacchio", *Anas* 7-8, pp. 187-218, Mérida.

GARCIA-GELABERT, M.P. (1988), *La necrópolis del Estacar de Robarinas, Jaén: ritos y creencias*, Madrid.

GARCIA-GELABERT, M.P.; BLAZQUEZ, J.M. (1988), *Castulo. Jaén, España, 1. Excavaciones en la necrópolis del Estacar de Robarinas, s. IV a.C.*, BAR IS 425, Oxford.

GARCIA VARGAS, E.; MORA, M.; FERRER, E. (1989), "Estudios sobre cerámicas ibéricas andaluzas. Montemolín (Marchena, Sevilla)", *Habis* 20, Sevilla, pp. 217-243.

GASULL, P. (1982), "Los soportes en el Bajo Guadalquivir: intento de clasificación", *MM* 23, pp. 62-95.

GAVILAN CEBALLOS, B. (1984), "La Cueva de la Murcielaguina de Priego (Córdoba). Análisis de un asentamiento neolítico", *Arqueología Espacial* 3, Teruel.
- (1987a), *Los materiales de la Protohistoria de Priego de Córdoba*, Córdoba.

GENIS ARMADA, M.T. (1984), "Estudio técnico de los objetos líticos en el mundo ibérico basado en los poblados de Puig de San Andreu (Ullastret) y Puig Castellet (Lloret de Mar), provincia de Gerona", *I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria, 1981*, Madrid, pp. 147-157.
- (1985)"Els objectes litics ibérics d'Ullastret i Puig Castellet". *Cypsela* 5, pp.107-125.

GIL-MASCARELL, M. (1975), "Sobre las cuevas ibéricas del país valenciano", *PLAV* 11, Valencia, pp. 281-233.

GIMENO, I.; GONZALEZ, R.; QUESADA, F. (1988), "Arqueólogos e Informática", *BAEAA* 24, Madrid, pp. 5-17.

GINOUVES, R.; MARTIN, R. (1985), *Dictionnaire méthodique de l'architecture grecque et romaine. T. I. Materiaux, techniques de construction, techniques et formes du décor*, Roma.

GOMEZ BELLARD, C.; GURREA, R. (1985) "Algunas formas de cerámica de cocina púnico-ebusitana", *AEspA*58, Madrid, pp.139-154.

GOMEZ BELLARD, C. *et alii* (1993), "El vino en los inicios de la Cultura Ibérica. Nuevas excavaciones en L'Alt de Benimaquia, Denia", *Revista de Arqueología* 142, Febrero, pp. 16-27.

GONZALEZ ALCALDE, J. (1993), "Las cuevas santuarios ibéricas en el País Valenciano: Un ensayo de interpretación", *Verdolay* 5, Museo de Murcia, pp. 67-78.

GONZALEZ-TABLAS, F.J.; ARIAS, L.; BENITO, J.M. (1986), "Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce-Edad del Hierro)", *Arqueología Espacial 9. Coloquio sobre el microespacio,* Teruel, pp. 113-127.

GRACIA, F.; MUNILLA, G.; GARCIA, E. (1994), "Models d'analisi de l'arquitectura ibèrica. Espai públic i construccions religioses en medis urbans", *Cota Zero* 10, Vic, pp. 90-101.

GRECO, E. (1992), *Archeologia della Magna Grecia*, Roma-Bari.

GRUEBER, H.A: (1910), *Coins of the Roman Republic in the British Museum*, I-III. London.

GUADAN, A.M. de (1979), *Las armas en la moneda ibérica,* Ed. Cuadernos de Numismática, Madrid.

GUERRERO, V.M.; ROLDAN, B. (1992), *Museo Nacional de Arqueología marítima. Catálogo de las ánforas prerromanas*, Cartagena.

GUSI JENER, F. (1994), "El templo ibérico y los recintos necroláticos infantiles de La Escudilla (Zucaina, Castellón)", *CPAC* 16, Castellón, pp. 107-114.

GUSI, F.; OLARIA, C. (1984), *Arquitectura del mundo ibérico,* Castellón.

HARRIS, E.C. (1979), *Principles of Archaeological Stratigraphy*, London.

HARRISON, R.J. (1974-75), "Nota acerca de algunas espadas del Bronce Final en la Península Ibérica", *Ampurias* 36-37, Barcelona, pp. 225-235.
- (1980), "A tin-plated dagger of the Early Iron Age from Spain", *MM* 21, pp. 140-147.

HERNANDEZ HERNANDEZ, F. (1992), "Escultura zoomorfa de Monterrubio de la Serena (Badajoz). Una aproximación a su interpretacióm sociocultural y simbólica", *TP* 49, Madrid, pp. 373-383.
- (1993), "A propósito de las 'Apostillas' sobre la escultura zoomorfa de Monterrubio de la Serena (Badajoz)", *TP* 50, Madrid, pp. 300-301.

HERNANDEZ HERNANDEZ, F. *et alii* (1986-87), "Hallazgo in situ de unos útiles de trabajo", *Zephyrus* 39-40, pp. 419-433.

HERRERO, G. (1969), "Las fíbulas con cabezas de caballo del Museo Arqueológico Provincial de Palencia", *BSAA* XXXIV-XXXV, Valladolid, pp. 321-323.

HITOS URBANO, M. A. (1991), "Espada inédita de la Edad del Bronce hallada en el término municipal de Priego de Córdoba", *Antiquitas* 2, Priego, pp. 42-46.

HODDER, I. (1988), *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales,* Barcelona.

HODDER, I.; ORTON, C. (1976), *Spatial Analysis in Archaeology,* Cambridge.

HOLE, F.; HEIZER, R.F. (1977), *Introducción a la arqueología prehistórica,* México.

IGME (1981), *Síntesis Hidrogeológica de la Cuenca Media del Guadalquivir*, Madrid.

IZQUIERDO PERAILLE, Mª I. (1997), "Granadas y adormideras en la cultura ibérica y el contexto del Mediterráneo antiguo", *Pyrenae* 28, Univ. de Barcelona, pp. 65-98.

JACOB, P. (1985a), "La ville en zone ibérique au moment de la conquête romaine", en *Les debuts de l'urbanisation en Gaule et dans les provinces voisines,* Caesarodunum 20, pp. 293-303.
- (1985b), "Le rôle de la ville dans la formation des peuples ibères", *MCV* 21, Madrid, pp. 19-56.

JANNOT, J.R. (1974), "Achéloos, le taureau androcéphale et les masques cornus dans l'Etrurie archaïque", *Latomus* XXXIII, Bruxelles, pp. 765-789; Planches II-XI.

JUDICE GAMITO, M.T. (1983), "Os barris ibéricos de Portugal". *Coinmbriga* 22,Coimbra, pp.195-208.

JULLY, J.J. (1962), "Elements d'étude comparative de la poterie peinté de type ibérique dans le sud de la Celtique et de la poterie ibérique de la Peninsule Ibérique", *VII CNA*, Zaragoza, pp.287-304.
- (1975), "Koiné commerciale et culturelle phenico-punique et ibero-languedocienne a Mediterranée Occidentale a l'Age du Fer", *AEspA* 48, pp. 22-119.

JULLY, J.J.; NÖRDSTROM, S. (1972), "Une forme de céramique ibero-languedocienne: la jarre bitroncoconique", *APL* XIII, Valencia, pp. 93-103.

JUNYENT, E. (1974), "Acerca de la cerámica de barniz rojo aparecida en el área ilergeta", *Pyrenae* 10, Barcelona, pp. 109-133.

JUNYENT, E.; BALDELLOU, V. (1972), *Una vivienda ibérica de Mas Bosca,* Barcelona.

KEAY, S. (1997), "Early Roman Itañica and the Romanisation of western Baetica", *Italica MMCC*, Sevilla, pp. 21-47.

KEAY, S. et alii (1993), "La ciudad romano-turdetana de Celti (Peñaflor, Sevilla). Resumen de objetivos, actividades y metodología 1987-1992, *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía 1985-1992,* Huelva, pp. 617-626.

KURTZ, W.S., (1986-87a), "El armamento en la necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila)", *Zephyrus* 39-40, Salamanca, pp. 445-458.
- (1986-87b), "Los arreos de caballo en la necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila)", *Zephyrus* 39-40, Salamanca, pp. 459-472.
- (1987), *La Necrópolis de Las Cogotas. Vol. I: Ajuares. Revisión de los materiales de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*, BAR INt. Series 344, Oxford.
- (1991), "Elementos etrusco-itálicos en el armamento ibérico", *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica,* Barcelona, pp. 187-195.

LARA FUILLERAT, J.M. (1989), *Estudio arqueológico del yacimiento ibero-romano de Morana, término municipal de Lucena (Córdoba)*, Memoria de Licenciatura (Inédita), Univ. de Córdoba.

LATORRE, F. (1979), "Aproximación al estudio del armamento ibérico levantino", *Varia I. Serie Arqueológica* 6, Valencia, pp. 153-182.

LEIVA BRIONES, F. (1990), *Guía abreviada del Museo Histórico Municipal de Fuente-Tójar (Córdoba)*, Cabra.
- (1994), "Nueva escultura zoomorfa en piedra aparecida en Fuente Tójar (Córdoba): carnero ibérico", *Crónica de Córdoba y sus pueblos III,* Córdoba, pp. 313-319.
- (1997), "Presencia material griega en Fuente Tójar", *XX Congreso Nacional de Cronistas Españoles y XXV Reunión Anual de Cronistas Cordobeses (Bodas de Plata)*, Córdoba, pp. 295-310.

LEON ALONSO, M.P. (1979), "Capitel ibérico del Cerro de las Vírgenes (Córdoba)", *AEspA* 52, Madrid, pp. 19-56.
- (1981), "Plásticas ibérica e iberorromana", *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica,* Madrid, pp. 183-202.

LILLO CARPIO, P.A (1977-1978), "La cerámica estampillada ibérica", *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras* XXXVI, pp. 11-25.
- (1981), *El poblamiento ibérico en Murcia*, Murcia.
- (1991-1992), "Los exvotos de bronce del santuario de La Luz y su contexto arqueológico (1990-1992)" *Anales de Prehistoria y Arqueología,* Univ. de Murcia, pp. 107-142.

LIROLA, J.; PUERTA, J.M.; CARMONA, R. (1993), "El tesorillo de dirhames de Los Lobicos (Priego de Córdoba): una muestra de las acuñaciones de moneda califal omeya andalusí", *Antiquitas* 4, Priego de Córdoba, pp. 67-80.

LIZ GUIRAL, J. (1987), "Un **urceus** alegórico a la **Fertilitas** hallado en el término municipal de Priego de Córdoba", *XVIII CNA,* Zaragoza, pp. 785-795.

LLOBREGAT, E.A. (1976-78), "Origen de la cultura ibérica en la Contestania", *Ampurias* 38-40, Barcelona, pp. 65-75.
- (1981), "Toros y agua en los cultos funerarios ibéricos", *Saguntum. P.L.A.V.* 16, Valencia, pp. 149-164.
- (1988), "Un conjunto de templos ibéricos del siglo IV a. de C. hallado en las excavaciones de la Isla del Campello (Alicante)", *Homenaje a Samuel de los Santos,* Albacete, pp. 137-142.
- (1991), "Vías paralelas: templos y tumbas en Etruria y en Iberia", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica,* Barcelona, pp. 309-336.

LLOBREGAT, E.A.; JODIN, A. (1990), "La Dama de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)", *Saguntum. P.L.A.V.* 23, Valencia, pp. 109-122.

LLORENS, J.M.; PONS, E. (1987), "Puig de Castellet. Un recinto fortificado ibérico", *Revista de Arqueología* 77, Septiembre, pp. 29-45.

LLORENS, J.M.; PONS, E.; TOLEDO, A. (1986), "La distribución del espacio en el recinto fortificado ibérico de 'Puig Castellet' (Lloret de Mar-La Selva, Girona)", *Arqueología Espacial* 9, Teruel, pp. 237-256.

LOPEZ LOPEZ, I.M.; LUNA, M.D. (1992), "La Almanzora: dos alfareros gálicos, en forma completas, procedentes de contexto funerario", *Antiquitas* 3, Priego, pp. 46-49.

LOPEZ LOPEZ, I.M.; MORENA, J.A. Mª, "Notas sobre dos nuevas esculturas humanas ibéricas halladas en la provincia de Córdoba", *Antiquitas* 5, Priego de Córdoba, pp. 53-59.

LOPEZ ONTIVEROS, A. (1973), "Rasgos geomorfológicos de la Campiña de Córdoba", *Estudios Geográficos* 130, pp. 33-94.

LOPEZ ONTIVEROS, A.; VALLE, B.; GARCIA, F. (1988), "Caza y paisaje geográfico en las tierras béticas según el Libro de la Montería", *V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía*, Córdoba, pp. 281-307.

LOPEZ ONTIVEROS, A. *et alii* (1985), "Rasgos físicos", en *Córdoba y su provincia,* Ed. Gever, Córdoba.

LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1989), "Avance sobre el culto a Marte indígena en la Península Ibérica", *Gerion. Anejos II: Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al Profesor Santiago Montero Díaz,* Madrid, pp. 327-332.

LOPEZ PALOMO, L.A. (1978), "Pequeño depósito de bronces en el río Genil", *CPUGr.* 3, Granada, pp. 233-244.
- (1979), *La cultura ibérica del Valle Medio del Genil,* Córdoba.
- (1981), "Alhonoz: (Excavaciones de 1973 a 1978)", *Not. Arq. Hisp.* 11, Madrid, pp. 3-189.
- (1987), "Iberos y Celtas en la Penillanura de los Pedroches (Córdoba)", *Revista de Arqueología* 69, Madrid, pp. 37-45.
- (1988), *Santaella. Raíces históricas de la campiña de Córdoba,* Córdoba.
- (1992), "Ategua. La ciudad olvidada", *Cajasur* 47, Córdoba, mayo, pp. 18-20.
- (1993a), *El poblamiento protohistórico en el valle medio del Genil,* 3 vols., Tesis Doctoral (Inédita), Univ. de Córdoba.
- (1993b), *Calcolítico y Edad del Bronce al Sur de Córdoba. Estratigrafía en Monturque,* Córdoba.

LORRIO, A.J. (1991), "Clasificación automática de fromas cerámicas complejas: un estudio comparativo de diversos métodos multivariantes", *Complutum* 1, pp. 101-112.
- (1994), "La evolución de la panoplia celtibérica", MM 35, pp. 212-257.
- (1995), "El armamento de los celtíberos a través de la iconografía monetal", *Anejos de AEspA,* XIV, *La moneda hispánica; ciudad y territorio,* (Coordinadores García-Bellido, Mª P. y Sobral Centeno, R.M., pp. 75-80.
- (1997), *Los Celtíberos,* Complutum, Extra 7, Univ. Complutense de Madrid-Univ. de Alicante.

LUCAS PELLICER, R. (1990) "La balanza de dos platillos: el primer instrumento de medida conocido en la Península Ibérica". *Verdolay* 2, Murcia, pp. 61-66.

LUCAS PELLICER, R. (1991), "Bandeja etrusca de borde perlado hallada en el poblado de la Peña Negra (Crevillente, Alicante)", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica,* Barcelona, pp. 337-367.
- (1992), "Religión y sociedad en la Cultura Ibérica a través de las necrópolis", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis,* Serie Varia 1, UAM, pp. 189-206.

LUCAS, M.R.; RUANO, E.; SERRANO, J. (1991), "Escultura ibérica de Espejo (Córdoba): Hipótesis sobre su funcionalidad", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Hª Antigua,* t. IV, Madrid, pp. 297-318.

LULL, V.; PICAZO, M. (1989), "Arqueología de la Muerte y Estructura Social", *AEspA* 62, Madrid, pp. 5-20.

LUNA OSUNA, M.D. (1993), "Instrumental metálico de época hispano-musulmana en el Museo Histórico Municipal de Priego de Córdoba", *Antiquitas* 4, Priego de Córdoba, pp. 81-89.

LUZON, J.M. (1973), *Excavaciones en Italica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (Campaña 1970),* EAE 78, Madrid.

LUZON, J.M.; RUIZ MATA, D. (1973), *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados,* Córdoba.

MADRIGAL BELINCHON, A. (1994), "Cajas funerarias ibéricas de piedra de Andalucía Oriental", *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía. Córdoba, 1991. Historia Antigua,* Córdoba, pp. 113- 120.

MADROÑERO, A. (1983-84), "Aplicación de las técnicas arqueometalúrgicas en la identificación e interpretación de los restos de soliderrums", *Kalathos* 3-4, Teruel, pp. 139-148.

MAESTRO ZALDIVAR, E.M. (1986), "El armamento de la Segunda Edad del Hierro, según la cerámica de San Miguel de Liria", *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán,* Zaragoza, pp. 581-589.

MALUQUER, J. (1976), "Panorama general de la problemática sobre el urbanismo prerromano en la Península Ibérica", *Symposion de Ciudades Augusteas,* Zaragoza, pp. 7-27.
- (1981), *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. 1978-1981,* PIP IV, Univ. de Barcelona.

MALUQUER, J.; PICAZO, M.; RINCON, M.A. (1973), *La necrópolis de La Bobadilla, Jaén,* PIP I, Univ. de Barcelona.

MALUQUER, J. *et alii* (1987), "Cancho Roano: Un Palacio-Santuario del siglo V a.C.", *Revista de Arqueología* 74, Madrid, pp. 36-51.

MANRIQUE, M.A. (1980) *Instrumentos de hierro de Numancia.* Madrid.

MAÑA, J.M. (1951), "Sobre tipología de ánforas púnicas", *VI CASE,* pp. 203-210.

MARAVER, L. (1866-67a), "Noticia de los descubrimientos", *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arqueológica,* t. I, nº 30, p. 239.
- (1866-67b), "La ciudad de Iliturgicoli", *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arqueológica,* t. I, nº 31, p. 241.
- (1866-67c), "El descubrimiento verificado en Fuente Tójar (Iliturgicoli)", *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arqueológica,* t. I. nº 32, p. 254.
- 1867), "Descubrimientos arqueológicos en Almedinilla", *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arqueológica,* Serie II, t. II, pp. 9-10.
- (1868), "Expedición arqueológica a Almedinilla", *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arqueológica_‡,* Serie II, t. II, pp. 307-323.

MARCOS POUS, A. (1983-84), "Recipientes griegos o itálicos de bronce, de hacia el 500 a.C., en el Museo Arqueológico Provincial de Córdoba", *Corduba Archaeologica* 14, Córdoba, pp. 29 ss.

MARCOS, A.; VICENT, A.M. (1983-84), "La necrópolis Ibero-Turdetana de Los Torviscales, Fuente Tójar", *Novedades de Arqueología Cordobesa. Exposición "Bellas Artes 83"*, Madrid, pp. 11-23.

MARIN, Mª.C.; BELEN, M. (1986-87), "Nuevos exvotos ibéricos en la provincia de Jaén", *Anales de la Universidad de Cádiz* III-IV, Cádiz, pp. 79-106.

MARQUEZ MORENO, C. (1988), "Terra Sigillata Hispanica del Museo de Doña Mencía (Córdoba)", *AEspA* 61, Madrid, pp. 249-274.

MARQUEZ TRIGUERO, E. (1983), "Fundiciones romanas de Sierra Morena", *BRAC* 105, Córdoba, pp. 223-234.
- (1987), "Evolución de los útiles de piedra en minería antigua", *BRAC* 112, Córdoba. pp. 81-94.

MARTI BONAFE, M.A. (1990), "Las Cuevas del Puntal del Horno Ciego. Villargordo del Cabriel. Valencia", *Saguntum. PLAV* 23, Valencia, pp. 141-182.

MARTIN DE LA CRUZ, J.C. (1988), *El Llanete de los Moros. Montoro (Córdoba),* EAE 151, Madrid.

MARTIN-BUENO, M.A. (1983), "Primeros resultados de las excavaciones de Ategua (Córdoba)", *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch,* Madrid, Vol. III, pp. 227-231.

MARTIN CAMINO, M.; ROLDAN, B. (1991), "Púnicos en Cartagena", *Rev. de Arqueología* 124, Madrid, pp. 18-24.

MARTINEZ NAVARRETE, M.I. (1989), *Una revisión crítica de la Prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma,* Madrid.

MARTINEZ PERONA, J.V. (1992), "El Santuario Ibérico de la Cueva de Merinel (Bugarrá). En torno a la función del Vaso Caliciforme", *Serie de Trabajos Varios del SIP* 89, Valencia, pp. 262-281.

MARTINS, A.; RAMOS, C. (1992), "Elementos para análise e descriçao de produçoes ceramicas", *Vipasca* 1, pp. 91-101.

MARZOLI, D. (1991), "Alcune considerazioni su ritrovamenti di brocchette etrusche", *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica,* Barcelona, pp. 215-224.

MATA PARREÑO, C. (1985), "Algunas cerámicas ibéricas con decoración impresa de la provincia de Valencia", *Saguntum. PLAV* 19, Valencia, pp. 153-181.

MATA, C.; BONET, H. (1992), "La cerámica ibérica: ensayo de Tipología", *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester,* Trabajos Varios del SIP 89, Valencia, pp. 117-173.

MAYA, J.L. (1986), "Incineració i ritual funerari a les Valls del Segre i del Cinca", *Cota Zero 2. Dossier: Ritus de la mort à l'Antiguitat,* Barcelona, pp. 39-48.

MAYET, F. (1975), *Les céramiques à parois fines dans la Peninsule Ibérique,* Paris.

MELCHOR GIL, E. (1995), *Vías romanas de la provincia de Córdoba,* Córdoba.

MELGARES, J.A. (1982), "La falarica de Asso. Contribución al estudio del armamento ibérico en la región murciana", *En Homenaje a C. Fernández Chicarro,* Madrid, pp. 287 ss.

MENA MUÑOZ, P. (1984), *Catálogo de cerámicas de necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca,* Bol. del Museo Provincial de Cuenca.

MENGHIN, O.F.A. (1948-49), "El soliferreum de los hispanos", *BSEAA* XV, Valladolid, pp. 19-25.

MEZQUIRIZ, M.A. (1961), *Terra sigillata hispánica,* 2 vols., Valencia.

MICHELOZZI, A. (1982), *L'habitation protohistorique en Languedoc Oriental (VIIIer.-Ier. s.av.J.C.,* Caveirac.

MINGOTE CALDERON, J.L. (1990) *Catálogo de aperos agrícolas del Museo del Pueblo Español,* Madrid.

MINISTERIO DE AGRICULTURA (1986), *Mapa de Cultivos y Aprovechamientos de la Provincia de Córdoba,* Madrid.
- (1989), *Caracterización agroclimática de la provincia de Córdoba,* Madrid.

MOLINA FAJARDO, F.; BA_ON, J. (1983), "Los ungüentarios helenísticos de la necrópolis de Puente de Noy", *Almuñecar, Arqueología e Historia,* Granada.

MOLINA GONZALEZ, F. et alii (1983);"Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes", XVI C.N.A., pp. 689-707.

MOLINOS, M.; RUIZ, A.; NOCETE, F. (1988), "El poblamiento ibérico de la campiña del Alto Guadalquivir. Proceso de formación y desarrollo de la servidumbre territorial", *Actas 1er. Congreso Peninsular de Hª Antigua,* Santiago de Compostela, pp. 79-88.

MOLTO, L. (1992), "Tipos de aguas minero-medicinales en yacimientos arqueológicos de la península Ibérica", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua, t. V,* Madrid, pp. 211-228.

MONRAVAL, J.M.; LOPEZ, M. (1984), "Restos de un silicernio en la necrópolis ibérica de El Molar", *Saguntum.PLAV,* Valencia, pp. 145-163.

MONTANYA, R.; PUIG, Mª R. (1979), "La cerámica ibérica pintada tardía y sus perduraciones", *Rivista di Studi Liguri* XLV, 1979, pp. 221-230.

MONTEAGUDO, L. (1953), "Album gráfico de Carmona, por G. Bonsor", *AEspA* XXVI, Madrid, pp. 356-371.

MONTILLA, S. (1987), "Prospección arqueológica superficial en el término municipal de Alcaudete (Jaén): análisis y conclusiones en torno a un muestreo probabilístico planteado entre las cuencas de los ríos Víboras y San Juan", *AAA'87,* Sevilla, Vol. III, pp. 132-138.

MONTILLA, S. *et alii* (1989), "Análisis de una frontera durante el horizonte ibérico en la Depresión Priego-Alcaudete", *Arqueología Espacial 13. Fronteras,* Teruel, pp. 137-150.

MORAIS, J.; JUDICE, T. (1974-1977), "Ceramicas estampilhadas da Idade de Ferro do Sul de Portugal. I. Cabeça do Vaiamonte e Monforte", *O Arqueólogo Portugues,* Serie III, Vol. VII a IX, Lisboa, pp. 165-202.

MORALES, A.; HERNANDEZ, F.; JUARRANZ, M.A. (1991), "Los restos animales recuperados en la Tumba 11/145 de la necrópolis de los Castellones de Ceal (Jaén)", *TP* 48, Madrid, pp. 343-348.

MOREL, J.P. (1980), "La ceramique campanienne: acquis et problèmes". *Ceramiques hellenistiques et romaines,* Paris.

MOREL, J.P. (1981), *Céramique campanienne,* 2 vols., Roma.

MORENA, J.A. (1989), *El santuario ibérico de Torreparedones, Castro del Río-Baena,* Córdoba, Córdoba.
- (1996), "El santuario ibérico de Torreparedones (Castro del Río-Baena)", *Arte y Arqueología* 3, Córdoba, enero, pp. 23-27.
- (1997), "Los santuarios ibéricos de la provincia de Córdoba", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló 18. Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico,* Castellón, pp. 269-295.
- (1998), "Novedades arqueológicas en Benamejí (Córdoba): contribución al estudio de la Cultura Ibérica en el valle medio del Genil", en CRIADO, J.; GARCIA, M.; PORRO, Mª J. (Eds.), *Actas de las Primeras jornadas de la Real Academia de Córdoba en Benamejí (16 y 17 de noviembre de 1996),* Córdoba, pp. 95-126.

MORENA, J.A.; GODOY, F. (1996), "Tres esculturas zoomorfas inéditas de época ibérica en el Museo Arqueológico de Córdoba", *Madrider Mitteilungen* 37, Mainz, pp. 74-85; taff. 15-18.

MORENA, J.A.; SANCHEZ, M.; GARCIA-FERRER, A. (1990), *Prospecciones arqueológicas en la provincia de Córdoba*, Córdoba.

MORET, P. (1990), "Fortins, 'Tours d'Hannibal' et fermes fortifiées dans le monde ibérique", *MCV* XXVI-1, Madrid, pp. 5-43.
- (1991), "Facteurs indigènes et exogenes dans l'evolution de l'architecture défensive ibérique", *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Plè: (segles IV-III a.C.)*, Manresa, pp. 265-271.
- (1995), "Les maisons fortes de la Bétique et de la Lusitanie romaines", *Revue des Etudes Anciennes* 97, 3-4, Paris.

MORIGI, C. (1971), "El tintinnabulo della 'Tomba degli ori dell'arsenale militare di Bologna", *Archeologia Classica* 23, pp. 211-235.

MUNILLA, G. (1991), "Elementos de influencia etrusca en los ajuares de las necrópolis ibéricas", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 107-175.

MUÑOZ, A. (1985), "Las ánforas prerromanas de Cádiz (Informe preliminar)", *AAA'85* II, Sevilla, pp. 471-478.
- (1986), "Avance sobre el estudio de los ungüentarios helenísticos de Cádiz. 1986", *AAA'86* II, Sevilla, pp. 520-525.
- (1987), *Las cerámicas fenicio-púnicas de Cádiz*, Memoria de Licenciatura (inédita), Sevilla.

MUÑOZ, A.; DE FRUTOS, G.; BERRIATUA, N. (1987), Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la Bahía de Cádiz", *Congreso Internacional 'El Estrecho de Gibraltar'* I, pp. 487-508.

MUÑOZ AMILIBIA, A.M. (1977), "Excavaciones en Iponuba. Novedades arqueológicas", *Symposium de Arqueología Romana. Segovia*, Barcelona, pp. 279-283.
- (1987) "Un ejemplo de continuidad del tipo de vivienda ibérica en el municipio de Iponoba. El Cerro del Minguillar (Baena, Córdoba)", *Los asentamientos ibéricos ante la Romanización*, Madrid, pp. 63-68.

MURILLO REDONDO, J.F. (1986), *Eneolítico y Edad del Bronce en el Norte de la provincia de Córdoba*, Mem. de Licenciatura (inédita), Univ. de Córdoba.
- (1987), "Un nuevo yacimiento del Bronce Final en la provincia de Córdoba. La Saetilla, Palma del Río", *Ariadna* 2, Palma del Río, pp. 13-26.
- (1989a), "Las cerámicas polícromas con decoración figurada y geométrica de La Saetilla (Palma del Río, Córdoba) en el marco de las erámicas orientalizantes andaluzas", *Ariadna* 6, Palma del Río, pp. 65-102.
- (1989b), "Aproximación a la dispersión de las puntas de flecha con doble filo y arpón en la provincia de Córdoba", *XX CNA*, Zaragoza.
- (1990a) "Estado de la cuestión sobre el poblamiento durante el Calcolítico y la Edad del Bronce en las Subbéticas Cordobesas", *AAC* I, Córdoba, pp. 53-81.
- (1990b), "Estado de la cuestión sobre el poblamiento durante el Calcolítico y la Edad del Bronce en las Subbéticas Cordobesas", *AAC* I, Córdoba, pp. 53-81.
- (1991a), *Análisis del poblamiento durante el Bronce Final y el Periodo Orientalizante en la Cuenca Media del Guadalquivir*, Tesis Doctoral (inédita), 3 vols., Univ. de Córdoba.
- (1991b), "El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro en la Campiña de Córdoba", *II Encuentros sobre Historia Local. La Campiña*, Córdoba, Vol. I, pp. 63-80.
- (1994), *La Cultura tartésica en el Guadalquivir Medio*, Ariadna 13-14, Palma del Río (Córdoba), junio-diciembre.

MURILLO, J.F.; RUIZ, D. (1990), "El Cerro del Castillo de Carcabuey. Un yacimiento del Bronce Final-Orientalizante en las Subbéticas Cordobesas", *I Encuentros de Historia Local. La Subbética*, Córdoba, pp. 33-59.

MURILLO, J.F.; VAQUERIZO, D. (1996), "La Corduba prerromana", *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica*, Córdoba, pp. 37-47.

MURILLO, J.F. *et alii* (1989), "Aproximación al estudio del poblamiento protohistórico en el sureste de Córdoba: unidades políticas, control del territorio y fronteras", *Arqueología Espacial 13. Fronteras*, Teruel, pp. 151-172.

NAVASCUES, J.M. de (1934), "Sucaelo", *ACFABA* 1, Madrid, pp. 319-337.

NEGUERUELA, I. (1990a), "Algunas aportaciones al conocimiento y a la cronología de la escultura y de la arquitectura ibéricas del Museo de Jaén", en CHICHARRO, J.L. (Ed.), *Escultura ibérica en el Museo de Jaén*, Linares, pp. 23-34.
- (1990), *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Estudio sobre su estructura interna, agrupamientos e interpretación*, Madrid.

NIETO, G.; ESCALERA, A. (1970), "Estudio y tratamiento de una falcata de Almedinilla ", *Informes y Trabajos del ICROA* 10, Madrid, pp. 5-31.

NONELL, C. (1970), *Restos de la arquitectura ibérica en España,* Madrid.

NÖRDSTROM, S. (1969 y 1973), *La céramique peinté ibérique de la Province d'Alicante,* 2 vols., Stockholm.
- 1975), "Representaciones de aves en la cerámica ibérica del Sureste de España", *PLAV* XI, Valencia, pp. 97-120.

OLMOS ROMERA, R. (1982), "Vaso griego y caja funeraria en la Bastetania ibérica", *En Homenaje a Conchita Fernández Chicarro,* Madrid, pp. 262-267.
- (1985), "Nuevos enfoques para el estudio de la cerámica y los bronces griegos en España: una primera aproximación al problema de la helenización", *Ceràmiques gregues i hellenistiques a la Peninsola Iberica,* Barcelona, pp. 7-17.
- (1991), "Apuntes ibéricos. Relaciones de la élite ibérica y el Mediterráneo en los siglos V y IV a.C.", *TP* 48, Madrid, pp. 299-308.
- (1992), "Iconografía y culto a las aguas de época prerromana en los mundos colonial e ibérico", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua, t. V,* Madrid, pp. 103-120.
- (1997), "Formas y prácticas de helenización en Iberia durante la época helenística", manuscrito en prensa (cortesía del autor).

ORTEGA ALBA, F. (1974), *El Sur de Córdoba. Estudio de Geografía Agraria,* Córdoba.

ORTIZ ROMERO, P. (1993), "Apostillas a la 'Escultura zoomorfa de Monterrubio de la Serena (Badajoz)", *TP* 50, Madrid, pp. 297-299.
- (1995), "De recintos, torres y fortines: usos y abusos", *Extremadura Arqueológica* V, Cáceres-Mérida, pp. 177-193.

ORTIZ ROMERO, P.; RODRIGUEZ, A. (1998), "Culturas indígenas y Romanización en Extremadura: Castros, **oppida** y recintos ciclópeos", en RODRIGUEZ DIAZ, A. (Coord.) (1998), *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento,* Univ. de Extremadura, Cáceres, pp. 247-278.

ORTON, C. (1988), *Matemáticas en Arqueología,* Madrid.

PACHON, J.A.; CARRASCO, J.; PASTOR, M. (1979), "Protohistoria de la Cuenca Alta del Genil", *CPUGr* 4, Granada, pp. 295-344.

PAGE DEL POZO, V. (1984), *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia,* Iberia Graeca. Serie Arqueológica 1, Madrid.

PALLARES, R.; GRACIA, E.; MUNILLA, G. (1986), "Modelo de reconstrucción del hábitat nº 1 del poblado ibérico de La Moleta del Remei", *Arqueología Espacial* 9, Teruel, pp. 271-285.

PARIS, P. (1904), *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive,* Paris.

PARIS, P.; ENGEL, A. (1906), "Fouilles et recherches à Almedinilla (Province Cordoue)", *Revue Archéologique* VIII, Paris, pp. 49-92.

PASCUAL GUASCH, R. (1974), "Sobre tipología de las ánforas púnicas, por José M. Mañá", *Información Arqueológica* 14, pp. 38-46.

PASTOR, M. (1993), "Los bastetanos en las fuentes clásicas", *Actas I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía,* Córdoba, t. I, pp. 213-234.

PEACOCK, D.P.S.; WILLIAMS, D.F. (1986), *Amphorae and the Roman Economy.* London-New York.

PELAEZ DEL ROSAL, M.; RIVAS, J. (1979), *Priego de Córdoba. Guía histórica y artística de la ciudad,* Vol. I, Salamanca, pp. 31-48.

PELLICER, M. (1969), "Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas", *Tartessos. V SIPP,* Barcelona, pp. 291-310.
- (1976-78), "Problemática general de los inicios de la iberización en Andalucía Occidental", *Ampurias* 38-40, Barcelona, pp. 3-21.
- (1978), "Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno (Sevilla)", *Habis* 9, Sevilla, pp. 365-401.
- (1979-80), "Ensayo de periodización y cronología Tartesia y Turdetana", *Habis* 10-11, Sevilla, pp. 307-335.
- (1982), "Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)", *Phönizier in westen,* Mainz am Rhein, pp. 371-403.

PELLICER, M.; AMORES, F. de (1985), "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B", *Not. Arq. Hisp.* 2, 1985, pp. 55-191.

PELLICER, M.; ESCACENA, J.L.; BENDALA, M. (1983), *El Cerro Macareno,* EAE 124, Madrid.

PELLICER, M.; HURTADO, V. (1980); El poblado metalúrgico de Chinflón (Zalamea la Real, Huelva), Sevilla.

PELLICER, M.; SCHÜLE, W. (1962), *El Cerro del Real (Galera, Granada),* EAE 12, Madrid.
- (1966), *El Cerro del Real (Galera, Granada). El Corte Estratigráfico IX,* EAE 52, Madrid.

PELLICER I BRU, J. (1985), "Metrologia antiga. Els pesals ibèrics", *Pyrenae* 21, Barcelona, pp. 61-67.

PENSABENE, P. (1983), "Luoghi di culto, depositi votivi e loro significato", *Archeologia e Storia a Roma. Roma Repubblicana fra il 509 e il 270 a.C.*, Roma, pp. 77-118.

PEREIRA SIESO, J. (1979), "La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional", *TP* 36, Madrid, pp. 289-347.
- (1987), "Necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén, pp. 257-272.
- (1988a), *La cerámica pintada a torno en Andalucía. Siglos VI-III a.C. Cuenca del Guadalquivir*, Tesis Doctoral, Univ. Complutense de Madrid.
- (1988b), "La cerámica ibérica de la Cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación", *TP* 45, Madrid, pp. 143-173.
- (1989a), "La cerámica ibérica de la Cuenca del Guadalquivir. II. Conclusiones", *TP* 46, Madrid, pp. 149-159.
- (1989b), "Necrópolis ibéricas andaluzas. Nuevas perspectivas en su valoración y estudio", *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Barcelona, pp. 477-494.
- (1991), "El mundo funerario durante la Protohistoria en la Península Ibérica", en VAQUERIZO, D. (Coord.), *Arqueología de la Muerte. Metodología y perspectivas actuales*, Actas de los Seminarios "**Fons Mellaria 1990**", Córdoba, pp. 115-204.

PÉREZ, R. (1988), "Un tonel cerámico ibérico procedente del Castellar de Hortunas (Requena, Valencia)", *APL* XVIII, pp. 395-403.

PEREZ BALLESTER, J. (1986), "Las cerámicas de barniz negro 'campanienses': estado de la cuestión". *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* IV, Madrid, pp. 27-45.

PERDIGONES, L.; MUÑOZ, A. (1988), "Excavaciones arqueológicas de urgencia en los hornos púnicos de Torre Alta, San Fernando, Cádiz". *AAA* '88, vol. III, Sevilla, pp. 106-112.

PERICOT, L. (1979), *Cerámica ibérica*, Ed. Polígrafa S.A., Barcelona.

PITA MERCE, R. (1960-61), "Dos pesas de telar decoradas del poblado ilergete de 'Els Vilars' de Aytona"., *Ampurias* 22-23, p.311-313.

PLA BALLESTER, E. (1968a), "Aportaciones al conocimiento de la agricultura antigua en la región de Valencia", *RStLig* 34, pp. 319-354.
- (1968b) "Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana". *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 143-190.
- (1969), "Notas sobre economía antigua del País Valenciano. El instrumental metálico de los obreros ibéricos", *X CNA*, Zaragoza, pp. 306-338.

PONS I BRUN, E. (1986), "El ritual funerari de la incineració: concepte i significació. Una aplicació a l'Emporda", *Cota Zero 2. Dossier: Els Ritus de la mort a l'Antiguitat*, Barcelona, pp. 25-33.

PONS I BRUN, E.; LLORENS, J.M. (1991), "L'organització de l'espai domestic à Puig Castellet. Lloret de Mar-la Selva", *Cypsela* IX, Girona, pp. 95-110.

PRADOS TORREIRA, L. (1988), "Exvotos ibéricos de bronce: aspectos tipológicos y tecnológicos", *TP* 45, pp. 175-200.
- (1994), "Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología del culto", *TP* 51, Madrid, pp. 127-140.

PRESEDO, F. (1982), *La Necrópolis de Baza*, EAE 119, Madrid.

QUESADA SANZ, F. (1988), "Las acanaladuras en las hojas de las falcatas ibéricas", *CuPAUAM* 15, Madrid, pp. 275-299.
- (1989a), *Armamento, Guerra y Sociedad en la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro de Verdolay (Murcia, España)*, B.A.R. International Series 502, Oxford.
- (1989b), "Sobre la cronología de la destrucción escultórica en la necrópolis de 'El Cabecico del Tesoro' (Verdolay, Murcia)", *BAEAA* 26, Enero-junio, pp. 19-24.
- (1989c), "Informática en Arqueología: un ejemplo aplicado al estudio de jerarquización en necrópolis ibéricas", BAEAA 27, Madrid, pp. 36-44.
- (1989d), "La utilización del arco y las flechas en la Cultura Ibérica", *TP* 46, Madrid, pp. 161-201.
- (1989e), "Consideraciones sobre el uso del armamento ibérico para la delimitación de unidades geopolíticas", *Arqueología Espacial 13. Fronteras*, Teruel, pp. 111-120.
- (1989f), "Sobre la cronología de la destrucción escultórica en la necrópolis de 'El Cabecico del Tesoro' (Verdolay, Murcia)", *BAEAA* 26, Enero-junio, pp. 19-24.
- (1990a), "Falcatas ibéricas con damasquinados en plata", *Homenaje a D. Emeterio Cuadrado. Verdolay* 2, Murcia, pp. 45-59.
- (1990b), "La falcata ibérica: ¿un arma de origen ilirio y procedencia itálica?", *AEspA* 63, Madrid, pp. 65-93.
- (1991a), *El Armamento Ibérico*, Tesis Doctoral Inédita, Univ. Autónoma de Madrid.
- 1991b), "En torno al origen y procedencia de la falcata ibérica", *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 475-541.

- (1992a), "Notas sobre el armamento ibérico de Almedinilla", *AAC* 3, Univ. de Córdoba, pp. 113-136.
- (1992b), *Arma y símbolo: La falcata ibérica*, Alicante.
- (1993a), "Notas sobre el uso del arco y las flechas en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro", *Actas I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, t. I, pp. 235-248.
- 1993b), "Soliferrea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica", TP 50, Madrid, 1993, pp. 159-183.
- (1994a), "Vino y guereros: banquete, valores aristocráticos y alcohol en Iberia", en CELESTINO, S. (Ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Madrid, pp. 271-296.
- (1994b), "**Máchaira, Kopís**, Falcata", en VILLA, J. de la (Ed.), *Dona Ferentes. Homenaje a Francisco Torrent*, Madrid, pp. 75-94. F: 29-3.
- (1997), *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies **instrumentum** 3, 2 vols., Montagnac.

QUESADA, F.; LOPEZ GRANDE, M.J. (1988)" Talleres y producciones cerámicas actuales en Egipto: un estudio etnoarqueológiuco en Heracleópolis Magna". *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas* XXIV, pp. 325-355.

QUESADA, F.; VAQUERIZO, D. (1990), "Un Proyecto de Investigación Arqueológica en Córdoba: 'Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa", *AAC* I, Córdoba, pp. 7-52.

RADDATZ, K. (1969), *Die Schatzfunde der iberischen Halbinsel vom Ende des dritten bis zum Mitte des ersten Jahrhundrts von Chr. Geb.*, Madrider Forschungen 5, Berlín.

RAFEL I FONTANALS, N. (1985), "El ritual d'enterrament iberic. Un assaig de reconstrucció", *Fonaments* 5, Barcelona, pp. 13-31.

RAFEL, N.; MAESTRES, J. (1983), "Contribución al estudio de la casa ibérica: el poblado del Castellar (La Llacuna, Comarca de Anoia, Barcelona)", *XVI CNA*, Zaragoza, pp. 655-663.

RALSTON, I.B.M. (1992), *Les enceintes fortifiées du Limousin. Les habitats protohistoriques de la France non méditerranéenne*, Documents d'Archéologie FranÇaise nº 36, Paris.

RAMALLO ASENSIO, S. F. (1991), "Un santuario de época tardorrepublicana en La Encarnación, Caravaca, Murcia", *Cuadernos de Arquitectura Romana* 1, Murcia, pp. 39-65.
- (1993a), "La monumentalización de los santuarios ibéricos en edad tardo-republicana", *Ostraka. Rivista di Antichitá*, Anno II, n.1, Napoli, pp. 117-144.
- (1993b), Terracotas arquitectónicas del Santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)", *AEspA* 66, Madrid, pp. 71-98.

RAMIREZ DE ARELLANO, R. (1904), *Inventario-Catálogo Histórico-Artístico de Córdoba*, (Ed. y Notas de J. Valverde), Córdoba, 1983.

RAMIREZ DE LAS CASAS DEZA, L.M. (1840), *Corografía histórica estadística de la Provincia y Obispado de Córdoba*, Vol. I, Córdoba.

RAMON, J. (1991), *Las ánforas púnicas de Ibiza*, TMAI 25, Ibiza.

RAMOS FERNANDEZ, R. (1992), "Los templos ibéricos de La Alcudia de Elche", *Anales de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Murcia* 7-8, Murcia, pp. 87-95.

RAMOS, R.; RAMOS, A. (1992), *El monumento y el témenos ibéricos del Parque de Elche*, Elche.

REES, S. (1981) *Ancient Agricultural Implements*. Aylesbury.

REMESAL RODRIGUEZ, J. (1975), "Cerámicas orientalizantes andaluzas", *AEspA* 48, Madrid, pp. 3-22.

REMESAL, J.; MUSSO, O. (Eds.) (1991), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona.

REVERTE COMA, J.M. (1985), "La Necrópolis Ibérica de Pozo Moro (Albacete): Estudio anatómico, antropológico y paleopatológico", *TP* 42, Madrid, pp. 194-282.
- (1986), "Informe antropológico y paleopatológico de los restos cremados de la Dama de Baza", en *Estudios de Iconografía* II, Madrid, pp. 187-192.
- (1990), "Posibilidades de estudio antropológico y paleopatológico de las cremaciones", *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos*, Zaragoza, pp. 329-336.
- (1991), "Estudio de las cremaciones de la sepultura 11/145 de los Castellones de Ceal", *TP* 48, Madrid, pp. 341-343.

RIBERA LACOMBA, A. (1982), *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*, Serie de Trabajos Varios del SIP, Nº 73, Valencia.

RICHARDS, J.D.; RYAN, N.S. (1985), *Data Processing in Archaeology,* Cambridge.

RISQUEZ, C. *et alii* (1991), "Aplicación del análisis multivariante: una propuesta de tipología contextualizada", *Complutum* 1, pp. 83-98.

RIVERO, M.E. (1974), "Algunas cerámicas ibéricas decoradas del 'Castro Plaza del Tercio' (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres)", *Zephyrus* XXV, Salamanca, pp. 351-377.

ROCAS, X.; ROVIRAS, A. (1991), "Contribució a l'estudi del jaciment del Camp de la Gruta (Torroella de Montgrí): els morters italics estampillats", *Cypsela* IX, pp. 169-175.

RODA, I. (1974), "Cerámicas exóticas y de imitación en el poblado ibérico de Sant Juliá de Ramis (Gerona)", *Miscelánea Arqueológica. XXV Aniversario de los Cursos de Ampurias (1947-1971),* Vol. II, pp. 297-303.

RODERO, A. (1991), "Las ánforas del Mediterráneo Occidental en Andalucía", *TP* 48, Madrid, pp. 275-298.

RODRIGUEZ DIAZ, A. (1991a), "Proyecto Hornachuelos: 1986-1990 (Ribera del Fresno, Badajoz)", *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura. Extremadura Arqueológica* 2, pp. 283-300.
- (1991b), "Dos cortes estratigráficos en el poblado prerromano de la Ermita de Belén (Zafra, Badajoz)", *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura. Extremadura Arqueológica* 2, pp. 211-233.

RODRIGUEZ DIAZ, A.; ORTIZ, P. (1990), "Poblamiento prerromano y recintos ciclópeos de La Serena, Badajoz", *CuPAUAM* 17, Madrid, pp. 45-65.

RODRIGUEZ DIAZ, A.; ENRIQUEZ, J.J. (1992), "Las necrópolis protohistóricas en Extremadura", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis,* Serie Varia.1, UAM, pp. 531-562.

RODRIGUEZ OLIVA, P.; PEREGRIN, P.; ANDERICA, R. (1983), "Exvotos ibéricos con relieves de équidos de la Vega granadina", *XVI CNA,* pp. 751, 767.

ROLDAN HERVAS, J.M. (1973), *Itineraria Hispana, V*alladolid-Granada.
- (1978), "La crisis republicana en la Hispania Ulterior", *Fuentes y Metodología. Andalucía en la Antigüedad, Actas I Congreso Historia de Andalucía,* Córdoba, pp. 109-130.

ROOS, A.M. (1982), "Acerca de la antigua cerámica gris a torno en la Península Ibérica", *Ampurias* 44, Barcelona, pp. 43-70.

ROS SALA, M.M. (1989), *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica,* Univ. de Murcia.

ROSA, D.; MOREIRA, J.M. (1987), *Evaluación ecológica de recursos naturales de Andalucía,* Sevilla.

ROUILLARD, P. (1975), "Les coupes attiques à figures rouges du IV s. en Andalousie", *MCV* XI, Paris.
- (1978), "Les céramiques peintés de la Grece de l'Est et leurs imitations dans la Peninsule Ibérique. Recherches préliminaires", *Les céramiques de la Grece de l'Est et leur diffusion en Occident,* Paris, pp. 274, 286.
- (1986a), "Les fortifications préromaines de l'aire ibérique", *La fortification dans l'histoire du monde grèc,* Paris, pp. 213-219.
- (1986b), "Tombe, sculpture et durée chez les Ibères", *REA* 88, Bordeaux, pp. 339-349.
- (1997), "Almedinilla (Cordoue)", in *Antiquités de l'Espagne*, Musée du Louvre, Paris, pp. 76 ss.; Nº 104-137 y "Fuente Tójar (Cordoue)", pp. 174-175, Nº 270.

RUANO RUIZ, E. (1981), "Aproximación a un catálogo de escultura ibérica en la provincia de Córdoba", *BAEAA* 13, Madrid, pp. 42-50.
- (1987a), "Primera gran destrucción escultórica en el mundo ibérico", *BAEAA* 23, Madrid, pp. 58-62.
- (1987b), *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico,* 3 vols., Madrid.
- (1988), "El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Una nueva interpretación del santuario", *CuPAUAM* 15, Madrid, pp. 253-273.
- (1989) "Conjunto de pesas de telar del Cerro de Pedro Martín (Ubeda la Vieja, Jaén)". *BAEAA* 26, pp. 25-33.
- (1990), "Algunos fragmentos escultóricos poco conocidos procedentes del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo-Albacete)", *Verdolay* 2, Murcia, pp. 173-178.
- (1992), *El mueble ibérico,* Madrid.

RUIZ, G.; LORRIO, A.; MARTIN, M. (1986), "Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico", *Arqueología Espacial 9. Coloquio sobre el microespacio,* Teruel, pp. 79-103.

RUIZ BREMON, M. (1987), "Escultura votiva ibérica en piedra", en AAVV, *Escultura ibérica,* Revista de Arqueología, Madrid, pp. 68-81.
- (1988), "Aproximación al estudio del santuario ibérico de La Luz", *AEspA* 61, Madrid, pp. 230-244.

RUIZ DELGADO, M.M. (1988), "Un nuevo depósito de armas del Bronce Final en el río Guadalquivir", *TP* 45, Madrid, pp. 273-279.
- (1989), "Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías", *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir,* Barcelona, pp. 247-286.
- (1989b), *Fíbulas protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica,* Sevilla.

RUIZ LARA, D. (1987), "Materiales calcolíticos de El Castillarejo (Carcabuey, Córdoba)", *Ifigea* III-IV, Córdoba, pp. 229-337.

RUIZ LARA, D.; MURILLO, J.F. (1992), "Aproximación al Bronce Antiguo y Pleno en el Sureste de la Campiña Cordobesa: los yacimientos de Cerro del Castillo de Aguilar y de Zóñar", *AAC* 3, Córdoba, pp. 9-36.

RUIZ MATA, D. (1979a); *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977,* E.A.E., 102.
- (1986), "Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Sudoccidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), San Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984),* Madrid, pp. 537-555.
- (1987), "La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén, pp. 299-314.

RUIZ MATA, D.; FERNANDEZ JURADO, J. (1986); *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva),* Huelva Arqueológica, VIII.

RUIZ MATA, D.; PEREZ, C.J. (1995), *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz),* Biblioteca de Temas Portuenses 5, El Puerto de Santa María (Cádiz).

RUIZ RODRIGUEZ, A. (1978), "Los pueblos íberos del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición", *CPUGr.* 3, Granada, pp. 255-284.
- 1987a), "Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir", *Los asentamientos ibéricos ante la Romanización,* Madrid, pp. 9-20.
- (1987b), "Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir", *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* Madrid, pp. 9-20.

RUIZ RODRIGUEZ , A.; MOLINOS, M. (1979), "Algunas consideraciones para la reconstrucción de las relaciones sociales en los sectores dominantes de la producción económica ibera (agricultura y minería)", *MemHistAnt* 3, Gijón, pp. 147-155.
- (1984a), "Poblamiento ibérico de la Campiña de Jaén. Análisis de una ordenación del territorio", *I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica,* Madrid, pp. 421-431.
- (1984b), "Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campiñas del Alto Guadalquivir durante el horizonte ibérico pleno (Un caso de sociedad agrícola con Estado)", *Arqueología Espacial* 4, Teruel, pp. 187-207.
- (1986), "Excavación arqueológica sistemática en Puente Tablas (Jaén)", *AAA'86,* Sevilla, Vol. II, pp. 410-407.
- (1989), "Fronteras: Un caso del siglo VI a.N.E.", *Arqueología Espacial 13. Fronteras,* Teruel.
- (1993), *Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Ed. Crítica, Barcelona.

RUIZ RODRIGUEZ, A.; NOCETE, F. (1981), "Un modelo sincrónico para el análisis de la producción de cerámica ibérica estampillada del Alto Guadalquivir", *CPUGr* 6, Granada, pp. 355-381.

RUIZ RODRIGUEZ, A.; CHAPA, T.; RUIZ ZAPATERO, G. (1988), "La Arqueología Contextual: una revisión crítica", *TP* 45, Madrid, pp. 11-17.

RUIZ RODRIGUEZ, A.; MOLINOS, M.; CHOCLAN, C. (1991), "Fortificaciones ibéricas en la Alta Andalucía", *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Plè: (segles IV-III a.C.),* Manresa, pp. 109-126.

RUIZ RODRIGUEZ, A.; MOLINOS, M.; HORNOS, F. (1986a), *Arqueología en Jaén. (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente),* Jaén.
- (1986b), "Perspectivas para la investigación del proceso histórico ibero en el Alto Guadalquivir", en *Arqueología en Jaén. (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente),* Jaén, pp. 75-81.

RUIZ RODRIGUEZ, A.; RISQUEZ, C.; HORNOS, F. (1992), "Las Necrópolis Ibéricas en la Alta Andalucía", en BLANQUEZ, J.; ANTONA, V., *Necrópolis Ibéricas,* Serie Varia II, UAM, Madrid, pp. 397-430. RUIZ RODRIGUEZ, A. *et alii* (1983), "El horizonte ibérico antiguo del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén)", *CPUGr* 8, Granada, pp. 251-299.

RUIZ RODRIGUEZ, A. *et alii* (1984), "La necrópolis ibérica 'Gil de Olid' (Puente del Obispo-Baeza. Jaén)", *CPUGr* 9, Granada, pp. 195-234.

RUIZ RODRIGUEZ, A. *et alii* (1986), "La Edad del Cobre y la organización en tierras jiennenses", *Homenaje a L. Siret,* Sevilla, pp. 271-286.

RUIZ RODRIGUEZ, A. *et alii* (1987), "El poblamiento ibérico en el Alto Guadalquivir", *Iberos. I Jornadas sobre el mundo ibérico,* pp. 239-256.

RUIZ RODRÍGUEZ et alii (1992), "Aurgi-Tucci: la formación de la ciudad en la Campiña Alta de Jaén" *Conquista romana y medios de intervención en la organización urbana y territorial, Dialoghi di Archeologia,* 1992, 1-2, pp. 211-229.

RUIZ ZAPATERO, G. (1988), "La prospección arqueológica en España: pasado, presente y futuro", *Los asentamientos ibéricos ante la Romanización,* Madrid, pp. 9-20.
- (1989), "Centro y periferia: la Europa Bárbara y el Mediterráneo en la Edad del Hierro", *TP* 46, Madrid, pp. 331-341.

RUIZ ZAPATERO, G.; CHAPA, T. (1990), "La Arqueología de la Muerte: perspectivas teórico-metodológicas", en BURILLO, F. (Coord.), *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos,* Zaragoza, pp. 357-373.

RUIZ-GALVEZ, M. (1989), "La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación", *El oro en la España prerromana,* Extra de *Revista de Arqueología,* Madrid, pp. 46-57.
- (1995) *Ritos de paso y puntos de paso. la Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo,* Universidad Complutense, Madrid.

RUIZ-GALVEZ, M.; GALAN, E. (1991), "Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales", *TP* 48, Madrid, pp. 257-273.

SALA SELLES; F. (1992), *La 'tienda del alfarero' del yacimiento ibérico de La Alcudia.* Alicante.

SALVATIERRA, V.; AGUIRRE, J. (1986), "Prospección con sondeo estratigráfico en Cerro Miguelico (Torredelcampo, Jaén)", AAA'86, Sevilla, Vol. II, pp. 242-247.

SANAHUJA, M.E. (1971), "Instrumental de hierro agrícola e industrial de la época ibero-romana en Cataluña", Pyrenae 7, Barcelona, pp. 60-110.

SANCHEZ MESEGUER, J.L.; QUESADA, F. (1992), "La necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis,* Serie Varia 1, UAM, pp. 349-396.

SANCHEZ REAL, J; RAMIREZ, J. (1954), "El pigmento de la cerámica ibérica", *Caesarugusta* 5, Zaragoza, pp. 37-41.

SANDARS, H. (1913), *The weapons of the Iberians,* Oxford. Versión castellana de Carlota Remfrey de Kidd.

SANMARTI, J. (1992), "Les ceràmiques del periodo ibèric tarda al Penedes", *Les ceràmiques de tecnica ibèrica à la Catalunya romana (segles II a.C.-I d.C),* Barcelona, pp. 32-46.

SANMARTI, J.; SANTACANA, J. (1987), "Un recinte cultual al poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès)", *Fonaments* 6, Barcelona, pp. 157-169

SANMARTI, J.; SANTACANA, J. (1992), *El poblat ibèric d'Alorda Park. Calafell, Baix Penedes. Campanyes 1983-1988,* Barcelona.

SANMARTI GREGO, E. (1981), "Las cerámicas de barniz negro y su función delimitadora de los horizontes ibéricos tardíos (III-I a.C.)", en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica,* Madrid, pp. 163-183.
- (1985a), "Sobre un nuevo tipo de ánfora de época republicana, de origen presumiblemente hispánico", *Ceràmiques gregues i helenistiques à la Peninsula Ibèrica,* Ampurias, 1983, pp. 130-161.
- (1985b), "Las ánforas romanas del campamento numantino de Peña Redonda (Garay, Soria), *Empuries* 47, Barcelona, pp. 130-161.

SANTONJA ALONSO, M. (1992), "Problemática de los enterramientos infantiles en las necrópolis de El Cigarralejo, Pozo Moro y Los Villares", *BAEAA* 32, Madrid, pp. 37-38.

SANTOS GENER, S. de los (1928), "El tesoro Celtibérico-Romano de Los Almadenes en Pozoblanco", *BRAC* 21, Córdoba, enero-marzo, pp. 29-60.
- (1950), *Guía del Museo Arqueológico Provincial de Córdoba,* Madrid.

- (1955), *Memoria de las excavaciones del Plan Nacional, realizadas en Córdoba (1948-1950),* Informes y Memorias 31, Madrid.

SANTOS VELASCO, J.A. (1982-83), "La difusión de la cerámica ibérica pintada en el Mediterráneo Occidental", *CPAC* 9, Castellón, pp. 135-148.
- (1986), "Vivienda y distribución desigual de la riqueza en La Bastida de Les Alcuses (Valencia)", *Arqueología Espacial* 9, Teruel, pp. 339-349.
- (1989); "Análisis sobre la transición a una sociedad estatal en la Cuenca Media del Segura en época ibérica (s. VI-III a.C.)", *TP* 46, Madrid, pp. 129-147.

- (1992), "Nuevos enfoques y perspectivas en el estudio de las necrópolis ibéricas", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*, Serie Varia 1, UAM, pp. 607-616.

SAXE, A. (1970), *Social Dimensions of Mortuary Practices*, BAR Int. Series 363, Oxford.

SCHÜBART, H.; MAAS-LINDEMANN, G. (1984), "Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1971", *NAH*, Madrid, pp. 39-211.

SCHÜLE, W. (1969), *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, 2 vols., Berlín.

SCHÜLE, W.; PELLICER, M. (1964), "Excavaciones en la zona de Galera (Granada)", *VIII CNA*, Zaragoza, pp. 387-393.

SEGURA ARISTA, L. (1988), *La ciudad ibero-romana de Igabrum (Cabra, Córdoba)*, Córdoba.

SEMPERE, E. (1982), *Rutas de los alfares. España y Portugal*, Barcelona.

SERRANO, J.; MORENA, J.A. (1984), *Arqueología inédita de Córdoba y Jaén*, Córdoba.
- (1988), "Un relieve de Baja Epoca Ibérica procedente de Torreparedones (Castro del Río-Baena, Córdoba)", *AEspA* 61, Madrid, pp. 245-248.

SERRANO RAMOS, E. *et alii* (1991), "Informe de las excavaciones arqueológicas realizadas en la ciudad romana de Singilia Barba (Antequera) en la Campaña de 1989", *A.A.A.*, '89, vol. II, pp. 269-279.

SHENNAN, S. (1992), *Arqueología cuantitativa*, Ed. Crítica, Barcelona.

SIERRA, J. *et alii* (1975), "Jaén", Hoja Nº 77 del *Mapa Metalogenético de España*, Madrid.

SOLIER, Y. (1976-78), "La culture ibéro-languedocienne aux VIe.-Ve. siècles", *Ampurias* 38-40, Barcelona, pp. 211-264.

STACCIOLI, R.A. (1976), "Considerazioni sui complessi monumentali di Murlo e di Acquarossa", *Mélanges offerts à Jacques Heurgon*, Roma, pp. 961-972.

STARY, P.F. (1982), "Keltische Waffen auf der Iberischen Halbinsel", *MM* 23, Madrid, pp. 114-144.

STYLOW, A.U. (1983), "Inscripciones latinas del Sur de la provincia de Córdoba", *Gerión* I, Madrid, pp. 267-303.

SUS GIMENEZ, M.L. (1986) "Fusayolas del poblado ibérico de Los Castellares (Herrera de los Navarros, Zaragoza). Tipología y función". *Museo de Zaragoza* 5, Zaragoza, pp. 183-208.

TARRADELL, M. (1965), "Ensayo de catálogo de formas de la cerámica ibérica", *IX CNA*, Zaragoza, pp. 277-280.
- (1973), "Cuevas sagradas o cuevas-santuario: Un aspecto poco valorado de la religión ibérica", *Memoria de 1973 del Inst. de Arq. y Preh.*, Univ. de Barcelona, pp. 25 ss.

TARRADELL, M.; SANMARTI, E. (1980), "L'état actuel des études sur la céramique ibérique", *Céramiques Hellénistiques et Romaines*, Paris, pp. 303-330.

THOUVENOT, R. (1973), *Essai sur la province romaine de Bétique*, Paris.

TITONE, E. (1968-69), "Sopravivenza del culto del dio-toro a Mozia e nel mondo punico", *Kokalos. Studi pubblicati dall'Istituto di Storia Antica dell'Universita di Palermo*, pp. 320-328.

TORELLI, M. (1982), *Necropoli dell'Italia Antica*, Milano.

TORTORELLA, S. (1981) "Ceramica di produzione africana e rinvenimenti archeologici sottomarini della media e tarda etá imperiale: analisi dei dati e dei contributi reciproci". *MEFRA* 93, Roma, pp. 355-380.

TOYNBEE, J.M.C. (1993), *Morte es sepoltura nel mondo romano*, Ed. italiana de la obra *Death and Burial in the Roman World*, London, 1971 (Reprinted 1982), "L'Erma" di Bretschneider, Roma.

TREVIÑO, R.; MCBRIDE, A. (1986), *Romes Enemies (4): Spanisch Armies. 218 B.C.-19 B.C.*, London.

TRIAS, G. (1967), *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, 2 vols., Valencia.

VALL DE PLA, M.A. (1971), *El poblado ibérico de Covalta (Albaida, Valencia). I. El poblado, las excavaciones y las cerámicas de barniz negro*, Serie de Trabajos Varios del SIP Nº 41, Valencia.

VALL DE PLA, M.A.; PLA, E. (1969), "Cerámicas polícromas en los poblados ibéricos valencianos", *X CNA*, Zaragoza, pp. 288-306.

VAQUERIZO GIL, D. (1983-84), "Notas sobre material ibérico conservado en el Museo Arqueológico Municipal de Priego de Córdoba (Córdoba)", *Corduba Archaeologica* 14, Córdoba, pp 11-25.
- (1985a), "La Cueva de la Murcielaguina, en Priego de Córdoba, posible Cueva-Santuario ibérica", *Lucentum* IV, Alicante, pp. 115-124.
- (1985b), "Excavación sistemática del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Campaña de 1985", *AAA'85*, Sevilla, Vol. I, 2, pp. 319-322.
- (1986a), "Ajuar de una tumba indígena, procedente de la necrópolis de Los Villalones", *Arqueología Espacial* 9, Teruel, pp. 349-367.
- (1986b), "La muerte en el mundo ibérico cordobés: La necrópolis de Los Torviscales ", *Revista de Arqueología* 63, pp- 41 ss.
- (1986c), "Pinza de depilar en la Necrópolis ibérica de Los Torviscales", *Revista de Arqueología* 66, pág. 62.
- (1987), "Aproximación a la Arqueología en la Subbética Cordobesa", *Revista de Arqueología* 77, pp. 10-19.
- (1988), *Aproximación al fenómeno de la Cultura Ibérica en el SE de la actual provincia de Córdoba. El yacimiento de Cerro de la Cruz (Almedinilla)*, Tesis Doctoral, Ed. microfilmada, Univ. de Córdoba.
- (1988-1989), "Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica de las necrópolis de Almedinilla (Córdoba)", *Lucentum* VII-VIII, Univ. de Alicante, pp. 103-132.
- (1989), "Armas de hierro procedentes de la necrópolis ibérica de 'Los Collados' (Almedinilla, Córdoba)", *Saguntum. PLAV* 22, Univ. de Valencia, pp. 225-266.
- (1990a), "Armas de hierro de raigambre meseteña en la necrópolis de Los Collados (Almedinilla, Córdoba)", *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp. 225-230.
- (1990b), *El yacimiento ibérico de 'Cerro de la Cruz' (Almedinilla, Córdoba). Avance a su excavación arqueológica sistemática*, Córdoba.
- (1990c), "Novedades de arqueología en Almedinilla (Córdoba)", *I Encuentros de Historia Local. La Subbética*, Córdoba, pp. 61-77.
- (Ed.) (1991), *Arqueología de la Muerte. Metodología y perspectivas actuales*, Actas de los Seminarios "Fons Mellaria" 1990, Córdoba.
- (1993), "Las necrópolis ibéricas de Almedinilla (Córdoba): Su interpretación en el marco socio-cultural de la antigua Bastetania", *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, Vol. I, pp. 249-264.
- (1994), "El mundo funerario ibérico en la provincia de Córdoba. Dos nuevas manifestaciones escultóricas", *Homenaje al Prof. Antonio Arribas*, CPUGr. 17, Granada (e.p.).
- (1997), "Testimonios de religiosidad ibérica en territorio de la actual provincia de Córdoba", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló 18. Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico*, Castellón, pp. 297-327.
- (2000), *La Cultura Ibérica en Córdoba. Un ensayo de síntesis*, Córdoba.

VAQUERIZO, D.; NOGUERA, J.M. (1997), *La villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba). Decoración escultórica e interpretación*, Murcia.

VAQUERIZO, D.; MURILLO, J.F.; QUESADA, F. (1991a), "Avance a la prospección arqueológica superficial de la Subbética Cordobesa: La Depresión Priego-Alcaudete", *AAC* 2, Córdoba, pp. 117-170.
- (1991b), "Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa. Avance de los resultados obtenidos en las prospecciones arqueológicas desarrolladas hasta 1990", *Antiquitas* 2, Priego de Córdoba, pp. 3-16.
- (1992), "Excavación arqueológica con sondeos estratigráficos en Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba). Campaña de 1991. Avance a su estudio", *AAC* 3, Córdoba, pp. 171-197.
- (1994), *Fuente Tójar (Córdoba)*, Arqueología Cordobesa, Córdoba.

VAQUERIZO, D.; QUESADA, F. (1989a) "Prospección arqueológica superficial en las cuencas de los ríos Almedinilla y San Juan", *AAA'89*, pp. 101-109. Sevilla
- (1989b)"Informe preliminar sobre la excavación arqueológica sistemática en el 'Cerro de la Cruz' (Almedinilla, Córdoba)". *AAA'89*, pp. 248-259.

VAQUERIZO, D.; QUESADA, F.; MURILLO, J.F. (1991a), "Avance al estudio de los materiales arqueológicos recuperados en el yacimiento ibérico de Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)", *AAC* 2, Univ. de Córdoba, pp. 171-224.
- (1991b), "De la Edad del Bronce al mundo romano en la Subbética Cordobesa. Un Proyecto de Investigación Arqueológica en la provincia de Córdoba", *XXI CNA*, Teruel, Zaragoza.
- (1992a), "Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa. Breve perspectiva del Proyecto de Investigación Arqueológica hasta 1991", *Antiquitas* 3, Priego, pp. 36-45.
- (1992b), "La cerámica ibérica del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Departamentos O, P, Ñ", *AAC* 3, Univ. de Córdoba, pp. 51-112.
- (1994), "Unidades de hábitat y técnicas constructivas en el yacimiento ibérico del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)", *AAC* 5, Univ. de Córdoba, pp. 61-97.

VAQUERIZO, D. *et alii* (1994a), *Almedinilla*, Arqueología Cordobesa, Córdoba.

VAQUERIZO, D. *et alii* (1994b), *El Valle Alto del Guadiato (Fuenteobejuna, Córdoba),* Arqueología Cordobesa, Córdoba.

VEGA, J.A. (1987), "Contribució catalana a l'inventari de les probables coves-santuari iberiques", *Fonaments* 6, Barcelona, pp. 171-193.

VEGAS, M. (1973), *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental,* Barcelona.

VERA, A.L. (1990), "El medio físico en la comarca de Priego de Córdoba", *Antiquitas* 1, Priego de Córdoba, pp. 3-7.
- (1993), "Aproximación a la evolución urbana de Priego de Córdoba (1)", *Adarve* 412, Priego de Córdoba, 1 de Agosto, pp. 16-17.

VERA RODRIGUEZ, J.C. (1991), "Materiales históricos de la Cueva de la Mina de Jarcas (Cabra, Córdoba)", *Antiquitas* 2, Priego, pp. 62-68.
- (1996), "Consideraciones en torno a los recipientes ibéricos con soportes 'de manos': el hallazgo de Hinojosa del Duque (Córdoba)", *AAC* 7, Univ. de Córdoba, pp. 235-249.

VERA RODRIGUEZ, J.C.; GAVILAN, B. (1993), "Localizaciones y yacimientos del Paleolítico Medio en el extremo suroriental de la provincia de Córdoba", *Antiquitas* 4, Priego de Córdoba, pp. 7-18.

VICENT GARCIA, J.M. (1984), "Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la Prehistoria", *I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria, 1981*, pp. 71-87.

VICENT ZARAGOZA, A.M. (1965), *Guía del Museo Arqueológico Provincial de Córdoba,* Madrid.
- (1982-83), "Esculturas ibero-turdetanas de cérvidos de Baena", *Corduba Archaeologica* 12, Córdoba, pp. 13-25.
- (1984-85), "Expedición a Fuente Tójar (Córdoba), por L. Maraver", *Corduba Archaeologica* 15, Córdoba, pp. 31-55.

VIDAL LOPEZ, M. (1952) "Tipología de las fusayolas del poblado ibérico de San Miguel de Liria". *APL* 3, Valencia, pp. 147-154.

VILA PEREZ, C. (1994), "Una propuesta metodológica para el estudio del concepto 'templo' en el marco de la concepción religiosa ibérica", *Pyrenae* 25, Barcelona, pp. 123-139.

WATSON, P.J.; LeBLANC, S.A.; REDMAN, C.L. (1974), *El método científico en arqueología,* Madrid.

WILL, E.L. (1982) "Greco-Italic amphoras". *Hesperia* 51.3, Atenas, pp.338-356.

WHEELER, M. (1961), *Arqueología de campo,* Madrid.

WILSON, D.R. (1982), *Air photography interpretation for Archaeologists,* London.

YON, M. (Ed.) (1981). *Dictionnaire illustré multilingüe de la céramique du Proche Orient Ancien,* Paris-Lyon.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. Arquitectura Funeraria Romana de la Colonia Salaria (Úbeda, Jaén)
2. La Carta Arqueológica Subacuática de la Costa de Almería (1983-1992)
3. La Necrópolis Ibérica de los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)
4. El Proyecto Gatas 2. La Dinámica Arqueológica de la Ocupación Prehistórica
5. El Cerro del Villar 1. El Asentamiento Fenicio en la Desembocadura del Río Guadalhorce y su Interacción con el Hinterland
6. El Territorio Almeriense desde los Inicios de la Producción hasta Fines de la Antigüedad. Un Modelo: La Depresión de Vera y Cuenca del Río Almanzora
7. Las Manifestaciones Rupestres Prehistóricas de la Zona Gaditana
8. Fuente Álamo. Excavaciones Arqueológicas 1977-1991 en el Poblado de la Edad del Bronce
9. Los Asentamientos Emirales de Peñaflor y Miguelico
10. Proyecto Peñalosa. Análisis Histórico de las Comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte Meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailén
11. Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa. Una Aproximación al Desarrollo de la Cultura Ibérica en el Sur de la Actual Provincia de Córdoba

de próxima aparición:

12. Celti (Peñaflor). La Arqueología de una Ciudad Hispanorromana

ISBN 84-8266-203-1

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD D CÓRDOBA